Ejercicio de perfección y virtudes cristianas

Parte tercera

P. Alonso Rodríguez, S.J.

PADRE ALONSO RODRÍGUEZ
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EJERCICIO DE PERFECCIÓN
Y
VIRTUDES CRISTIANAS

PARTE TERCERA

ÍNDICE

AL LECTOR.. 7

TRATADO PRIMERO 8

DEL FIN E INSTITUTO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Y DE ALGUNOS MEDIOS QUE NOS AYUDARÁN A CONSEGUIRLE. 8

Cuál sea el fin e instituto de la Compañía de Jesús.. 8
De excelencia de esta empresa de ganar almas, y de su grande mérito y valor. 12
Que esta empresa es de todos los de la Compañía, y todos tienen mucha parte en ella, aunque no sean sacerdotes. 16
Cuán necesario sea pura este fin fundarnos primero muy bien en virtud. 20
Que por los prójimos no nos hemos de descuidar de nosotros; antes por eso tenemos necesidad de andar con más cuidado de nuestro aprovechamiento. 26
Que nos hemos de guardar de otro extremo, que es mirarnos del trato de los prójimos, so color de atender a nosotros. 32
De algunos remedios contra la pusilanimidad de los que por miedo de perderse se retiran de ayudar a los prójimos. 38
Del primer medio para hacer fruto en los prójimos, que es la buena y santa vida. .. 43
Del segundo medio para ayudar a los prójimos, que es la oración. 49
Del tercer medio para aprovechar a los prójimos, que es el celo de las almas. 54
Cuán eficaz medio sea este celo pura ayudar y aprovechar a los prójimos. 57
De tres cosas que nos ayudarán a tener este celo. 59
Cuál es el bueno y verdadero celo que agrada a Dios, y cuál no. 61
De otro medio para hacer bien nuestros ministerios, que es poner los ojos en lo interior de las almas, y no en lo exterior que se parece de fuera. 67
De otro medio para aprovechar a los prójimos, que es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. 70
De la eficacia grande de este medio de confiar en Dios para alcanzar mercedes de su mano. 76
Cuánto desagrada a Dios la desconfianza. 79
Que no hemos de desmayar ni desanimarnos aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos. 81

TRATADO SEGUNDO 89

DE LOS VOTOS ESENCIALES DE LA RELIGIÓN, Y BIENES GRANDES QUE HAY EN ELLA 89

Que la perfección del religioso consiste en la perfecta guarda de los votos que hace de pobreza, castidad y obediencia. 89
Por qué se hacen y confirman estas cosas con voto. 91
De otros bienes y provechos grandes que trae el obligarse con votos. 93
Por qué llaman los Santos otro segundo bautismo y martirio a esta entrega, que hace uno de sí a la Religión por estos tres votos. 95
Que no se quita ni disminuye la libertad por los votos, antes se perfecciona. 97
De los bienes grandes que hay en la Religión, y del agradecimiento que debemos a Dios por hemos traído a ella. 99
Se prosigue lo mismo que en el capítulo pasado. 107
De la renovación de los votos que usa la Compañía, y del fin y fruto que con ella se pretende. 108
Se prosigue lo mismo que en el capítulo pasado. 112

TRATADO TERCERO 116

DEL VOTO DE LA POBREZA 116

Que el voto de la pobreza es el fundamento de la perfección evangélica. 116
Del premio con que el Señor premia a los pobres de espíritu. 119
Oso no sólo en la otra vida, sino también en ésta, paga Dios a los pobres de espíritu. 121
En qué consiste la pobreza de espíritu. 123
De los religiosos que, habiendo dejado cosas mayores, se aficionan en la Religión a cosas menores. 128
De tres grados de pobreza. 131
De algunos medios para alcanzar la pobreza de espíritu y conservamos en ella. 132
De otro medio que nos ayudará mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella. 136
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 139
A qué y cómo obliga al religioso el voto de la pobreza. 141
En que se declara cómo es contra el voto de la pobreza recibir o dar alguna cosa sin licencia del superior, aunque la tal cosa no fuese de la casa. 145
Se desciende a algunos casos particulares que son contra el voto de la pobreza. 148
Se responde a una objeción, con que se declara mucho esta materia. 152
Que ele loto de la pobreza obliga a pecado mortal, y qué cantidad bastará para que lo sea. 155
Si puede el religioso recibir dineros para repartir en obras pías sin licencia del superior, y cuándo pecará en esto contra el voto de la pobreza. 157
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 160

TRATADO CUARTO 164

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD 164

De la excelencia de la virtud de la castidad, y de los grados por donde hemos de subir a la perfección de ella. 164
Que para conservar la castidad es necesaria la mortificación y guarda de los sentidos, y especialmente de los ojos 167
Que en esta virtud de la castidad especialmente es necesario hacer mucho caso de cosas pequeñas 169
Que especialmente en la confesión hemos de hacer caso de cualquiera cosa que sea contra la castidad 171
Cuán vehemente y peligrosa es la pasión del amor, y cuanto la debemos temer 173
De algunos remedios contra las tentaciones deshonestas 176
Que la penitencia y mortificación de la carne es muy propio y principal remedio contra la tentación. 180
De otros remedios contra las tentaciones 184
Del temor de Dios 187
De los bienes grandes que hay en este temor de Dios 192
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos 194

TRATADO QUINTO 197

DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA 197

De la excelencia de la virtud de la obediencia. 197
De la necesidad que tenemos de la virtud de la obediencia. 201
Del primer grado de obediencia. 204
Del segundo grado de obediencia. 208
Del tercer grado de obediencia. 211
De la obediencia ciega. 213
De la obediencia que se ha de tener en las cosas espirituales. 219
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 224
De dónde nace el tener juicios contra la obediencia, y de qué medios nos ayudaremos contra ellos. 228
Se declaran tres razones que da el Apóstol San Pablo para obedecer. 233
De un medio muy principal y eficaz para alcanzar la perfección de la virtud de la obediencia, que es obedecer al superior como a Cristo nuestro Señor. 239
Que este medio de obedecer al superior como a Cristo es necesario para alcanzar la virtud de la obediencia, 243
De otros bienes grandes que hay en obedecer al superior como a Cristo. 245
Que toma Dios por suya la injuria y murmuración contra el superior. 247
Que la obediencia no quita el proponer y el modo que se ha de tener en esto. 250
De la solicitud demasiada de lo que toca al cuerpo, y cuánto conviene huir en esto las singularidades. 255
Se responde al escrúpulo de la obligación de mirar por la salud. 259
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 264

TRATADO SEXTO 268

DE LA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS 268

De la merced y beneficio grande que nos hizo el Señor en cercarnos con reglas. .. 268
Que nuestra perfección consiste en la observancia de las reglas. 270
Que nuestras reglas no obligan a pecado; pero no hemos de tomar de ahí ocasión para dejarlas de guardar. 272
Que el ser cosa pequeña lo que manda la regla no ex- cusa, antes acusa más al que no la guarda. 274
Del daño grande que se sigue de hacer poco caso de las reglas, aunque sea en cosas pequeñas. 276
De los bienes grandes que se siguen de guardar las reglas y hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas. 279
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 281
De algunas otras cosas que suelen ser causa de faltar en las reglas, y del remedio para ellas... 284
De otros medios que nos ayudarán para guardar las reglas. 288

TRATADO SÉPTIMO 293

DE LA CLARIDAD QUE SE HA DE TENER CON LOS SUPERIORES Y PADRES ESPIRITUALES, DÁNDOLES ENTERA CUENTA DE LA CONCIENCIA 293

Cuán importante y necesario es andar con claridad con nuestros superiores. 293
Cuán gran descanso y consuelo es andar uno con claridad con su superior y padre espiritual, y los bienes y provechos grandes que hay en ello. 298
Que el descubrir las tentaciones al superior o padre espiritual es medio muy eficaz contra ellas... 302
Que ninguno ha de dejar de descubrir sus tentaciones a su padre espiritual, por parecerle que ya sabe los remedios que le ha de dar. 306
Que ninguno ha de dejar de manifestar las cosas por parecerle pequeñas. 307
Se comienza a satisfacer a las dificultades que suelen impedir esta claridad. 310
Se satisface a la dificultad principal que suele impedir esta claridad. 312
Se responde por otra vía a la dificultad pasada. 317
Que debemos mucho a Dios por habernos hecho tan fácil y tan suave en la Compañía el dar cuenta de la conciencia, y de las causas de esta facilidad y suavidad. 319
Del modo que hemos de tener de dar cuenta de la conciencia. 322
En que se responde a algunas dudas que resultan de lo dicho. 327

TRATADO OCTAVO 332

DE LA CORRECCIÓN FRATERNA 332

Que la corrección es señal de amor y del bien grande que hay en ella.................. 332

Que la causa de no recibir bien la corrección es la soberbia. 335
De los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la corrección. 337
Cuánto importa recibir bien la corrección y el aviso... 338
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 342
De la regla y constitución que tenemos en la Compañía de descubrir las faltas de nuestros hermanos inmediatamente al superior. 344
De algunos avisos importantes en esta materia... 350

AL LECTOR

Aunque en la primera y segunda parte de esta obra hemos tratado materias acomodadas a la vida y profesión religiosa, en esta tercera tratamos *más en particular* las cosas que *propiamente* pertenecen al religioso, y otras que grandemente nos ayudarán a conseguir el fin y perfección que en la Religión profesamos por lo cual la titulamos *Ejercicio de Perfección y Virtudes Religiosas*. Pero, con todo esto, están de tal manera dispuestas y declaradas, que pueden también ser de mucho provecho para *cualquiera que tratare de alcanzar la virtud y perfección de su alma*. Porque el tratado primero, del instituto y fin de vuestra Religión, materias generales abraza; cuales son: el ejemplo de la buena vida, el celo de la salvación de las almas, el desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. También el corregir y desear ser corregido, el dar cuenta de la conciencia a su confesor y padre espiritual, de que hacemos otros tratados, a todos pertenece. Y generalmente todas las demás virtudes de que en esta parte hablamos, su lugar tienen en todos estados, o bien quitando las demasías a que los vicios contrarios inclinan, o bien poseyéndolas con el afecto virtuoso de la voluntad, cuando no dan lugar a ponerlas en obra las obligaciones particulares del estado de cada uno. Confío en el Señor que, leyéndolas, el religioso se despertará a vivir con más aliento y cuidado, conforme a su profesión; y el seglar se animará a imitarlo, en cuanto su estado le diere lugar, creciendo los unos y los otros cada día en fervor, y sirviendo más de veras a Dios nuestro Señor.

ALONSO RODRÍGUEZ

* * * * *

Nota del editor: Para facilitar la lectura, en esta edición digital, se han actualizado algunas formas gramaticales arcaicas que ya no se usan: *habemos* por *hemos, veráse* por *se verá, dámosle* por *le damos, exhortóle* por *le exhortó, preguntó le* por *le preguntó, empero* por *sin embargo, fuéredes* por *fuereis, supiésedes* por *supieseis, íbades* por *ibais, teníades* por *teníais, esotro* por *eso otro,* etc.

TRATADO PRIMERO

DEL FIN E INSTITUTO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Y DE ALGUNOS MEDIOS QUE NOS AYUDARÁN A CONSEGUIRLE.

MUY PROVECHOSOS PARA TODOS

CAPÍTULO PRIMERO

Cuál sea el fin e instituto de la Compañía de Jesús

Atiende a ti, y atiende también a la doctrina y enseñanza de los prójimos; insiste con todo cuidado en lo uno y en lo otro, porque de esta manera te salvarás a ti, y también a los que te oyen (1 *Tim* 4, 16). En estas dos cosas, que dice el Apóstol San Pablo escribiendo a su discípulo Timoteo, consiste el fin e instituto de la Compañía, como nuestras Constituciones y Bulas Apostólicas lo dicen: «El fin de la Compañía es, no sólo atender a sí y a su propio aprovechamiento y perfección con la gracia del Señor, sino atender también a la salud y perfección de los prójimos»; y esto, no como quiera, sino *impense*, que es palabra de vehemencia, eficacia y fervor: *intensamente*. Pide la Compañía hombres que con fervor, conato y ahínco traten de conseguir el fin de su vocación. Donde debemos notar que así como nosotros no solamente hemos de tratar de salvarnos, sino procurar salvarnos con perfección, así quiere y nos pide nuestro instituto que no nos contentemos con ayudar a que nuestros prójimos se salven, sino que procuremos que se vayan aprovechando y adelantando en virtud y perfección, cada uno conforme a su estado. Y así se nos avisa que no pongamos los ojos en tener mucho número de penitentes, sino en que los que tuviéremos y tratáremos, estén muy aprovechados. Con el mismo cuidado y diligencia que tratamos de nuestro aprovechamiento y perfección hemos de tratar del aprovechamiento y perfección de los prójimos.

Para esto fue instituida la Compañía en estos tiempos tan necesitados. Vio nuestro bienaventurado Padre Ignacio la Iglesia de Dios por una parte tan proveída de Religiones, que atienden a su espiritual aprovechamiento y al coro y culto divino, y por otra parte, tan necesitada y afligida con herejías, pecados y grandes calamidades; e inspirado y regido por el

Espíritu Santo instituyó esta Religión, este escuadrón y Compañía de soldados, para que, como caballos ligeros (como él decía), estemos siempre a punto para acudir a los rebatos de los enemigos y a defender y ayudar a nuestros hermanos. Y para eso quiso que estuviésemos libres y desembarazados de coro y otros oficios y observancias semejantes, que nos pudiesen impedir este fin. *La mies es mucha, y los obreros pocos* (*Lc* 10, 6). ¿Cómo nos sufrirá el corazón que nuestros prójimos perezcan y se vayan al infierno, pudiéndolos socorrer? Dice San Crisóstomo: «Si veis que un ciego va a dar consigo en alguna hoya, le dais luego la mano; pues viendo cada día a nuestros hermanos puestos a pique de despeñarse en el abismo del infierno, ¿cómo nos podremos contener y dejar de darles la mano?»

Aun de aquellos santos Padres del desierto, que los había Dios llamado a soledad, leemos en las *Historias eclesiásticas* que cuando veían la Iglesia afligida y perseguida de tiranos y herejes, y los fieles necesitados de doctrina y socorro, dejaban el reposo del Yermo, y rodeaban y discurrían por las ciudades, respondiendo a los herejes y enseñando a los católicos y animándolos al martirio. Así se lee haberlo hecho el gran Antonio en tiempo de Constantino, y otro santo varón llamado Acepsemas, el cual había primero estado encerrado sesenta años sin ver ni hablar a hombre nacido. Y de otros muchos leemos lo mismo. Uno de los cuales, llamado Afraates, dio al emperador Valente una respuesta maravillosa sobre este caso. Había este emperador mandado echar a los cristianos, no sólo de los templos y ciudades, sino también de los montes, porque en ellos hacían procesiones, cantaban sus himnos y alababan a Dios. Este santo varón, posponiendo su reposo a la salud de los fieles, dejó la cueva en que moraba, y se puso en trabajo de regir y guardar el ganado del Señor; y estando él en este cuidado, pasó un día por la casa del emperador, y no faltó quien le dijo: «Aquél es Afraates, de quien todos los fieles hacen tanto caudal.» Le mandó llamar el emperador y le dijo: « ¿Dónde vas?» Respondió: «Voy a hacer oración por tu imperio.» Entonces dijo el emperador: «Mejor fuera que en tu casa oraras, como acostumbran los monjes.» A lo cual respondió el varón prudentísimo: «Por cierto, tú dices bien, que así convenía, si tú dieses lugar para ello, y así lo he hecho todo el tiempo que las ovejas de Cristo han gozado pacíficamente de sus dehesas; mas ahora que están puestas en gran peligro de ser robadas o comidas de lobos, hay necesidad de correr a todas partes para librarlas de perdición. Dime, serenísimo príncipe, si yo fuera una delicada doncella, y estando sentada en mi estrado labrando, viera arder la casa de mi padre, ¿qué fuera justo que hiciera? ¿Por ventura fuera bien estarme queda, y por mi ternura disimular y despreciar la des-

trucción de la casa de mis padres, o correr a buscar agua para apagar la llama? Yo creo cierto, dirás, que esto postrero es más razonable, Pues así es lo que ahora pasa, ¡oh emperador!, porque tú has puesto fuego a la casa de nuestro celestial Padre, y, por tanto, los que hasta aquí reposábamos, ahora corremos con ansia para socorrer al peligro.»

San Crisóstomo, en una homilía que hace del cuidado que hemos de tener de la salud de nuestros prójimos, trae otra comparación buena para esto. Los marineros que navegan por ese mar grande y espacioso, aunque ellos vayan con viento próspero y con gran bonanza y seguridad, si ven a otros padecer naufragio, aunque sea de muy lejos, no mirando a su propia utilidad y provecho, se compadecen de ellos, se acercan, paran, echan áncoras a su nave, amainan las velas, y comienzan a echar cables y tablas, para que aquellos que se van a anegar puedan asir de alguna cosa de ésas y salvarse. De esa manera hemos de hacer nosotros; porque todos navegamos por el mar grande y espacioso de esta vida presente, en la cual hay muchas olas y tempestades, muchas rocas y bajíos, y así muchos padecen naufragio. «Pues cuando viereis, dice el Santo, que algún otro navegante peligra entre las olas y tempestades de este mar, y que se va a hundir y anegar, dejad luego vuestros negocios, y socorred y remediad a vuestro prójimo, porque no sufre dilación la necesidad del que se comienza a anegar.»

Pues para esto levantó Dios nuestro Señor la Compañía en tiempos tan calamitosos, para socorrer y ayudar a la particular necesidad que la Iglesia tenía, con grandísima providencia y singular clemencia suya. Los escritores de la historia eclesiástica notaron y advirtieron, y con mucha razón, que el mismo día que en Inglaterra nació Pelagio para pervertir y oscurecer con sus errores el mundo, ese mismo día nació en África aquel gran sol de la Iglesia Católica, Agustino, para deshacer con sus rayos y resplandores las tinieblas del malvado y perverso hereje. Así nota muy bien el escritor de la *Vida* de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio que el mismo año en que aquel monstruo infernal de Martín Lutero, quitada ya la máscara, comenzó descubiertamente a publicar guerra contra la Iglesia Católica, publicando sus blasfemias y herejías, que fue el año de mil y quinientos y veintiuno, ese mismo año Dios nuestro Señor quebró la pierna a Ignacio en el castillo de Pamplona, para sanarle, y de soldado desgarrado y vano, hacerle su capitán, caudillo y defensor de su Iglesia contra Lutero. Para que por aquí se vea la providencia y clemencia del Se-

ñor, que siempre tuvo cuidado de enviar nuevos socorros y refrescos a su Iglesia en tiempo de sus mayores necesidades.

Prosigue allí muy bien y muy largamente este discurso el mismo autor, y va mostrando cómo cuando los albigenses y otros herejes más desapoderadamente turbaban la paz de la Iglesia, y las espinas de los vicios y maldades estaban más crecidas, y ahogaban la buena semilla que había sembrado el sembrador celestial, envió Dios al mundo aquellos dos serafines y lumbreras del Cielo, Santo Domingo y San Francisco, para que por sí y por sus hijos y discípulos resistiesen a los herejes, desarraigasen los errores, corrigiesen los pecados y reformasen las costumbres, alumbrasen y santificasen el universo con su admirable ejemplo y doctrina, como lo hicieron los santos Padres, y hasta ahora lo hacen sus hijos.

Las Religiones de caballería y militares envió Dios nuestro Señor a su Iglesia al tiempo que por estar ella oprimida de sus enemigos, era menester defenderla con las armas en las manos. Y lo mismo hemos de entender de las demás Religiones, y particularmente de la Compañía de que ahora vamos tratando; porque en el mismo tiempo que comenzó la herejía de Lutero, que quitaba la obediencia al Papa, y negaba la verdad del santísimo Sacramento del altar, y quitaba la confesión sacramental, en ese mismo levantó Dios la Compañía, que particularmente profesa obedecer al Papa, y hacen los profesos particular voto de eso, y que tiene también especial cuidado de predicar estos santos Sacramentos de Confesión y Comunión, y de exhortar al pueblo a la frecuencia de ellos y a la reforma de sus costumbres. Así como el capitán general de un ejército, trabada ya la batalla con el enemigo, de algún alto y eminente lugar mira con atención el peso de la batalla, y adonde, y cuando ve el peligro, allí provee: entre ahora por el costado derecho una banda de caballos ligeros; entre ahora por el izquierdo una manga de arcabucería; así Cristo nuestro Señor, capitán general de esta milicia cristiana, por todos los tiempos ha ido mirando de lo alto del Cielo las necesidades de su Iglesia, y conforme a ellas ha ido enviando refresco de doctores y capitanías de Religiones para reforzar su ejército. En lo cual resplandece mucho la providencia y misericordia del Señor, que con una mano da o permite la llaga, y con otra da la medicina. Pues éste es el fin e instituto de la Compañía; y para esto nos ha llamado a ella, como dice la Bula Apostólica de su confirmación, para defender nuestra santa fe católica entre los herejes, para dilatarla y extenderla entre los gentiles, y para conservarla juntamente con buenas obras entre los cristianos.

CAPÍTULO 2

De excelencia de esta empresa de ganar almas, y de su grande mérito y valor.

Esta empresa de atender a la salvación de las almas es tan alta y tan subida, que para ella bajó el de Dios del Cielo y se hizo hombre, y para ella escogió los Apóstoles, haciéndolos de pescadores de peces, pescadores de hombres; «no hay oficio más alto que éste», dice San Dionisio Areopagita: El oficio y ministerio más alto y divino que hay, es ayudar y cooperar juntamente con Dios a la salvación de las almas. San Crisóstomo dice: «No hay cosa más agrada le a Dios, ni de que Él tenga más cuidado, que de la salvación de las almas», como el Apóstol clama y da voces (1 *Tim* 2, 4): [*Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad*]; y el Profeta Ezequiel (18, 23): [*¿Por ventura quiero yo la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no más bien que se convierta de sus caminos y viva?*] no quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva para siempre. Todos querría el Señor que se salvasen. Y así, el que ayuda a esto hace la cosa más alta y más agradable a Dios de cuantas los hombres puedan hacer en esta vida. Dice San Crisóstomo: «Aunque deis a los pobres toda vuestra hacienda, y ella sea más que las riquezas del rey Salomón y los tesoros de Creso, más es convertir una sola ánima que todo eso.» San Gregorio dice que es mayor milagro convertir un pecador con la predicación y con la oración, que resucitar un muerto; más es y más lo estima Dios, que crear los Cielos y la tierra. Si no, vedlo por el costo; porque crear los Cielos y la tierra no le costó a Dios sino decirlo (*Sal* 148, 5): [*Él lo dijo y todo fue hecho; Él lo mandó, y fue creado*]. Pero eso otro le costó más que palabras: le costó su sangre y su vida.

El Apóstol San Juan (10, 17) nos declara de cuánta estima es delante de Dios el emplearse en ganar almas, o, por mejor decir, el mismo Cristo, en aquellas palabras que de Sí mismo dijo: *Por eso me ama mi Padre: porque doy y pongo mi vida por los hombres, para tornarla a tomar resucitado, para que ellos también resuciten y vivan para siempre conmigo*. Ponderan aquí los Santos que no dijo, como pudiera: Por eso me ama mi Padre, porque en el principio creó por mí todas las cosas; sino dice que por eso le ama su Padre, porque ponía su vida por la salud de las almas: para darnos a entender cuán acepta y agradable es a Dios esta obra.

En esta misma razón declara Santo Tomás aquello que un poco antes dijo el mismo Cristo (*Jn* 10, 15): [*Así como mi Padre me conoce, así Yo*

conozco a mi Padre, y por eso pongo mi vida por mis ovejas]. Dice que no sólo quiere decir «conozco Yo a mi Padre con pleno conocimiento, como El a mí»; porque eso ya lo había dicho, como parece en el capítulo once de San Mateo (11, 27): [*Nadie conoce al hijo sino el Padre ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo*]; sino, así como si preguntáis acá a un buen hijo la razón de lo que hace, responde: «Yo conozco a mi padre, yo sé (como si dijese) su gusto y voluntad»; así Cristo nuestro Redentor había dicho un poco antes que como buen pastor moriría por sus ovejas, y como si le preguntaban: ¿Por qué, Señor, ofrecéis vuestra vida tan preciosa por cosa de tan poco valor y precio?, responde: *Yo conozco a mi Padre*. Como si dijera: Yo sé muy bien la voluntad de mi Padre, y el amor que tiene a estas ovejas, y por eso doy de muy buena gana mi vida por ellas, porque sé que ése es su gusto. Pues esto nos ha de hacer también a nosotros que nos empleemos de buena gana en la salud de las almas, saber que ése es el gusto y contento de Dios, y que ama su Divina Majestad mucho al que se emplea en eso.

San Crisóstomo pondera también a este propósito lo que dijo Cristo nuestro Redentor a San Pedro, cuando habiéndole preguntado tres veces si le amaba, todas tres le replicó (*Jn* 21, 15): *«Si me amas, apacienta mis corderos y mis ovejas»*, que fue decirle: «quiero que ejercites y declares el amor que me tienes, en ayudarme en este negocio de salvar las almas, que yo redimí con mi sangre.»

Se entenderá también la excelencia y alteza de esta obra, y lo mucho que agrada a Dios, por el premio grande que le corresponde, lo cual se puede ver primeramente en el mismo Cristo, porque por esta obra de dar su vida por los hombres, dice el Apóstol San Pablo (*Filip* 2, 9-11), que le levantó, glorificó y ensalzó el Padre Eterno sobre todas las cosas: [*Por esto le sublimó Dios y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se hinquen todas las rodillas de los moradores del Cielo, de la tierra y de los infiernos, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria ele Dios Padre*]; le dio un nombre, que es sobre todo nombre, al cual se arrodillan los Cielos, la tierra y los infiernos. Lo mismo dice el Profeta David (*Sal* 109, 7): [*Porque bebió del arroyo alzó la cabeza*]. Y el Profeta Isaías (53, 10): *Si pusiere Él su vida por los pecados, verá hijos y descendencia, que durará por largos tiempos*]. Porque puso su vida por los pecadores y padeció tantos trabajos por ellos, por eso le ensalzó y glorificó tanto el Padre Eterno.

San Gregorio, sobre aquellas palabras del Apóstol Santiago (5, 20): [*El que convierte al pecador de su mal camino y error, a su propia alma libra de la muerte y cubre la multitud de sus pecados*, dice. Si librar a un hombre de la muerte corporal, que aunque ahora no muera, ha de morir mañana, merece grande premio y galardón; ¿qué premio y galardón merecerá el que libra un alma de la muerte eterna, y es causa para que viva en la gloria para siempre sin jamás poderla perder? Y así la Escritura divina no se contentó con decir que tendrán la vida eterna los que predican a Cristo y enseñan a los hombres el camino de su salvación (*Eccli* 24, 31): [*Los que me dan a conocer a otros, ganarán la vida eterna*], sino añade (*Dan* 12, 3): Resplandecerán como estrellas en aquella eterna perpetuidad: serán allí en el Cielo como una luna y como un sol. Y por el Profeta Jeremías (15, 19) dice Dios: *apartareis lo precioso de lo vil*, si apartareis las almas que yo tanto aprecio, de la vileza y la bajeza del pecado, *seréis como mi boca;* es frase común, cuando uno quiere mucho a otro, decir, le quiero como a mis ojos y como a mi vida; pues de esa manera quiere Dios al que trata de convertir las almas y sacarlas de pecado. Es cosa muy preciosa delante de Dios un alma, y por eso estima tanto el ayudar a las almas.

De Santa Catalina de Sena se escribe en su *Vida* que cuando veía pasar por la calle algún predicador, salía de su casa, y besaba con grande devoción la tierra que el predicador había hollado. Y preguntada por qué hacía esto, respondió que le había dado Dios conocimiento de la hermosura de las almas que estaban en gracia, y por eso tenía por tan dichosos a los que entendían en este negocio, que no podía dejar de poner la boca donde ellos ponían los pies, y besar la tierra que hollaban.

Pues a esta dignidad y alteza nos ha levantado el Señor; para esto nos ha llamado y traído a la Compañía; éste es nuestro fin e instituto: ser cooperadores de Dios en la cosa más alta y más divina, que es la salvación de las almas (1 *Cor* 3, 9): [*Pues somos colaboradores de Dios*], dice San Pablo (1 *Cor* 4, 1): [*Nos tengan los hombres por ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios*]. Oficio apostólico; oficio a que bajó del Cielo el mismo Dios, y por lo cual dio por bien empleada su sangre y su vida; oficio por el cual somos llamados hijos de Dios (*Mt* 5, 9): [*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios*]. Estos son los pacíficos, que aquí dice el sagrado Evangelio que son bienaventurados, porque serán llamados hijos de Dios. Dicen allí San Jerónimo, Teofilacto y otros, que pacíficos son, no sólo los que tienen paz consigo, alcanzando victoria de sus pasiones, y los que hacen paces y amistades entre los pró-

jimos, sino también aquellos que hacen paces y amistades entre Dios y los hombres, convirtiendo con su doctrina los pecadores y reconciliándolos con Dios. Pues bienaventurados estos pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios; porque ése fue el oficio del Hijo de Dios: [*Pacificando por la virtud de la sangre, que derramó en la cruz, al Cielo con la tierra*], dice el Apóstol San Pablo (*Col* 1, 20); para eso bajó el Hijo de Dios del Cielo a la tierra: para reconciliar los hombres con Dios, para hacer paces y amistades entre Dios y los hombres. Por eso le cantaron los ángeles en naciendo (*Lc* 2, 14): *Gloria sea a Dios en los Cielos, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*.

De aquí hemos de sacar nosotros para nuestro aprovechamiento: lo primero, mucha afición y aplicación a nuestros ministerios, pues son tan altos y agradables a Dios y de tanto provecho para los prójimos; lo segundo, una confusión grande, de que nos haya llamado Dios a una cosa tan subida y levantada, siendo nosotros lo que somos, y viendo que aun de mí solo no doy buena cuenta, y que sobre eso me haya encargado Dios y puesto en las manos la salud y perfección de otros. Esto es un consejo maravilloso que nos da aquel varón apostólico y Padre nuestro Francisco Javier, como soldado viejo y bien experimentado, en una carta que escribió a los padres y hermanos de Portugal. Les dice: «Os aviso, hermanos míos, que no echéis mano del oficio y ministerios altos que tenéis, ni de la buena opinión y estima en que el mundo os tiene, sino para vuestra confusión, conforme a aquello del Profeta (*Sal* 87, 16): [*Cuando me ensalzaban, entonces me humillaba yo más, y andaba con mayor vergüenza y temor*].» Cuanto a más alto estado y oficio os ha llamado Dios, tanto más os habéis de humillar.

Decía un Padre muy antiguo, y muy señalado en letras y virtud, que cuando él consideraba el fin tan alto de la Compañía, y se miraba a sí, que se hallaba tan confuso, viéndose tan insuficiente y tan indigno para aquello, que no sólo no le ensoberbecía el verse llamado para oficio tan levantado, antes le era causa de confundirse y humillarse más. De esta manera no nos dañará el estado alto que tenemos, ni la opinión de santidad que tuviere de nosotros el mundo, ni ha honra que por eso nos hiciere. Lo tercero, hemos de sacar de aquí atender muy de veras a nuestro propio aprovechamiento, porque para tratar con los prójimos y aprovecharlos es menester gran fundamento de virtud, como diremos después.

CAPÍTULO 3

Que esta empresa es de todos los de la Compañía, y todos tienen mucha parte en ella, aunque no sean sacerdotes.

Porque podría por ventura alguno desconsolarse, pareciéndole que este fin, que hemos dicho, es sólo de los sacerdotes que confiesan y predican, y tratan inmediatamente estos ministerios con los prójimos; para consuelo de los que sirven y ayudan en los oficios temporales y exteriores, declararemos aquí cómo este fin y empresa es de todos los que están en la Compañía, y no sólo de los sacerdotes y de los que estudian, para que entiendan todos a qué se ordenan sus trabajos, cualesquiera que sean, y el valor y mérito de ellos, y así se animen más a ellos.

Todos nosotros hacemos un cuerpo, una Religión y Compañía, y el fin de todo este cuerpo y Compañía es el que hemos dicho, que es, no sólo atender a sí y a su propio aprovechamiento y perfección con la gracia del Señor, sino atender también a la salud y perfección de los prójimos. Pues para poder conseguir y alcanzar este fin propio de nuestra Religión, es menester que unos sean predicadores, otros confesores, otros lectores y otros coadjutores, que ayuden en los oficios exteriores: como en la guerra para alcanzar la victoria, es menester que unos peleen y otros queden con el bagaje; y éstos ayudan a los otros a pelear y alcanzar la victoria, y no merecen menor premio y galardón que los que están peleando, sino que, como dijo David (1 *Sam* 30, 24), *igual parte de los despojos se ha de dar al que queda guardando el bagaje como al que peleó*. Y dice allí la divina Escritura que quedó aquello por ley el Israel hasta el día de hoy; y con razón, porque todo es un ejército, y tan necesarios son para alcanzar la victoria los unos como los otros; porque no pudieran pelear los unos si los otros no quedaran guardando el bagaje, Pues así también acá: todos hacemos un cuerpo, un ejército, una Compañía y escuadrón de soldados de Cristo, para esta empresa de la conversión de las almas; y no pudiera éste predicar, ni aquél confesar, ni el otro leer, ni estudiar, si no hubiera quien quedara con el cuidado de lo temporal; y así, el que atiende a esto, ayuda también a predicar y a confesar y ganar almas, y tiene parte en la victoria y fruto que se hace.

San Agustín dice que cuando apedreaban los otros a San Esteban, primer mártir, y San Pablo guardaba las vestiduras, que hacía más que todos, porque guardaba las vestiduras de todos. No se contentó, dice, con apedrearle él con sus manos, sino para apedrearle con las manos de todos,

quiso guardar las vestiduras de todos. Pues si para el mal decimos esto, mejor lo podemos decir para el bien, porque más inclinado es Dios a premiar que a castigar.

El B. Padre Maestro Ávila, en una carta que escribió a dos sacerdotes que estaban para entrar en la Compañía, con ser ellos ya operarios y venir a la Compañía que profesa esto, les dice que no pongan los ojos en ayudar a los prójimos, ni se inquieten, aunque no los pongan en esos ministerios. Y da la razón que hemos dicho; porque en la Compañía todo lo que se hace, el fregar escudillas en la Compañía, dice, es ganar almas; porque como el fin de esta Religión es ganar almas, y de su conservación y aumento depende gran provecho de ellas, todo lo que va ordenado para la conservación y aumento de esta Compañía, aunque sea ejercitar los oficios más humildes, es convertir almas, y se debe hacer con grande consuelo. De manera que, como miembros que somos de este cuerpo y de esta Religión, haciendo cada uno su oficio y ministerio, ayuda al fruto y provecho que se hace en ella; y así es participante de todas las conversiones y buenas obras, que se hacen en toda la universal Compañía. Y lo declara nuestro Padre expresamente de los coadjutores temporales en las Constituciones; y así cada uno ha de estar muy contento y consolado en su oficio, teniendo por grande merced del Señor ser miembro de este cuerpo de la Compañía, en la cual Él es tan servido y las almas tan ayudadas. De manera que en la Compañía todo es convertir almas; el ser cocinero, el ser portero, el ser sacristán, etcétera, porque el fin de ella es convertir almas, y cualquiera que ayuda a la Compañía, ayuda a ese fin.

Se verá esto más claramente, porque si solos los que predican, confiesan y tratan inmediatamente con los prójimos, se llevasen esta gloria, y a ellos solos se les hubiera de atribuir el fruto que se hace en los prójimos, los que tenían más razón de vivir desconsolados en la Compañía fueran los superiores, porque son los que menos pueden atender a esos ministerios particulares, como el general y provinciales, que tienen bien que hacer en visitar las provincias, responder a cartas y negocios, sin que les quede tiempo para emplearse en el bien y utilidad de los prójimos. Pero más hace el superior en ayuda de los prójimos, en hacer bien su oficio y en tener superintendencia sobre los obreros que están a su cargo, para que todos procedan como deben, que si confesara o predicara como un particular; como el maestro o superintendente de una obra más hace que ningún oficial particular, en tener cuidado que todos hagan su deber; y el capitán en la guerra, más hace en dar orden en lo que se ha de hacer, que si peleara como un

soldado particular; antes hace lo que todos, porque está ayudando y enderezando a todos; y así se le atribuye a él la victoria. Pues a este modo, el que está en la sacristía, y el que está en la portería, y en los demás oficios, gana también las almas que gana el predicador y confesor, porque les ayuda a ello, desocupándolos para que puedan ejercitarse en esos mismos ministerios, que de otra manera no pudieran.

Esto es ser un cuerpo y ser miembros de este cuerpo. Así como los miembros del cuerpo no tienen todos un mismo oficio, sino cada uno el suyo; pero ese oficio, que hace cada miembro, no lo hace para sí solo, sino para todo el hombre: los pies no anclan para sí solos, las manos no trabajan para sí solas, la boca no come para sí sola, sino para todo el hombre, y así todos los demás; de esa manera es en este cuerpo místico de la Religión. Esta es una metáfora y semejanza que trae el Apóstol San Pablo (1 *Cor* 12, 12) para este mismo fin, tratando de la Iglesia: Así como el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, y todos estos miembros hacen un cuerpo, y no porque el pie no sea mano, ni la oreja ojo, no por eso dejan de ser miembros del cuerpo; antes fue necesario que fuese así, porque si todo el cuerpo fuera ojos, dice San Pablo, ¿dónde estuviera el oído? Y si todos fueran oídos, ¿dónde estuviera el olfato? Empero de tal manera ordenó Dios los miembros, que el uno ha menester al otro; los ojos han menester a la mano, y la cabeza al pie, y no les puede decir: quitaos allá, que no tengo necesidad de vosotros: [*No puede el ojo decir a la mano: no necesito tu ayuda; ni asimismo la cabeza a los pies: no me sois necesarios*]; así, dice San Pablo, es en el cuerpo místico de la Iglesia. A unos hizo Dios apóstoles, a otros profetas, a otros doctores, a otros prelados y superiores, a otros les dio gracia de sanidad, a otros don de lenguas. Es menester que en la Iglesia haya diversos oficios y diversos grados; pero todo es un espíritu de Dios, y todo se ordena para un mismo fin, que es para provecho de los prójimos. Pues así es también el cuerpo de la Religión. No todos pueden ser ojos, ni lenguas, ni oídos: no pueden ser todos superiores, ni predicadores, ni confesores: es menester que haya también en el cuerpo manos y pies; y no pueden decir los ojos a la mano, ni la cabeza al pie: no tengo necesidad de ti, porque todos esos oficios son necesarios para conseguir nuestro fin. Y así, el fruto que se hace en la Compañía, todos lo hacen.

Lo segundo, ayudan y han de ayudar todos los de la Compañía, así hermanos como Padres, a la salvación de las almas, no solamente de la manera dicha, y con el ejemplo de su buena y santa vida, que, como diremos después (cap. 8), es un medio muy principal y muy eficaz para esto;

sino también con sus palabras, conversando y tratando familiarmente con los prójimos cosas buenas y provechosas para la salud de sus almas, que es uno de los medios con que se hace mucho fruto. Y así, nuestro Padre, en la séptima parte de las Constituciones, donde trata de los medios con que hemos de ayudar a los prójimos, pone éste por uno de los principales. Y lo pone por general, que todos los de la Compañía han de procurar usar, aunque sean hermanos legos, y de ellos lo especificó expresamente; y para que lo entendiésemos y practicásemos mejor, se nos puso en las reglas. Todos, dice, conforme a su estado, ofreciéndose ocasión, se esfuercen a aprovechar con pías conversaciones al prójimo, y aconsejar y exhortarlo a buenas obras especialmente a la confesión. De manera que no sólo el predicador y el confesor, sino el comprador, y el procurador, y el portero, y el que acompaña, han de procurar ayudar a los prójimos con buenas conversaciones, tratándoles luego de cosas provechosas para sus almas; al uno, de la devoción del Rosario; al otro que no jure; al otro, que se confiese: al otro que va un poco más adelante, que examine cada noche su conciencia. Y así sabemos de algunos hermanos legos que han hecho mucho fruto en los que trataban, con sus buenas pláticas y conversaciones, y traído a muchos a la confesión, ganado muchas almas para Dios, y por ventura más que algunos predicadores y confesores.

Lo tercero, ayudan también todos a la conversión de las almas con oraciones, que es uno de los medios principales para esto, como diremos después, y pertenece a todos. Muchas veces pensará el predicador y el confesor, y el que va a ayudar a bien morir, que él hace el fruto, y lo hace por ventura el compañero que le está encomendando a Dios, o el cocinero que se disciplinó la noche antes del sermón, pidiendo a Dios nuestro Señor se convierta algún alma. ¡Oh, cuántos hijos espirituales han de quitar los coadjutores a los predicadores y confesores, que ellos piensan que son suyos, y el día del juicio de Dios se verá que no son suyos, sino de los coadjutores! Que no es José padre del Niño, sino putativo (*Lc* 3, 23). Parecen hijos espirituales del predicador o confesor, y los hombres que aquéllos son sus padres espirituales, y se hallará después que son hijos de lágrimas e hijos de oración del hermano coadjutor. El que parecía estéril, tendrá mucho hijos; y el que tenía nombre de padre y parecía que tenía muchos hijos, por ventura se hallará sin ninguno (1 *Sam* 2, 5). *Gozaos y alegraos los que parecéis estériles* (*Gal* 4, 27), que si hacéis lo que debéis, podrá ser que tengáis más hijos espirituales que los predicadores y confesores, y os espantaréis después de hallaros con tantos hijos. Dice el profeta Isaías (49, 21): Y diréis, ¿quién Me engendró estos hijos? Yo no soy predicador, yo

no soy confesor, yo no soy letrado; *y estos, ¿quién me los dio? ¿Sabéis quién?* La oración, los suspiros, las lágrimas y gemidos. *Oye Dios los deseos y suspiros de los pobres* (*Sal* 10, 5). La oración de los humildes penetra los Cielos; condesciende Dios con la voluntad de los que le temen, y concédeles lo que piden. Eso es lo que da tantos hijos al que parecía estéril, y no tenía nombre de padre. De esto decía el Padre San Francisco Javier que se habían de ayudar los predicadores y confesores; lo uno, para no estimarse en más que sus hermanos, pareciéndoles que hacen y trabajan más; lo otro, para tener mayor unión y caridad entre sí.

Más: tienen otra ventaja los hermanos en esto, y es, que haciendo ellos fruto y provecho en las almas de la manera que hemos dicho, están más seguros que los predicadores y confesores y lectores; porque el predicador y el lector tienen gran peligro de vanidad, y el confesor, de si yerra o acierta. Y fuera de eso, estos ministerios traen consigo grandes cuidados y embarazos; tanto, que algunas veces, por cumplir con ellos, se olvida y descuida uno de sí y de su propio aprovechamiento; pero los hermanos tienen su negocio y su mérito y ganancia segura, porque están libres de esa vanidad y también de esos cuidados y escrúpulos: de manera, que entran siempre con nosotros en la ganancia y muchas veces tienen en ella la mayor parte, y no entran con nosotros en la pérdida, sino que ésa es toda para nosotros. ¡Plega al Señor que no acontezca algunas veces que el predicador se lleve la vanagloria, y el hermano todo el provecho y fruto que se hace; porque no sería ésa buena partición, sino que gocemos todos del fruto de nuestro trabajo, haciendo siempre todas las cosas a mayor gloria de Dios!

CAPÍTULO 4

Cuán necesario sea pura este fin fundarnos primero muy bien en virtud.

Estas dos cosas que hemos dicho, aprovecharse a sí y ayudar y aprovechar al prójimo, hacen un mismo fin en la Compañía; porque de tal manera están juntas y trabadas entre sí, que la una se ordena a la otra, y ayuda y es necesaria para ella; y así vemos que usa la Compañía de diferentes medios para el aprovechamiento de los suyos, de los que usan otras Religiones, que no tienen por instituto ayudar a los prójimos.

Decía nuestro bienaventurado Padre Ignacio, que si él mirara sólo a Dios y a nuestro aprovechamiento particular, que ordenara algunas cosas en la Compañía, las cuales dejaba de ordenar por el respeto que tenía a los

prójimos, por amor del mismo Dios. Y si él mirara a sí solo, dice que se anduviera por esas calles desnudo y emplumado y lleno de lodo, para hacer burla del mundo, y que el mundo la hiciera de él. Pero el deseo grande que tenía de ayudar a los prójimos, reprimía en él este afecto de humildad, y le hacía que se tratase con la autoridad y decencia que a su oficio y persona convenía, y que dejase estas mortificaciones extraordinarias. Y si él siguiera su gusto e inclinación natural, y el provecho espiritual que sacaba del canto, dice que pusiera coro en la Compañía: mas lo dejó de poner, porque decía que le había enseñado el Señor, que se quería servir de nosotros en otros ministerios y ejercicios diferentes.

Como la Compañía pretende no sólo el aprovechamiento propio, sino también el de los prójimos, de tal manera nos da los medios necesarios para nuestro particular aprovechamiento, que esos mismos nos dispongan y habiliten más para ayudar y aprovechar a los prójimos. Y también quiere que de tal manera entendamos y nos ocupemos en ayudar a los prójimos, que eso mismos ministerios sean medio para nuestro aprovechamiento; y que entendamos que en hacerlos bien está nuestro medrar y crecer en virtud y en perfección. De manera que los ministerios que ejercitamos con los prójimos, los hemos de tomar como medios para nuestro aprovechamiento; y la gracia y ayuda que nos da nuestro Señor para que medremos y nos aprovechemos, es en orden a los prójimos, para que de esa manera los podamos mejor ayudar y aprovechar; y si no nos empleamos en eso, merecemos que se seque la fuente y corriente de los dones de Dios; porque para eso corre, y esa es la gracia de la vocación. Como el levantar Dios a José y entronizarle en la silla de Egipto, y darle los dones que le dio, no fue para su propia autoridad y provecho, sino para bien y provecho de sus hermanos y de su pueblo (*Gen* 45, 5): [*Para vuestro bien y salud me ha enviado Dios acá delante de vosotros*]; así también a nosotros nos ha llamado Dios a este estado, y en él nos hace tantas mercedes, para bien y provecho de nuestros hermanos; y por eso nos compara Cristo a la luz y a la ciudad, que todo su provecho es para otros.

Pero digamos de cada parte de éstas de por sí, aunque siempre en orden a la otra. Cuanto a lo primero, cierta cosa es que, para que uno pueda ayudar y aprovechar mucho a los prójimos, es necesario que primero se ayude y aproveche mucho a sí mismo. Y así el Apóstol eso pone en primer lugar como fundamento de lo demás (1 *Tim* 4, 16): *Atiende a ti*. Lo primero ha de ser mirar cada uno por sí y tratar muy de veras de su propio aprovechamiento. Dios nuestro Señor ordena las obras espirituales y de gracia,

conforme a las obras de naturaleza. *La divina Sabiduría alcanza de cabo a cabo fuertemente, y dispone todas las cosas suavemente* (*Sal* 8, 1); y para mostrar que Él es autor de las unas y de las otras, quiere que en las obras de gracia se guarde el mismo orden que en las de naturaleza, en las cuales dicen los filósofos que un semejante engendra otro semejante. Fuera de las causas generales, como el sol y los cielos, vemos que para la producción de las cosas naturales se requiere otra causa agente inmediata de la misma especie, para que así tenga la forma que ha de transfundir a otros sujetos: un fuego produce otro fuego; una luz, otra luz. Pues de la misma manera en las cosas espirituales, para poner en otros la forma de la humildad, de la paciencia, de la caridad y de las otras virtudes, quiere Dios que la causa inmediata de que usa como instrumento, que es el predicador o el confesor, sea humilde, paciente y caritativo.

Y más: así como en las cosas naturales vemos que una planta, una lechuga, no produce semilla cuando chica, sino después que ya está grande y perfecta, entonces comienza a echar semilla, para que se multipliquen otras, así en las cosas espirituales y de gracia quiere Dios que primero esté uno muy aprovechado, y haya crecido en virtud, y sea varón perfecto, para que engendre hijos espirituales para Dios, y pueda decir con San Pablo (1 *Cor* 4, 15): [*En Cristo Jesús, por medio del Evangelio, os engendré*].

Por esto la Compañía, lo primero que trata es el atender a sí mismos y a su propio aprovechamiento; en esto quiere fundar primero muy bien a los suyos. Para esto hay tanta probación en la Compañía: dos años de noviciado, luego al principio, antes de los estudios; y éstos acabados, los torna a volver otra vez a la fragua y al molde, y tienen otro año entero de probación, para que si el estudio y especulación ha secado y entibiado algo el espíritu y devoción, se tornen a rehacer, ya que han de comenzar a tratar con los prójimos, y no traten de cosa de espíritu sin espíritu. Y aun después, parece que nunca acabamos de ser novicios, y se dilata la profesión tantos años, que casi toda la vida se pasa en noviciado y probaciones, antes que la Compañía gradúe a uno por obrero de ella. Es que le han de fiar mucho y así es menester probarle mucho, y experimentar primero para cuánto es; le han de poner en cosas altas, que trate de hacer a otros, no sólo buenos, sino perfectos: y así es menester que sea perfecto.

De donde se verá cuán grande engaño es el de aquellos a quien se les hacen largas estas probaciones y aun les parece algunas veces que pierden tiempo en ellas, y ya se querrían ver predicando y tratando con prójimos; y en teniendo en la oración un poco de devoción, o un buen pensamiento,

luego se hallan predicando. Llora esto el santo abad Efrén y dice que no es ese espíritu de Dios, sino espíritu de soberbia y de vanidad: «Vinisteis, dice, a ser enseñado e instruido en la Religión, y apenas habéis comenzado a aprender, y ya queréis enseñar a otros. Aún no sabéis deletrear y ya queréis ser maestro de escuela. Aún no sabéis sufrir una reprensión, ni tomar el aviso que os dan, y ya queréis vos reprender y dar consejos y avisos a los demás.

San Gregorio en el Pastoral, trata muy bien este punto, y lo va declarando con algunas comparaciones manuales. Es menester, dice, amonestar a éstos, que adviertan y consideren que los pollitos de las aves, si quieren volar antes que les crezcan las alas, en lugar de ir hacia arriba caerán abajo. Han también de advertir y considerar lo segundo, que si a las paredes y tapias las cargan luego, cuando están tiernas y recién hechas, todo el edificio se caerá, y en lugar de levantar edificios, se armarán ruinas. Es menester dejar secar las paredes, que fragüe primero la obra, para que pueda llevar la carga que le han de echar encima. Lo tercero, dice, adviertan también y consideren que si las mujeres echan la criatura fuera de tiempo, antes que esté formada del todo, no hinchen las casas de hombres, sino las sepulturas de muertos. Es menester grande fundamento de virtud y de mortificación para tratar con los prójimos, y si esto no hay, mayor será el peligro que el provecho. Más presto nos pegarán ellos a nosotros lo malo que nosotros a ellos lo bueno.

De aquí es, dice San Gregorio, que el mismo Cristo, siendo Él la Sabiduría del Padre Eterno, y teniéndola tan perfectamente en el instante de su concepción como después, no quiso comenzar a predicar hasta los treinta años, y primero se recogió al desierto a ayunar y ejercitarse en otras asperezas corporales y ser tentado del demonio, para darnos ejemplo a nosotros de la grande preparación y perfección que se requiere para tan alto ministerio; que Él ninguna necesidad tenía de estas prevenciones y preparaciones. Y pondera allí muy bien aquello que dice de Él el sagrado Evangelio, cuando siendo de doce años se quedó en Jerusalén (*Lc* 2, 46): [*Le hallaron en el templo asentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles*]. «Advertid, dice, y ponderad atentamente que, siendo Jesucristo de doce años, le hallaron sus padres en el templo sentado en medio de los doctores, no enseñando, sino oyendo y preguntando; para enseñar al que es niño y tierno e imperfecto en la virtud, que no se atreva a enseñar, ni a tornar antes de tiempo un oficio tan alto, pues Él en aquella edad no

quiso enseñar, sino oír y preguntar, siendo el que daba el saber y la ciencia a aquellos doctores, como verdadero Dios que era.»

«De aquí es también, dice San Gregorio, que habiendo Él mandado a sus Apóstoles y discípulos que fuesen a predicar el Evangelio por todo el mundo, y pudiendo darles luego la virtud y perfección necesaria para eso, no se la dio, ni quiso que estando así flacos e imperfectos predicasen, sino les dice (*Lc* 24, 49): *Deteneos en la ciudad hasta que venga sobre vosotros el Espíritu Santo*.» Todo esto para enseñarnos a nosotros la necesidad que hay de ir muy bien fundados en virtud, humildad y mortificación, para poder salir a tratar con los prójimos con provecho suyo y sin daño nuestro.

El glorioso San Bernardo trae a este propósito aquello de los Cantares (8, 8): Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos, aún no tiene leche para poder criar hijos. Declara estas palabras, de la Iglesia antes de la venida del Espíritu Santo, y dice que entonces la Iglesia era pequeña y no tenía pechos ni leche para criar hijos espirituales, hasta que vino el Espíritu Santo, que llenó a los Apóstoles y discípulos de sus dones y gracias, y les dio abundante leche. (*Hechos* 2, 4): [*Todos fueron llenos de Espíritu Santo, y comenzaron a hablar grandezas de Dios*]. Entonces, llenos de Espíritu Santo, hablaban maravillas, y convertían a las gentes a millares. Pues si queréis hacer fruto en las almas y criar hijos espirituales para Dios, es menester que tengáis muy llenos y muy proveídos vuestros pechos de buena leche, el uno de mucha virtud, el otro de muy buena y sana doctrina.

San Jerónimo, sobre aquello del Eclesiastés (11, 3): [*Si las nubes estuvieren cargadas, derramarán lluvia sobre la tierra*], dice que los predicadores son nubes; porque así como las nubes tienen en sí el agua y riegan la tierra, así los predicadores son los que tienen en sí el agua de la doctrina del Evangelio, y con ella riegan los corazones secos de los hombres; y así dice que ése es el castigo con que amenaza Dios a su viña por sus pecados, por el Profeta Isaías (5, 6): *Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella*. Detener Dios la lluvia de su palabra, y no enviar predicadores, o permitir que los predicadores sean tales, que no prediquen a provecho, es uno de los grandes castigos con que Dios suele castigar a su pueblo. Pues cuando estas nubes estuvieren muy llenas de esta lluvia del Cielo, dice San Jerónimo, podrán llover y derramar su agua sobre la tierra y decir (*Deut* 32, 2): [*Oiga la tierra las palabras de mi boca, destile como lluvia mi doctrina, deslícense como rocío mis palabras, como lluvia sobre la yerba y como llovizna sobre la grama*]. Entonces podrán fertilizar la tierra, ablandar y enternecer los corazones de los hombres, para que den fruto de bue-

nas obras; pero si las nubes no tienen agua, ¿qué será? ¿Sabéis qué? Lo que dice el santo Apóstol Tadeo en su Canónica (v. 12): [*Son como nubes sin agua, llevadas de los vientos a varias partes*]. Así como las nubes sin agua, por estar tan ligeras y livianas y no tener en sí peso ni sustancia, son llevadas fácilmente del viento a una parte y a otra, así, si no estáis muy lleno y abastecido de virtud, humildad y mortificación, os llevará tras sí el viento de la vanidad y estimación, y de las demás pasiones y aficiones del mundo, como a nube sin agua y sin peso; y de eso no más os servirá el ser nube y tener ministerios y oficios altos, de desvaneceros más y ser llevado de todos vientos.

San Agustín, tratando de los ricos, dice: «Dificultoso es que el que es rico no sea soberbio, porque las riquezas luego crían y engendran de sí soberbia.» Todas las cosas crían su gusanillo, que las va royendo consumiendo. La ropa cría y engendra su polilla; el madero, la carcoma; el trigo, el gorgojo. Y distinto y diferente es el gusano del manzano y el del peral, y el del trigo y el del haba: así las riquezas crían y engendran de sí otro gusano muy diferente de ésos, muy peor que todos ellos, que es la soberbia. Pues los ricos del mundo, porque se ven con tanta hacienda y riquezas, y que por eso los estiman los hombres y hacen caso de ellos, tienen tanto peligro de ensoberbecerse, ¿cuánto mayor será el peligro de los que tienen oficio de nubes y de andar levantados sobre la tierra, regándola y beneficiándola, que por tener tan altos y tan elevados ministerios son respetados, honrados y estimados de todo el mundo, de los grandes y de los pequeños, y con la mayor honra y reverencia que puede ser?

Dice San Crisóstomo que más reverencia se debe los sacerdotes que a los reyes y príncipes, y que a nuestros propios padres carnales; porque éstos nos hacen vivir al mundo, pero los sacerdotes y padres espirituales nos hacen vivir a Dios. No hay mayor honra ni mayor estimación que la opinión de santidad. A los demás se hace una reverencia exterior, y muchas veces interiormente no los estiman; pero a estos los honran como a santos. Gran fundamento de humildad es menester para sufrir el peso de esta honra y estimación; porque la soberbia y vanagloria es el gusano que destruye y echa a perder las buenas obras. Y en las más altas y aventajadas suele haber más peligro de engendrarse y criarse este gusanillo. Y así, el primer peligro que pone San Crisóstomo del estado sacerdotal es la pestilencial vanagloria, que es, dice, un peñasco más espantoso que cuantos fingen los poetas.

CAPÍTULO 5

Que por los prójimos no nos hemos de descuidar de nosotros; antes por eso tenemos necesidad de andar con más cuidado de nuestro aprovechamiento.

Dice el Sabio (*Eccli* 29, 27): *Trabaja por recuperar y ganar al prójimo, según tus fuerzas, y mira también por ti, no caigas*. Este es el fin e instituto de la Compañía y el camino real por donde hemos de caminar en ella. Pero de este camino real se puede uno apartar de dos maneras: o a la diestra, retirándose del trato de los prójimos con extremo, por atender a su aprovechamiento; o a la siniestra, dándose tanto a los prójimos, que se olvide de sí; y ambos extremos son viciosos y peligrosos. Y así diremos un poco de cada uno de ellos, para que acertemos a tomar el medio en que consiste la virtud y perfección, y no declinemos a la diestra ni a la siniestra.

Y comenzando del extremo más peligroso, que es darse uno tanto a los prójimos, que se olvide de sí, Cristo nuestro Redentor nos avisa de eso en el sagrado Evangelio, diciendo (*Mt* 16, 26): *¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si su ánima recibe pérdida y detrimento? ¿Qué trueque y recompensa recibirá uno por su ánima?* no hay recompensa ninguna con que se pueda recompensar esa pérdida; y así, la razón y la caridad pide que por ninguna ocupación pierda uno el cuidado de su propia alma, ni afloje en su aprovechamiento; porque la caridad bien ordenada, por sí mismo ha de comenzar. Y así, eso es lo primero que pide a Dios el Profeta (*Sal* 118, 66): [*Enseñadme, Señor, bondad, disciplina y ciencia*]. La bondad pone en primer lugar; so color de ayudar y aprovechar a los prójimos, no se ha uno de olvidar ni descuidar de sí, que sería ése gran yerro. Aun allá dijo Séneca que los que por otros se descuidan de sí, son como los pozos, que dan a otros el agua clara, y ellos se quedan con las heces y el cieno. Nicolao, Pontífice, en un decreto, trae otra comparación que declara más esto. Tratando que los malos sacerdotes puedan administrar los santos Sacramentos, porque a sí solos se hacen daño, dice que son como el hacha encendida, que aprovechando y dando luz a otros, se está ella gastando y consumiendo a sí misma.

San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares (1, 2): [*Óleo derramado es tu nombre*], va tratando muy bien este punto. Pone allí dos obras que obra en nosotros el Espíritu Santo: una, con la cual nos funda primero en virtud para nuestro propio aprovechamiento, y ésta llama infu-

sión; otra, con la cual nos comunica dones y gracias para utilidad y provecho de los prójimos, que llama efusión, porque se nos da para derramar y comunicar a otros; y dice que primero ha de ser la infusión y después la efusión. Primero ha de ser el recibir uno en sí, y estar muy lleno y muy rico de virtud, y después ha de ser el derramar y repartir con otros; y trae una comparación que lo declara bien: por lo cual, si tenéis juicio y entendimiento, habéis de procurar ser concha y no canal. Esta diferencia hay de la canal a la concha o taza de la fuente, que la canal juntamente recibe el agua y la despide, sin quedarse con cosa; pero la concha o taza de la fuente, que está cerrada alrededor, primero se llena a sí, y después que ella está llena, lo que le sobra, eso reparte y comunica sin pérdida ni menoscabo suyo. Pues así habéis de procurar ser vos, no canal, sino como la taza de la fuente.

«Y porque no penséis que es mío esto que digo, y lo tengáis en poco —dice San Bernardo—, sabed que no es sino del Espíritu Santo, que nos lo dice por el Sabio (*Prov* 29, 11): *El necio* [*echa por la boca todo su espíritu*], todo lo derrama como canal; *pero el sabio* [*da largas y guarda algo para después*], guarda para sí; primero queda él muy abastado y lleno como la concha. Mas, ¡ay dolor!, que va el negocio al revés. El día de hoy hay muy pocas conchas en la Iglesia, y hay muchos que son canales por donde pasa el agua de la palabra de Dios a otros y riega las tierras de sus corazones, y las hace que estén verdes y frescas, y den fruto, quedándose ellos secos y sin fruto. Tienen tanta caridad éstos, dice por ironía, que quieren derramar aun antes de allegar; no teniendo para sí, quieren dar a otros; están más prontos y dispuestos para hablar que para oír, y quieren enseñar lo que aún no han aprendido; quieren gobernar y regir a otros, los que a sí mismos no se saben regir. No es ésa caridad, porque ningún grado de caridad se ha de anteponer a aquel que dice el Sabio (*Eccli* 30, 24): [*Ten misericordia de tu ánima procurando agradar a Dios*]. Esto ha de ser lo primero, tener misericordia de nuestra propia ánima, procurando servir y agradar mucho a Dios; y después ha de ser el tratar de ayudar y remediar a los otros. Y si no tengo sino un poco de aceite para ungirme, ¿pensáis que os lo tengo de dar a vos, y quedarme yo sin nada? Lo guardo para mí, como respondió la otra viuda; y si no es que lo mande el Profeta, no lo daré. Y si me importunaren algunos, que me tienen en más de lo que soy, y piensan que tengo para repartir, les responderé (*Mt* 25, 9): *Porque por ventura no haya para vos y para mí; id a comprar de los que venden* y tienen abundancia, que no es razón que quede yo pobre y vacío por daros a vos.

[*No se pretende que los otros tengan desahogo y vosotros apretura, sino por igua*l, dice San Pablo (2 *Cor* 8, 13). A los otros indulgencia y perdón, y a vos tribulación, no es ésa buena caridad: basta que améis a vuestro prójimo como a vos mismo, que ése es el mandamiento de Dios (*Mt* 22, 39): [*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*]. Y eso es lo que dice San Pablo: [*Por igual*]: no le améis más que a vos mismo: no perdáis vos de vuestro propio aprovechamiento por atender al aprovechamiento de los prójimos; ni os descuidéis de vos para cuidar de los otros, que no será ésa buena caridad. [*Sea mi alma llena de vuestra gracia como de manjar pingüe y sustancioso, y os alabará mi boca con labios de alegría*], decía el Profeta David (*Sal* 62, 6). Primero ha de ser el estar vos muy abastado y rico, para que de la abundancia del corazón hable la boca: Por tanto, dice el Apóstol (*Hebr* 2, 1), [*es menester que atendamos muy diligentemente a las cosas que hemos oído, porque no nos vaciemos del todo y las perdamos*] es menester mirar mucho no se nos transvine todo el licor del Cielo, sino que guardemos primero para nosotros; rebosar, sí, mas no transvinarnos.

No sólo no debemos descuidar de nuestro propio aprovechamiento por ayudar a los prójimos, antes por eso tenemos necesidad de andar más cuidadosos y diligentes en él; porque es grande el apercibimiento de virtud y mortificación, que es menester para tratar con los del mundo, para que no nos peguen ellos sus resabios y nos hagan a sus costumbres antes que nosotros a ellos a las nuestras. [*El que toca la pez se manchará con ella*], dice el Sabio (*Eccli* 13, 1). El que anda con la pez, gran cuidado ha menester para que no se le pegue algo en las manos; es menester que las traiga bañadas en aceite. Así para tratar nosotros con los del mundo, es menester andar siempre llenos de Dios y bañados en oración, y si no, con razón podemos temer no se nos pegue la pez a las manos, llevándonos ellos tras sí y pegándonos sus resabios y costumbres. [*Y vendrá a ser cual es el pueblo, tal el sacerdote*] (Oseas, 4, 9).

Uno de los avisos principales que daba nuestro bienaventurado Padre San Ignacio a los que trataban con prójimos, como leemos en su *Vida*, era que se persuadan que no viven ni tratan con hombres perfectos, sino que andan entre gente no santa, y muchas veces injusta y engañosa: [*en medio de una nación depravada y perversa*], como dice San Pablo (*Filip* 2, 15). Y es de mucha importancia este aviso, para que así andemos apercibidos, armados y recatados, para que los males y escándalos que viéremos no se nos peguen y nos inficionen. Suelen los médicos y los que andan entre en-

fermos, especialmente cuando la enfermedad es contagiosa, traer consigo muchos olores y defensivos para que no se les pegue la enfermedad, ni les inficione aquel vaho y mal olor que sale de los enfermos. Pues nuestro trato es con enfermos, y con enfermos de enfermedad contagiosa, que fácilmente nos puede inficionar y pegársenos, si no andamos muy bien apercibidos de defensivos y preservativos de mucha virtud, oración y mortificación. Bien se ve el bueno y sano estómago que ha de tener el confesor y el obrero, que ha de andar siempre las manos envueltas en llagas podridas y hediondas, para que cuando ve la hediondez de los pecados en la confesión, no se le revuelva el estómago y se levante allá una piscina de pensamientos y movimientos malos.

Dice, y muy bien, que hemos de ser como unos ríos que hay, los cuales entran por medio de la mar y conservan su agua dulce, sin que se les mezcle cosa alguna salobre del agua de la mar. San Crisóstomo, tratando cuáles han de ser los sacerdotes que han de tratar en el mundo con los prójimos, dice que han de ser sus almas como los cuerpos de aquellos tres mancebos de Babilonia, que en medio del fuego no se quemen; porque andamos entre llamas, no de paja o estopa, sino más fuertes que las del horno de Babilonia: por aquí sale una llamarada de envidia, por allí otra de ambición, por allí otra de carne, por allí otra de los que le están juzgando y murmurando de él. Pues habéis de ser tal, que en medio de esas llamas no os queméis. Y porque el fuego por donde hay lugar se entra, y deja lo que halla, aunque estuviese hermoso, negro y feo, ha de estar el sacerdote de Dios tan guardado, dice el Santo, que aun el humo no le llegue. Pues para que tantas y tan grandes llamas no sólo no nos quemen, pero ni aun el humo de ellas nos tizne ni manche, menester es andar bien apercibidos.

Y mucho mejor nos avisa de esto Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, diciendo que hemos de ser como la luz (*Mt* 5, 14): [*Vosotros sois la luz del mundo*]. Lo declara muy bien San Agustín: «La luz, dice, aunque pase por lugares inmundos y por muladares, no se contamina, ni se le pega nada, antes ella los deseca, purifica y quita el mal olor, sin recibir en sí ninguna mala impresión.» Así nosotros hemos de pasar por estos muladares y cenagales de pecadores y pecados hediondos y sucios, sin que se nos pegue nada; antes purificándolos y desecándolos, y quitándoles el mal olor, como lo hace la luz del sol.

Para esto es menester que andemos siempre con mucho cuidado en nuestros ejercicios espirituales; en la oración, exámenes, lección espiritual, en la penitencia y mortificación. La oración ordinaria que de esto tenemos

en la Compañía para nuestro aprovechamiento espiritual, nunca la hemos de dejar, y es menester tener gran cuenta con esto; porque el demonio, ya que ve que no nos puede estorbar el ayudar a los prójimos, por ser ése nuestro fin e instituto, procura que de tal manera nos demos a eso, y nos embebezcamos en ello, que nos olvidemos de nosotros mismos, y nos descuidemos de los medios necesarios para nuestro aprovechamiento y conservación. Cuando el río sale de madre, fertiliza las tierras por donde pasa, y recoge en sí todas las inmundicias de ellas; eso pretende el demonio, procurando que nos demos sin medida al trato de los prójimos. Y suele ser muy común esta tentación, y así es menester andar muy prevenidos: especialmente que para eso mismo fin de aprovechar a los prójimos y hacer mucho fruto en ellos el principal medio que podemos poner es andar muy cuidadosos en nuestro propio aprovechamiento, como diremos después. Cuando hay más negocios, entonces hay más necesidad de tener más oración y acudir más a Dios para que se hagan bien, como vemos lo hacían los Santos.

Del bienaventurado Santo Domingo leemos que tal manera repartía los tiempos, que el día gastaba con los prójimos y la noche con Dios; y por eso era un grande el fruto de su doctrina, porque de noche negociaba lo que obraba de día, y primero acababa lo que quería con Dios, que lo acabase con los hombres. Y Cristo nuestro Señor nos dio ejemplo de esto, pues tantas veces se estaba las noches enteras en los montes y lugares apartados, perseverando en oración, como escriben los Evangelistas. Los días gastaba en discurrir por diversos lugares, predicando y enseñando, y sanando enfermos y endemoniados, y *las noches velaba y perseveraba en oración* (*Lc* 6, 12); no porque Él tuviese necesidad de este socorro, como nota San Ambrosio, sino para darnos ejemplo a nosotros.

De esto tenemos aún más particular necesidad cuando andamos fuera de casa; y así nos lo advierten muy en particular las reglas de los que andan en misiones. Guárdense los que andan fuera de dejar los ejercicios espirituales acostumbrados en casa. Con mucha razón dijo *guárdense;* porque verdaderamente es menester tener muy particular cuidado para no faltar en esto cuando andamos fuera de casa; porque en ella, por una parte, el ser las ocupaciones más moderadas, y por otra, la campanilla que me llama a la oración y al examen, y el ver que todos hacen aquello, me hace a mí hacer lo mismo: Pero cuando uno anda fuera de casa, por una parte las ocupaciones extraordinarias le traen cansado y ahogado, y por otra, como no oye campanilla ni ve ejemplo de otros que le ayuden, sino antes que le

impidan y distraigan si no hay mucho cuidado y diligencia, muchas veces se dejarán los ejercicios espirituales. Por esto es menester gente muy probada para andar en misiones. Solía decir nuestro Padre San Francisco de Borja que nunca quedaba contento de la misión que enviaba sino cuando le dolía mucho; y el dolor era apartar de sí a los que eran tales, cuales eran menester y él escogía para semejantes empresas. Mucho más es menester para andar fuera que para estar en casa: y así, las misiones son propias de los profesos de cuatro votos, que se presupone estar ya bien probados y aprovechados, y con todo eso es menester que no duren mucho en ellas, sino que a sus tiempos se tornen a casa a recoger y a rehacer, porque no se ahogue y agote el espíritu con tanta ocupación.

De aquí podemos colegir que si esto decimos de los ministerios espirituales que son en ayuda de las almas, que no hemos de dejar por ellos nuestra oración, ni exámenes, ni los demás ejercicios ordinarios que tocan a nuestro aprovechamiento, porque no es buena caridad descuidarse y olvidarse uno de sí por atender a otros, ¿qué será de las ocupaciones corporales y exteriores, de los oficios y negocios temporales, así en los seglares como en los religiosos, que a todos pertenece esta doctrina y cada uno la puede aplicar a sí conforme a su estado? Nunca ha de andar uno tan enfrascado y embebecido en las ocupaciones exteriores, aunque sean buenas y tocantes a su oficio, que se olvide por eso de su salvación, y el religioso de su oración, y de su examen, y de lo demás que toca a su aprovechamiento y mortificación: no es razón dejar lo más por lo menos. Siempre hemos de poner en primer lugar lo que toca a nuestro propio aprovechamiento, y ésa es la voluntad de Dios y de los superiores. Y el que estudia no ha de dejar ni atropellar los ejercicios espirituales por los estudios; porque poco le aprovechará a uno salir buen letrado si no sale buen religioso: especialmente, que el guardar el ordinario de los ejercicios espirituales no impedirá, antes ayudará mucho, para que el Señor dé luz y entendimiento para salir mejor con los estudios.

De San Alberto Magno se lee que solía decir muchas veces a sus discípulos, y lo dejó escrito al principio de su Suma, que con oración y devoción se aprende más en las divinas ciencias que con el estudio; y solía traer a este propósito aquellas palabras de Salomón (Sab., 7, 7): *Lo deseé y me fue dado sentido; invoqué a Dios, y se lo pedí, y vino en Mi el espirita de la sabiduría*. Y Santo Tomás de Aquino, que fue discípulo suyo, por aquí vino a saber y entender tanto. Decía él que lo que sabía, más lo había alcanzado con oración, que con industria y estudio humano.

De San Buenaventura se cuenta que leyendo en París la cátedra de Teología con gran suficiencia y satisfacción y con grande nombre y fama, y componiendo también en este tiempo algunos libros con mucho aplauso de todos, un día visitándole Santo Tomás de Aquino, que era muy su familiar y contemporáneo, le rogó que le mostrase los libros de su estudio. Le llevó San Buenaventura a su celda, donde le mostró algunos pocos libros, donde estudiaba, que tenía en su mesa. Deseoso Santo Tomás de ver los otros libros particulares de donde sacaba tan maravillosas cosas, le preguntó por ellos y le rogó que se los mostrase. Entonces el Santo le enseñó un oratorio, donde tenía un Crucifijo muy devoto, y le dijo: «Estos son, Padre, mis libros, y perdonadme, y sabed cierto que éste es el libro principal, de donde saco todo cuanto leo y escribo, y mucho más sin comparación aproveché, y mayor luz de verdadera ciencia alcancé a los pies de este Crucifijo, acudiendo aquí en mis dudas a ser enseñado, y en oír y servir las Misas, que en todos los otros libros y ejercicios de letras.» Con lo cual Santo Tomás quedó más admirado y más devoro del Santo.

CAPÍTULO 6

Que nos hemos de guardar de otro extremo, que es mirarnos del trato de los prójimos, so color de atender a nosotros.

Podrá decir alguno: Si tanto peligro hay en tratar prójimos, no me quiero poner en esos peligros, sino retirarme lo más que pudiere y tratar solamente de mi aprovechamiento y salvación, porque más obligado estoy a mirar por mí que por los otros, y no es razón que por ganar a otros me ponga en peligro de perderme. Éste es otro extremo a que puede uno declinar, apartándose del camino real de nuestro instituto; de esto tenemos también respuesta en el sagrado Evangelio, en aquella parábola de los talentos. Cuentan los sagrados Evangelistas (*Mt* 25, 14; *Lc* 19, 12) que repartió un señor su hacienda con sus criados; a uno dio cinco talentos, a otro dos, a otro uno. Los primeros emplearon bien sus talentos y ganaron con ellos otros talentos, y fueron por ello muy alabados y premiados; pero el que recibió un talento, lo enterró y lo escondió debajo de la tierra y cuando vino el señor a pedirle cuenta respondió: «Sé que sois hombre riguroso, y que lleváis las cosas muy por los cabos, y queréis allegar y coger aun de lo que no derramasteis ni sembrasteis, y así escondí el talento que me disteis debajo de la tierra, porque no se m perdiese; lo veis aquí entero como me lo disteis.» Le dice el Señor: *«Siervo malo y perezoso, por tu boa te condeno.*

Sabiendo que yo quiero coger y allegar aun de lo que no sembré ni derramé, ¿cómo no negociaste con mi dinero, para que me lo devolvieras con alguna ganancia? Quitadle el talento y dadle al que tiene diez talentos, que con los cinco que le di, ganó otros cinco; porque ésos serán los premiados y aventajados. Y a ese siervo inútil y sin provecho echadle en las tinieblas de afuera, donde no habrá sino lloro y crujir de dientes.» San Agustín declara esta parábola a nuestro propósito, y dice que la propuso Cristo nuestro Redentor para aviso y enseñanza de aquellos que, de flojos y perezosos, no quieren tomar en la Iglesia de Dios oficio de dispensadores ni ayudar a sus prójimos, diciendo que no quieren dar cuenta a Dios de pecados ajenos. Escarmienten, dice, con este ejemplo; porque no leemos otra causa de la condenación de este siervo, sino el no haber negociado ni granjeado con el talento recibido; porque él no le perdió ni le malbarató, que bien guardado le tenla, escondido debajo de la tierra, porque no se lo hurtasen.

Y San Ambrosio dice: «Miremos no nos pida Dios cuenta del silencio ocioso. Porque hay un silencio negociador, como fue el de Susana (*Dan* 13, 35), que hizo más callando que si hablara; porque callando con los hombres hablaba con Dios.» Otro silencio hay ocioso, y ése es malo. Y así como hemos de dar cuenta a Dios de las palabras ociosas, así también de este silencio ocioso, que es, cuando pudiendo y debiendo ayudar y aprovechar al prójimo con nuestras palabras, no lo hicimos. Y particularmente a nosotros nos ha de pedir Dios cuenta de esto, porque nos ha encomendado este talento, y dado este oficio y ministerio de ayudar a otros; y así, no solamente nos pedirá cuenta de nuestro propio aprovechamiento, como a los que sólo tratan de eso, sino también de cómo nos hemos empleado en ayudar y ganar a nuestros prójimos; y si halla que hemos escondido el talento y soterrádole debajo de la tierra, nos lo quitará y nos castigará como a aquel siervo malo y perezoso; así de ambas cosas hemos de tener cuidado, y no se ha de dejar la una por la otra. Nos hemos de haber en esto conforme al ejemplo que nos dio Cristo nuestro Redentor, del cual dice el sagrado Evangelio (*Mt* 26, 39) que la noche de su Pasión se levantaba de orar e iba a visitar a sus discípulos, y de ellos tornaba luego a la oración. Así nosotros de la oración hemos de salir para tratar y andar a los prójimos, y luego nos hemos de tornar a retirar a la oración.

San Bernardo trata muy bien este punto sobre aquellas palabras que dice el Esposo a la Esposa (*Cant* 2, 10): *Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven*. ¿Quién duda, dice, sino que a ganar almas? Pero ¿qué es esto? ¿Por ventura no es el mismo Esposo el que poco

antes, en el mismo capítulo, prohibía con tanto cuidado que no despertasen a la Esposa? [*Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las cabras montesas y por los ciervos de los campos, que no despertéis ni hagáis desvelar a mi amada hasta que ella quiera*] (*Cant* 2, 7). ¿Cómo luego manda, no sólo que se levante, sino que se dé prisa? ¿Dentro de un momento, casi juntamente prohíbe que no despierten a su Esposa, y luego la manda levantar y que se dé prisa? ¿Qué quiere decir esta tan súbita mudanza de la voluntad y consejo del Esposo? ¿Pensáis, dice San Bernardo, que fue ésta liviandad del Esposo, y que quiso algo primero que después no lo quisiese? No fue eso, sino nos queso encomendar estas mudanzas necesarias, que hemos de hacer del sueño y reposo de la oración y contemplación, al trabajo de la acción necesaria para ayudar a nuestros prójimos; porque el amor de Dios no puede estar ocioso, es fuego, y así luego desea encender y abrasar a otros en el mismo amor. Y para esto, no sólo deja el reposo de la contemplación y se levanta de la oración, sino se da prisa, para dar a entender el grande y vehemente deseo de ayudar a los prójimos. Pues por eso, dice San Bernardo, apenas había descansado un poco la Esposa en el seno del Esposo, cuando luego la despierta y manda ir a otras cosas más provechosas. Y digo más provechosas, porque mejor es y de más provecho y estima delante de Dios el procurar juntamente, ayudar a otros, que tratar solamente de nuestro propio aprovechamiento y recogimiento.

Y no es ésta la primera que le aconteció esto a la Esposa con el Esposo; otras veces le aconteció lo mismo. Quería la Esposa estarse gozando siempre la quietud y reposo de la contemplación y de los abrazos y ósculos dulces de su Esposo, y así lo pide diciendo (*Cant* 1, 1): [*Béseme con el beso de su boca*]. Y respóndele el Esposo que mejores son los pechos que el vino: dándole a entender que había de tener hijos, y que pusiese también cuidado y solicitud en eso. Acordaos que sois padre y que tenéis hijos y que les habéis de dar leche y criar, y que para sustentar y remediar los hijos habéis de dejar muchas reces vuestro reposo y quietud. Figura tenemos de esto en Jacob, del cual dice la Sagrada Escritura (*Gen* 29. 23) que cuando él pensaba gozar de los abrazos y ósculos de Raquel estéril, le dieron a Lía, legañosa, pero fecunda. Así ahora, deseando la Esposa el ósculo y los abrazos dulces del Esposo, le encomienda el oficio de madre y de criar hijos: [*Mejore son tus pechos que el vino*]. Porque mejor es, y más agradable es entonces a Dios el fruto de la predicación y del trato con los prójimos y el ganar almas para Dios, que la dulzura del vino de la contemplación. Aunque Lía no es tan hermosa como Raquel, pero es más fecunda, y su fecundidad suple y recompensa muy bien la hermosura de Raquel. Aunque

la vida contemplativa es más perfecta que la activa; pero cuando a la vida contemplativa se le añade esta vida activa de enseñar y ayudar a los prójimos y ganar almas para Dios, es más perfecta que la vida contemplativa sola.

De esta manera declara San Crisóstomo aquello de San Pablo a los Romanos (9, 3): [*Deseaba yo ser anatema de Cristo por mis hermanos, que son mis parientes según la carne*]. Era tan grande el celo que tenía de la salvación de las almas, que deseaba apartarse por algunos ratos de la conversación y compañía suavísima de Cristo, y dejar de vacar a sus actos amorosos por entender en el provecho de los prójimos; y eso era en su manera hacerse anatema de Cristo por ellos. Y todos los doctores confiesan haber sido éste, supremo acto de caridad. De manera que ésta que parece pérdida, no es sino muy grande ganancia, y así es menester que nos persuadamos que por atender al aprovechamiento de los prójimos, no perderemos nosotros de nuestro propio aprovechamiento; antes con eso ganaremos y aprovecharemos, creceremos más en virtud y en perfección.

Clemente Alejandrino trae para declaración y confirmación de esto algunas comparaciones buenas. Los pozos, dice, mientras más agua sacan de ellos, la dan mejor y más clara; y, por el contrario, cuando no sacan de ellos, se hace el agua estanca y mala. El cuchillo cortando se conserva con lustre, y en dejando de usar de él, luego cría moho y herrumbre. El fuego, por quemar y encender otras cosas, no pierde, sino antes gana y se aumenta más. En las ciencia humanas vemos que el que enseña a otros aprende mucho enseñando, y que de esa manera se hacen los hombres muy doctos. Pues así es también en esta sabiduría celestial y divina: especialmente, que *la palabra de Dios es cuchillo de entrambas partes agudo* (*Hebr* 4, 12), que corta hacia los otros y también hacia sí: lo que yo digo a otros, he menester también para mí. Y luego la conciencia me está remordiendo: ¿cómo no haces tú lo que dices a otros? ¡Ay de los que dicen y no hacen! Y el ver en la confesión la caídas de los otros me es aviso para andar con temor y recato, y pidiendo a Dios me tenga de su mano, dándole gracias porque no me ha dejado caer en aquello. El ayudar a morir al uno y al otro nos hace tener presente la hora de la muerte y procurar estar preparados para ella. El ir a las cárceles y a los hospitales, y el hacer las paces y amistades, nos hace conocer mejor las miserias de esta vida y estimar más la merced que el Señor nos ha hecho en traernos a la Religión. Finalmente, todos nuestros ministerios no sólo no son ocasión para empeorarnos, antes son unos despertadores que nos convidan e incitan más a la virtud y perfección.

Se añaden a esto las muchas misericordias que el Señor usa con los que así se ejercitan con los prójimos. Si a los que ejercitan las obras de misericordia corporales les está prometido tanto como leemos en la Escritura divina, ¿qué será a los que ejercitan las obras de misericordia espirituales, que son tanto mayores cuanto el ánima es más que el cuerpo? Dice San Crisóstomo que a éstos les pertenece muy bien aquello del Evangelio (*Lc* 6, 38): *Dad, y se os dará*. Y lo que dice el Sabio (*Prov* 11, 25): *El ánima del que hace bien al prójimo será engrosada, y el que harta y espiritualmente embriaga a otros con el amor y deseo de las cosas del Cielo, también le hartará y embriagará a él Dios* con sus divinos consuelos.

Comparan algunos a éstos a los limosneros de los príncipes, a los cuales dan mucho que repartir; y si mucho dan, mucho les dan a ellos; pero aún no llena esta comparación lo que decimos; porque el limosnero, si es fiel, no se queda con nada, ni se hace más rico por dar a otros; pero los que ayudan a los prójimos con los ministerios espirituales, dando y enriqueciendo a otros, quedan ellos enriquecidos. Y así los comparan otros mejor, diciendo que son como las amas que crían los hijos de los reyes, a las cuales mantiene y sustenta el rey de su mesa con manjares reales; y con lo que a ellas les sobra sustentan y crían los infantes. De esta manera son los que tratan de criar los hijos del Rey del Cielo, que Él les envía el sustento de su mesa real y divina, tan cumplido y abundante, que quedando ellos muy abastados y ricos, puedan de la abundancia repartir con sus hijos espirituales. Lo cual dice admirablemente San Pedro Crisólogo por estas palabras: [A la manera que los reyes alimentan con manjares delicados a las amas de sus infantes para que los críen con leche purísima, así aquel soberano Rey del Cielo lo suele hacer con los ministros de su palabra, que aunque ellos lo desmerezcan, no obstante, en atención al alimento que han de dar a los hijos de su Majestad, los apacienta y nutre con los manjares de su celestial mesa, a fin de que más delicadamente los amamanten y les cedan comunicar alimentos más regalados].

Y nosotros particularmente es menester que vayamos siempre con este presupuesto; porque en le Compañía el atender y ayudar a los prójimos nos le ha hecho Dios medio para nuestro aprovechamiento, por ser éste nuestro instituto y vocación, Y así lo dice expresamente la Bula de Julio III, donde habiendo puesto el Sumo Pontífice el fin de nuestro instituto y los ministerios que hemos de ejercitar con los prójimos, dice: [Procure este tal traer delante de sus ojos, todos los días de su vida, a Dios primeramente, y luego esta su vocación e instituto, que es el camino para ir a Dios].

Así como el aprovechamiento propio de algunas Religiones monacales está en asistir muy bien a su coro, en guardar muy bien su clausura, sus ayunos y asperezas; así nuestro aprovechamiento y perfección está en hacer bien nuestros ministerios con los prójimos, porque fuimos llamados para esto como ellos para aquello; y así podemos nosotros decir de los prójimos lo que dice San Pablo (*Filip* 4, 1):*Vosotros sois nuestro gozo, nuestra corona y gloria*. Dice San Ambrosio sobre este lugar: «Manifiesta cosa es que el aprovechamiento y perfección de los discípulos es gozo, perfección y gloria de su maestro.» Y así en eso hemos de entender que está nuestro merecimiento y nuestro aprovechamiento y perfección.

De manera que, aunque es muy bueno el recogimiento en la Compañía y el tener mucha afición a la oración, pero oración y recogimiento que retira de los ministerios con los prójimos, es tentación en la Compañía. Si estuviéramos allá fuera o en otra Religión que no tratara de eso, se pudiera tener por buen espíritu y por perfección el retiraros a más oración y atender a vos solo. Pero acá en la Compañía no es éste buen espíritu, sino tentación y engaño del demonio, que se transfigura en ángel de luz, y so color de vuestro aprovechamiento y de no poneros en peligro, os quiere apartar de vuestro instituto. La oración de la Compañía ha de ser conforme a nuestra vocación, para salir más animados a ayudar a los prójimos: que digamos con el santo Job (7, 4): [*Cuando me voy dormir diré: ¿cuándo me levantaré?, y de nuevo esperaré la tarde*]. Allí en la oración nos hemos de estar disponiendo y preparando para hacer mejor los ministerios: y tanto será mejor la oración cuanto más dispuesto saliereis para eso; y cuanto más creciereis en amor de Dios, tanto más encendido habéis de salir en deseo de ganar almas para Dios, y de buscar y procurar otros que le amen y sirvan juntamente

Se cuenta de un religioso, gran siervo de Dios, que habiendo trabajado muchos años en la conversión de los indios, deseando recogerse un poco para prepararse con más diligencia y cuidado para morir, se volvió a España y se retiró del trato de los prójimos; y dice que todas las veces que se ponía en oración le parecía que veía delante de sí a Cristo crucificado, y que con una queja y reprensión amorosa le decía: ¿Por qué me has dejado en esta cruz, y andas buscando tu quietud y descanso?» Con la cual visión amonestado y muy movido, volvió a la mies que había dejado, donde se ejercitó otros muchos años,

CAPÍTULO 7

De algunos remedios contra la pusilanimidad de los que por miedo de perderse se retiran de ayudar a los prójimos.

Para que acabemos de desarraigar de nuestro corazón la tentación de pusilanimidad con que el demonio suele acometer a algunos temerosos y escrupulosos, pareciéndoles que se ponen en peligro de perder sus ánimas por ganar a otros, es menester primeramente que entendamos y nos persuadamos una verdad muy importante y que nos ayudará mucho para esto: y es que más seguros y guardados estaremos donde Dios nos pusiere, que donde nosotros pensábamos que lo estuviéramos. Andando por obediencia en medio de las plazas y oyendo cosas feas y deshonestas de los penitentes en las confesiones, estaremos más guardados y seguros que si estuviéramos por nuestra propia voluntad retirados en nuestra celda, hurtando el cuerpo a esos ministerios por miedo de no caer; porque ahí por ventura os estuvierais quemando y abrasando con malos pensamientos, y allí en los ministerios os hallaréis muy seguro y quieto; porque Dios os puso en ellos, y Él os guardará y amparará (*Sal* 5, 13): [*Nos habéis, Señor, cercado y guardado con vuestra buena voluntad, como con un escudo fortísimo*]. Estamos cercados y defendidos, como con escudo, de la buena voluntad de Dios que nos lo manda y nos pone en ello.

San Basilio nota esto bien: «No penséis, dice, que está el negocio de ser casto y de no tener tentaciones de carne en retiraros y no tratar con gente; que no está en eso.» Porque San Jerónimo, estando en la soledad del yermo, comiendo yerbas y quebrantando sus miembros con grande penitencia, dice que muchas veces le parecía que se hallaba entre las danzas y saraos de las doncellas romanas; y teniendo el rostro amarillo por los muchos ayunos, y el cuerpo frío y la carne seca y casi muerta, no dejaba la voluntad de encenderse con malos pensamientos y sentir grandes movimientos del apetito deshonesto. Y, por el contrario, del abad Elías cuenta Paladio que le dio Dios tan grande don de castidad, que residió en un monasterio de trescientas monjas cuarenta años, con tanta paz y quietud, como si fueran varones, sin sentir tentaciones ni movimiento ni peligro alguno en la castidad.

Vestidos y calzados andaban aquellos tres mancebos en medio del horno de Babilonia, y no les hacía ningún daño la llama, ni aun al pelo de su ropa; y a los ministros del rey que andaban apartados y guardándose del fuego, a ésos quemó. Porque poderoso es Dios para que no se quemen en

medio de las llamas los que entraron allí por su amor: antes las llamas se les convirtieron en jardín de flores y en un paraíso de deleites, donde estaban alabando y bendiciendo a Dios. Así les acontece a los que por amor del mismo Dios y por el celo de su honra y gloria andan en medio del fuego de ese horno de Babilonia del mundo, que donde otros se están abrasando y consumiendo, ellos están alabando a Dios y bendiciéndole, y dándole muchas gracias por la merced que les ha hecho en traerles a la Religión; y de donde otros sacan perdición y condenación para sus ánima, ellos sacan mayor conocimiento de la vanidad del mundo y mayor estima de lo que tienen en la Religión. [*A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan para su bien*] (*Rom* 8, 28). A los que por amor de Dios y por obediencia se ocupan en estos ministerios, todo se les conviene en bien, y sacan miel de la piedra dura, y de los peñascos ásperos aceite suavísimo. Donde hay entrañas fieles y ansiosas de agradar a Dios; donde un hombre no es intruso sino legítimamente llamado y puesto en estos ministerios, no hay que desmayar, sino tener mucha confianza en el Señor, que, pues Él nos pone en ellos, Él nos sacará bien de ellos.

Para que quedemos más enterados en esta verdad, y más confiados y animados para nuestros ministerios, dejados aparte otros muchos medios, diré ahora uno muy particular que tenemos para esto en la Compañía, que es la gracia particular de la Religión. Éste es un punto muy principal y de mucho consuelo, así para esto como para otros muchos propósitos. Cada Religión tiene particular gracia y ayuda del Señor para alcanzar el estado de perfección a que son llamados los de ella; porque no llama Dios a uno a estado o fin alguno, que no le dé también los medios convenientes y las fuerzas y gracia que es menester para conseguir aquel fin y perfección a que le lama. Santo Tomás funda esto muy bien en la Escritura divina y en la razón natural. Porque *las obras de Dios son perfectas* (*Deut* 32, 4); y así si Dios instituye una Religión para un fin, también le ha de dar los medios y auxilios necesarios para conseguir aquel fin, porque de otra manera sería imperfecta la obra le Dios; como vemos que lo hace su Majestad en todas las cosas naturales, que cuando da la potencia para alguna cosa, da también los medios convenientes para que aquella potencia pueda venir a su acto; y si no, dicen los filósofos que sería ociosa y en balde aquella potencia. Pues de la misma manera es en las cosas sobrenaturales y de gracia, porque no han de ser menos perfectas, sino antes más que las naturales; y así, cuando Dios instituye una Religión para algún fin, le da todos los medios y auxilios necesarios para que los de aquella Religión puedan conseguirlo; y ésta llamamos la gracia de la Religión.

Y como las Religiones son diferentes y cada una tiene su modo de proceder y su particular fin e instituto santo para que fue instituida, así también les da Dios particular gracia y favor para conseguir aquel fin para que las instituyó y ordenó. De manera que todas las religiones convienen en esto, que tienen gracia de Religión, que es ayuda y socorro particular del Señor para el estado de perfección para que fueron instituidas; pero a cada una se reparte esta gracia con la particularidad que pide el fin que tiene y los medios que le han dado para conseguirlo. A los monjes Cartujos les da el Señor particular gracia para guardar su clausura y abstinencia; a los Jerónimos, para tener bien su coro; y así podemos discurrir por las demás religiones. Pues la Compañía es particular Religión, instituida por autoridad apostólica de la Iglesia de Dios para este fin particular de ayudar a las almas: y para conseguirle, nos ha dado el Señor propios y particulares medios que pone el mismo Sumo Pontífice en la Bula del instituto, que son: predicar, confesar, leer, enseñar la doctrina cristiana, dar ejercicios espirituales, hacer amistades, visitar cárceles y hospitales; de manera que así como la Compañía es Religión llamada de Dios para este fin de ayudar a las almas, así también es llamada para estos ministerios, para que con ellos consiga este fin,

Nótese mucho esto, que es cosa de gran consuelo, no sólo el fin, sino también estos medios y, ministerios que usamos con los prójimos son propios de nuestro instituto y nos convienen de regla, aprobada y confirmada por el Vicario de Cristo, como consta por la Bula de nuestro instituto de Julio III. De manera que los de la Compañía son predicadores por su regla y confesores y lectores; y no sólo los ministerio espirituales, sino las obras de misericordia corporales que la Compañía ejercita con los prójimos, como visitar las cárceles y los hospitales, los tiene de regla e instituto, como consta por la misma Bula.

Pues viniendo al punto, de aquí se sigue que la Compañía tiene auxilio y gracia particular de Dios nuestro Señor para conseguir este fin de ayudar a las almas, para el cual Él la instituyó, y para conseguirle por los medios propios de nuestra vocación e instituto, que Él nos ha dado para ello: y ésa es la gracia particular de esta Religión de la Compañía. De manera, que concurrirá nuestro Señor particularmente con nosotros, y pondrá particular fuerza y eficacia en estos medios para conseguir este fin, porque ésa es la gracia particular de esta Religión, y así lo experimentamos cada día por la bondad y misericordia del Señor. ¿Qué pensáis que es la causa que va un predicador de la Compañía a una misión, y alguno es mozo y

acabado de salir de los estudios, y revuelve todo un pueblo y se vienen todos a confesar, que no parece sino Semana Santa, y ya se hacen las amistades que no habían podido acabar otros muchos; ya se quitan los pecados públicos que no habían podido a quitar la justicia ni los prelados? ¿Penáis que es esto por vuestra virtud y letras, o por vuestro talento y gracia de predicar? Que no es sino porque es ésa la gracia particular de la Religión; que por ser ése su instituto y ésos los medios proporcionados para él, concurre Dios particularmente con ellos y les da particular fuerza y eficacia para que consigan su fin. Y por el contrario, que es buena confirmación de esto, vemos en algunos que han salido de la Compañía, que acá parecía que tenían alas y volaban, y eran oídos y hacían fruto, y pensaron que allá también podrían volar y hacer lo mismo y como las alas eran la gracia de la Religión, saliendo de ella se las dejaron acá, y se hallaron desplumados. En el primer libro de los Macabeos (5, 62) tenemos un ejemplo que hace mucho a este propósito. Cuenta allí la Sagrada Escritura que los Macabeos hacían maravillas en sus batallas, peleaban valerosísimamente y alcanzaban grandes victorias y sin pérdida ninguna suya, y así tenían grande nombre y fama en todo el mundo. Viendo esto algunos del pueblo de Israel, con la emulación creció en ellos la ambición, y desearon y dijeron: «Hagámonos nosotros también famosos como éstos, Y diciendo y haciendo, juntan su ejército, y van a pelear con los enemigos; pero no les sucedió como pensaron, volvieron con las manos en la cabeza. Salen a ellos los contrarios, los desbaratan y les hacen huir, y murieron dos mil de ellos. Y nota luego la Sagrada Escritura la razón de ello. Por eso cayeron y fueron vencidos: porque no eran del linaje de aquellos varones que Dios había escogido para librar al pueblo de Israel.

De manera que no tenemos que ensoberbecernos, ni atribuirnos nada a nosotros: a Dios y a la Religión debemos todo eso. (2 *Cor* 3, 6) *Nos hizo el Señor idóneos ministros del Nuevo Testamento, no con las letras y talentos que tenernos, sino con el espíritu* que Él nos comunica: por ser ése nuestro instituto y ser vos miembro de esta Religión, concurre Dios con vos y os da particular gracia y ayuda para hacer mucho fruto en los prójimos, y para que aprovechándolos a ellos no sólo no os perdáis vos, sino antes vayáis por allí aprovechando y creciendo más en virtud y perfección, y ésa es la gracia particular de esta Religión y el efecto particular que tiene. Mucho ayuda esta consideración para quitar desmayos.

Nota muy bien San Bernardo que mandando el Esposo a la esposa que se levantase del sueño de la contemplación a la acción, no le dice que

vaya, sino que *venga* (*Cant* 2, 10), que no da poco ánimo; porque nos da en esto a entender que no os deja Él a vos que vayáis, sino que Él os lleva y os trae a Sí por ese medio. De manera, que no nos envía a esos ministerios para apartarnos de Sí, sino para juntarnos más a Sí; a Él vamos, y Él nos lleva y va juntamente con nosotros, y así no tenemos que temer que por eso perderemos, sino cobrar mucho ánimo y mucha confianza y esfuerzo, que con eso ganaremos y medraremos más.

De un hijo de un rey cuenta la Sagrada Escritura, que para animar a sus criados a que hiciesen un hecho, les dijo (2 *Sam* 13, 28): *Yo soy el que os lo mando, esforzaos y no temáis*. Pues si Vos, Señor, sois el que me mandáis que me ocupe en estos ministerios y que trate con prójimos, ¿cómo podré yo temer? Más seguro y más guardado estaré en medio de malas mujeres, confesándolas y predicándolas, si Vos me ponéis ahí, que solo entre cuatro paredes por mi voluntad; porque Vos, Señor, sois el que me lo mandáis, Vos sois el que me ponéis en ello (Sal, 22, 4); [*Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno, porque Tú, Señor, estás conmigo*]. De aquí se verá también cuán grande engaño es el que tienen algunos en la Religión, que siguiéndose por su juicio y parecer dicen: Si yo estuviese en tal parte o en tal oficio o ministerio, me parece que estaría consolado, y que allí serviría más a Dios; en esta casa o en este ministerio me hallo desconsolado, y me parece que no aprovecharé. ¡Oh engaño y desatino grande! ¿Cómo pensáis que os irá bien donde vos os queréis poner, y que no os irá bien donde Dios os pone? ¡Pluguiera a Dios que no hubiéramos visto por experiencia el daño de esto! Algunos hemos conocido que no se quietando en los ministerios y puestos en que Dios y la obediencia los ponía, pretendieron otros procurando de traer la voluntad de los superiores a la suya, pareciéndoles que allí servirían más a Dios y harían más fruto. Y fueles tan mal con la mudanza, que ellos desearon y pretendieron, que echaron bien de ver que había sido castigo de Dios. Verdaderamente, habíamos de temblar de desear cosa por nuestra voluntad, ni oficio, ni lugar, ni puesto alguno, sino dejarnos llevar y gobernar llanamente de Nos por medio de la obediencia, porque donde Dios nos pusiere, allí estaremos mejor y más guardados y seguros.

CAPÍTULO 8

Del primer medio para hacer fruto en los prójimos, que es la buena y santa vida.

Diremos ahora algunos medios generales para aprovechar a los prójimos, de los cuales trata nuestro Padre en la séptima parte de las Constituciones (cap. 4), dejando otros particulares y propios de los sacerdotes, de los cuales trata en la cuarta parte (cap. 8). Y aunque lo que fuéremos diciendo sea en orden al aprovechamiento de nuestros prójimos, todavía serán cosas que pertenecen también a nuestro propio aprovechamiento. Porque, como decíamos al principio, están tan unidas estas dos cosas en la Compañía, que lo que es medio para ayudar a nuestros prójimos, es medio para nuestro aprovechamiento; y lo que es medio para nuestro propio aprovechamiento, es también medio para ayudar más a nuestros prójimos; y así lo que se dijere será doctrina que generalmente para todos pueda ser de mucho provecho. El primer medio que pone allí nuestro Padre para aprovechar a los prójimos, es el buen ejemplo de vida: «Y lo primero (para ayudar las ánimas) ocurre ser el buen ejemplo de toda honestidad y virtud cristiana, procurando no menos, sino más, edificar con las buenas obras, que con las palabras, los con quien se trata.» La buena y santa vida, el estar uno primero medrado y aprovechado en sí, es el principal medio y más eficaz para hacer mucho fruto en los prójimos. Así como los árboles que más han crecido para sí, son más fructuosos para sus dueños, así el predicador y el confesor más aprovechado en sí, será más provechoso para los otros.

La importancia y necesidad de este medio se ve, lo primero, porque cierta cosa es que el ejemplo de la buena vida es más eficaz para persuadir a los hombres, que cuantas palabras y sermones hay. Y así Cristo nuestro Redentor, primero comenzó a enseñar el camino del Cielo con obras, y después con palabras: [*Comenzó Jesús a obrar, y a enseñar*] dice San Lucas (Acta., 1, 1): «Primero quiso obrar treinta años para predicar tres.» Y del glorioso Bautista, dice San Jerónimo, que por esto escogió el desierto para predicar a Cristo (*Jn* 1, 23): *Yo soy voz, que clamo y doy voces en el desierto*. Pregunta el santo Doctor, cómo escoge ti Bautista el lugar del desierto para predicar; porque del desierto más parece que es para no ser visto ni oído de nadie que para predicar. Responde: «Escogió el desierto el predicador y pregonero de Cristo para que los hombres, viendo la nueva vida en el predicador, se comenzasen a admirar y se moviesen a hacer penitencia, a dejar los vicios y querer imitar al predicador.» Entendía bien

que el ejemplo era medio más eficaz para mover a los oyentes y hacer fruto en ellos, que las voces y palabras. Y así dice de él el sagrado Evangelio: (*Jn* 5, 35): *Era hacha encendida que ardía y lucía:* porque ardiendo para sí en amor de Dios, daba mucha luz y resplandor a los prójimos con el ejemplo de su vida tan maravillosa.

Bien trillada es aquella sentencia de Séneca: «El enseñar por documentos y preceptos es camino muy largo: pero con el ejemplo es muy breve y muy eficaz. Porque los hombres más creen a lo que ven por los ojos que a lo que oyen por los oídos.» San Bernardo da otra razón de esto: «Por eso el ejemplo es tan eficaz para mover a otros, porque con eso se persuaden que es hacedero lo que se les dice, viéndolo practicar y poner por obra al que lo dice, y así se animan mucho a obrarlo.» San Agustín dicen que es tan grande la enfermedad y flaqueza del hombre, que con dificultad obra lo bueno, si no ve primero en otros ejemplo de ello. Y por esto dice, importa mucho que el maestro y el predicador del Evangelio sea bueno para que los que oyen, tengan a quién imitar. Y así decía San Pablo que le imitasen a él, como él imitaba a Cristo (1 *Cor* 4, 16): [*Hermanos, sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*].

Se añade a esto que cuando se ve que el predicador y maestro conforma la vida con la doctrina, aquello hace creer que sale del corazón lo que se dice; y así tiene fuerza y eficacia para mover y persuadir, pero cuando no hay esto, es de poca fuerza lo que se predica. Y así dicen San Basilio y San Crisóstomo que aquél no es predicador ni doctor verdadero, sino falso fingido: ése, dicen, es representante de comedias. Representa uno la persona del rey, de un caballero, de rico; y ni es rey, ni caballero, ni rico; así es el que predica solamente con palabras. Muy bien representáis la humildad, pero no sois humilde; muy bien representáis el menosprecio del mundo y de la honra, pero no habéis despreciado el mundo del todo, ni la honra; sois farsante y representante de comedias, no sois predicador evangélico. Compara también éstos San Basilio a los pintores que pintan muy bien la hermosura de un hombre en un lienzo o tabla, siendo ellos muy feos; así, dice, son los predicadores que siendo ellos soberbios, saben pintar muy bien la humildad y decir lindezas de ella; siendo impacientes, saben pintar muy bien la paciencia; siendo parleros y distraídos, saben decir muchos bienes del silencio y recogimiento. San Agustín los compara a los mojones del campo, que están mostrando al caminante por dónde va el camino, y ellos se están quietos. Así fueron, dice, aquellos escribas y fariseos que guiaron los Magos a Belén, ellos se quedaron sin ir allá.

San Jerónimo, sobre aquellas palabras del Sabio (*Prov* 26, 15): [*Esconde el perezoso la mano balo el sobaco y le perece gran trabajo llegarla hasta la boca*], dice que esconder las manos debajo de los brazos, y no querer de pereza llegar la mano a la boca, es no querer el predicador hacer lo que dice, no concordar la obra con la palabra. San Gregorio Nacianceno dice que el que no predica juntamente con las obra, con una mano atrae las almas y con otra las ahuyenta; con una mano hace y con otra deshace. Ésos son los escribas y fariseos que reprende Cristo en el Evangelio: ¡Ay de los que dicen y no hacen! Ésos no mueven ni hacen fruto con sus palabras. *Pero, el que hace lo que predica, ése será grande en el reino de los Cielos* (*Mt* 5, 19). Éstos son los predicadores evangélicos y apostólicos, y los que hacen mucho fruto en las almas con el buen ejemplo de su vida; porque como la santidad sea una cosa sobrenatural y divina, todos naturalmente les tienen una manera de veneración y respeto más que humano; y parece que les miran y oyen, no como a hombres, sino como a ángeles: y así toman lo que les dicen como cosa del Cielo, y aquello les mueve y se les imprime en el corazón. Por esto el Apóstol San Pablo pide a los obreros de Dios que sean irreprensibles e inconfusibles (2 *Tim* 2, 15), que sean ejemplo a los fieles en castidad, en caridad en las demás virtudes (Tu., 2, 7), para que así su doctrina tenga fuerza y eficacia para derribar a los otros y traerlos tras sí.

Pues éste es el principal medio para ayudar a los prójimos, la buena y santa vida. Lo primero, por el ejemplo, como hemos dicho. Lo segundo, porque para que Dios nos tome por instrumentos para hacer mucho fruto en los prójimos, es muy importante que nosotros estemos muy aprovechados en virtud y en mortificación.

En la décima parte de las Constituciones (2), tratando nuestro Padre de la conservación y aumento de la Compañía y de los medios que nos ayudarán a conseguir el fin espiritual para que fue instituida, que es ayudar a las almas, dice que los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que mejor se rija de su divina mano, como son los medios de bondad y virtud, son más eficaces para esto que los medios que disponen a uno para con los hombres, como son las letras y otros dones naturales y humanos, y así en aquéllos hemos de insistir principalmente. «Todos, dice, se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga de ellas más caudal que de las letras y otros dones naturales humanos; porque aquellas interiores son las que han de dar eficacia a estas exteriores para el fin que se pretende.» Y la razón de esto está clara; porque si

este negocio tuviera fin humano y de las tejas abajo, medios humanos y prudencia humana, bastara para dar buen recaudo de él. Pero el fin que pretendemos es sobrenatural y divino; porque es mover los corazones, convertir las almas y sacarlas del pecado, y no es obra nuestra engendrar en las almas santidad, sino de Aquel que dijo (*Gen* 1 3) en el principio del mundo: *Hágase la luz, y fue hecha*. Nuestras letras, nuestra prudencia, nuestra diligencia e industria, y todos cuantos medios naturales y humanos podemos poner, ninguna proporción tienen con ese fin: Dios es el que luce en los corazones y da palabras de vida; y toda la eficacia del instrumento, para hacer fruto en las almas nace de Dios. Y así, aquellos medios que nos juntaren y unieren más con Dios, nos harán los instrumentos más aptos y eficaces para convertir las almas, porque mientras más juntos y unidos estuviéremos con Dios, mejor podremos recibir en nosotros las influencias de sus gracias y dones celestiales, y así comunicarlas a los otros.

San Dionisio Areopagita, tratando de la santidad y perfección que han de tener los sacerdotes y ministros del Evangelio, por quien quiere Dios repartir su hacienda y su sangre, dice que han de ser ellos primero santos en sí, para hacer santos a otros; y han de ser perfectos para hacer perfectos a otros; han de tener tanta luz y conocimiento de Dios, que puedan alumbrar y dar luz a otros; han de estar tan encendidos y abrasados en el fuego del amor de Dios, que peguen fuego a otros, y los enciendan y abrasen en el mismo amor. Porque, como dice San Gregorio: el que no arde en sí no enciende a otros. Solía aquel santo fray Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, repetir muchas veces estas palabras: «De pecho frío, ¿cómo pueden salir palabras calientes?» Entonces vuestras palabras abrasarán al prójimo en amor de Dios, cuando salieren de un corazón encendido y abrasado en amor de Dios. Entonces pegaréis por ese mundo aquel fuego que vino el Hijo de Dios a echar en la tierra (*Lc* 12, 49): [*Fuego vine poner en la tierna, ¿y qué tengo de querer sino que arda?*] Entona atara valdrá más una palabra que ciento.

Dijo Platón una cosa, en que dijo más que supo; que así como la piedra imán tiene esta virtud, que tocando el hierro le imprime la virtud atractiva que ella tiene, de manera que el hierro que ha tocado a la piedra imán, trae también a sí otro hierro, como lo hace la misma piedra imán, que es una cosa de que se maravilló mucho San Agustín cuando lo probó; porque vio que un anillo de hierro, tocado en la piedra imán, trajo y pegó consigo otro anillo, y aquél otro y ése otro, hasta hacer una cadena de ellos en el aire con aquella trabazón maravillosa; pues así dice Platón que los hom-

bres tocados de Dios tienen esta virtud de atraer otros a Dios. Pero si nuestras palabras no son como de hombres tocados de Dios, ¿cómo han de atraer a otros a Dios? Si vos no estáis encendido en fuego de amor de Dios, ¿cómo habéis de encender a otros? Aun allá dicen los retóricos que para mover a otro no hay medio más eficaz que estar de verdad dentro de sí movido: porque ¿cómo se habéis de mover el otro a lágrimas, si ve que yo tengo muy enjutos los ojos? ¿Y cómo se ha de mover a dolor, si ve que yo no muestro dolor ni sentimiento ninguno? ¿Cómo se moverá a indignación, si ve que yo no me indigno? Pues de la misma manera, ¿cómo moverá y aficionará al desprecio del mundo el que no ha menospreciado de veras el mundo? ¿Y cómo moverá a la mortificación el que no está aficionado a ella? ¿Y cómo hará a los otros humildes el que no es humilde? Que no quema sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que pueda dar a otra el color que ella no tiene. Lo que vos no tenéis, ¿cómo lo habéis de pegar e imprimir en otros? Seréis como los tiros y bombardas que no tienen pelota, que llenan los tires de truenos y de ruido, pero no derriban los muros ni matan enemigos. Así son los predicadores me no tienen sino palabras; todo se va en truenos y en ruido de voces, [*como quien azota el aire*], que dice San Pablo (I *Cor* 9, 26); azotan los aires con sus voces, pero no derriban a nadie, ni hieren los corazones, porque no hay pelota, no hay sustancia allá dentro, no hay virtud ni espíritu, que es lo que da fuerza y eficacia a todo lo demás.

El talento de predicar no está en palabras retóricas y artificios, ni en decir cosas muy subidas y sutiles, que no predicaba de esa manera el predicador de las gentes, aquel vaso escogido de Dios para llevar su nombre por todo el mundo, como lo dice a los de Corinto (1 *Cor* 2, 1): [*Como yo, hermanos hubiese llegado a vuestra ciudad, no entré predicando a Cristo con elegancia de palabras, ni profana sabiduría, porque no me precio de saber entre vosotros otra cosa que Jesucristo, y Éste crucificado*]. Y más abajo dice: [*Mis palabras y mi predicación no estribaban en persuasiones de humana sabiduría, sino en la manifestación del espíritu y de la virtud, para que vuestra fe no se funde en sabiduría humana, sino en la virtud de Dios*]. A Cristo crucificado predico yo, y eso no con ornato ni artificio de palabras, sino con virtud de espíritu, para que así la conversión no se pueda atribuir a la elocuencia y sabiduría humana, sino a la virtud de Dios. (1 *Cor* 1, 17): [*Porque no fui enviado a evangelizar con elocuencia de palabras, porque no se menoscabe la cruz de Cristo*].

En la Historia Eclesiástica y tripartita se cuenta de aquellos santos

Padres antiguos, por grande loa y alabanza, que enseñaban con santas predicaciones y sabios consejos, quitados todos los afeites y flores de los razonamientos retóricos; mas como prudentes médicos aplicaban las medicinas convenientes a las enfermedades de las conciencias de los oyentes. Pues de esta manera han de ser nuestros sermones y platicas espirituales. *No nos vamos allí a predicar a nosotros, sino a Jesucristo,* dice el Apóstol San Pablo (2 *Cor* 4, 5).

Y cosa cierta es que los predicadores que pretenden mostrarse muy eruditos y elocuentes y muy grandes romancistas harán muy poco fruto. Lo primero, por lo que hemos dicho; porque los oyentes que tienen algún juicio entienden que el que así predica se va escuchando, saboreando y floreando en lo que dice, pretendiendo más mostrarse muy buen hablador, que deseoso de aprovechar. Lo segundo, porque la misma elegancia, quita el fruto, y cuanto más elegante fuere uno, tanto menos aprovechará; porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos, que trae Quintiliano: [Por los suelos anda la sentencia en el discurso cuando son muy alabadas las frases]; quiere decir, que pierden los hombres la atención a las cosas cuando son muy elegantes las palabras, porque éstas hurtan la atención a las sentencias, y no miran lo que se les dice por mirar cómo se les dice. Pues si aún los mismos retóricos reprenden esto, y lo tienen por grande vicio del orador, ¿cuánto más se ha de reprender en el predicador evangélico, que ha le atender solamente al provecho y salvación de las almas? [*Porque a cada uno se le concede la manifestación del espíritu para algún provecho*], dice San Pablo (1 Cor, 12, 7). El don de predicar lo da Dios para provecho de los prójimos; y así en eso ha de poner el predicador siempre los ojos.

Dice San Jerónimo: «La señal del buen sermón no es el aplauso de los oyentes, ni que salgan diciendo (Jn, 7, 46): [*Nunca así habló hombre alguno*]: ¿habéis visto qué cosas trajo, y qué bien las dijo?; no la compunción y lágrimas de los oyentes y la enmienda y mudanza de su vida. Y en esto está el talento de predicar, en que Dios tome a uno por instrumento para mover los corazones de los oyentes, y que mediante sus palabras queden los hombres desengañados, y caigan en la cuenta de su mala vida pasada, y se arrepientan y vuelvan a Dios de corazón. Decía el Beato Padre Maestro Ávila: «Predicar no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio y salga hecho un ángel. En esto está el tener talento de predicar.» Y otro gran siervo de Dios decía que cuando salen los oyentes del sermón cabizbajos, que no se habla ni aun se mira el

uno al otro, entonces ha sido bueno y provechoso el sermón; porque aquello es señal que cada uno lleva recaudo para sí.

En la *Vida* de nuestro Padre San Francisco de Borja se cuenta que cuando predicaba en Vizcaya, la más de la gente no percibía lo que decía, así por ser mucha la gente y no poderse acercar al púlpito, como porque no entendía la lengua castellana; pero era cosa maravillosa ver la atención con que todos le oían y las lágrimas que derramaban. Preguntados algunos qué era la causa por que lloraban en el sermón, pues no le entendían, respondían que por ver un duque santo, y porque dentro de sus almas sentían unas voces e inspiraciones de Dios, que les significaban y daban a entender lo que el predicador desde el púlpito les estaba predicando. Otra vez en Portugal, queriendo el Infante Cardenal (que después fue rey de Portugal) que predicase el Padre Francisco, y diciéndole que estaba cansado, porque había venido de camino, respondió el Cardenal: «No quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenía por Dios. Eso es lo que predica, y lo que hace fruto en las almas más que las palabras: el ejemplo y santidad de la vida.» Y así es lo que nosotros hemos de procurar, y en lo que principalmente hemos de insistir, para que Dios nos tome por instrumentos para la conversión de las almas, así los predicadores como los confesores, y todos los demás que tratan con prójimos.

CAPÍTULO 9

Del segundo medio para ayudar a los prójimos, que es la oración.

El segundo medio que pone nuestro Padre para ayudar a los prójimos es la oración: «Asimismo se ayuda, dice, el prójimo con los deseos ante Dios nuestro Señor, y oraciones.» Como este negocio de ganar y convertir almas es sobrenatural, más se alcanza y hace en él con oraciones, lágrimas y gemidos, que con palabras y voces. Más hizo la oración de Moisés y más parte fue para alcanzar victoria contra Amalec, que todas las lanzas y espadas de los que peleaban. Mientras Moisés tenía levantadas las manos, vencía el pueblo de Israel, y cuando las bajaba, era vencido (*Ex* 17, 12): y fue menester que le sustentasen las manos, uno de un lado y otro de otro, para que siempre estuviesen levantadas, y así alcanzaron victoria, este era el modo con que el pueblo de Dios vencía a sus enemigos. Y eso es lo que los madianitas, viendo las victorias gran des de los hijos de Israel, temiendo, dijeron (Num., 22, 4): *Como el buey con la boca pace las yerbas*

hasta la raíz, así este pueblo nos va a destruir a nosotros con la boca, que es con oraciones. Así declaran este lugar San Agustín y Orígenes. Pues si la victoria de la guerra (para la cual parece que tienen alguna proporción nuestras fuerzas y poder humano) la da Dios por oraciones, ¿qué será la victoria de los enemigos espirituales y la conversión de las almas, donde nuestros medios, fuerzas e industrias quedan tan cortas y tan atrás, que ninguna proporción tienen con tan alto fin? Con oraciones y con gemidos hemos de tratar con Dios este negocio. Esas son las que han de aplacar a Dios y alcanzar el perdón y la conversión.

San Agustín va declarando y ponderando muy bien el valor y eficacia de este medio, sobre aquellas palabras que dijo Dios a Moisés (*Ex* 32, 10): [*Déjame que se enoje mi furor contra ellos, y los raiga de sobre la haz de la tierra*]. Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro, quería Dios destruirlos. Moisés se pone a rogar a Dios por ellos, diciendo: «¿Por qué, Señor, queréis castigar a vuestro pueblo, al cual sacasteis de Egipto con mano fuerte y poderosa? Mirad que dirán los egipcios que para eso los sacasteis a estos montes y desiertos para cogerlos, como dicen, en escampado, y asolarlos allí del todo. Acordaos, Señor, de Abraham, Isaac y Jacob, vuestros siervos, a los cuales prometisteis y jurasteis que habíais de multiplicar su generación como las estrellas del cielo, y darles la tierra de promisión.» Le responde Dios: «Déjame, que los quiero destruir y asolar.» «¿Qué es esto, Señor? ¿Para qué decís déjame? ¿Quién os tiene o puede tener a Vos? ¿Quién Os puede atar las manos? (*Rom* 9, 19): [*¿Quién le podrá ir a Dios a la mano?*] ¿Cómo decís *déjame?*» Ahí veréis, dice San Agustín, la fuerza de la oración, y lo que puede y vale con Dios. Eso nos quiso dar a entender en aquella palabra *déjame*. La cual no es palabra de mando, porque si fuera mandamiento, mal hiciera el siervo en no obedecer; ni es palabra de quien pide o ruega, porque no había de pedir Dios eso a su siervo; sino nos quiso dar a entender que las oraciones de los justos son bastantes para resistir a la ira de Dios.

Lo mismo dice San Jerónimo sobre aquellas palabras de Jeremías (7, 16): «Mira que quiero castigar este pueblo; por eso *no me ruegues por él ni me hagas resistencia*.» Dice allí San Jerónimo: «Nos dan a entender en estas palabras que las oraciones de los Santos pueden resistir a la ira de Dios.» Y lo dice claramente el Profeta David (*Sal* 105, 23): *Quería Dios destruir a su pueblo, y al romper de su ira, resistió Moisés a Dios con la oración:* se le puso delante, y detuvo el brazo de Dios, que quería ya descargar el golpe: [*Y se aplacó el Señor, y no llevó a cabo contra su pueblo*

el castigo que habla dicho] (*Ex* 32, 14).

Lo mismo aconteció en aquella sedición y murmuración que se levantó en el pueblo de Israel contra Moisés y Aarón, sobre la muerte de Coré, Datan y Abirón y sus secuaces, diciendo que ellos habían sido le causa de ella. Se enojó Dios contra el pueblo y le quiso destruir, y ya pasaban los muertos de catorce mil; se puso luego Aarón a rogar a Dios por el pueblo y a ofrecer incienso por él, y cesó la plaga (Num., 16, 48). Por esto el Sabio (Sab., 18, 20) llama a la oración escudo: *Pero no duró mucho, Señor, vuestra ira, porque luego se puso delante vuestro siervo, y peleó por el pueblo* (porque orar es pelear). *Pues echó mano Aarón del escudo de la oración, y con él resistió a la ira de Dios, y cesó luego la matanza*. «¡Oh! ¡Qué buen escudo, dice San Ambrosio, con el cual se rechazan todos los golpes del enemigo!»

Y lo que es más, que se huelga Dios mucho que le vayamos a la mano en el castigo, y que haya quien se ponga de por medio para estorbarlo. Así como un padre piadoso, aunque amenace a su hijo, no quería castigarle, sino que se pusiese alguno de por medio que le estorbase, y algunas veces tiene prevenidos a algunos amigos o conocidos, que le vayan a la mano, así Dios, que es más que padre y más que madre, es tanto el amor que nos tiene, al fin como a hijos, y como a hijos que tanto le costamos, pues le costamos su sangre y su vida, que no querría llegar a las manos, y así gustaría que alguno de sus amigos se le pusiese delante: y los anda a buscar, y lo siente mucho y se queja, cuando no hay quien le vaya a la mano. Dice por el Profeta Ezequiel (22, 30): *Busqué quien se pusiese delante y me fuese a la mano, y no le hallé. No hubo quien saliese al encuentro, ni quien se opusiese como muro para resistirme [en defensa de la casa de Israel*] (Ez., 13, 5). Dice allí San Jerónimo: «Así como el muro defiende del enemigo, y así como le suelen salir al encuentro para resistirle, así las oraciones de los justos resisten a la sentencia de Dios, porque condesciende su Majestad con ellos.» Y el Profeta Isaías (64, 7) se queja también mucho de esto: «¡Ah Señor!, que ya no hay, como haber solía, quien invoque vuestro santo nombre, ni quien se levante y os vaya a la ruano y os detenga. Ya no hay un Jacob que luche con Dios y se tome a brazo partido con Él (*Gen* 32, 26): [*No os dejaré, Señor, si primero no me dais vuestra bendición*], que lo está Dios deseando» Bien se declara en esto la fuerza y eficacia de las oraciones de los justos y amigos de Dios, pues son poderosas para detener su brazo y resistir a su ira. De aquí quedará más entendido y confirmado lo que decíamos en el capítulo pasado, cuánto importa para

ayudar a los prójimos ser nosotros santos y muy amigos de Dios; y con cuánta razón dijimos que la buena y santa vida era el principal medio para eso, porque el que ha de ser medianero para hacer algunas amistades o paces, importa mucho que sea grato a aquel con quien ha de ser medianero; Porqué si no, antes provocara a ira e indignación que a perdón.

Aprovecha tanto para el bien de los prójimos la buena y santa vida, que aunque no hiciésemos otra oración ni otra cosa alguna en servicio suyo, sino procurar ser nosotros muy buenos y muy santos, eso sólo les aprovecharía y les valdría mucho a ellos. Es maravillosa historia para esto la que cuenta la Sagrada Escritura en el Génesis (18, 23). Quería Dios destruir aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra por sus grandes pecados, y se pone Abraham delante de Dios y le dice: *¿Por ventura, Señor, habéis de destruir los buenos juntamente con los malos?* no parece eso conforme a vuestra clemencia. Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿no perdonaréis al pueblo, por amor de ellos? Dice el Señor: «Sí, por cierto: si se hallaren cincuenta justos, Yo les perdonaré a todos por amor de ellos.» Torna Abraham: «Ya que comencé, hablaré a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza; y si hay algunos menos, si hay cinco menos, ¿no los perdonaréis e todos por cuarenta y cinco justos que haya?» «Si —dice Dios—; si se hallaren cuarenta y cinco justos, Yo les perdonaré a todos por ellos.»

Torna Atoraban, «¿Y si hay sólo cuarenta justos?» «Yo les perdonaré a todos por ellos.» «Señor, no os enojéis si tornare a hablar y si no se hallaren más que treinta justos, ¿no los perdonaréis a todos por amor de los treinta?» Es de notar que al principio iba bajando muy poco a poco, solamente de cinco en cinco, y ya con el favor y merced que sentía cobró ánimo para ir bajando de diez en diez: de cuarenta baja a treinta; pídele al Señor: «Si se hallaren treinta justos, por amor de ellos les perdonaré a todos.» «Ya que he comenzado, dadme, Señor, licencia para hablar. ¿Y si no se hallaren más de veinte justos?» «En buena hora, por amor de ellos, Yo los perdonaré» «Os suplico, Señor, que no os enojéis: esta palabra no más: ¿Y si se hallaren diez justos?» «Sea así, Yo me contento con ésos, dice el Señor, si se hallaren diez justos entre ellos, Yo les perdonaré a todos por amor de diez justos.» No se hallaron, y así destruyó Dios aquellas cinco ciudades. Donde se ve bien de cuánta utilidad y provecho es para otros la buena y santa vida do los justos. ¡Cuánto les valiera a aquéllos haber siquiera diez justos entre ellos!

Otra vez, queriendo Dios castigar a Jerusalén y entregar el reino de Judea a los caldeos para que lo destruyesen, y saqueasen y los pasasen to-

dos a cuchillo, por los grandes pecados que habían cometido contra su divina Majestad, dice primero por Jeremías (5, 1): «Andad con diligencia por las calles y plazas de Jerusalén, y mirad e inquirid muy bien si halláis un varón justo que haga juicio recto de sí mismo, y sea muy fiel y verdadero para con su Dios y para con su prójimo; y si lo halláis, por respeto suyo perdonaré a la ciudad y al reino, y alzaré el castigo y ruina que le tengo amenazada.» Exclama con su gran razón San Jerónimo sobre este paso, diciendo: «Mirad cuánto estima Dios un varón justo, pues no solamente por diez justos que se hallen en la ciudad, como antes había dicho a Abraham, sino por sólo uno que se halle en medio de innumerables pecadores, dice que les perdonará a todos y suspenderá el castigo que merecen.» Grande es el amor que tiene Dios a la virtud de varón justo, pues por su respeto sufre y perdona a tantos pecadores.

Mucho se han de estimar los buenos en una comunidad y en una república, y grande es el bien que la hacen, aunque no hagan otra cosa sino tratar de ser buenos y virtuosos. Y así ésta es una de las razones que traen los teólogos y los Santos para probar que el pueblo debe el sustento a los religiosos, aunque no hagan ministerio ninguno con las prójimos, sino que se estén recogidos, sin salir de su rincón y de su celda, porque desde allí hacen grandísimo bien al pueblo: por esos pocos buenos sufre Dios tantos malos en el mundo, lo cual confirma con aquella parábola del Evangelio, que por conservar el trigo dejó el Señor de arrancar la cizaña (*Mt* 13. 29): [*Porque no suceda que al coger la cizaña. juntamente arranquéis también el trigo, dejad crecer lo uno y lo otro hasta el tiempo de la siega*],

Y se debe ponderar mucho a este propósito lo que nota luego allí la Sagrada Escritura. Cuando Dios quiso destruir y abrasar aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra, dice que se acordó de su amigo Abraham, y por amor a él libró a Lot, que era sobrino suyo. Es de notar que no se dice allí que Abraham rogase a Dios por Lot, sino que por ser Abraham tan amigo de Dios, miró Él por sus cosas y por todo lo que le tocaba. Y tuvo tanta cuenta de mirar por Lot, su sobrino, y librarle, que dándole Dios priesa para que saliese de allí y se salvase en una pequeña ciudad que estaba cerca, le dice (*Gen* 19, 22): *Date priesa [y sálvate allí], porque no podré hacer nada hasta que tú te pongas en salvo*. ¡Oh entrañas de Dios! ¡Bondad y misericordia infinita! ¡Que no podré hacer nada, dice, hasta que tú te pongas en salvo! Mirad la cuenta que tiene Dios con un justo y lo que dice y hace por su respeto.

Pues procurad vos de ser muy justo y muy amigo de Dios y tratar

muy de veras de perfección; o estad cierto que Dios mirara por todas vuestras cosas y se acordará de vuestros padres y vuestros parientes y amigos, y de todo lo que os tocare; y tanto más cuanto más os descuidareis y olvidareis de esto por cuidar de vos y daros más a Dios, aunque en particular no se lo pidáis; porque más piden y claman a Dios las obras que las palabras. Si la maldad del malo, dice la Sagrada Escritura, que clama y da voces a Dios pidiendo venganza (*Gen* 4, 10): (*La voz de la sangre de tu hermano clama a Mí desde la tierra*]; más clamará la virtud y la bondad, y mayores voces dará para alcanzar misericordia delante de Aquel que es tan amigo de hacer bien, y cuyo es propio siempre perdonar y tener misericordia. Ésta es muy buena manera de negociar con Dios y de hacer bien a parientes y amigos.

CAPÍTULO 10

Del tercer medio para aprovechar a los prójimos, que es el celo de las almas.

El celo de vuestra casa, Señor, y de vuestra honra y gloria, *consume* y abrasa *mis entrenas,* dice el real Profeta David, y las *injurias y ofensas que os hacen a Vos, todas caen sobre mí* (*Sal* 68, 10), y las tomo yo por más que propias. Este es otro medio, y muy principal, para ayudar a los prójimos, y le pone nuestro Padre entre los demás medios que ayudan para la conservación y aumento de la Compañía, y para conseguir el fin espiritual para que fue instituida, que es la ayuda de las almas. Uno de ellos, dice, es el celo sincero de las almas para gloria del que las creó y redimió sin otro algún interés. El bienaventurado San Agustín, en el libro o exhortación que hace a un conde, dice: ¡Oh hermano mío!, ¿por ventura nuestras carnes son de hierro que no tiemblen, o nuestro corazón es de diamante que no se ablande, o siquiera se despierte con tales palabras, cuales dirá Cristo nuestro Redentor a los malos el día del Juicio (*Mt* 25, 41): *Id malditos, al fuego eterno que os está preparado desde el principio del mundo para siempre jamás?* ¿Por qué no decimos con el Profeta Jeremías (9, 1): *¿Quién dará agua a mi cabeza, y a mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar de día y de noche los muertos de mi pueblo?* Desfallecen llorando los que consideran las muertes, no de los cuerpos, sino de las almas de sus hermanos. ¿Qué llanto más bien empleado que sentir y llorar con el Apóstol San Pablo la perdición de las almas? [*¿Quién enferma, que yo no enferme?*] (2 *Cor* 11 29). Aprendamos del Apóstol, dice el glorioso Agus-

tino, a tener este celo y deseo grande de la salvación de las almas, pues el mismo Dios las amó tanto, qué *no perdonó a su único Hijo, sino que le entregó a la muerte por ellas* (*Rom* 8, 32), [*lo entregó por todos nosotros*]. *Por todos,* dice. Por eso no menospreciemos la salvación de ninguno, pues cada uno costó a Dios su sangre y su vida.

Este celo de las almas, o, por mejor decir, de la honra y gloria divina, es un fuego de amor de Dios, es un deseo tan encendido y abrasado de que todos amasen y honrasen y sirviesen mucho a Dios, que el que le tiene, a todos querría pegar este deseo y este fuego, y cuanto es en si lo procura. Y cuando ve que Dios es ofendido e injuriado y no lo puede remediar, gime y llora, y aquel fuego le está carcomiendo y deshaciendo y abrasando las entrañas. Tal era el celo que tenían aquellos Santos y amigos grandes de Dios: un Jeremías (20, 9): *Tenía,* dice, *allá en el corazón y en los huesos un fuego, que me consumía y abrasaba, viendo las ofensas hechas contra la Majestad divina, y no lo podía sufrir*. Un Elías (1 *Reyes* 19, 14): [*Me abraso de celo por el Señor Dios de los ejércitos; porque abandonaron tu pacto los hijos de Israel*]. Y el real Profeta David está lleno de esto (*Sal* 118, 53, 139): [*Desmayos se apoderan de mí por los pecadores que abandonaron tu ley. —El celo de tu honra me ha marchitado, porque han despreciado tus palabras mis enemigos*]. Era tan grande la pena y aflicción que sentían aquellos Santos de ver que tan a rienda suelta quebrantaban los pecadores la ley de Dios, que el dolor del ánima enflaquecía el cuerpo, y les corrompía y pudría la sangre, y daban muestras de sí en todo el hombre exterior (158): [*Veía los prevaricadores y me consumía, porque no guardaban tus mandamientos*]. Se abrasaba y consumía tanto el Profeta David con este fuego, que se iba resolviendo y destilando en lágrimas (136): [*Fuentes de aguas fueron mis ojos, porque no guardaron tu ley*]. Así dice otra traslación. Como cuando ponen fuego a una alquitara, así se resolvía en lágrimas, viendo las ofensas cometidas contra la majestad de Dios. Pues este celo de la honra de Dios hemos de tener nosotros, y éste ha de ser el mayor de nuestros cuidados; ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y que se haga su santísima voluntad así en la tierra como en el Cielo, y el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se hace así, sino muy al revés. Eso dice el glorioso San Agustín que es tener celo de la honra de Dios: Aquel se abrasa y consume con el celo de la honra de Dios, que desea y procura remediar todos los males que ve, y cuando no los puede remediar, gime y llora; como lo hacía Samuel por Seúl (1 Sam, 15, 36): [*Y lloraba Samuel a Saúl, porque Dios se había arrepentido de haberle constituido rey de Israel*].

Este celo de la honra y gloria de Dios y de la salvación de las almas es una de las cosas que más agradan a Dios de cuantas podemos hacer en su servicio, o la que más. Así lo dice San Gregorio: [*No hay sacrificio que así agrade a Dios como el celo de la salvación de las almas*]. Lo mismo dice San Crisóstomo y otros muchos santos. Y la razón de esto es porque no hay cosa que más agrade Dios que la caridad, porque ésa es *la mayor de las virtudes,* como dice San Pablo (1 *Cor* 13, 13), y en ella consiste la perfección, y así la llama (*Col* 3, 14) [*atadura y trabazón de la perfección*]. Pues este celo es un grande y excelente amor de Dios; porque no se contenta el que le tiene con amar y servir él a Dios cuanto puede, sino desea que todos se empleen en amarle y servirle, y que sea su santo nombre conocido, reverenciado, glorificado y ensalzado de todos, y se extienda y amplíe el reino de Dios, y ése es todo su contento y regocijo; y las ofensas y pecados que se hacen contra Dios, le llegan al alma. Así como el buen hijo, que ama mucho a su padre, desea mucho su honra y acrecentamiento, y todo su contento es ver honrado y ensalzado a su padre, y las injurias y ofensas que le hacen las siente él como propias, así el que tiene este celo de la honra de Dios es tan grande el amor que tiene a este Señor y tan fervoroso el deseo de que su divina Majestad sea alabado y honrado de todos, que ése es todo su contento y regocijo: y su mayor pena y dolor es ver el olvido tan grande que hay de Dios en la tierra, y las ofensas e injurias que se le hacen. Y así, éste es un acto grande y excelente de amor de Dios.

Es también muy grande y muy excelente acto de amor de los prójimos: porque así como el amor de Dios se muestra en holgarnos de su mayor honra y gloria y en sentir las ofensas que se hacen contra Él, así también el amor verdadero del prójimo se muestra en holgarnos de su bien, y en pesarnos de sus verdaderos males, que son los pecados, y en procurar estorbarlos cuanto pudiéremos. Y así dicen los Santos: quien quisiere examinar si tiene amor a los prójimos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento esa es la prueba del verdadero amor de vuestro hermano: que os holguéis tanto de su bien como del propio vuestro: eso es amar al prójimo como a sí mismo, como lo hacía San Pablo cuando decía (2 *Cor* 11, 29): [*¿Quién enferma que yo no enferme? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?*] Dice allí la glosa: ¿Quién cae en algún pecado que no me llegue a mí al alma? ¿Quién recibe molestia alguna que yo no me compadezca de él como si fuera propia?

Esto agrada tanto a Dios, que dice San Crisóstomo: «Aunque hagáis grandes penitencias, aunque ayunéis toda la vida y durmáis en el suelo,

aunque deis toda vuestra hacienda a los pobres, no tiene que ver con este celo de la salvación de las almas.» Cuanto el ánima es mejor y más preciosa que el cuerpo, tanto hacen más los que tratan de ayudar y remediar las almas, confesando, predicando, aconsejando, y con otras obras de misericordia espirituales, que los que tratan de remediar los cuerpos dando muchas limosnas de sus haciendas. ¡Qué contento estuvierais vos si hubierais dado muchos millares de ducados de limosna! Pues es más y más vale emplearos en ayudar a la salvación de las alma, Y añade San Crisóstomo que es más y de mayor estima delante de Dios el celo de las almas que hacer milagros; porque muchas maravillas y milagros hizo Moisés al sacar al pueblo de Israel de Egipto; pero en todos ésos no hubo cosa que se igualase con aquel celo y ferviente caridad con que, intercediendo a Dios por el pueblo, dijo (*Ex* 32. 32): *Señor, o perdonad al pueblo este pecado, o borradme a mí de vuestro libro*. Está dice que fue la mayor hazaña que hizo Moisés, con haber hecho tantas y tan maravillosas.

CAPÍTULO 11

Cuán eficaz medio sea este celo pura ayudar y aprovechar a los prójimos.

Este celo es muy gran medio y muy eficaz para ayudar y aprovechar a los prójimos. Lo primero, porque es un fuego, como hemos dicho: así como el fuego es muy activo y procura convertir todas las cosas en sí, y así lo hace si está dispuesta la materia, y si no, él la va disponiendo para ello: así, si arde en nosotros este fuego y celo de amor de Dios, luego le pegaremos a los otros, y los abrasaremos en amor de Dios, y los convertiremos en nosotros, haciendo que sean tales como nosotros somos, como decía San Pablo (*Hechos* 26, 291: *Deseo que todos seáis como yo soy;* y mientras no son tales, los iremos disponiendo para que sean. No está ociosa la caridad, porque es un fuego que nunca está quedo, sino siempre bullendo. Siempre obra grandes cosas la caridad, dice San Gregorio: y si no hay esas obras, o no habrá caridad o, al menos, no será grande.

Lo segundo, es este celo muy principal medio para ayudar a los prójimos, porque de aquí nace el aplicarse uno mucho a sus ministerios, y el andar siempre deseando y buscando en qué emplearse en ayuda de los prójimos, y que no sea menester llevarnos a eso como por fuerza, que nos habíamos de avergonzar de eso; sino que nos hallen siempre a punto, y que

antes nosotros deseemos hacer mucho más de lo que se ofrece. Y en esto va mucho, porque bien se ve que cuando hacemos una cosa con gran deseo, hacemos doblado. Y así importa mucho tener este celo, porque con él andamos vivos, y sin él, muertos.

Lo tercero, de aquí nace el buscar medios para ayudar a los prójimos, y aun el hallarlos también, porque la buena gana es buena inventora y halladora de medios para conseguir lo que desea. Dice San Buenaventura: «No hayáis miedo que le falte qué hacer en provecho de los prójimos al que tuviere este celo, ni medios para hacerlo. Si no tuviere qué hacer en casa, él lo irá a buscar fuera; y si no lo hallare donde lo buscaba, él irá al hospital y a la cárcel, adonde lo hallará. Siempre tendrán qué hacer los operarios que tuvieren este celo.» Por eso los llama la Escritura unas veces cazadores: *Yo les enviaré muchos cazadores* que saquen la caza de los agujeras y viveras, dice Dios por Jeremías (16, 16), [*y los cazarán de todo riente, y de todo collado, y de las cavernas de las piedras*]. Otras veces los llama pescadores, porque no aguarda el pescador que se le vengan los peces a las manos, sino él los va a buscar, y los arma con diversas maneras de ingenios y con cebos particulares y exquisitos. Y pues el demonio es tan diligente para destruir las almas, razón será que nosotros lo seamos para ganarlas.

Lo cuarto, cuando hay este celo, todo se hace fácil, se vencen todas las dificultades, ningún trabajo se pone delante. San Dionisio Areopagita a este celo parece que atribuye el haber Cristo nuestro Redentor llevado con tanta constancia y fortaleza los trabajos y dolores de su Pasión. Dice que el coraje que tenía contra el pecado le ayudó en esta batalla, y trae para esto aquello del Profeta Isaías (63, 3 y 5): [*Yo sólo pisé el lagar, y de las gentes nadie se halló en mi ayuda; pisé a mis enemigos con mi furor y les hollé con mi ira, y mi indignación es la que me ayudó a salir con la victoria*]. La ira e indignación que tenía con el pecado, ésa, dice, que le ayudó.

Lo quinto, de este celo nace también de la ferviente oración, que no se aparta de Dios hasta haber negociado; como leemos de muchos Santos que se ponían de por medio entre Dios y el pueblo, y no cesaban ni descansaban hasta aplacar a Dios con su oración.

Se nuestro bienaventurado Padre Ignacio se cuenta en su Vida que estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una mujer con quien vivía mal, como no pudiese por ninguna vía desasirle de ellos, se fue un día a esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que había de pasar por junto a una laguna o charco de agua, yendo

a donde le llevaba su ciega y torpe afición, se entró Ignacio dentro del agua frigidísima, hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo a grandes voces:

Anda, desventurado, anda, y vete a gozar de tus sucios deleites; ¿y no ves el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno, que tiene su boca abierta para tragarte, ni el azote que te aguarda y a toda furia va a descargar sobre ti? Anda, que aquí estaré yo atormentándome y haciendo penitencia por ti, hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra ti tiene preparado. Espantado el hombre con tan señalado ejemplo de caridad, paró, y herido de la mano de Dios, volvió atrás confuso y atónito, y se apartó de la torpe y peligrosa amistad de que estaba cautivo.

CAPÍTULO 12

De tres cosas que nos ayudarán a tener este celo.

Fuera de lo dicho, tres cosas especialmente nos ayudarán mucho para tener este celo, y desear y procurar con mucha diligencia la salvación de las almas. Lo primero y principal será ver lo mucho que amó y estimó el Hijo de Dios las almas, pues dio su vida y su sangre por ellas y la tuvo por bien empleada. (1 *Cor* 8, 11): [*Por las cuales murió Cristo*]. Sangre de Cristo en la tierra, grande señal es del valor de un alma, y de la estima que de ella tiene Dios, y del amor con que la ama. Esto es lo que nos ha de mover y animar andar siempre con este celo y con esta solicitud en nuestros ministerios, y que se nos vaya el corazón tras las almas procurando su salvación: Decía San Pablo (2 *Cor* 5, 14), [*La caridad de Cristo nos aguijonea*]: la caridad nos ha de estar solicitando y compeliendo siempre a eso. ¿Cómo no daremos nosotros la sangre por aquel por quien el Hijo de Dios dio la suya? ¿Y cómo no daremos la vida por Aquel que murió por darnos a nosotros vida? Que no se puede sufrir que muera Dios por un alma, y que le vea yo irse a perder y caer en el infierno y la pueda ayudar, y no lo haga; no lo puede eso sufrir la caridad. Se nos ha de ir el corazón tras las almas, y ése ha de ser el mayor de nuestros cuidados, como lo era del Apóstol San Pablo, el cual entre todos los trabajos exteriores que padecía, que eran muchos, lo que más cuidado le daba, y le traía más afligido y congojado, era la solicitud de las iglesias y de las almas (2 *Cor* 11, 28).

San Agustín, sobre aquellas palabras de San Juan (4, 6): *¡Jesús, fati-*

gado del camino, se sentó así cansado sobre la fuente], dice que con mucha razón se compara Cristo a la gallina (*Mt* 23, 37); porque las demás aves no las conoceréis si son madres, ni si tienen hijos, si no es cuando las veis en sus nidos sobre sus pollitos; pero la gallina se para tan macilenta y tan flaca cuando cría, tiene aquellas alas tan caídas, está tan crespa y despeluzada, y tan ronca y descaecida, que aunque no la sigan los pollitos, luego conocéis que es madre. Así, dice San Agustín, andaba Cristo, nuestro Redentor en busca de las almas, enflaquecido, fatigado y cansado. Pues así nosotros hemos de tener tanto celo de las almas, y andar tan solícitos y cuidadosos de criar hijos espirituales, que nos traiga eso flacos, desvalidos y olvidados de todas nuestras comodidades, como lo vemos en Cristo, que aunque fatigado del camino y de la hambre, con todo eso no quiso comer, teniendo más cuenta con la salud de las almas que con el mantenimiento necesario del cuerpo. Y así, diciéndole sus discípulos que comiese, respondió (*Jn* 4, 32 y 35): [*Yo otro alimento tengo que comer, que vosotros no sabéis. Alzad los ojos y tended la vista por esos campos, cómo blanquean ya a punto para la siega*], presto veréis venir convertidos los samaritanos. Ese es mi alimento, la conversión de las almas. Ése ha de ser también el nuestro,

El Beato Padre Maestro Ávila trae otra buena consideración para movernos a este celo. Dice que, aunque por una parte sea gran verdad que de los bienes que el Señor nos hace, no busca ni quiere retorno, porque lo que da, por amor puro lo da; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da, de la cual no lo quiera, no para provecho suyo, pues es riquísimo y *Señor de todas las cosas y de ninguna tiene necesidad* (2 *Macab* 14, 35), sino para provecho de los prójimos, que tienen necesidad de ser amados y socorridos.

Declara esto con una buena comparación. Así como si un hombre hubiese prestado a otro muchos dineros y le hubiese hecho otras muchas buenas obras y le dijese: De todo esto que por vos he hecho, no tengo necesidad; mas todo el derecho que contra vos tenía lo cedo y traspaso en la persona de fulano, que es necesitado, o es mi pariente, o criado; dadle a él lo que a mí me debéis y con ello me doy por ganado; de esta manera hemos de mirar nosotros al prójimo. Hemos de entrar en cuenta con Dios, y mirar lo mucho que he yo recibido de su mano, que me crió y redimió con su propia sangre; cuántos beneficios particulares me ha hecho, no castigándome por mis pecados, esperándome a penitencia, dándome bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar;

y luego hemos de hacer cuenta que todas estas deudas y obligaciones las cede y traspasa Dios en los prójimos, y que se da por pagado con el servicio y buenas obras que les hiciéremos a ellos. De esta manera arderá en nuestro corazón este celo y amor de los prójimos; lo uno, considerándolos como a hijos adoptivos de Dios y hermanos de Jesucristo nuestro Redentor, que dio por ellos su sangre y su vida; y lo segundo, mirándolos como a acreedores en que cedió y traspasó Dios lo mucho que a Él debíamos por tantas y tan innumerables mercedes como nos ha hecho.

Nos ayudará también para esto considerar que uno de los mejores medios que podemos tomar para satisfacer por las muchas ofensas que nosotros hemos hecho contra Dios, será ayudar y ser instrumentos para que otros le dejen de ofender, y le sirvan de ahí adelante muy de veras, conforme a aquello del Apóstol Santiago (5, 20): [*El que hiciere que un pecador se convierta de sus caminos extraviados, a su propia alma librará de la muerte, y cubrirá muchedumbre de pecados*]. Y notó esto muy bien San Agustín sobre aquello de San Lucas (8, 39): Cuando Cristo nuestro Redentor sanó a aquel hombre de la legión de demonios que le atormentaba, dice el sagrado Evangelio que viéndose sano, en agradecimiento del beneficio recibido, quiso quedarse con Cristo, y Él no lo consintió, sino mándale que vaya a predicar y publicar las mercedes que el Señor le había hecho: [*Vuélvete a tu casa y cuenta las grandes mercedes que Dios ha hecho contigo*]. Y así lo hizo. [*Y fuese por toda la ciudad publicando cuán grandes beneficios le había hecho Jesús*]. Eso es lo que el Señor quiere de vos en recompensa y satisfacción de la merced que os ha hecho en sacaros del mundo y de tantos pecados y peligros como en él hay, que ayudéis vos a que otros salgan de pecado y sirvan de todo corazón a Dios.

CAPÍTULO 13

Cuál es el bueno y verdadero celo que agrada a Dios, y cuál no.

Así como hay algunas que pare virtudes, y no son verdaderas virtudes, sino falsas y fingidas, como dice el Sabio de la humildad (*Eccli* 19, 23): [*Hay quien se humilla mañosamente, y su interior está lleno de engaño*]; hay algunos que parecen humildes, y no lo son: traen vestidos viles, andan la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablan con voz humilde, suspiran muchas veces, y a cada palabra se llaman miserables y pecadores; y si les

tocáis con una palabra liviana, luego muestran lo que hay allá dentro, porque todo aquello era compuesto y fingido; así también dice el Apóstol que hay celos que parecen buenos, y no son sino indiscretos (*Rom* 10, 2): Celo tienen, pero no según ciencia. Tal fue el celo que tuvieron los discípulos de Cristo Santiago y San Juan, cuando viendo que no les querían recibir los samaritanos, se indignaron mucho contra ellos y dijeron (*Lc* 9, 54-56): *Señor, ¿queréis que mandemos que baje fuego del Cielo y los abrase y consuma a todos? Y así les respondió el Redentor del mundo, diciendo:* [*No sabéis de qué espíritu sois*]: no conocéis el espíritu de la ley de gracia, que no es de rigores y castigos. *El Hijo del hombre no vino a destruir a los hombres, sino a salvarlos*. Pues para que no erremos en una cosa de tanta importancia, declararemos aquí cuál sea el celo que no es según ciencia, y cuál el bueno que agrada a Dios, para que procuremos éste y nos guardemos de aquél.

San Dionisio Areopagita trata este punto muy bien. Dice que así como a los ciegos que no atinan ni saben por dónde han de ir, no les damos por eso de palos, ni nos enojamos contra ellos, sino antes los tomamos de la mano y los guiamos, compadeciéndonos de ellos; así hemos de hacer con los pecadores, que son ignorantes y ciegos, como dice el Profeta Sofonías (1, 17): [*Andarán como ciegos, porque pecaron contra Dios*]. No hemos de querer luego apalearlos y que sean castigados y destruidos, sino compadecernos de ellos, y enseñarles el camino de la verdad, y guiarlos, y ayudarlos con mucho amor y caridad, imitando a Cristo nuestro Redentor, que anda a buscar por los montes la oveja descarriada y perdida, llamándola y dándole el silbo; y hallándola, no le tira el cayado, sino tómala y tráela a su rebaño (*Lc* 15, 4). Miradlo en el hijo pródigo, cómo se hubo con él, y las entrañas con que le recibió. Éste es celo bueno y según Dios; y es otros celos e indignaciones contra los pecadores, no son buenos ni agradan a Dios, porque no son conformes a su condición y entrañas.

Trae San Dionisio a este propósito un ejemplo muy bueno y de mucho consuelo, que le aconteció a San Carpo, varón de muchas revelaciones, y que no se llegaba a celebrar sin primero tener revelación de ello. Dice que este Santo le contó que, habiéndose uno convertido poco había a la fe de Jesucristo, un infiel se le pervirtió; y tomó el Santo tanta pena y tristeza de esto, que de congoja enfermó. Esto era a la tarde, y allá cerca de la medianoche, él tenía costumbre de levantarse aquella hora a alabar a Dios, y se levantó con aquel celo y enojo que tenía de los dos, del infiel, porque había pervertido al nuevo cristiano, y del cristiano, porque se había vuelto

a la infidelidad y puesto en oración comienza a quejarse a Dios, diciendo: no es justo que los malos vivan; ¿hasta cuándo los habéis de sufrir? Enviad, Señor, fuego del Cielo que los abrase. Estando él en esto, dice que súbitamente le pareció que toda la casa en que estaba había temblado, de arriba abajo se había abierto en dos partes, y que vino un fuego muy grande, que llegaba desde allí hasta el Cielo; y arriba, de esa otra parte del fuego, allá en el Cielo, vio a Jesucristo acompañado de innumerables ángeles; y mirando hacia abajo, vio la tierra abierta, y una profundidad y oscuridad muy grande, que llegaba hasta el infierno, ponía grande horror y espanto; y dice que le parecía que aquellos dos, con quien él estaba indignado, estaban junto a aquella abertura de la tierra temblando y ya para caer, y que salían de allá abajo unas serpientes muy fieras y que unas veces revolviéndoseles y enroscándoseles a los pies, otras con los dientes y con otros visajes y meneos procuraban hacerlos caer en el profundo; y entre las serpientes andaban también unos hombres negros, que procuraban lo mismo, unas veces tirando de ellos, otras dándoles empellones. Y dice San Carpo, que como él estaba tan indignado contra ellos y había pedido a Dios que bajase fuego del Cielo qué los consumiese, que se holgaba de verlos en aquel peligro, y que le pesaba mucho y se enojaba porque no acababan de caer, que parece quisiera él ir a darles un empellón. En esto vuelve los ojos al Cielo, y ve al misericordiosísimo Jesús, que, apiadándose de ellos y del gran peligro en que estaban, se levantó de su trono celestial, y acompañado de los ángeles baja a donde estaban aquellos miserables, y les da su mano para sacarlos de aquel peligro, y les reciben los ángeles en su compañía; y se vuelve Jesucristo a San Carpo, que les quería dar el empellón para que acabasen de caer, y le dice: Extiende la mano y hiéreme a Mí, porque dispuesto estoy para tornar a padecer y morir otra vez por los pecadores. ¿No te parece que es mejor estar en mi compañía y de los ángeles, que en compañía de las serpientes y de los demonios? Con esto desapareció la visión, y quedó este santo varón bien corregido de su indiscreto celo, y enseñado para adelante, y nosotros en él, para que entendamos que no agradan a Dios esos celos, porque no quiere la muerte del pecador, que le han costado mucho los pecadores y son hijos de dolor (*Gen* 35, 18). Los engendró con grandes dolores en la cruz: le costaron su sangre y su vida, y así no quería que se perdiesen, sino que se convirtiesen y viviesen para siempre.

Estaba Profeta Jonás (4, 8) muy triste y enojado porque no enviaba Dios sobre los ninivitas el castigo que él habla profetizado. Y le dice Dios: ¿Piensas que es ése buen celo? Te pesa a ti que se seque la yedra, para la cual no trabajaste, por un poco de sombra que te da, ¿y no me pesará a Mí

que se destruya una ciudad, en la cual sólo los niños que no tienen uso de razón, pasan de ciento veinte mil? Es también maravillosa sentencia a este propósito la que dijo el emperador Constantino en el Concilio Niceno a un obispo llamado Acucio, que se mostraba muy duro en recibir a los que habían errado y se convirtieron en el Concilio. Le dijo el religiosísimo y piadosísimo príncipe: ¡Oh, Acucio, pon la escala, y sube solo al Cielo, si puedes! Otro santo varón, en otro caso semejante, dijo a uno que se mostraba muy rígido: si a vos os hubiera costado aquél vuestra sangre, como costó a Cristo, vos le recogierais y recibirías en vuestro rebaño, y no le dejarías allá fuera a peligro de lobos.

En el Éxodo (32, 31) nos pone la Sagrada Escritura un ejemplo y dechado maravilloso del celo bueno y verdadero que han de tener los siervos de Dios. Tal ha de ser nuestro celo, como el que tuvo Moisés cuando los hijos de Israel hicieron el becerro e idolatraron. Pondéralo muy bien San Agustín. Había subido Moisés al monte a recibir de Dios la ley que había de dar al pueblo, y habiéndola ya recibido en dos tablas hechas por mano de Dios y escritas también de su mano por entre ambas partes, bajó del monte; y como habló que el pueblo había hecho el becerro y le estaba adorando, se enoja tanto, que hizo pedazos las tablas que traía en las manos. Mirad, dice San Agustín, cuán grande enojo tomó Moisés con el pecado del pueblo, pues quebró las tablas de la ley que acababa de recibir de Dios, hechas y escritas por su mano, y dadas con tanta solemnidad y tantas preparaciones, después de haber estado cuarenta días y cuarenta noches en el monte, ayunando y tratando con Dios; pues con ser su ira y su enojo tan grande como esto contra el pecado, con todo eso se vuelve luego a Dios a rogar por el pueblo, y con tanta instancia, que le dice que le perdone, o si no, le borre a él de su libro. Pues de esa manera, dice el Santo, ha de ser el celo de los verdaderos ministros de Dios. Hemos de ser tan celosos de su honra, que por una parte nos lleguen al alma las ofensas hechas contra su divina Majestad, y así nos enojemos mucho contra el pecado; y por otra parte, hemos de ser tan compasivos y misericordiosos con los pecadores, que luego nos pongamos de por medio para aplacar a Dios y alcanzarles perdón, como lo hizo Moisés.

Semejante ejemplo leemos también del Apóstol San Pablo (*Rom* 9, 1): [*Verdad digo en Cristo Jesús, no miento, dándome testimonio de esto mi conciencia, de la cual es testigo el Espíritu Santo: que padezco grande tristeza y continuo dolor en mi corazón; porque deseaba yo mismo ser anatema de Cristo por la salud de mis hermanos, los hijas de Israel, que*

son deudos míos según la carne].

Por una parte tenía el Apóstol grande tristeza y dolor por los pecados de su gente, porque tenía grande odio y aborrecimiento al pecado; y por otra, tenía tanta compasión y tanto deseo de su bien, que dice que deseaba ser anatema por su salvación. Muchas explicaciones dan los Santos a esto de Moisés y de San Pablo. San Jerónimo lo declara que se entiende de la muerte corporal: dice que deseaban estos Santos derramar la sangre y morir muerte corporal, porque los otros viviesen vida espiritual y se salvasen Y prueba San Jerónimo que *anathema* en la Sagrada Escritura muchas veces se toma por la muerte corporal. Pero dejadas otras declaraciones, el glorioso Bernardo da una muy tierna y regalada, como él suele. Dice que habla allí Moisés con afecto y amor de padre, o, por mejor decir, de madre amorosísima, a la cual ninguna cosa le puede dar contento, sí echan fuera a sus hijos, que no participen y gocen también de ella. Declháralo con este ejemplo:

Si un hombre rico convidase a una mujer pobre y le dijese: Entra tú a comer conmigo; pero este niño que traes en los brazos le has de dejar allá fuera, porque llora y nos dará pesadumbre, ¿por ventura esta mujer aceptaría el convite con esta condición? No por cierto. Antes escogería ayunar que dejar tal prenda. O ha de entrar allá también mi hijo, o si no, no quiero vuestro convite. Moisés, dice San Bernardo, no quiere entrar solo en cl gozo de su Señor, y que quede fuera el pueblo de Israel, a quien él amaba como a hijos.

Pues este afecto de madres, y estas entrañas de compasión y amor, son las que agradan mucho a Dios, y de esta manera ha de ser este celo. Y una de las virtudes que mejor le están al obrero de Dios, es esta compasión de las almas que están tiranizadas del demonio. Y así dice el Apóstol San Pablo (*Col* 3, 12), que nos vistamos de estas tiernas entrañas de misericordia, como santos y escogidos de Dios para parecer mucho a la condición de Dios y a aquel Pontífice grande que nos dio, del cual dice el mismo Apóstol (*Hebr* 4, 15): [*No tenemos Pontífice que no sepa compadecerse de nuestros trabajos y flaquezas*]. Compadezcámonos de nuestros prójimos, como Cristo se compadeció de nosotros. San Ambrosio, en el libro segundo *De Penitencia*, no pide otra cosa a Dios, sino que le dé esta ternura y compasión acerca de los pecados. Y se la dio Dios tanto, que escribe Paulino de él en su *Vida*, que lloraba con los que venían a confesarse con él, y le declaraban sus miserias. Con esto se ganan más los penitentes que con rigores y celos indiscretos; porque el amor que el confesor muestra al peni-

tente, compadeciéndose de él y sintiendo su trabajo y miseria, le roba el corazón y le mueve mucho que él también le ame y le cobre mucha afición; porque no hay cosa que más mueva a uno a amar que ver que es amado: y cualquier cosa que le digáis con ese amor, se le imprime en el corazón; y aunque más le reprendáis de esa manera, no se exaspera, porque lo toma como de padre verdadero. Y así dice San Basilio que han de ser nuestras represiones [*como si una madre acariciase al hijo que está criando*] (1 *Tes* 2,7): que entienda el otro que nacen de entrañas de amor y del deseo que tenemos de su bien y salvación. Esto es saber [*mezclar el óleo y el vino*] que dice el sagrado Evangelio en la parábola del samaritano (*Lc* 10. 34), que sepáis mezclar y templar el vino fuerte de la reprensión con el aceite blando y suave de la compasión y misericordia, porque eso cura muy bien las llagas y las sana; y esas otras indignaciones y reprensiones, ásperas y desabridas, no sólo no aprovecha, sino dañan y ahuyentan los penitentes, no sólo de vos, sino de la Compañía, porque piensan que los demás son tan desgraciados y tan mal acondicionados como vos. Trae San Bernardo a este propósito aquello de José (*Gen* 45, 1), que estaba reprendiendo a sus hermanos, y no podía contener las lágrimas. Mostraba bien que las palabras de reprensión no nacían de indignación, ni de ira, sino de un corazón tierno y amoroso.

Para tener este corazón y entrañas tiernas y compasivas de los pecados de nuestros prójimos, y no nos indignar ni airar por eso contra ellos, ayudará mucho una consideración muy buena que trae el Beato Padre Maestro Ávila. De dos maneras se pueden mirar los pecados de los prójimos: la primera, como ofensas e injurias hechas a Dios; y de esta manera mueven a ira e indignación y a deseo de castigo. La segunda, como mal de nuestro hermano; y si de esta manera se miran, no mueven a ira, sino a compasión; porque ningún mal les puede venir a los hombres, que tanto daño les haga, como el pecado, y así ninguno es materia tan propia de compasión y misericordia, como la culpa, mirándola de esta manera. Y cuanto uno más ha pecado, tanto más provoca a compasión, porque se ha hecho mayor daño tiene mayor mal. Como las injurias y malas palabras del frenético no nos mueven a ira, sino a misericordia y compasión, porque las consideramos como mal de enfermedad del que las dice, y no como injurias nuestras, de esta manera, al mismo Dios mueven nuestros pecados a compasión y no a ira, cuando los mira con misericordia, no como a ofensa suya, sino como mal y miseria nuestra. Pues de esta manera hemos de mirar nosotros los pecados de nuestros prójimos, como mal y daño suyo, para compadecernos de ellos; como querríamos que Dios mirase los nuestros,

no con ira y justicia para castigarlos, sino con misericordia y compasión, para perdonarlos y remediarlos; y ése será buen celo y según el corazón de Dios, que es misericordioso y hacedor de misericordias.

CAPÍTULO 14

De otro medio para hacer bien nuestros ministerios, que es poner los ojos en lo interior de las almas, y no en lo exterior que se parece de fuera.

Uno de los principales avisos que dan los Santos y maestros de la vida espiritual a los que tratan coa prójimos, es que pongan los ojos en las almas y non los cuerpos ni en la apariencia exterior. Hay algunos, dice San Bernardo, que miran a lo exterior y ponen los ojos en los bien agestados y bien dispuestos, y en los que andan bien tratados y bien aderezados, y a ésos se inclinan y huelgan de tratar, pero los que tienen los ojos sanos no miran sino lo interior del alma, la cual no es más hermosa en el cuerpo hermoso que en el feo, si en el cuerpo hermoso no fuere más santa que en el feo. Mas así en el feo como en el hermoso es ella hermosísima, si no estuviere afeada con pecados; y tanto es más hermosa, cuanto estuviere más pura y limpia de pecados y más adornada de virtudes y dones celestiales. De ninguna cosa aprovecha la hermosura visible del cuerpo, si falta la hermosura invisible del alma; aquélla es común al hombre con las cosas inanimadas y con los brutos animales, mas ésta con los ángeles. Pues hemos, dice San Bernardo, de entrar allá dentro, y poner los ojos en el alma, que es la que fue hecha a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad, y considerarla como un templo vivo del Espíritu Santo y miembro de Cristo, y como toda bañada en sangre, comprada y redimida con su vida, condoliéndonos si la vemos disforme y afeada con el pecado, y sintiéndolo con grande compasión si vemos en ella perdido el precio tan caro que costó al Hijo de Dios. Y del cuerpo y de todo lo exterior nos hemos de abstener lo posible, y no hacer de él caso más que de un costal de estiércol y un saco de inmundicia y un muladar cubierto de nieve o un sepulcro blanqueado por de fuera, porque eso es este cuerpo nuestro. Y en tanto grado quieren que guardemos esto, y que andemos en ello con tanto cuidado y recato, que dice Gerson, no sólo no ha uno de atender si el penitente, o el con quien trata, es bien o mal agestado, pero ni aun ha de atender ni hacer reflexión en si es hombre o mujer, sino poner solamente los ojos en las almas y en el remedio de ellas, abstrayendo de todo lo demás, y no haciendo caso de ello; porque en las almas no hay esas diferencias.

Este aviso es de mucha importancia: lo primero, porque de esa manera nuestro amor será espiritual y de verdadera caridad en Dios y por Dios y para Dios puramente; y ese otro es amor carnal y sensual y muy peligroso. Lo segundo, importa también mucho este aviso a los que tratamos con prójimos, para animarnos a nuestros ministerios y para ejercitarlos como debemos, acudiendo de tan buena gana al pobrecito y al desamparado como al rico y poderoso; pues tanto le costó a Dios el alma del pobrecito que está en el hospital, y del desarrapado que se viene a confesar, como la del caballero y del que anda muy bien tratado. San Ambrosio trae a este propósito el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, del cual leemos en el sagrado Evangelio (*Jn* 4, 47) que no quiso ir a casa del Régulo a curar a su hijo, pidiéndoselo su padre, y yendo él mismo en persona a suplicárselo porque no pareciese que se movía por ser rico y principal, así el enfermo como el que se lo pedía. Y por otra parte, vemos que se ofreció a ir a casa del Centurión a curar a un criado suyo (*Lc* 7, 6), no habiendo venido el mismo centurión en persona a suplicárselo, sino que se lo envió a pedir por terceros, porque no pareciese que por ser el enfermo un pobre mozo, se desdeñaba de ir allá. Dice San Ambrosio que esto hizo para darnos ejemplo a nosotros cómo nos hemos de haber con los prójimos, no poniendo la mira en los ricos, ni en los nobles, ni en los bien tratados, sino solamente en las almas. Tras ésas se nos han de ir los ojos y el corazón, acudiendo tan de buena gana al pobrecito, y al mozo de caballos, y al esclavo, como al caballero y tal señor; porque delante de Dios el siervo y el libre, el criado y el señor, todo es uno, como dice San Pablo (*Gal* 3, 28); y así murió Dios por el uno como por el otro, y por ventura ama y estima más al pequeño que al grande.

Y si nuestro amor fuese muy puro y muy espiritual, antes nos inclinaríamos y aplicaríamos a confesar y tratar al pobre que al rico, al bajo que al grande, por muchas razones: Lo primero, por imitar el ejemplo que de esto nos dio Cristo nuestro Redentor, como hemos dicho. Lo segundo, porque en esos pobrecitos y bajos resplandece más la imagen de Cristo, que *siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza,* como dice el Apóstol (2 *Cor* 8, 9). Lo tercero, porque de esa manera estamos más seguros que buscamos a Dios en nuestros ministerios, y que los hacemos puramente por El; porque cuando tratamos con gente granada y lucida, muchas veces se nos mezclan respetos humanos, y nos buscamos a nosotros mismos y nuestro gusto y estimación: no es a tan seguro ese trato, ni todas veces va tan puro ni tan limpio de polvo y de paja: algunas veces es vanidad lo que parece celo. Lo cuarto, porque así nos conservamos me-

jor en humildad. Lo quinto, porque por experiencia se ve que con éstos se hace más fruto que con esos otros, y que éstos son los que frecuentan más las confesiones, y los que acuden más a los sermones: y así vemos que aun a Cristo nuestro Redentor ésos eran los que más le seguían, y los que se aprovechaban más de su doctrina. Dice el sagrado Evangelio (*Mt* 11, 5): [*Los pobres reciben la buena nueva*]. De los ricos y principales, cual o cual; allá un Nicodemus, que era principal entre los judíos, y aun de ése dice el Evangelista San Juan (3, 2) que *vino a tratar con Jesucristo de noche* y escondidamente.

Y más: hay otra cosa, que a la gente llana se les dicen más llanamente las verdades, y se les reprende lo malo con más libertad, y lo toman ellos mejor, y hace más fácilmente el confesor lo que quiere de ellos; y con la gente granada, algunas veces hay algún encogimiento, y no se atreve tanto el confesor, y traga saliva para decirles lo que han menester, y mucha veces queda después con escrúpulos y remordimientos de no haberse declarado más, y de haber condescendido y contemporizado con ellos. Y más con los señores gastase mucho tiempo, y en él se hace muy poco o nada de provecho; pero con la gente llana en poco tiempo se hace mucho, porque luego se puede venir con ellos a las inmediatas, como dicen, y ser sustancia todo lo que se trata; lo cual no puede ser con los otros. Por esto, gente espiritual y desengañada, amiga de su propio aprovechamiento y de hacer mucho fruto, huyen cuanto pueden del trato de los señores y de los grandes, y les tienen por grande carga; y es consejo éste muy repetido de los Santos y conforme a aquello del Sabio (*Eccli* 13, 12): [*Carga pesada se echa encima quien con poderosos trata*]. Y así vernos que son alabados y estimados mucho en la Religión lo que se aplican a confesar al pobre y al negro, y a los criados y a los desarrapados, y con mucha razón. Especialmente que a esos otros yo aseguro que no falte quien los confiese; y si entre ellos hubiese alguno a quien os parezca que importa más para el servicio de Dios acudirle, si sois humilde, habéis de pensar que eso hará mejor el otro padre que está allí confesando, y más sin peligro suyo, y vos echar mano del pobrecito, que por ventura ha venido algunas veces y se ha ido sin confesar.

CAPÍTULO 15

De otro medio para aprovechar a los prójimos, que es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios.

Ten confianza en Dios de todo corazón y no estribes en tu prudencia (*Prov* 3, 5). Otro medio, y muy principal, que nos ayudará mucho para conseguir el fin de nuestro Instituto, es el que dice aquí el Sabio, y nos lo pone también nuestro Padre, y la Bula de nuestro Instituto, en aquellas dos breves palabras: [Desconfiando de sus fuerzas, y estribando en las divinas.] ¿Sabéis, dice, cómo haréis mucha hacienda y mucho fruto en las almas? Desconfiando de vos mismo, de vuestras fuerzas, prudencia e industria, y de todos los medios humanos, y poniendo toda vuestra confianza en Dios. Ese es uno de los más principales y eficaces medios que hay para hacer mucho fruto en las almas; y así, ésta es una de las mejores disposiciones que puede tener el obrero de Dios, que entienda que él de suyo no es para hacer cosa que valga, sino que toda su confianza la ponga en Dios; porque a ésos toma este soberano Señor por instrumentos para hacer por su medio grandes cosas, grandes conversiones y maravillas. Así lo dice el Apóstol San Pablo (2 *Cor* 3, 4): *Tenemos una confianza en Dios, tal, que entendemos que de nuestra parte no somos suficientes, ni aun para tener un buen pensamiento, sino que toda nuestra suficiencia nos ha de venir de Dios,* [*quien asimismo nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento*]. Pues a ésos, dice San Pablo, hace Dios ministros idóneos de su Evangelio.

San Agustín, tratando de las alabanzas de Natanael, a quien alaba el mismo Cristo en el Evangelio, diciendo (*Jn* 1, 47). *Veis aquí un verdadero israelita, en el cual no hay doblez ni malicia ninguna,* dice: Parece que un hombre como éste había de ser llamado al apostolado primero que todos, pues tal testimonio da de él el Hijo de Dios; y vemos que no sólo no es llamado el primero, pero ni al medio ni al fin. ¿Qué será la causa de esto? ¿Sabéis qué?, dice San Agustín, Natanael era hombre doctor, era letrado de la ley, y por eso no le escogió Cristo entre sus Apóstoles, porque no quiso escoger letrados para la predicación de su Evangelio y convertir el mundo; sino unos pobres pescadores, idiotas y sin letras, como dice San Pablo (1 *Cor* 1, 27).

San Gregorio trae a este propósito aquella historia del libro de los *Reyes* (1 *Sam* 30, 1-2), cuando los amalecitas encendieron a Siceleg, y habían llevado cautivas las mujeres de David y de sus compañeros y los ni-

ños. Y uno de ellos se dejó en el camino un criado egipcio, porque cayó enfermo y no le pudo seguir. Se encuentra David con este pobre enfermo, ya casi para expirar, porque había tres días y tres noches que no comía ni bebía: le da de comer, y vuelve en sí, y le toma por guía de su camino, y con esa guía va tras los amalecitas, y los halla comiendo y banqueteando con grande fiesta y regocijo, y da sobre ellos, y les mata, y les quita la presa que llevaban. Pues ésa, dice San Gregorio, es la condición del verdadero David, Cristo nuestro Redentor, que escoge los desechados y despreciados del mundo, y con el manjar de su palabra los hace volver en sí, y que sean guías suyos, haciéndoles predicadores de su Evangelio, para vencer y destruir a los amalecitas, que son los mundanos que se están holgando, banqueteando y entreteniendo en los deleites y pasatiempos del mundo.

Pero veamos por qué hace Dios esto, y porque escoge instrumentos tan flacos para negocio tan alto. ¿Sabéis por qué?, dice el Apóstol (1 *Cor* 1, 29-31), para que no confíe el hombre en sí, ni tenga ocasión de atribuirse nada a sí, sino toda su confianza la ponga en Dios, y a Él se lo atribuya y dé la gloria de todo. Y estima Dios esto tanto, que para que quedásemos bien enseñados en esta verdad, y quedase muy fija e impresa en nuestros corazones, tenemos llena la Sagrada Escritura de ejemplos, en que escogía Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para que de esa manera se entienda mejor que Él es el que hace las maravillas, y no nosotros [a fin de manifestar las riquezas de su gloria] (*Rom* 9, 23). Esto redunda en mayor gloria de Dios, y de esa manera se echa más de ver su grandeza y omnipotencia. Muchas maravillas hizo Dios por medio de Moisés al sacar el pueblo de Israel de Egipto; pero en ninguna conocieron tanto los egipcios la virtud y poder de Dios como cuando Moisés, sacudiendo con las vara el polvo de la tierra, lo convirtió en mosquitos e hinchó toda la tierra de ellos. Entonces los magos del Faraón, viendo que ellos, con todas sus artes y encantamientos, no habían podido hacer aquello, confesaron y dijeron (*Ex* 8, 19): *Ese es el dedo de Dios* y señal manifiesta de la virtud y poder grande suyo. Y en aquella guerra que Sapor, rey de los persas, movió contra los romanos, teniendo cercada con grandísimo ejército la ciudad de Nísibis, a quien algunos llaman Antioquía Migdomia, cuyo obispo era un santo varón llamado Jacobo, cuenta la *Historia Eclesiástica* que rogaban los ciudadanos a este santo varón que viniese a la cerca, y que desde allí maldijese al ejército de los enemigos. Y por sus ruegos, el venerable obispo subió en una torre, y vio millares de gentes, sobre los cuales no echó otra maldición, ni rogó a Dios que otro infortunio les viniese, sino pulgas y mosquitos, para que fatigados por viles y pequeños animales, co-

nociesen el poder soberano. Y acabando de hacer oración, descendieron sobre los persas huestes de pulgas y de mosquitos, e hincharon las trompas de los elefantes y las narices y orejas de los caballos y de los otros animales que había en el ejército, los cuales, no pudiendo sufrir los aguijones de los animalejos, saltaban y derribaban a los que tenían encima, arrastraban a los que los adiestraban, y quebraban sus cervices, y corriendo fuera de orden desbarataban los escuadrones y el buen concierto del ejército, y de esta manera, el rey Sapor, conociendo el poder de Dios y la providencia que tiene de los suyos, alzó el cerco y se volvió a su tierra afrentado y corrido. Con pulgas y con mosquitos puede Dios hacer guerra a todos los emperadores y monarcas del mundo: y así la quiere Él hacer, porque de esa manera se echa mejor de ver que Él es el que la hace, y así redunda en mayor gloria y honra suya. Pues por esto también escoge Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas altas en la conversión de las almas. Y así tenemos en las historias eclesiásticas muchos ejemplos de conversiones de grandes pecadores, infieles y herejes, a los cuales muchos obispos y muy grandes letrados no habían podido convertir ni convencer en Concilios generales, donde estaba la flor y nata de la Iglesia, y al final vinieron a convertir y convencer por medio de un hombre simple y sin letras, y por medio de unas palabras muy llanas y sencillas: para que así aprendamos a desconfiar do nosotros y a confiar en Dios, y a darle a Él la gloria de todo.

De aquí hemos de sacar tres cosas. Lo primero, no desmayar ni desanimarnos, viendo nuestra poquedad y miseria y nuestras pocas artes para un fin e Instituto tan alto y unos ministerios tan levantados como tenemos en la Compañía; antes de ahí hemos de tomar ocasión para animarnos y tener más confianza en Dios; porque ésa es su condición, tomar tales instrumentos para hacer por su medio cosas grandes y maravillosas. Y así respondió muy bien el bienaventurado San Francisco a su compañero acerca de esto. Se cuenta en sus Crónicas que fray Masco, muy continuo compañero do San Francisco, quiso un día tentar la humildad del Santo, como quien le tenía bien conocido y sabía su gusto y deseo de ser menospreciado. Se fue a él y le dijo: ¿De dónde a ti, que todos corren a ti, todos te quieren ver, y oír, y obedecer? Tú no eres letrado, tú no eres noble, ni bien dispuesto, ni eres hombre elocuente; ¿de dónde te viene que todo el mundo se va en pos de ti? Respondió San Francisco, como verdadero humilde que era: ¿Quieres saber, hermano mío, de dónde a mí, que todo el mundo se vaya tras mí? De aquella bondad inmensa de Dios, que puso ojos en el más pecador, más simple y más vil criatura de cuantas hay en el mundo; porque las cosas flacas y simples del mundo escoge Dios para con-

fundir a los grandes y poderosos, para que toda la gloria y honra sea de Dios, y no tenga en su presencia de qué gloriarse criatura alguna, sino que el que se gloría, se gloríe en el Señor, y a Él solo sea dada la honra y gloria para siempre. Ésta ha de ser nuestra respuesta, y éste ha de ser nuestro consuelo y toda nuestra confianza.

Lo segundo que hemos de sacar de aquí es que aunque Dios por vuestro medio haga mucho fruto en las almas y haga grandes conversiones y aun milagros no por eso os habéis de ensoberbecer, ni teneros en más, sino quedaros tan entero en vuestro propio conocimiento y en vuestra bajeza, como si no hubierais hecho nada, porque no hacéis vos eso por vuestras fuerzas; Dios es el que lo hace por vuestro medio. ¡Oh, qué bien nos enseña así la teórica como la práctica de esto el Profeta David! (*Sal* 43, 1 y ss.): *Señor, con nuestros oídos hemos oído, y nuestros antepasados nos contaron las obras y maravillas que obrasteis en sus días, en aquellos tiempos antiguos;* porque Vos, Señor, obrasteis aquellas maravillas, y vuestras fueron aquellas hazañas, y no suyas. *Vuestra mano poderosa, Señor, fue la que destruyó las gentes,* y las echó de su tierra, y *los plantó* y puso *a ellos en su lugar*. Vos lo hicisteis. Señor, que *no lo hicieron eso sus armas ni su fortaleza*. *Vuestra mano derecha, vuestra virtud y fortaleza,* ésa es, Señor, la que obró esas maravillas en ellos y por ellos; y no fue eso tampoco por sus merecimientos, sino porque os plugo a Vos, Señor, porque Vos lo quisisteis así, y fuisteis servido de ello.

De manera que no tenemos de qué ensoberbecernos porque Dios obre por nuestro medio grandes cosas; antes, mientras fueren mayores, hemos de quedar más confundidos y humillados viendo que toma instrumentos tan flacos y miserables para hacer tan grandes y maravillosas cosas. Nos hemos de haber en esto como se hubo el Apóstol San Pedro, cuando Cristo nuestro Redentor hizo por su medio aquella pesca grande. Cuenta el Evangelista San Lucas que dijo Cristo a San Pedro que echase las redes para pescar; responde él (*Lc* 3, 5): *Maestro, toda la noche hemos trabajado en eso, y no hemos pescado nada; pero en vuestro nombre tornaremos a echar las redes*. Y como o hicieran, cogieron tanta multitud de peces, que se rompía la red, y fue menester que los compañeros que estaban en otra nave, viniesen a ayudarles a sacarla, e llenaron ambas navecillas de peces; era tanta la multitud de los peces, que casi hacían hundir las navecillas con el grande y excesiva peso. Dice el sagrado Evangelio que como San Pedro vio tan gran milagro, se postra a los pies de Cristo, y le dice: *Apartaos de mí, Señor, que soy grande pecador*, y no soy digno de estar cerca de Vos.

[*Porque se apoderó de él y de los demás que con él estaban un grande asombro, a la vista de la pesca que habían cogido*]. Quedó pasmado y espantado San Pedro, y no menos humillado y confundido, viendo que había trabajado toda la noche en vano, y que cuando echó la red en nombre de Cristo, sacó tanta multitud.

Pues con este pasmo y espanto, y con esta mayor humildad y conocimiento de nuestra propia flaqueza y miseria, hemos de quedar nosotros, cuando nuestro Señor hiciere por nuestro medio alguna cosa grande. ¡Qué lejos estuvo San Pedro de envanecerse y ensoberbecerse de haber echado tan grande lance! Pues tan lejos habéis de estar vos de envaneceros y ensoberbeceros, cuando por vuestro medio hiciere Dios algo, conociendo que aquélla es obra de Dios y muy ajena de vos. Esto es desconfiar de sí y confiar en Dios: y esto es atribuir a sí lo que es suyo, y atribuir a Dios lo que es de Dios. Mirad lo que hizo San Pedro cuando echó las redes en nombre suyo, y ahí veréis lo que vos valéis con todos vuestros medios, industrias y diligencias; y mirad lo que hizo cuando echó las redes en nombre de Cristo, y ahí veréis lo mucho que podréis con su gracia y favor. Y mirando lo primero, desconfiaréis de vos; y mirando lo segundo cobraréis esfuerzo y confianza en Dios. De esta manera, por una parte no nos envaneceremos por grandes que sean las cosas que el Señor obra por nuestro medio; y por otra, no desmayaremos por ver nuestra enfermedad y bajeza

San Jerónimo propone esta cuestión: Veamos, dice, cuál de los dos hizo mejor, o Moisés, que enviándole Dios a sacar su pueblo de Egipto, se excusó diciendo que no era para ello, que enviase otro que lo supiese hacer mejor; o Isaías (6, 8), que sin ser llamado ni escogido, se ofreció de su voluntad para ir a predicar, diciendo: [*Vedme aquí, envíame*]. Y responde el Santo que muy buena es la humildad y el conocer uno de sí que no es pura nada, y que muy buena es también la prontitud y ánimo para servir y ayudar a los prójimos; pero si queréis lo mejor, dice que de Moisés hemos de tomar la humildad, mirando a nuestra flaqueza; y de Isaías, el ánimo y presteza, confiando en la misericordia y bondad del Señor, que tocó sus labios y le dio suficiencia para aquello a que le enviaba. No es contraria la humildad a la confianza, ni la impide, antes le ayuda mucho; porque ayuda a poner toda la confianza en Dios, y así a tener más ánimo y fortaleza.

Lo tercero que se ha de sacar de aquí es que, aunque es verdad que no ha de confiar, ni estribar nadie en sí ni en sus medios, pero hemos de poner y hacer de nuestra parte todas las diligencias que pudiéremos para ayudar a los prójimos; porque querer que sin poner nosotros los medios,

haga Dios el fruto, será pedir milagros y tentar a Dios: quiere Él ayudarse de nosotros para la conversión de las almas, y así nos llama San Pablo (1 *Cor* 3, 9; 4, 1) *coadjutores de Dios* y cooperadores juntamente con Él. Y por eso mandó el Señor a San Pedro que echase él sus redes, y no le quiso dar la pesca sino de esa manera, para que entendamos que no nos hemos de estar nosotros mano sobre mano. Y para que, por otra parte, no atribuyamos el buen suceso y el ganar de las almas a nuestras redes y a nuestras industrias y diligencias, quiso que primero hubiese San Pedro echado sus redes y trabajado toda la noche en pescar, y que no hubiese tomado nada. De manera que hemos de echar nosotros nuestras redes y poner todos los medios posibles y hacer todas nuestras diligencias, como si esto sólo bastara para concluir los negocios; pero, por otra parte, hemos de desconfiar de todo eso, como si no hubiéramos hecho nada, y poner toda nuestra confianza en Dios.

Esto es lo que nos enseña Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio (*Lc* 17, 10): *Después que hubieseis hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: siervos somos sin provecho*, [*lo que estábamos obligados a hacer, hicimos*]. Y es de notar que no dice: cuando hubiereis hecho algo de lo que debéis, sino cuando hubiereis hecho todo lo que debéis; para que entendamos que por más diligencias que hagamos, y por más medios que pongamos, no hemos de confiar en ellos, sino poner toda nuestra confianza en Dios, atribuyendo y dándole a Él la gloria de todo. Lo cual ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, como dijimos en su lugar.

Cuando San Pedro y San Juan sanaron a aquel cojo desde su nacimiento, que estaba pidiendo limosna a la puerta del templo, que se decía Especiosa, la gente, espantada del milagro, acudió a ellos mirándolos como a cosa divina, y les dice el Apóstol San Pedro (*Hechos* 3, 12): *Varones israelitas, ¿de qué os espantáis, y para qué nos miráis como si nosotros hubiéramos hecho esto en virtud y poder nuestro?* Que no ha sido sino en virtud y nombre de Jesucristo. [*El Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo Jesús, al cual vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, juzgando él que debía ser dado por libre*.] Aquel a quien vosotros crucificasteis, ha resucitado de los muertos, y en su nombre y virtud se ha hecho este milagro, que habéis visto. Lo mismo les aconteció a San Pablo y San Bernabé en otro semejante milagro que hicieron, que los tenían por dioses y los querían adorar y ofrecer sacrificios como a tales, y traían coronas para coronarlos, diciendo

(*Hechos* 14, 10): [*Dioses en figura de hombre han bajado a nosotros*.] Rompen ellos sus vestiduras, diciendo ¿Qué hacéis? Que también somos nosotros hombres mortales como vosotros, y no somos nosotros los que podemos eso, sino Dios, a Él se ha de dar esa honra y gloria. Se quedaban ellos tan enteros en su humildad, como si no hubieran hecho nada. Así hemos de quedar nosotros después que hayamos hecho todo lo que debemos en ayuda de las almas.

CAPÍTULO 16

De la eficacia grande de este medio de confiar en Dios para alcanzar mercedes de su mano.

El bienaventurado San Cipriano, declarando aquello que dijo Dios a los hijos de Israel (*Deut* 11, 24): *Todo el lugar donde llegare vuestro pie, será vuestro,* dice: Vuestro pie es vuestra confianza, y al paso que ella anduviere, andará el recibir mercedes de Dios. Hasta donde se extendiere el pie de la confianza, hasta allí será vuestro. Lo mismo dice San Bernardo: Si confiareis mucho en Dios y esperareis grandes cosas de Él, grandes cosas os concederá y hará por vuestro medio, y si poco, poco.

En el sagrado Evangelio tenemos muchos ejemplos que nos declaran esto. Aquel príncipe de la Sinagoga, que dejaba a su hija muriendo, y cuando llego a Cristo nuestro Redentor, estaba ya muerta, dice (*Mt* 9, 18): *Señor, mi hija acaba ahora de morir, pero id allá, y poned vuestra mano sobre ella, y luego vivirá*. Alguna fe y confianza tenía, pues creía que podía resucitar a su hija, pero poca, porque le parecía que era menester que se llegase allá y pusiese sobre ella su mano, y de aquella manera tenía confianza que viviría; y se ha con él el Redentor del mundo conforme a la confianza que tenía: va allá, y la halló ya muerta, y la toma por la mano, y la resucita. La otra mujer, que hacía doce años que padecía flujo de sangre, y había gastado toda su hacienda en médicos y no la habían podido sanar, se llegó a Cristo nuestro Redentor con un poco de más fe (*Mt* 9. 21): [*Porque decía dentro de sí misma*]*: Si tocare tan solamente su vestidura, seré sana*. Y va por medio de la gente, y llega y toca la orilla de su ropa, y luego quedó sana. Hizo Dios con ella conforme a la fe y esperanza que tuvo. Pero el otro Centurión, que tenía un criado paralítico, tuvo más fe que ninguno de éstos. Se llega al Redentor del mundo y le dice: Señor, mi criado está en la cama paralítico, pero no es menester que Vos vayáis allá para

sanarle, ni que él venga acá y toque vuestra vestidura: [sino decidlo con una sola palabra, y quedará sano mi criado] (*Mt* 8. 8); estándose él allá podéis Vos mandarlo desde acá, y luego sanará. ¡Mirad qué gran fe! *Mostró Cristo admiración, y dice a los que le seguían: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel.* Y se vuelve al Centurión, y le dice: *Hágase conforme a tu fe:* [*y en la misma hora sanó su criado*]. Tuvo confianza en Jesucristo, que con sola su palabra le podía sanar desde allí; y le sana desde allí con sola su palabra. Veis cómo se ha Dios con nosotros, conforme a la confianza que tenemos en Él, conforme a aquello del real Profeta David (Sal, 32, 22): [*Venga tu misericordia, Señor. sobre nosotros, como lo esperamos de Ti*]. Cuan hondo fuere el vaso de la confianza, tanta agua sacará, dice el bienaventurado San Cipriano.

Así le aconteció también al Apóstol San Pedro, cuando Cristo Redentor nuestro le mandó que viniese a Él sobre las aguas; que mientras no tuvo temor, anduvo por encima de la mar, como si fuera tierra firme; y cuando temió, viendo un viento recio que se levantó, luego se comenzó a hundir. Y así le reprendió Cristo de poca fe (*Mt* 14, 31): *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* Dándole a entender que porque temió y desconfió, por eso se hundía. Esa es la causa por que algunas veces parece que nos anegamos y perecemos en las tentaciones y en los trabajos y negocios, por la poca confianza que tenemos; que si tuviésemos confianza en Dios, él nos ayudaría y nos sacaría con bien de todos esos trances, y nos haría muchas mercedes.

Cuando el rey Josafat se temió mucho de los moabitas y amonitas, que venían contra el pueblo de Dios, por ser grande la multitud de sus ejércitos, le envió Dios a decir por un profeta (2 Cron., 20, 15 y 17): *No temáis esa multitud, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. No sois vosotros los que habéis de pelear; solamente quiero que tengáis ánimo y confianza y veréis sobre vosotros el favor del Cielo.* Y luego lo experimentaron, porque estándose ellos quedos, destruyó Dios el ejército de los enemigos, haciendo que ellos mismos peleasen entre sí, y unos a otros se matasen.

Pues consideremos aquí cuán poco nos pide el Señor para ayudarnos y darnos victoria de nuestros enemigos, y así en el salmo noventa (v. 14) no da el Señor otra razón para amparar y librar a uno en el tiempo de la tribulación, sino haber esperado y confiado en Él: [*Porque ha esperado en Mí, Yo le libraré; le protegeré, porque ha reconocido mi poder y bondad*]. Exclama maravillosamente San Bernardo sobre estas palabras: ¡Oh dulcí-

sima liberalidad de Dios, que no falta jamás a los que esperan y confían en Él! *En Vos, Señor, esperaron nuestros padres, y los librasteis; acudieron y clamaron a Vos, y fueron salvos; pusieron en Vos toda su confianza, y no quedaron confundidos* (*Sal* 21, 5, 6). ¿Quién jamás llamó a Dios y puso confianza en Él, que no fuese oído y socorrido de su divina Majestad? *Echad los ojos por todas las naciones y por todos los siglos del mundo,* dice el Sabio (*Eccli* 2, 11-12), *y hallaréis que nadie esperó en Dios que quedase confundido.* [*Porque, ¿quién lo llamó, que fuese de Él menospreciado?*]

Y más: hay otra razón en esto, de que dijimos largamente en la SEGUNDA PARTE, y así aquí no haremos sino tocarla, y es que cuando desconfiamos de nosotros y ponemos toda nuestra confianza en Dios lo atribuimos todo a Dios, y le hacemos a Él cargo de todo el negocio y así le obligarnos mucho a que Él haga su negocio y vuelva por su honra, Señor, este negocio de la conversión de las almas vuestro es, y no nuestro; porque nosotros, ¿qué parte somos para eso, si Vos no movéis los corazones? Pues volved, Señor, por vuestra honra y haced vuestro negocio. Son maravillosas para este propósito aquellas palabras con que Josué importunaba a Dios y le hacía fuerza por la libertad de su pueblo. A nosotros, Señor, muy bien nos está ser humillados y atropellados de nuestros enemigos, porque lo tenemos bien merecido; pero *¿qué será de vuestro nombre grande?* (Josué, 7, 9). ¿Qué dirán las gentes viendo vuestro pueblo destruido y cautivo? Dirán que no los pudisteis llevar a la tierra de promisión. Pues volved, Señor, por vuestra honra. (*Sal* 113, 9): [*No a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*]. No queremos la honra y la gloria para nosotros, sino todo lo queremos para Vos (*Baruc* 1, 15): *Del Señor Dios nuestro es la justicia y santidad; mas a nosotros se nos debe oprobio y vergüenza en nuestro rostro*. Por todas partes es gran medio para que el Señor nos haga mercedes, tener gran confianza en Él, por lo mucho que esto le agrada (*Sal* 146, 11): [*Se agrada Dios de aquellos que le temen, y de los que confían en su misericordia*].

Los que vivimos debajo de la obediencia tenemos otra razón muy particular para tener mucha confianza que nos ayudará el Señor en nuestros ministerios, que es ser Él el que lo manda y nos pone en ellos, y así nos dará fuerzas para lo que nos mandare, y nos sacará bien de ello. Cuenta la Sagrada Escritura (*Ex* 30 y 31) que mandó Dios a Moisés hacer el tabernáculo y el arca del testamento, y el propiciatorio que había de estar sobre ella, y el altar y la mesa de la proposición, y otros muchos vasos que

eran necesarios para el servicio del tabernáculo. Y le da Dios la traza de todo ello, cómo había de ser, y la proporción que habla de tener, y añade: Para que todo esto se haga bien y conforme a la traza que te he dicho, he escogido a Beseleel y a Ooliab, y les he dado ciencia y sabiduría para que sepan hacer todo cuanto se puede fabricar de oro, plata, piedras preciosas, metal, mármol y cualquier género de madera; ellos harán muy bien todo lo que te he dicho. Pues si para hacer un tabernáculo material tuvo Dios tanta cuenta de dar ciencia infusa a los artífices que le habían de labrar, ¿qué hará con los operarios y ministros del Evangelio, que han de edificar y labrar el tabernáculo espiritual de las almas, que son templos vivos de Dios y morada del Espíritu Santo y han de ensanchar y dilatar la casa y reino de Dios? Cuanto es más lo espiritual que lo material y de más estima delante de Dios, tanto más hemos de confiar que nos dará todo lo que fuere necesario para que hagamos bien aquello para que Él nos escogió. Y así dice el sagrado Evangelio (*Mt* 10, 19-20). *Cuando estuviereis delante de los príncipes y de los emperadores y grandes del mundo para responder y volver por la honra de Dios, no os turbéis pensando cómo les habéis de hablar, que Dios os enseñará entonces lo que habéis de decir: porque no sois vosotros los que habláis, sino Dios el que habla en vosotros.* Yo, dice Cristo nuestro Redentor (*Lc* 21, 15), *os daré palabras y sabiduría a la cual no puedan resistir ni contradecir todos vuestros adversarios*. Y se vio bien en el glorioso protomártir San Esteban, del cual se dice en los Actos de los Apóstoles (6, 10) que todos los que disputaban con él *no podían resistir el espíritu y sabiduría con que hablaba*.

CAPÍTULO 17

Cuánto desagrada a Dios la desconfianza.

Así como con la confianza en Dios honramos y agradamos mucho a su divina Majestad, y es medio para que nos haga muchas mercedes, así por el contrario, una de las cosas de que más se ofende Dios; de que muestra mayor enojo, y que con mayor severidad castiga, es la desconfianza, porque toca eso en su honra; y así vemos que ésta fue una de las cosas por las que Dios más se enojó con los hijos de Israel, y por la que más los castigó. Cuenta la Sagrada Escritura que cuando Moisés envió los exploradores a la tierra de promisión, vinieron espantados y dijeron al pueblo que habían visto gigantes tan valientes, que ellos eran unas langostas en su comparación, y que habían visto unas ciudades tan fuertes, tan muradas y

torreadas, que no las podrían entrar. Cayó con esto un desmayo en el pueblo y una desconfianza tan grande de poder alcanzar la tierra de promisión, que trataban ya entre sí unos con otros de elegir un capitán para tornarse a Egipto. Se enojó Dios grandemente con el pueblo y dice a Moisés (Num., 14, 11): *¿Hasta cuándo no ha de acabar de creer este pueblo, ni fiarse de Mí, habiendo visto tantas señales y maravillas como por ellos he hecho? Les quiero enviar unas pestilencias y acabarlos a todos de una vez.* Se puso Moisés de por medio, y suplicó a Dios que los perdonase; y le dice Dios: Por amor de ti, Yo los perdono ahora; pero todos los que vieron las maravillas y señales que hice en Egipto, y después en el desierto, y no han acabado de creer y fiarse de Mí, no han de entrar en la tierra de promisión. Yo te prometo que ninguno de ellos la ha de ver de sus ojos. Y como se lo juró así lo cumplió. Seiscientos mil hombres fueron los que saco Dios de Egipto, sin las mujeres y niños, y todos murieron en el desierto, que ni entraron en la tierra de promisión, ni la vieron de sus ojos, por la desconfianza que tuvieron. Sólo Josué y Caleb, que tuvieron confianza de entrar y vencer los enemigos, y animaban al pueblo a ello, entraron, y los niños pequeños, que ellos habían dicho que habían de ser cautivos y presos de sus enemigos. Para que se vea cuánto aborrece Dios la desconfianza.

Y aun al mismo Moisés y Aarón, porque tocaron la piedra con la vara con alguna duda de sacar agua, habiéndoles dicho Dios que la sacarían, por esta desconfianza los castigó en lo mismo (Num., 20, 12):

Porque no creísteis ni os fiasteis de Mí [*para santificarme delante de los hilos de Israel, no seréis vosotros los que introduzcáis este pueblo en la tierra que le daré*], tampoco vosotros entraréis en la tierra de promisión. La vio Moisés desde un monte que estaba cerca, pero no entró en ella. [*La viste con tus ojos, pero no entrarás en ella*], le dice Dios (*Deut* 34, 4). Corno quien dice: ¿La ves?, pues no la gozarás. Es negocio que toca en la honra de Dios esto de la desconfianza, Y por eso la castiga de esa manera.

De aquí podemos sacar, lo primero, cuán malas son y cuánto desagradan a Dios unas desconfianzas y desmayos que suelen tener algunos, unas veces en las tentaciones, otras en cosas de su propio aprovechamiento, otras en los ministerios y negocios en que los pone la obediencia; parece qué nacen de la humildad, y no nacen sino de soberbia; porque ponen los ojos en sí, pareciéndoles que por sus fuerzas, industrias y diligencias habían de poder aquello; lo cual es gran soberbia.

Lo segundo; hemos de sacar de aquí que en todos nuestros negocios, necesidades y trabajos, lo primero ha de ser acudir a Dios y poner en El

toda nuestra confianza. No ha de serlo primero poner los ojos en los medios humanos y en nuestras diligencias e industrias, y lo postrero acudir a Dios; que ése es un abuso grande que hay en el mundo, que lo primero es poner los ojos en los medios humanos e intentarlos todos, sin acordarse de Dios, y después, cuando con eso no hallan remedio, y tienen ya el negocio como desahuciado, acuden a Él. Y por eso permite el Señor que nos falten esos mismos medios humanos que ponemos y en que confiábamos; como lo dijo Él al rey Asá (2 Cron., 16, 7): *Porque pusiste tu confianza en el rey de Siria y en su ejército y socorro, y te olvidaste de Dios, por eso te faltó su ejército*. Se ofende y agravia mucho Dios de que tomemos otro arrimo, sino a Él. Luego se nos han de ir los ojos a Dios. Y una de las principales cosas que hemos de procurar en la oración ha de ser asentar en nuestro corazón esta confianza grande en Dios; pues vamos a ella a plantar y asentar virtudes en nuestra alma, y una de ellas, y muy principal y necesaria, es ésta. Y no hemos de parar hasta que el corazón esté habituado a acudir luego a Dios en todas las cosas y confiar en Él, y no se vaya a buscar el remedio a otra parte, sino a Dios, y que éste sea todo nuestro refugio y toda nuestra confianza; conforme a aquellas palabras de Josafat, rey de Israel, que las habíamos de traer siempre en la boca y en el corazón (2 Cron., 20, 12): *Como no sepamos lo que nos conviene hacer, solamente nos queda este remedio de acudir a Vos, Señor, que sois nuestro refugio y amparo. Bienaventurado el que pusiere toda su confianza en Dios* (*Sal* 39, 5).

CAPÍTULO 18

Que no hemos de desmayar ni desanimarnos aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

[*¡Ay de mil!, que he venido a ser como el que racimo en el otoño, y no halla ni un cencerrón que comer*]. Se queja el Profeta Miqueas (7, 1) con estas palabras del poco fruto que hacía con sus sermones en el pueblo de Israel: ¡Ay de mí!, dice, que me ha acontecido lo que suele acontecer a los que en el otoño, después de hecha la vendimia, van a coger la rebusca que pensando hallar algo, no hallan ni un cencerrón. De lo mismo se queja el Profeta Isaías (24, 1213), diciendo: [*La ciudad quedó hecha un desierto, y de soledad serán heridas sus puertas. Porque esto será en medio de la tierra, en medio de los pueblos: como son pocas las aceitunas que caen sacudiendo un olivo vareado, y las rebuscas que quedaron acabada la vendimia, así serán los buenos*]. Una de las cosas que suelen desconsolar y

desanimar mucho a los que tratan de ayudar y aprovechar a los prójimos, es ver el poco fruto que se hace con los sermones y con los demás medios que toman para eso. ¡Cuán pocos se convierten, cuán pocos se aprovechan y enmiendan, y cuán pocos son los que perseveran! Por ser ésta una queja y tentación muy común, satisfaremos aquí a ella, y nos servirá de medio muy bueno para animarnos y alentarnos en nuestros ministerios.

San Agustín trata muy bien este punto, y va respondiendo y satisfaciendo esta queja con el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. ¿Por ventura, dice, el Hijo de Dios predicó a solos los discípulos, o a sola la gente que había de creer en Él? ¿No vemos que predicaba también a sus enemigos, que venían a tentarle y a buscar en qué calumniarle? ¿O predicaba por ventura solamente cuando tenía mucha gente y muy grande auditorio? ¿No le veis predicando a una sola mujer, baja, samaritana, moza de cántaro (*Jn* 4, 20), y estar tratando con ella aquella cuestión de oración, si había de ser en el templo, o si podía ser fuera de él?

Sin embargo diréis: ésa sabía Él que había de creer y aprovecharse de su plática y sermón. Es verdad, dice San Agustín; pero ¿qué diréis de tantas veces que trató y predicó a los judíos, fariseos y saduceos, que no sólo no habían de creer, sino habían de calumniarle y perseguirle? Unas veces les preguntaba para convencerlos con sus mismas respuestas; otra, respondía a sus preguntas, aunque sabía que las hacían para tentarle. Ninguno de éstos leemos que se haya convertido con esto. Y muy bien sabía Él lo que había de ser; mas para darnos ejemplo, quiso predicar a aquellos que sabía que no se habían de convertir ni aprovechar con su predicación, sino por ventura empeorar, para enseñarnos a nosotros que no sabemos si los que tratamos se convertirán o no, que no desistamos de predicar y confesar, y hacer lo que es de nuestra parte, ni nos desanimemos por no ver luego al ojo el fruto. Por ventura está ahí algún alma predestinada por medio de esa predicación, y el Señor tocará su corazón por medio de esa vuestra plática o sermón; y aunque ahora os parezca que no se convierten ni aprovechan, quizá después se convertirán, y aquella semilla de la palabra de Dios, que cavó en su corazón, dará después fruto como suele acontecer; y así nunca hemos de dejar de hacer lo que es de nuestra parte para ayudar a nuestros prójimos.

Gerson, en un tratado que hace: [*que se han de llevar los niños a Cristo*], habla muy bien en esto contra los que desmayan y se desaniman para confesar y tratar a cierto género de gentes: porque les parece que no perseveran, y que se vuelven luego a sus pecados, y que lo que se trabaja

con ellos es tiempo perdido, y como quien lo echa en saco roto. Va allí Gerson animando y exhortando a los confesores que se apliquen a confesar muchachos, y dice que hay gran fruto en ello, porque éstos están entre dos caminos, y seguirán aquel en que les pusieren, y serán del primero que los previniere: si les previesen de parte del demonio y de mundo, eso seguirán: si de parte de Dios, también. Y así importa mucho mostrarles el camino de la virtud, e imponerlos en él al principio, porque con eso se quedarán. Y responde a la objeción y excusa de algunos, que no quieren confesar a éstos diciendo que es tiempo perdido el que se gasta con ellos, porque no tienen capacidad para lo que se les dice, y en acabándose de confesar, luego se vuelven a sus costumbres, y se van a jugar y reñir unos con otros, como si no les hubieran dicho nada. Dice Gerson: «Si porque luego se vuelven a sus mañas y costumbres malas no los queréis confesar de esa manera no confeséis tampoco a los grandes, porque ésos también, en acabándose de confesar, se vuelven luego al vómito y a pecados bien diferentes de los que suelen cometer los muchachos; porque éstos muchas veces no llegan a mortales, y esos otros sí. ¡Bueno sería, por cierto, que diésemos de mano a los penitentes y los dejásemos de confesar, porque luego vuelven a caer en los mismos pecados!» no los hemos de dejar de confesar por eso, dice Gerson, ni a los grandes ni a los pequeños, como ellos tengan propósito verdadero de no tornar a ellos; y trae dos comparaciones buenas para esto. ¿Por ventura, cuando la nave hace agua, el que da a la bomba deja de dar y sacar por ver que luego se torna a entrar otra tanta? Y tampoco dejamos de lavar las manos por ver que luego se han de tornar a ensuciar. Es menester dar a la bomba, aunque veamos que luego se torna a entrar otra tanta agua, porque si no, se hundiría la nave, y con eso no se hunde. Y es menester lavar las manos muchas veces, aunque luego se hayan de tornar a ensuciar, porque no se arraigue la suciedad, y así sea después difícil de quitar. Pues de la misma manera no hemos de dejar de confesar y ayudar a los penitentes por ver que luego se vuelven a los mismos pecados; porque si los dejásemos, se acabarían del todo de perder, y con eso se entretienen y no se dan tan a rienda suelta a los vicios, y al fin hay esperanza de su salvación.

Es muy buen ejemplo para esto el que leemos de nuestro Padre San Ignacio. Entre otras santas obras en que se ocupaba, dio también en remediar malas mujeres, y así procuró que se instituyese en Roma una nueva casa, en que fuesen recibidas las que deseaban salir de aquella torpe y miserable vida; porque aunque había para ellas un monasterio de las arrepentida, pero en aquél no se admitían sino las que querían entrar por monjas, y

muchas de estas malas mujeres, aunque deseasen salir de aquel mal estado, no sienten en sí fuerzas para seguir tanta perfección; y otras por ser casadas, aunque quieran, no pueden; y así para las unas como para las otras, procuró que se hiciese un monasterio de Santa Marta. Y porque ninguno quería comenzar esta obra, aunque se ofrecían muchos a ayudar, comenzó nuestro Padre de su pobreza, en tiempo que tenían hasta necesidad, con cien ducados que hizo de unas piedras que mandó vender al procurador para esto. Y andaba con tanto fervor en esta obra, que no le impedía de eso el oficio de General que tenía, tanto, que él mismo en persona las acompañaba por medio de la ciudad de Roma cuando se apartaban de su mala vida y las llevaba al monasterio de Santa Marta o a alguna otra casa honesta, donde las recogía. Y le decían algunos que para qué perdía su tiempo y trabajo en procurar el remedio de estas mujeres, que como tenían hechos callos en los vicios, fácilmente se tornaban a ellos. A los cuales respondía él, no tengo yo por perdido este trabajo, antes os digo, que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida hacer que alguna de éstas quisiese pasar sola una noche sin pecar, los tendría todos por bien empleados, a trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la majestad de mi Criador y Señor, puesto caso que supiese cierto que luego se había de volver a su torpe y miserable costumbre. De manera que aunque supiésemos de cierto que los penitentes y aquellos que tratamos se habían de volver luego a sus pecados, por sólo que estuviesen sin pecar siquiera una hora, y por evitar un solo pecado mortal, habíamos de dar por muy bien empleado el trabajo de toda nuestra vida; y ése es verdadero celo de la honra y gloria de Dios. El que cava buscando algún tesoro, primero saca mucha tierra, y todo lo da por bien empleado por hallar un poco de oro.

Pero pasemos más adelante: demos que nadie se convirtiese, ni cesase de sus pecados, ni aun por una sola hora; con todo eso no hemos de dejar de predicar y hacer lo que es de nuestra parte para ayudar a nuestros prójimos. San Bernardo dice esto muy bien, escribiendo al Papa Eugenio, que había sido monje y discípulo suyo. Le va exhortando a que reforme el pueblo romano y la curia: y después de haberle exhortado mucho a esto, pone esta objeción: Mas por ventura te reirás de mí diciendo que es por demás tomarse con el pueblo romano, gente proterva y soberbia, amiga de tumultos, guerras y disensiones; gente intratable, indómita, y que no sabe estar en paz, ni sujetarse a nadie, sino cuando no puede resistir: y así no hay que esperar, y será trabajar en vano. Responde maravillosamente el Santo: no desconfíes por eso, porque no te piden que los sanes, sino que tengas cuidado de ellos y de aplicar los medios y medicinas que conviene

para su remedio. Eso es lo que nos pide el Espíritu Santo por el Sabio (*Eccli*32, 1): *Te han hecho rector y superior de otros; ten cuidado de ellos*. No dijo: [Cúralas, o sánalos]. No está obligado el superior a curar y remediar con efecto las faltas de sus súbditos, porque eso no está en su mano. Muy bien dijo el otro que no está en manos del médico sanar siempre al enfermo, ni consiste en eso el ser buen médico, ni el hacer bien su oficio.

Más dejemos, dice, los testimonios de los extraños, pues los tenemos mejores de los nuestros. El Apóstol San Pablo dice (1 *Cor* 15, 10): *He trabajado más que todos*. No dijo: He hecho más fruto que todos, porque sabía muy bien, como quien había sido enseñado de Dios, que *cada uno recibirá el premio o galardón conforme a su trabajo* (1 *Cor* 3, I), no conforme al suceso o fruto que se hiciere; y por eso se gloría el Apóstol en sus trabajos y no en el fruto. Y así dijo también en otra parte (2 *Cor* 11, 23): [*Me he visto en mis trabajos que ellos*]. Pues así haz tú lo que es de tu parte; planta, riega, labra y cultiva la viña del Señor y con esto habrás cumplido con lo que está a tu cargo. El crecimiento y fruto no está a tu cuenta, el Señor lo dará cuando Él fuere servido: y si por ventura no quisiere darlo, ninguna cosa perderás por eso, pues dice la Escritura (Sáb., 10, 17): [*Dio el Señor a los justos el premio de sus trabajos*]: porque Dios paga y da el premio y galardón a cada uno conforme a sus obras y trabajos, y no conforme al suceso y fruto que se sigue. ¡Oh dichoso y seguro trabajo, que no se disminuye ni menoscaba con ningún suceso que acontezca; aunque ningún fruto se haga, aunque nadie se convierta ni enmiende, tú tendrás tu galardón tan lleno y tan cumplido, como si se convirtieran muchos y se hiciera grande fruto!

Esto he dicho, dice San Bernardo, sin perjuicio de la bondad y omnipotencia de Dios; porque aunque más endurecido esté el corazón del pueblo, *poderoso es Dios para hacer de piedras y corazones empedernidos, hijos de Abraham* (*Mt* 3, 9). Y ¿quién sabe si lo hará? *¿Quién sabe si volverá Dios aquellos sus ojos de misericordia* [*y perdonará*], *y nos dejará su bendición?* (Joel., 2, 14). Pero no trato ahora, dice, de lo que ha de hacer Dios, porque no nos conviene a nosotros escudriñar sus altos juicios; sino lo que pretendo es persuadir a los que tienen oficio de acudir a los prójimos, que no dejen de hacer todo lo que pudieren en eso, por parecerles que no se hace fruto: pues no depende de eso nuestro merecimiento ni nuestro premio, sino de hacer nosotros lo que debemos a nuestro oficio, y de hacerlo con la diligencia y cuidado que debemos.

Fuera de esto, por otras dos razones conviene mucho que, aunque

ninguno se hubiese de convertir y ningún fruto se hubiese de hacer, con todo eso perseveremos y no cesemos de predicar y trabajar y hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos como si se convirtiesen y aprovechasen muchos. Lo primero, conviene esto a la misericordia y grandeza de Dios. Dice San Crisóstomo: Las fuentes no dejan de correr, aunque no venga nadie a coger el agua; y es grandeza de una ciudad que esté el agua sobrada y se derrame y pierda por su abundancia. Pues de la misma manera los predicadores, que son las fuentes por donde ha de correr el agua de la doctrina del Evangelio, no han de dejar de predicar y derramar la palabra de Dios, ahora vengan muchos, ahora pocos, a coger de esta agua. Y ésa es la magnificencia de Dios y la grandeza de su bondad y misericordia, que haya tanta abundancia de doctrina en la Iglesia, que siempre estén manando y corriendo las fuentes para quien tuviere sed y quisiere beber (Is., 55, 1): *Todos los que tenéis sed, venid a las aguas, y los que no tenéis plata, daos priesa, venid y comprad, y comed, sin dinero, ni trueque alguno, vino y leche*.

Lo segundo, conviene esto también a la justicia de Dios, porque si los hombres no se aprovecharen y convirtieren con tantos avisos, pláticas y sermones, a lo menos servirá eso para justificar más la causa de Dios (*Sal* 50, 6): [*Para que aparezcas justo en tus palabras, y salgas victorioso de las acusaciones de los hombres*]. Quiere Dios justificar muy bien su causa con los pecadores, y que vean que no queda por Él, sino por ellos, para que no tengan excusa ni de qué quejarse sino de sí mismos, viendo los muchos medios y ayudas que tenían, y que aun cuando ellos no querían venir a oír el sermón, les iban a predicar a las plazas. Y así se pone Dios a dar razón y satisfacción a su pueblo de lo que ha hecho por él, diciendo por Isaías (5, 2-4): *¿Qué más había Yo de hacer con mi viña de lo que he hecho?* Yo la planté, Yo la cerqué, Yo edifiqué una torre en medio de ella para su defensa, y después, en lugar de uvas [*que esperé de ella*], dio agrazones. *Pues juzgad ahora entre Mí y mi viña,* y mirad por quién queda el dejar de dar fruto. No es poco, sino mucho, que sirváis vos de hacer las partes de Dios, y de justificar su causa con los pecadores el día del juicio. Vuestros sermones y avisos acusarán y convencerán y condenarán a los malos, que no tendrán qué responder.

De manera que por cualquier parte que tomemos este negocio, conviene nunca cesar de hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos, ahora se conviertan y aprovechen, ahora no. Dice muy bien San Agustín, sobre aquella parábola de los convidados (*Mt* 22. 3), hablando de

aquel siervo que por mandato de su Señor salió a convidar a la cena, y algunos no quisieron venir ¿Por ventura aquel siervo será contado entre los perezosos, porque los otros no vinieron a la cena? No, por cierto, sino entre los diligentes y cuidadosos, porque él ya hizo lo que le fue mandado: ya los convidó, ya les rogó e hizo lo que era de su parte para que viniesen a la cena; no quisieron venir, ellos serán los castigados, que el siervo no será sino premiado por su buena diligencia, como si todos hubiesen venido. De lo que Dios nos pedirá a nosotros cuenta es si hicimos todo lo que podíamos y debíamos, para que se aprovechasen los prójimos. Que el otro se aproveche, eso bueno es desear y holgarnos mucho de eso como leemos en el sagrado Evangelio (Lc, 10, que *se regocijó* Cristo nuestro Redentor *en espíritu* cuando, viniendo los discípulos de predicar, habían hecho grande fruto. Pero, al fin, no está eso a nuestra cuenta, sino a cuenta del otro. Cada uno ha de dar cuenta a Dios de lo que le toca; nosotros la daremos de si hicimos bien nuestro oficio y todo lo que era de nuestra parte para aprovechar a los prójimos, y ellos la darán, y muy estrecha, de cómo se aprovecharon de eso.

De manera que no depende nuestro merecimiento, ni la perfección de nuestra obra, de que el otro se aproveche o no; antes podemos añadir aquí otra cosa para nuestro consuelo, o, por mejor decir, para consuelo de nuestro desconsuelo: y es que no solamente no depende nuestro merecimiento y nuestro premio y galardón de que los otros se conviertan, y de que se haga mucho fruto, sino que en cierta manera podemos decir que hacemos y merecemos más cuando no hay nada de eso, que cuando se ve el fruto al ojo, al modo que solemos decir, tratando de la oración que hace más el, que persevera en ella, cuando no tiene devoción, sino sequedad y distracción, que el que persevera en ella teniendo devoción y consuelo. Porque ver el predicador que es muy oído y seguido de la gente, y que se aprovechan y convierten muchos con sus sermones, es un gusto y consuelo muy grande, y que alienta y anima mucho, y hace que no se sienta el trabajo, como lo nota muy bien San Gregorio. Y, por el contrario, dice, el ver que no se aprovechan los oyentes, ni se hace fruto ninguno, es de suyo gran desconsuelo y gran dolor: y así no se le quebrar a uno las alas con esto, sino perseverar y trabajar, como si le oyera todo el mundo y se aprovechara de su trabajo, es cosa de mucha perfección, y en que se ve bien que lo que se hace es puramente por Dios.

Pues con esta puridad y perfección hemos de procurar hacer nuestros ministerios, no poniendo los ojos principalmente en el fruto y buen suceso

de las obras, sino en hacer en ellas la voluntad de Dios, y en hacerlas lo mejor que pudiéremos para agradar a Dios; porque eso es lo que su divina Majestad nos pide y quiere de nosotros. Y de esta manera no nos impedirá el trabajar, ni nos hará desmayar el poco fruto o el ruin suceso, ni nos turbará ni quitará nuestra paz ni nuestro contento, como suele acaecer a los que llevan muy puestos los ojos en el fruto y en el buen suceso de la obra.

Cuenta la Sagrada Escritura que Ana, mujer de Elcana, andaba muy triste y desconsolada porque no tenía hijos. Le dijo su marido, que la quería mucho (1 *Sam* 1, 8): *Ana, ¿por qué lloras y andas tan afligida? ¿No te basta tenerme a mí? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?* Así podemos decir a éstos: no andéis tristes y desconsolados, os baste tener a Dios, os baste el contento de Dios, que más vale eso que el tener muchos hijos espirituales. Yen todos los trabajos será éste gran consuelo.

TRATADO SEGUNDO

DE LOS VOTOS ESENCIALES DE LA RELIGIÓN, Y BIENES GRANDES QUE HAY EN ELLA

CAPÍTULO PRIMERO

Que la perfección del religioso consiste en la perfecta guarda de los votos que hace de pobreza, castidad y obediencia.

Antes que vengamos a tratar en particular de cada uno de estos votos, diremos algunas cosas generales acerca de ellos; y sea lo primero, que estos tres votos son los medios principales que la Religión tiene para alcanzar la perfección. Santo Tomás dice que el religioso está en estado de perfección, y es común doctrina de los Doctores y Santos, tomada de San Dionisio Areopagita. No quieren decir que en siendo uno religioso luego es perfecto, dice el glorioso Santo Tomás, sino que profesa caminar a la perfección. No profesa el religioso que es ya perfecto, como lo profesa el obispo, porque para ese estado se requiere que preceda la perfección; pero para el estado de religioso no es menester que preceda, basta que se siga. Y colige muy bien Santo Tomás esta diferencia del estado de religioso y del obispo, de las palabras de Cristo Nuestro Redentor en el Evangelio, porque dando el consejo de pobreza voluntaria que profesa el religioso, no supone que aquel a quien le da sea perfecto, sino que lo será si guarda estos consejos. No dijo: *Si eres perfecto,* ve y vende lo que tienes; sino (*Mt* 19, 21): *Si quieres ser perfecto.* Pero para hacer prelado a San Pedro le pregunta, no sólo si le ama, sino si le ama más que los demás; y, eso no sólo una, sino segunda y tercera vez (*Jn* 21, 15), para dar a entender la caridad y perfección grande que para este oficio se requiere. De manera, que así el estado del obispo como el del religioso son estado de perfección; pero diferentemente, porque aquél presupone la perfección, y no la da; pero el estado de religioso no supone la perfección, pero la da. No estáis obligado a ser perfecto luego en siendo religioso; pero estáis obligado a aspirar a la perfección y a tratar de ella y procurarla. Y traen para esto aquello de San Jerónimo: El religioso no puede ser perfecto en su tierra. El religioso muy amigo de su tierra y muy apegado a sus parientes no lleva buen camino pa-

ra ser perfecto; y no querer serlo, ni procurarlo, ni tratar de eso es delito en él, porque falta en lo que debe y es obligado a su estado. Y San Eusebio Emiseno dice: Gran cosa es entrar uno en Religión; no obstante, el que después de entrado no trata de perfección, gran riesgo y peligro corre de incurrir en condenación. Y así dice Santo Tomás que el religioso que no pretende alcanzar la perfección ni trata de eso, es religioso fingido, porque no trata ni procura aquello que profesa y a que vino a la Religión. Es menester que concuerde la vida con el nombre que tenemos.

Pues los medios principales que la Religión tiene para alcanzar la perfección son los tres votos esenciales que hacemos, de pobreza, castidad y obediencia. Santo Tomás declara esto muy bien: De tres maneras, dice, se puede considerar el estado de la Religión. Lo primero, en cuanto es un ejercicio para caminar a la perfección, y para eso es menester aparatar de sí aquellas cosas que podían impedir y detener el corazón, para que no se emplee todo en amar a Dios, en lo cual consiste la perfección, y éstas son tres cosas principales: la primera la codicia de los bienes exteriores, y este impedimento se quita por el voto de la pobreza; la segunda, el deseo de los deleites, y este impedimento se quita por el voto de la castidad; la tercera, el desorden de nuestra voluntad, y éste se quita por el voto de la obediencia.

Lo segundo, se puede considerar el estado de la Religión en cuanto es un estado muy quieto y libre de los cuidados de las cosas del mundo, conforme a aquello que dice el Apóstol San Pablo (1 Cor, 7, 32): *Quiero que estéis sin solicitud y sin congoja*. Y eso se alcanza muy bien con estos tres votos; porque esa solicitud e inquietud procede principalmente de tres cosas: de la hacienda, y ésa se quita con el voto de la pobreza: de la gobernación de los hijos y familia, y ésa se quita por el voto de lao castidad; de disposición de sí mismo, de sus propios actos y la ocupaciones, ¿en qué me ocuparé?, ¿qué oficio o lugar me estará bien? Y este cuidado se quita por el voto de la obediencia, por el cual se pone uno en las manos del superior, que está en lugar de Dios, para que haga de él lo que le pareciere.

Lo tercero, se puede considerar el estado de la Religión en cuanto es un holocausto por el cual se ofrece uno a sí y a todas sus cosas del todo a Dios. Y esto se hace cumplidamente con los tres votos; porque todos los bienes que acá tenemos se reducen a tres géneros: unos son exteriores, de hacienda y riquezas, y a éstos renunciamos y ofrecemos a Dios por el voto de la pobreza; otros son bienes y deleites del cuerpo, y a éstos renunciamos y ofrecemos por el voto de la castidad; otros son bienes interiores del áni-

ma, y éstos los ofrecemos por el voto de la obediencia, por el cual renunciamos a nuestra voluntad y entendimiento, entregándole y sujetándole al superior en lugar de Dios. De manera que por cualquier parte que lo miremos, hallaremos que estos tres votos que ofrecemos a Dios son los principales medios que tiene la Religión para alcanzar la perfección.

En las Crónicas de la Orden de los Menores se cuenta que se le apareció una vez Cristo nuestro Redentor al bienaventurado San Francisco, y le mandó que le hiciese tres ofertas. Él respondió: Señor, Vos sabéis que todo me he ofrecido ya a vuestra Majestad, y todo soy vuestro, y no tengo del mundo sino este hábito y esta cuerda, lo cual también es vuestro. ¿Pues qué podré yo ofrecer a vuestra inmensa Majestad? Querría yo, Señor, tener otro corazón y otra alma que os poder ofrecer. Y pues mandáis que os ofrezca, dadme, Señor, qué, para que os pueda servir y obedecer. Le dijo el Señor: Entra la mano en el seno y ofréceme lo que hallares. Lo hizo así, y halló en el seno una moneda de oro, tan grande y tan hermosa cual nunca jamás habla visto. Y luego extendió el brazo y se la ofreció al Señor. Le mandó lo mismo segunda y tercera vez; y obedeciendo el Santo, sacó cada vez de su seno otra moneda como la primera, y se la ofreció al Señor; el cual le declaró que aquellas tres ofertas significaban la dorada obediencia, la preciosa pobreza y la hermosa castidad. Las cuales, dice, el Señor por su misericordia me hizo merced que se las ofrezca tan perfectamente, que en la guarda de ellas ninguna cosa me reprende la conciencia. Pues ofrezcamos nosotros a Dios estos tres votos de tal manera, que en ninguna cosa nos reprenda la conciencia en la guarda de ellos. ¡Oh, quién pudiera decir, no sólo con San Francisco, sino con el Santo Job (27, 6): *No me ha reprendido ni remordido mi corazón en toda mi vida!*

CAPÍTULO 2

Por qué se hacen y confirman estas cosas con voto.

Pero dirá alguno: ¿para qué se hace esto con voto, pues pudiera uno guardar pobreza, castidad y obediencia sin ellos? A esto responde muy bien Santo Tomás y todos los teólogos que fue necesario que en la Religión se hiciese esto con votos porque en ellos consiste esencialmente la Religión, y de ellos le viene el ser estado de perfección; y si no se hiciese eso con votos, no sería Religión ni estado de perfección. La razón de esto es porque para ser uno estado de perfección, se requiere una obligación

perpetua a las cosas de perfección: porque estado dice de sí una cosa estable, firme y permanente, como decimos estado de matrimonio por el vínculo perpetuo que trae consigo. Así también, para estar uno en estado de perfección es menester obligación perpetua a la perfección, y esto hacen los votos en la Religión. Ésa dice Santo Tomás que es la diferencia que hay de los curas a los obispos, por la cual éstos están en estado de perfección, y aquéllos, no. Porque los curas no se obligan al cuidado de las almas con voto, ni cuando quisieren, pero los obispos están en estado de perfección, porque tienen una obligación perpetua al oficio pastoral, que no la pueden dejar sino con licencia y autoridad del Papa. Pues ésta es también la diferencia que hay de la perfección del seglar a la del religioso. Bien puede ser que allá en el mundo uno sea más perfecto que un religioso; pero con todo eso, aquél no está en estado de perfección, y el religioso sí. Porque aquella perfección del seglar no está confirmada con votos como la del religioso, y así no tiene aquella firmeza y estabilidad en el bien que tiene el religioso por razón de su estado. Hoy es casto y tiene buen propósito, y mañana vuelve atrás; pero el religioso, aunque no sea perfecto, está en estado de perfección, porque está atado y obligado a ella con votos perpetuos de cosas que pertenecen a la perfección, y ya no puede volver atrás.

De aquí es lo que respondió un Santo. Le preguntaron si podía uno, estándose en el mundo, alcanzar la gracia de Dios y la perfección. Y respondió: Sí, puede, pero más querría yo un grado de gracia en la Religión, que diez en el mundo; porqué la gracia en la Religión fácilmente se conserva y aumenta, porque en ella vive el hombre apartado del tumulto y perturbación del mundo, que es enemigo capital de la gracia, y el ejemplo de los hermanos espirituales incita y espolea a la virtud y a la perfección, y hay otras muchas cosas que ayudan para eso. Y todo lo contrario se halla en el mundo; y así la gracia que uno tiene allá en el siglo, fácilmente se pierde y con mucha dificultad se conserva. De donde se infiere, dice el Santo, que vale más tener menor gracia, que esté segura y guardada con tantos y tan grandes reparos que la acrecientan en la Religión, que otra mucho mayor como hay en el mundo.

De aquí se entenderá también la tentación de algunos novicios, que les parece que allá en el mando tendrán su oración y recogimiento, como acá, y que serán muy ejemplares. Engáñales el demonio para quitarles lo que tienen y sacarles de la Religión. Porque allá en el mundo comenzara uno a ser muy devoto, a confesar cada ocho días y a tener oración, y apartarse de ocasiones para guardar castidad; y como se quedó con su libertad

y no se obligó con obligación perpetua, y se ofrecen tantos estorbos e impedimentos, mañana deja la oración, ese otro la confesión, otro día se distrae con la conversación, y otro lo pierde todo. Cada día experimentamos esto. Pero el religioso no puede dejar esas cosas, ni volver atrás de la profesión y estado en que le pusieron los votos, que son aquellas tres ataduras de que dice el Espíritu Santo (*Eccli* 4, 12): [*La cuerda de tres ramales es dificultosa de quebrar*]. Con dificultad se rompe o desata lo que está ligado y atado con estos tres cordeles.

De manera que estos tres votos son los que hacen que este modo de vida sea Religión y estado de perfección. Así dicen los Santos que los Apóstoles, enseñados por Cristo, en sí mismos hicieron principio y echaron estos fundamentos de la Religión, ofreciéndose a Cristo nuestro Señor con votos, cuando dejando todas las cosas le siguieron; y que por tradición suya, derivada de Cristo, se tiene y se usa en la Iglesia católica que los religiosos se dediquen a Dios con tres votos.

CAPÍTULO 3

De otros bienes y provechos grandes que trae el obligarse con votos.

Fuera de lo dicho, tienen otra cosa los votos de grande utilidad y provecho, que lo que se hace con votos es mucho más loable y de mayor valor y merecimiento delante de Dios que lo que se hace voluntariamente sin ellos. Tres razones da de esto Santo Tomás muy buenas. La primera, porque el voto es acto de Religión, que es la mayor y más excelente virtud de todas las morales; y así hace subir de quilates las obras de las otras virtudes, haciéndolas obras de Religión, cosa sagrada, culto divino, sacrificio y cosa va dedicada y prometida a Dios; como el ayuno, que es acto de templanza, le hace que sea también acto de Religión, y así, que sea obra meritoria por dos vías, por virtud de la misma obra del ayuno, y por acto de Religión. Y generalmente, en todo, lo que hacemos por obediencia ganamos dos méritos: uno de la misma obra, otro de la obediencia: y así merecemos más en las obra, que cuando las hacemos por nuestra voluntad sin obediencia o sin voto. Por su contrario se entenderá esto mejor: así como cuando uno peca contra el voto de castidad, peca dos pecados mortales: uno contra la castidad, y contra el sexto mandamiento, otro mayor de sacrilegio contra el voto que tiene hecho; así también cuando guarda el voto de castidad, gana dos merecimientos, uno de la virtud de la castidad y guarda

del mandamiento de Dios, y otro mayor, de cumplir el voto que tiene hecho a Dios, que es acto de la virtud de Religión. Y así es en los demás votos.

Lo segundo es de mayor merecimiento, porque más hace y más da y ofrece a Dios el que hacer una cosa con voto que el que la hace sin él, porque no solo da lo que hace, pero da el no poder hacer otra cosa, que es mucho más: ofrece a Dios su libertad, que es lo más que puede ofrecer. Muy bueno es dejarlo todo por Cristo; pero por el voto de la pobreza, no sólo deja uno la hacienda que tiene, pero aun el mismo poder tenerla, que es mucho más. Da a Dios el árbol con su fruta, que es una comparación muy buena que trae Santo Tomás de San Anselmo, para declarar esto. De manera, dice, que hace y da más el que presenta a otro el mismo árbol con toda su fruta, que el que solamente coge la fruta y se la envía quedándose con el árbol; así el religioso da a Dios el árbol con su fruto. Los del mundo, cuando mucho, dan a Dios el fruto del árbol, que son algunas obras; mas no le ofrecen el árbol, que es a sí mismos; se quedan con él, se quedan suyos. Pero el religioso ofrece también a sí mismo, árbol y fruto, obra, deseo y libertad; todo lo da a Dios; ya no es suyo el religioso, no le queda más que dar; todo lo ha dado. San Buenaventura trae otra comparación; dice que así como da más el que no da sólo el uso de las cosas, sino también la propiedad, así el religioso que se ofrece a Dios con votos, le da más y hace mayor sacrificio de sí, porque da no solamente sus obras, sino también su voluntad y el no poder hacer otra cosa: de manera que se entrega a Dios en uso y en propiedad.

Lo tercero, es de mayor merecimiento lo que se hace con voto que lo que se hace sin él, porque como la bondad de las obras exteriores nace principalmente de la voluntad, cuanto la voluntad fuere mejor, tanto las obras que de ella procedieren serán mejores. Pues claro está que cuando la buena voluntad fuere más firme, constante y perpetua, tanto será mejor, porque así estará más lejos de caer en aquello que reprende el Sabio (*Prov* 13, 4): *El perezoso, ahora quiere, ahora no quiere*. Aun allá Aristóteles pone por una de las condiciones de la virtud, [que obre con firmeza y estabilidad]. Pues eso hace el voto; da firmeza y estabilidad en la buena obra, y así la hace más perfecta. Como, por el contrario, dicen los teólogos que el que está obstinado en el pecado, peca más gravemente que el que peca por flaqueza o vencido de una pasión súbita, porque tiene la voluntad más arraigada y fija en el mal: y así le llaman pecado contra el Espíritu Santo. Pues así, hacer la buena obra con una voluntad más firme y más fija y de-

terminada en el bien, es cosa más perfecta y meritoria.

Se añade a esto que si considerarnos por una parte nuestra flaqueza, y por otra la insolencia y pertinacia que el demonio tiene en tentarnos, no parece que se podía hallar remedio más a propósito, así para fortalecer nuestra flaqueza como para cerrar la puerta al demonio, como obligarnos a Dios con estos votos. Porque así como el que está aficionado al casamiento rico de una doncella, en siendo que se ha casado con otro luego pierde sus esperanzas y se deshacen sus trazas, así cuando el demonio ve que uno se ha desposado ya con Dios por medio de estos votos, pierde sus esperanzas de volverle a las cosas del mundo, y muchas veces le deja por eso de tentar, porque teme que no servirá aquello sino de acrecentarle más la corona, y que así sacará pérdida de donde pensaba sacar ganancia.

CAPÍTULO 4

Por qué llaman los Santos otro segundo bautismo y martirio a esta entrega, que hace uno de sí a la Religión por estos tres votos.

Es de tanto valor y merecimiento delante de Dios este entregarse uno del todo a Dios por estos tres votos de la Religión, que dicen los teólogos y los Santos que por ello alcanza uno remisión de todos sus pecados; de manera, que si entonces muriese, se iría derecho al Cielo, sin pasar por purgatorio, como el que muere en acabando de recibir el bautismo. Y así le llaman los Santos Jerónimo, Cipriano y Bernardo otro segundo bautismo. Y esto no va por vía de indulgencias, porque eso de la indulgencia plenaria la tienen los novicios el primer día que son recibidos y les dan el hábito en la Religión, confesando y comulgando. Pero esto otro no es sólo por virtud de indulgencia, sino por virtud de la misma obra, por ser ella tan excelente y heroica, que de suyo, sin indulgencia ninguna es satisfactoria por toda la pena debida a los pecados Y traen los doctores para confirmación de esto aquello que se lee de San Antonio. Le parecía en visión al Santo que le llevaban los ángeles al Cielo, y salieron los demonios al encuentro y procuraban impedirle la subida, acusándole de algunos pecados que había hecho en el siglo. Respondieron los ángeles: Si tenéis algo de que acusarle después que es religioso, de eso acusadle; que los pecados que hizo en el siglo ya están perdonados y satisfechos; ya quedó rematada esa cuenta con haberse hecho religioso. Y con esto confundieron a los demonios.

Decía el Profeta Daniel al rey Nabucodonosor (4, 24): *Redime tus*

pecados con limosnas. Pues si por dar una limosna de parte de su hacienda satisface tanto por sus pecados, ¿cuánto más satisfará el que la da toda? Porque más es darlo y dejarlo todo, que dar solamente alguna parte. Bueno es, y muy bien hace, el que tiene hacienda y la reparte con los pobres: pero mucho mejor hace el que lo deja todo por seguir a Cristo. Y así, San Jerónimo contra Vigilancio hereje prueba muy bien ser esto mejor, con testimonio del mismo Cristo, que dice en el sagrado Evangelio (Mt, 19, 21): *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dala a los pobres,* [*y tendrás un tesoro en el Cielo*]*, y ven y sígueme*. Luego más perfección es dejarlo todo junto por seguir a Cristo. Y San Gregorio, sobre Ezequiel y lo trae también Santo Tomás, dice que los del mundo, que se tienen su hacienda y la reparten con los pobres, ofrecen a Dios sacrificio de su hacienda, porque dan algo a Dios, y se quedan ellos con algo. Pero el religioso que no se queda con nada, sino que lo renuncia todo por amor de Dios, ofrece a Dios holocausto, que es más que sacrificio. ¿Pues qué será dejar por Dios no solamente toda la hacienda, sino también a sí mismo: su cuerpo por el voto de la castidad, y su voluntad y entendimiento por el voto de la obediencia? ¿Qué será andar siempre negándose y mortificándose por amor de Dios?, que ésa es la vida del religioso: [*Que siempre lleva impresa en su cuerpo la mortificación de Jesucristo*] (2 *Cor* 4, 10).

Se verá también la excelencia y perfección de esta obra; porque, aunque uno tenga hecho voto de ir a Roma y a Jerusalén, y de dar toda la hacienda que adquiere a los pobres, y servir en hospitales toda su vida, y disciplinarse cada día y ayunar a pan y agua, y andar vestido de cilicio, y todo lo demás que quisiereis, puede entrarse en Religión, y cesarán toda esas obligaciones y quedarán conmutadas en ella, como en cosa mejor y más agradable a Dios y de mayor perfección: así está declarado en el Derecho canónico, y lo tienen todos los doctores.

Finalmente, es tan grande y tan heroica esta obra de dedicarse y entregarse uno del todo a Dios con estos tres votos, que los Santos comparan el estado de la religión al martirio, y dicen que lo es la vida del religioso, y no breve como el de los mártires, sino continuo y prolongado. Dice San Bernardo: no tiene en la apariencia tanto horror como el de las ruedas y navajas, y el de las parrillas y fuego; pero cuanto a la duración, es mucho más molesto y penoso, porque el de aquellos mártires con un golpe de espada se acaba; pero el martirio del religioso no se acaba de un golpe, sino siempre y cada día os han de andar martirizando, mortificándoos en la honra y estimación y quebrando vuestra propia voluntad y juicio, confor-

me a aquello del Profeta (*Sal* 43, 22). [*Por Ti, Señor, somos mortificados todo el día, y tratados como ovejas que están diputadas al matadero*]. Y para todo hemos de estar expuestos, como ovejas al degolladero. Así como los mártires no escogían ellos por su voluntad el tormento y género de muerte que les habían de dar, sino que estaban dispuestos para recibir cualquiera que les diesen; así el religioso ha de estar como un mártir, dispuesto y apercibido para cualquier género de mortificación.

Pues así como por el martirio dicen también los Santos y los Concilios que alcanza el mártir remisión de todos sus pecados, y que se va derecho al Cielo sin pasar por purgatorio, y que hace injuria al mártir el que ruega por él, y esto por ser el martirio obra tan heroica y excelente, que, como dijo Cristo nuestro Redentor (*Jn* 15, 13), *el mayor amor que puede* uno mostrar a su amigo es dar la vida por él, porque no tiene más que dar, así también por esta oblación con que se entregó uno a Dios en la Religión con votos perpetuos, por ser obra tan excelente y tan heroica, que da uno todo lo que puede y no tiene más que dar, se le perdona toda la pena de todos los pecados, y queda como cuando se acabó de bautizar y como si recibiese martirio. Y por esto lo comparan los Santos al bautismo y al martirio, porque conviene en esto con ellos.

CAPÍTULO 5

Que no se quita ni disminuye la libertad por los votos,
antes se perfecciona.

Podrá decir alguno: Bien veo que hay todos esos bienes y provechos en entregarse uno a Dios con estos votos; pero al fin parece que pierde el hombre la libertad y se priva de ella, que es un bien tan grande, que, como dijo el otro, no tiene precio ni recompensa. A esto responde muy bien Santo Tomás y dice: Os engañáis, que no se quita la libertad por los votos, antes se perfecciona más. Y lo declara muy bien, porque lo que hacen los votos es afirmar y fijar nuestra voluntad en lo bueno para que esté más lejos de volver atrás; lo cual no quita, sino antes perfecciona más la libertad en su modo, como en Dios y en los bienaventurados, que no pueden pecar y no les quita eso la libertad, antes la tienen perfectísima; y los Apóstoles, que fueron confirmados en gracia y no podían pecar mortalmente no por eso perdieron la libertad, antes con eso se perfeccionó, porque se afirmó y fijó más en el bien para que fue creada. Y esto es lo que dice nuestro Padre

en la carta de la Obediencia: «No os parezca ser poco fruto de vuestro libre albedrío, que le podáis enteramente restituir en la obediencia al que os le dio, en lo cual no le perdéis, antes le perfeccionáis, conformando del todo vuestras voluntades con la regla certísima de toda rectitud, que es la divina voluntad, cuyo intérprete os es el superior que en su lugar os gobierna,

Se confirma esto bien con lo que dice San Anselmo: Poder pecar y poder usar mal de la libertad no es perfección, sino imperfección y miseria. Eso no es poder, sino flaqueza y enfermedad. ¿Lo queréis ver claramente?, dice San Agustín: Dios no puede eso, con ser todopoderoso. Esto sólo es lo que no puede el que es todopoderoso: no puede mentir, no puede pecar. El poder pecar es tener el pecado y la maldad y miseria poder en nosotros, y tanto más cuanto más podamos eso; luego cuanto más nos alejemos de esto y afirmemos nuestra voluntad en el bien, más la perfeccionamos; y esto hacemos con los Votos, obligándonos con ello a lo bueno y a lo mejor. Y así exclama San Agustín: ¡Dichosa necesidad, que nos compele a lo mejor! no os pese de haberos obligado con votos, antes holgaos de que ya no os es lícito lo que si no les hubierais hecho os fuera lícito para vuestro mal. Si os dijesen: Por este camino, o por esta puerta os habéis de perder y despeñar, ¿no os holgaríais y os harían gran bien en que os cerrasen aquella puerta y os tapasen aquel camino, para que, aunque quisieseis, no pudieseis perderos ni despeñaros por allí? Pues si os habéis de perder y condenar, ha de ser por ese camino de usar mal de vuestra voluntad. Quitad la propia voluntad y no habrá infierno. Luego cuanto más os taparen y cerraren ese camino para que no useis mal de vuestra voluntad, tanto os hacen mayor bien. De manera que sujetar vuestra voluntad al superior por el voto de la obediencia no es perder la libertad, sino perfeccionarla y engastarla en oro finísimo de la obediencia y de la voluntad de Dios.

Añade aquí un doctor grave una cosa digna de notar. Dice que no sólo no se disminuye la libertad con los votos, antes tiene más voluntad el que se obliga a Dios con ellos y se pone debajo de obediencia, que el que no se atreve a eso. Y lo prueba muy bien, porque la libertad consiste en ser uno señor de sí mismo. Pues más señor de sí es el que hace voto y se obliga y sujeta debajo de obediencia, que el que no se atreve a hacer eso. Pongamos ejemplo en el voto de castidad: por eso hacéis voto de castidad, porque os parece que seréis señor de vos mismo, con la gracia de Dios, para guardar la castidad; y por eso el otro del mundo no se atreve a hacerlo, porque no le parece que será tan señor de sí como eso. ¿Veis cómo vos, que hacéis voto, sois el que tenéis más señorío de vos mismo para hacer lo

que queréis y lo que veis que conviene hacer? Pues en eso consiste la libertad, que la del otro no es libertad, sino sujeción y servidumbre; porque no es señor, sino siervo y esclavo de su apetito y de su sensualidad, que le trae al retortero y le hace pecar, como tantas veces nos lo repite la Escritura divina (Ruin., 7, 23): [*Siento en mis miembros una ley que me lleva cautivo arrastrando tras la ley del pecado*. —(2 *Pedro* 2, 19): *De aquel es el hombre siervo y cautivo, que le venció*. —(*Jn* 8, 34): *Quien hace pecado, esclavo es del pecado*]. De la misma manera es en la obediencia: por eso os sujetáis a la obediencia con voto, porque confiáis con la gracia de Dios que seréis señor de vos mismo para seguir la voluntad del superior y negar la vuestra. El otro no se siente tan señor de sí, que se atreva a poder acabar consigo de negar su voluntad y andar siempre a voluntad ajena, siguiendo la obediencia: y por eso se quiere estar en su casa, y no se atreve a entrar en Religión, ni hacer voto de obediencia, De manera que el sujetarse a la obediencia y el hacer estos votos antes es argumento de mayor libertad de ser uno más señor de sí. Es una sujeción noble y generosa, y así nos aconseja y exhorta el Sabio a ella (*Eccli* 6. 25): [*Poned vuestros pies en estos grillos y vuestro cuello en estas cadenas; abajad esos hombros y tomad esta carga, y no os entristezcáis con sus ataduras*]. ¡Oh dichosos anillos y dichosas cadena, que no las llama la Escritura divina cadenas, sino collares! No atan el cuello estas cadenas, sino le adornan; porque no son cadenas de hierro, sino de oro: no son cadenas de esclavos, sino de señores. Collares de oro son, que no son carga a los que los traen, sino honra y autoridad: e importa mucho tomar estas cosas y otras semejantes que hay en la Religión de esta manera, porque así se hace suave el yugo de Cristo, como lo nota el bienaventurado San Ambrosio: El yugo de Cristo es suave si lo tomáis como adorno y no como carga pesada.

CAPÍTULO 6

De los bienes grandes que hay en la Religión, y del agradecimiento que debemos a Dios por hemos traído a ella.

Fiel es Dios, dice el glorioso Apóstol San Pablo (1 *Cor* 1, 9), bendito y alabado sea Él, *por el cual fuisteis llamados a la compañía de su Hijo Jesucristo nuestro Señor*. Una de las cosas que encomendó Dios a los hijos de Israel cuando los sacó del cautiverio de Egipto fue (*Ex* 12, 14; 13, 3) que se acordase del día en que tal merced les había hecho. Y encargó esto tan encargado, que mandó que en memoria de esta merced celebrasen cada

año un Pascua que durase ocho días, con mucha solemnidad, comiendo en ella con grandes ceremonias un cordero en memoria del que fue muerto cuando ellos fueron librados del cautiverio. Si esto mandaba Dios en memoria de la libertad corporal, la cual recibida no se hicieron mejores, ¿qué será razón que hagamos nosotros en memoria del día en que su poderosa y piadosa mano nos sacó del cautiverio en que nuestra ánima estaba y la puso en el camino de la tierra de promisión, no la del suelo, sino del Cielo? Y así leemos del santo abad Arsenio que cada año celebraba el día en que el Señor le había hecho esta merced tan grande de sacarle del mundo. Y la fiesta que hacía era comulgar aquel día, dar a tres pobres limosna, comer alguna legumbre cocida y consentir que entrasen los monjes en su celda.

El bienaventurado San Agustín declara a este propósito aquello que dijo Moisés al Faraón cuando quería que los hijos de Israel sacrificasen a Dios en Egipto y no saliesen fuera a sacrificar *No puede ser eso, porque hemos de sacrificar* [*a nuestro Dios las abominaciones de los egipcios lo que los egipcios*] adoran por Dios, la vaca, el becerro, el cordero; y será abominación para ellos si ven que nosotros matamos y degollarnos lo que ellos adoran, y nos apedrearán como a blasfemos Es menester que salgamos de Egipto y vayamos al desierto, para que podamos sacrificar esas cosas a Dios a nuestro salvo. Así nosotros hemos de sacrificar y ofrecer a Dios nuestro Señor lo que aborrecen y abominan los del mundo, la pobreza, la mortificación de la carne, la obediencia y sujeción, el ser abatidos y despreciados, el negar y quebrantar nuestra propia voluntad. No pudiéramos sacrificar y ofrecer a Dios esas cosas allá en el mundo, que nos silbaran y apedrearan, y no nos dejaran vivir; porque abominan de eso los del mundo y hacen burla de los pobres y de los bajos y humildes, [*Hemos de ir, camino de tres días, desierto adentro, y sacrificaremos a Dios nuestro Señor*] (*Ex* 8, 27). Nos hizo el Señor por su infinita bondad y misericordia esta merced de sacarnos de Egipto y traernos a la soledad de la Religión, donde podamos con estos des votos ofrecer y sacrificar a Dios todas estas cosas, tan a nuestro salvo, que acá es eso grande honra y grande gloria; y el que en eso se aventaja y se esmera más, ese es más tenido y estimado.

Para que entendamos mejor la obligación que tenemos de reconocer y agradecer al Señor esta merced y beneficio pondremos aquí brevemente algunos de los bienes y excelencias con que los Santos declaran su grandeza. El glorioso Jerónimo, sobre aquello del salmo ochenta (6 y 7): [*Cuando salió el pueblo de la tierra de Egipto, oyó un lenguaje que no conocía:*

apartó el Señor sus hombros de las cargas], va declarando la merced grande que nos hizo Dios en sacarnos de Egipto, que es el mundo, poniéndonos delante el cautiverio y servidumbre de Faraón en que estábamos, y la libertad de hijos de Dios a que fuimos llamados. *Nos sacó,* dice (*Deut* 6, 21), y *nos libró Dios de un yugo y carga muy pesada: éramos siervos y esclavos del Faraón allá* en el mundo, y *Dios, con mano fuerte y poderosa, les sacó de aquella servidumbre y sujeción*. Cuando estábamos en Egipto, allá en el mundo edificábamos las ciudades del Faraón, todo era hacer adobes y entender en obras de barro y lodo, todo nuestro empleo y todo nuestro cuidado y diligencia era en buscar pajas que lleva el viento, pajas para hacer adobes. No teníamos trigo, todo era paja; no teníamos el pan celestial que viene de arriba, aún no habíamos recibido el maná del Cielo; ¡qué carga tan grande llevábamos a cuestas! ¡Cuán pesada carga es la del mundo! Cuántos cuidados, cuántos trabajos, y todo para tener de comer, o cuando mucho, para tener un oficio honroso. Y para sustentar y llevar eso adelante, ¡qué de dificultades hay, cuántas pretensiones, cuántos puntos y cumplimientos, cuántas leyes de mundo que no lo entienden sino los que lo tocan! Verdaderamente es yugo de hierro y pesadísimo el que traen a cuestas los del mundo. Pues quitó Dios de nuestros hombros la carga pesada de las leyes y obligaciones y fueros del mundo, y de ese yugo de hierro, y nos puso una carga muy liviana y un yugo muy suave (*Mt* 11, 30). Nos trajo el Señor a estado donde toda nuestra ocupación ha de ser emplearnos en amarle y servirle.

Dice el Apóstol San Pablo (1 *Cor* 7, 33) de los que están allá en el mundo en estado de matrimonio: [*El que está casado tiene cuidado de las cosas del mundo, y de cómo agradará a su mujer, y tiene dividido el corazón*]. Los casados están embarazados con muchos cuidados, porque tienen que cumplir con las cosas del mundo, con su hacienda y familia; y el marido ha de procurar contentar a su mujer, y la mujer al marido; están muy repartidos y divididos, no se pueden dar del todo a Dios. Empero [*el que vive sin mujer anda solicito en las cosas del Señor y en cómo agradar a Dios. Y la mujer continente y virgen pone su pensamiento en las cosas de Dios para venir a ser santa en el cuerpo y en el alma*]: el que tiene estado de castidad, todo su cuidado es como agradará al Señor, cómo será santo en el cuerpo y en el espíritu. Pues si de quien tiene estado de castidad allá en el siglo, dice San Pablo que todo su cuidado ha de ser en cómo agradará al Señor y cómo será santo en el cuerpo y en el espíritu, ¿qué será de los religiosos, a los cuales ha descargado Dios y desembarazado de todos los cuidados del mundo, aun de lo necesario para su sustentación, para que to-

do nuestro cuidado le pongamos en cómo agradaremos a Dios y cómo seremos cada día más santos?

Dice San Agustín que esto se figuraba y significaba en aquel sacrificio que ofreció Abraham a Dios, que fue una vaca, una cabra, un carnero, y más una tórtola y una paloma: los animales de la tierra los dividió por medio; *pero las aves no las dividió* (*Gen* 15, 10), sino así enteras las ofreció. Por los animales de la tierra, dice que se significan los hombres carnales y del mundo, que se dividen y reparten en muchas partes; y por la tórtola y la paloma, que son aves mansas y que no hacen mal a nadie, se significan los hombres espirituales y perfectos, ahora sean solitarios y apartados de la conversación de los hombres, los cuales son significados por la tórtola, ahora traten y conversen con ellos, que son significados por la paloma: los cuales no se parten ni dividen, sino todos se emplean en servir a Dios enteramente.

Pues ésta es la merced que nos ha hecho el Señor a los religiosos, que todos enteros nos ofrezcamos a Dios en sacrificio y holocausto: no tenemos que dividirnos ni repartirnos en otros cuidados, sino solamente tratar de cómo agradaremos cada día más al Señor. Para eso hacemos el voto de castidad para que, como dice el Apóstol San Pablo, no teniendo compañía quien agradar ni familia que gobernar, toda nuestra ocupación y cuidado sea en cómo seremos cada día mejores y más perfectos. Para eso hacemos el voto de la pobreza, por el cual dejamos todas las riquezas del mundo, y el deseo y cuidado y solicitud que traen consigo, que son las espinas que dice Cristo nuestro Señor en el sagrado Evangelio (*Lc* 8, 7 y 14), que punzan e inquietan. San Ambrosio dice que se llamaron *divitias,* porque dividen el corazón. Para eso hacemos el voto de la obediencia, por el cual nos dejamos a nosotros mismos y nuestra propia voluntad y juicio, que ya no tenemos que echar trazas ni tener cuidado de lo que ha de ser de nosotros; porque el superior, a quien nos entregamos en poder de Dios, ha tomado ese cuidado, para que nosotros solamente nos cuidemos de lo que toca a nuestro aprovechamiento.

El bienaventurado San Jerónimo, sobre aquello del Salmista (133, 1): *Bendecid y alabad al Señor todos sus siervos, los que estáis en su casa y moráis dentro de sus palacios,* dice que así como acá un señor temporal tiene muchos criados que le sirven, y diferencian de ellos, porque unos tiene dentro de casa que andan siempre con él, y otros que siempre andan en el campo, así Dios nuestro Señor tiene mucha diferencia de criados, unos que asisten siempre en su casa y en su presencia, otros que andan allá en el

campo. Los religioso, dice, son los criados que moran dentro de la casa del Señor, y asisten siempre delante de Él, y tratan cada día con El: ésos son los continuos de Dios; pero los seglares, que están allá en el mundo, son como los aldeanos y criados del campo. Y lleva adelante la comparación: así como los criados del campo, los labradores y aldeanos, cuando quieren negociar y alcanzar alguna cosa de su Señor, ponen por intercesores y medianeros a los criados que privan y asisten siempre con él y le ven y tratan cada día, así los del mundo, cuando se ven en alguna necesidad e quieren alcanzar algo de Dios, acuden a los religiosos que encomienden a Dios tal negocio, que hagan oración por tal necesidad, como muy allegados y favorecidos, y por cuyo medio el Señor les ha de hacer a ellos merced. Y más: así como los criados del campo son los que lo trabajan y los que aran y cavan para que los otros lo gocen estándose en palacio con su señor, así son los seglares con los religiosos. Ellos lo trabajan y afanan y lo allegan y guardan con mucho cuidado y solicitud, para que los religiosos lo coman con descanso y sosiego.

San Gregorio dice que esto mismo se nos da a entender en la vida de aquellos dos hermanos Jacob y Esaú, de quien dice la Sagrada Escritura (*Gen* 25, 27): [*Salió Esaú diestro en la caza y hombre del campo; mas Jacob, varón sencillo, habitaba en tiendas, o en casa*], como dice otra letra. Por Esaú, que andaba a caza y era labrador, dice que se entienden los seglares que andan ocupados y distraídos en las cosas exteriores del mundo; y por Jacob, varón simple y que moraba en casa, los espirituales y religiosos, que siempre andan recogidos y dentro de sí mismos, tratando de lo que conviene a sus almas, y son los queridos regalados de Dios, como lo era Jacob de su madre Rebeca. Pues consideremos aquí la merced grande que nos ha hecho el Señor, que nos aventajó tanto a los del mundo, que ellos sean como los rústicos y aldeanos, y nosotros como los cortesanos y continuos de la casa. Muy bien podemos decir lo que dijo la reina de Sabá, viendo el orden y concierto de los criados del rey Salomón (1 Rey., 10, 8): [*Bienaventurados tus vasallos y dichosos tus criados que asisten siempre delante de ti y oyen tu sabiduría]*. Dichosos y bienaventurados los religiosos que están en la casa de Dios y tratan a menudo con El y gozan de su sabiduría.

De aquí podemos inferir cuán ciegos están aquellos que piensan que han hecho mucho en dejar el mundo y entrar en Religión, y parece que quieren hacer cargó a Dios por eso, como quien ha hecho mucho por Él. Muy engañado estáis: vos sois el que habéis recibido muy grande merced y

beneficio de Dios en que os haya sacado del mundo y escogido para su casa a estado tan alto; vos sois el que quedáis deudor y obligado a agradecer y servir de nuevo tan grande beneficio. Si el rey llamase a un caballero a su corte para darle un oficio principal, ese tal no pensaría que había hecho algo en dejar su casa y su tierra, ni que le quedaba el rey a deber; antes entendería que le hacía gran merced en quererse servir de él y llamarle para tal oficio, y pondría a su cuenta aquella tal merced, sobre las demás que el rey le hubiese hecho, para agradecerla y servirle de nuevo. Pues así lo hemos nosotros de hacer; no escogimos nosotros a Dios, sino Él nos escogió y nos hizo esta tan señalada merced sin merecerlo nosotros.

¿Qué visteis, Señor, en nosotros que nos escogisteis más que a nuestros hermanos que se quedaron allá? ¿Qué había en nosotros que os pudiese agradar? Algo visteis, pues nos escogisteis: algo vio Dios que le contentó, pues nos escogió. Pero dirá alguno: mirad lo que decís, porque dicen los teólogos que no se da causa de nuestra parte de la predestinación de Dios. El bienaventurado San Agustín declara esto muy bien con una comparación: pasa un artífice escultor por un monte y ve allí un tronco cortado de un árbol, pone los ojos en él y para. ¿Le contentó? Algo quiere hacer de él, porque no puso los ojos en él ni se contentó de él para dejarle así tronco y tosco como estaba; allá en su arte vio lo que había de ser aquel tronco. ¡Oh!, dice, ¡qué hermosa imagen se hará de este tronco! Eso es lo que amé, eso es lo que le contentó, no lo que entonces era, que era tronco basto y feo, sino la imagen hermosa y perfecta que había de hacer de él. Así, dice, nos amó Dios a nosotros, siendo malos y pecadores, no para que nos quedásemos hechos leños secos, feos y sin provecho como nos estábamos; como a tronco cortado del monte nos miró aquel Artífice soberano, y pensó lo que había de fabricar de aquel tronco. Eso le agradó, eso le contentó, no lo que erais entonces, que erais un leño seco, basto y feo, sino lo que había de hacer en vos. Quería aquel Artífice soberano, que fabricó los Cielos y la tierra, hacer de ese tronco una imagen perfecta y acabada (*Rom* 8, 29): [*A los que Dios previó en su ciencia eterna, también los predestinó para que fuesen hechos conformes con la imagen de su Hijo*]. Quería hacer de vos una imagen que fuese muy conforme y muy semejante a su propio Hijo: una imagen que se pareciese al mismo Dios. Eso le agradó, eso le contentó, por eso puso los ojos en vos, por eso os escogió (*Jn* 15, 16): [*No me escogisteis, sino que Yo os escogí, y destiné para que vayáis por el mundo y llevéis fruto y vuestro fruto permanezca*]. Mirad cuán perfecta imagen quiso Dios hacer de vos, y cuán semejante a su Unigénito Hijo, que os escogió para el mismo oficio a que vino el Hijo de Dios al mundo,

para que ganéis almas para Dios.

En el salmo ciento treinta y seis va haciendo el mismo Santo un buen discurso a este propósito sobre aquel verso primero (*Sal* 136, 1): *Sobre los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, acordándonos de ti, Sión*. Dice que los ríos de Babilonia son las cosas de este mundo, caducas y perecederas, que corren y se pasan presto; sin embargo hay diferencia entre los ciudadanos de Babilonia y los de Jerusalén, que aquéllos están en medio del río de Babilonia, enfrascados en las cosas del mundo y entre grandes tempestades y peligros; sin embargo otros que quieren ser ciudadanos de aquella Jerusalén celestial, viendo y considerando los peligros de ese río de Babilonia, los vientos y tempestades, las olas y vaivenes, sus vueltas y revueltas, se salen afuera, y no se quieren poner en esos peligros, sino están sentados sobre las riberas, como los hijos de Israel. Éstos son los religiosos que han huido de los peligros del mundo y están sentados en las riberas de él, mas llorando y lamentando. ¿Qué es lo que lloramos y lamentamos? Lo primero, dice, lloramos nuestro destierro, aquel [acordándonos de Sión]; viendo las olas y tempestades de este río de Babilonia, y acordándonos de aquella Sión celestial, que es nuestra patria. ¡Oh santa Sión, donde no hay mudanzas ni vaivenes, ni peligros, sino todo permanece firme, estable y en un ser! ¿Quién nos ha arrojado en estos despeñaderos? ¿Cómo estamos apartados y desterrados de nuestra tierra, de nuestra compañía y de nuestro Criador? ¿Cuándo nos veremos libres de estos peligros, cuándo se nos alzará este destierro, cuándo estaremos seguros, cuándo nos veremos allá?

Lo segundo, lloramos, dice el Santo, los que arrebata y lleva tras sí ese río. Están nuestros hermanos en medio de ese río de Babilonia, de ese mar tempestuoso del mundo; los llevan tras sí las corrientes, los arrebatan las olas y tempestades, dan con ellos en las rocas y en los peñascos, y no paran hasta dar con ellos en el profundo. Cada día los vemos anegar a millares; como caen los copos de nieve, así dice un Santo que vio en espíritu bajar almas al infierno. Pues ¿quién no llorará tan grande pérdida? ¿Qué entrañas habrá tan duras que no se rompan de lástima y compasión viendo perecer tantas almas?

Lo tercero, estamos sentados en la ribera de este río de Babilonia para ayudar y favorecer a nuestros hermanos, para socorrer y dar la mano a los que peligran, a ver si podemos pescar y salvar alguno de los que se van a anegar; ése es nuestro propio oficio (Mt.. 4, 19): [*Venid en pos de Mí y hateas pescadores de hombres*]; para eso nos llama Dios, para ser pescado-

res de hombres; para eso nos ha puesto en esta ribera de la Compañía, para pescar almas, para que desde aquí demos la mano a los que se van a anegan. Pues vayamos aquí ponderando por una parte la merced grande que nos ha hecho el Señor, pues nos diferenció y aventajó tanto de los del mundo, que ellos andan en el coso y nosotros estamos en talanquera; ellos andan en el golfo de ese río de Babilonia a peligro de perecer y anegarse cada momento, y a nosotros nos puso Dios en la ribera para favorecerlos y darles la mano para que se salven. Y volvamos por otra parte los ojos a nosotros, considerando que los que han de dar la mano para librar y favorecer a los que se ahogan en los ríos, han de ser muy diestros nadadores y si no, suélense quedar también ahogados: con la furia de la muerte traba el uno del otro y allá van los dos. Gran destreza ha de tener en el arte de ganar almas y mucha virtud y perfección el que ha de sacar a los otros de los peligros sin ponerse él a peligro.

Del bienaventurado San Anselmo se cuenta que, estando una vez en éxtasis, vio un caudalosísimo río, notablemente precipitado y furioso, en el cual entraban las inmundicias y suciedades y heces de toda la redondez de la tierra en tan extremo grado, que no se podía imaginar en el mundo cosa más hedionda, sucia y asquerosa, ni más incomportable que las aguas que por aquel río bajaban; y eran de tal condición y furia, que todo cuanto encontraban arrebataban sin remedio, así hombres como mujeres, y así ricos como pobres, hundiéndolos en lo profundo y zambulléndolos por momentos, y con la misma presteza sacándolos arriba y luego tornándolos a zambullir sin dejarles sosegar un instante. Admirado el glorioso Anselmo de tan extraño espectáculo, y preguntado de que se mantenía aquella gente, y cómo vivía, porque al fin andaban vivos, le fue respondido que aquellos desdichados se mantenían del mismo cieno en que venían zambullidos, y de aquello mismo bebían, y que aun con todo eso vivían contentísimos. Le interpretaron la visión, diciéndole: Aquel torrente y río es el mundo, en el cual los hombres ciegos andan revueltos entre sus riquezas y honras, y entre sus deleites carnales y sucios: y son tan miserables, que, aun no pudiendo hacer pie en tales suciedades, con todo esto viven contentos y se estiman por bienaventurados y dichosos. Luego fue llevado el Santo a un cercado o jardín de altísima y espaciosa capacidad, cuyas paredes, estando cubiertas de clarísima plata, resplandecían admirablemente; en medio estaba un prado o campo raso, y en él hierbas, no ordinarias comunes, sino de oro finísimo, pero vivas y blandas en tanto grado, que sin dificultad suavemente recibían a quien encima se sentaba, y con él se humillaban y bajaban hasta la tierra: ni por esta humillación quedaban marchitas

ni maltratadas, antes levantándose el que estaba encima, de suyo se tornaban a enderezar como antes estaban: el aire era agradable y fresco: y finalmente, todo lo que había era tan suave y alegre, que realmente parecía paraíso, y no haber más que desear para la bienaventuranza. Le fue dicho al Santo ser éste el estado de la religión representado al vivo.

CAPÍTULO 7

Se prosigue lo mismo que en el capítulo pasado.

El glorioso Bernardo recopiló muy bien los bienes grandes que hay en la Religión, en estas breves palabras: En la Religión, dice, vive el hombre con mayor puridad, cae más raras veces, y cuando cae levántese más presto, y aquello le es ocasión para andar con mayor cautela y recato, es visitado más frecuentemente con refrescos y consolaciones y rocíos del Cielo, vive con mayor seguridad y descanso, muere con mayor confianza de su salvación, tiene menos que purgar en el purgatorio, y más copioso premio en el Cielo. Y en otra parte, tratando de la alteza y dignidad de los religiosos, dice, Altísima es vuestra profesión, sobrepuja los Cielos, se parea con los ángeles, y es semejante a la puridad angélica; porque no sólo profesáis toda santidad, sino la perfección de toda santidad. De otros es tratar de servir a Dios, mas vuestro es matar de estar siempre unido con Dios. Y un poco más abajo, dice: no sé con qué nombre os pueda más dignamente llamar, si hombres celestiales o ángeles terrenales; porque aunque vivís en la tierra, tenéis vuestra conversación en el Cielo; sois semejantes a aquellos espíritus bienaventurados que son enviados acá para guardarnos y defendernos, que de tal manera se ocupan en esos ministerios con nosotros, que nunca pierden de vista a Dios.

Tal es la vida del religioso, que aunque vive en la tierra tiene su corazón en el Cielo; todo su trato y conversación es de cosas espirituales y de Dios, y puede decir con San Pablo (*Filip* 1, 21): *Mi vida es Cristo*. Así como allá en el mundo cuando uno es muy dado a la caza y gusta mucha de ella, decimos: su vida es cazar, y cuando es muy dado al vicio de la gula, decimos: su vida es comer y beber; así decía el Apóstol: *Mi vida es Cristo*, porque estaba todo dedicado y ofrecido para servir a Cristo. Pues así lo está también el religioso. San Buenaventura dice que por eso la Religión se llama Orden, porque no sufre en sí cosa desordenada: todo ha de andar como un reloj muy concertado.

Declara el glorioso San Bernardo de la Religión aquellas palabras (*Cant* 1, 15): [*Nuestro lecho es florido*]. Así como acá no hay lugar en que los hombres descansen más suavemente que en la cama, así dice que en la Iglesia de Dios la cama en que se descansa es la Religión; porque en ella está uno libre de los cuidados del siglo y de la solicitud de las cosas temporales y necesarias para la vida humana. Cuánta merced nos haya hecho el Señor a nosotros en eso, bien lo experimentamos; porque en la Compañía se encargan muy particularmente los superiores de proveernos de todo lo necesario para el comer y vestir, para el estudio, para el camino, así en tiempo de enfermedad como en tiempo de salud. De manera que no hemos menester a nuestros padres ni parientes; ya los dejamos y nos podemos olvidar de ellos, si no es para encomendarlos a Dios. Porque ahora los tengamos, ahora no, ahora sean ricos, ahora pobres, la Compañía y superiores de ella son nuestro padre y madre, y con amor más que de padre tienen cuidado de proveernos de todo lo temporal, para que nosotros olvidados y descuidados de eso, atendamos solamente al fin a que venimos a la Religión, que es a tratar de nuestro aprovechamiento espiritual y del de nuestros prójimos. Dice Clemente Alejandrino que por eso quiso Dios al hombre en el Paraíso terrenal con la posesión y señorío de todas las cosas, para que, no teniendo qué desear en la tierra, todo su deseo se trasladase al Cielo. Pues ésta es la traza de la Compañía; para eso se encarga ella de darnos todo lo que hemos menester, para que no teniendo nosotros cuidado alguno de cosa de la tierra, todo nuestro cuidado y deseo traslademos al Cielo.

CAPÍTULO 8

De la renovación de los votos que usa la Compañía, y del fin y fruto que con ella se pretende.

De nuestros primeros Padres leemos que habiéndose juntado en París con nuestro bienaventurado Padre Ignacio el año de mil y quinientos y treinta y cuatro, día de la Asunción de nuestra Señora, se fueron a la iglesia de la misma Reina de los Ángeles, llamada *Mons Martyrum*, que quiere decir el Monte de los Mártires, que está una legua de Paris; y allí, después de haberse confesado y recibido el santísimo Sacramento del Cuerpo de Cristo nuestro Señor, todos hicieron voto de dejar, para un día que señalaron, todo cuanto tenían, sin reservar más que el viático necesario para el camino hasta Venecia; y también hicieron voto de emplearse en el aprovechamiento espiritual de los prójimos, y de ir en peregrinación a Jerusalén,

con tal condición, que, llegados a Venecia, un año entero esperasen la navegación; y hallando en este año pasaje, fuesen a Jerusalén, e idos procurasen quedarse y vivir siempre en aquellos Santos Lugares; mas si no pudiesen en un año pasar, o habiendo visitado los Santos Lugares, no pudiesen quedarse en Jerusalén. que en tal caso se viniesen a Roma, y postrados a los pies del Sumo Pontífice, Vicario de Cristo nuestro Señor se le ofreciesen para que Su Santidad dispusiese de ellos libremente, donde quisiese, para bien y salud de las almas. Y estos mismos votos tornaron a confirmar otros dos años siguientes, en el mismo día de la Asunción de nuestra Señora, en la misma iglesia y con las mismas ceremonias. De aquí tuvo origen el renovar los votos que usa la Compañía antes de la profesión.

En la quinta parte de las Constituciones, tratando de esta renovación, dice nuestro Padre: «El renovar uno sus votos no es ponerse nueva obligación, sino traer a la memoria la que tiene hecha y confirmarla.» Es un iterar y confirmar lo hecho con contento y regocijo, en señal y testimonio de que no nos pesa ni estamos arrepentidos, antes estamos tan alegres y contentos, que damos muchas gracias a Dios por la merced que nos ha hecho en recibirnos por suyos y darnos gracia para que hiciésemos esta oblación; y si no la hubiéramos hecho, ni estuviéramos ofrecidos, la hiciéramos ahora, y nos ofreciéramos de nuevo a Dios; y si mil mundos hubiera que dejar por Dios, todos los dejáramos por su amor; y si mil voluntades y corazones tuviéramos que darle, todos se los diéramos y ofreciéramos de nuevo. De esta manera y con este gozo y contento se ha de hacer esta renovación, y será de grande valor y merecimiento: porque así como la complacencia del pecado y de lo mal hecho es nuevo pecado y nueva ofensa de Dios y merece nuevo castigo, así el contento y la complacencia de lo bueno es muy buena y muy agradable y meritoria delante de su divina Majestad. A la medida que fue bueno el hacerlo, es bueno el complacernos de ello.

Descendiendo más en particular, dice nuestro Padre que esta renovación se hace para tres cosas. Lo primero, «para más devoción»; porque no causa pequeña devoción, sino muy grande, esta renovación, como lo experimentan los que se preparan bien para ella. Lo segundo, «para despertar en nosotros la memoria de la obligación que hemos hecho a Dios» para que así nos animemos a llevar adelante lo prometido, procurando ir cada día creciendo en virtud y perfección. Lo tercero, «para confirmarse cada uno más en su vocación»; porque así como es remedio en todas las tentaciones hacer actos de la virtud contraria, porque las enfermedades se curan con sus contrarios, así en defensa de los movimientos interiores de descon-

tento, o disgusto, con que el demonio algunas veces nos acomete con varias ocasiones que se ofrecen entre año, es gran reparo el renovar los votos; porque con eso queda debilitado y desanimado el enemigo para acometernos con semejante tentación; y si ha habido alguna negligencia con eso se recompensa, y aun con ventaja, porque el alma queda más adelantada.

La virtud y perfección es muy cuesta arriba a nuestra naturaleza estragada: porque es tanta la flaqueza y miseria en que quedamos por el pecado, y tan grande la inclinación que tenemos a lo imperfecto y malo, que aunque comencemos algunas veces con fervor nuestros ejercicios espirituales, luego vamos poco a poco aflojando y desdiciendo de aquel fervor con que comenzamos, y tornándonos a nuestra imperfección y tibieza; somos como las pesas del reloj, que siempre tiran para abajo. Como nuestra carne es natural de la tierra, siempre nos tira para ella. Por eso conviene tomar algunos refrescos, para que si íbamos de caída, tornemos sobre nosotros. Y así quiso nuestro Padre que particularmente tomásemos este refresco dos veces en el año con esta renovación. Así como la santa Madre Iglesia instituyó dos tiempos en el año, que fuesen como dos refrescos para alentar a sus hijos a que comenzasen con fervor y como de nuevo a servir a Dios, que son Adviento y Cuaresma, así nuestro Padre quiso que particularmente dos veces en el año refrescásemos la memoria de lo que hemos ofrecido a Dios, y el fin para el cual el Señor nos trajo a la Religión, para que nos renovemos en ello y comencemos con nuevos bríos y fervores a tratar de aquello para que el Señor nos llamó. Y para esto instituyó estas fiestas tan solemnes en la Compañía, y esto es lo que nosotros hemos de sacar de ellas. No solamente en estos tiempos, sino cada día, decía el Padre San Francisco Javier que habíamos de hacer esta renovación, y en las Colaciones de ls Padres leemos del santo abad Pafnucio que lo hacía así. Decía el Padre San Francisco Javier que apenas hallaba él medio más eficaz ni arma más fuerte para los religiosos contra las tentaciones del demonio y de la carne, como renovar sus tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Y así aconsejaba que cada mañana, después de oración; los renovásemos y nos armásemos con estas armas contra nuestros enemigos, y a la tarde también, después de oración; y si no fuere tan a menudo, es buena devoción la que usan algunos, que es hacer esto cada vez que comulgan, y pedirse cuenta a menudo cómo guardan estos votos, y si hay alguna cosa en que les reprenda la conciencia en la guarda de ellos.

Para que mejor podamos conseguir el fin de esta renovación, fuera de otras penitencias corporales que se hacen de abstinencia y disciplina, pre-

cede a ella: Lo primero, el recogerse algunos días antes, cesando de sus ocupaciones y dándose más a la oración y ejercicios espirituales. Lo segundo, dar cada uno cuenta de su conciencia al superior: que aunque esto se hace a menudo entre año, entonces se hace más exactamente de todos aquellos seis meses; y es una cosa de las sustanciales que tenemos en la Compañía, y de la cual haremos después tratado por sí. Lo tercero, precede el confesarse cada uno generalmente de aquellos seis meses con el confesor que quisiere de los señalados para eso, por costumbre antigua de la Compañía, y por regla que tenemos de ello. Los cuales son muy propios medios para el fin que se pretende; porque haciendo uno alarde de todas sus faltas, viene a conocer su aprovechamiento o desaprovechamiento en el espíritu; mira y considera si ha aprovechado más estos seis meses que los seis pasados, y esta comparación y conferencia del tiempo presente con el pasado ayuda mucho para confundirse uno si ve que no va aprovechando, y comenzar con nuevos bríos, pues no vino a otra cosa a la Religión.

Y más: miradas las faltas en junto y a sangre fría, como dicen, conoce el hombre mejor qué pasión le hace más guerra, y el humor que más predomina en él, viendo las faltas en que más veces ha caído, para tomar a pechos y de propósito el remedio, trayendo sobre aquello el examen particular. Y más: como esto se mira y considera en este tiempo de renovación de votos, donde el hombre hace reseña de las misericordias y beneficios que ha recibido de Dios, y particularmente de haberle traído a la Religión, viéndose, por una parte, tan obligado, y por otra, que de su parte no tiene sino faltas, se humilla delante de nuestro Señor, y se anima para enmendarse y comenzar de nuevo de ahí adelante. Un contrario contrapuesto a su contrario, como lo blanco sobre lo negro, sale y campea mucho más. Pues contraponed a lo mucho que habéis recibido, y a lo mucho que ha hecho Dios con vos, los que vos habéis hecho con Él: mirad cuáles son los cargos y cuáles los descargos, y veréis cuánta razón tenéis de quedar confundido y humillado. ¿Qué se ha hecho de tanta frecuencia de sacramentos, de tantas penitencias y mortificaciones, de tanta oración, de tantos exámenes, de tantas pláticas y exhortaciones, de tanta lección espiritual? ¿Dónde se ha hundido todo eso? ¿Qué es del provecho que habéis sacado de ello? De esta manera ha de considerar cada uno sus faltas cuando se prepara para dar cuenta y para confesarse generalmente, procurando mirar y examinar muy bien cuál es el desaguadero por donde se le ha colado e ido toda la ganancia, para procurar el remedio de ahí adelante.

CAPÍTULO 9

Se prosigue lo mismo que en el capítulo pasado.

Fuera de lo dicho, hacemos también esta renovación en agradecimiento del beneficio recibido, como dijimos (cap. 6) que hacía el santo abad Arsenio. Celebramos fiesta y fiestas cada año en hacimiento de gracias y en memoria y reconocimiento de la merced y beneficio tan grande que nos hizo el Señor de sacarnos del mundo y traernos a la Religión, principio de nuestro bien y señal grande de nuestra predestinación. Así como del día de la dedicación de un templo material hace la iglesia fiesta cada año, así es justo que la hagamos nosotros de la dedicación de nuestra alma, que es templo vivo de Dios.

Y porque la mejor manera de agradecimiento es Dios es con obras, lo será muy grande y muy agradable a Dios esta renovación, si se hace como se debe, que es procurando de rehacemos y fortificamos más en nuestros votos, y guardarlos de ahí adelante con más perfección. Esto, como nota San Gregorio, es lo que dice el Apóstol San Pablo (*Ef* 4, 23): *Renovaos en espíritu*. Y esto es lo que nos pide a nosotros nuestro Padre: renovación espiritual, no exterior solamente con la boca. Cuando una imagen está vieja y deslustrada, que ya casi no se echan de ver las facciones y figuras, la renováis, que es darle nuevos colores y matices, con los cuales queda tan agradable y hermosa, como si de nuevo se acabase de hacer. Así nosotros nos vamos envejeciendo y cansando, nos vamos marchitando en la virtud; porque este cuerpo corruptible, nuestra naturaleza estragada y mal inclinada nos lleva tras sí, y nos quiere hacer de su condición, y que sigamos sus aficiones y apetitos (Sab 9, 15): [*El cuerpo que se corrompe, apesga el ánima*]. Es menester que volvamos sobre nosotros algunas veces y que procuremos renovarnos y rehacernos en nuestros buenos propósitos y deseos. Si queremos que no se marchiten en nosotros las virtudes, dice San Gregorio, es muy necesario que cada día hagamos cuenta que comenzamos de nuevo; acordaos del propósito, fervor y esfuerzo con que comenzasteis esta empresa el día que entrasteis en Religión, y comenzad ahora con aquel denuedo y con aquellos bríos y aceros. Eso es renovarnos, y ése será muy buen agradecimiento del beneficio recibido y muy agradable a Dios.

Casiano refiere una exhortación breve y compendiosa que hizo el abad Pafnucio a un novicio que recibía, estando presentes los demás religiosos, que cada uno la puede aplicar a sí, y le ayudará mucho para conseguir el fin de esta renovación: Ya te has ofrecido y entregado del todo a

Dios, y dado de mano a todas las cosas del mundo; guárdate no tornes alguna vez a tomar aquello que ya renunciaste. Has renunciado la hacienda por el voto de la pobreza, no tornes a aficionarte acá en la Religión a cosillas y niñerías, porque poco te aprovechará haber dejado las cosas grandes, si acá te aficionas a cosas pequeñas. Has renunciado la voluntad y juicio por el voto de la obediencia: mira no lo tornes a tomar, antes di con la Esposa en los Cantares (5, 3): *Heme ya despojado y desnudado* de mi propia voluntad y de mi propio juicio, no quiera Dios que torne más a ser mío. Has renunciado y dado de mano a los deleites, regalos y entretenimientos del mundo y de la carne; guárdate no vuelvan a entrar. Has dejado y menospreciado la voluntad y la soberbia y estimación del mando: mira no tornes a revivir y resucitar en ti, cuando te vieres antiguo, cuando te vieres sacerdote, cuando le vieres letrado o predicador; ten gran cuenta no tornes a reedificar y levantar lo que ya habías derribado y destruido, como dice el Apóstol (*Gal* 2, 18), porque eso será prevaricar y volver atrás, después de haber echado mano al arado, sino persevera hasta el fin en la pobreza y desnudez que has ofrecido y prometido a Dios, y en la humildad y paciencia con que perseveraste tantos días, pidiendo con muchas lágrimas que te recibiesen.

Los santos Basilio, Bernardo y Buenaventura, añaden otra razón: Mirad que ya no sois vuestro sino todo lo que sois y todo lo que tenéis es de Dios; porque ya se lo ofrecisteis y entregasteis todo a su Majestad por los votos que hicisteis. Por tanto, guardaos de tornar a usurpar y tomar lo que le habéis ya dado y ofrecido, porque será hurto: tomar y usurpar lo ajeno contra la voluntad de su dueño es hurto. ¿No dijimos arriba que el que entra en Religión da a Dios el árbol con su fruta? Pues si uno diese a otro un árbol que le trasplantase en su huerta, y después le tomase la fruta, hurto sería. Pues eso hace el religioso que hace su voluntad, y no la de la obediencia: y aún será, dicen, sacrilegio, porque es de cosa ofrecida y dedicada a Dios, y así será hurto sacrílego, el cual aborrece mucho Dios: [*Yo soy el Señor, que amo la justicia y aborrezco el robo en el holocausto*], dice el Señor por Isaías (61, 8). Pues del holocausto, que es todo de Dios, y está ya dedicado y ofrecido a su Majestad, ¿quién se ha de atrever a hurtar? San Bernardo dice que no hay peor sacrilegio que éste: [Ningún crimen de sacrilegio hay peor que tornar a tomar el señorío de la voluntad que has ofrecido a Dios por el voto: porque cuanto es mayor la cosa ofrecida, tanto es más grave hurto volver a tomarla].

Añadamos aquí lo que se añade en la ley del holocausto. De tal ma-

nera quería Dios que el holocausto se le ofreciese todo a Él y se quemase y consumiese todo en honra suya, que mandaba que después de ofrecido y quemado se tornasen otra vez a ofrecer y quemar aquellas cenizas, para que si había quedado alguna grosura o algún huesezuelo o alguna costilleja se acabase de consumir y hacerse todo ceniza. Pues esto es lo que hacemos nosotros ahora: tornarnos a requerir y a ofrecer otra y otra vez el holocausto que ofrecimos al principio, para que si ha quedado alguna cosa por deshacer, alguna grosura, algún huesezuelo, o alguna costilleja, se acabe de consumir y hacerse todo ceniza, en honra de Dios (Lev 6, 11): [*Hará que se consuman hasta reducirse a pavesas*].

San Agustín declara a nuestro propósito aquello del Génesis (2, 15): *Llevó Dios a Adán, y le puso en el paraíso terrenal, para que obrase y para que le guardase*. Veamos, dice el Santo, qué es lo que nos quiere decir en esto el Espíritu Santo. Por ventura ¿quiso Dios que Adán ejercitase allí el oficio de agricultura, que cavase y cultivase y labrase la tierra? No es de creer, dice, que antes del pecado le obligase y condenase Dios a ese trabajo. Aunque algún ejercicio por vía de entretenimiento y recreación, como le suelen acá tomar muchos en sus huertos y jardines, no sea contrario a aquel estado de inocencia; pero por vía de apremio y de necesidad, ni decía con aquel estado, ni era menester, porque la tierra daba fruto sin ese trabajo. ¿Y qué quiere decir también que puso Dios al hombre en el Paraíso para que le guardase? ¿De quién le había de guardar, pues no había entonces enemigos ni otras naciones de quien se pudiese temer? Y de las bestias y animales tampoco tenía que guardarle: porque antes del pecado ésos no hacían ningún mal al hombre ni a sus cosas. Y si de éstos hubiera que temer, mal pudiera un hombre solo guardar tan grande lugar, como era el Paraíso, de tantos animales como había, porque fuera menester hacer una cerca tan grande, que no pudiera entrar dentro la serpiente; antes que lo hiciera, era menester echar fuera todas las serpientes y los demás animales que había dentro. No se ha de entender que puso Dios al hombre en el Paraíso para que le guardase corporalmente, ni para que cavase y arase. Pues ¿qué quiere decir [para que obrase y para que le guardase]? ¿Sabéis qué?, dice el Santo. Puso Dios al hombre en aquel Paraíso para que obrase los preceptos y mandamientos que el mismo Dios le había dado, y obrándolos guardase el Paraíso para sí, y no le perdiese, como lo perdió, porque no los obró. Pues apliquémoslo a nuestro propósito. ¿Para qué pensáis que te puso Dios en este paraíso de la Religión, que con mucha razón le llaman los Santos paraíso? ¿Sabéis para qué? Para que obréis y cumpláis los preceptos y mandamientos de Dios y los consejos de su Evangelio, que tenemos

en nuestras regla, y para que obrando eso, guardéis y conservéis este paraíso para vos, y no le perdáis como le han perdido otros, porque no le supieron guardar.

Otra explicación da allí San Agustín a estas palabras. Pondera muy bien que no dice la Escritura: [Le puso en el Paraíso para que labrase y guardase el Paraíso], sino para que labrase y le guardase; lo cual se puede referir también al mismo hombre. Y aún le cuadra más al Santo este sentido: Puso Dios al hombre en el Paraíso, no para que el hombre labrase y cultivase el Paraíso, ni para que le guardase, sino para labrar Dios y guardar allí al mismo hombre. Porque así como se dice que el hombre labra la tierra, no porque la haga que sea tierra, sino porque hace que sea fecunda y fructuosa labrándola y cultivándola; así con mayor razón se dirá de Dios (que crió de nada al mismo hombre) [que labra al hombre] cuando le va labrando, haciéndole justo, santo y perfecto. Pues para eso puso Dios al hombre en el Paraíso terrenal, para irle allí labrando y perfeccionando, y así guardarle hasta trasladarle del Paraíso terrenal al celestial haciéndole bienaventurado. De la misma manera, no penséis que os trajo Dios a este paraíso de la Religión para que vos le labréis y guardéis, que otro mejor hortelano y otra mejor guarda y defensa tiene, sino para labraros a vos, para hacer de vos un hombre mortificado, para hacer de vos un hombre espiritual, para hacer de vos un varón santo y perfecto, y de esa manera guardaros hasta trasladaros de este Paraíso terrenal al celestial.

De éstas y otras semejantes razones y consideraciones nos hemos de ayudar para corresponder a tan grande beneficio y conseguir el fruto de esta renovación. Y si se os pusiere delante el trabajo de la Religión, acordaos del grande premio y galardón que por ello os han de dar, [*pues le está prometida gran remuneración*], dice el Apóstol (*Hebr* 10, 35). El bienaventurado San Francisco solía decir muchas veces, y con esto exhortaba y animaba a sus religiosos: Hermanos míos, grandes cosas hemos prometido; pero mucho mayores nos son prometidas a nosotros; guardemos aquéllas y suspiremos por éstas. Y cuando los frailes hacen profesión ofreciendo prometiendo a Dios estos votos, les dice el superior: Yo también te prometo a ti la vida eterna; Pues yo también de parte de Dios os prometo a vos la vida eterna, si guardáis lo que habéis prometido, y con cédula firmada del mismo Cristo, que dice en el Sagrado Evangelio (*Mt* 19. 21): *Tendréis un tesoro,* seréis grande y aventajado *en el reino de los cielos*.

TRATADO TERCERO

DEL VOTO DE LA POBREZA

CAPÍTULO PRIMERO

Que el voto de la pobreza es el fundamento de la perfección evangélica.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos (*Mt* 5, 3). Con estas palabras dio Cristo nuestro Redentor principio a aquel soberano sermón del monte y a aquellas ocho bienaventuranzas. Y aunque algunos doctores y santos declaran estas palabras de la humildad, pero otros y con mucha razón las entienden de la pobreza voluntaria, y especialmente de ésta que profesamos los religiosos. Y en este sentido las tomaremos ahora, que es de San Basilio y de otros muchos Santos. Y no es pequeña alabanza de esta pobreza de espíritu, que Cristo nuestro Redentor haya comenzado con ella aquel soberano sermón, y la haya puesto por la primera de las bienaventuranzas. Pero mayor alabanza suya es que con obras y ejemplo nos la haya enseñado toda su vida: porque ésta fue la primera lección que, en naciendo, nos leyó este gran Maestro desde aquella cátedra del pesebre. Est nos aquel establo, esto aquellos pobres pañales, esto aquel ser menester el heno y el vaho de los animales para calentarle y abrigarle. Esta fue también la postrera lección, que, para dejárnosla más encomendada, nos leyó en aquella otra cátedra de la cruz, muriendo desnudo y con tan suma pobreza, que aun para amortajarle le hubieron de comprar una sábana de limosna. ¿Qué mayor pobreza podía ser? Y cual fue el principio y fin tal fue toda la vida, porque no tenía ni un dinero de donde pagar el tributo que le pedían; no tenía casa donde reposar ni donde celebrar la Pascua con sus discípulos, que todo hubo de ser prestado. *Las raposas,* dice Él (*Mt* 8, 20), *tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza*.

Quería el Redentor del mundo echar por fundamento de la perfección evangélica la pobreza (*Mt* 19, 21) *Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes, y dalo a los pobres;* y por eso quiso dejarla tan confirmada y autorizada con su ejemplo. Y así vemos cuán impreso quedó en la Iglesia este fundamento de la pobreza desde el principio de la primitiva Iglesia, como

se cuenta en los actos de los Apóstoles (4, 32), porque no había entonces mío ni tuyo entre los fieles, sino todo era común, porque todos los que teníam casas, o heredades, u otras posesiones, las vendían y traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los Apóstoles, y de allí se repartía a cada uno lo que había menester. Pondera aquí San Jerónimo que lo ponían a los pies de los Apóstoles para mostrar que las riquezas se habían de hollar y menospreciar y tener debajo de los pies. Y dicen los Santos Cipriano, Basilio, Jerónimo y otros que hacían entonces los fieles voto de pobreza, y lo prueban por el castigo de Ananías y Safira, que porque escondieron parte del precio de su heredad, fueron castigados con muerte súbita, lo cual es señal que tenían voto; porque si no le tuvieran, no merecerían tan gran castigo.

Pues enseñada la Iglesia con esta doctrina divina, los Santos y todos los fundadores de las Religiones ponen el voto de pobreza por fundamento necesario y firmísimo de la Religión. Y así nuestro Padre siguiendo esta doctrina tan antigua, comenzando a tratar de la pobreza, dice: «la pobreza, como muro firme de la Religión, se ha de amar y conservar en su pureza, cuanto con la divina gracia fuere posible.» Es la pobreza el muro y el fundamento de la Religión. Al contrario de lo del mundo, en el cual el fundamento de los mayorazgos y estados es hacienda y riqueza, acá es al revés: el fundamento del estado de la Religión y de la alteza de la perfección es la pobreza, porque como el edificio que hemos de levantar es diferente de los del mundo, el fundamento también es diferente.

Esto es lo que nos quiso enseñar nuestro Redentor por aquellas comparaciones que trae en el sagrado Evangelio, diciendo (*Lc* 14, 28): ¿Qué hombre hay que comience a edificar una torre que primero no haga la cuenta para ver si tiene caudal para acabarla, porque después no le den en rostro diciendo: *Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar*? O ¿qué rey hay que habiendo de ir a pelear con otro rey, no examine y haga cuenta primero si podrá salir al encuentro siquiera con diez mil hombres, al que viene contra él con un ejército de veinte mil? Porque si eso no puede, procurara luego enviarle sus embajadores para tratar con él asientos de paz. Y concluye e infiere de esto: *Pues de la misma manera, el que no renunciare a todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo*. Dándonos con esto a entender que lo que es para pelear la grandeza del ejército, y para edificar la abundancia del dinero, eso es para el edificio y milicia espiritual la pobreza y desnudez de todas las cosas del mundo. Y así declarando esto el bienaventurado San Agustín, dice que por, el edificio de esta torre del

Evangelio es significada la perfección de la vida cristiana, y que las expensas y caudal para poder edificarla es el renunciar uno todas las cosas; porque de esa manera está más libre y desembarazado para servir a Dios, y más seguro de su enemigo el demonio por tenor menos por donde le pueda acometer y hacer guerra.

San Jerónimo y San Gregorio, prosiguiendo esto mismo, dicen: hemos venido a este mundo a pelear con el demonio, que está desnudo y ninguna cosa de este mundo posee; es menester que nosotros nos desnudemos también de esas cosas para poder pelear con él. Porque si uno que está vestido lucha con otro que está desnudo, presto caerá en tierra el que está vestido, porque tiene de donde el otro le trabe para derribarle. ¿Queréis pelear varonilmente con el demonio? Ropa fuera, desnudaos de todas las cosas de la tierra, no tenga el demonio de donde trabar para haceros caer. El que más tuviere, más presto será vencido, porque tiene más de donde el demonio le puede asir para dar con él en tierra. San Crisóstomo pregunta cuál es la causa por la que en la primitiva Iglesia los cristianos eran tan buenos y tan fervorosos, y el día de hoy son tan tibios y remisos, y responde que la causa es porque entonces salían a pelear con el demonio desnudos, despojándose de sus bienes y haciendas, pero ahora salen muy vestidos de beneficios, haciendas y honras, y esas vestiduras los estorban e impiden mucho. Pues para esto dejamos las riquezas, y nos deshicimos de todas las cosas del mundo; para que así, libres y desembarazados, podamos mejor pelear con el demonio y seguir a Cristo. El luchador desnudo más fuertemente pelea; el nadador se despoja de su ropa para pasar el río; el caminante, dejando la carga y hatillo, camina más ligeramente.

Por esto el primer voto que hacemos en la Religión es de pobreza, como fundamento de todo lo demás. Así como dice San Pablo (1 *Tim* 6, 10) que *la codicia es raíz de todos los males,* así la pobreza es raíz y fundamento de todos los bienes y de todas las virtudes. Declara esto San Ambrosio: Así como las riquezas son instrumento de todos los vicios, porque el que tiene dineros, en todos los vicios y pecados que quiere halla modos y maneras para poner por obra su deseo, así el renunciar y deshacerse de todas las cosas por Cristo engendra y conserva todas las virtudes, como se verá discurriendo por ellas. De la humildad dice San Gregorio: La pobreza en los buenos suele ser guarda de la humildad y su conservación. Para la castidad se ve cuán grande medio es la pobreza y la austeridad así en el comer como en el vestir, y para la abstinencia y templanza también. Y así podemos ir discurriendo por otras virtudes. Por esto llaman los Santos a la

pobreza unas veces maestra y guarda de las virtudes; otras veces la llaman madre, y lo trae nuestro Padre en las Constituciones: Amen todos la pobreza como madre, porque ella, como buena y verdadera madre, cría y conserva en nuestras almas las demás virtudes, y ella es la que tiene en pie la disciplina religiosa. Y así vemos que las Religiones que han desdicho de la pobreza han desdicho de la Religión, como hijos que no se parecen a su madre. Pues aficionémonos a esta santa pobreza como madre; que dice, no cualquier amor, sino amor intenso, amor tierno, amor con reverencia y con estima. El bienaventurado San Francisco llamaba a la pobreza *mi señora*. Y así; en la Regla de a Clara dice: «Nos obligamos a nuestra señora la santa pobreza.»

CAPÍTULO 2

Del premio con que el Señor premia a los pobres de espíritu.

Aquel mancebo del Evangelio que deseaba la perfección y no se contentaba con la guarda de los Mandamientos, diciéndole el Señor que si quería ser perfecto vendiese todo lo que tenía y lo diese a los pobres (*Mt* 19, 21), *se entristeció y se fue, porque tenía muchas posesiones* y estaba aficionado a su hacienda, y no tuvo pecho ni valor para dejarla: le faltó el caudal para edificar esta torre de la perfección evangélica. Pues para que no nos acontezca a nosotros lo mismo, sino que tengamos ánimo y esfuerzo para renunciar todas las usas del mundo y romper con todo, y nos holguemos de haberlo hecho así, nos pone delante Cristo nuestro Redentor el premio grande que con ella alcanzaremos: *Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los Cielos*. Mirad si será bien empleado dar todas las cosas de la tierra por el reino de los Cielos; y si será sabio mercader el que se deshiciere de todas sus cosas para alcanzar este tesoro.

Pondera muy bien San Bernardo que aún no habló de futuro en esta bienaventuranza, como en otras «suyo será»; sino de presente, «suyo es el reino de los Cielos». Ya es vuestro el reino de los Cielos, aunque no os lo hayan entregado, porque le habéis comprado con las cosas del mundo que dejasteis. Así como si dieseis cien ducados por una pieza de oro o por una piedra preciosa que otro tiene en su casa, desde luego queda por vuestra aquella pieza, aunque no os la hayan entregado, porque la habéis comprado con vuestros dineros; así el reino de los Ciclos es ya del pobre de espíri-

tu, porque le compró dando todo lo que tenía por él. (*Mt* 13. 45): *Semejante es el reino de los Cielos a un hombre de negocios que trata en piedras preciosas* [*que hallando una margarita preciosa, fue, vendió cuanto tenía y la compró*]: pues así como éste hace suya la margarita preciosa, dando su dinero por ella, así vos habéis hecho vuestro el reino de los Cielos, porque habéis dado por él todas vuestras cosas.

No paran aquí las promesas de Cristo; más que eso promete Él a los pobres de espíritu. ¿Pues puede haber más que el reino de los Cielos? Sí, porque hay ventajas allá en el Cielo, como las hay acá en la tierra para los buenos soldados; y promete a los pobres de espíritu una ventaja y preeminencia grande sobre los demás. Después de ido aquel mancebo que no quiso dejar lo que tenía, diciendo Cristo nuestro Redentor cuán dificultosamente entrarán los ricos en el reino de los Cielos, sale el Apóstol San Pedro en nombre de los demás (*Mt* 19, 27): *Señor, nosotros dejamos todas las cosos y os hemos seguido; ¿qué premio nos habéis de dar?* Le respondió: *De verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, el día del juicio final, cuando Yo venga con majestad a juzgar los vivos y los muertos, habéis de ser juntamente jueces asesores conmigo, y como tales, habéis de estar sentados en doce sillas, juzgando a las doce tribus de Israel*. Declaran aquí los Santos que esta dignidad y preeminencia se entiende de todos los que fueron imitadores de los Apóstoles en el estado de pobreza, confirmado con votos, como lo son los religiosos, como mueran en gracia de Dios. Dicen que todos tendrán esta preeminencia y dignidad; que el día del juicio no estarán ante el tribunal divino tanto para ser juzgados, cuanto para ser juntamente con Cristo jueces asesores, y como tales aprobar y confirmar la sentencia de nuestro Salvador. Así lo dicen expresamente San Agustín, San Beda. San Gregorio, y es sentencia común de las doctores: y traen para esto aquello de Isaías (3, 14): [*EL Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo y con sus príncipes*]; y aquello que dice Salomón en los Proverbios (31, 23), hablando del Esposo de la Iglesia: [*Insigne su Esposo en los juicios y consejos, cuando se sentare con los senadores de la tierra*]. Estos, dicen, son los príncipes que han de venir a juzgar juntamente con Cristo, y los ancianos y senadores que han de estar sentados con el Esposo de la iglesia, que es Cristo, en aquel día último del juicio. Y aunque algunos quieren atribuir esta dignidad a todos los Santos canonizados; pero la opinión común, que sigue Santo Tomás, es que solamente tendrán esta dignidad los que profesaron estado de pobreza, y ésos aunque no hayan sido canonizados. Y traen los teólogos y los Santos muchas razones y congruencias muy buenas, porque le da más esta preeminencia a los que

han profesado esta pobreza voluntaria, que a los demás bienaventurados. Exclama aquí muy bien San Gregorio con el Profeta (*Sal* 138, 17): [*Extremadamente habéis honrado, Señor, a vuestros amigos; sobre manera se ha fortalecido su imperio de ellos*]. Bendito y alabado seáis Vos, Señor, que así honráis a vuestros amigos y particularmente los que voluntariamente se hicieron pobres por vuestro amor, pues no os contentáis con darles el reino de los Cielos, sino que los hacéis tan grandes y tan señalados príncipes de él, que sean jueces universales de todo el mundo juntamente con Vos.

CAPÍTULO 3

Oso no sólo en la otra vida, sino también en ésta, paga Dios a los pobres de espíritu.

Porque no penséis que todo el premio se os libra para la otra vida, y os parezca que os dan la paga al fiado y a plazo largo, dando vos luego el precio de contado, no solamente en la otra vida, sino también en ésta premia Dios a los pobres de espíritu, y muy aventajadamente. Somos tan interesados los hombres, y muévenos tanto lo presente y visible, que cuando esto no hay, parece que nos desanimamos; y así el Señor cuenta con nuestra flaca condición, no quiso, aun en esta vida, dejar su premio a los que renuncian todas las cosas por su amor: sino añade luego tras la promesa dicha (*Mt* 19, 29): *Y cualquiera que por amor de Mi dejare su casa, hermanos o hermanas, padre o madre, mujer o hijos, o alguna hacienda o heredad, recibirá ciento tanto, y después la vida eterna*. El ciento tanto se entiende que lo recibirá acá en esta vida, y después en la otra la vida eterna. Así lo declara el mismo Cristo por San Marcos (10, 30). No sólo recibiréis después el premio de la vida eterna, por haberos hecho pobre por Cristo, sino en esta vida recibiréis ciento por uno.

San Jerónimo declara este ciento tanto en los bienes espirituales, y dice: El que dejare los bienes temporales por Dios, recibirá los espirituales, que en comparación de ellos es recibir ciento por uno. Pero Casiano declara esto de los mismos bienes exteriores, y dice que aun en ésos recibimos los religiosos ciento tanto en esta vida, conforme a las palabras que allí añade del mismo Evangelista San Marcos. Y bien lo vemos cumplido a la letra, y cada día lo decimos a los que vienen de nuevo a la Religión: Dejasteis una casa por Cristo y tenéis tantas casas; todas las casas de la Religión son vuestras, que os las ha dado Dios en esta vida por una que dejasteis.

Dejasteis un padre y una madre, os da Dios en su lugar tantos padres que os quieren más que los que dejasteis, y tienen más cuidado de vos, y miran más por vuestro bien. Dejasteis vuestros hermanos y halláis acá tantos hermanos, que os aman más que ellos, porque os aman por Dios y para Dios sin interés ninguno suyo, y los del mundo os aman por su provecho e interés, y solamente mientras os han menester. Dejasteis algunos criados en el mundo, y por ventura no los teníais, acá tenéis tantos que os sirvan: uno de procurador, otro de despensero, otro de cocinero, otro de refitolero, otro de enfermero; y lo que más es, que si vais a Castilla, a Portugal, a Francia, a Dalia, a Alemania, a las indias, y a cualquier parte del mundo, hallaréis que os tienen ya puesta allá casa, con otros tantos oficiales de asiento, que os servirán con el mismo cuidado y diligencia, que no hay príncipe en la tierra que lo tenga. Esto ¿no es recibir ciento tanto en esta vida, y más que ciento tanto?

Pues ¿qué diréis de las mismas cosas que dejasteis? Aun en esto tenéis acá mucho más, que en el mundo; ciento tanto más que lo que dejasteis os da Dios en esta vida, porque acá todo lo tenéis; más señor sois vos de las cosas y riquezas del mundo que los mismos ricos: que no son ellos los señores de sus haciendas y riquezas, sino vos; ellos son siervos y esclavos de ellas. *Varones de las riquezas* los llama la sagrada Escritura (*Sal* 75, 6): no dice: «las riquezas de los varones», sino los *varones de las riquezas*. Para darnos a entender que la riqueza es la señora de ellos, porque ella es la que los manda, y ellos son los siervos y esclavos de ella, porque a ella sirven, por ella trabajan, para adquirirla, para acrecentada, para conservarla; y mientras más hacienda y riquezas tienen, más esclavos son, porque han menester poner más cuidado y trabajo en eso. *La hartura y abundancia del rico no le deja dormir,* dice el Sabio (*Eccl* 5, 11). En la cama blanda está dando vuelcos de noche, porque su hacienda y riquezas le quitan el sueño. Pero el religioso, ¡cuán sin cuidado y sin tener cuenta si vale caro o barato, o si es buen año o malo, lo tiene todo! [*Como quien nada tiene, y todas las cosas posee*], dice el Apóstol (6 *Cor* 6, 10). Así viven descansados y sin cuidados, como quien no tiene nada, y con ese descuido y descanso lo tienen todo. ¿Pues qué en contento? Danos cien veces más de lo que tuviéramos allá: sino, preguntádselo a los del mundo, y a los mejor librados de él, y veréis los azares y descontentos que tienen a cada paso, de los cuales estamos muy libres los religiosos. ¿Pues qué en honra? Cien veces más tenéis acá en la Religión de la que tuvierais allá: porque el grande, el príncipe, el prelado, que allá en el mundo no hiciera caso de vos, viendoos acá debajo de un hábito viejo y remendado, os hace mucha hon-

ra, y os tiene mucho respeto. ¿Pues qué en descanso, quietud y sosiego? En todo nos da Dios ciento tanto más en la Religión.

¿Para qué todo esto? ¿Sabéis para qué? Para que desembarazados y desocupados de las cosas de la tierra, pongamos todo nuestro corazón en el Cielo; para que la solicitud y cuidado que habíamos de poner en las cosas del mundo, y en buscar lo necesario para la sustentación del cuerpo, lo pongamos en agradar más y más a Dios, y en crecer cada día en virtud y perfección, conforme a aquello que dice el Profeta a los hijos de Israel (*Sal* 104, 44): [*Les dio las tierras de las naciones y poseyeron las labores de los pueblos; para que guardasen sus mandamientos y observasen su ley*]. Esto es también lo que dice Dios por el Profeta Ezequiel (44, 28): *No tengan heredades mis sacerdotes, porque Yo quiero ser su heredad*. *No les deis posesiones en la tierra, porque Yo tengo de ser su posesión*. Pues para esto dejamos nosotros nuestras heredades y posesiones, porque quiere Dios ser nuestra heredad y posesión. ¡Dichosa suerte la del religioso, pues tal heredad y tal posesión le ha cabido! En lo mejor y más bien parado nos vino caber la suerte de nuestra herencia, pues nuestros hermanos les cupo la tierra y a nosotros el Cielo (*Sal* 15, 16): *Dios es la parte y la herencia que me ha cabido*. (*Sal* 72, 26): *Dios de mi corazón, y mi suerte y parte Dios para siempre*. El bienaventurado San Francisco decía que la pobreza era una virtud celestial y divina, porque por ella se menosprecian y tienen debajo de los pies todas las cosas de la tierra, y se quitan todos los estorbos e impedimentos para que el alma, libre y desembarazada de todo lo de acá, pueda más libremente y sin impedimento alguno atender solamente a las cosas del Cielo, y unirse y juntarse con Dios.

CAPÍTULO 4

En qué consiste la pobreza de espíritu.

Cristo nuestro Redentor nos declara bien en qué consiste la perfección de esta pobreza que profesamos los religiosos, en aquellas palabras (*Mt* 5, 35 [*Bienaventurados los pobres de espíritu*]. Dice que ha de ser pobreza de espíritu, de voluntad y afición. No basta dejar exteriormente la hacienda y riqueza del mundo, es menester que con el corazón también las dejemos. Esa es pobreza de espíritu, la que desembaraza, no sólo el cuerpo, sino el espíritu y el corazón, y le despega de todas las caras, para que así libre y desembarazado de todo lo de acá, pueda libremente y sin impe-

dimento alguno seguir a Cristo y dase todo a la perfección que es el fin que se pretende, y a que venimos a la Religión.

San Jerónimo pondera aquí muy bien aquello que respondió Cristo nuestro Redentor a San Pedro (*Mt* 19, 28): *De verdad os digo que vosotros que me seguisteis*. Había dicho San Pedro: *Señor, nosotros hemos dejado todas las cosas, y os hemos seguido, ¿qué nos habéis de dar?* Y le respondió Cristo: *De verdad os digo, que vosotros que me seguisteis*. Notad, dice el Santo, que no dijo: «De verdad os digo, que vosotros que dejasteis todas las cosas», sino «vosotros que me seguisteis». Porque eso de dejar todas las cosas también lo hicieron Diógenes, Antistenes y otros muchos filósofos, entre los cuales cuenta San Jerónimo de uno llamado Crates Tebano, que siendo muy rico y queriéndose ir Atenas a darse a la filosofía y a la virtud, porque las riquezas no le impidiesen, vendió todas las heredades y posesiones que tenía, y juntando de ellas gran cantidad de oro, lo arrojó todo al mar, diciendo: Id al profundo, codicias malas; yo os hundiré a vosotras, porque vosotras no me hundáis y aneguéis a mí. De otro filósofo llamado Foción, que resplandeció mucho en la pobreza, se cuenta que, enviándole Alejandro Magno gran suma de oro, cien talentos, que hacen de nuestra moneda sesenta mil escudos, preguntó él a los que lo traían: ¿Por qué causa me envía esto Alejandro? Y respondiendo ellos: Solamente por tu virtud y porque te tiene por el más bueno y más virtuoso de los atenienses; dijo el filósofo: Pues déjeme ser tal. Y en ninguna manera los quiso recibir. Fue tan celebrado este hecho y dicho entre los filósofos griegos, que por mucho tiempo no se trataba otra cosa entre ellos, sino cuál había sido mayor, Alejandro o Foción, que había menospreciado las riquezas de Alejandro. Si me tiene por bueno y virtuoso, déjeme serlo, y no me envíe riquezas que me lo impidan. Y de esto hay muchos ejemplos.

Y, por el contrario, dicen San Agustín y San Jerónimo que tampoco es el oro ni la plata lo que daña. Y traen para esto el ejemplo de muchos patriarcas y Santos del Viejo Testamento, que fueron muy ricos, como Abraham, Isaac, Jacob y el patriarca José, que era el segundo en el reino después de Faraón, y mandaba toda la tierra de Egipto; y Daniel y sus tres compañeros, que tuvieron gran mando y señorío en Babilonia; y Mardoqueo y Ester en todo el reino del rey Asuero; y David, Job y otros muchos; los cuales, en medio de las riquezas y pompas del mundo, tenían lo principal de esta pobreza de espíritu, porque no tenían el corazón asido ni pegado a ellas; guardaban muy bien aquello del Profeta: Si tuviereis riquezas, mirad no se os pegue el corazón a ellas.

Pues viniendo a nuestro punto, dos cosas son las que se requieren para esta pobreza de espíritu, que profesamos los religiosos: la primera, que con efecto renunciemos y dejemos todas las cosas del mundo, como lo hacemos con el voto de la pobreza; la segunda, que dejemos también la afición de las cosas; y esto segundo es lo principal que se requiere para que el corazón quede desocupado y desembarazado, para darse del todo a Dios y a la perfección. Y así dice Santo Tomás que lo primero, que es dejar con efecto las cosas se ordena a esto segundo, para que así dejemos más fácilmente la afición de ellas, porque ése es un medio muy eficaz para ello; trae para este aquello de San Agustín: Las cosas de la tierra, cuando las tenemos y poseemos, llevan más el corazón tras sí; y así es más dificultoso el perder la afición de ellas, que cuando no las tenemos. Mucho más fácil es no querer uno lo que no tiene, que dejar lo que ya tiene; porque lo que no se tiene, desechase como cosa extraña; pero lo que uno tiene ya, parece que está unido e incorporado a él, y dice Santo Tomás que es como quien corta un miembro de sí, que duele y se siente mucho.

Los santos Jerónimo, Agustino y Gregorio, sobre aquellas palabras del Apóstol San Pedro (*Mt* 19, 27): *Señor, todas las cosas hemos dejado*, tratan muy bien esto. Dice San Jerónimo: San Pedro y los demás Apóstoles eran unos pobres pescadores, que ganaban de comer con el trabajo de ss manos y no tenían sino una miseria, una barca vieja y unas redes remendadas; con todo eso, dicen con grande confianza: *Señor, todas las cosas hemos dejado*. Responde San Gregorio: Con razón lo dicen; porque en este negocio, hermanos míos, más hemos de mirar a la afición, que a la hacienda que se deja; mucho deja el que no se queda con nada; mucho deja el que, poco o mucho, lo deja todo. Nosotros con la afición estamos muy pegados a lo que poseemos, y con el deseo a lo que no tenemos; pero los Apóstoles dejaron mucho, porque no sólo dejaron lo que tenían, sino también el deseo de tener. Mucho deja el que deja todo lo que tiene, y con ello el deseo de tener. Lo mismo dice San Agustín: Con razón dijeron los Apóstoles que habían dejado *todas las cosas*, aunque no tenían sino unas barquillas y unas redes rotas, porque todas las cosas del mundo deja y todas las menosprecia el que menosprecia no sólo todo lo que tiene, sino también todo lo que podía desear.

Este es un consuelo grande para los que dejamos poco, porque no teníamos más. Dice San Agustín hablando de sí mismo, cómo había vendido y dejado eso que tenía: no porque no fui rico, por eso se me tendrá a menos, porque tampoco los Apóstoles fueron ricos, mas aquel deja todo el

mundo, que deja no sólo todo lo que tiene, sino lo que puede desear. Tanto deja uno por Dios, cuanto deja de desear por Él; y así todo el mundo y todas las cosas dejasteis. si dejasteis la afición y deseo, no sólo de lo que teníais y podíais tener, sino también de todo lo que podíais querer, y desear; y así bien os podéis alegrar y decir con los Apóstoles: *Señor, todas las cosas hemos dejado por Vos*. Y el que tenía mucho allá en el mundo, no se tenga por eso en más ni piense que por eso ha dejado mucho; porque si no deja el deseo de todo lo que podía querer y desear, poco deja. Mucho más deja el otro, porque dejó el deseo de todas las cosas del mundo.

Pues en esto consiste lo principal de esta pobreza de espíritu: en este despegamiento o desafición y menosprecio de las cosas: en que *tengamos todas las cosas del mundo* debajo de los pies, y *como estiércol,* como dice San Pablo (*Filip* 3, 8), todo lo hemos de hollar y menospreciar y tener en nada, *por ganar a Cristo*.

Estos son los pobres de espíritu, que él llama bienaventurados, y con mucha razón; no sólo porque ya es suyo el reino de los Cielos, coma hemos dicho, sino también porque comienzan desde luego a gozar de una hartura muy grande, que es una felicidad y bienaventuranza en la tierra. Porque ser uno dichoso y bienaventurado, dice Boecio, no está en tener muchas cosas, sino en tener cumplimiento de sus deseos. Y San Agustín dice: Aquél es bienaventurado que tiene todo lo que quiere, y no quiere mal ninguno. Pues esto más lo tienen los pobres de espíritu, que los ricos y poderosos del mundo: porque los pobres de espíritu tienen todo lo que desean, porque no desean cosa alguna fuera de lo que tienen; con aquello están hartos y no desean más; antes todo les parece que les sobra; pero los ricos del mundo nunca están hartos ni contentos. Dice el Sabio (*Eccl* 5, 9): *No se hartará el avariento con el dinero*. La codicia nunca dice basta; porque esas cosas no pueden bastar para hartar su apetito, antes le despiertan y acrecientan. Así como el hidrópico, mientras más bebe, más sed tiene, así el avariento, por mucho que tenga, siempre codicia lo que le falta, siempre está suspirando por más, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podría haber; y más pena le da lo que le falta, que contento todo lo que tiene; y así siempre vive en pena y tormento, hambreando, deseando y procurando más.

De Alejandro Magno se cuenta que oyendo a un filósofo llamado Anaxeroncio o Ananaxarco tratar y disputar que había infinitos mundos, comenzó a llorar, y preguntándole los suyos por qué lloraba, respondió: ¿No os parece que tenga razón de llorar, que habiendo tantos mundos, co-

mo éste dice, aún no hemos podido ser señores de uno solo? Más pena le daba el deseo de lo que le faltaba, que contento todo lo que tenía. Y por el contrario, el otro filósofo (Grates), con una capa vieja y una mantilla pobre, andaba tan contento y tan regocijado, que siempre parecía que era Pascua para él; más harto y más contento y rico estaba con su pobreza que Alejandro con todo el mundo. Y así se lo dijo muy bien Diógenes el Cínico al mismo Alejandro, y lo trae San Basilio. Viendo Alejandro a este filósofo con suma pobreza, le dijo: De muchas cosas me parece que tienes necesidad: pídeme, y te las daré. Respondió el filósofo: ¿A quién te parece, oh emperador, que le falta más: a mí, que no quiero más que mi capa y mi zurrón, o a ti, que siendo rey de Macedonia, te expones a tanto peligro por ensanchar tu reino, y que apenas basta todo el mundo para tu codicia? Más rico soy yo que tú. Y dice San Basilio que dijo muy bien; porque decidme: ¿cuál es más rico? ¿Aquél a quien le sobra o aquel a quien le falta? Claro está que aquel a quien le sobra. Pues a aquel filósofo le parecía que le sobraba todo, y no le faltaba nada de lo que deseaba, porque no deseaba más de lo que tenía, y a Alejandro Magno le faltaba mucho para lo que deseaba y quería tener; luego más rico estaba aquel filósofo que Alejandro, y más le faltaba a Alejandro que al filósofo. De manera que la verdadera riqueza y el contento y felicidad de esta vida no está en tener mucho, sino en el cumplimiento de los deseos y hartura de la voluntad: ni la pobreza está en la falta de las cosas, sino en el hambre y deseo que uno tiene de ellas y en aquella sed insaciable de tener. Quitada esa, dijo allá Platón, el que fuere bueno será rico. Trae San Crisóstomo una buena comparación para declarar esto: Si uno tuviese gran sed, que tras un vaso bebe otro y otro, y con todo eso es tanto el ardor que siente dentro, que no se puede hartar; este tal, aunque tuviese mucha abundancia de agua que poder beber, no por eso diríamos que era dichoso y bienaventurado. Por más dichoso y bienaventurado tendríamos al que no tuviese sed, ni sintiese gana de beber; porque aquél es como el hidrópico, o como el que se está abrasando con una calentura recia; y éste, como quien está sano y bueno. Pues ésa es la diferencia que hay de los que desean tener riquezas y hacienda, a los verdaderos pobres de espíritu, que están contentos con lo que tienen y no desean cosa alguna de este mundo: que éstos están hartos, y los otros hambrientos y sedientos; éstos están ricos, y los otros pobres.

Esto es lo que dice el Espíritu Santo por Salomón: ¿Qué es cosa y cosa, dice el Sabio (*Prov* 13, 7), *que el que no tiene nada está muy rico, y el que tiene mucha hacienda y riquezas está como un pobre necesitado,* siempre hambreando y deseando más, pareciéndole que siempre le falta?

¿Sabéis qué es eso? Esa es la miseria, infelicidad y mengua que traen consigo las riquezas y bienes del mundo, que no pueden hartar ni dar contento; y ésa es la felicidad y bienaventuranza que trae consigo la pobreza de espíritu, que hace bienaventurados a los que la tienen, porque comienzan desde luego a gozar de una hartura muy grande. De Sócrates se refiere que solía decir Dios no tiene necesidad de nada, y así, aquél es más semejante a Dios, que tiene necesidad de menos cosas y se contenta con menos. Y pasando él por la plaza y viendo tanta multitud de cosas como allí se venden, solía decir, hablando consigo: ¡De cuánta multitud de cosas no tengo yo necesidad! El vulgo ignorante y los avarientos y codicioso, cuando ven tanta multitud de cosas, gimen diciendo: ¡Qué de cosas me faltan!

CAPÍTULO 5

De los religiosos que, habiendo dejado cosas mayores,
se aficionan en la Religión a cosas menores.

De lo dicho se sigue, para nuestro aprovechamiento: lo primero, que si los que dejamos el mundo, hacienda y riquezas, no dejamos también la afición a esas cosas, no somos pobres de espíritu; porque esta pobreza consiste en que no sólo con el cuerpo y exteriormente nos apartemos de las cosas del mundo, sino que con la voluntad y afición nos despeguemos también de ellas; y eso es lo principal de la pobreza de espíritu. Y así, si aún dura en vos la afición a esas cosas, no las habéis dejado del todo; con vos las trajisteis a la Religión, pues las tenéis dentro de vuestro corazón, y así no sois pobre verdadero, sino fingido; y, por consiguiente, ni religioso verdadero y perfecto, sino fingido; pues solamente con el cuerpo estáis en la Religión, y con el espíritu y corazón en el mundo; falsamente tenéis el sombre de religioso.

Lo segundo se sigue que si el religioso que dejó y menospreció la hacienda y riqueza del mundo, acá en la Religión se aficiona a cosillas, al aposento, al vestido, al libro, a la imagen o a otras cosas semejantes, no es verdadero y perfecto pobre de espíritu. La razón es la misma, porque lo principal de la pobreza de espíritu está en dejar la afición de las cosas del mundo, y tener despegado el corazón de ellas; y este tal no ha dejado esa afición, sino la que tenía allá a esas cosas, acá en la Religión la ha pasado y mudado a cosas pequeñas; y así está pegado y aficionado su corazón a estas niñerías, como lo estaba allá en el mundo a la hacienda y riquezas.

Casiano trata muy bien este punto. No sé, dice, cómo declarar una cosa ridícula, que pasa en algunos religiosos, que después de haber dejado la hacienda y riquezas que tenían en el mundo, los vernos en la Religión andar con tanto cuidado y solicitud en cosillas y menudencias, buscando y procurando algunas comodidades superfluas e impertinentes, tanto, que aun algunas veces es más la afición y solicitud que tienen en estas cosas, que la que tenían en el mundo a toda su hacienda. A los cuales, dice, poco les aprovechará haber dejado mucha hacienda y grandes riquezas, porque no dejaron la afición de ellas, que la mudaron y pasaron a estas cosas pequeñas y menudas, porque la afición y codicia que ya en la Religión no pueden ejercitar acerca de cosas preciosas, la tienen y ejercitan en cosas pequeñas y viles. Y así muestran manifiestamente que no dejaron la afición y codicia, sino que la mudaron y pasaron a estas niñerías. La misma codicia se tienen acá que allá, como si el mal estuviera en el oro o en la diferencia de los metales y de las cosas, y no en la pasión y afición del corazón; y como si para eso hubiéramos dejado las cosas grandes, para poner nuestra afición en las pequeñas; que no dejamos para eso las cosas mayores, sino para eso dejamos lo más y rompimos con eso, para que acá se nos haga más fácil menospreciar lo menos. Porque de otra manera, si la afición y la codicia tiene preso y asido nuestro corazón, ¿qué más se me da que eso sea con cosas grandes, o con cosas viles y pequeñas; pues tan pegados y aficionados estamos acá a esas cosas pequeñas, y tan ocupado y embarazado está nuestro corazón con ellas, como pudiera estar con las grandes? Todo se sale a una cuenta, como lo mismo es no ver el sol por estar puesta delante de los ojos una lámina, ora sea de oro, ora de hierro o estaño; tanto impide lo uno como lo otro.

Lo mismo dice el abad Marco en una consulta o coloquio que hace, hablando con su ánima: Me dirás, ánima mía muy amada, nosotros no allegamos oro ni plata, ni tenemos heredades ni posesiones, y yo te responderé que no es el oro ni las heredades lo que daña, sino el usar mal de estas cosas, y la afición desordenada a ellas. Y así vemos que algunos ricos, porque no dejaron pegar su corazón y afición a las riquezas, agradaron a Dios, y fueron santos, como un Abraham, un Job, un David. Sin embargo nosotros, no teniendo riquezas, habiéndolas ya dejado, sustentamos y conservarnos el vicio de la avaricia en cosas bajísimas y apocadas. No allegamos oro ni plata, pero allegamos cosas vilísimas, y en ésas ponemos nuestro corazón, y les tenemos tanta afición, como tuviéramos en el mundo al oro y a la plata; y tanto nos inquietamos acá algunas veces por estas cosas, como nos inquietáramos allá por esas otras, y aun por ventura más. No re-

cibimos obispados, ni pretendemos dignidades, ni tenemos ambición de esas cosas, pero deseamos la honrilla y la opinión de los hombres, y la procuramos por todas las vías que podemos, y nos holgamos de ser alabados y estimados, así de los de dentro como de los de fuera.

Más miserables y más dignos de reprensión somos que los del mundo, dicen estos Santos, por hemos apocado y abatido más que ellos; porque los del mundo, ya que se aficionan, es a cosas que parecen de tomo y de valor, pero nosotros, habiendo dejado esas cosas, ponemos nuestra afición en cosas viles y pequeñas. Nos hemos vuelto niños. Habíamos de irnos haciendo hombres y *varones perfectos*, creciendo cada día, como dice San Pablo (*Ef* 4, 15), y lo hacemos al revés, que de hombres y varones que fuimos, cuando entramos en la Religión, dejando todas las cosas del mundo y rompiendo varonilmente con todo, nos hemos hecho niños, poniendo nuestra afición en niñerías y dijes de niños. Y así como el niño, en quitándole la manzana y la niñería luego llora, así estos tales, en quitándoles la cosilla a que estaban aficionados, y en no concediéndoles lo que piden, luego se turban y se tientan. Esto es lo que dice Casiano, que por una parte es cosa de risa, y por otra de lástima y compasión, ver que un hombre grave, un religioso que al fin tuvo pecho para menospreciar el mundo y cuanto había en él, se venga a sujetar tanto a cosas bajas y menudas, que se turbe e inquiete como un niño, porque no le dieron una manzana, porque le quitaron una niñería.

El glorioso Bernardo, escribiendo a unos religiosos, dice: Más miserables somos nosotros los religiosos que todos los hombres, si en la Religión hemos de andar en estas niñerías, y por ellas perder todo lo que hemos dejado y hecho hasta aquí. ¡Qué ceguedad, o, mejor decir, qué locura y desatino es que habiendo dejado las cosas mayores, nos vengamos a sujetar a unas cosas tan bajas y apocadas, con tan gran pérdida y menoscabo nuestro! ¿Queréis ver la pérdida?, dice San Bernardo: Hemos menospreciado el mundo y todas las cosas de él, hemos dejado nuestros padres, parientes y amigos: nos hemos emparedado en los monasterios, y obligado a cárcel perpetua, y a estar siempre debajo de llave y de portero; hemos dejado nuestra voluntad y nos hemos obligado a seguir siempre la voluntad ajena; ¿qué no habíamos de hacer para no perder tantas y tan grandes cosas?

CAPÍTULO 6

De tres grados de pobreza.

Tres grados de pobreza ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. El primero, de los que exteriormente dejaron las cosas del mundo, pero no las dejaron interiormente con la voluntad, sino se quedaron con la afición a ellas; y estos ya dijimos que no eran pobres verdaderos, sino fingidos, y que falsamente tienen el nombre de religioso. El segundo grado de pobreza es de los que han dejado las cosas del mundo con efecto y de voluntad, y también acá en la Religión han dejado la afición de cosas superfluas, pero la tienen grande a las cosas necesarias: andan con mucho cuidado de que no les falte nada de lo que han menester; quieren estar muy bien acomodados en todo, en la comida, vestid, aposento y en todo lo demás y cuando en esto les falta algo, se sienten y quejan: ésta no es perfecta pobreza. Dice muy bien San Bernardo: cosa es mucho de dolor ver que hay el día de hoy tantos que se glorían del nombre de la pobreza, y de tal manera quieren ser pobre, que no quieren que les falte nada, sino que todo sea muy cumplid. Eso no es pobreza, sino riqueza, y tan grande, que aun los ricos del mundo no la tienen, sino que padecen muchas faltas en esas cosas: unas veces, porque no tienen todo lo que quieren; otras, por no gastar, sufren más que nosotros por el amor de la virtud; otras, porque aunque lo tengan y gasten, no lo aciertan a hacer los criados todo a su gusto. Y vos, que sois religioso, y profesáis pobreza y habéis hecho voto de ella, no queréis sentir necesidad ni padecer cosa alguna. Eso no es ser amigo de la pobreza, sino ser amigo de vuestras comodidades y de tenerlo todo muy cumplido. Allá en el mundo, por ventura, os faltara mucho más; no es razón que en la religión, donde venimos a mortificarnos y hacer penitencia, queramos más regalo y más comodidades de las que tuviéramos allá.

Pero si queremos llegar a la perfección de esta pobreza de espíritu y llenar el nombre de religiosos, y que concuerde la vida con el nombre que tenemos, hemos de procurar pasar adelante, al tercer grado de pobreza, que es: [pobreza de las cosas necesarias; porque el verdadero pobre aun de lo necesario hace poco caso]. Es menester dejar la afición, no sólo de las cosas superfluas y excusadas, sino también de las necesarias. De manera que aun en ésas seamos pobres y demostremos en ellas afición y deseo a la pobreza; y ya que no las podemos excusar y dejar del todo, a lo menos tomemos lo necesario tasada y estrechamente, y no vayamos ensanchando esa necesidad, sino estrechándola y reduciéndola a lo menos que pudiére-

mos, holgándonos siempre de padecer algo en eso por el amor de la pobreza. Dice un Santo: no es loable ser el hombre pobre, sino cuando siendo muy pobre ama aquella pobreza que tiene, y se huelga con ella, y sufre y lleva con alegría las faltas que en ella se le ofrecen, por amor de Cristo. Pues el que quisiere ver si es pobre de espíritu y si va aprovechando en eso, mire si se huelga con los efectos de la pobreza y con los amigos y compañeros de ella, que son hambre, sed, frío, cansancio, desnudez. Mirad si os holgáis con el vestido viejo y con el zapato remendado; mirad si os holgáis cuando os falte algo en la mesa y cuando se olvidan de vos o cuando no vienen tan a vuestro gusto; mirad si os holgáis cuando el aposento no es tan acomodado; porque si no os holgáis con estas cosas, ni las amáis, antes huís de ellas, no habéis llegado a la perfección de la pobreza de espíritu: lo cual declararemos más adelante.

CAPÍTULO 7

De algunos medios para alcanzar la pobreza de espíritu y conservamos en ella.

Nos ayudará mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella: lo primero, aquello que nos dice nuestro Padre en las Constituciones: «Ninguno tenga el uso de cosa alguna como propia.» Declaraba él esto con una comparación: decía que el religioso, en todo aquello de que usa, ha de hacer cuenta que está vestido y adornado de ello como una estatua, la cual no resiste en cosa alguna, cuando o porque le quitan sus vestidos: de esa manera habéis vos de tener el vestido que tenéis, el libro y el Breviario y todo lo demás que usáis, que si os dicen que lo dejéis o lo troquéis con otro, no sintáis más que siente la estatua cuando la despojan de sus vestiduras; si de esta manera lo tenéis, no lo tendréis como propio. Pero si cuando os dicen que salgáis de tal aposento, o que dejéis tal cosa o la troquéis con otra, sentís mucha repugnancia y dificultad, y no sois como la estatua, señal es que teníais aquello como vuestro, pues os sentís y agraviáis que os lo quiten. Por esto quiere nuestro Padre que los superiores prueben y tienten algunas veces a sus súbditos en la virtud de la pobreza y en la virtud de la obediencia como Dios, dice, tentó a Abraham, para que se eche de ver la virtud que cada uno tiene, y para darles con eso ocasión de que crezcan más en ella. Esta es una manera de prueba muy buena, y un medio muy a propósito para lo que vamos diciendo: quitarnos lo que tenemos y hacérnoslo trocar y mudar.

Dice San Agustín, tratando de la afición a estas cosas de la tierra: Muchas veces, cuando tenemos la cosa, pensamos que no estamos aficionados a ella; sin embargo, cuando nos la quitan, conocemos lo que somos. Si cuando dejáis la cosa u os la quitan sentís repugnancia y dificultad, y por ventura os tentáis, es señal que estabais aficionado a ella; porque de la afición nació ese dolor y sentimiento. Dice San Agustín: Cuando dejamos la cosa sin tomar pena y tristeza, es señal que no estábamos pegados ni aficionados a ella, pero cuando la dejamos con pena y dolor, es señal que la teníamos afición. Pues por esto es muy bueno que los superiores usen a menudo el ejercitarnos en estas cosas, mudándonos del aposento en que por ventura nos hallábamos muy bien y estábamos aficionados a él, y haciéndonos dejar el libro y trocar el vestido, para que no vayamos prescribiendo en ninguna cosa; porque de esa manera podría ir entrando poco a poco la propiedad y desmoronando este muro firmísimo de la pobreza. Y así leemos que este ejercicio era muy usado de aquellos Padres antiguos, para que los religiosos no se aficionasen a las cosas ni las tuviesen como propias.

Así lo hacía San Doroteo con su discípulo San Dositeo. Le daba una ropa o vestido, y hacía que le cosiese y aderezase muy bien, y después que él lo tenía muy bien acomodado para sí, se lo quitaba y lo daba a otro. Es este libro de San Doroteo muy conforme a nuestro modo de proceder, y desciende a muchas cosas menudas. Se cuenta allí que era enfermero San Dositeo, y se contentó una vez de un cuchillo y se lo pidió a San Doroteo, no para sí, sino para usar de él en la enfermería. Le dice San Doroteo: ¿Te contenta el cuchillo, Dositeo? ¿Cuál quieres más: ser esclavo de esté cuchillejo, o ser esclavo de Cristo? ¿No te avergüenzas de que este cuchillejo se enseñoree de ti? ¡Oh! Cuántas veces nos podríamos decir esto a nosotros mismos: ¿No te avergüenzas que una niñería como ésta se enseñoree de ti y te traiga al retortero? Le dice: no lo toques más. Nunca más lo tocó. Y no tengamos éstas por niñerías ni por cosas de poca importancia. Dice maravillosamente San Jerónimo, en un ejemplo semejante: A los que no entienden el valor de la virtud ni han llegado a la perfección y puridad de ella, le parecerán por ventura estas cosas juegos de niños y de poca importancia; pero no son, dice, sino de grande perfección y una sabiduría santa, escondida a los sabios y prudentes del mundo, y revelada y manifestada a los humildes y simples de corazón.

Lo segundo que nos ayudará a conservar en esta pobreza de espíritu, será no tener cosa ninguna superflua. Esta es una cosa particular en que el

Señor nos hace mucha merced en la Compañía; porque nuestros aposentos son como aquel que dice la sagrada Escritura (6 *Reyes* 4, 9), que tenía aderezado aquella mujer de Sunamitis para el santo Profeta Eliseo. Pasaba muchas veces el Profeta por su casa, y dice a su mando: Parece que este hombre es santo: [*Dispongamos, pues, para él un aposentillo, y pongámosle en él una cama, una silla y un candelero, para que cuando viniere a nuestra casa se recoja en él*]. Este ha de ser el aderezo de nuestros aposentos: una cama, una mesa, una silla y un candil: solamente lo necesario: no se usa ni se permite acá en ninguna manera tener las celdas aderezadas y compuestas con cuadros, retratos u otras cosas semejantes, ni se permite tener en ellas sillas de respeto, ni escritorio curioso, ni carpeta, ni antepuerta, ni podemos tener en nuestra celda un poco de conserva, ni otro regalo ninguno con que consolarnos o con que podamos consolar y convidar a los que nos visitasen, sino que aun para beber un poco de agua es menester pedir licencia e ir al refectorio; ni aun un libro puede uno tener en que eche una raya y pueda llevar consigo. No se puede negar, sino que ésta es gran pobreza; pero es juntamente gran descanso y grande perfección, porque estas cosas no hay duda sino que ocupan y embarazan mucho a un religioso; porque el haberlas, el conservarlas, el aumentarlas, claro está que ha de costar cuidado y distracción. Pues de no permitirse el tenerlas, como no se permite acá, vienen a cesar todos esos inconvenientes.

Una de las razones de por qué en la Compañía no se usa que los de fuera entren en nuestros aposentos, fuera de otros inconvenientes que en ello hay, es para que así se pueda mejor conservar nuestra pobreza; porque al fin somos hombres, y si hubiera de entrar en nuestra celda el caballero, el mercader y el letrado que confesamos, no sé si tuviéramos virtud para contentarnos con la pobreza que en ella tenemos, sino que quisiéramos tenerla muy adornada de libros, para que siquiera por los libros me tuviera el otro por letrado y por hombre de mucha cuenta. Y así nos ayuda esto mucho a conservarnos en nuestra pobreza, y a no tener cosas superfluas, y lo hemos de estimar en mucho, y procurar que vaya siempre adelante.

Es también muy buen medio para conservarnos en esta santa pobreza, y mucho de loar, lo que usan algunos religiosos de llevar al superior todas sus cosillas que llaman aficiones, y deshacerse de ellas, aunque sean cosas que lícitamente y conforme a obediencia las pudieren tener. En las Crónicas de la Orden de San Jerónimo (cap. 43) se dice que en sus principios se usaba mucho esto, y que se tenía tanto cuidado de que ningún religioso tuviese cosa superflua ni curiosa, que cuando se hallaba en poder de

alguno alguna cosa curiosa y no religiosa, se juntaban todos a capítulo, y hacían un gran fuego en medio, y allí la quemaban, diciendo aquellos santos varones que aquellas tales cosas eran ídolos de los religiosos. Pues esto hemos nosotros de imitar: todas las cosas que no nos son necesarias, las hemos de desterrar de nuestras celdas, y deshacernos del todo de ellas; llevándolas y ofreciéndolas al superior, sin esperanza de que jamás nos las vuelvan; y para deshacernos de estas cosas y ofrecerlas al superior no es menester que las tengamos afición, sino basta que no sean cosas necesarias.

Añade a esto otra cosa San Buenaventura, que aun para dar a otros, como algunos hacen con título de premios, y de ganarlos, o con color de devoción, no aprueba el tener estas cosillas; porque al fin ocupan el corazón, y son causa de distracción: fuera de que esto es hacerse uno singular entre los demás, porque él parece que es el que en casa tiene tienda de esas cosas y a quien todos han de acudir. Y más, dice el Santo: hay otro inconveniente en esto, que muchas veces se dan estas cosillas sin licencia, unas veces sin mirar en ello, otras porque tiene uno vergüenza de acudir tantas veces al superior con esas niñerías, y es causa que los otros las reciban también algunas veces sin licencia, por no atreverse a decir de no, y avergonzar al que se las da; y así es causa que queden por una parte desedificados de él, y por otra con escrúpulo y remordimiento. También hay en esto otro inconveniente, que algunas veces, con estas dádiva, donecillos, se suelen cebar y fomentar las amistades y familiaridades particulares, que condenan los Santos, porque son en perjuicio de la unión y caridad fraterna, como dijimos en su lugar. Por lo cual, dice San Buenaventura no agradan estas cosas a nuestros mayores. Y así es también en nuestra Religión; porque aunque se permite esto en algunos, por razón de sus ministerios, pero en otros bien sabemos que no agrada a los Superiores ni edifica a nuestros hermanos. El religioso ha de ser tan pobre, que no tenga qué dar. Y esto es lo que edifica, y los que son amigos de tener cosillas para dar, no edifican ni parecen bien; y así es razón que sigamos en esto el consejo de San Buenaventura.

Ayudará también mucho para esto llevar adelante una cosa, en que resplandece grandemente la virtud de la santa pobreza, y nos hace el Señor también particular merced en ella en la Compañía; y es, que no tenemos las celdas cerradas, ni podemos sin particular licencia del superior tener escritorio, ni arca, ni otra cosa alguna cerrada: todo está abierto y patente al superior. De manera que en el mismo modo de tener cuanto tenemos y

usamos parece que estamos diciendo: Tornadlo allá, si queréis. Y notó esto muy bien San Jerónimo: no sean menester llaves, porque eso sea señal e indicio que nada tenemos ni estimamos, sino a Jesús. Y con tenerlo todo tan patente y manifiesto, por la bondad del Señor, está muy guardado para con los de casa. Porque para que pudiésemos hacer eso con facilidad y seguridad, puso nuestro Padre lo primero, una regla, que nadie pueda entrar en la cámara de otro sin licencia del superior, que es una cerradura o llave con la cual ha de estar más guardada vuestra celda que con la llave de hierro. Y puso también otra regla, que ninguno tome cosa alguna de la casa o cámara de otro sin licencia del superior, que es otra cerradura y llave muy fuerte. Y sobre todo eso echa el sello el voto de la pobreza, que es otro candado fortísimo. Con estas tres cerraduras y llaves tan fuertes, más guardada he de estar nuestra celda y todo lo que tuviésemos en ella, para con los de casa, aunque esté abierta y patente, que si estuviera cerrada con puertas y candados de hierro. Y todos hemos de procurar que sea así, para que vaya esto adelante; y sería digno de gran castigo el que con su atrevimiento fuese causa que se menoscabase esta llaneza, sinceridad y perfección con que procede la Compañía, y nos pusiese en contingencia de alterar una cosa tan santa, y en que tanto resplandece la virtud de la santa pobreza; contra los cuales hablan gravemente, y con palabras mayores, San Basilio y San Buenaventura.

CAPÍTULO 8

De otro medio que nos ayudará mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella.

Nos ayudará también mucho para conservarnos en la pobreza de espíritu, y alcanzar la perfección de ella, no solamente deshacernos de las cosas superfluas, sino procurar que en las mismas cosas necesarias, de que forzosamente hemos de usar, resplandezca la virtud de la pobreza, y que en todas ellas parezcamos pobres, pues lo somos. Esto nos encarga a nosotros nuestro Padre en las Constituciones: El comer, vestir y dormir será como cosa propia de pobres, y cada uno se persuada que lo peor de casa será para él, para su mayor abnegación y provecho espiritual. Y en otra partes dice: «Amen todos la pobreza como madre, según la medida de la santa discreción, a sus tiempos sientan algunos efectos de ella.» Quiere nuestro Padre que deseemos lo pobre y lo peor; pero no quiere que se nos vaya todo en deseos, sino que algunas veces sintamos por obra los efectos de la po-

breza, de manera que aunque no falte lo necesario para la vida, haya siempre en qué se pruebe la virtud de la santa pobreza. Y no se contentó con decir esto así en general una y otra vez, sino después en la sexta parte de las Constituciones se pone de propósito a declarar cómo ha de ser nuestro vestido, para que siendo por una parte religiosos y conveniente a nuestros ministerios, sea también conforme a la pobreza que profesarnos. Y dice que se han de guardar tres cosas en él: lo primero, que sea honesto, porque somos religiosos; lo segundo, que sea acomodado al uso de la tierra en que vivimos, porque nuestro modo de vivir es común en lo exterior; lo tercero, que no sea contrario a la pobreza. Y declara allí que sería contrario a la pobreza si el vestido fuese de paño muy costoso. Y así, aunque padres, parientes, amigos o devotos quieran dar al religioso paño fino, no se ha de vestir de ello, porque ése no sería hábito de pobre, ni conforme a nuestras Constituciones. Algunos alegan que se ahorra en ser el paño bueno, porque dura doblado y tresdoblado, y que así parece aún más pobreza. Pero éstas son razones de carne y mundo; mucho más va en que resplandezca la pobreza en el vestido que traemos, y en que parezcamos pobres, y andemos vestidos como pobres, pues lo somos, que en todo cuanto se puede ahorrar. Y más: no sólo en la calidad del paño, sino en la misma hechura del vestido ha de resplandecer también la pobreza; porque si uno quisiese un vestido muy cumplido, muy largo y autorizado, ése no sería hábito de religioso pobre.

Con dos cosas solamente quiere nuestro Padre que se tenga cuenta en el vestido, con la decencia y honestidad y con que defienda del frío. Porque para estas dos cosas se instituyó el vestido, y ese es su fin. Y es doctrina de San Basilio, el cual trae a este propósito aquello de San Pablo (1 *Tim* 6, 8): Nos contentamos con tener alimentos con que sustentamos y vestidos con que cubrimos. Dice el Santo: Mirad que dice alimentos, no regalos y deleites; y mirad que dice vestidos con que cubrirnos, no con que nos honremos. Nos hemos de contentar con sólo lo necesario; y todo lo demás, que dice autoridad y ostentación, se ha de desterrar de la Religión, y en ninguna manera se ha de permitir, porque es vanidad y profanidad: vaya fuera todo eso, no se nos vaya entrando acá el mundo.

¡Oh, cómo temía esto el glorioso San Francisco aun en su Religión! Se cuenta en sus Crónicas que fray Elías, hombre principal en la Orden, y que fue Ministro General de ella, hizo un hábito para sí largo y ancho y con mangas largas y de paño de precio. Le llamó San Francisco delante de muchos frailes, y le dijo que le prestase aquel hábito que traía vestido; y el

Santo se lo vistió sobre el suyo, haciéndole sus pliegues en la falda, y aderezando la capilla, y doblando las mangas con gesto de vanidad, y comenzó a andar así con la cabeza alta, y el pecho hinchado, y con pasos de grande fausto, y con voz sonora y grave saludaba a los frailes que presentes estaba. ¡Oh gente honrada, Dios os dé salud! Los frailes estaban espantados de ver lo que el Santo hacía y decía. Y hecho esto, con gran fervor y celo se quitó muy recio el hábito, y con muy gran desprecio le arrojó lejos de sí, y dijo a fray Elías, oyéndolo todos: Así andan vestidos los bastardos de la Orden. Y se quedó en su hábito humilde y despreciable, estrecho y corto; y mudando el rostro en alegría y mansedumbre, con mucha humildad y familiaridad comenzó a hablar a sus frailes, enseñándoles toda mansedumbre, pobreza y humildad.

Pues no seamos nosotros hijos bastardos de la Religión, sino hijos legítimos, que en todo nos parezcamos a nuestra madre la santa pobreza. Nuestro vestido ha de ser como cosa propia de pobres, que resplandezca en él la pobreza y descubra que somos pobres. Y para esto había de ser aún menos de aquello que, pudiéramos decentemente traer, y aun algo menos de aquello que al parecer del mundo nos era necesario. Porque no se dice pobre en el vestido el que trae todo el vestido necesario muy cumplidamente, ni da señal en él de que es pobre, sino aquel a quien falta algo de lo necesario. Y así dijimos arriba que la perfecta pobreza era holgarnos de sufrir y padecer alguna mengua y falta aun en lo necesario; y que el que no quiere sufrir ni padecer ninguna necesidad, no ha llegado a la perfección de la pobreza de espíritu.

Lo que hemos dicho del vestido, se ha de entender en las demás cosas de que usamos. En todas ellas hemos de procurar que resplandezca la virtud de la santa pobreza, y que se eche de ver que somos pobres: en el aposento, no teniendo en él sino lo necesario, y eso de lo más ruin, la más pobre mesa, la cama más desechada; lo peor de casa habéis de querer que sea para vos; y los libros que no son muy necesarios, llevadlos a la librería, y no queráis hacer autoridad de tener muchos libros en el aposento. San Buenaventura desciende en esto muy en particular a cosas menudas, encargando mucho al religioso que no tenga sino solamente las cosas necesarias, y ésas, dice, ha de procurar que no sean curiosas, ni pulidas, sino toscas, bastas, viejas y remendadas. No queráis que los libros sean muy bien encuadernados, ni que el breviario o diurnal sea curioso ni pulido, ni singular. No traigáis con vosotros imágenes curiosas, ni rosarios de mucho precio o estima; y si tuvierais algún *Agnus Dei*, o alguna cruz o relicario

para vuestra devoción, sea conforme a la pobreza que profesamos; y cuanto más pobre fuereis en esto, tanto agradaréis más a Dios y a los Santos.

Decía el bienaventurado San Francisco que el tener cosas curiosas y no necesarias era señal de espíritu muerto: porque el espíritu tibio y resfriado del calor de la gracia, ¿con qué, dice, se ha de cubrir y entretener, sino con estas cosillas? Como no halla consuelo en las cosas espirituales, le busca en estos entretenimientos exteriores. Esta es una verdad muy grande y muy experimentada, y por eso nuestros superiores hacen tanto caso de estas cosillas: lo uno, por lo que toca a la pobreza; y lo otro, porque entienden que no hay espíritu, cuando uno se entretiene en cosas semejantes. Y no sólo en esto, sino en las mismas cosas necesarias, como queda dicho, hemos de ser pobres y parecerlo, holgándonos de padecer alguna mengua en ellas, por imitar a Cristo nuestro Señor, que *siendo tan rico y poderoso, se hizo pobre por nuestro amor* (2 *Cor* 8, 9) y quiso sentir tanta mengua de las cosas necesarias, padeciendo hambre, sed, frío, cansancio y desnudez. Dice San Bernardo: En el Cielo había grande abundancia de bienes y riquezas, pero no se hallaba allá pobreza ninguna, acá en la tierra había mucha abundancia de esta mercadería, y no conocían los hombres su precio y valor; pues ¿qué hizo el Hijo de Dios? Como sabio mercader, se aficionó a esta mercadería y cargó de ella, para que de esa manera la conociesen y estimasen los hombres, y cargasen también de ella, pues vale tanto en el reino de los Cielos.

CAPÍTULO 9

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En el libro de los Varones ilustres de la Orden del Císter se cuenta de un abad de un monasterio de Sajonia que no se contentaba con vestirse del paño de la tierra, sino enviaba cada año a Flandes por paños finos y preciosos, y de ésos se vestía. Muriendo este abad, los monjes repartieron entre sí sus vestidos, y el prior del monasterio tomó para sí una de sus túnicas, y vistiéndosela una noche muy solemne, como por solemnidad de la fiesta, como si le pusieran láminas de fuego, comenzó a dar voces que se abrasaba, y arrojó luego de sí la vestidura, la cual vieron todos que echaba de sí centellas de fuego, como si fuera un hierro ardiendo. Atónitos y espantados de esto los que habían tomado algo de los vestidos del padre abad, lo trajeron luego allí y hacen un montón de ellos; y comienzan a salir

y levantarse centellas de fuego por todas partes, como de horno encendido, y duró tanto esto, que pudieron dar aviso a lodos los abades comarcanos, y vinieron, dieron testimonio de este juicio tan temeroso den Dios.

Cesario cuenta que un caballero hacía muchos agravios a un convento de San Benito, en Francia; determinaron los religiosos de enviar un monje al rey *Filip*o, quejándose de las injusticias que padecían, y enviaron un monje mozo y noble, a quien el rey oyese bien por sus deudos principales; y llegado al rey, le dijo: Un hombre ha hecho grandes agravios a nuestro monasterio, al cual suplico a vuestra alteza le reprima y haga restituir los bienes que nos ha llevado. Y mirando el rey el hábito y meneos del monje, le preguntó quién era; y sabido que era hijo de un caballero muy conocido, dijo otras palabras, hasta que el monje le dijo: Señor, en verdad que todo cuanto teníamos en el convento nos llevó, y casi no nos dejó nada. Respondió el rey: Bien se echa de ver eso en vuestros zapatos, que si algún poco de cuero os hubiera dejado, no estuvieran tan apretados. Cuanto sois más noble que los demás, tanto habéis de ser más humilde. Y queriéndole aplacar, añadió: No os dé pena mi aviso; que lo hago por vuestro bien. Volveos a vuestra casa, que yo haré que no os dé más molestia esa persona.

Otro ejemplo semejante cuenta allí Cesario de otro *Filip*o, rey de romanos, que respondió casi lo mismo a un abad del Císter, que hablando con él de la necesidad de su convento, mirándole el rey a los zapatos, que los traía muy justos y apretados, le dijo: Bien se echa de ver que es vuestra casa muy pobre en vuestro calzado, pues aun el cuero le cuesta caro: de lo cual se corrió mucho el abad.

Se cuenta del bienaventurado San Francisco en sus Crónicas que un guardián muy familiar del santo Padre fundó un oratorio para los frailes, junto del cual hizo una celda, algún tanto apartada, en que el Santo pudiese morar y estar en oración, cuando allí estuviese, porque holgase de estar allí más tiempo. Y la celda era de madera labrada a azuela solamente y viniendo el Padre San Francisco a aquel lugar, le llevó a ver la celda, y le dijo el Padre San Francisco: Si quieres, hermano, que yo more en esta celda, hazle de dentro una vestidura de mimbres y ramos de algunos árboles, porque vea en ellos la pobreza. Y como hicieron esto, moró en la celda por algunos días.

De nuestro Padre San Francisco de Borja se lee en su *Vida* que en todas sus cosas daba muestra de verdadero pobre y de perfecto amador de esta virtud en su vestido, comida, cama y aposento, y aun en las cosas más

menudas, como en el papel que gastaba para sus sermones, en el fuego que se le hacía en alguna necesidad y en cosas semejantes; tanto, que no había acabar con él, que tomase unos zapatos ni unas calzas nueva, Y aunque le quisieron engañar una vez con unas, poniéndoselas antes de levantar, en el lugar de las viejas, no les valió. Cuando iba a pedir limosna, de mejor gana comía los mendrugos y pedazos de pan que él u otras traían, que el pan entero que se ponía en la mesa. En sus caminos, por largos y trabajosos que fuesen, y por mucha falta que tuviese de salud, no consentía que se llevase para su persona ni una sábana limpia, temiendo que esto sería en perjuicio de la santa pobreza. Muchas veces dormía en algunos pajares a teja vana en tiempo de frío, y entrando el viento por muchas partes, con tanta alegría y regocijo, que ponía espanto y confusión a sus compañeros. Su fieltro y capa aguadera, así el invierno como el verano, era su manteo doblado y cubierto al revés, por no gastarle tanto; y por maravilla sufrió que le hiciesen calzar botas u otra defensa de la lluvia; decía que harta defensa era un sombrero para el sol y para el agua. Y con esto no pocas veces llegaba a las posadas empapado en agua y penetrado de frío, y su alegría era cuando, llegando de esta manera, no hallaba buen recaudo en la posada. En ninguna enfermedad, ni tiempo recio y frío que hubiese, permitió que en su cama o aposento se colgase cosa de abrigo pareciéndole que era gran regalo una esterilla, que se clavaba en su cabecera; lo cual todo era más agradable y admirable en él, cuanto más era lo que había dejado en el mundo.

CAPÍTULO 10

A qué y cómo obliga al religioso el voto de la pobreza.

Resta tratar a qué nos obliga el voto de la pobreza en rigor, y cuando pecará uno contra él, y cuándo será pecado mortal; porque razón es que entienda bien el religioso la obligación que tiene con serlo, y por razón de los votos que ha hecho. Otras veces tratamos cosas de perfección; ahora trataremos de lo que es obligación, que ha de ser siempre lo primero, y como fundamento sobre que se ha de edificar todo lo demás. Recogeremos con la brevedad que pudiéremos lo que acerca de esto dicen los doctores, así teólogos como juristas, sacado del mismo Derecho canónico y de los Santos. El voto de pobreza de suyo obliga al religioso a no tener señorío, ni propiedad, ni uso de cosa alguna temporal, sin licencia legítima del superior. Esta es común sentencia de todos los doctores y declarada expresamente en los sagrados Cánones.

De aquí se sigue, lo primero, que el religioso, por el voto de la pobreza, está obligado a no tener ni, poseer, ni dar, ni tomar, ni recibir cosa alguna temporal para retenerla, o usar, o disponer de ella sin licencia del superior; porque eso es propio del que es o puede ser propietario o señor de la cosa; y así, el que eso hiciere, haría contra el voto de la pobreza. Así lo infieren y dicen todos los doctores y está expresado y declarado en los sagrados Cánones.

Lo segundo, se sigue que no solamente hace contra el voto de pobreza el religioso que toma, o retiene, o da, o dispone de alguna cosa de la casa sin licencia del superior sino también el que de los de fuera, parientes, amigos o devotos, recibe alguna cosa y la retiene o dispone de ella sin licencia del superior. Esta es también común sentencia de los doctores, y está expresada en el Derecho canónico como cosa cierta.

Estos son los principios y fundamentos de toda esta materia, y sobre ellos hemos de ir fundando todo lo que se ha de decir, sacando de estos principios las conclusiones para resolución de los casos particulares que se pueden ofrecer.

Nuestro Padre, en las Constituciones, tratando de esta materia, nos propone y declara a nosotros todo esto; y se sacó en las reglas para que lo tengamos delante de los ojos. Dice en la regla veintiséis: Entiendan todos que no pueden prestar, ni tomar, ni disponer de nada de la casa, sin que el superior lo sepa y sea contento. Y porque no pensase nadie que solamente era contra la pobreza el tomar o disponer de alguna cosa de la casa sin licencia del superior, y que el recibir de los de fuera, o disponer de lo recibido de ello, sin licencia, no era contra el voto de la pobreza, declara también esto segundo en otra regla, que dice: «No usurpará nadie cosa alguna de la casa o cámara de otro, ni la tornará de cualquiera manera, que sea, de persona de fuera, para sí ni para otro, sin licencia del superior.» En estas reglas recopila nuestro Padre brevemente a qué nos obliga el voto de la pobreza en todo rigor.

Pero es menester advertir aquí no se engañe nadie pensando que no es pecado, o a lo menos, que no será mortal, el hacer contra estas reglas, por decir que nuestras Constituciones y reglas no obligan a pecado. Porque podría acontecer engañarse alguno en esto, diciendo: Bien veía yo que hacía contra la regla en recibir aquello del otro o en dárselo; mas como nuestras reglas no obligan a pecado, no pensé que era pecado, sino que quebrantaba solamente una regla. Es verdad que nuestras reglas y Constituciones no obligan a pecado, como nuestro Padre lo declara en las mismas

Constituciones; sin embargo los votos que hacemos, claro está que obligan a pecado, y a pecado mortal de suyo. Y así lo declaró allí nuestro Padre para que nadie pudiese pretender ignorancia, ni tomar de allí ocasión de errar, aunque bien claro se estaba ello. Porque claro está que así como el religioso que quebrantase la castidad, pecaría mortalmente contra el voto que tiene hecho de ella, y sería nuevo sacrilegio; así también el que quebranta el voto de la pobreza, peca mortalmente contra el voto que tiene hecho de ella. En eso no hay duda ninguna: en vuestra mano estaba quedarnos allá en el mundo con vuestra hacienda, y usar de ella a vuestra voluntad, y no entrar en religión, ni hacer voto de pobreza pero después que entrasteis o hicisteis voto de ella, no está en vuestra mano recibir un real, ni podéis tener cosa sin licencia, porque os habéis obligado a eso con el voto que hicisteis.

Eso es lo que dijo el Apóstol San Pedro en los Actos de los Apóstoles, a Ananías y Safira, que habían hecho voto de pobreza; como notan los Santos, y habiendo vendido una heredad que tenían, y trayendo el precio a los pies de los Apóstoles, como hacían los demás, guardaron y reservaron para sí parte del precio, diciendo que no la habían vendido en más de aquello que ofrecían; le dice el Apóstol San Pedro (5, 3): *Ananías, ¿cómo te ha engañado Satanás para que mintieses al Espíritu Santo escondiendo parte del precio? Por ventura ¿no estaba en tu poder y voluntad, y te podías quedar con todo* antes que profesaras pobreza? *¿Para qué has hecho este hurto y engaño? No has mentido a hombres, sino a Dios*. Y se sigue luego el castigo de Dios, que cayó allí muerto de repente; y lo mismo le aconteció luego a su mujer, que había sido participante en el delito, y dice el texto que cayó grande temor en toda la Iglesia y en todos los que oyeron esto. Así es razón que caiga en nosotros gran temor de hacer contra el voto de la pobreza, que tan rigurosamente se castiga.

Pues volviendo al punto, digo que si no hubiera más que regla de esto, el hacer contra ella no fuera pecado; pero cuando las Constituciones o reglas contienen o declaran la materia de algún voto, dicen obligación de pecado; no por fuerza que ellas tengan de obligar a pecado, sino por la obligación del voto que obliga a eso; como cuando contienen y declaran la materia de la castidad o ley natural, dicen obligación de pecado, no por virtud de la regla, sino por la obligación que la castidad o la misma ley natural trae consigo. Y porque estas reglas dicen y declaran la sustancia del voto de la pobreza, y qué es a lo que de suyo obliga el tal voto; por eso, el que quebrantare estas reglas, pecará, no porque quebranta la regla, sino

porque quebranta el voto de la pobreza que se declara en ella. De manera que el tener delante de los ojos estas reglas no ha de ser para que tomemos ocasión de pensar que eso es solamente regla, sino para que vayamos con este presupuesto, que ahí está sumada y cifrada la sustancia del voto de la pobreza, y a lo que ella obliga en todo rigor, sacado del Derecho canónico y de todos los doctores, como hemos dicho. Y así dice San Agustín, tratando de los religiosos que viven en comunidad: Cosa cierta es que el religioso no puede tener, ni poseer, ni dar, ni recibir cosa alguna sin licencia del superior; que es al pie de la letra lo que dice nuestra regla. Porque eso es ser pobre; y poder uno por su voluntad y sin licencia de otro tomar, o dar, o tener, o disponer de alguna cosa temporal, es ser propietario, y, consiguientemente, contra el voto de la pobreza.

Para que esto, que se ha de tener como primer principio en esta materia, se entienda mejor, se ha de notar que ésta es la diferencia que ponen los doctores, teólogos y juristas entre el uso y el dominio, entre el ser uno señor de alguna cosa o tener solamente el uso de ella; que el que es señor de la cosa puede comúnmente hacer de ella lo que quisiere, puede darla a quien quisiere, prestarla, venderla, gastarla o disponer de ella como le pareciere; pero el que no es señor absolutamente, sino solamente tiene el uso de ella, no puede disponer como quisiere de ella, porque no la puede dar a otro, ni vender, ni enajenar, sino solamente puede usar de ella en aquello para que le fue concedida. Declaran esto con un ejemplo como cuando uno convida a otro a comer, solamente le da facultad para que allí coma de todo cuanto le ponen delante, pero no le hace señor de los manjares que le pone en la mesa, porque no los puede llevar a su casa, ni enviar a otro amigo suyo, ni vender, ni hacer de ellos lo que quisiere; sólo tiene el uso de poder comer allí lo que quisiere; y por eso dicen que se distingue el uso del dominio, aun en las cosas que se consumen con el uso y con el primer uso. Pues de esta manera dicen los doctores son los religiosos particulares, aun en esas cosas que tienen con licencia de sus superiores, sólo se les concede el uso de ellas, para que se puedan servir y aprovechar de ellas; pero claro está que no podéis dar a otro el hábito y vestido que traéis, sin licencia del superior, porque no es vuestro: y si lo dieseis sin licencia, haríais contra el voto de pobreza, porque eso sería haceros señor absoluto de ello, pues hacéis de ello lo que queréis. Y como digo de esto, se ha de entender de todas las demás cosas de que usamos: no podéis dar a otro el breviario, ni el cartapacio, ni el sombrero, sin licencia del superior, porque nada de eso es vuestro, sólo os concedieron el uso de ello para vos, como al convidado cuando le convidaron. Acordémonos siempre de este ejem-

plo, que es muy propio y declara esto muy bien.

Y si de las cosas que el religioso tiene con licencia para su uso, decimos que no puede hacer lo que quisiere, ni darlas a otros, claro está que menos podrá dar, ni tomar, ni disponer de las demás cosas de casa sin licencio del superior, tomando alguna cosa de la ropería, librería, refectorio, despensa u oro lugar, ni para dar a otro, ni para su propio uso, eso sería más claramente contra la pobreza.

CAPÍTULO 11

En que se declara cómo es contra el voto de la pobreza recibir o dar alguna cosa sin licencia del superior, aunque la tal cosa no fuese de la casa.

Hemos dicho que es sentencia común de los doctores que no sólo es contra el voto de pobreza tomar alguna cosa de casa para su propio uso, o darla a otro sin licencia, sino también el recibir alguna cosa de otro sin licencia del superior de manera que si os da un amigo, o devoto, o vuestro padre o pariente para un vestido, o para un libro, o para otra cosa semejante, y lo recibís o tenéis y usáis de ello sin licencia del superior, pecaréis contra el voto de la pobreza ahora se lo pidáis vos, ahora no se lo pidáis, sino que el otro os lo da sin pedírselo, o por vía de amistad, o por vía de limosna o parentesco, o como vos mandareis.

Pero dirá alguno: cuando la cosa es de la casa, bien me parece que será contra el voto de la pobreza; pero cuando me la da a mí otro, ¿cómo puede ser eso? Pues yo no tomo nada a la casa, ni parece que la hago agravio, sino antes buena obra, ahorrando lo que ella me había de dar ¿qué pecado es ése?, ¿o contra qué mandamiento? Digo que ordinariamente es pecado de hurto, y contra el séptimo mandamiento de la ley de Dios. Así lo dice expresamente San Agustín en su regla: Si alguno quiere dar alguna cosa al religioso, si el padre quiere dar un vestido a su hijo u otra cosa alguna, no la puede recibir el religioso sin licencia, sino el superior es el que la ha de recibir, y no para aquél, sino para la casa y comunidad, para darla a quien le pareciere que tiene más necesidad. Si el vestido que os enviaron a vos lo quiere el superior dar a otro, no os hace agravio, porque no es vuestro; en entrando en casa se hace común: tanto es mío como vuestro. Pero viniendo al punto, añade luego San Agustín: Y si alguno recibiere alguna cosa sin licencia y la tuviere encubierta sin haber dado cuenta de ella al superior, sea condenado de hurto. Lo mismo dice San Basilio: El tener

algo en particular sin licencia del superior, es hurto. ¿A quién se hurta eso? ¿Sabéis a quién? Dice San Basilio, a la Religión y comunidad.

Y no piense nadie que son estas exageraciones de los Santos, como suelen en otras cosas hablar con encarecimiento para poner mayor espanto y horror en aquello que reprenden: no es aquí así, sino es verdad muy llana, y sentencia común de todos los doctores, fundada en un principio, en que todos convienen, y es que el religioso, por el voto de la pobreza, se hace incapaz e inhábil para poder tener y para poder dar. Así como él ya no es suyo, sino de la Religión, así todo lo que adquiere y todo lo que le dieren y tuviere, en entrando en su poder, de cualquiera manera que sea, luego se hace de la Religión. Y cuando algún religioso tiene una cátedra u otra renta, como vemos que tienen en Salamanca y en otras Universidades, aquellas cátedras y rentas no son del religioso, sino de su monasterio, y el superior las cobra, y el procurador en su nombre, como las demás rentas del monasterio, y al religioso catedrático le acude el superior con lo que ha menester, y como le había de acudir aunque no tuviera la cátedra.

Con esto queda bien claro que es hurto recibir el religioso alguna cosa de otro y retenerla sin licencia del superior, porque ya aquello es de la Religión, en entrando en poder del religioso, y así, si lo guarda y retiene sin licencia, lo usurpa y hurta a la Religión contra le voluntad del superior. Esta es la definición de hurto, tomar o retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

De aquí se sigue que si el religioso diese aquello a otro sin licencia, aunque fuese por vía de limosna, el que lo recibe no adquiere dominio ni señorío de ello, sino que está obligado a restituirlo a la Religión. De donde se verá también cuán grande engaño es pensar que puede uno dar a su pariente, a su penitente, o amigo, un libro, una imagen o relicario u otra cosa semejante, por decir que no se la dio la casa, o el superior, sino que otro se le dio.

De manera que así como es hurto contra el voto de la pobreza el tomar, o dar, o disponer de alguna cosa de la casa sin licencia del superior, así también lo es el tomar y recibir alguna cosa de persona de fuera, y tenerla o disponer de ella sin licencia del superior. Pero se ha de advertir aquí que, aunque esto no fuese hurto, ni se hiciese en ello agravio alguno a la casa o monasterio, ni a otro ninguno, como podría acontecer en algún caso con todo eso sería pecado mortal de su género el tomar y recibir, usar o disponer de alguna cosa temporal sin licencia del superior; porque por el voto de la pobreza le está prohibido eso al religioso y se ha hecho incapaz

de ello, como queda dicho. Y el que recibiese la tal cosa del religioso, no adquiriría señorío de ella, y estaría obligado a restituirla, porque recibe de quien no puede dar, como el que recibe del pupilo.

En confirmación de esto hace el caso que le acaeció a San Gregorio Papa con un monje del monasterio que él edificó en Roma siendo Papa, y lo cuenta el mismo Santo en los *Diálogos*, y Surto en la *Vida* de San Gregorio. El caso fue de esta manera: Un monje de aquel monasterio, que se llamaba Justo, pidió a un hermano suyo seglar que le comprase una túnica; el hermano echó mano a la bolsa, y sacó tres reales, y le dice: Veis ahí tres reales, compradla vos a vuestro gusto. Así lo refiere Surto y dice que lo sacó del mismo original, aunque en los *Diálogos* de San Gregorio se dice que eran tres ducados; pero para nuestro propósito poco hace que fuesen tres reales o tres ducados, y para comprar una túnica bien bastaban entonces y sobraban tres reales. Pero vamos a lo que hace al caso, y es que al fin tomó el monje los tres reales o los tres ducados sin licencia, y los tenía guardados. Vino a enfermar gravemente: acaso otro monje supo que aquél tenía guardados aquellos tres reales; y remordiéndole la conciencia, va a dar cuenta de ello al abad, conforme a la regla que tenemos también nosotros, que el que supiere cosa alguna grave de otro, dé luego cuenta de ello al superior. Al abad le pareció que aquél era caso grave y digno de consultar con el Papa, y va a dar cuenta de ello a San Gregorio, a ver lo que se haría. Manda San Gregorio que ninguno de los monjes visite aquel enfermó ni trate con él, sino que todos le tengan por descomulgado, porque quebrantó el voto de la pobreza. Y manda más, que cuando muera, no le entierren con los demás monjes en sagrado, sino fuera del monasterio, en un muladar, y que sobre el cuerpo muerto echen los dineros que tenía guardado, diciendo todos a voces (*Hechos* 8, 20): *Tu dinero sea contigo para tu perdición*. Murió el monje de aquella enfermedad, y se hizo todo así. Y dice San Gregorio que causó este ejemplo tanto horror y espanto en el monasterio, que todos los monjes comenzaron a revolver sus celdas; y todas las cosillas que tenían, aun con licencia, y que se podían tener lícitamente, las llevaban al superior, por estar seguros no tuviesen algo contra la pobreza. Por éste y otros ejemplos de aquellos Padres antiguos quedó establecida esta pena por los sacros Cánones contra los religiosos que mueren propietarios.

CAPÍTULO 12

Se desciende a algunos casos particulares que son contra el voto de la pobreza.

De los principios y doctrina común de los doctores que hemos dicho se pueden resolver los casos particulares que se ofreciere, y porque estas cosas morales se declaran mucho con ejemplos y casos particulares, pondremos aquí algunos, por lo cuales se entenderán los demás, con que quedara declarada esta materia.

Lo *primero*, digo, e infiero de lo dicho, que si el superior da aquí a un religioso dineros para un camino que hace, no podrá él de esos dineros comprar rosarios, ni imágenes ni otra cosa, ni para sí ni para dar a otro, ni podrá guarnecer el *Agnus Dei* o relicario, aunque lo deje de comer o lo ahorre de lo que podía gastar. La razón es, porque aquello se lo dan solamente para que lo gaste en su camino; y así, lo que no gastare en eso, de cualquier manera que sea, lo ha de volver al superior que le envió, o al otro donde va; y si lo guarda o gasta en otra cosa, es hurtarlo a la Religión, y pecará contra el voto de la pobreza. Esto se entiende cuando la Religión da al religioso todo lo que ha menester para su camino, como se hace en nuestra Religión. Otra cosa sería cuando le da determinada y tasadamente tanto para cada día, de manera que aunque hubiese menester mas, no se lo daría; porque entonces es señal que hay licencia expresa o tácita e interpretativa para que lo que él ahorrare de lo que le dan, lo pueda gastar en otras cosas honestas.

Segundo. Digo que lo mismo es aunque aquel viático no se lo haya dado la Religión, sino su padre, pariente o devoto; no puede comprar de ello un breviario ni un estuche ni unos anteojos ni otra cosa alguna ni para sí ni para dar a otro. No se engañe nadie en esto con decir: Estos dineros no me los dio la Religión, sino mi pariente o amigo; que no se me da más que os lo haya dado la Religión, o que os lo haya dado vuestro pariente o amigo, porque en entrando en vuestro poder, se hacen de la Religión, y es como si el superior o el procurador de la casa os hubiera dado, como dijimos en el capítulo pasado. Y así no los podéis gastar si no es en aquello, para que el superior os ha dado licencia, que es en vuestro camino; y todo lo que os sobrare, de cualquiera manera que sea, lo habéis de volver al superior; y si lo gastáis en otra cosa o lo guardáis, pecáis contra d voto de la pobreza, y es como si lo hurtaseis a la Religión. Y esto digo, aunque hubiese uno recibido aquellos dineros para su camino con licencia del supe-

rior, porque si lo recibiese sin licencia, ya por esa parte quebrantaría también el voto de la pobreza como está dicho arriba.

Tercero. Lo mismo es cuando uno viene de una misión o de su tierra, y allá le dieron alguna cosa, algún aderezo de camino o alguna otra ropa; en entrando en su poder, se hace común, y en llegando a casa, lo ha de entregar al superior o al ropero en su nombre; y si lo guardase sin licencia, sería propietario y pecaría de hurto contra el voto de la pobreza.

Cuarto. Aunque uno esté ya de camino para otra casa o colegio, y el pie en el estribo, no puede pedir ni recibir cosa alguna de ninguno de fuera, ni aun para su viático, sin licencia del superior presente, aunque entienda que el otro superior donde va holgará de ello, porque le excusa el gasto. La razón es porque éste es ahora su superior, y no el otro, y así sería recibirlo sin licencia del superior, teniéndole presente, como le tiene, y pudiéndosela pedir. Otra cosa sería cuando uno estuviese fuera de casa, que va camino y no tiene superior a quien pedir licencia; porque en tal caso bien puede recibir lo que entiende que será voluntad de su superior, con intención de manifestárselo y darle cuenta de ello luego en llegando a casa; porque entonces se presume el consentimiento del superior, pero no se presume cuando se puede acudir presto al superior o la cosa se puede fácilmente diferir.

Quinto. Se sigue también de lo dicho, que si el superior da a uno licencia para recibir algunos dineros y tenerlos en poder del procurador, para alguna cosa determinada, como para hacer trasladar algunos escritos, no los puede gastar en otra cosa sin licencia del superior, ni puede dar de eso a otro religioso de casa cuatro reales para una necesidad que se le ofreció, o suya, o de algún penitente, o pariente, o amigo suyo, ni por vía de limosna, ni para premio de rosarios o estampas, ni para otra cosa alguna, ni el otro lo puede recibir sin licencia; sino, que el uno y el otro harían en esto contra el voto de la pobreza, porque dar o recibir, o disponer de alguna cosa temporal sin licencia del superior, es contra el voto de la pobreza, como está dicho.

Sexto. Así como el religioso no puede dar ni tomar sin licencia del superior, así tampoco puede prestar ni recibir prestado; porque cualquier manera de contrato le está prohibido por el voto de la pobreza; aunque en cosas pequeñas y que ocurren frecuentemente, se presume haber licencia tácita o general para poder prestar a otro religioso de la misma casa las que uno tiene con licencia, a lo menos por breve tiempo, más o menos, según declarare el uso y práctica de la Religión.

Séptimo. Pecará el religioso contra el voto de la pobreza, si, sin licencia del superior, recibe algún depósito de persona de fuera o de casa; porque el depósito es un verdadero contrato, y expuesto de suyo a que el religioso que de él se encarga, quede obligado a dar cuenta de él y a pagarle si se le perdiese por culpa suya de derecho requisita; demás del embarazo y cuidado que trae consigo el tener en depósito dinero ajeno u otra cosa de precio, y fuera del escándalo que sería el hallar dineros en poder del religioso sin licencia y sin saber lo que es. Pero en las cosas ordinarias que el religioso tiene con licencia y puede guardar en su celda, el uso y práctica de la Religión declara que también las puede dar a guardar a otro de casa.

Octavo. Así como es contra el voto de la pobreza recibir y tener en su poder dineros u otra cosa que los valga, sin licencia del superior, así también lo es tener dineros o cosa que lo valga, en poder de otro, sin licencia del superior; porque lo mismo es tenerlo en poder de su amigo que tenerlo en su propio poder. Y así, si tuviese uno en poder de un devoto o amigo suyo algún aderezo de camino u otra cosa alguna, para que se la dé cuando saliere de este lugar, sería contra el voto de la pobreza, como si él lo tuviese.

Nono. No es conforme a la pobreza que profesamos en la Compañía, antes sabe a propiedad el traer uno consigo algunos libros o imágenes u otras cosas semejantes, y llevarlas consigo cuando se muda a otra parte. Y así, no se permite esto en la Compañía, sino todas estas cosas que tuviese alguno está mandado que se escriban y tengan por del colegio o casa donde reside, y en ella se queden cuando se mudare, y no las pueda llevar consigo. Y si las llevase sin licencia, sería como hurtarlas a la casa a quien están ya aplicadas, y así contra el voto de la pobreza; y esto, aunque otro le hubiese dado a él aquello, y no la Religión, porque lo mismo es, como dijimos arriba (cap. II).

Décimo. Pecará el religioso contra el voto de la pobreza si gasta en cosas ilícitas, vanas o superfluas, aunque el superior le diese licencia para ello, porque está prohibido por el voto de la pobreza, y así lo declaran los sacros Cánones, y ni el mismo superior puede gastar en eso, y así, ni dar licencia para ello, sino para cosas necesarias, útiles honestas. De donde se sigue que el que recibiese las tales cosas, que el religioso gastase mal, estaría obligado a restituirlas a la Religión, conforme a lo que decimos en el capítulo pasado.

Undécimo. Es contra el voto de la pobreza tener el religioso alguna cosa escondida para que no la halle el superior y se la quite; porque, como

notan los doctores, es una manera de quererse apropiar aquello y tenerlo contra la voluntad del superior.

Duodécimo. Si es oficial a quien le está cometido el distribuir y disponer de algunas cosas, no puede hacer eso por su parecer y voluntad, sino conforme al parecer y voluntad del superior. Y si da más o mejor o peor de lo que sabe ser voluntad del superior, hará contra el voto de la pobreza, porque usa y dispensa de las cosas como si fuere señor y propietario y no dependiente de otro.

Decimotercero. Así como pecaría contra el voto de la pobreza el religioso que de industria y de propósito desperdiciase o echase a perder las cosas de casa que tiene a su cargo o se le han concedido para su uso, así también pecará contra el voto de la pobreza el que con notable culpa y descuido las desperdicia o deja perder, porque es lo mismo. Y la razón de esto es: lo primero, porque es propio del que es Señor de la cosa poderla consumir y desperdiciar como se le antojare; lo segundo, porque al religioso solamente se le concede usar de las cosas que le dan o encomiendan, para utilidad y provecho suyo o de su Religión; y así, si las desperdicia y consume o gasta sin provecho, pecará contra el voto de la pobreza. Y se debe advertir en estas cosas que aunque el daño que hace a la Religión cada vez sea pequeño, haciéndolo muchas veces, puede venir a ser grave.

Notable es el ejemplo que de esto cuenta Casiano de aquellos monjes antiguos. Dice que entrando una vez el despensero o procurador del monasterio en la cocina, vio en el suelo tres granos de lentejas, que acaso se le habían caído al cocinero de entre las manos cuando las lavaba para echarlas a cocer, y se lo fue a decir al abad, el cual llamó al cocinero y le dio una penitencia pública, porque trataba con descuido las cosas del monasterio. Miraban, dice Casiano, aquellos santos monjes, no solamente a sí mismos, sino todas las cosas del monasterio, como cosas dedicadas y consagradas a Dios, y así las trataban con mucho cuidado y reverencia, por mínima que fuese la cosa.

CAPÍTULO 13

Se responde a una objeción, con que se declara mucho esta materia.

Pero dirá alguno: mucho rigor y estrechura parece ésta, porque otros religiosos que también tienen voto de pobreza, vemos que no reparan en recibir de su pariente, devoto o amigo, para un breviario y para un cartapacio, y aun para un hábito; y son letrados y temerosos de Dios; y ellos también suelen dar a un amigo de dentro y aun de fuera, un libro de los que tienen y aun otras cosas de mayor valor, sin pedir licencia para ello, y no tienen escrúpulo de que en eso hagan contra el voto de la pobreza. Luego acá no pecaremos tampoco contra el voto de la pobreza haciendo esas cosas, sino cuando mucho contra la perfección de ella y contra la obediencia del superior y de nuestras Constituciones y reglas. Esta es muy buena objeción, y por eso la hemos puesto aquí, para que con la solución quede más claro todo lo que se ha dicho y se ha de decir.

Pues digo que todo eso es verdad, que en algunas religiones los religiosos de ellas hacen todas esas cosas sin escrúpulo y no pecan en ellas contra el voto de la pobreza; pero no se infiere de ahí que nosotros tampoco pecaremos en ellas. Antes digo que si nosotros hiciésemos esas cosas, no sólo haríamos contra la obediencia y contra nuestras reglas, sino que pecaríamos contra el voto de la pobreza. Y la razón de la diferencia es porque en otras Religiones se hacen ya esas cosas con licencia de los superiores; porque o hay licencia expresa para ello, o, a lo menos, tácita e interpretativa o virtual, que es, como dicen los doctores, cuando alguna cosa se usa ya comúnmente en aquella Religión, y lo saben y ven los superiores, y pudiéndolo contradecir e impedir, no lo contradicen ni impiden, sino que disimulan y pasan con ello. El que calla, pudiendo hablar e impedir lo que se hace, es visto consentir. Pues el religioso que tiene expresa o tácita licencia de sus superiores para dar o recibir, o disponer de alguna cosa, no peca contra el voto de la pobreza haciéndolo, y por eso no pecan muchos religiosos haciendo esas cosas; pero porque la Compañía comienza ahora y desea conservar en su pureza este muro de la pobreza, cuanto con la divina gracia fuere posible, no hay licencia en ella para hacer esas cosas, ni expresa ni tácita, o interpretativa, antes hay expreso uso y práctica de todo lo contrario; y por eso el que hiciese esas cosas en la Compaña, pecaría contra el voto de la pobreza. Y los demás religiosos también pecarán en esto contra el voto de la pobreza, si no tuvieran licencia para ello. Como las

monjas también son religiosas, y tienen hecho voto de pobreza, y con todo eso tienen sus rentillas de que ellas se visten, y compran y hacen otras cosas, y lo damos por lícito, porque lo hacen con licencia de sus superiores. Claro está que si alguno de nosotros hiciese aquello sin licencia legítima, que pecaría contra el voto de la pobreza; luego no es buen argumento lo que se hace en otras Religiones, aunque haya en ellas letrados y santos, para que por eso pensemos que lo mismo es licito en nuestra Religión; porque en aquéllas hay ya licencia para eso, o expresa o tácita; y en la nuestra no la hay, sino uso y práctica de lo contrario. Y así no son escrúpulos ni estrechuras las que hemos dicho, sino verdades muy fundadas en todo rigor, y doctrina común de los doctores.

San Buenaventura y Gerson, que con ser espirituales y santos, son gravísimos teólogos, ponen en términos muchos de estos casos particulares que hemos dicho; y todo el negocio de dar o recibir el religioso lo reducen a si tiene licencia del superior para ello, expresa o tácita, o no; y si no la tiene, dicen que no puede dar, ni tomar, ni disponer de cosa alguna; sino que pecará en ello contra el voto de la pobreza, porque eso es dejar de ser pobre, y hacerse propietario y señor, pues da y toma, y dispone de la cosa como quiere. Y Gerson pone el caso, aun en el procurador o mayordomo del monasterio, que tiene los dineros para comprar las cosas necesarias para la comunidad. Y pregunta si pecará contra el voto de la pobreza el procurador que compra para sí o para otro de casa un cuchillo, o un estuche, o unos anteojos; y aun a otras cosas más menudas desciende: o una aguja, o unos cañones, o un poco de hilo. Y responde que si lo hace con licencia del superior, particular o general, expresa o tácita, no pecará; pero si lo hace sin ella que pecará contra el voto de la pobreza; y lo mismo dice en dar a otro de fuera cualquier cosa o en recibirla de él. De manera que todos los doctores convienen en que el religioso por el voto de la pobreza está obligado a no tener, ni dar, ni tomar, ni disponer de nada sin licencia del superior. Y si en algunas Religiones se da por lícito el tener el religioso algunas cosillas y algunos regalillos en su celda, y poderlos recibir de sus amigos, o deudos, o el poder dar o disponer de otras algunas cosas, es porque en aquella Religión hay ya licencia expresa o tácita para ello, porque de otra manera no fuera lícito, sino contra el voto de la pobreza.

De aquí se sigue una cosa digna de notar, así en ésta como en otras semejantes materias; y es, que para poder responder a un religioso si en esto o en aquello peca, o hace contra el voto de la pobreza, es menester saber el uso que hay en su Religión acerca de aquello, para ver si hay licen-

cia expresa o tácita para ello, y sin eso, no se puede dar buen parecer al religioso de aquella Religión, porque muchas cosas podrán ser lícitas en una Religión, por haber ya en ella esta licencia tácita e interpretativa, que no serán lícitas en otra por no haberla.

De aquí se sigue también que aunque algunos autores dicen que no pecará el religioso contra el voto de la pobreza en recibir dineros de otro para comprar algunos libros, u otras cosas semejantes, con tal que no tenga escondidas esas cosas que comprare, sino que las tenga patentes y manifiestas y con preparación de ánimo para exhibirlas y dejarlas, si el superior se lo mandare; pero el religioso de la Compañía que esto hiciese pecaría contra el voto de la pobreza; porque eso que dicen esos autores es porque juzgan que aquélla es ya licencia tácita o interpretativa, y con aquella manera de sujeción y resignación se dan por contentos los superiores. Pero en la Compañía en ninguna manera hay licencia tácita e interpretativa para esto, sino muy declarada voluntad de lo contrario. La sotana, manteo y breviario, de que usamos con licencia del superior, estamos obligados a tenerlos de esa manera, con esa sujeción y dependencia del superior, y con esa preparación de ánimo que los dejaremos si él nos lo mandare, y si no, pecaríamos contra el voto de la pobreza, porque sería ser propietarios y tener la cosa como propia. Pero para recibir para una sotana, o unos libros, o para otra cosa semejante aunque después la tengamos manifiesta y patente en el aposento, y con esa preparación en ninguna manera hay licencia en la Compañía, si no uso y práctica de todo lo contrario, y así sería contra el voto de la pobreza. Y cierta cosa es que si el recibir y tener esas cosas de esa manera, sin otra licencia, se tuviera por lícito en la Compañía, que todos reclamáramos en las Congregaciones y procuráramos que se cerrara ese portillo, por donde se podía arruinar nuestra pobreza.

Advierten también los doctores otra cosa en esto de la licencia tácita e interpretativa, y dicen que no basta para que el religioso pueda dar, o pedir, o recibir, y tener alguna cosa, el saber de cierto que si pide licencia para ello, luego se la dará el superior, como no basta para poder salir fuera de casa, sin pedir licencia, ni para poder escribir una carta, el saber de cierto que si la pedís os la darán, sino es menester que entendáis y sepáis que el superior holgará y tendrá por bien que deis o recibáis y tengáis la cosa, sin pedirle a él licencia, y que no se le dará nada de que no se la pidáis. Esa es licencia tacita e interpretativa y virtual, para poder dar o recibir, sin pedir otra licencia en particular, y ésta tienen en algunas Religiones en muchas cosas de las que hemos dicho. Pero en la Compañía está tan lejos

de haber este beneplácito en los superiores, que lo que más desean es que todo vaya registrado con la obediencia, y lo que más sentirían es que tuviese uno libertad y atrevimiento para hacer cualquier cosa de éstas sin licencia. Y así, en la Compañía hemos de hablar muy diferentemente en esto de la pobreza, y en otros casos particulares, que en algunas otras Religiones. Y lo mismo fue en otras Religiones en sus principios, como consta de su historia, y lo conservan hasta el día de hoy algunas con mucha loa.

CAPÍTULO 14

Que ele loto de la pobreza obliga a pecado mortal, y qué cantidad bastará para que lo sea.

Preguntará alguno si esas cosas que hemos dicho que son contra el voto de la pobreza, serán siempre pecado mortal, o cuándo lo serán. Ya hemos dicho que es común sentencia de los doctores y Santos que el que peca contra el voto de la pobreza, peca pecado de hurto contra el séptimo mandamiento de la ley de Dios. Pues digo que así como el séptimo mandamiento obliga a pecado mortal *ex genere suo*, como dicen los teólogos, que quiere decir, de suyo, de su género y naturaleza, pero por razón de la poquedad de la materia, puede ser el hurto pecado venial, como hurtar una manzana o un cuarto, así también el voto de la pobreza, de su género obliga a pecado mortal, pero en tan liviana cosa le puede uno quebrantar, que sea sólo pecado venial. Y si instáis qué cantidad se dirá notable, para que llegue a pecado mortal, es cuestión muy tratada entre los doctores en la materia de hurto, qué cantidad se dirá notable para que el hurto sea pecado mortal, y conforme a eso dicen del quebrantar el voto de la pobreza. De manera que la cantidad que bastaría para pecar mortalmente contra el séptimo mandamiento, esa misma será notable y bastante para pecar mortalmente contra el voto de la pobreza. Así lo dicen comúnmente los que de esto han escrito.

Para mayor declaración y confirmación de esto, notan algunos teólogos que la gravedad de este pecado se toma de dos raíces: la primera, porque se usurpa y toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño; la segunda, porque en ello se quebrante el voto hecho a Dios. Y dicen que, aunque mirando solamente a la primera raíz, parece que fuera menester aquí mayor cantidad para ser pecado mortal que en el hurto, porque aquí, ni la cosa pa-

rece tan ajena, ni el dueño tan involuntario como en el hurto; pero mirando a la segunda raíz, basta para ser esto pecado mortal la cantidad que hasta para que el hurto lo sea, por ser mucho mayor la obligación que por el voto de la pobreza tenemos de no usurpar, ni tomar nada contra la voluntad del superior, que la que tenemos por el séptimo mandamiento de no tomar nada contra la voluntad de su dueño.

En aquel caso que contamos arriba (cap. 11) de San Gregorio, lo que había tomado aquel monje, como lo refiere Surio, y dice que lo sacó del propio original, sólo eran tres reales, y de su hermano, y para una túnica, que se la había de dar la Religión si el otro no se la diera, y con todo eso juzgó San Gregorio que aquella cantidad era entonces bastante para ser pecado mortal, como se ve en el castigos y descomunión con que lo castigó. Los modernos, que han escrito en nuestros tiempos, unos ponen por cantidad notable y bastante para pecado mortal contra el voto de la pobreza valor de tres reales; otros de cuatro, otros de cinco. Y en la Religión de la Cartuja muy menor cantidad que ésa la juzgan por mortal, pues la tienen por suficiente para ser uno privado de sepultura y ser descomulgado, como lo notó Navarro.

Pero demos que en el voto de la pobreza nos podemos extender algo más, y que valor de tres o cuatro reales sea en esto materia liviana, y que sea menester pasar de ahí para que llegue a mortal, como algunos quieren. El religioso que trata de perfección ¿se ha de poner en esas contingencias y peligros, si lo que recibió, dio o guardó llega a cantidad que baste para ser pecado mortal o no? ¿Y si llega a valor de cuatro o seis reales? Los despenseros y los muchachos que cuando van a comprar sisan una vez un cuarto, otra dos maravedises, no pecan en ello mortalmente por ser pequeña la cantidad, pero ¿qué religioso hay que si le enviasen a comprar algo, se atreviese a sisar un cuarto, que no llega más que a pecado venial? Pues sino os atrevierais a eso, sino que lo tendríais por sacrilegio y por bajeza grande, no os atreváis a dar ni a recibir cosa alguna sin licencia, con decir que no es cosa notable, o que no llegará a pecado mortal; porque por lo menos será eso como el sisar. Hagamos caso de cosas pequeñas, especialmente en una cosa tan grave como ésta, que toca a uno de los tres votos esenciales de la Religión; porque el que se atreviese a faltar en esto, con decir que no llegará a pecado mortal, en mucho peligro está de quebrantar el voto de la pobreza mortalmente; porque la codicia y el deseo de tener y de dar y recibir, es pasión vehemente y muy conforme a nuestra naturaleza, que es muy amiga de eso; y así ciega y engaña mucho; y muchas veces,

aunque no podemos decir de cierto que llegó a pecado mortal, podemos decir de cierto que hay duda de ello; y el religioso ha de estar muy lejos de ponerse en esas dudas y peligros.

CAPÍTULO 15

Si puede el religioso recibir dineros para repartir en obras pías sin licencia del superior, y cuándo pecará en esto contra el voto de la pobreza.

Quiere la Compañía que tengamos tanta puridad y perfección en esto de la pobreza, y que estemos tan lejos de tener y mandar dineros, que tenemos regla que no podamos pedir ni recibir cosa alguna de los penitentes, ni de otro ninguno, ni para dar en limosna a pobres, ni por vía de restitución, de manera que aunque el penitente tenga obligación de restituir, y se lo quiera dar al confesor para que lo restituya, no lo puede recibir ni encargarse de eso sin licencia del superior; y está fundada esta regla en mucha prudencia y experiencia, y en la doctrina y ejemplo de los Santos. San Basilio expresamente aconseja esto, y el Padre San Francisco Javier lo encargaba mucho, como leemos en su *Vida*; y del bienaventurado San Hilarión, abad, cuenta San Jerónimo en su Historia que, habiendo sanado a un hombre muy rico de una legión de demonios que tenía, le ofreció el enfermo muchos dones en señal de agradecimiento, y como el Santo no los quisiese recibir, le importunaba que los recibiese para darlos a los pobres; respondió el Santo: Mejor se los puedes dar tú, que andas por las ciudades y conoces los pobres. Dejé yo micha hacienda, ¿para qué me tengo de encargar de la ajena? Nuestro oficio es aconsejar a los prójimos ésas y otras obras semejantes, pero no ser limosneros de otros; que eso no sólo no ayuda a nuestros ministerios, antes los impide, porque no sirve sino de que esté toda la casa llena de gente para que les remedien, y que no basten dos porteros para solos esos recaudos, y que el Padre se distraiga de las confesiones y ministerios espirituales para acudir a eso. Aun los Apóstoles experimentaron que no podían atender a eso sin hacer falta a los ministerios espirituales más principales: *No es razón* dicen (*Hechos* 6, 2), *que nosotros dejemos de predicar la palabra de Dios por acudir a esas cosas temporales*. Y así hubieron de elegir algunos que se ocupasen de eso, para que ellos pudiesen atender del todo a la conversión de las almas.

Piensan algunos que repartir estas limosnas es muy buen medio para ganar los prójimos y aficionarlos a la frecuencia de los Sacramentos; y se

engañan, que más es lo que se pierde que lo que se gana por ahí; porque muchos más son los que quedan descontentos y quejosos que los que quedan contentos. Unos, porque no les dieron; otros, porque no les dieron más, casi todos quedan quejosos; y luego murmuran que nos movemos por respetos particulares y que aceptamos personas; y aun piensan que nos quedamos nosotros con algo, y que aplicamos todo lo que podemos para nuestra casa. Ni es buen medio éste para aficionar los prójimos a la confesión; antes muchos toman de aquí ocasión para hacer confesiones fingidas y decir mil mentiras al confesor, para moverle y aficionarle a que les dé limosna. ¡Oh, con cuánta razón nos aconseja el Sabio (*Eccli* 8. 9) que creamos a los viejos y experimentados y que sigamos su consejo! Alguna vez, con licencia del superior, bien se podrá recibir alguna restitución del penitente, como cuando la cosa es secreta, y el penitente no la puede buenamente restituir sin nota. Y aun entonces avisan los doctores, y es muy buen aviso, que pida el confesor conocimiento de aquel a quien lo restituyere, de cómo recibió tanto de él, de cierta restitución que alguno le era a cargo; y que después dé aquella cédula al penitente para mayor satisfacción suya y del mismo confesor. Y aunque el penitente diga que no quiere nada de esto y se fíe mucho del confesor, no lo debe dejar de hacer, que el otro se holgará cuando vea la cédula, y se edificará y quedará más quieto y seguro; y no le vendrán después escrúpulos ni sospechas de si se dio aquello o no, como suelen venir cuando no se hace esto.

Pero, pues vamos tratando de la obligación del voto de pobreza y qué es a lo que nos obliga en rigor, será bien que declaremos cuando pecará uno en esto contra el voto de la pobreza y cuándo no, sino solamente contra la obediencia y contra las reglas. Los teólogos tratan en particular esta cuestión, si pecara contra el voto de la pobreza el religioso que, sin licencia del superior, recibe de uno de fuera algunos dineros, no para sí, sino para distribuirlos y repartirlos en nombre del otro en obras pías o como a él le pareciere; y parece que esto no es contra el voto de la pobreza, pues él no recibe aquello para sí, ni lo reparte, ni distribuye en su nombre, sino en nombre del otro, que se lo dio. Pero la resolución de esto es que de dos maneras puede uno recibir dineros u otra cosa de alguno para dar a otro: la una es cuando me los da para que yo, en su nombre, los dé a fulano, o los reparta en tales obras pías, y de esta manera es lo que se da a los confesores para que lo restituyan o para que lo den en limosnas a ciertos pobres: y el que de esta manera recibiese de alguno dineros para dar a otro, sin licencia del superior, en la Compañía, haría contra nuestras reglas, que nos lo prohíben, como hemos dicho; pero no parece que pecaría contra el voto

de la pobreza; porque entonces el otro se queda señor de su dinero, y él es el que dispone de ello, y yo solamente soy ministro e instrumento suyo para en su nombre darlo a quien él me dice.

Pero si el otro me lo da para que yo libremente lo gaste y distribuya a las personas que yo quisiere y como a mí me pareciere, aunque sea recibirlo, y el darlo en nombre del otro, entonces el recibirlo, y el darlo y distribuirlo sin licencia del superior, no solamente será contra las reglas, sino contra el voto de la pobreza. Lo primero, porque entonces se priva el otro del dominio de aquello, y cuanto es de su parte lo transfiere en mí, para que yo disponga de ello como quisiere; y el religioso no es capaz de eso. Lo segundo, porque no solamente es contra el voto de la pobreza el hacerse señor y propietario de la cosa, sino el tener el uso y administración y dispensación libre de ella sin licencia y dependencia del superior; porque ésa es una manera de propiedad y de peculio prohibida al religioso por el voto de la pobreza. Antes dicen que es más contra el voto de la pobreza el tener el uso libre de la hacienda y riquezas, que el tener el dominio y propiedad de ella, si no tuviese el uso. Y así, el fin por el que la Iglesia y los santos Padres instituyeron que los religiosos no pudiesen tener el dominio y propiedad de la hacienda fue porque así quedasen libres y desembarazados del uso y administración de ella, y pudiesen darse más enteramente a Dios; porque esos cuidados son los que impiden y distraen más que la propiedad; y así no basta que el religioso no tenga el dominio y propiedad de los dineros del otro, para que no peque contra el voto de la pobreza, si toma el uso y administración libre de ellos sin licencia del superior. Dice muy bien Dionisio Cartusiano: ¿No sería digno de risa un padre que a un hijo loco que tuviese se contentase con quitarle la propiedad y dominio del cuchillo, o espada, y le dejase libre el uso? Pues así son dignos de risa los religiosos que, contentándose con no tener lar propiedad o dominio, toman el uso de los dineros ajenos; ajenos; porque toman lo más distractivo y lo más dañoso y perjudicial que hay en la hacienda. Y aun a algunos les parece que el primer caso es también contra el voto de la pobreza, porque es tener y distribuir dineros, o cosa que los valga, sin licencia del superior, aunque dicen que sería materia liviana y que no llegaría a pecado mortal si luego los da a quien el otro le señaló.

De aquí se puede colegir la respuesta de un caso muy práctico: si pecará contra el voto de la pobreza el religioso que, sin licencia del superior, pide a otro algunos dineros o limosna para su pariente o penitente, o amigo, y la recibe y se la da, o pide al otro que él se la dé o envíe. Digo, que si

el religioso pide o recibe la tal cosa y la acepta, haciéndose dueño de ella, o para usar él de ella, pecará contra el voto de la pobreza, aunque sea para darla o enviarla a su pariente o amigo, y de hecho se la dé o envíe después, o por sí, o por medio o en nombre del otro; pero si no la acepta para sí, antes dice claramente: Yo no he menester eso, o no lo puedo recibir para mí; si se la queréis dar a fulano, o dármela para que yo se la dé o envíe en vuestro nombre, recibiré caridad o merced; entonces no será contra el voto de la pobreza, aunque el otro haga eso por su respeto, y él le dé las gracias por haberlo hecho así; porque él no recibe aquello para sí, ni se hace dueño de ello, sino es ejecutor de la voluntad del otro, o intercesor para que él tenga esa voluntad y haga aquella donación. Y mucho menos será contra el voto de la pobreza el pedir al otro que él en su mismo nombre dé o envíe aquello a tal persona, aunque la tal persona entienda que por medio e intercesión del religioso se lo da. Empero aunque esto no sea contra el voto de la pobreza, claro está que es contra la perfección de ella y expresamente contra nuestras reglas; y el andar en estas cosas sin licencia y contra la voluntad del superior suele traer consigo muchos inconvenientes, fuera del peligro grande que hay de hacer en ello contra el voto de la pobreza, por no estar uno siempre tan sobre aviso y tan en los puntos, si el otro me lo da a mí, o cómo lo recibo yo, si lo doy en nombre mío o en nombre suyo, si lo da el otro, o si yo me hago dueño de ello y lo doy yo: especialmente que la codicia y deseo de tener y mandar dineros, y distribuir, y disponer de sosas, suele cegar muchas veces, como decíamos en el capítulo pasado, y so color de algunas razones aparentes hace hacer cosas que son contra el voto de la pobreza: por lo cual debemos temer y huir mucho de estas cosas y otras semejantes. No se diga de nosotros lo que Casiano refiere que dijo San Basilio a un senador que dejó el mundo y el oficio de senador y se hizo monje, pero reservó para sí algunas cosillas de su hacienda, para que no hubiera menester trabajar con sus manos para comer, como hacían los demás monjes; le dijo: Perdiste el ser sonador, y no te has hecho monje. Ni eres senador ni eres monje.

CAPÍTULO 16

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

San Jerónimo cuenta que en Nitria, uno de aquellos monjes que se sustentaban del trabajo de sus manos, tuvo codicia de allegar algún dinero. Tejía lino, y con la codicia se daba mucha priesa a trabajar, y comía muy

poco, y así vino a ahorrar cien sólidos, que es como si dijésemos cien ducados, y se murió con ellos; y como le viniendo a enterrar hallasen aquel dinero, se juntaron los monjes para ver qué se haría en aquel caso, y qué harían del dinero. Dice San Jerónimo que moraban allí cerca de cinco mil monjes en sus celdas, apartadas unas de otras: unos decían que se distribuyese aquello entre pobres; otros, que se diese a la Iglesia; otros, que se enviasen a sus padres, que debían de tener necesidad. Sin embargo, el gran Macario y el abad Pambo e Isidoro, y otros de los más graves que ellos llamaban Padres, hablando en ellos el Espíritu Santo, dijeron y determinaron que se enterrasen los dineros juntamente con él, diciendo (*Hechos* 8, 60): *Tu dinero sea contigo para tu perdición*. Y así lo hizo. Y añade San Jerónimo: Y no piense nadie que esto fue crueldad, que no fue sino piedad; porque causó tanto temor y espanto este ejemplo en todos los monjes por todo Egipto, que tenían por gran delito que les hallasen a la hora de su muerte ni un sólido ni un real.

San Agustín cuenta un ejemplo de un Januario, religioso y tenido por santo, el cual referiré con sus mimas palabras, que son de gran sentimiento y dolor. Debemos, dice, llorar y lamentar muchas veces la perdición de nuestro Januario, que parecía entre nosotros en una columna de obediencia y de pobreza, y acabó miserablemente; porque habiendo venido a nosotros con lágrimas y prometido de guardar pobreza toda su vida, sin saber nosotros nada, poseía en el siglo viña y tierras. ¡Oh profesión mortal! ¡Oh traidora promesa! Con la boca decía lo que aborrecía con el corazón: Pensábamos que era santo el que era peor que todos. Y de esta manera vivió nuestro Januario doce años y más: mal vivió y mal murió, Vivió mal, porque tenía escondido y secretamente lo que no era suyo; y murió mal, porque ni aun al fin de su vida reconoció su yerro, sino que murió obstinado en su pecado; y sin saberlo nosotros hizo testamento y dejó por heredero a un hijo que tenía en el siglo. ¡Oh plugiera a Dios nos lo hubiera dicho, siquiera en su muerte, para que haciendo nosotros oración por él, alcanzara perdón! Pero ni se confesó ni se arrepintió; por tanto, no en de los nuestros ni lo era mientras vivió. Atad, pues, las manos de su cuerpo muerto y ponedle en ellas atados en un paño los ciento y once siclos que tenía guardados en la pared de su celda, llorando y diciendo: *Tu dinero Sea contigo para tu perdición;* porque no nos es lícito a nosotros emplearlo o gastarlo en el sustento o vestido, u obra del monasterio, porque es precio de condenación eterna.

Cesáreo cuenta que en la Orden del Cister enfermó un religioso, y

después de haberse confesado con el abad, le trajeron el Santísimo Sacramento, y abriendo la boca lo recibió, pero no pudo después cerrarla para pasarlo: y estando todos admirados, el sacerdote saco la Forma de la boca del enfermo, y la dio a otro religioso enfermo, que estaba allí, el cual la recibió con mucha devoción y la pasó sin dificultad alguna No mucho después murió aquel religioso, y se descubrió la causa que le impidió su salud y remedio; porque queriéndole lavar, hallaron junto a él cinco sólidos, y no de plata, sino de cobre, lo cual no le era lícito. Alabaron todos a Dios viendo esto; y dando aviso al abad, y mandándolo él, le enterraron en el campo, arrojando sobre él su dinerillo, y diciendo todos: *Tu dinero*, que tenías escondido contra tu profesión, *sea contigo para tu condenación eterna*. Y contando este caso el abad en el Capítulo siguiente general, añadió: Y porque se entienda que la causa de no poder pasar el Santísimo Sacramento no fue enfermedad que le impidiese, el mismo día se comió una gallina entera.

En las Crónicas de San Francisco se cuenta que en cierto convento de la Orden había un fraile lego, el cual sabía leer alguna cosa; y deseando saber más, tuvo un salterio, y como esté prohibido en la regla que ningún fraile lego aprenda letras, el guardián, sabiendo esto, se lo pidió. Respondió que no le tenía. Le dijo el guardián que dijese dónde estaba, porque no viviese propietario; mas el fraile lego no quiso obedecer. Y no tardó mucho tiempo que cayó en una grave enfermedad; y el guardián, porque no muriese propietario, le mandó por santa obediencia diese el salterio o descubriese dónde le tenía escondido; mas el desventurado, endurecido y obstinado en negar, murió sin desapropiarse de él. Y como la noche siguiente después de sepultado, el sacristán, a medianoche, tocase a maitines, sintió sobre sí una grande y pesada sombra, oyendo juntamente una voz temerosa y confusa, sin distinción de palabras, y cayó en tierra como muerto. Los frailes, oyendo la primera señal de la campana de maitines, y viendo que paraba, después de haber esperado un buen espacio de tiempo, fueron a buscar al sacristán, y le hallaron como muerto, y vuelto en sí supieron de él la causa. Y comenzando los maitines, apareció aquella horrible sombra, haciendo un espantoso ruido, como de trompeta ronca, sin que pudiesen entender nada de lo que decía. Y turbándose todo el coro, el guardián les confortó, y dijo a la sombra: De parte de Nuestro Señor Jesucristo y de su sagrada Pasión te requiero que nos digas quién eres y qué buscas aquí en este lugar. Y respondió: Yo soy aquel fraile lego que ayer aquí sepultasteis. El guardián le dijo: ¿Quieres de nosotros algunos sufragios y oraciones, o a qué viniste acá? Respondió: no quiero vuestras oraciones, que nin-

guna cosa me aprovechan, porque por el salterio, con que morí propietario, soy condenado para siempre. Le dijo entonces el guardián: Te mando en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que pues no te podemos aprovechar, que luego te vayas y no tornes más a este lugar a darnos molestia. Luego desapareció aquella sombra, y no fue allí más vista ni oída.

Cuenta Dionisio Cartusiano que un religioso tenía roto el hábito, y entró en la ropería, y tomó un poquito de paño para echar allí un remiendo, sin licencia. Cayó enfermo, y él debía ser gran siervo de Dios, porque se estaba muriendo y tenía grande alegría y contento. No le remordía de nada su conciencia, ni el demonio hallaba cosa de que asir para poderle inquietar. Levantó acaso los ojos a un rincón de la celda, donde tenía colgado su vestido, y ve al demonio sobre su hábito en figura de mona, que se estaba relamiendo y saboreando en aquel remiendo que había echado. Entonces cayó en la cuenta de la falta que había hecho en tomar aquel remiendo sin licencia, y envía a llamar al superior, y le dice su culpa y se reconcilia con él, y luego desapareció de allí el demonio.

En la historia de la Orden de Santo Domingo se cuenta que siendo prior de Bolonia el santo fray Reginaldo, un religioso lego había recibido do limosna un pedazuelo de paño, de lo que ellos usaban, para algún remiendo de su hábito, pero lo había recibido sin licencia. El Santo le llamó a capítulo, en presencia de todos los religiosos, y le castigó como a ladrón y propietario, con ásperas palabras y con muy buena disciplina, y quemó allí el paño a vista suya y de los demás religiosos.

En la misma historia se cuenta que siendo San Alberto Magno provincial en aquella sagrada Orden, mandó con grandísimo rigor que ningún fraile tuviese en su poder ni en poder de tercera persona dinero alguno en cualquier cantidad que fuese, ni suyo, ni ajeno, ni para sí, ni para otro, y esto debajo de gravísimas penas. Y aconteció en un Capítulo provincial, que siendo probado contra un fraile haber quebrantado esta ordenación y establecimiento, la castigó con tanta severidad, que le desenterró de la sepultura, que había poco que era muerto, y le echó fuera de sagrado en el muladar, a imitación de los Santos antiguos, que así solían tratar a los frailes propietarios.

TRATADO CUARTO

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

De la excelencia de la virtud de la castidad, y de los grados por donde hemos de subir a la perfección de ella.

Esta es la voluntad de Dios, dice el Apóstol San Pablo (1 *Tes* 4, 3 y 7), *vuestra santificación, vuestra pureza y limpieza; porque no nos ha llamado Dios para que nos demos a deleites de carne, sino para que le sirvamos con pureza y entereza de cuerpo y alma*. A la castidad llama aquí el Apóstol *santidad:* por nombre de santidad o *santificación* entiende la castidad, como nota San Bernardo. Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio la llama virtud celestial y angélica; porque nos hace semejantes a los ángeles (*Mt* 22, 30): *Después de la resurrección*, en aquella vida dichosa y bienaventurada, *no habrá casamientos ni bodas, sino todos serán como ángeles de Dios*. Y dice San Cipriano, hablando con unas vírgenes, lo que después habéis de tener en la gloria, eso comenzáis a gozar en esta vida; porque mientras perseveráis en castidad y limpieza, sois iguales a los ángeles. Casiano, confirmando esto mismo, dice que con ninguna otra virtud así se hacen los hombres semejantes a los ángeles, como con la castidad; porque con ella viven en carne, como si no la tuviesen, y fuesen espíritus purísimos, conforme a aquello de San Pablo (*Rom* 8, 9): [*Vosotros no vivís en carne, sino en espíritu*]. Y aun en cierta manera nos aventajamos en esto a los ángeles; porque ellos, como no tienen cuerpo, no es mucho que tengan esa puridad; pero que el hombre que vive en esta carne mortal, que tanta guerra y contradicción hace al espíritu, viva como si no la tuviese y fuese puro espíritu, eso es mucho más.

Es tanto lo que agrada a Dios esta virtud, que haciéndose el Hijo de Dios hombre, y habiendo de nacer de mujer, quiso nacer de madre virgen y consagrada con voto de castidad, como notan los Santos. San Juan, en el Apocalipsis (14, 1), dice que vio en el monte de Sión, que es en el Cielo, a los que guardaron virginidad, en compañía del Cordero, que es Cristo; y que *le seguían dondequiera que iba, y le cantaban un cantar nuevo, el cual nadie podía cantar* sino los vírgenes. Nota aquí San Gregorio, que di-

ce que los vírgenes están con Cristo en el monte; porque por el merecimiento grande de la castidad están muy levantados en la gloria.

San Jerónimo y San Agustín, tratando de aquella prerrogativa de San Juan Evangelista de ser más especialmente amado de Cristo que los demás discípulos (porque de esa manera le nombra el sagrado Evangelio, *el discípulo que amaba Jesús* (*Jn* 21, 7), dice que la razón de ese amor especial era por ser virgen. Y así lo canta la Iglesia en el oficio de su festividad: [La causa de amarle Jesús era que por su especial prerrogativa de la castidad se había hecho digno de señalado amor, pues como hubiese sido elegido siendo virgen, virgen permaneció perpetuamente]. Y así declaran algunos de él aquello de los Proverbios (22, 11): [*El que urna la limpieza de corazón, tendrá por amigo al rey*]. Por eso le quería y regalaba tanto el Señor, por eso le recostaba en su pecho; y lo que San Pedro, que era casado, no se atrevió a preguntar a Cristo en la Cena, ruega a San Juan que se lo pregunte. Y el día de la Resurrección, diciéndoles María Magdalena que había resucitado Cristo, él ye San Pedro corrieron al monumento, pero él llegó primero. Y otra vez, estando en su nave pescando en el mar de Tiberíades, apareciéndoles el Señor en la ribera, no le conocieron los demás, sólo el que era virgen, dice San Jerónimo, con aquellos ojos de águila, conoció al virgen y al Hijo de la Virgen; y dijo a San Pedro: Es el Señor. Y, finalmente, estando Cristo en la cruz, en aquel su último testamento, ¿a quién encomendó su Madre Virgen, sino al discípulo virgen?

Pero dejando aparte los loores y excelencias de la castidad, y otras muchas cosas que de ella pudiéramos decir, porque pretendo ser muy breve en este tratado, imitando a nuestro Padre San Ignacio, Casiano pone siete grados de castidad, por los cuales, como por escalones, hemos de procurar subir hasta llegar a la perfección y paridad de esta virtud celestial y angélica. El primero es que estando el hombre velando, no se deje vencer ni llevar de ningún pensamiento o movimiento feo y sensual. El segundo, que no se detenga en semejantes pensamientos, sino que en viniendo, luego los sacuda de sí. El tercero, que no se mueva ni altere poco ni mucho con la vista de ninguna mujer. Este grado es de grande perfección y no tan común como los primeros, por la grande flaqueza y corrupción de nuestra carne, que en semejantes ocasiones luego se alborota. El cuarto es que no consienta en ninguna manera que el demonio se le suba a las barbas estando despierto; y que velando no permita en sí ni un simple movimiento de carne.

El quinto, que cuando fuere menester tratar de cosas de esta materia,

o estudiarlas, o leerlas, pase por ellas con un ánimo sosegado y puro, y no tenga más movimiento con la memoria de estas cosas, que si tratase de ladrillos, de sembrar o edificar, u otra cosa semejante. Este grado tuvo nuestro Padre San Ignacio perfectísimo desde el principio de su conversión, como leemos en su Vida. El sexto grado es que ni aun durmiendo tenga ilusiones, ni representaciones, ni fantasmas de cosa deshonesta. Esto arguye gran puridad, porque es señal que ni aun especie de ello hay en la memoria; y lo contrario, aunque no sea pecado por estar durmiendo, pero es señal que el apetito sensual no está del todo vencido y sujeto, ni borrada la memoria de semejantes cosas. El séptimo y último grado, dice Casiano, que es de pocos, como de un abad Sereno y otros semejantes, a quien el Señor quiere hacer esa merced: y es, cuando uno ha llegado a tanta pureza, que ya ni velando ni durmiendo siente en sí ni aun los movimientos que con causas naturales suelen acontecer, de manera que con la fuerza de la gracia está quieto y pacíficamente sujeto el apetito; gozando ahora la naturaleza flaca y enferma parte de aquella felicidad y privilegios, que tuvo en el primer estado de la inocencia; conforme a aquello del Apóstol San Pablo (*Rom* 6, 6): [*Para que sea destruido el cuerpo del pecado*]. Quítasele al pecado en éstos, con la gracia del Señor, la fuerza y señorío que suele tener, ya que no sienten movimiento ninguno desordenado, ni cosa que huela a eso, sino viven en carne, como si no la tuviesen.

Pero no queremos con esto decir que sea contra la perfección de la castidad sentir algunos movimientos de éstos, velando y durmiendo, porque eso es cosa natural, y en varones perfectos confiesa allí Casiano que los puede haber; aunque a algunos siervos suyos hace el Señor merced de darles aquel perfectísimo don de castidad; otros, con la gracia del Señor apenas sienten cosa alguna de éstas; otros, en ofreciéndose algo, se sosiegan y quietan luego tan fácilmente, como si no hubiese habido nada. Y todo esto es «imitar la puridad angélica», que es lo que nuestro Padre en las Constituciones nos pone por blanco, a donde hemos de asestar y poner los ojos. Y nótese aquella palabra *enitendo*, porque *eniti* no sólo quiere decir procurar y trabajar, sino trabajar forcejeando, haciéndose violencia, como se hace en cosas dificultosas para vencerlas. Nos quiere enseñar y avisar en esto, que para llegar a esta pureza de los ángeles, es menester trabajar con todas nuestras fuerzas, y que tomemos este negocio muy de atrás, ejercitándonos en el ejercicio de todas las virtudes, y particularmente en la mortificación; porque aunque esto ha de ser don de Dios, y ningunas diligencias humanas basten para ello, pero quiere el Señor que nosotros hagamos lo que es den nuestra parte, y de esa manera nos quiere El dar este

don.

CAPÍTULO 2

Que para conservar la castidad es necesaria la mortificación y guarda de los sentidos, y especialmente de los ojos

Casiano dice que era resolución de aquellos Padres antiguos, probada con muchas experiencias, que no podría uno refrenar ni vencer este vicio ni apetito de la carne si no es acostumbrándose a mortificar y quebrantar su propia voluntad en todas las cosas. Y San Basilio y otros Santos van probando muy a la larga, que para alcanzar y conservar la puridad y perfección de la castidad es menester el ejercicio de todas las virtudes, porque todas ellas sirven y ayudan y hacen la guardia a esta virtud. Pero de esto hemos ido tratando por todo el discurso de esta obra, especialmente en la segunda parte; y así ahora solamente diremos algunas cosas particulares, que nos ayudarán mucho para esto. Y sea la primera, que si queremos alcanzar la perfección y pureza de la castidad y conservarnos en ella, es menester que tengamos mucha cuenta con guardar las puertas de nuestros sentidos, y particularmente los ojos, porque por ahí entra el mal en el corazón. San Gregorio, sobre aquello de Isaías (60, 8): *¿Quién son éstos que vuelan como nubes, y como palomas se recogen a sus ventanas?*, dice que los justos se dicen volar como nubes, porque se levantan de las cosas de la tierra; y se dicen recogerse como palomas a sus ventanas o agujeros, porque, guardándose de no salir fuera a mirar por estas ventanas de los sentidos las cosas exteriores que pasan allá fuera, están guardados de codiciarlas. Empero los que livianamente salen a mirar por esas ventanas de los sentidos las cosas del mundo, muchas veces son llevados de los deseos de ellas. El Profeta David, aunque santo y acostumbrado a volar como nube a la consideración de los misterios altos y divinos, porque no tuvo recato en el mirar, le llevo tras sí lo que miró (*Jerem* 9, 61): *Entró la muerte* del pecado *por aquellas ventanas de sus ojos, y robó y despojó su alma (Lamen* 3, 51) y la mató. Dice San Gregorio: No conviene mirar lo que no es lícito desear; porque os llevarán las cosas tras sí, si las miráis, arrebatarán y robarán vuestro corazón; y cuando menos pensareis, os hallaréis preso y cautivo.

Por eso el santo Job (31, 1) se previno muy bien en esto: *Hice concierto con mis ojos de no pensar en mujer.* Dice San Gregorio: ¿Qué ma-

nera de concierto es éste, hacer concierto con los ojos de no pensar? Con el entendimiento y con la imaginación parece que había de hacer ese concierto de no pensar; con los ojos, de no mirar. No, dice, sino con mis ojos hice concierto de no pensar en mujer; porque sabía muy bien el santo Job que por ahí entran los malos pensamientos al corazón; y que teniendo él guardados los ojos y las puertas de sus sentidos, tendría guardado el corazón y el entendimiento. Por eso dice que hizo concierto con sus ojos de no pensar en mujer. Y así si vos queréis no tener pensamientos deshonestos, es menester que tengáis ojos castos y honestos, y que hagáis concierto con vuestros ojos de no mirar lo que no es lícito desear. Pondera San Crisóstomo sobre estas palabras: ¿Quién no se maravillará, viendo a este gran varón que hizo rostro al demonio, y peleó cara a cara con él, y venció todas sus máquinas y asechanzas, y no se atreve a carear con una doncella? Para que entendamos, dice, cuán necesario nos es el recato en estas cosas, por más religiosos que seamos.

El santo abad Efrén dice que tres cosas ayudan mucho a la virtud, y especialmente para la pureza de la castidad: la templanza, el silencio y la guarda de los ojos. Y aunque guardéis las dos primeras, si no guardáis los ojos, no será firme vuestra castidad. Porque así como cuando se quiebran los arcaduces, se derrama y pierde por allí el agua, así también, cuando los ojos se derraman y distraen, se pierde la castidad. Otro Santo dice que la vista de la mujer es una saeta tocada con hierba venenosa, que, luego hiere el corazón; y que así como una centella, que cae en unas pajas, si se detiene y no se sacude luego, levanta grande llama, así es el pensamiento malo causado de esa vista.

De San Hugón, obispo de Grenoble, refiere Surio que fue tan extremado su recato en esto de mirar mujeres, que con haber sido obispo más de cincuenta años, y confesar muchas mujeres, y tratar muchos negocios con muchas señoras principales, que no sólo de su obispado, sino de otras muchas partes acudían a él por la fama de su santidad y por razón de su oficio, nunca había mirado mujer alguna al rostro de manera que la pudiese conocer de vista, y así no conocía de rostro a ninguna mujer, sino a una vieja fea que servía en su casa. Y decía él que era menester andar con este cuidado, porque no se puede guardar el corazón de pensamientos malos, si no se guardan los ojos. Y de San Bernardo se lee que una vez se descuidó un poco en mirar una mujer, sin advertir lo que hacía; y cuando cayó en la cuenta, quedó tan corrido y avergonzado de sí mismo, que siendo invierno

se arrojó en un estanque de agua helada, que estaba cerca, hasta la garganta, y estuvo en él hasta que le sacaron medio muerto.

CAPÍTULO 3

Que en esta virtud de la castidad especialmente es necesario hacer mucho caso de cosas pequeñas

Cuanto esta virtud de la castidad es más alta y preciosa, tanto es menester mayor cuidado y diligencia para conservarla. En todas las cosas importa mucho hacer caso de cosas pequeñas y menudas, porque, como dice el Sabio (*Eccli* 19, 1): *El que menosprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer* en las grandes; pero especialmente en esta virtud es esto más necesario, porque cualquier cosa, por pequeña que sea, desdora mucho la castidad. Vemos acá comúnmente en las cosas preciosas y hermosas que cualquier falta las afea, y tanto más cuanto más excelentes y hermosas son. Pues así es en la altísima y hermosísima virtud de la castidad; y aun podemos decir que no hay virtud ninguna más tierna ni más delicada en esto.

Compara un Santo, Fray Gil, la castidad a un espejo muy resplandeciente, que con un liviano soplo o anhelito se cubre de paño y pierde su lustre y resplandor; así la castidad, por cosas muy pequeñas, pierde su resplandor y hermosura. Por lo cual es menester que andemos con mucho recato, mortificando los sentidos, y cortando y atajando luego el mal pensamiento, y huyendo de la ocasión. Porque así corno la llama deja rastro de sí dondequiera que toca, más o menos, según se detiene, y sino quemó, a lo menos tiznó así estas cosas, si no llegan a quemar, bastan para tiznar, porque despiertan en el alma imaginaciones y pensamientos contrarios a la castidad, y en el cuerpo movimientos feos y desordenados.

Con mucha razón dijo nuestro Padre que lo que toca a la castidad no quiere interpretación. No se puede uno fiar: Hasta aquí no me quemaré, y si tantico voy adelante, sí; hasta aquí es lícito, y si paso un poco más adelante, será ilícito. Ni se puede decir en materia de castidad: Hasta aquí llegaré y no pasaré adelante; porque cuando menos os catéis, pasaréis adonde nunca pensasteis. Quien se echa por un resbaladero, piensa llegar solamente al puesto, y el peso del cuerpo y ser la piedra tan deleznable, le hace ir adelante, aunque no tuvo tal intención al principio. Así es acá; es este gran resbaladero, y el peso e inclinación de nuestra carne a eso muy grande. No

permite la delicadeza de esta virtud que nos acerquemos tanto al daño, y nos pongamos en esos peligros. Es éste *un tesoro preciosísimo y lo tenemos* depositado *en vaso terrizo* (6 *Cor* 4, 7), que a un tris no tenemos nada. Y así es menester andar con mucha solicitud y diligencia, atajando por todas las vías los pasos a todo movimiento desordenado, por donde esta pasión pueda venir a enseñorearse de nuestro corazón.

De uno de aquellos Padres antiguos se lee que tenía gran don de castidad, y andaba con todo eso con mucho cuidado y recato, aun en las ocasiones pequeñas, en desechar el pensamiento malo luego al principio, en el mirar, en el conversar y tratar. Le decían sus compañeros: Padre, ¿por qué temes tanto, pues te ha fortalecido el Señor con el don de la castidad? Respondía el Santo: Mirad, si yo hago lo que debo y lo que es de mi parte en estas cosas pequeñas y menudas, el Señor me ayudará para que nunca venga a caer en cosas mayores; pero si yo soy negligente y me comienzo a descuidar en estas cosas, no sé si me ayudará a lo menos mereceré que me deje el Señor de su mano, y así venga a caer. Y por eso, dice, no me querría descuidar en nada, sino hacer siempre lo que es de mi parte en todas las cosas, aunque parezcan pequeñas y menudas.

Y de Santo Tomás de Aquino cuenta Surio que con haber recibido de Dios sobrenaturalmente el don de la castidad, y no sentir ya tentaciones contra ella, y haberle dicho los ángeles que no perdería la castidad recibida, con todo eso ponía sumo cuidado en guardar los ojos de la vista de mujeres, y en cualquiera otra cosa que le pudiese dañar. Pues así lo hemos de hacer nosotros, si queremos conservarnos en la puridad y perfección de esta virtud; y si no, podemos temer con mucha razón la caída. Y eso es lo que dijo el santo Job, cuando diciendo (31, 1-6): *Hice concierto con mis ojos,* les puse ley *que no mirasen mujer,* por excusar el mal pensamiento que de ello me podía venir; añadió: *Porque* si así no lo hiciera, *¿qué parte tuviera Dios en mí?* Como si dijera: Si este cuidado no tuviera de recatarme, y huir las ocasiones, y desechar el mal pensamiento, y hacer caso de cosas pequeñas, viniera a caer en algún mal deseo, con lo cual perdiera a Dios.

Se ha el demonio en esto como un ladrón principal, cuando quiere robar una casa cerrada, que si ve algún agujero o ventanilla por donde él no puede entrar, echa un muchacho ladroncillo, para que entre y abra la puerta para hacer su hecho. Y así el demonio echa los malos pensamientos, y la vista liviana, y otras cosillas semejantes, como ladroncillos que le abran la puerta para entrar. Y así importa grandemente andar con mucho

recato, huyendo y previniendo muy de lejos las ocasiones; y cualquier cuidado que en esto se ponga será muy bien empleado.

Casiano trae a este propósito aquello del Apóstol San Pablo (1 *Cor* 9, 25): [*Todo luchador se abstiene de todo lo que es impedimento para la lucha*]. Dice Casiano: Si aquellos atletas que jugaban y corrían en aquellos juegos olímpicos, por no debilitar ni disminuir las fuerzas que eran menester para ellos, se abstenían de comida que les pudiese dañar, y se guardaban de la ociosidad, y se daban a ejercicios con que pudiesen acrecentar las fuerzas; y no sólo eso, sino que para estar más ligeros y fuertes, se ponían en los riñones planchas de plomo, para que ni entre sueños tuviesen movimiento ni ilusión, ni les acaeciese cosa por la cual se les perdiesen o disminuyesen las fuerzas y vigor; y todo esto hacían para alcanzar un premio y una corona corruptible y perecedera; ¿qué será razón que hagamos nosotros para alcanzar esta virtud angélica y celestial, y una corona eterna que ha de durar para siempre jamás?

CAPÍTULO 4

Que especialmente en la confesión hemos de hacer caso de cualquiera cosa que sea contra la castidad

San Buenaventura, tratando de la confesión, da una doctrina general y muy importante para todos: dice que se guarden todos mucho y no dejen de confesar algunas cosillas vergonzosas que suelen acontecer, con decir: esto no es pecado, o, a lo menos, no será mortal, y los pecados veniales no estamos obligados a confesarlos; porque han entrado por aquí grandes males, y a muchos les ha sido esto principio de perdición. Dios os libre de dar esta entrada al demonio, y abrirle este portillo, que no ha menester él más para hacer su hecho. Presto, juntándose la vergüenza con la vileza de la cosa, os hará creer que no fue pecado lo que lo era, o a lo menos había duda si lo era, y que lo dejéis de confesar. Y en gente que ha sido buena y que no suele tener pecados mortales, suele reinar más esta vergüenza cuando les acontece algo; porque como la soberbia y apetito de estimación nos es tan connatural y está tan arraigada en las entrañas, revive entonces y siente uno mucho caer de su reputación y perder la buena opinión que tenía de él su confesor; y eso le hace andar buscando razones para persuadirse que aquella bajeza, de la que tan afrentado se halla ahora en decirla, no llegaría a pecado mortal, y que así no estará obligado a confesarla.

Otras veces, ya que del todo no la calle, es causa que la diga tan diminutamente y por tales términos y rodeos, que casi no se entienda, o, a lo menos, no parezca tan grave; que es como si no la dijese. Porque lo que se confiesa se ha de confesar claramente, de manera que el confesor entienda la gravedad del pecado. Y si uno confiesa alguna cosa de manera que no parezca pecado, o de manera que no se entienda la gravedad y circunstancia necesaria, es como si del todo la dejase de confesar. Les ciega y engaña la vergüenza, o, por mejor decir, la soberbia, para que no se declaren del todo. Poco dolor tiene de sus culpas, o ninguno, el que aun para decirlas y declararlas a su confesor no tiene virtud. Esa vergüenza y afrenta ha uno de ofrecer en recompensa y satisfacción de la culpa que ha cometido, para aplacar con eso a Dios nuestro Señor; y sólo el sentir repugnancia y dificultad en decir la culpa, había de bastar para tenerse uno por sospechoso, y entender que conviene decirla, aunque no hubiese más en ello de vencer esa repugnancia y mortificarse, y que no salgan la carne ni el demonio con la suya.

Especialmente que hay muchas cosas en esta materia de castidad que los que no saben piensan que no son pecados mortales, y realmente lo son. Y otras hay que no es fácil determinar si llegan a eso o no, porque son muy dudosas. Muchas veces el mismo confesor, por docto que sea, no sabe determinar si llegó a mortal o no, ¿cómo se ha de atrever el penitente, en su propia causa, a atropellarlo, y determinarse que no llegaría a tanto, y dejarlo de confesar? En grande peligro se pone este tal, particularmente cuando parece que tiene inclinación a dejarlo, y querría, si pudiese deshacerlo, y que no pareciese tanto, por la vergüenza que tiene en decirlo. No me atrevería yo a asegurarlo. Y no es menester otro testigo mejor que la conciencia propia de cada uno; porque el que se acusa en la confesión de otras cosas menores, no puede dejar de quedar con remordimiento, viendo que deja de decir aquello que sabe que es más que todo eso otro. Y a la hora de la muerte no os atreveríais vos a dejar de declarar esto; pues no os atreváis tampoco ahora; porque de esa manera nos hemos de confesar y hacer siempre todas nuestras obras, como si luego nos hubiésemos de morir. San Gregorio dice que es señal de buenas almas temer culpa, aun donde no la hay. Así también es señal de no buenas almas el no temer culpa donde hay que temerla.

Algunos dicen: Lo dejo por no hacerme escrupuloso. Ese es otro engaño que suele poner el demonio. Esto no es hacerse uno escrupuloso; porque menores cosas que ésas confiesan y han de confesar los que tratan

de virtud, no por necesidad ni por escrúpulo, sino por devoción y reverencia al Santísimo Sacramento.

Es tanta la puridad con que hemos de andar en esto, que aun de lo que no es culpa, es consejo de varones espirituales que se acuse uno en esta materia: Me acuso, Padre, que he tenido tentaciones deshonestas. Y si os parece que tuvisteis negligencia en resistirlas, lo habéis de decir: Me parece que tuve alguna negligencia en admitirlas o en desecharlas; aunque no sea sino muy ligera y muy venial; y es muy ordinario haber alguna culpa y negligencia en ellas, por ser muy pegajosas. Pero aunque os parezca que no habéis tenido culpa, podéis decir: Me acuso que he tenido muchos pensamientos y tentaciones deshonestas; añadiendo: Me parece, por la misericordia del Señor, que hice lo que era de mi parte, y que no tuve culpa en ello. Como también aconsejan que se confiese uno de esa manera de los malos pensamientos que le vienen contra Dios y sus Santos y contra la fe.

Y aun de menos que eso dicen que se ha uno de acusar en esta materia; como de lo que acontece durmiendo, donde no hay culpa ninguna, porque sin libertad no la puede haber; con todo eso, es buen consejo que se acuse y se humille de esa ilusión, aunque no es de necesidad, no habiendo dado causa ni teniendo culpa ninguna en ello; y así, los temerosos de Dios usan el reconciliarse de eso antes de comulgar, por reverencia de tan alto Sacramento. Aún allá tratan los teólogos si se dejará por eso la Comunión, y dicen que será más reverencia dejarla para otro día, si no hay alguna causa particular, como la hay en un religioso, cuando comulga toda la comunidad, y sería nota si él no comulgase; pero ya que se le da licencia para comulgar, es bueno guardar el consejo dicho.

CAPÍTULO 5

Cuán vehemente y peligrosa es la pasión del amor, y cuanto la debemos temer

Una de las cosas que hay más que temer es la pasión del amor, porque como es la más principal y más vehemente de las pasiones, es más dificultosa de regir; y así es mayor el peligro que corremos de ser llevados y despeñados de ella.

El bienaventurado San Agustín declara bien la fuerza y vehemencia de esta pasión, y cuánta razón hay de temerla, con dos ejemplos graves de la sagrada Escritura. El primero es de nuestro padre Adán. Pregunta el

Santo: ¿Cuál es la causa por la que Adán obedeció a la voz de su mujer y quebrantó el mandamiento de Dios, comiendo del árbol vedado? ¿Por ventura fue engañado Adán, creyendo que si comía de aquella fruta sería como Dios, como había dicho la serpiente a Eva? No es de creer, dice, que siendo Adán dotado de tan alta sabiduría, pudiese ser engañado de manera que creyese tal cosa. Y así dice el Apóstol San Pablo (1 *Tim* 2, 14): *No fue engañado Adán como Eva* de manera que creyese esto. Y así nota San Agustín que cuando preguntó Dios a Eva: [*¿Por qué hiciste esto?*] respondió ella: *La serpiente me engañó, y así, comí.* Pero cuando preguntó a Adán, no respondió él: La mujer que me diste me engañó, y así, comí; sino responde (*Gen* 3, 12-13): *Señor, la mujer que me disteis por compañera me dio esa fruta, y la comí.* Cobró tanto amor y tanta afición a su mujer, que por no contristarla, hizo lo que le pidió. De esta manera fue el engaño de Adán, el amor le engañó. Y eso no porque fuese vencido de la sensualidad y concupiscencia de la carne, dice San Agustín, porque entonces no había esa rebelión en ella; sino llevado de un amor y benevolencia amigable, por la cual algunas veces, por contentar al amigo, descontentamos a Dios. De manera que por aquí entró el pecado en el mundo y con él la muerte y todos los males y trabajos.

El segundo ejemplo es de Salomón. ¿Quién, dice San Agustín, hizo caer a Salomón en tan gran desatino, que viniese a ser idólatra? No es de creer que un hombre a quien Dios había dado tanta sabiduría creyese que había alguna divinidad en los ídolos ni provecho alguno en honrarlos. ¿Pues quién le hizo que viniese a hacer un disparate tan grande como adorarlos y ofrecerles incienso? ¿Sabéis quién? El amor. Y esto nos lo dice claramente la misma Escritura divina (1 *Reyes* 11, 1): *Amó con ardentísimo amor mujeres idólatras, con las cuales había Dios mandado a los hijos de Israel que no se mezclasen, porque sin duda los pervertirían y harían que viniesen a adorar sus dioses.* No obedeció Salomón a este mandamiento de Dios, y así le sucedió lo que Dios había dicho; porque en tomando una mujer de aquéllas, edificaba un templo al ídolo que ella adoraba; y tomando otra, edificaba otro a su ídolo, y así todas las demás. Ellas adoraban allí a sus ídolos, y el rey Salomón, con toda su gravedad y sabiduría, los adoraba también, juntamente con ellas y les ofrecía incienso, no porque entendiese que había allí que reverenciar, dice San Agustín, sino vencido y ciego del amor, por no contristar a sus amores, por darles gusto y contento a las que tanto amaba: el amor pervirtió su corazón.

Por esto los Santos y maestros de la vida espiritual nos avisan que nos guardemos mucho de esa pasión y de todas las ocasiones que nos pueden llevar a eso. Y aunque el amor parezca bueno, y sea con personas de mucha virtud y santidad, y aunque el trato y conversación sea de cosas buenas y espirituales, y les parezca a los que así tratan que se aprovechan y ayudan mucho en su espíritu con la tal conversación; con todo eso, anden con mucho cuidado y recato, porque doctrina es común de los Santos y la trae San Buenaventura, que el amor espiritual suele fácilmente degenerar y adulterarse, y de espiritual convertirse en carnal y sensual; y aunque al principio sea vino, se mezcla después con agua; y lo que era bálsamo, se falsifica con mezcla de otros licores bajos y viles, conforme a aquello de Isaías (1, 22): [*Tu vino, mezclado está con agua*].Antes, ése es el medio y el cebo que el demonio suele tomar para engañar a uno, y llevarle poco a poco a donde él quiere.

Dice muy bien San Buenaventura que hace el demonio en esto lo que dijo el otro arquitriclino [mayordomo], que al principio pone el buen vino, y después lo peor. Al principio les hace creer que todo es devoción y espíritu, y que se aprovecharán de aquella conversación y familiaridad; y cuando los tiene ya enternecidos y rendidos, y parece que hay prendas, entonces descubre su ponzoña: fue el cebo aquello primero para cogerlos en el garlito. Y no se cansa el demonio, dice San Buenaventura, de entretener mucho tiempo a uno en aquel cebo, que parece bueno; todo lo da por bien empleado a trueque de alcanzar después lo que desea, que es que el amor espiritual venga a parar en carnal y sensual. ¡Oh! cuántos, dice el Santo, han trabado conversación y amistad con algunas personas, so color de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual, y que aprovechaban sus almas con aquello, y por ventura al principio era así, y poco a poco fue desdiciendo y degenerando aquel amor, y comenzaron a tratar pláticas impertinentes de cosas livianas y ridículas. Comenzaron en espíritu y acabaron en carne (*Galat.*, 3, 3).

Cuenta Gerson de un siervo de Dios de grandes prendas, así en letras como en virtud, que trataba con una religiosa, sierva de Dios, santamente y de cosas provechosas a su alma; pero poco a poco con la conversación y el trato creció el amor, pero no en el Señor, sino de tal manera, que no se podía contener de irla a visitar muchas veces y estar con ella muchos ratos; y cuando no estaba con ella, apenas podía dejar de estar pensando en ella; y con todo eso, estaba tan ciego el buen hombre, que le parecía que no había allí ningún mal ni engaño alguno del demonio, porque decía que no le pa-

saba por pensamiento cosa ninguna mala; que es una excusa con que muchos se suelen cegar y andar engañados; y así lo andaba éste, hasta que le fue forzado, por cierta ocasión que se ofreció, hacer un camino largo. Entonces al apartarse sintió el siervo de Dios que aquel amor no era puro ni casto, y que si Dios no le quitara la ocasión con aquella ausencia, estaba muy cerca de caer en grande mal. Y así, dice allí Gerson, tratando del peligro y engaño grande que hay, en el amor, que no es oro todo lo que reluce, ni todo caridad lo que lo parece. Y refiere de una persona de mucha santidad, que decía que no había cosa de que tuviese más temor y más sospecha que del amor, aunque sea con personas de mucha virtud y santidad, y trae aquello del Sabio (*Prov* 16, 25): *Hay algunos caminos que le parecen al hombre derechos,* y no son sino muy torcidos, y *que van a parar en mal.* Así, dice, suele ser este camino.

CAPÍTULO 6

De algunos remedios contra las tentaciones deshonestas

En la segunda parte, en el tratado cuarto, de las tentaciones, dijimos de algunos remedios para estas tentaciones, y otros remitimos a este lugar, de que trataremos ahora.

Cuanto a lo primero, el medio de la oración es de los más principales que la divina Escritura y los Santos nos dan para todas las tentaciones, y el mismo Cristo nos lo enseña en el Evangelio (*Mt* 26, 41): *Velad y orad porque no entréis en la tentación.* Dice San Beda que así como el ladrón en oyendo voces huye y todos se levantan y vienen a socorrer, así el clamor de la oración hace huir al demonio, y despierta a los ángeles y a los Santos bienaventurados para que vengan en nuestro socorro y ayuda. De San Bernardo leemos que viniéndole a robar la castidad, dio voces: ¡Ladrones, ladrones!, y con eso huyó el ladrón. Pues si al clamor y apellido de los hombres huye el ladrón, ¿cuánto más aquel tan antiguo como astuto ladrón, que procura robar las riquezas espirituales de nuestra alma, huirá a los clamores y apellidos que levantamos a Dios y a sus Santos?

Especialmente es singularísimo remedio para esto el acogernos a pensar en la Pasión de Cristo y escondernos en sus llagas. San Agustín dice: No hay medicina ni remedio más poderoso y eficaz contra las tentaciones deshonestas, como pensar en la Pasión y muerte de Cristo nuestro Redentor. En ninguna cosa, dice, hallé tan eficaz remedio como en acogerme

a las llagas de Cristo; allí duermo seguro y allí torno a revivir. Nota y pondera muy bien un doctor grave que por eso no dijo el Evangelista (*Jn* 19, 34) que fue herido el costado de Cristo, sino que fue *abierto,* para que entendamos que está abierto el camino para entrar en el corazón de Cristo, y que allí ha de ser nuestro refugio y guarida (*Cant* 2, 14), *en aquellos agujeros de aquella piedra* que es Cristo.

San Bernardo pone también este remedio, y dice: Cuando sintiereis esta tentación, acogeos luego a pensar en la Pasión de Cristo, y decid: Mi Dios y mi Señor está clavado en una cruz, ¿y tengo yo de darme a deleites y pasatiempos? Como dijo aquel criado fiel, que diciéndole el rey que fuese a descansar y holgar a su casa, respondió (2 *Sam* 11, 11): *El arca de Dios y mi señor y capitán Joab están en el campo, y debajo de tiendas, ¿y me tengo yo de ir a comer y holgar a mi casa? Nunca Dios tal quiera.* Así hemos de decir nosotros: Vos, Señor, estáis en esa cruz y pagáis ahí los deleites que los hombres toman pecando: no quiero yo tomar placer tan a costa vuestra.

Otros se ayudan en estas tentaciones de la memoria y consideración de los novísimos, conforme a aquello del Sabio (*Eccli* 7, 40): *En todas tus obras, acuérdate de tus postrimerías y no pecarás.* Unos se aprovechan de la consideración del infierno, ponderando aquello que dice San Gregorio: Un momento dura lo que deleita, y eternamente lo que atormenta. Ahondar en aquella eternidad, en aquel «para siempre jamás, mientras Dios fuere Dios», es medio muy eficaz para no pecar, conforme a aquello del Profeta (*Sal* 54, 16): [*Desciendan vivos al infierno*]. Bajar ahora vivos al infierno con la consideración, ayuda para no bajar allá después de muertos. Otros se ayudan de la consideración de la gloria, pareciéndoles desatino, como lo es, por un breve deleite trocar a Dios y perder la gloria para siempre. Y ¿qué mayor locura puede ser que dejar de hacer lo que nos manda Dios, convidándonos con la gloria por ello, por hacer lo que el demonio quiere, convidándonos con el infierno por ello? Otros sienten mucho provecho acordándose de la muerte y del juicio final. Todas son muy buenas consideraciones: cada uno ha de acudir a aquello en que sintiere más provecho: y unas veces lo sentirá en uno, otras en otro: y así nos hemos de ayudar de todo.

También ayuda mucho en estas tentaciones hacer la señal de la cruz en la frente y en el corazón, y llamar con devoción el santo nombre de Jesús; y se han visto efectos admirables con esto, y milagros muchos, que tenemos en las historias.

La devoción de nuestra Señora para todo ayuda, y así no ha de haber nadie que no la tenga y acuda luego a esta soberana Virgen con mucha confianza, porque no puede dejar de ser misericordiosa la que tuvo por espacio de nueve meses encerrada en sus entrañas la misma misericordia. Al fin es Madre de misericordia y abogada de pecadores, a los cuales ama, porque ve cuánto su Hijo los amó, y por cuán caro precio los compró; y sobre todo esto ve que los pecadores fueron ocasión de que el Verbo Eterno tomase carne en sus entrañas y ella fuese Madre de Dios, y por esto los mira con ojos más piadosos, e intercede por ellos a su Hijo, y alcanza de Él todo lo que quiere. Porque ¿qué podrá negar el hijo a su madre, y tal Hijo a tal Madre? De donde vino a decir San Bernardo aquella sentencia tan célebre: Calle tus alabanzas Virgen gloriosa, el que te hubiere invocado en sus trabajos y necesidades, y se acordare no haberle acudido.

Pero aunque para todas las tentaciones y ocasiones es este remedio muy eficaz, es lo muy particularmente para ésta de que vamos tratando, por agradarle tanto a la purísima Virgen la pureza y castidad. Algunos doctores dicen que la pureza virginal tan subida que tuvo San Juan Bautista, que dicen que ni aun pecado venial tuvo contra ella, le vino de la visita de esta Señora que estuvo tres meses con Santa Isabel. Aquélla fue visita corporal y espiritual, dice San Ambrosio: [Que no fue la amistad ni el parentesco la causa única por que la Virgen quedó tanto tiempo en casa de su prima, sino también el provecho de tan gran Profeta]. Y si de la primera visita se siguió tan grande bien, que el niño se regocijó en el vientre de su madre y quedó santificado, y Santa Isabel fue llena del Espíritu Santo, en oyendo la salutación de la Virgen, ¿cuál pensáis, dice, que sería el fruto y provecho de la presencia y conversación de tanto tiempo?

El B. Padre Maestro Ávila dice haber visto muchos efectos y provechos notables en personas molestadas de esta tentación, por medio de la Virgen nuestra Señora, por rezarle alguna cosa cada día en memoria de la limpieza virginal con que concibió y parió al Hijo de Dios: son muy a propósito para esto aquellos versos que le canta la Iglesia:

[Virgen, que después del parto
permaneciste inviolada.
Virgen, que eres de Dios Madre,
sé con Dios nuestra Abogada.
Virgen benigna entre todas,

singular como ninguna,
haznos benignos y castos
y libres de toda culpa].

Donde, poniéndole delante su inmaculada y perpetua virginidad, le pedimos nos alcance esta virtud, para que así agrademos a Ella y a su preciosísimo Hijo.

También es muy buen remedio la devoción con los Santos y con sus reliquias. Cuenta Cesáreo una cosa que dice se la contó el mismo a quien le pasó, que fue un religioso de su Orden cisterciense, llamado Bernardo. Este, antes de entrar en la Religión, yendo cierto camino, dice que llevaba consigo colgada al cuello una cajita de reliquias de los santos mártires San Juan y San Pablo. Yendo su camino, le vino una tentación deshonesta; él entonces no miraba tanto en eso, y se descuidaba de resistir a la tentación y de sacudir de sí aquellos malos pensamientos que le venían. Y comenzaron las santas reliquias, con su cajita, a darle golpes en los pechos; y con todo eso no caía en la cuenta ni echaba de ver en ello; y como cesase la tentación, cesaron también los golpes. De allí a otro poco tornó la tentación, y tornaron luego los golpes de las santas reliquias, como si le dijeran que advirtiese y desechase de sí aquellos malos pensamientos. Entonces cayó en el aviso y recuerdo que le daban, y procuró con diligencia resistir a la tentación.

También es muy buena devoción, y ayuda mucho para esto, visitar muchas veces al Santísimo Sacramento del altar, y pedir allí al Señor ayuda y favor para salir con victoria; y, sobre todo, el recibir a menudo este divino Sacramento es singularísimo remedio conforme a aquellas palabras del Profeta (*Sal.* 22, 5): *Me preparasteis, Señor, y me pusisteis delante una mesa, la cual me da virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen.* Para todas las tentaciones, dicen los Santos, que éste es gran remedio; pero particularmente para vencer las tentaciones de la carne y conservar la castidad; porque este divino Sacramento mitiga el *fomes peccati,* cebo e incentivo del pecado, disminuye y apaga los movimientos de la carne, y los ardores de la concupiscencia, como el agua al fuego, dice San Cirilo. Y traen para esto aquello del Profeta Zacarías (9, 17): [*Porque ¿qué es lo bueno de Dios y qué es lo hermoso del Señor, sino el pan de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes?*], de lo cual dijimos en su lugar.

CAPÍTULO 7

Que la penitencia y mortificación de la carne es muy propio y principal remedio contra la tentación.

El bienaventurado San Jerónimo, dice: Los ardientes y encendidos deseos y movimientos de la carne, con vigilias y ayunos, con penitencias y asperezas, se han de refrenar y apagar; y así lo hacía él. Y de San Hilarión, cuenta el mismo San Jerónimo que, siendo fatigado de tentaciones de carne y de pensamientos torpes, se airaba con su cuerpo y le decía: Yo te haré, asnillo, que no tires coces, porque te quitaré la cebada y te daré solamente paja; he de matarte de hambre y de sed; te pondré cargas pesadas, he de fatigarte con calores y hielos, para que así pienses antes en la comida que en la lascivia. Remedio es éste muy encomendado de los Santos, y muy usado de los siervos de Dios aun sin sentir esta guerra.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado San Francisco se cuenta que preguntó uno a un santo varón por qué San Juan Bautista, siendo Santo desde el vientre de su madre, se fue al desierto e hizo allí tan estrecha penitencia como dice el sagrado Evangelio. Respondió el Santo: Dime tú: ¿por qué a la carne, estando fresca y buena, le echan sal? Respondió el otro: Porque mejor se conserve y no se corrompa. Pues así, dice, el glorioso Bautista se saló con la penitencia, porque su santidad se conservase mejor sin alguna corrupción de pecado, como la Iglesia lo canta. Pues si aun antes de sentir estas tentaciones, en tiempo de paz, conviene usar este ejercicio de penitencias y mortificaciones, ¿cuánto más convendrá en tiempo de guerra? Santo Tomás dice, y lo trae de Aristóteles, que del castigo se dijo castidad, porque con el castigo del cuerpo se ha de refrenar el vicio contrario; y dice que los vicios deshonestos son como los muchachos, que han menester azote, porque les falta razón.

Y si de este mal tratamiento del cuerpo se sigue flaqueza o daño a la salud corporal, responde el mismo San Jerónimo en otra parte: Mas vale que duela el estómago que el alma; y mejor es que tiemblen los pies de flaqueza que no que vacile la castidad; aunque siempre es menester discreción. Y así, se han de medir estas cosas conforme a las fuerzas y a la tentación y peligro de cada uno; porque una cosa es ser la guerra tan grande, que pone al hombre a riesgo de perder la castidad, y entonces a cualquier riesgo conviene poner el cuerpo, por quedar con la vida del alma. Dicen allá los médicos: Cuando la enfermedad es mortal, y se ve que ya va acabando a uno, se hacen remedios exquisitos y extraordinarios. Así ha de ser

también en las tentaciones y enfermedades espirituales, cuando son vehementes. Otra cosa es pelear con una mediana tentación, de la cual no se teme tanto peligro, ni es menester tanto trabajo para vencerla.

Pero advierten aquí los maestros de la vida espiritual que estas tentaciones de la carne unas veces nacen de la misma carne, y del cuerpo redundan en el alma, como suele acaecer a los mozos y a los que tienen buena salud y regalan su carne; y entonces aprovecha mucho poner el remedio en ella, como hemos dicho, pues está en ella la raíz de la enfermedad.

Otras veces nace esta tentación del alma por sugestión del demonio, y del alma redunda en el cuerpo; y la señal de esto es cuando combate más con pensamientos y feas imaginaciones, que con feos sentimientos o movimientos del cuerpo; o si hay éstos, no es porque la tentación comience en ellos, sino comenzando por pensamientos resultan aquellos sentimientos y movimientos en la carne, la cual algunas veces, estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como le acaecía a San Jerónimo, según él lo cuenta; que estando el cuerpo flaco, consumido y casi muerto por las grandes penitencias y asperezas que hacía, con todo eso le parecía algunas veces que se hallaba en medio de las danzas y saraos de las doncellas de Roma. Y tienen también otra señal, que es venir importunamente y cuando el hombre menos querría, y menos ocasión hay para ello; y ni acatan reverencia a tiempos de oración, ni de Misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas. Y algunas veces son tantos y tales los pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas, como se le ofrecen; y en la fuerza con que vienen, y cosas que oye interiormente siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las dice, y las hace. Todas éstas son señales manifiestas que aquélla es persecución del demonio, y que no nace de la carne, aunque se padece en ella; y así entonces es menester poner otros remedios. Y todos dicen que es muy bueno para esto procurar alguna buena ocupación que ponga al hombre en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y a este intento procuró San Jerónimo, según él mismo cuenta, estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo, aunque no sin fruto.

Y el mismo San Jerónimo cuenta de un monje mancebo, de nación griego, que estaba en un monasterio de Egipto, que era muy fatigado de esta tentación de carne, y ayunaba mucho, y hacía grandes penitencias y no cesaba la tentación. El superior tomó este medio para sanarle: mandó a un monje de los más antiguos, grave y áspero, que se hiciese muchas veces

encontradizo con aquel mancebo, y le reprendiese con palabras ásperas e injuriosas; y después que le hubiese tratado mal de palabra, se viniese él a quejar, como si hubiera sido ofendido del otro monje. El anciano lo supo hacer muy bien, y a cada paso, de cualquier cosa tomaba ocasión para darle muy buenas reprensiones, y sobre eso le llevaba luego a juicio delante del superior, y tenía ya prevenidos testigos que decían que el otro monje había sido descomedido con el anciano. El superior reprendía al monje y le daba muy buenas penitencias como a culpado. Y esto pasaba cada día; y viéndose el pobre tan mal tratado y con tantos falsos testimonios, estaba muy afligido y tristísimo en su celda, y derramaba muchas lágrimas, pidiendo a nuestro Señor que volviese por él, porque se veía desamparado de todo favor humano: todos eran contra él, y no se hacía en casa falta alguna o desorden, el cual no se le achacase, luego salían dos o tres, que testificaban contra él, y llovían sobre su cabeza penitencias y reprensiones. Y duró esto por todo un año. Al cabo del año le preguntó otro monje cómo le iba de la tentación de la carne. Respondió él: Aun vivir no me dejan ¿y queréis que me acuerde de eso? Ya no hay memoria de esa tentación. De esta manera le curó su padre espiritual; con el dolor y trabajo mayor se le quitó el menor. Y añade allí San Jerónimo en loa de la Religión: Si éste estuviera solo, ¿quién le ayudara a vencer la tentación? Y en la regla de los monjes, una de las razones que da el Santo para mostrar cuánto nos conviene la Religión y el vivir debajo de obediencia, es éstas: para que no hagáis lo que queréis, comáis lo que os dieren, vistáis lo que os cupiere, trabajéis lo que os mandaren, y vayáis a la noche cansado a la cama, y aun no hayáis cumplido con el sueño, y os hagan levantar; y así sucediendo unas cosas a otras, andéis tan ocupado en la obediencia, que no tengan lugar de entrar las tentaciones, ni tengáis tiempo para pensar en otra cosa, sino en lo que habéis de hacer.

El bienaventurado San Francisco decía que había sabido por experiencia que los demonios se espantaban y huían de la aspereza y del rigor y penitencia, y que se allegaban y tentaban fuertemente a los que se trataban regalada y delicadamente. Y San Atanasio refiere de San Antonio abad que enseñaba esto mismo a sus discípulos: [Creedme, hermanos, decía, teme mucho el demonio las vigilas de los buenos, sus oraciones y ayunos y su pobreza voluntaria].

San Ambrosio trae a este propósito aquello del Profeta (*Sal*. 63, 11-12): *Me vestía yo de cilicio, y cubría y guardaba mi ánima con el ayuno*. Esa, dice, es buena defensa y buen arnés contra este enemigo, y tenemos

también para esto la doctrina de Cristo, que nos dio cuando echó aquel espíritu inmundo, que los discípulos no habían podido echar (*Mc* 9, 28): *Este género de demonios no puede salir sino con oración y ayuno.* A la oración añade la penitencia y ayuno, como medio propio para ahuyentar este género de demonios. Y así, cuando hay estas tentaciones, no nos hemos de contentar con acudir a la oración, ni con hacer actos y propósitos contrarios a la tentación, sino hemos también de ejercitarnos más particularmente en obras corporales de penitencia y mortificación, siempre con consejo del confesor o superior para que en todo vayamos más acertados.

Preguntó un religioso, que era combatido de esta tentación, al santo fray Gil, qué remedios tendría para ella. Le dijo el Santo: ¿Qué harías tú, hermano mío, a un perro que te viniese a morder? Respondió el religioso: Tomaría una piedra o palo, y le heriría hasta hacerle huir de mí. Dice el Santo: Pues hazlo así con tu carne, que te quiere morder, y huirá de ti esa tentación. Es tan bueno este remedio, que algunas veces cualquier trabajo y dolor, aunque sea pequeño, suele divertir y quitar esta tentación: como extender los brazos en cruz, hincar las rodillas, herir los pechos, tomar una disciplina, darse algunos pellizcos o repelones, estarse en un pie un rato, u otra cosa semejante.

En la vida del Apóstol San Andrés se cuenta que un viejo llamado Nicolás, estando San Andrés en Corinto, vino a él, y le dijo que setenta y cuatro años había vivido en deshonestidades, dando rienda a sus apetitos desordenados, y entregándose a todo género de torpezas, y que entrando poco antes en la casa pública para ofender a Dios, llevando consigo el Evangelio, una mala mujer de aquella casa, con quien quería pecar, le apartó con grande espanto, y, le rogó que no la tocase, ni se llegase al lugar donde ella estaba, porque veía en él cosas maravillosas y misteriosas. Después de esto rogó Nicolás a San Andrés que le diese remedio para aquella su grande flaqueza y costumbre envejecida en el pecar. El Santo se puso en oración, y ayunó cinco días, suplicando a nuestro Señor que perdonase a aquel miserable viejo, y le otorgase el don de la castidad. Al cabo de los cinco días, perseverando el santo Apóstol en su oración, oyó una voz del Cielo que le decía: Yo te concedo lo que me pides por el viejo; pero es mi voluntad que como tú has ayunado por él, así él ayune y se aflija por sí, si quiere ser salvo. Mandó el santo Apóstol a Nicolás que ayunase, y a todos los cristianos que hiciesen oración por él y pidiesen al Señor misericordia. Los oyó Dios de tal manera, que Nicolás volvió a su casa, y dio todo lo que tenía a los pobres, y maceró su carne con grande aspereza, y por espa-

cio de seis meses no comió sino pan seco, y bebió un poco de agua. Y cumplida esta penitencia, pasó de esta vida, y Dios reveló a San Andrés, que a la sazón estaba ausente, que se había salvado.

En el *Prado Espiritual* se cuenta que un monje fue a un Padre de los ancianos y le dijo: ¿Qué haré que no puedo sufrir los pensamientos que me combaten? Dijo el viejo: Yo nunca he sido combatido con semejantes pensamientos. El monje se escandalizó con esta respuesta, y se fue a otro Padre anciano, y le dijo: Te hago saber que tal Padre me ha dicho que no ha sido ni es combatido de pensamientos; yo me he escandalizado, porque me parece que ha dicho cosa que excede a la naturaleza humana. Dijo el Padre: No sin causa te dijo aquel varón de Dios tales palabras; vuelve a él y pídele perdón, y te dirá la causa por qué te dijo aquello. El monje volvió a él y le dijo: Perdóname, Padre, porque sin despedirme de ti me fui el otro día tan neciamente; mas te ruego me declares cómo no eres combatido. Respondió el viejo: Porque después que soy monje, nunca me harto de pan, ni de agua, ni de dormir, y esta abstinencia no me ha permitido que tenga la batalla de pensamientos que tú me dijiste.

CAPÍTULO 8

De otros remedios contra las tentaciones

El bienaventurado San Gregorio dice que algunas veces las tentaciones deshonestas y ser molestado uno de pensamientos y movimientos malos suelen ser rastros y reliquias de la mala vida pasada, y pena y castigo de la libertad y mala costumbre antigua, y que entonces con lágrimas se ha de apagar este fuego, llorando muy bien lo pasado.

San Buenaventura dice que es muy buen remedio en las tentaciones juzgarse uno por digno de aquella aflicción y trabajo, y reconocer que tiene muy bien merecido aquel castigo por sus culpas y libertad pasada, y sufrirlo con humildad y paciencia, diciendo con los hermanos de José (*Gen* 42, 21): *Con razón padecemos estas cosas, porque pecamos contra nuestro hermano.* De esa manera, dice San Buenaventura, aplacará uno más presto a Dios y se le convertirá en bien y provecho la tentación. Provoca mucho a misericordia aquellas entrañas piadosísimas de Dios el reconocerse uno por digno de castigo; y así leemos en la sagrada Escritura (*Dan* 3, 37; 9, 5) que usaba mucho de este medio el pueblo de Israel para alcanzar perdón de Dios.

Otro medio, y muy eficaz, para alcanzar el favor y ayuda del Señor y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos en todas las tentaciones y particularmente en ésta, es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios, de lo cual tratamos largamente en otra parte; y después, tratando del temor de Dios, diremos algo. Bastará ahora decir que generalmente la humildad es gran remedio contra las tentaciones. Bien sabido es aquello que le fue revelado al bienaventurado San Antonio. Viendo en espíritu todo el mundo lleno de lazos, dio voces diciendo con lágrimas: ¿Quién escapará, Señor, de tantos lazos? Y oyó una voz que le dijo: El humilde. Pues sed vos humilde y os librará Dios de esos lazos y tentaciones (*Sal.* 114, 6): [*El Señor guarda a los pequeñuelos, y yo me humillé y me salvó*]. Los montes altos son combatidos de rayos y tempestades; los árboles grandes son los que arrancan los vientos; pero las cañas, mimbres y plantas humildes, que se abaten y encorvan y doblan a una parte y a otra, se quedan en pie después de las tempestades.

Conforme a esto, será también muy bueno y muy provechoso sacar humildad y propio conocimiento de estas tentaciones deshonestas, viendo que tales cosas pasan por nosotros, como diciendo: Veis aquí, Señor, quién soy yo; ¿qué se esperaba de este muladar, sino semejantes olores? ¿Qué se podía esperar de la tierra que Vos maldijisteis, sino zarzas y espinas? Este es el fruto que esta nuestra tierra puede dar, si Vos, Señor, no la limpiáis. Buena ocasión nos dan estas tentaciones y malas inclinaciones que tenemos para humillarnos. Si los vestidos viles y despreciados ayudan a uno a humillarse, como dicen los Santos, ¿cuánto más nos ayudarán a humillar tan viles y sucios pensamientos como pasan por nosotros? Decía el santo fray Gil que nuestra carne era como el animal inmundo, que con gran deseo corre al lodo y en él se deleita; o como el escarabajo, que su vida es revolverse en el estiércol. Mucho nos ayudará esta consideración para no dejarnos llevar de estos pensamientos.

Y generalmente, en cualquier tentación es muy bueno no hacer uno caso de aquello a que le lleva la tentación, sino volver luego sobre sí, humillándose y diciendo: ¿Que sea yo tan malo, que me vengan y pasen por pensamiento tales cosas? Porque con esto hurta el cuerpo a la tentación y queda burlado el demonio.

Ayuda también mucho el confundirse uno de la tentación, y de los malos pensamientos y movimientos que le vienen, como si fuera culpa suya, aunque está muy lejos de consentir en ellos. Rabia el demonio y se cubre de pena, viendo tanta humildad, y como es tan soberbio, no lo puede

sufrir. No le podéis dar mayor bofetada ni tomar medio con que él más presto os deje de tentar, como ver que sacáis ganancia de donde él procuraba vuestra pérdida. Fuera de que con esto muestra uno cuán lejos está su voluntad de ofender a Dios, que es cosa que da mucha satisfacción y seguridad.

También ayudará algunas veces baldonar y afrentar al demonio, como diciendo: Vete de aquí, espíritu sucio; ten vergüenza, desventurado; muy sucio eres tú, que tales cosas me traes a la memoria. Porque como él es tan soberbio, cuando le menosprecian y afrentan y le tratan como quien él es, no lo puede sufrir y huye.

Cuenta San Gregorio de Dacio, obispo de Milán, que yendo a la ciudad de Constantinopla, llegando a la ciudad de Corinto, y no habiendo dónde se aposentar sino una casa que estaba desamparada, porque había muchos años que andaban en ella los demonios, dijo el Santo: Vamos allá. Fueron, y cerca de la medianoche, estando reposando el Santo, comenzaron los demonios a hacer mucho ruido en forma de diversas bestias, balando como ovejas, bramando como leones, gruñendo como puercos, silbando como serpientes. Despertó el Santo al ruido, y enojándose con los demonios, dijo: ¡Oh, qué bien os vino y cuán bien os salió la levada! Quisisteis ser como Dios, y quedasteis hechos bestias, dragones y serpientes; muy bien remedáis lo que sois. Quedaron con esto tan afrentados los demonios, que dice San Gregorio que luego desaparecieron y nunca jamás volvieron a aquella casa, sino que se pudo habitar de ahí adelante de todos.

San Atanasio cuenta del bienaventurado San Antonio que era muy molestado de tentaciones deshonestas; y un día se le echó a sus pies un muchacho negro, sucio y asqueroso, lamentándose que había vencido a muchos y que de él sólo había sido escarnecido. Le preguntó San Antonio: ¿Quién eres? Soy, dice, el espíritu de fornicación. De aquí adelante replicó el Santo, haré poco caso de ti, pues eres cosa, tan vil y desechada; y desapareció luego aquella visión. Y Cristo nuestro Redentor, en el sagrado Evangelio (*Lc* 11, 24), llama *sucio* al espíritu de fornicación. De esta manera podemos nosotros afrentar y baldonar al demonio, tratándole como quien es y haciendo burla de él. Y algunas veces se puede hacer esto, dándole una higa, sin decir otra cosa, ni ponerse a razonar con él; con lo cual, sin decir nada, se dice mucho.

CAPÍTULO 9

Del temor de Dios

Obrad las cosas de nuestra salvación, dice el Apóstol San Pablo (*Filip* 2, 12), *con temor y temblor.* Una de las cosas que nos ayudarán mucho para la castidad, y generalmente para conservarnos en gracia de Dios, será andar siempre con un santo temor y recato, desconfiando de nosotros mismos, y acudiendo a Dios, y poniendo en Él toda nuestra confianza. Así lo dice San Bernardo: Por experiencia he hallado que no hay medio tan eficaz para alcanzar la gracia divina y conservarla, y para recobrarla si se pierde, como andar siempre con temor delante de Dios, y no presumir de sí, según aquello del Sabio (*Prov* 28, 14): *Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor,* por el contrario, una de las cosas que ha hecho aun a grandes Santos dar miserables caídas, ha sido fiarse de sí y andar con poco temor y recato. (*Prov* 14, 16): *El necio es atrevido y confiado* y por eso cae; pero *el sabio anda con temor, y así se libra del mal.* El que lleva un licor muy precioso en un vaso de vidrio muy delicado, y pasa con él por lugares peligrosos, donde unos se encuentran con otros, y corren recios vientos y tempestades, si no conoce y teme la fragilidad del vidrio, no lo llevará con mucho recato, y así fácilmente se le quebrará, y derramará el licor que lleva; mas el que conoce cuán delicado es, y teme no se le quiebre, guárdalo muy bien, y va con mucho tiento y cuídalo muy bien, y así camina más seguro. De esta manera nos acontece a nosotros; *tenemos* el licor y *tesoro* preciosísimo de la gracia y dones de Dios *en vasos de barro,* como dice el Apóstol San Pablo (2 *Cor* 4, 7), los cuales se pueden quebrar fácilmente, y derramar y perderse todo, y andamos en medio de muchos vientos y tempestades y donde hay muchos encuentros y peligros. Los que no se conocen bien, ni temen esta fragilidad y flaqueza, viven con una falsa seguridad, y así fácilmente vienen a caer y perderse; mas los que se conocen y temen, andan con grande cuidado y aviso para conservarse, y así viven más seguros; y si alguna seguridad hay en esta vida, éstos la tienen.

¿De dónde pensáis, dice San Bernardo, que ha venido a haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas, con grandes tentaciones, y, venidas a la vejez, haber miserablemente caído en vilezas tan feas, que ellos mismos se espantaban de sí? La causa fue que en la mocedad vivían con santo temor y humildad, y viéndose tan al canto de caer, acudían a Dios y eran defendidos por Él; mas des-

pués que con la larga posesión de la castidad comenzaron a engreírse y a confiar de sí mismos y asegurarse, luego en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios, e hicieron lo que era suyo propio, que es caer.

El bienaventurado San Ambrosio dice que ésta es la causa por la que muchos que sirven a Dios, y de noche y de día meditan en su ley, y crucifican su carne, y tienen refrenadas las concupiscencias e incentivos de la sensualidad, y han sido muy pacientes en daños grandes que han recibido, y muy constantes en persecuciones que han tenido, al cabo han perdido toda esa confianza y alteza de vida, y han venido a caer en grandes miserias; porque comenzaron a confiar en su virtud y santidad y en las buenas obras que hacían, presumiendo y confiando desordenadamente en ellas; y a los que el demonio no pudo persuadir amor de vicios manifiestos, ni los pudo derribar con ímpetu de injurias y persecuciones, los hizo caer blandamente, levantándolos con presunción de sí mismos.

Llena tenemos la Sagrada Escritura y los Santos de estos ejemplos y llóralo muy bien el glorioso Agustino: muchos hemos visto, y de otros oído decir a nuestros mayores, que habían subido hasta el Cielo, y puesto su nido allá entre las estrellas. ¡Ay!, dice, que no me puedo acordar de ello sin gran temor; ¡cuántas de estas estrellas han caído del Cielo! ¡Cuántos que estaban sentados a la mesa de Dios y comían Pan de ángeles, han venido a desear henchir sus vientres de manjares de puercos! ¡Cuántas castidades, más finas y más hermosas que el marfil antiguo, han sido tiznadas y convertidas en carbones de fuego!

¿A quién no espantará aquel ejemplo que cuenta Lipomano, de Jacobo, ermitaño, que después de haber servido al Señor más de cuarenta años con grandísimo rigor y penitencia, siendo ya de edad de sesenta años e ilustre en milagros y en echar demonios, le llevaron una doncella para que le sacase un demonio, y después de echado, no osaron los que la trajeron llevarla consigo, porque el demonio no se le atreviese, y él permitió que se quedase con él? Y porque se fió presumió de sí, permitió Dios que cayese; y porque un pecado llama a otro, hecho el mal recaudo, con miedo de ser descubierto, la mató y echó en un río; y por remate de todo, desesperado de la misericordia de Dios, se determinó de volver al siglo a entregarse del todo a los vicios y pecados que tan tarde había comenzado. Aunque después no le faltó la misericordia de Dios, que le volvió a sí; y hecha rigurosísima penitencia de diez años, volvió a cobrar la santidad primera, y fue santo canonizado.

¿A quién no espantará el otro monje, de quien dijo el bienaventurado San Antonio: Hoy ha caído una gran columna? ¿Quién no temblará con esto? ¿Quién se fiará de su santidad? ¿Quién de *religioso soy*? mirad que han caído otros mejores que vos, y que tenían más virtud y más dones de Dios que vos. Dice el glorioso San Jerónimo: ¿Por ventura sois vos más santo que David y más sabio que Salomón, y más fuerte que Sansón? Pues todos ésos cayeron; y uno de los doce Apóstoles de Cristo cayó, aprendiendo en tal escuela, y conversando con tal Maestro y con tales condiscípulos, oyendo tales pláticas y sermones, viendo tantas virtudes y milagros; y uno de los siete diáconos, Nicolao, elegido por los Apóstoles, y que había descendido el Espíritu Santo sobre él como sobre ellos, fue después, no sólo hereje, sino heresiarca y padre de herejes. ¿Quién no temerá aquella serpiente antigua? Acordaos, dice San Jerónimo, que nuestros primeros padres cayeron y fueron echados del Paraíso, donde estaban enriquecidos con dones de Dios y con la justicia original, y todo fue por soberbia. Dice San Agustín que en ninguna manera fuera engañado el primer hombre si primero allá en su corazón no se hubiera apartado de Dios por soberbia; porque verdadera es aquella sentencia del Sabio, pues es del Espíritu Santo (*Prov* 16, 18): *Antes de la ruina y perdición precede la elación del corazón.*

Y si no os bastan ejemplos de hombres, pasad y subid más arriba, y allá en el Cielo hallaréis ejemplos de ángeles que por soberbia y presunción cayeron de la alteza y dignidad tan grande en que Dios los había criado. [*Mirad que aun sus ministros fueron inconstantes, y en sus mismos ángeles halló maldad* (*Job*., 4, 18-19): *¡Cuánto más serán consumidos como de polilla los que moran en casas de barro, y cuyo cimiento es el polvo! De la mañana a la tarde serán deshechos*]. San Gregorio va ponderando muy bien a nuestro propósito estas palabras de Job: Si en aquel oro purísimo se halló tanta escoria; si en aquella nobilísima naturaleza de los ángeles no hubo seguridad ni estabilidad, ¿qué será de los que moramos en casas de barro? Porque el barro fácilmente se quiebra y se desmorona deshace. ¿Cómo no temerá, o cómo podrá presumir de sí un alma que está en un cuerpo tal como éste, que él mismo cría polilla, y en nosotros tenemos la raíz de nuestra perdición? Se consumirán como de polilla. Compáralo muy bien a la polilla, dice San Gregorio, porque así como la polilla nace de la vestidura, y corrompe y destruye esa misma vestidura, así en nosotros nuestra carne es como una vestidura del ánima, que cría también su polilla, porque de ella nace la tentación carnal que nos va haciendo la guerra, y así

se viene el hombre a consumir como de polilla, cuando de la tentación, que nace de la misma carne, se viene a corromper y a perder.

Y más: dijo muy bien «como de polilla», porque así como la polilla hace el daño en la vestidura y no hace ruido, así también la polilla de esta mala y perversa inclinación de nuestra carne, de este *fomes peccati*, cebo e incentivo del pecado que tenemos con nosotros hace el daño sin ruido y casi sin sentir, que muchas veces no lo echamos de ver, ni caemos en la cuenta hasta que ya está hecho. Pues si aquellos espíritus angélicos y celestiales, que no tienen cuerpo que les críe esta polilla, ni que les haga guerra y contradicción y les vaya consumiendo, no duraron ni perseveraron en el bien, ¿qué hombre habrá tan atrevido que confíe de sí, teniendo dentro la causa de su tentación y perdición?

Pues aprendamos de aquí a andar siempre con este temor y recato; y ¡ay de aquel que no anduviere siempre con él! Bien le podéis llorar, porque presto caerá. No lo digo yo; el Espíritu Santo lo dice (*Eccli* 27, 4): *Si no anduviereis siempre con temor* y recato, huyendo del peligro, y guardándoos de la ocasión, y desechando luego el mal pensamiento, y previniéndoos para la tentación, *presto caeréis.*

Y no se engañe nadie con decir: ¡Oh, que no siento yo esas tentaciones ni esos movimientos y peligros de tratar ni de mirar, ni hacen en mí impresión esas cosas! No os fiéis de eso, que os quiere asegurar el demonio de esa manera, para después, al cabo de algún tiempo, cuando vos más descuidado estéis, armaros una zancadilla y dar con vos en el suelo, o, por mejor decir, en el infierno. Antes advierten aquí los Santos que mientras más mercedes hace el Señor a uno, y más dones le hubiere comunicado, ha de andar con mayor temor, porque tanto más solícitos y cuidadosos andan los demonios para hacerle caer. *Su manjar es escogido,* dijo el Profeta Habacuc (1, 16); tras eso andan ellos; y más estima el demonio el nacer caer a un siervo de Dios y a un religioso que trata de perfección, que a muchos millares de otros hombres del mundo, como se verá por los ejemplos que traeremos luego.

Y así, San Jerónimo, en la epístola a Eustoquio (cap. 11), exhortándola a que mire por sí y que no se descuide con el alto estado de la virginidad, le dice: Por estar en más alto estado y por tener más dones de Dios, no por eso os habéis de ensoberbecer, ni presumir de vos; antes por eso habéis de andar con mayor temor. Vais cargada de oro, y así habéis de temer más los ladrones, y guardaros de los pasos malos y peligrosos. No penséis que

ha de haber paz en tierra llena de abrojos y espinas. No hay seguridad en esta vida, sino pelea; siempre habéis de andar en centinela. Navegamos en un mar muy tempestuoso, y en una navecilla muy flaca de esta carne, cercados de muchos enemigos que andan bebiendo los vientos y levantando cuantas tempestades pueden para anegarnos, sin jamás descansar ni dormir, esperando cualquiera ocasión para entrarnos por allí. Y así nos da voces el glorioso Apóstol San Pablo (1 *Cor* 10, 12): *El que piensa que está en pie, mire no caiga*; *andad siempre en vela*, la barba sobre el hombro [*y guardaos, no pequéis*] (1 *Cor* 15, 34); y si alguna cosa nos ha de tener en pie y asegurar, es andar siempre con este santo temor y recelo.

Una cosa oí contar de nuestra Compañía, que viene muy a propósito de lo que vamos diciendo: la diré de la manera que la oí. A los principios de la Compañía, cuando el Padre Pedro Fabro y el Padre Antonio de Araoz, vinieron del reino de Portugal a Castilla, enviados del rey de Portugal, don Juan el tercero, con la princesa doña María, su hija, que venía a casarse con el rey don Felipe segundo, que entonces era príncipe, tenían los nuestros grande entrada en palacio, y confesaban casi todas las damas y señores de la corte, y no había tantos viejos como ahora; todos eran mozos. Y se espantaba el mundo, y con razón, de aquello que se pone por cosa maravillosa en la *Vida* de nuestro santo Padre Ignacio, tanta juventud con tanta castidad. Les veían por una parte en medio de tantas ocasiones y peligros; y por otra con tanto olor de castidad; daba esto que decir en la corte.

Dicen que el rey, hablando un día con el Padre Araoz, le dijo: Me han dicho que los de la Compañía traen consigo una hierba que tiene virtud para conservar la castidad. Respondió el Padre Araoz (que era muy cortesano): —Verdad han dicho a vuestra majestad. —¿Qué hierba es, por vida vuestra? —Señor, la hierba que los de la Compañía traen consigo para conservar la castidad es el temor de Dios. Esa es la que hace este milagro; porque tiene esa virtud que hace huir los demonios, como el pez de Tobías (6, 8) echado sobre las brasas.

En confirmación de esto hace aquello del Sabio (*Eccli* 33, 1): *Al que teme a Dios, no le vendrá mal ninguno, porque Dios le conservará y librará de todo mal.* Y en otra parte dice (*Eccli* 1, 27; *Prov* 15, 27): *El temor de Dios echa fuera el pecado*, [*y por su medio se apartan los hombres del mal*]. Pues traigamos siempre esta hierba con nosotros, andemos siempre con este temor, y entendamos que no hay castidad ni santidad segura sino en el temor santo de Dios. Y así la sagrada Escritura dice que envejezca-

mos en él (*Eccli* 2, 6): [*Guardad el temor de Dios, y envejeceos en él*]; para darnos a entender que no sólo conviene esto a los principios, sino al fin; no sólo los que comienzan, sino también los criados viejos en la casa del Señor han de vivir con este temor; y no solamente los culpables que tienen por qué temer, sino también los justos, que no han hecho tanto por qué. Los unos teman porque cayeron, y los otros porque no caigan: a los unos los males pasados, y a los otros los peligros venideros deben poner temor. (*Prov* 28, 14): *Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor.*

CAPÍTULO 10

De los bienes grandes que hay en este temor de Dios

Para que estimemos y apreciemos más este santo temor, y le procuremos siempre conservar en nosotros, diremos aquí algunos de los muchos y grandes bienes que hay en él. Cuanto a lo primero, este temor de Dios no sólo no causa desconfianza ni desmayo, ni hace a los hombres cobardes ni pusilánimes, antes los hace más fuertes y más confiados y animosos, como dicen los Santos de la humildad: porque hace desconfiar de sí y poner toda la confianza en Dios. San Gregorio dice esto muy bien sobre aquello de Job (4, 6): [¿*Dónde está tu temor, dónde tu fortaleza*?]Con mucha razón, dice, junta el temor con la fortaleza, porque en el camino de Dios es al revés de lo del mundo, donde la osadía causa fortaleza, y el temor flaqueza y cobardía; pero acá es al contrario, la osadía causa flaqueza, y el temor, gran fortaleza, conforme a aquello del Sabio (*Prov* 14, 26): [*En el temor de Dios está la confianza de nuestra fortaleza*]. Y la razón es, porque cuando uno teme mucho a Dios no halla qué temer en ninguna cosa del mundo; todas las cosas temporales desprecia y las tiene en poco (*Eccli* 34, 16): [*De nada temblará ni tendrá miedo quien teme al Señor, pues Él es su confianza*]. El temor es un género de sujeción a aquello que tememos, como a cosa que nos puede dañar en algo; y el que teme mucho a Dios y pone en Él toda su confianza no tiene que temer ni al mundo, ni al tirano, ni a la muerte, ni al demonio, ni al infierno; porque no le puede dañar nada de eso ni aun tocar a un pelo de la ropa sin licencia de Dios; y ésta es una fortaleza tan grande que no la hay tal en todos los fuertes del mundo, porque es entonces *Dios su fortaleza* (*Sal.* 24, 14).

Más: este santo temor de Dios no causa congoja, ni amargura de corazón, ni da pena ni fatiga alguna, antes es muy dulce y alegre. El temor mundano de perder la honra o la hacienda, y el temor servil del infierno y de la muerte causa tristeza y melancolía; pero el temor santo y filial, que tienen los buenos hijos de enojar y ofender a su muy querido Padre, regala el alma, enternece el corazón, derrite las entrañas, porque hace andar continuamente en actos de amor de Dios, pidiéndole: No permitáis, Señor, que me aparte jamás de Vos; antes muera yo que os ofenda. (*Eccli* 1, 11-13): [*El temor de Dios es gloria y justo motivo de gloriarse, y es alegría y corona de triunfo. El temor del Señor recreará el corazón, y dará contento y gozo y larga vida. Al que teme al Señor le irá felizmente en los últimos días de la vida, y el día de su muerte será bendito*]. ¡Con qué abundancia de palabras y con cuanta diversidad de afectos declara el Sabio el gozo y alegría que trae consigo el temor de Dios! No es temor éste que hace temblar como a esclavos por miedo de los tormentos, sino es un temor que nace de amor de Dios; y así, cuanto uno más le ama, tanto más teme de ofenderle y enojarle; como vemos que lo hacen el buen hijo con su padre, y la mujer honrada con su marido, que cuanto más le quiere, tanto más trabaja porque no haya en casa cosa que le pueda dar pena.

Y para que lo digamos en una palabra: todos los loores, favores, prerrogativas y preeminencias que la sagrada Escritura pone de los humildes, todo lo hallamos dicho de los que temen a Dios, y casi con las mismas palabras. Así como dice la Escritura que Dios mira y pone sus ojos sobre los humildes y pobrecitos, así lo dice de los que temen a Dios (*Eccli* 34, 19): [*Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen*].

Y así como dice que Dios ensalza a los humildes y los llena de bienes, lo mismo dice de los que le temen: [*Su misericordia corre de generación en generación eternalmente sobre aquellos que le temen*], dice la sacratísima Reina de los Ángeles en su Cántico (*Lc* 1, 50). Y la Santa Judith (16, 19): *Señor, los que os temen, serán grandes delante de Vos en todo.* Y así como los Santos dicen que la humildad es guarda de todas las virtudes, y que sin ella no habrá virtud, así lo dicen también del temor de Dios; por lo cual el Profeta Isaías (33, 6) llama a este santo temor *tesoro del Señor*, porque en él están muy bien guardadas y atesoradas las virtudes. Y, por el contrario, dicen que así como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio basta para trastornarle, así tampoco va segura el alma, que camina sin el peso del temor, que es el peso de nuestra ánima, y quita la liviandad del corazón, y la tiene firme y constan-

te, para que el viento de los favores humanos y divinos no la levanten y trastornen; y por muy rica que vaya, si carece de este peso, va en peligro.

San Jerónimo llama al temor «áncora de nuestro corazón». San Jerónimo dice: El temor es guarda de las virtudes, y la seguridad hace fácil la caída. Tertuliano: El temor es fundamento de nuestra salud, porque temiendo, nos guardamos, y guardándonos nos salvaremos: el que anda con recato y solicitud, ése podrá estar seguro.

Finalmente, el Sabio, en muchos capítulos de los Sapienciales, va diciendo grandes excelencias y maravillas de la sabiduría, y por remate de todo viene a concluir que el temor de Dios es la sabiduría. Y lo mismo dice el santo Job (28, 28): [*Mirad que el temor de Dios es la sabiduría, y apartarse del pecado es la verdadera inteligencia*].Y así, todo lo que se dice de la sabiduría podemos decir también del temor de Dios. Y aún añade el Sabio (*Eccli* 1, 20) que *el temor de Dios es la plenitud y consumación de la sabiduría, y sus frutos son muy copiosos y abundantes*; y viene a concluir con estas palabras (*Eccli* 25, 13-15): *Grande es, por cierto, el que ha hallado la sabiduría; pero no es sobre el que teme a Dios. El temor de Dios se ha encimado y encumbrado sobre todas las cosas. Bienaventurado aquel a quien le ha sido dado este don de temor. Quien tiene este don tan grande, ¿a quién le compararemos?*

CAPÍTULO 11

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos

En el *Prado Espiritual* se dice: Nos contó uno de aquellos Padres de Tebas, que era hijo de un sacerdote de los ídolos, que siendo muy muchacho se solía estar con su padre en el templo, y veía muchas veces cómo su padre ofrecía sacrificios a su ídolo. Y una vez entró escondidamente detrás de él, y vio a Satanás que estaba sentado en un alto tribunal, y alrededor de él su infernal canalla, y uno de los principales se llegó a él, y le adoró. Satanás le dijo: ¿De dónde vienes tú? He estado, dice, en tal provincia, y levanté y causé muchas guerras y disensiones, y mucho derramamiento de sangre, y he venido a contártelo. Le preguntó Satanás: ¿Y cuánto tiempo gastaste en hacer eso? Respondió: Treinta días. Satanás entonces le mandó azotar, diciendo que había gastado mucho, y hecho poco. Después se llegó otro, y adoró al infernal capitán, el cual le preguntó: Y tú, ¿de dónde vie-

nes? Respondió: He estado en el mar, y he levantado muchas tempestades, y hundido muchas naves, y ahogado muchos hombres, y he venido a darte cuenta de ello. Le preguntó: ¿En cuánto tiempo has hecho esto? Respondió: En veinte días. Le mandó azotar porque había hecho poco en tantos días. Llegó el tercero, le adoró, y dijo Satanás: Y tú, ¿dónde has estado? He estado en tal ciudad, donde se hacían unas bodas, y los revolví, y murieron muchos, entre ellos el mismo desposado. Dijo Satanás: ¿Y cuánto tardaste? Sólo diez días. Y sin embargo, de tanto mal como había hecho, le mandó azotar, diciendo: En diez días muchas más cosas habías de haber hecho. Estando en esto, llegó otro, y adoró a su mal príncipe, él le preguntó: ¿De dónde vienes? Vengo del Yermo, donde he estado cuarenta años tentando y combatiendo a un monje, y al cabo de ellos, esta noche pasada le vencí, y le he hecho pecar en el pecado de la fornicación. Y como esto oyó Satanás, se levantó y le besó, y quitándose la corona que tenía puesta, se la puso en la cabeza, y le hizo sentar en una silla junto a sí, diciendo: Una gran hazaña has hecho. Yo, como esto oí, dije: Verdaderamente grande y excelente es la Religión y orden de los monjes. Y así me salí de casa de mis padres, y me hice monje. Nótese aquí de camino, que de donde otros sacan desestima de los religiosos, por haber caído alguno en alguna flaqueza, sacó éste, y con mucha razón, estimar más la Religión y abrazarla. Otro ejemplo semejante a éste cuenta San Gregorio en los *Diálogos*.

En las *Vidas de los Padres* se lee que un santo ermitaño fue llevado por un ángel a un lugar adonde había un monasterio de religiosos, y vio allí una multitud de demonios, que andaban volando como moscas por todas las oficinas y lugares del monasterio. Y yendo a la plaza de la ciudad, vio que en toda la ciudad no había sino un solo demonio, y ése se estaba ocioso, sentado sobre la puerta de la ciudad. Y preguntando él qué era la causa de aquello, le respondió el ángel que le guiaba que en la ciudad todos hacían lo que el demonio quería, y así un demonio bastaba para todos; pero en el monasterio todos procuraban resistir al demonio, y por eso andaban tantos demonios sobre ellos para tentarlos y hacerlos caer.

Paladio cuenta aquel memorable ejemplo, que se refiere también en las *Vidas de los Padres,* de un monje que por muchos años se había ejercitado en buenas obras y santos ejercicios de religioso, y aprovechado mucho. Al cabo de los cuales tuvo contento vano de sí y jactancia; por lo cual permitió Dios que miserablemente cayese en un pecado deshonesto con el demonio, que se le apareció en forma de mujer muy hermosa, que andaba perdida por el desierto, a la cual él acogió fácilmente, hablando largo con

ella y riendo y tocándole las manos; y finalmente estaba ya rendido para pecar con ella, y queriendo ponerlo por obra, se le desapareció de entre los brazos, dando una gran voz, tras la cual fueron oídas grandes risotadas de muchos demonios que andaban por el aire, y le decían: ¡Oh monje, monje, que te levantabas y ensalzabas hasta los Cielos!, ¿cómo te has hundido hasta lo profundo? Aprende, pues, de hoy más que el que se levanta será humillado. Con las cuales palabras parece que los demonios le daban la vaya y burlaban de él. Y no paró en esto el miserable, porque después de haber gastado aquella noche y otro día en grandes llantos y confusión, vino a desesperar, volviéndose al mundo y soltando la rienda a los vicios.

Juan Climaco refiere aquel ejemplo que tocamos arriba, de un mancebo de quien se lee en las *Vidas de los Padres* que llegó a tal alto grado de virtud, que mandaba a las bestias fieras y las hacía servir en el monasterio a los monjes: al cual comparó San Antonio a un navío cargado de ricas mercaderías y puesto en medio del mar, cuyo fin no se sabía. Pues este mozo tan fervoroso y tan santo vino después a caer miserablemente. Y estando él llorando su pecado, dijo a unos monjes que por allí pasaron: Decid al viejo, esto es, a San Antonio, que ruegue a Dios me quiera conceder diez días de penitencia. Oído esto, lloró el santo varón amargamente, y con gran dolor de su corazón dijo: Una gran columna de la Iglesia ha caído hoy. Y pasados cinco días murió el sobredicho monje. De manera, que el que primero, dice San Juan Climaco, mandaba a las bestias salvajes, fue al cabo por cruelísimos salvajes derribado y burlado; y el que poco antes se mantenía con Pan del Cielo, vino después a mantenerse del lodo y del cieno. Y cuál haya sido su caída, no lo quiso declarar el prudentísimo Padre Antonio, porque sabía él que era fornicación.

El B. Padre Maestro Ávila trae un ejemplo de un santo ermitaño que le dio Dios a conocer el gran peligro en que estaba puesto en esta vida; y como lo considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto, y cubrió su cara de manera que no podía ver sino solamente la tierra que iba a pisar, y nunca alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan gran peligro, como vive el hombre. Y como le venían a ver muchos a la celda, viendo la gran mudanza que había hecho, le preguntaban la causa de aquella novedad y de haber pasado de repente a tan extraordinario extremo. Él nunca les respondía otra cosa, sino: ¡Ay de mí, que aún puedo ofender a Dios mortalmente!

TRATADO QUINTO

DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

De la excelencia de la virtud de la obediencia.

[*Mejor es la obediencia que el sacrificio; y mejor es obedecer que ofrecer grosura de carneros*] (1 *Sam* 15,22). Bien sabida es la historia, a cuyo propósito se dijeron estas palabras, que fue, cuando el rey Saúl desobedeció, mandándole Dios que destruyese a Ámalec, sin dejar nada a vida, y él guardó lo mejor para sacrificar. Le dice el Profeta Samuel de parte de Dio: *¿Por ventura quiere Dios los holocaustos y sacrificios, y no que obedezcamos a su mandamiento?* En ninguna manera: porque mejor es la obediencia que el sacrificio, mejor es oír y obedecer a Dios que ofrecerle la gordura de los carneros. Fundados los Santos en este lugar y en otros muchos de la sagrada Escritura, donde se encarece mucho la obediencia y la estima grande que Dios tiene de ella, dicen muchas alabanzas de esta virtud.

San Agustín, en varios lugares, va tratando por qué dio Dios al hombre aquel mandamiento de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, y responde que, lo primero, para mostrar y dar a entender a los hombres cuánta era la excelencia y el valor de esta virtud de la obediencia. Y se mostró bien por el efecto, porque el mal y trabajo que después del pecado se siguió no lo causó la fruta del árbol, porque ésa no era mala ni dañosa de suyo, sino buena; porque el que había criado todas las cosas muy buenas (*Gen* 1, 31) no había de poner en el Paraíso cosa mala. La desobediencia, el haber traspasado el mandamiento y obediencia de Dios, ése fue el mal. Y así dice San Agustín que con ninguna cosa se pudo mostrar mejor cuánto mal sea la desobediencia, que con ver el mal que le vino al hombre, por sólo comer contra el mandamiento de Dios una cosa, que si no le fuera prohibido el comerla, no hubiera ningún mal en ello ni hiciera mal a nadie. En lo cual se descubre bien la culpa de aquellos que, por ser la cosa liviana, se atreven a desobedecer y faltar en ella; porque no está el pecado en la cosa, sino en la desobediencia, y ésa también la hay en la cosa liviana.

Da otra razón de esto San Agustín, porque habiendo sido el hombre criado para servir a Dios, convenía que se le pusiese algún precepto en que se le prohibiese algo, para que reconociese que tenía Señor y se tuviese por súbdito; porque si no le vedaran y mandaran algo, no tuviera en qué sujetarse y reconocer que tenía señor el cual quiso que la virtud de la obediencia fuese medio para reconocer y merecer a Dios. Y va diciendo muchos bienes y alabanzas esta virtud.

Una de las razones por la que Dios se hizo hombre dice que fue para enseñarnos y encomendarnos esta virtud de la obediencia, dándonos ejemplos de ella. Había el hombre desobedecido hasta la muerte; vino el Hijo de Dios a obedecer también hasta la muerte. Se nos había cerrado la puerta del Cielo y de la gracia por la desobediencia de Adán; se nos abrió por la obediencia de Cristo (*Rom* 5, 19).

Y en el premio y gloria de la humanidad de Cristo, dice el Santo, que quiso también el Señor mostramos el valor y mérito de la obediencia, coronándola con tan sublimada gloria. (*Filip* 2, 8-10): *Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual le ensalzó Dios, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de JESÚS se arrodillen los Cielos, la tierra y los infiernos*.

Muchas son las excelencias y grandezas que dicen los Santos de esta virtud; pero ahora solamente diremos una, que nos bastará a nosotros; y es, que ésta es muy propia y principal virtud del religioso. Santo Tomás, que lleva las cosas por rigor escolástico, trata de esta cuestión: Si el voto de la obediencia es el más principal de los tres votos que hacemos en la religión. Y responde que sí; y da tres razones de ello muy buenas y provechosas. La primera, porque por el voto de la obediencia da y ofrece uno más a Dios que por los demás votos; porque por el voto de la pobreza ofrece el hombre a Dios su hacienda y riqueza; por el de la castidad, sus propio cuerpo; pero por el voto de la obediencia ofrece su propia voluntad y juicio, se ofrece a sí mismo del todo a Dios, que es más que todo eso otro. Y así dice San Jerónimo: Dejas el oro y las riquezas es de los que comienzan: muchos filósofos hicieron eso; pero ofrecerse a sí mismo y entregarse del todo a Dios, es propio de los cristianos y cosa apostólica; porque es imitar a los Apóstoles, que lo hicieron así (*Mc* 10, 28). Y pondera muy bien el Santo a este propósito que no dijo Cristo a los Apóstoles: De verdad os digo que vosotros, que dejasteis todas las cosas, os sentaréis en doce sillas; sino vosotros que me seguisteis. Ese seguir a Cristo es lo más perfecto, y en eso dice Santo Tomás que se incluye el consejo de la obediencia: porque el

que obedece, sigue la voluntad y parecer de otro.

La segunda razón es, porque el voto de la obediencia incluye y encierra debajo de sí los demás votos de la Religión, y él no se incluye ni contiene en ellos. Porque aunque el religioso se obliga particular voto a guardar la castidad y la pobreza, sin embargo estas virtudes también caen debajo de la obediencia, a la cual pertenece guardar éstas y otras muchas cosas. Y en tanto grado es esto verdad, que algunas Religiones antiguas, como la Cartuja y de San Benito, en la profesión solamente hacen mención expresa del voto de la obediencia: [Prometo obediencia conforme a la regla]. Y debajo de eso se entiende el voto de castidad y de pobreza, conforme a los estatutos y costumbres de la Religión.

La tercera razón es, porque cuanto una cosa se acerca y llega más a su fin, y nos junta más con él, tanto es mejor y más perfecta. Pues la obediencia es la que junta más a los religiosos con el fin de su Religión; porque ella es la que les dice y manda que se ejerciten en las cosas que se ordenan para conseguir el fin de ella: como a nosotros, que tratemos de nuestro propio aprovechamiento y del de los prójimos; que tengamos cuenta con nuestra oración y con nuestra mortificación; que nos ejercitemos en confesar, predicar, enseñar la doctrina cristiana, y en todos los demás ministerios necesarios para ayudar a las almas; y así en las demás Religiones.

De aquí infiere Santo Tomás una conclusión muy principal, y es que el voto de la obediencia es el más esencial de la Religión, y el que hace a uno religioso y le constituye en estado de Religión. Porque aunque uno guardase pobreza voluntaria y castidad, y no que tuviese hecho voto de eso, si no tiene voto de obediencia, no por eso es religioso, ni está en estado de Religión; es menester que haga voto de obediencia, y eso es lo que principalmente le hace religioso y le constituye en estado de Religión. San Buenaventura, concordando con esto, dice que toda la perfección del religioso está en dejar uno del todo su voluntad y seguir la obediencia; y que para eso hacemos los votos de pobreza y castidad, para que, dejando la hacienda y los deleites de la carne y el cuidado de casa y familia, estemos más ligeros y desembarazados para cumplir el voto de la obediencia, como cosa más principal. Y así dice: Poco os aprovechará haber dejado la hacienda y las riquezas, si no dejáis vuestra propia voluntad y seguís la voluntad de la obediencia.

De San Fulgencio, obispo y abad que fue de un monasterio, refiere Surto en su historia algunas sentencias notables; y una de ellas, tratando de la obediencia: ¿Sabéis, dice, cuáles son verdaderos religiosos? Aquellos

que no tienen propia voluntad, sino que están rendidos, prontos e indiferentes para cualquier cosa que les mandare el superior, eso es ser religioso, no tener querer ni no querer. No dice que seréis buen religioso si tornáis muchas disciplinas, ni si os ponéis ásperos cilios, ni si tenéis muchas fuerzas para trabajar todo el día, ni si sois gran letrado o gran predicador: sino si sois muy obediente y no tenéis propia voluntad.

De manera que la obediencia es la virtud más esencial en la Religión, y la que hace a uno ser religioso. Esa es la que agrada a Dios más que el sacrificio y las víctimas; en ésa se incluye y encierra la pobreza, la castidad y todas las demás virtudes; porque si sois obediente, seréis pobre, casto, humilde, callado, sufrido, mortificado, y alcanzaréis todas las virtudes. Y esto no es encarecimiento, sino verdad muy llana, porque las virtudes se adquieren y alcanzan con el ejercicio de sus actos, y de esa manera nos las quiere dar Dios. Pues este ejercicio nos da la obediencia. Todas las reglas que tenernos, y todas las obediencias que nos mandan, son ejercicios de virtudes. Dejaos vos llevar de la obediencia, y abrazad de corazón todas las ocasiones que se os ofrecieren; que unas veces os ejercitarán en la paciencia, otras en la humildad, otras en la pobreza, otras en la templanza, otras en la caridad; y de esa manera iréis creciendo en la obediencia. Eso es lo que dice nuestro Padre: En tanto que esta virtud floreciere, todas las demás se verán florecer, y llevar el fruto que yo en vuestras ánimas deseo. Y es doctrina común de los Santos. Por lo cual llaman a esta virtud madre y origen de todas las virtudes. San Agustina: [Ella es muy grande virtud, y, por decirlo así, origen y madre de todas las virtudes]. San Gregorio: La obediencia es una virtud que injiere y engendra en el alma las demás virtudes, y, engendradas, las conserva. Y de esta manera declaran aquello de los Proverbios (21. 28): [*E1 varón obediente hablará victorias*]. Así leen San Gregorio y San Bernardo, El varón obediente no alcanzará una, sino muchas victorias. Todas las virtudes alcanzará el que fuere buen obediente.

Pues si queréis un documento breve y compendioso para en poco tiempo aprovechar mucho y venir a alcanzar la perfección, éste es: procurad ser muy obediente; que ése es un camino muy breve y un atajo maravilloso para eso. Y así dice San Jerónimo: ¡Oh dichosa y abundante gracia la de la obediencia, en la cual está encerrada la suma de todas virtudes! Porque con sólo un simple caminar obedeciendo a todo lo que ordena la obediencia, en breve tiempo se hallará uno perfecto y lleno de virtudes.

San Juan Climaco dice que viniendo a un monasterio, vio unos viejos llenos de canas y de muy venerable presencia, que estaban, como unos ni-

ños, prontos y dispuestos para obedecer y discurrir a una parte y a otra; y algunos de ellos había cincuenta años que militaban debajo de la obediencia; y dice que les preguntó qué consolación o fruto habían alcanzado de aquella tan grande obediencia y trabajo. Y unos respondían que habían por este medio llegado al abismo de la humildad, con la cual estaban libres de muchos combates del enemigo; otros, que por aquí habían llegado a perder el sentimiento en las injurias y deshonras. De manera que la obediencia es medio para alcanzar todas las virtudes. Y por eso entre aquellos Padres antiguos se tenía por muy gran señal de llegar a la perfección, el ser muy sujeto y obediente a su padre espiritual.

San Doroteo cuenta de su discípulo Dositeo, que siendo mancebo noble y delicado, le vino temor del juicio y cuenta estrecha que había de dar a Dios, cumpliendo el Señor en él aquello que pedía el Profeta (*Sal* 118, 120), [*Traspasa, Señor, mis carnes con el temor, pues tus juicios me han llenado de espanto*]. Herido y compungido con este temor se entró en Religión para poder dar buena cuenta. Él era flaco de complexión, y no podía seguir la comunidad, ni levantarse a maitines, ni comer los manjares que los demás. Y como no podía esto, hizo cuenta consigo, y determinó dedicarse todo a la obediencia, sirviendo con grandísima prontitud y diligencia en la hospedería y en otros oficios de humildad. Muere tísico dentro de cinco años. Reveló Dios al abad del monasterio que este mozo había alcanzado el premio de Pablo y Antonio. Se quejaron a Dios los monjes, diciendo: Pues ¿dónde, Señor, está vuestra justicia, que un hombre que nunca ayunó, criado en regalos, le queréis comparar con los que llevamos todo el peso de la Religión? ¿Qué hemos medrado nosotros con tanto como hemos trabajado? Les responde Dios que no conocían el mérito y valor de la obediencia, y que por ella aquel mancebo había en poco tiempo merecido más que otros con muchas asperezas.

CAPÍTULO 2

De la necesidad que tenemos de la virtud de la obediencia.

El bienaventurado San Jerónimo, exhortando a los religiosos a obedecer a su superior, para persuadirles más, va mostrando con muchos ejemplos la necesidad que hay en todas las cosas de seguir y obedecer a un superior. En la policía seglar vemos que hay un emperador, un rey, un juez

supremo de una provincia. Roma, cuando se fundó, aun a dos hermanos no pudo tener juntamente por reyes, sino que el uno mató al otro. Jacob y Esaú, aun estando en el vientre de su madre, peleaban y traían guerra entre sí sobre cuál había de salir primero. Y en la jerarquía eclesiástica vernos que todo se reduce a un vicario de Cristo, y en cada distrito y diócesis hay un solo obispo y prelado. En todas las cosas vemos que es necesario esta subordinación y sujeción a uno. En un ejército, por grande que sea, siempre hay un capitán general a quien todos obedecen; y en cada navío un gobernador; y sería gran desconcierto y confusión a los que navegan y nunca llegarían al puerto, si cada uno quisiese gobernar y enderezar el navío por su parecer, y no tuviesen uno a quien seguir. Y hasta en la más mínima casa, o aunque sea un pobre cortijo, es menester que haya uno a quien los demás obedezcan; y cuando no hay esto, no se puede conservar, ni durar mucho, ni la casa ni la ciudad, ni el reino (*Lc* 11, 17): *Todo reino dividido entre sí será asolado y destruido*. Y esto vemos en todas las cosas, no sólo en las criaturas racionales, en los hombres y en los ángeles, en los cuales hay subordinación de una jerarquía a otra, sino también en los brutos animales, que tienen su capitán y guía, a quien siguen. Las abejas tienen sus maestras, y una es la principal y la reina, a quien todas reconocen y obedecen. Hasta las grullas se juntan en escuadrón para caminar, y se ponen en orden, haciendo una letra, que es una Y griega, y así van siguiendo todas a una. Y los Cielos también están debajo de un primer noble y siguen su movimiento. Y por no causar fastidio con más ejemplos, dice San Jerónimo, lo que quiero que saquéis de todo esto es que entendáis cuánto os conviene vivir debajo de la obediencia de un prelado, y en una compañía de muchos hermanos religiosos, siervos de Dios, que con su ejemplo os ayuden y animen a vuestro fin. Nuestro Padre, aunque en todas las virtudes y gracias espirituales quiere que crezcamos, en ésta especialmente nos pide grande perfección, y desea que así como las otras Religiones, unas se señalan y aventajan en la pobreza, otras en penitencias y asperezas, otras en el coro, otras en la clausura, así la Compañía se aventaje en la virtud de la obediencia, y que todos procuremos señalarnos y esmeramos en ella, como si de sola ella dependiese todo el bien de la Compañía. Y con mucha razón nos pide esto nuestro Padre; porque el fin de la Compañía, después de su propio aprovechamiento, es el aprovechamiento de los prójimos y ayudar a la salvación de las almas en todo el mundo. Y así los de ella han de estar dispuestos y apercibidos y siempre a punto para ir por todo ese mundo a ejercitar sus ministerios, como caballos ligeros para socorrer a la mayor necesidad; y ése es el intento del cuarto voto que hacen los profesos, de

obedecer al Sumo Pontífice acerca de las misiones, que es de ir a cualquier parte del mundo que el Sumo Pontífice les enviare, ahora sea a tierra de fieles, ahora de infieles y herejes, sin poner excusa ninguna, y sin pedir viático. Y no sólo para las misiones a donde les enviare el Sumo Pontífice, sino para donde les enviaren sus superiores inmediatos, han de tener todos esta prontitud e indiferencia. Y fuera de eso la han de tener para hacer cualquier oficio y ministerio, y cualquiera otra cosa que les mandaren. Y como en la Compañía hay tanta diversidad de ocupaciones, ministerios y grados, y unos más altos que otros, es menester grande caudal de obediencia. Y ése fue el artificio y traza maravillosa de nuestro Padre en insistir tanto en la obediencia, y pedirnos que nos señalemos y aventajemos en ella; porque sabía que se nos habían de ofrecer cosas dificultosas, y que habían de hacer muchos guisados de nosotros, trayéndonos e todas manos.

Decía un Padre de la Compañía una cosa que deseó dijésemos y sintiésemos todos. Yo, dice, no tengo miedo a ninguna obediencia; porque estoy dispuesto y preparado para hacer cualquier cosa que la obediencia me mandare. Decía muy bien, y es ésa una verdad muy experimentada. El religioso que está mortificado, pronto e indiferente para cualquier cosa que le puedan mandar, no tiene que temer ninguna obediencia ni ningún superior, ni se le da más que sea superior Pedro, que Sancho, ni que sea de esta o aquella condición. El buen religioso no ha de depender de esas cosas; y el depender de eso y andarlo temiendo, arguye imperfección. Sobre aquello de San Pablo (*Rom* 13, 3-4): [*¿Quieres no temer a la justicia? Obra bien y tendrás loa de ella. Pero si obras mal, tiembla*]. El ladrón y el malhechor están temiendo de la justicia, y en viendo el alguacil, se les revuelve la sangre pensando que viene por ellos; pero ese temor no le causa el príncipe, ni la justicia, sino su malicia y mala conciencia. ¿Queréis no temer al rey, ni a la justicia? Vivid bien, y no sólo no la temeréis, sino antes tendréis mucha loa de ella. Pues así es también acá en la Religión; esos miedos y temores no los causa la obediencia, ni el superior, sino vuestra imperfección e inmortificación. ¿Queréis no temer ni andar con sobresalto en la Religión? Sed muy obediente y procurad estar muy indiferente y resignado para todo. El que de esta manera anduviere, gozará de mucha paz y de mucha quietud y tranquilidad, y será para él la Religión un paraíso en la tierra.

CAPÍTULO 3

Del primer grado de obediencia.

Tratando nuestro Padre de la obediencia, en la tercera parte de las Constituciones, dice: «Es muy expediente para aprovecharse, y mucho necesario, que se den todos a la entera obediencia.» Y va declarando cuál es la entera obediencia: dice que no solamente ha de ser en la exterior ejecución, poniendo por obra lo que se nos manda, que es el primer grado de obediencia; sino que ha de ser de voluntad de corazón, conformando nuestra voluntad con la del superior, teniendo un mismo querer y no querer con él, que es el segundo grado de obediencia. Y no ha de parar ahí, sino hemos de pasar adelante, y conformar también nuestro juicio con el del superior; de manera que os parezca a vos lo mismo que le parece al superior, que juzguéis que lo que manda es bien mandado, que es el tercer grado de obediencia. Cuando hubiere esta conformidad en obra, voluntad y entendimiento, entonces será entera y perfecta obediencia; y cualquiera cosa de éstas que falte, no será entera, ni perfecta.

Pues comenzando del primer grado, es menester que seamos muy diligentes y puntuales en la ejecución de la obediencia. Pregunta San Basilio con qué cuidado y diligencia hemos de acudir a las cosas de la obediencia; y responde que con el que uno que ama mucho su vida, acude a las cosas necesarias para conservarla, y con el que acude a comer el que tiene mucha hambre. Y aun con mayor, dice, cuanto es más noble y excelente la vida eterna, que se merece por la obediencia, que la temporal. El bienaventurado San Bernardo dice: El verdadero obediente no sabe qué cosa es tardanza, ni qué cosa es mañana, ni después, ni dice: luego iré, como los perezosos, sino aplica el oído a entender lo que le mandan, los pies para irlo a cumplir, las manos para ponerlo por obra, y tan a punto lo ejecuta, que parece que previene y gana por la mano al que le manda.

Nuestro Padre, tratando de la ejecución y puntualidad que hemos de tener en la obediencia, dice que hemos de ser tan prestos a la campanilla y a la voz del superior como si de Cristo nuestro Señor saliese, dejando por acabar cualquiera letra o cosa nuestra comenzada. Dos cosas dice: lo primero, que cuando oímos la campanilla o la voz del superior, hemos de hacer cuenta que oímos la voz de Dios. Y es muy buena consideración para entonces aquella de los tres Reyes Magos, cuando vieron la estrella que les apareció: Esta, dicen, es señal de gran Rey, vamos luego a adorarle y a ofrecerle nuestros dones. Así, en oyendo la campanilla o la voz del supe-

rior, es muy bueno decir: Esta es la voz de Dios, vamos luego a obedecer.

Lo segundo, dice, que hemos de dejar la letra comenzada. Casiano, tratando de las ocupaciones de aquellos monjes, que todos estaban ocupados, cual escribiendo sus devociones, cual meditando, cuál trasladando libros, o haciendo otras obras de manos, dice que luego en oyendo la campanilla o la voz del superior, salían de sus celdas a porfía, cuál acudiría más presto, con tanta presteza, que el que estaba escribiendo dejaba por acabar la letra comenzada. Porque tenían en más la obediencia que todo lo demás: no sólo la preferían a la obra de manos que hacían, sino a la lección, y a la oración y al recogimiento y a todas las demás obras; y así todo lo dejaban por no faltar a la obediencia, ni aun en un punto, como si oyeran la voz de Dios. San Benito pone también esta doctrina en su regla, y de ellos la tomó nuestro Padre.

Para darnos el Señor a entender cuánto le agrada esta obediencia puntual, dejando la letra comenzada, lo ha querido confirmar muchas veces con milagros: como en el otro monje, que estando escribiendo, y tocando a cierta obediencia, dejó la letra comenzada, y cuando volvió la halló acabada y hecha de oro la otra mitad. Y en el otro, que le apareció el Niño Jesús muy hermoso y resplandeciente, y tañeron a vísperas, y le dejó luego y fue a su obediencia, y acabada, tornó a la celda, y halló allí al Niño, el cual le dijo: Porque te fuiste, me hallaste; que si tú no te fueras, Yo me fuera luego de aquí. Y de otro cuenta Rusbroquio que halló, al que dejó niño, en figura de hermosísimo mancebo, y que le dijo: Tanto he crecido en tu alma por la puntualidad de tu obediencia. El demonio, por el contrario, ya que no puede hacer que del todo no obedezcamos, procura que no seamos puntuales en la obediencia, para tener en ella alguna parte, y llevar él siquiera aquello poquito de la obra, desde que tocan la campanilla hasta que os levantáis. Quiere llevar la flor y el principio de nuestras obras y hacer la salva en ellas, y así procura que os estéis un poquito en la cama, después que oís tañer a levantar, y que acabéis la letra comenzada, cuando estáis escribiendo; y aun algunas veces la razón o cláusula, con achaque de que no se os olvide. Pero nosotros hemos de procurar dar a Dios toda la obra enteramente, con su principio y con su flor, con lo cual es muy agradable la fruta; no se la deis desflorada y ajada.

Más nos pide nuestro Padre acerca de esta obediencia exterior: quiere que acudamos de esta manera, no sólo a la campanilla y a la voz del superior, sino también a la señal y significación de su voluntad. «Todos, dice, se dispongan mucho a guardar la obediencia y señalarse en ella, no sola-

mente en las cosas de obligación, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del superior, sin expreso mandamiento.» San Alberto Magno, datando de la obediencia, dice: El verdadero obediente nunca espera el mandamiento del superior, sino en entendiendo su voluntad, luego procura con diligencia ponerla en ejecución: eso le basta a él por precepto y por mandamiento, a ejemplo, dice, de Cristo nuestro Redentor y Maestro, el cual tomó por precepto y mandamiento de morir por los hombres, el ver que era aquélla la voluntad y complacencia de su Padre Eterno.

Casiano refiere de aquellos monjes antiguos que era tanta su obediencia, que no solamente obedecían a la voz del superior, sino a cualquier señal de su voluntad, que parecía que en cierta manera adivinaban y pronosticaban la voluntad del superior, haciendo lo que él quería, aun antes que les mandase. Eso es lo que dice San Bernardo que el buen obediente previene y gana por la mano al que le manda, haciendo lo que él quiere, aun antes que se lo mande.

Decía nuestro Padre que hay tres maneras de obedecer: una, cuando me mandan en virtud de obediencia, y es una; la segunda, cuando me ordenan que haga esto o aquello, y ésta es mejor, porque más sujeción y prontitud muestra el que hace la cosa con una simple ordenación, que el que aguarda a que se lo manden en virtud de santa obediencia; la tercera manera de obedecer es, cuando hago esto o aquello, sintiendo alguna señal de la voluntad del superior, aunque no me lo mande ni ordene expresamente. Y esta obediencia dice que es mucho más perfecta y agradable a Dios. Así como allá en el mundo el siervo y criado, que a media señal entiende la voluntad de su señor y la procura poner en ejecución, agrada y contenta más a su señor, que el otro a quien es menester que todo se lo digan expresamente (*Prov* 14, 35): [*El ministro entendedor se gana la voluntad del rey*], dice el Sabio; así es también acá en la obediencia: el que acude a la significación de la voluntad del superior, ése es mejor y más perfecto obediente, y agrada y contenta más a los superiores y a Dios. Y es doctrina de Santo Tomás, el cual, tratando de la obediencia, dice que de cualquier manera que uno entienda la voluntad del superior, aquél es un precepto y mandamiento tácito, y que entonces se echa más de ver la prontitud de la obediencia del súbdito. Y así hemos de procurar que se extienda a esto nuestra obediencia; porque algunas veces acontece, aun muchas, que el superior no quiere mandar la cosa expresamente, por proceder con más suavidad, y no mortificar al súbdito, o por no saber cómo tomará su mandamiento, y entonces constándole de la voluntad del superior, será

gran falta no salir al camino, y ofrecerse a aquella obediencia.

Andaba Dios a buscar a quién enviar a Jerusalén a predicar, y dijo donde lo oyó Isaías (6, 0): *¿A quién enviaré, quién irá a esta misión?* Entendió Isaías la voluntad de Dios, que quería que él se convidase, y así luego se ofreció: *Vedme aquí, Señor, enviadme.* Así es razón que nos convidemos y ofrezcamos nosotros, cuando con alguna palabra o señal declara la voluntad el superior.

Muchos ejemplos pudiéramos traer que nos enseñan bien la presteza y puntualidad que hemos de tener en la obediencia: entre ellos es muy bueno el que cuenta la sagrada Escritura del Profeta Samuel, cuando era mancebo y servía en el templo como de sacristán al sacerdote Helí. Una noche estaba él durmiendo en el templo, y le da Dios una voz (1 *Sam* 3, 4): *Samuel, Samuel,* para revelarle un castigo que quería hacer contra Helí. Samuel despierta a la voz, y como no entendía aquel lenguaje, porque hasta entonces no le había hablado el Señor ni revelado nada, pensó que le llamaba Helí, su sacerdote; y se levanta de presto y va corriendo allá: *Vedme aquí, Señor, ¿qué es la qué mandáis, pues me habéis llamado?* Helí le manda tornar a acostar, diciéndole que no le había llamado: [*No te he llamado yo, hijo mío; vuélvete a dormir*]. Se torna a acostar y a dormir, y le torna Dios a llamar por segunda vez, y despierta, y pensó que le llamaba Helí, porque no le parecía que había otro que le pudiese llamar, y se levanta y va corriendo allá, como la primera vez. Helí pensó que lo debía soñar, y le manda que se vuelva a acostar. Se torna a acostar y a dormir; torna Dios por tercera vez a llamarle, y despierta, y acude luego a su superior, pensando que él le llamaba: *Vedme aquí señor, pues me habéis llamado*. Entonces cayó en la cuenta Helí que Dios le debía de llamar para revelarle algo, y le dice: Vuélvete, hijo, y duerme, y si otra vez oyeres que te llaman, estate quieto y di: *Decid, Señor, que vuestro siervo oye*. Se torna a acostar y a dormir, y le torna Dios a llamar: *Samuel, Samuel*. Él despierta a la voz, y como estaba ya instruido, responde: *Decid, Señor, que vuestro siervo oye*. Entonces le habla Dios y le revela lo que quería.

Pues consideremos aquí la obediencia de Samuel y su grande prontitud, que con haberse hallado burlado primera y segunda vez, y con haberle dicho el mismo Helí que él no le llamaba, que se tornase a dormir, y no entender él que había otro que le pudiese llamar; con todo eso, torna segunda y tercera vez a levantarse y acudir a él a ver lo que le mandaba.

Pues con esta prontitud y presteza hemos nosotros de acudir y obedecer a nuestros superiores. También es muy buen ejemplo el que pondera la

misma Escritura divina de la prontitud de la obediencia de Abrahán, cuando le mandó Dios que sacrificase a su hijo único Isaac (*Gen* 22, 3). Dice que aún no aguardó a la mañana, sino luego *de noche,* antes que amaneciese, en mandándoselo, al punto va a poner por obra la obediencia, y una obediencia tan dificultosa. Y nota más la sagrada Escritura: que dejó los criados al pie del monte, y no los quiso llevar consigo, para que no hubiese quien le pudiese impedir la ejecución de su obediencia.

CAPÍTULO 4

Del segundo grado de obediencia.

El segundo grado de obediencia consiste en conformar uno su voluntad con la del superior, y no tener otra voluntad, ni otro querer, ni no querer, sino lo que el superior quisiere o no quisiere. Esta es la cosa más trillada y más común que tenemos en la Religión: porque con este presupuesto entramos todos en ella. Y éste es el primer principio, que como fundamento se les dice y pone luego delante a todos los que quieren entrar en Religión. Mirad que no venís acá a hacer vuestra voluntad, sino la ajena. Y todos dicen: Ya lo sé. Pues como lo decimos, y nos lo dijeron, así es la verdad. Y eso es ser religioso y vivir debajo de obediencia. Dice San Juan Climaco: La obediencia es sepulcro de la propia voluntad y despertador de la humildad. En entrando en Religión, hemos de hacer cuenta que sepultamos y enterramos nuestra voluntad, y que ya de ahí adelante en todo hemos de seguir la del superior.

Añade nuestro Padre que hemos de estar dispuestos para esto, aunque se nos manden cosas difíciles, y según la sensualidad repugnantes. Antes a estas particularmente dice que hemos de mostrar mucha prontitud cuando se nos ordenaren; porque en ellas se echa de ver la verdadera obediencia, como notan comúnmente los Santos. Cuando nos mandan aquello que gustamos, y que es conforme a nuestra inclinación y voluntad, no se puede echar bien de ver la obediencia, porque por ventura nos lleva más eso nuestro gusto e inclinación, que la voluntad de Dios y de la obediencia, Pero cuando la cosa que nos mandan es difícil y repugnante a nuestra sensualidad y a nuestra carne, y la abrazamos con mucha prontitud, entonces dicen se echa de ver muy bien la obediencia; porque en eso estamos seguros y satisfechos que no nos buscamos a nosotros mismos, sino puramente a Dios y a la obediencia. Y así es muy bueno y mucho de loar lo que vemos

en algunos religiosos, que cuando les mandan aquellos oficios o ministerios de que ellos gustan mucho, andan sospechosos de sí y con pena y congoja santa. No sé, dicen, si merezco en esto, porque me parece que hago en ello mi voluntad; y lo proponen al superior una y otra vez. Y, por el contrario, cuando les mandan alguna cosa a que ellos no tenían ninguna inclinación, sino antes dificultad y repugnancia, entonces andan muy consolados, pareciéndoles que en aquello están satisfechos que no hacen su voluntad ni se buscan a sí mismos, sino puramente a Dios; este es muy buen modo de proceder y muy seguro.

Dice San Gregorio: Cuando nos mandan cosas altas y honrosas, no ha de haber allí nada nuestro, sino las hemos de tomar puramente porque nos lo mandan, y porque es aquélla la voluntad de Dios. Pero cuando nos mandan cosas dificultosas, bajas y humildes, allí, dice, ha de haber algo nuestro, porque a esas cosas nos hemos de procurar inclinar y aficionar, y tomarlas con mucha prontitud y voluntad. Y el que así lo hiciere, bien puede creer y estar satisfecho que también en las otras obediencias que son conforme a su inclinación, hace la voluntad de Dios y no la suya. Sin embargo, el que no obedece con prontitud y voluntad en las cosas bajas, humildes y trabajosas en que siente dificultad y repugnancia, puede temer que tampoco en las demás cosas que hace, que son conforme a su gusto e inclinación, hace la voluntad de Dios ésta es una de las señales que hay para conocer cuando uno se busca a sí mismo en lo que hace y cuándo busca puramente la voluntad de Dios.

De aquí se sigue que el que anda deseando y procurando que el superior le mande lo que a él le da gusto, y que condescienda con su voluntad, y para eso está pronto, y para lo demás no, no es obediente. Dice muy bien nuestro Santo Padre: «Engaño es grande, y de entendimientos oscurecidos con amor propio, pensar que se guarda la obediencia cuando el súbdito procura traer al superior a lo que él quiere». Y trae aquello de San Bernardo: Quien quiera que descubierta o mañosamente negocia que su padre espiritual le ordene lo que él quiere, él mismo se engaña si se tiene y alaba de obediente con vana lisonja; porque en aquello no obedece él al prelado, sino el prelado a él, no hace la voluntad del superior en eso, sino el superior la suya. Muy común y sabido es este punto, pero no querría que fuese eso causa de que pasásemos ligeramente por él, porque es de los más importantes y principales que hay en esta materia. Una de las cosas que más ha de temer el religioso es ésta. Temed mucho no os mande el superior algún oficio, o ministerio, u ocupación, porque vos lo deseasteis y procuras-

teis, y porque mostrasteis mal rostro a otra cosa que él os significó y quisiera más que hiciereis; porque pensaréis por ventura después, que habéis hecho algo y que habéis cargado de buenas obras, por haber trabajado mucho, y os hallareis burlado y muy vacío de merecimiento delante de Dios, porque hacíais vuestra voluntad, y no la de Dios; y os podrá El responder aquello de Isaías (58, 3): [*¿Por qué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos? ¿Afligimos nuestras ánimas, y no hiciste caso de ello? Porque en el día de vuestro ayuno vivís a vuestra voluntad*]. ¿Cómo hemos ayunado, trabajado y nos hemos cansado tanto, y nos ha salido todo en vano? ¿Sabéis por qué? Porque hacíais en ello vuestra voluntad.

San Bernardo trae a este propósito este lugar de Isaías, y añade: Grande mal es la propia voluntad, porque hace que vuestras buenas obras no sean buenas para vos. Y en otra parte, declarando más esto, dice: Cuando Cristo nuestro Redentor apareció a San Pablo y le derribó del caballo, y le convirtió, se le cayeron las cataratas de los ojos de su alma, y con aquella luz del Cielo, que recibió, dijo: *Señor, ¿qué queréis que haga?* Dice San Bernardo: Esta es la señal de la perfecta conversión de uno, y de haber renunciado de veras al mundo, y de haberse determinado a seguir a Cristo, que llegue a decir con el Apóstol (*Hechos* 9, 6): *Señor, ¿qué queréis que haga?* ¡Oh palabra breve, pero compendio, y llena de sentencias; pero viva, pero eficaz digna de ser muy estimada! ¡Oh cuán pocos se hallan el día de hoy, dice el Santo, que lleguen a esta perfección de obediencia, que hayan de tal manera dejado su voluntad, que nunca busquen, ni pretendan, ni deseen que se haga en cosa alguna lo que ellos querrían, sino lo que Dios quiere, diciendo siempre con el Apóstol: *Señor, ¿qué queréis que haga?*; con el real Profeta (*Sal* 56, 8): Dispuesto y *preparado está mi corazón, Señor;* dispuesto y preparado *está* para hacer vuestra voluntad! ¡Ay dolor, dice, que el día de hoy muchos más son los que imitan al otro ciego del Evangelio, que al nuevo Apóstol! Pregunta el Salvador del mundo a aquel ciego (*Mc* 10, 51): *¿Qué quieres que haga contigo?* ¡Oh cuán grande es vuestra misericordia, Señor, y cuánto os humanáis con nosotros! ¿Cuándo jamás se usó que el señor pregunte e inquiera la voluntad de su siervo, para hacerla? Bien parece que aquél estaba ciego pues no consideró, ni se espantó, ni exclamó a tal pregunta de Cristo, como exclamó el Apóstol San Pedro cuando le quería lavar los pies, y San Juan Bautista cuando se vino a bautizar. Si no estuviera ciego, se había de espantar, cuando el Señor le dijo: *¿Qué quieres que haga contigo?* Y había de exclamar y decir: Nunca Dios tal quiera: Vos, Señor, decidme qué queréis que haga, porque sí conviene, que haga yo vuestra voluntad y no Vos la mía. A este modo hay

muchos religiosos el día de hoy, dice el glorioso Bernardo, que es menester les pregunten: ¿Qué quieres que haga contigo? Es menester que ande el superior considerando y pensando de qué gustará éste, qué es lo que hará de buena gana, para mandarle aquello a que él se inclina y de que gusta; habiendo de ser al revés, que ellos habían de andar inquiriendo la voluntad del superior, y procurando saber a lo que se inclina para hacerlo, pues a eso vinieron a la Religión, y no a que el superior ande a la voluntad de ellos y les mande lo que quieran.

CAPÍTULO 5

Del tercer grado de obediencia.

El tercer grado de obediencia consiste en conformar nuestro entendimiento y juicio con el juicio del superior, teniendo, no sólo un querer, sino también un mismo sentir con lo que él siente, pareciéndonos que lo que él manda está bien mandado, sujetando nuestro juicio al suyo y tomándole por regla del propio. Para entender la necesidad de este grado de obediencia bastaba lo que decíamos al principio, que si esto no hay, no será la obediencia perfecta, ni entera. Dicen los Santos que la obediencia es un holocausto perfectísimo, en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, ni reservar nada para sí, se ofrece a su Criador y Señor en el fuego de la caridad, por manos de sus ministros. Esta era la diferencia que había en la ley Vieja, del holocausto a los otros sacrificios, que de los demás; parte se quemaba en honra de Dios y parte se reservaba para el sustento de los sacerdotes y ministros del templo; pero el holocausto todo se quemaba en honra de Dios, sin reservar ni guardar nada de él. Pues si no obedecéis con el entendimiento, ya ése no será holocausto ni entera y perfecta obediencia, pues dejáis de ofrecer la principal y más noble parte de vos, que es el entendimiento y juicio. Y así decía nuestro santo Padre que los que solamente obedecen con la voluntad, y no con el juicio, no tienen sino un pie en la Religión.

El bienaventurado San Bernardo va declarando cuál y cómo haya de ser esta obediencia de entendimiento, prosiguiendo aquella historia de la conversión de San Pablo, y aplicándola a esto. Cuando San Pablo, espantado con la luz del Cielo, se convirtió y dijo: Señor, *¿qué queréis que haga?*, respondió el Señor (*Hechos* 9, 7): *Entra en la ciudad, y ahí te dirán lo que te conviene hacer.* Dice San Bernardo: A esa traza, y para ese mismo

fin fue el entrar vos en Religión: no sin alto y divino consejo os puso Dios temor y espanto de vuestra salvación, os dio un deseo grande de servir a su Majestad, y para eso os inspiró que entraseis en esta dudad y en esta escuela de virtud: aquí os dirán lo que quiere Dios de vos, y qué es lo que habéis de hacer para agradarle. Pasa adelante la historia y dice que entrando San Pablo en la ciudad, *abiertos los ojos no veía nada, si no era llevado y guiado de otros*. Este, dice el Santo, es el dechado y modelo de la obediencia que ha de tener el religioso. Y en esto consiste la perfección de ella, en que, abiertos los ojos, no veáis ni juzguéis nada, sino que os dejéis llevar y guiar de vuestros superiores, poniéndoos del todo en sus manos: guardaos no se os vayan abriendo los ojos para vuestro mal, como se le abrieron a Adán.

Dice la Escritura divina de nuestros primeros padres, que después que pecaron *se les abrieron los ojos, y conocieron que estaban desnudos* (*Gen* 3, 7), y tuvieron gran vergüenza de sí mismo. ¿Pues cómo? Antes del pecado, ¿no estaban también desnudos y tenían abiertos los ojos? Claro está que sí, porque no los crió Dios ciegos; pero no echaban de ver su desnudez, ni reparaban en eso, porque vivían en aquella santa simplicidad y pureza de la justicia original, como ángeles en la tierra. Pues aquella santa simplicidad y perfección, que ellos perdieron por la desobediencia, hemos nosotros de procurar imitar con nuestra obediencia en este paraíso de la Religión; que no tengamos los ojos abiertos para ver faltas ajenas; y que aunque el otro descubra su falta y desnudez, no lo echemos de ver, ni reparemos en ello, y mucho menos en cosas que toquen a la obediencia.

San Juan Climaco, tratando del cuidado y diligencia que en esto se ha de tener, dice que si nos vinieren algunos pensamientos o juicios contra la obediencia, nos hemos de haber como cuando vienen pensamientos de blasfemias contra Dios y contra la fe u otros feos y deshonestos, no dándoles lugar ni entrada en ninguna manera, sino antes tomando de allí ocasión para confundirnos y humillarnos más. San Jerónimo, escribiendo a un Monje, instruyéndole cómo se había de haber en la Religión, una de las cosas que le encarga mucho es ésta: Mira, dice, que no trates de juzgar, ni examinar los mandamientos y ordenaciones de los superiores, por qué mandaron esto o aquello, y si fuera mejor de otra manera que de ésta; porque eso no pertenece al súbdito, sino al superior.

San Basilio, exhortando a lo mismo, dice: Aun allá en el mundo, cuando uno quiere aprender un oficio mecánico para ganar de comer, vemos que se pone con un maestro por aprendiz, y le está mirando a las ma-

nos, y obedeciéndole en todo lo que le dice, sin contradecirle, ni juzgarle en cosa alguna, ni pedirle razón de lo que manda; y de esa manera sale buen oficial. De Pitágoras leemos que mandaba a sus discípulos que habiendo él dicho una cosa, no inquiriesen más; y lo guardaban tan inviolablemente, que en diciendo: «Él lo dijo», no había más. ¿Cuánto mayor razón será que hagamos nosotros esto con el que es más que Pitágoras, porque está en lugar de Cristo nuestro Señor, y que en viendo que una cosa es obediencia, no sea menester más para sujetar luego nuestro juicio y creer que aquello es lo que conviene?

Eusebio Cesariense refiere que tenían una ley los lacedemonios que ninguno de los mozos que entraban de nuevo a gobernar, fuese osado a disputar si las leyes eran buenas o malas, ni buscarles inconvenientes, sino que rindiesen sus juicios y las mirasen como cosa dada por Dios; y bastase haberlas dado sus mayores y predecesores para tenerlas por muy justas; y que si a alguno de los ancianos se le ofreciese algún inconveniente por haberse mudado los tiempos, que no le propusiese delante de los mozos, sino que acudiese a los viejos que gobernaban, para que ellos viesen lo que convenía, y no se les diese ocasión a los mozos de perder el respeto y veneración a las leyes; que es, dicen, un grande mal para la república. Pues si aquellos filósofos gentiles querían que se tuviese tanto respeto a las leyes dadas por sus mayores, y les parecía que era esto tan necesario, mayor razón será que nosotros, cristianos y religiosos, tengamos esta reverencia y respeto a las ordenaciones y mandamientos de nuestros prelados espirituales, fundados no sólo en razón natural, como la de aquellos filósofos, sino en la luz de la fe y en la gracia del Evangelio.

Nuestro Padre, en aquella carta maravillosa que escribió de la obediencia, va mostrando muy bien que si no hay esta obediencia de juicio es imposible que la obediencia de voluntad y ejecución sea cual conviene; y pone muchos daños e inconvenientes que se siguen de la falta de esta obediencia; a la cual me remito como a texto de todo lo que se puede decir en esta materia.

CAPÍTULO 6

De la obediencia ciega.

Decía nuestro santo Padre San Ignacio que así como en la Iglesia militante Dios nuestro Señor ha abierto dos caminos a los hombres para po-

derse salvar; uno común, que es de la guarda de los mandamientos; otro, que añade a éste los consejos evangélicos, que es propio de los religiosos; así en la misma Religión hay dos géneros de obediencia: uno imperfecto y común, otro perfecto y acabado, en el cual resplandece la fuerza de la obediencia y la virtud perfecta del hombre religioso. La obediencia imperfecta, dice, tiene ojos, mas por su mal; la perfecta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría. La una tiene juicio en lo que se le manda; la otra no; aquélla se inclina más a una parte que a otra; ésta, ni a una ni a otra, porque siempre está derecha, como el fiel del peso, igualmente dispuesta y preparada para todas las cosas que le mandaren. La primera obedece con la obra y resiste con el corazón, y así no merece el nombre de obediencia; la segunda hace lo que le mandan, y sujeta su juicio y voluntad a la voluntad y juicio del superior, teniendo por bueno todo lo que por los superiores es ordenado, y no busca razones para obedecer, ni sigue las que se le ofrecen, antes obedece por sola esta consideración, que aquello es obediencia. Esta es la obediencia ciega, tan usada y encomendada de los Santos y maestros de la vida espiritual. No se llama ciega porque hayamos de obedecer en cualquiera cosa que nos mandasen, ahora sea pecado, ahora no, que eso sería error, y lo declara expresamente nuestro Padre en las Constituciones; sino llamase ciega porque en todas las cosas donde no se viere pecado hemos de obedecer simple y llanamente, sin inquirir ni buscar razones de lo que nos mandan, presuponiendo que lo que se manda es santo y conforme a la divina voluntad, y contentándonos con sola esta razón, que es obediencia y me lo manda el superior.

Y así, Casiano llama a esta obediencia sin inquisición, sin examen, porque no habéis de disputar, ni preguntar, ni examinar por qué, ni para qué, sino obedecer simplemente a lo que os mandaren. San Juan Climaco dice: Obediencia es obra sin examen, muerte voluntaria, vida sin curiosidad, resignación de su propio juicio y discreción, no sin grande discreción. San Basilio, tratando cómo Cristo nuestro Redentor encomendó a San Pedro que apacentase sus ovejas, y en él a todos los superiores (*Jn* 21, 17): [*Apacienta mis ovejas*], dice que así como las ovejas obedecen a su pastor, y van por el camino que él quiere, así el religioso ha de obedecer a su superior e ir por el camino que él quiere, con mucha llaneza y simplicidad, como buena oveja, sin inquirir ni escudriñar lo que le mandan.

San Bernardo habla muy bien de esta obediencia ciega, y dice que ésa es la perfecta obediencia: La perfecta obediencia, especialmente en el que comienza, ha de ser indiscreta. ¿Sabéis, dice, qué llamo indiscreta? De

vuestra paria ha de ser indiscreta, esto es, que no queráis vos discernir, ni examinar para qué, o por qué mandan esto; sino que a ojos ciegos, con humildad y confianza obedezcáis, no más de porque os lo mandan. Caro les costó a nuestros primeros padres el querer inquirir y examinar la razón de lo que se les había mandado: por ahí les entró y derribó el demonio, y ése fue el principio de todo su mal y nuestro. Les dice (*Gen* 3, 1): *¿Por qué os mandó Dios que no comieseis de todos los árboles del Paraíso?* Responde Eva: *Porque, por ventura, no muramos*. Les había dicho Dios determinadamente que en comiendo de aquel árbol morirían: [*En cualquier día que comieres de él, morirás*]; y ya Eva lo pone en duda, pareciéndole que aquella sentencia de Dios no sería absoluta, sino conminatoria: disposición manifiesta para ser engañada, como lo fue. Le dice el demonio: *Andad, que no moriréis; antes, si coméis de ese árbol, seréis como dioses*, y sabréis el bien y el mal; y por eso os mandó Dios que no comieseis de él, porque no supieseis tanto como Él. Se dejó llevar Eva del apetito de subir y ser más de lo que era, y comió e hizo que Adán comiese. Se pusieron a inquirir y a examinar la causa de aquella obediencia, y de allí vinieron a comer y desobedecer, y a ser echados del Paraíso. Murieron luego muerte espiritual, porque pecaron mortalmente, y después muerte corporal. Y como al demonio le fue tan bien por allí, y echó tan buen lance, acométenos a nosotros muchas veces por ahí. Y así nos previene y avisa de esto el Apóstol San Pablo, diciendo (2 *Cor* 11, 3): *Temo no os engañe la serpiente antigua, como engañó a Eva, y os haga caer de la santa simplicidad*. Guardaos de la serpiente, no la toméis por la cabeza, que os morderá; tomad lo que os mandan por el cabo, ejecutándolo sin inquirir ni examinar por qué ni para qué, y de esa manera la obediencia os será vara y regla de lo que habéis de hacer.

Especialmente a los principios, dice San Bernardo que importa mucho acostumbrarse uno a obedecer de esta manera, a ciegas y sin inquisición ninguna: porque es imposible, moralmente hablando, que pueda durar en la Religión el que desde luego quiere ser muy prudente y saber de todo. Pues ¿qué ha de hacer? ¿Cómo se ha de haber? Se ha de hacer tonto y necio para ser sabio. Y ésta ha de ser toda su discreción, que en las cosas de la obediencia no tenga ninguna discreción ni juicio, porque eso del discernir y mirar las razones, por qué y para qué, es propio del superior; y del buen súbdito no es sino abrazar con mucha humildad, simplicidad y confianza lo que le ordenare el superior: La discreción, dice el Santo, ha de estar en el superior; en el súbdito la ejecución.

El glorioso Apóstol San Pablo pondera muy bien a este propósito la obediencia ciega del patriarca Abrahán en sacrificar a su hijo Isaac. Le había prometido Dios (*Gen* 15, 4; 17, 4) que multiplicaría su generación *como las estrellas del Cielo y como las arenas del mar, haciéndole padre de muchas gentes;* y no tenía más de aquel hijo Isaac, en quien se pudiese cumplir esta promesa, ni tenía esperanza de tener más hijos, porque ya era viejo y su mujer también; y aunque la hubiera, *en el mismo Isaac* le había Dios hecho la promesa (*Gen* 21, 2; *Rom* 9, 7). Y con todo eso, mandándole Dios que le sacrificase ese único y tan deseado hijo Isaac, no dudó en la obediencia, ni dudó tampoco del cumplimiento de la promesa que Dios le había hecho, sino con una obediencia ciega comienza a poner en ejecución lo que Dios le mandaba, y alza ya el cuchillo para degollarle (*Rom* 4, 18): *Contra la esperanza natural, tuvo esperanza* [*que vendría a ser padre de muchas generaciones*]. Venció la esperanza sobrenatural a la desconfianza natural, que los ojos veían; pues veía que se quedaba sin hijo sacrificándole, y con todo eso no dudaba de la promesa de Dios; sino estaba muy cierto que se la había de cumplir o resucitando después a su hijo, o de otra manera, que él no entendía ni sabía.

Y agradó a Dios tanto esta obediencia, que luego allí le hace la promesa que nacería Cristo de él, y que de esa manera se había de multiplicar su generación como las estrellas del cielo (*Gen* 22, 16): [*Por Mi mismo he jurado, dice el Señor, que porque has hecho esta hazaña de no perdonar a tu hijo único por amor de mí. Yo te daré mi bendición, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del Cielo y como las arenas que están a la ribera del mar: tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido a mi voz*]. Dice San Jerónimo: Cuánto agradó a Dios la obediencia ciega de Abrahán, pues así la premia y galardona; por un hijo que quiso sacrificar a Dios, le manda que cuente las estrellas del Cielo, y de esa manera dice que se ha de multiplicar su generación. De aquí vinieron aquellos Padres antiguos a estimar tanto esta obediencia ciega, y a practicarla y ejercitarla tanto, que tenemos los libros llenos de ejemplos de esto, y muchos de ellos confirmados con milagros, para que entendamos cuánto agrada a Dios esta manera de obediencia.

Nuestro Padre, siguiendo esta doctrina común de los Santos, nos la declara con dos comparaciones muy propias y provechosas. «Cada uno, dice, de los que viven debajo de obediencia, haga cuenta que se ha de dejar llevar y regir de la divina providencia por medio del superior, como si fue-

se un cuerpo muerto, que se deja llevar donde quiera y tratar como quiera.» La cual comparación usaba el bienaventurado San Francisco, y la repetía muchas veces a sus religiosos: Ya somos muertos al mundo y a sus cosas. Eso es ser religiosos, estar muertos al mundo, y por eso llaman muerte civil a la entrada en Religión: pues nos hayamos como muertos. La señal de ser uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse; pues no tengamos ojos para ver ni juzgar las cosas del superior; no tengamos réplicas ni respuestas para lo que ordena la obediencia; no nos quejemos ni nos sintamos cuando nos mandan lo que no nos da gusto. Para el cuerpo muerto se busca lo peor de la casa; para vestirle y amortajarle, la sábana más vieja y rota; así el religioso ha de querer el vestido más viejo y más desechado, cada uno se ha de persuadir que lo peor de la casa ha de ser para él, así en el vestido como en la comida, aposento y en todo lo demás; y si no tiene esto, antes se siente de ello, no está muerto ni mortificado.

Más dice nuestro Padre, que nos hemos de dejar llevar y regir de la divina providencia, por medio del superior, como un báculo o bastón de un hombre viejo, que dondequiera y en cualquiera cosa que de él se quiera ayudar el que le tiene en la mano, de todo le sirve. Así como el báculo va donde le llevan, y donde le ponen, allí asienta, y no tiene movimiento por sí, sino el que le da quien le rige, así el religioso no ha de tener movimiento propio, sino dejarse regir y gobernar del superior; por donde le llevaren, por ahí ha de ir; a donde le pusieren, allí ha de asentar el pie, ahora sea en el lodo, ahora en lo enjuto, ahora en lo alto, ahora en lo humilde, sin resistencia ni contradicción alguna. Si el báculo, que os ha de ser ayuda y alivio para andar, os hiciese alguna resistencia, y no quisiese asentar donde vos queréis, sino en otro cabo; en lugar de ayudaros, os seria estorbo e impedimento, y le arrojaríais de vos: así también, si cuando el superior se quiere ayudar de vos y poneros en tal lugar o en tal oficio u ocupación, resistís a la mano del superior, y tenéis movimiento contrario al suyo, de obra, voluntad y juicio; en lugar de ayudar estorbaréis, y seréis carga y daréis en qué entender a los superiores, y desearán descargarse de vos, y echaros de sí y arrojaros a otra parte, y andarán peloteando con vos de casa en casa, porque no sois buen báculo, ni se pueden servir ni ayudar de vos, como quieren. Un báculo, por pasatiempo y recreación le toma uno para traer en la mano, porque hace de él lo que quiere, y juega de él como quiere. Así ha de ser el religioso, que sea placer traeros en la mano y mandaros, y que pueda el superior hacer de vos lo que quisiere, y gloriarse con el Centurión (*Mt* 8, 9): *Tengo debajo de mí a soldados, y digo a éste que vaya, y va; y a*

aquél que venga, y viene; y al otro que haga esto, y lo hace.

San Basilio trae otra buena comparación para esto. Así como el oficial que edifica o hace alguna obra, usa de los instrumentos de su arte a su voluntad, y jamás hubo instrumento que no obedeciese muy fácilmente al artífice para que se sirviese de él como él quisiere; así el religioso ha de procurar ser instrumento útil en la Religión, para que el superior se sirva de él como le pareciere que conviene para el edificio espiritual, y en ninguna manera ha de resistir a lo que quisieren hacer de él. Y más: así como el instrumento no escoge en lo que ha de servir y ayudar, así tampoco lo ha de escoger el religioso, sino dejarlo al juicio y parecer del artífice, que es el superior. Y más abajo, prosiguiendo esta comparación, dice que así como el instrumento no se mueve, cuando está ausente el artífice, porque no tiene movimiento de suyo, sino solamente el que le da el oficial, así el religioso no se ha de menear, ni hacer negocio ninguno sin parecer y orden del superior: Ni aun en las cosas mínimas ha de tener señorío de sí; ni aun por un solo punto de tiempo: sino siempre y en todas las cosas ha de ser movido y gobernado del superior. Esta es la forma y traza de la obediencia que hemos de tener en la Religión.

Me acuerdo que decía un Padre muy grave, y que había sido mucho tiempo superior en la Compañía, que quince años se le habían pasado en ella que no entendió que era menester dar razón de ninguna cosa de la obediencia: le parecía que hacía agravio al súbdito en darle razón de lo que ordenaba. Procedían todos con tanta simplicidad y rendimiento, que no había quien se pusiese a discurrir sobre las cosas que ordenaba el superior; sino en sabiendo «obediencia es», sujetaban su juicio infiriendo «luego bueno es, lo mejor es, él sabrá por qué». Esto hemos de procurar llevar adelante; y los más antiguos se han de aventajar y esmerar más en ello; y no pensar que por eso tienen más licencia para juzgar y examinar las obediencias y ordenaciones de los superiores.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos que, siendo ya General de la Compañía, dijo diversas veces que si el Papa le mandase que en el puerto de Ostia, que es cerca de Roma, entrase en la primera barca que hallase, y que sin mástil, sin gobernalle, sin vela, sin remos, y sin las otras cosas necesarias para la navegación y para su mantenimiento, atravesase la mar, que lo haría y obedecería no sólo con paz, más aún con contentamiento y alegría de su ánima. Y como oyendo esto un hombre principal, se admirase, y le dijese: ¿Y qué prudencia sería ésa? Respondió: La prudencia, se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y orde-

na.

CAPÍTULO 7

De la obediencia que se ha de tener en las cosas espirituales.

No solamente hemos de sujetar y rendir nuestro juicio y parecer en las cosas que parecen conformes nuestra carne y sangre, sino también en las que les son contrarias y de suyo muy espirituales y santas, No piense nadie que en esas cosas tiene licencia de apartarse de la voluntad y juicio del superior; antes ahí es más necesaria esta obediencia de juicio, porque como las cosas espirituales son tan altas, será mayor el peligro y la caída, si no llevamos guía. Y en tanto grado es esto verdad, que viene a decir Casiano que con ningún otro vicio trae tanto el demonio al monje a despeñarle en su perdición, como cuando le persuade que, despreciados los consejos de los más ancianos se fíe en su juicio y resolución y ciencia. Y trae Casiano y también San Juan Climaco muchos ejemplos de monjes que eran muy espirituales y muy dados a la oración y ya antiguos y viejos; y por fiarse de su propio juicio, y quererse regir y gobernar por él, vinieron a ser muy gravemente engañados del demonio. A uno le hizo que viniese a querer sacrificar a su hijo que estaba juntamente con él en el monasterio, haciéndole creer que sería otro Abrahán; y lo pusiera por obra, sino que el muchacho, viéndole aguzar el cuchillo y preparar los cordeles para atarle, sospechándolo, huyó. A otro le vino a traer a que se despeñase, persuadiéndole que sería mártir y que se iría luego derecho al Cielo.

De Herón, monje, cuenta Casiano que era de tanto recogimiento y abstinencia, que aun el día solemne de la Pascua, cuando los demás monjes se juntaban en la iglesia y tomaban alguna recreación y comían alguna cosa más, él no quería salir de su celda, ni quebrantar su abstinencia, añadiendo siquiera algunas hierbas, sino su comida era siempre pan y agua, y eso con mucha medida; y vino con esto a engendrársele una soberbia y un juicio propio tan grande, que le persuadió el demonio que era tan santo, que ya para él no había peligro alguno en esta vida, y que aunque se echase en un pozo no se haría daño alguno, sino que los ángeles le recibirían en palmas para que no se hiciese mal. Y así una noche se echó en un pozo muy hondo para probar su virtud y merecimientos grandes; pero se hirió malamente y murió de ello al tercero día. Acudieron luego los monjes al ruido, y con grande trabajo le sacaron medio muerto, y con ver al ojo el

daño que había recibido, y persuadirle todos que se arrepintiese, no hubo remedio de que creyese que había sido ilusión, y así acabó miserablemente. Para que por aquí entendamos el peligro grande que hay en fiarse uno de su propio juicio, y no se rendir y sujetar a quien debe, y esto por muy antiguo y espiritual que sea. Y así vino a decir un Santo, y con mucha razón, que el que se cree a sí mismo, no ha menester demonio que le tiente, porque él es demonio para sí.

Crisóstomo dice que el que se fía de su propio juicio, por muy espiritual que sea, está a mayor peligro de errar que el muy principiante que se deja guiar y gobernar por otro; y compara el primero a un gran piloto que, fiado de su destreza, se entrase en medio de la mar en un navío sin remos ni velas; y al segundo, al que no sabiendo nada de esa facultad, se fiase de un muy diestro marinero, que en su navío muy bien aprestado le pasase.

Pues no se engañe nadie pareciéndole que en cosas espirituales, como en ayunos, oraciones y otras penitencias y mortificaciones, se puede apartar de la obediencia y guiarse por su propio juicio; porque como nota muy bien Casiano, una misma manera de desobediencia es quebrar el mandamiento del superior por gana de trabajar, como por gana de estarse ocioso. Y San Basilio dice: Id siempre muy fundado en este principio, que no habéis de hacer cosa alguna, por buena que os parezca contra el parecer y voluntad del superior; porque ya no sois vuestro, sino de la Religión; y así eso será hurto, y aun sacrilegio, porque es de cosa que estaba ya dedicada y ofrecida a Dios. Y da una buena razón: si lo que hacéis es bueno y cosa que os conviene, ¿para qué lo queréis hacer a escondidas y sin licencia? Tanto desea el superior vuestro bien y provecho como vos: decídselo y él os dará licencia para ello, y así lo haréis con bendición y con provecho: no lo hagáis de manera que no solamente no aproveche, sino antes os dañe; no se os diga a vos aquello de Isaías (1, 13): [*No me ofrezcáis más sacrificios inútilmente*]. ¿Para qué os queréis cansar en balde?

Dicen muy bien los santos Gregorio y Bernardo: Cosa mala nunca se ha de mandar; y en cosa que sea pecado, claro está que no ha de obedecer el súbdito; pero el dejar de hacer alguna cosa buena, porque la obediencia lo prohíbe, se debe hacer. No era malo, sino bueno, el árbol del Paraíso, que Dios prohibió a nuestros primeros padres; pero para que con aquella obediencia pudiesen ellos merecer más y mostrar la sujeción y reconocimiento que debían a su Criador y Señor, quiso Dios prohibirles y mandarles que no comiesen de aquello que pudieran lícita y santamente comer, si no se les hubiera prohibido. Pues así también los superiores prohíben algu-

nas veces cosas que de suyo son buenas, o porque no le convienen al súbdito por entonces, o para probar su virtud y obediencia.

Añade en esto San Basilio una cosa particular; dice que la verdadera y perfecta obediencia del súbdito no se echa tanto de ver en dejar de hacer lo malo cuanto en dejar de hacer lo que de suyo es bueno y santo, cuando le mandan que lo deje. Y la razón de esto es porque lo malo, aunque no se lo prohibieran, lo había de dejar por ser malo, pero lo que de suyo es bueno y santo, solamente lo deja porque se lo mandan; y así resplandece ahí más la virtud de la obediencia, pues si ella no estuviera, de por medio, no parece que había por qué dejarlo. Y por el contrario también, cuando uno no se rinde y sujeta en las cosas espirituales que de suyo eran buenas y santas, muestra más su propia voluntad y dureza de juicio, porque en otras cosas hay algún gusto y sensualidad, que hacen a uno faltar en el silencio, en la modestia, en la templanza, o en otras obediencias semejantes; pero en éstas, que son contra nuestra carne y sensualidad, no hay otro gusto sino hacer uno su propia voluntad y seguir su propio juicio; todo es desobediencia y dureza de cabeza. Y así viene a ser, que en lo que uno piensa que agrada más a Dios, y que hace una obra de supererogación y perfección, en eso muestra más su imperfección y desagrada más a Dios y a los superiores. Dios os guarde del caballo duro de boca, que como no siente ni obedece al freno, se sale con lo que quiere y cuando menos pensáis, dará con vos en una esquina o en un despeñadero. El buen caballo ha de ser blando de boca, que tome bien el freno y se deje llevar y gobernar. Así el religioso ha de ser blando de juicio, que tome muy bien el freno de la obediencia, y se deje gobernar y llevar fácilmente a una parte y a otra.

En la Historia Eclesiástica se cuenta de aquel gran siervo de Dios que llamaban Simón Stilita, que quiere decir [El sentado en la columna] que tenía su asiento y estaba haciendo penitencia siempre en una columna de cuarenta codos en alto, en invierno padeciendo gravísimos fríos, y en verano grandísimos calores; y era tan grande la penitencia y abstinencia que allí hacía, que venían algunos a dudar si era hombre, porque no parecía que hombre humano pudiese hacer ni padecer lo que él allí hacía y padecía; especialmente que veían que cada año ayunaba toda la Cuaresma sin comer ni beber nada en toda ella Pues viendo aquellos santos Padres del Yermo aquella manera de vida tan extraña y peregrina, hacen junta y congregación sobre el caso para ver lo que convenía, y la resolución que tomaron fue enviarle un recaudo en esta forma: ¿Qué manera de vivir tan nueva y nunca usada es ésa? ¿Qué quiere decir que hayáis vos dejado el camino

usado y trillado de los Santos, y tomado un camino tan peregrino y tan nuevo, que nunca nadie lo usó? Los Padres se han juntado en congregación, y mandan que os bajéis luego de ahí y que sigáis el camino común y ya hollado, que siguen los demás monjes, y os dejéis de novedades. Pero advierten al mensajero, que si él, en oyendo este recaudo le obedeciese, y luego con prontitud y alegría quisiese bajar de su columna, que le daban licencia para que se estuviese quieto, y perseverase en aquel tan nuevo como riguroso modo de vivir, porque su obediencia era suficiente testimonio de que aquel camino era de Dios: pero si resistiese y no quisiese bajar y obedecer, mandan que por fuerza le haga bajar y quitar luego de allí. Va el mensajero con este recaudo al Santo, y apenas había acabado de declarar el mandato que llevaba de los Padres, de que bajase de allí, cuando él había echado un pie para bajar y obedecer. Entonces el mensajero le da el segundo recaudo que llevaba, y le dice: Tened buen ánimo, Padre mío, perseverad en hora buena en esa manera de vivir que habéis tomado, porque de Dios es, y así les ha parecido a aquellos Padres. Se debe ponderar mucho aquí, por una parte, la grande obediencia y rendimiento de juicio del Santo en una cosa tan buena y que entendía él que era de Dios; y por otra, cuánto caso hicieron todos aquellos Padres de aquella obediencia y rendimiento, pues la tuvieron por señal bastante para juzgar que aquél era espíritu de Dios; y si no se rindiera y sujetara luego a la obediencia, lo juzgaban por suficiente para no tenerlo por bueno.

Esta señal es muy buen, y usan comúnmente de ella los confesores y maestros de espíritu en muchas cosas, para conocer si nacen de buen espirito o no. Está el penitente aficionado a comulgar muy a menudo, y le dice el confesor que no comulgue tan a menudo. Está deseoso de hacer mucha penitencia, muchos ayunos, disciplinas y silicios; y el otro querría dormir en el suelo, y el otro dormir menos, y otras cosas semejantes. Muy bueno es, por cierto, y muy loable el deseo de mucha penitencia y mortificación; y de los dos extremos, lo que tiene menos sospecha es inclinarnos antes contra sí, que por sí; porque la naturaleza del amor propio siempre se ha de temer y tener por sospechosa. Pero lo que es mejor en todas estas cosas, y sin sospecha algunas dar uno cuenta al superior, o al confesor, de todo lo que hace y de todo lo que desea, y seguirse por él, que él determinaré: con eso agradará más a Dios y merecerá más.

Y nótese esta teología, que es muy buena y muy cierta: si uno tiene deseo eficaz de hacer algunas penitencias o mortificaciones y dando cuenta de ello al superior, le ordena que deje las tales obras, obedeciendo en esto,

no solamente no pierde el mérito y ganancia de aquellas obras, antes la acrecienta y dobla; porque gana por una parte el valor y mérito de las tales obras y penitencias, por la voluntad eficaz que tenía de hacerlas y por otra parte, gana el valor y mérito de la obediencia, dejándolas por obedecer, Y algunas veces será mayor este mérito que el primero, por la mayor abnegación y resignación de su voluntad y juicio, dejando lo que tanto deseaba, por obedecer y hacer la voluntad de Dios declarada por el superior. Y así fue enseñada del Cielo esta teología a la bienaventurada Santa Brígida: Era esta Santa muy aficionada a grandes penitencias; el padre espiritual que la gobernaba le quitó en un tiempo parte de ellas, porque así convenía a su salud. Ella, aunque obedeció, se le hizo dificultoso, y temía no recibiese su alma algún detrimento en la virtud. Se le apareció la Virgen sacratísima, y le dijo: Mirad, hija, si dos hombres desean ayunar un día por su devoción, y el uno, que está en su libertad, ayuna de hecho, recibe una paga por aquel ayuno; y si el otro, que está en obediencia, no ayuna porque se lo ordena así el superior, éste recibe la paga doblada; la una, porque deseó ayunar de buena gana; la otra, porque negó su voluntad y obedeció.

Aun allá los filósofos y gentiles conocieron y estimaron mucho esta manera de obediencia y rendimiento. Cuenta Plutarco, de Argesilao, que era un capitán famosísimo de los lacedemonios, que andando él muy ocupado en las guerras contra los enemigos de su patria, y sucediéndole las cosas muy prósperamente, con grandes victorias y pujanzas, le llegó un día un recaudo de su república mandándole que se retirase; y estando en medio de sus honras, y con gran ventaja sobre los contrarios, luego cesó y se retiró. Y dice Plutarco que ganó mayor honra y fama con esto que con cuanto había hecho en toda su vida. Pero dejemos ejemplos extraños, pues los tenemos propios. ¿A quién no espantará aquella grande obediencia del Padre San Francisco Javier (que con razón estimaba en tanta nuestro bienaventurado Padre Ignacio) que teniendo en las manos la conquista y conversión de un nuevo mundo, y llamándole nuestro Padre a Roma con sola una letra, que puso al fin de la carta, junto a su firma, que era una I, que en romance quiere decir *id*, estaba muy satisfecho que luego dejaría aquella tan grande empresa, y tomaría el camino para Roma desde casi lo último del Oriente? Y sin duda lo hiciera si antes que llegara la carta no fuera ya ido a gozar de sus trabajos al Cielo.

CAPÍTULO 8

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Del abad Nesterón se dice que el día que entró en Religión hizo cuenta consigo: Yo y el jumento de casa todo es uno. De hoy más has de ser como él. Todo lo que le echan a cuestas lo lleva, sin decir por qué, ni para qué; mucho es, o poco es; no resiste en cosa alguna, ni tiene juicio contrario; y aunque le den de palos, no se injuria ni deja de trabajar, y por ser animal humilde y despreciado de todos es tenido en nada, y con un poco de paja le hacen pago. Y más: así como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedece al que le rige, así ha de hacer también el religioso. Y como la bestia no come para sí ni descansa para sí sino todo es para servir más a su dueño, así también el religioso no ha de comer para sí, ni dormir, ni holgar, ni descansar para sí, sino todo eso ha de ser para poder servir más a Dios y a la Religión (*Sal* 72, 23): [*Me hice, Señor. como jumento delante de Ti, y estoy siempre contigo*], decía el Profeta David. Pues haceos vos como jumento en la Religión, y de esa manera aprovechareis mucho en ella.

Cuenta Simeón Metafraste, y tráelo Surio en la Vida de Santa Melania, romana, un ejemplo que, dice, solía ella contar a sus religiosas. Llegó un mancebo a uno de aquellos grandes monjes antiguos, diciendo que quería ser su discípulo: el viejo, queriéndole mostrar cuál había de ser, si quería ser religioso y discípulo suyo, le mandó que a una estatua, que allí estaba, la azotase y diese de palos y coces. El mancebo lo hizo así. Y hecho, le preguntó el viejo si la estatua se había quejado o resistido. Respondió el mancebo que no. Pues torna, dice, de nuevo a herirla como de primero, y fuera de eso, dile muchas injurias y baldones; y como el mancebo lo hiciese así por segunda y tercera vez, le tornó a preguntar el viejo si se había sentido y agraviado de aquello la estatua. Respondió el mancebo que no, porque al fin era estatua, que no sentía ni hablaba. Entonces le dice el viejo: Pues si tú puedes sufrir que yo haga contigo lo que tú has hecho con esa estatua, sin resistir ni contradecir ni agraviarte de ello, entra en buena hora a ser mi discípulo; pero si no, vuélvete a tu casa, que no eres para religioso.

De Santa Gertrudis se lee que tenía una abadesa de mucha santidad, pero era mal acondicionada y daba respuestas desabridas. La Santa rogaba a Dios que le quitase aquella mala condición. Le respondió el Señor: ¿Para qué quieres que se la quite, pues con esto tiene ocasión de mantenerse en

humildad, que viendo que ha caído en alguna impaciencia, se humilla y reconoce su flaqueza? Y también ¿qué mereceríais vosotras en obedecer si ella fuese bien acondicionada? Yo le dejo esa falta para ejercicio vuestro y para que aprendáis a obedecer.

Semejante a esto es lo que cuenta Blosio de la misma Santa, que orando ella una vez por un defecto de cierta persona que gobernaba una congregación, le apareció el Señor y le dijo: Yo, por la abundancia de mi piedad, dulzura y amor divino con que escogí esta congregación permito que tengan algunos defectos aun los mismos que la gobiernan, para que por ese camino se aumente el merecimiento de la congregación, porque mucha mayor virtud es sujetarse a alguno cuyas faltas se conocen, que otro cuyas obras parece que son perfectas. Yo permito que los superiores tengan algunos defectos, y que por las muchas ocupaciones y diversos cuidados que tienen, algunas veces se descuiden, para que se humillen más. El merecimiento de los súbditos crece y se aumenta, así con los defectos como con las virtudes de quien los gobierna; y de la misma suerte crece el merecimiento de quien los gobierna y rige como es razón, así como con el aprovechamiento y virtudes, como con los defectos de los súbditos En las cuales palabras del Señor entendió Santa Gertrudis la abundantísima piedad de la sabiduría divina, que tan secretamente dispone la salvación y remedio de sus siervos, permitiendo faltasen ellos para hacerlos más perfectos. En la Vida de San Antonio escribe San Atanasio de aquellos monjes antiguos que se dedicaban a la obediencia, que buscaban superiores ásperos y desabridos que no les agradeciesen lo que por ellos hacían, sino que los reprendiesen; como hacia Pacomio a Teodosio su discípulo, para purificarle, si había algún polvo de vanagloria. Y mientras los superiores eran más difíciles y desabridos, eran ellos más obedientes. Una de las maneras religiosas de vivir que usaban aquellos santos Padres antiguamente era estar dos discípulos debajo de la disciplina y corrección de un Padre viejo, al cual también servían en todas las cosas de la manera que un siervo sirve a su señor. Por donde así como el señor a cada paso tiene ocasión de reprender y castigar a su siervo, por no hacer las cosas a su voluntad, así también aquellos maestros tenían esa misma ocasión. Y así unas veces por la aspereza de su condición, otras por ejercicio de virtud, usaban tratar ásperamente a sus discípulos; hasta los treinta años, dice San Juan Climaco, que los probaban en varios trabajos e injurias.

Cuenta Casiano de una mujer noble y rica, que vivía en la ciudad de Alejandría muy religiosamente, que recibía tanto gusto en padecer, que no

se contentaba con llevar de buena gana las penas y trabajos que se le ofrecían, sino andaba buscando y procurando que se le ofreciesen nuevas ocasiones para ejercitarse más en la paciencia y mortificación, y así con este deseo fue al santo obispo Atanasio y le pidió que le diese una viuda, de las que sustentaba la Iglesia, para sustentarla y regalarla en su casa. El santo obispo, alabando su buen deseo, mandó que le diesen una, la más sierva de Dios y de más buena y apacible condición que hubiese. La llevó a su casa, y la servía y la regalaba mucho. Pero como viese la blandura y comedimiento de la mujer, y que todo era darle gracias, y alabarla por los servicios y buenas obras que le hacía, volvió al obispo, y se le quejó mucho que ¿cómo habiéndole pedido una mujer a quien sirviese para ejercitarse y aprovecharse, no se la había dado? El Santo, no entendiendo bien su deseo, pensando si por descuido no le habían dado mujer alguna, se informó de ella, y hallando que la habían dado la mejor de todas, y entendiendo por allí el fin y motivo de su petición, respondió que él proveería. Y manda que le den la más mal acondicionada y de menos virtud de cuantas había. La cual, dice, fue más fácil de hallar que la buena. Escogen, pues, una mujer seca, desgraciada, ingrata, melancólica, airada, habladora, rencillosa, etcétera. La lleva a su casa, la comienza a servir con gran caridad y humildad, como a la primera, y aún más. Y de todo no recibía de ella otra paga, ni otro agradecimiento sino riñas, afrentas, maldiciones; la daba en rostro con todo, y decía que no la había traído allí para regalarla sino para atormentarla y aún algunas veces se encolerizaba tanto, que venía a poner en ella las manos. A todo esto callaba la santa mujer, y sufría, doblando y tresdoblando el servicio y el regalo: mientras más injurias recibía, mayores servicios y beneficios la hacía: con los cuales ejercicios sentía ella grande ayuda y provecho en su alma. Y así fue a dar las gracias al obispo, porque le había cumplido su deseo, dándole tal maestra de paciencia, con quien tuviese perpetua ganancia; y ocupada en estos y en otros ejercicios santos murió en el Señor.

Solía contar el abad Pemenes lo que le había acontecido con el abad José, siendo él novicio. Y era que teniendo en su monasterio el abad José una higuera muy hermosa, le enviaba cada mañana a que comiera de ella, que para la abstinencia que los monjes profesaban era una cosa extraordinaria. Un día que se lo dijo era viernes, y él no osó comer entonces por no quebrantar el ayuno de aquel día, tan recibido y universal de todos ellos: remordiéndole después la conciencia por no haber obedecido, fue a él y le dijo: Perdóname, Padre, en lo que te quiero preguntar: ¿qué es la causa por que, profesando nosotros tanta abstinencia, me has mandado todos los días

que coma de los higos, y especialmente en un día como éste? Porque te hago saber que yo he estado muy confuso hoy, por causa del ayuno que todos solemos tener en este día; por la cual causa no me he atrevido a comer; por otra parte, tengo vergüenza y remordimiento de no haberte en esto obedecido, pues sé que sin causa no me mandarías tal cosa. Respondió a esto el santo viejo: Hijo, los Padres antiguos del Yermo no mandaban a los monjes a los principios cosas tan concertadas y hacederas, sino cosas que a prima faz algunas veces parecían desatinos y locuras, para probarlos si tenían rendimiento de juicio y verdadera resignación de su voluntad; y cuando veían que hacían estas cosas sin replicar ni dudar, de allí adelante no les mandaban sino las cosas necesarias y convenientes.

En las *Vidas de los santos Padres* se cuenta que uno de aquellos Santos antiguos vio una vez cuatro órdenes de justos en el Cielo. El primero era de los hombres enfermos, que en sus enfermedades habían tenido paciencia y dado gracias a Dios. El segundo, superior a éste, era el de los que acogían y hospedaban a los pobres y peregrinos y servían a enfermos, y finalmente, se ejercitaban en obras de caridad. El tercero era de los que, dejadas todas las cosas, vivían en el Yermo con mucha pobreza y abstinencia, ocupados en oración. El cuarto orden, superior a éstos, era de aquellos que por amor de Jesucristo vivían en obediencia, sujetos a voluntad ajena en todo; y éstos vio que estaban con cadenas y collares de oro, y que tenían más gloria que los demás. Maravillado de ver esto, preguntó cómo tenían aquéllos más gloria que los monjes solitarios y los demás. Y se fue respondido que la causa era porque los monjes en su soledad, y los que se ocupaban en obras de caridad, en lo que hacían, cumplían su propia voluntad; pero el obediente no, antes la sacrificaba a Dios; y como la voluntad era cosa tan estimada en el hombre, así el sacrificarla era de tanto mérito delante de Dios; y aquella honra de aquellos collares de oro era porque abajaron sus cervices al yugo de la obediencia.

Concuerda con eso lo que se cuenta del abad Pambo, que viniéndole a visitar cuatro monjes del Yermo, todos muy señalados en virtud, porque el primero se señalaba principalmente en ayunos y asperezas grandes que hacía; el segundo, en pobreza; el tercero, en caridad para con sus prójimos; el cuarto había veintidós años que vivía debajo de obediencia; el santo abad antepuso este último a todos los otros tres, porque aquella virtud que tenían la habían conservado de su voluntad, y éste, dejando totalmente su voluntad, se había hecho siervo de la ajena. Y diciendo esto, añadió que los que esto hicieren, perseverando hasta el fin, se pueden llamar verdade-

ros mártires.

CAPÍTULO 9

De dónde nace el tener juicios contra la obediencia, y de qué medios nos ayudaremos contra ellos.

La raíz de donde nace el ofrecérsenos juicios y razones contra las cosas que ordena la obediencia, es nuestra inmortificación. Pero dirá alguno: eso parece que es como si preguntáramos de dónde nace ser soberbio, y respondierais que de falta de humildad.

Claro está que si yo tuviera mortificado el juicio, que tuviera simplicidad en la obediencia y no tuviera juicios contra ella. Pues no digo eso, sino lo que digo es que de no tener nosotros mortificadas nuestras pasiones y apetitos; de ser muy amigos de nuestras propias comodidades y cumplir nuestra propia voluntad; de no estar indiferentes y resignados para todo lo que nos pueden mandar: de ahí nace que cuando lo que nos mandan es contra nuestra voluntad y apetito, se nos ofrecen muchas razones y juicios contra ello. Si no, entre cada uno dentro de sí, y mire cuándo se le suelen comúnmente ofrecer los juicios y réplicas contra la obediencia, y hallará que cuando le mandan aquello a que tiene repugnancia, cuando no le conceden lo que quiere, cuando le mortifican y tocan en lo vivo y en lo que le duele, entonces vienen a montones las razones aparentes contra lo que se ordena; pero cuando le mandan lo que le da gusto y es al sabor de su paladar, no se le ofrecen ningunos juicios ni razones contrarias, antes le parece que vienen de molde y que es la cosa más acordada del mundo.

San Jerónimo, sobre aquellas palabras del Profeta Oseas (7, 11): *Fue hecho Efraín como una paloma engañada, que no tiene corazón*, pregunta por qué Efraín no se compara a otras aves, sino a la paloma. Y responde: Esas otras aves procuran defender sus pollitos, aun con peligro de su vida; y cuando ven que el milano o el gavilán, el cuervo o la culebra, llega a su nido, andan volando y revoloteando, defendiendo cuanto pueden a sus hijuelos; y cuando más no pueden, muestran el dolor que sienten con una voz o quejido lastimero. Pero la paloma no defiende a sus pollitos, no se queja ni muestra sentimiento cuando se los quitan, ni los anda después a buscar. Por eso se compara Efraín a la paloma. Y por eso nos dice a nosotros Cristo nuestro Redentor que imitemos a la paloma (*Mt* 11, 16), que cuando nos quitaren nuestros hijuelos, aquello que amamos y a que esta-

mos aficionados, seamos como la paloma, que no resistamos ni contradigamos, ni nos quejemos, ni mostremos sentimiento de ello. De manera, que de nuestra inmortificación y de la dificultad y repugnancia que sentimos en aquello que es contra nuestra voluntad, de ahí nacen los juicios. Y así, el medio principal que podemos poner de nuestra parte contra esta tentación es procurar mortificarnos y no tener propia voluntad, ni desear nuestro gusto y comodidad, sino estar muy indiferentes y resignados para todo lo que el superior quisiere hacer de nosotros, y que no se nos dé más que nos manden esto que aquello.

Por eso, aquellos santos Padres antiguos, como buenos maestros de espíritu, ejercitaban mucho a sus súbditos, mandándoles cosas que parecían fuera de propósito para probar su obediencia y quebrarles la propia voluntad y juicio; y así, aquel simpropósito era muy a propósito; porque mucho más va en que vos os mortifiquéis y en que os quiebren vuestra voluntad y propio juicio, trayéndoos al retortero, que en lo que se podía ganar haciendo la cosa de otra manera. Muchas veces quiere el superior que se pierda aquello y lo otro, por ganaros y aprovecharos a vos; y no es pérdida ésa, sino ganancia. Así como los que doman los caballos briosos los hacen andar unas veces aprisa, otras despacio, otras alrededor, otras al medio del caracol volver al revés, y en medio de la carrera parar de repente, para que así se acostumbren a obedecer al freno y a no seguir sus ímpetus y movimientos, de esa manera hacen los buenos maestros de espíritu. Así leemos que lo hacía el gran Antonio con su discípulo Paulo; le hacía coser la vestidura y luego tornarla a descoser; y tejer la cestilla y luego destejer lo que había tejido. Y otros hacían a sus discípulos que sacasen agua del pozo y que luego la derramasen en el mismo pozo. Y del bienaventurado San Francisco leemos que en medio del camino hacía a su compañero fray Masco que diese tantas vueltas alrededor, hasta que, desvanecido y aturdido, caía en tierra; y a los otros que querían entrar en su Religión les mandó plantar las lechugas o colinos al revés, las raíces hacia arriba, para probar su obediencia y desarraigar de ellos todo el propio sentido, y que no quedase rastro de propio juicio ni de propia voluntad. ¡Y plugiese a Dios que se usase más el día de hoy este ejercicio! Porque si uno estuviese acostumbrado a que le hiciesen deshacer lo bien hecho, no se sentiría, cuando le reprendiesen lo mal hecho.

Pero porque esta mortificación y resignación entera pide grande perfección, mientras no llegamos a ella, nos podemos ayudar de nuestra misma inmortificación, conociéndola y atribuyéndolo todo a ella. Y ése será

buen medio para que los juicios y razones que se os ofrecen contra la obediencia no os hagan daño ninguno, porque entendiendo que aquello es falta e imperfección vuestra, no haréis caso de ello. Un enfermo que conoce su enfermedad bien sabe, que aunque tenga sed no le conviene beber, y que aunque le amargue la purga y le duela la sangría, aquello es lo que le conviene, y por esto no cree a su apetito, ni se ha de sí, sino se sujeta al médico, siguiendo su parecer y teniendo aquello por lo mejor. El conocer que está enfermo le ayuda para no fiarse de sí, sino seguir el parecer del médico. Así, nosotros estamos enfermos, llenos de amor propio y de pasiones desordenadas, no sabemos apetecer sino lo que nos hace daño, como el enfermo, y lo que es bueno y provechoso, eso nos da en rostro y nos enfada. Pues usemos del remedio que usa el enfermo que quiere sanar; no nos creamos a nosotros, sino creamos al superior, que nos cura y nos rige, y tengamos por acertado lo que él manda y ordena, no haciendo caso de los juicios que se nos ofrecen, sino teniéndolos por antojo de enfermo. De esta manera no sólo no os dañarán los juicios y razones que se as ofrecen contra la obediencia, antes sacaréis fruto de ellos y os conformaréis más con la obediencia; porque volveréis luego sobre vos diciendo: Como estoy enfermo, me da en rostro lo bueno y lo que me hace provecho; no he menester yo otra señal para entender que aquello es lo que conviene y lo mejor, que darme a mí en rostro y ofrecérseme dificultades contra ello, porque estoy enfermo y tengo estragado el gusto.

Este es gran remedio contra todos los juicios que se nos ofrece no sólo contra la obediencia, sino también contra nuestros hermanos: volverlos luego contra mí: yo soy el que ando ciego y errado, que lo que va bien, me parece mal: ¿qué juicio tengo yo para quererle hacer regla de los otros? Y cuando os diere en rostro la condición de vuestros hermanos y su modo de proceder, habéis de echaros a vos toda la culpa: yo soy el que tengo la mala condición, y por eso me da en rostro aquello y lo otro; en mí está la falta y no en el otro.

Contra todas las tentaciones es gran remedio entender que aquélla es tentación; y por eso el demonio, cuando nos tienta, trabaja cuanto puede porque su tentación no parezca tentación, sino razón, para que caigamos en ella. Como el cazador, cuando arma el lazo, procura siempre que no parezca lazo, sino cebo, porque aun la bestia y el ave no caería en él, si le tuviese por lazo; así hace el demonio (2 *Cor* 11, 14): *Se transfigura en ángel de luz* para que pensemos que es luz y claridad lo que es oscuridad y tinieblas. ¡Dios os libre de la tentación que no parece tentación, sino razón! Cuando

vuestros juicios os llevan tan de vencida, que os hacen creer que aquello no es pasión ni tentación, y que no lo decís por lo que a vos os toca, sino por ser cosa clara y que cualquiera lo echará de ver, entonces grande es vuestro peligro y trabajoso el remedio. Esas que vienen con apariencia de bien, son las más graves y más peligrosas tentaciones. Cuando la tentación viene descubierta la cara, podéis ayudaros de muchos medios para vencerla; pero cuando no se conoce por tentación, sino antes se tiene por razón, ¿cómo la hemos de desechar? Cuando no se conoce uno por enemigo, sino antes se tiene por amigo, ¿cómo nos hemos de guardar de él? Decía un gran siervo de Dios que él no tenía miedo a los defectos que conocía y aborrecía, sino a los que no conocía, y no estimaba o excusaba. Pues volviendo a nuestro punto, digo que será gran remedio para cuando se nos ofrecen razones y juicios contra la obediencia, volvernos contra nosotros y entender que ésa es enfermedad e inmortificación y falta nuestra, y así no hacer caso de ellos. Y tenemos harta razón para hacer esto, porque tal es nuestra carne y sensualidad, que luego inventa y halla muchas razones aparentes para lo que le da gusto y contento, y muchos inconvenientes para lo contrario. Nos ciegan tanto el amor propio y las pasiones que tenemos, que fácilmente nos hacen creer y juzgar de la cosa muy al contrario de lo que ella es. Así como al hombre que tiene gran sed, el agua le parece la cosa mejor y más dulce y sabrosa del mundo, porque juzga según la disposición que tiene, así el que tiene alguna pasión viva, la afición desordenada que tiene le representa la cosa muy diferente de lo que es, y le hace juzgar lo contrario de la verdad. Y pues el hombre conoce de sí que no está limpio de las aficiones terrenas, y que tiene vivas muchas pasiones, no se ha de fiar fácilmente de su propio juicio, antes le ha de mirar como a enfermo y enemigo para guardarse de él.

Y no nos hemos de contentar con no dejarnos llevar de estos juicios, sino hemos de procurar quedar más aprovechados de la tentación, y más confundidos y humillados, diciendo: ¿Cómo? ¿Que sea yo tan soberbio, que tenga juicios contra mi superior? ¿Que vine yo a la Religión a ser estropajo de todos, y que me quiera yo anteponer al que es mi cabeza y superior de todos? No vine yo a mandar, ni a regir y gobernar, sino a obedecer y ser mandado: no tengo yo de juzgar a mi guía, sino ella a mí. Este es un remedio general y muy provechoso para sacar fruto de todas las tentaciones. De la misma soberbia y vanagloria que nos viene hemos de tomar ocasión para humillarnos más. Así como el demonio procura hacer de la triaca ponzoña, haciendo que nos ensoberbezcamos de la virtud y del mismo acto de humildad que hacemos, así nosotros hemos de hacer de la ponzoña tria-

ca, humillándonos más de la soberbia que nos viene. ¡Que siendo yo tan ruin y tan imperfecto como soy, me viene soberbia! ¡Que de lo que hago mal me viene vanidad, y quiero ser tenido y estimado por ello! Ahí se verá bien quién soy. Esta es una maravillosa contramina para los ardides del demonio, procurar sacar ganancia de donde él procura nuestra pérdida (*Lc* 1, 71).

De otras muchas cosas nos podemos también ayudar, para no dar crédito a nuestras razones, ni hacer caso de nuestros juicios, sino tenernos siempre por sospechosos. Lo primero, porque si en todas las cosas dicen comúnmente los sabios que es prudencia verdadera no fiarse uno de su propia prudencia, ¿cuánto más lo será en las cosas propia, donde uno es parte? Cosa clara es y primer principio en filosofía moral, que ninguno es buen juez de sí mismo. En las cosas propias comúnmente no son los hombres buenos jueces, por la pasión y amor propio que nos ciega; y así, no es razón que nos fiemos de nuestros juicios, sino que sigamos el juicio del superior, y ése tengamos por acertado,

Lo segundo, nos puede ayudar para esto que el súbdito mira algunas razones particulares que se le ofrecen, y el superior mira ésas y otras muchas que el súbdito no sabe ni puede saber. Y aunque considerando solas aquellas razones particulares, fuera por ventura mejor lo que a vos se os ofrece; Pero considerando juntamente todas las razones que el superior sabe que hay, no es eso lo mejor. Y así, no sólo en vía de Religión y de perfección, sino en ley de prudencia, es grande indiscreción y soberbia ponerse uno a juzgar y sentenciar lo que ordena el superior, por una razón o dos que se le ofrecen; a las cuales ha dado el superior muchas vueltas, y tiene él otras, por las cuales conviene hacer otra cosa.

San Agustín trae una buena comparación de la cabeza, que es la parte superior del hombre. El ánima, dice, anima y vivifica todo nuestro cuerpo; pero en la cabeza resplandecen todos los cinco sentidos: ver, oír, oler gustar y tocar. En los demás miembros sólo hay el sentido del tacto; y por eso todos los miembros están sujetos a la cabeza, y ella está encima de todos ellos, como superior para regirlos y gobernarlos. Pues así en el superior, como en cabeza, resplandecen todos los cinco sentidos, y en vos, como en miembro, sólo uno. Vos tocáis una sola razón particular, y el superior las toca todas: oye, ve y sabe todo lo que hay en aquel caso: y así, es razón que se sujeten los miembros a la cabeza. Aun allá suelen decir que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena; cuánto más sabrá el cuerdo en su casa que el otro en la ajena. Dice el Sabio (*Eccli* 8, 17). [*No juz-*

gues contra el juez, porque él juzga según lo justo]. Mirad que es indiscreción querer juzgar lo que no sabéis por dónde va ni por dónde viene, ni lo podéis saber ni es bien que lo sepáis.

Lo tercero, ayudará para rendir nuestro juicio y sujetarnos al del superior, considerar que el superior mira el bien común de toda la casa y de toda la Religión, y vos como particular miráis en derecho de vuestro dedo, y tenéis ojo a vuestras comodidades particulares; y el bien común y universal se ha de preferir al particular. Que aun acá vemos que las cosas naturales dejan de hacer según sus particulares inclinaciones por el bien común y universal, como el agua deja de correr hacia abajo en la cantimplora y otras veces sube arriba, porque no se dé vacío, dicen los filósofos, por la perfección del universo. Así, cada particular ha de ceder de su comodidad e inclinación, para que se cumpla con el bien común a que atiende el superior.

Lo cuarto, ayudará también para que no demos crédito a nuestros juicios la experiencia que tenemos de nosotros mismo, ¡Cuántas cosas creímos y tuvimos por muy averiguadas, y las afirmamos por ciertas: en las cuales manifiestamente fuimos engañados y mudamos parecer, y nos avergonzamos después de haber creído lo que creímos, y juzgado lo que juzgamos! Si un hombre os hubiere engañado dos o tres veces, no os fiarais más de él, pues ¿por qué os fiáis de nuestro propio juicio, habiéndoos engañado tantas veces? Y así, esta experiencia que tiene uno de su ignorancia y de haberse engañado otras veces, suele ser causa que en las cosas en que los más mozos fácilmente se determinan, los más antiguos procedan con más recato y consideración, como gente madura, prudente y experimentada.

CAPÍTULO 10

Se declaran tres razones que da el Apóstol San Pablo para obedecer.

[*Obedeced a vuestros superiores y sedles sumisos, porque ellos velan con cuidado, como quien ha de dar cuenta a Dios de vuestras ánimas; para que lo hagan con alegría y no gimiendo, porque tampoco os conviene eso a vosotros*] (*Hebr* 13. 17). Tres razones nos da el Apóstol San Pablo en estas palabras para exhortarnos a obedecer a nuestros superiores, que pues son razones del Espíritu Santo, y dichas por boca del Apóstol, no pueden dejar de ser muy buenas y provechosas.

La primera es: *Obedeced a vuestros superiores* y haced todo lo que

os mandaren; siempre se entiende donde no hubiere pecado, como queda declarado (cap. 6), y en este fundamento vamos siempre en todo lo que dijéremos. Pues *sujetaos a ello, porque ellos velan como quien ha de dar cuenta a Dios de vuestras ánimas.* Uno de los mayores descansos y consuelos que tenemos los que estamos en Religión es éste, que estamos seguros que haciendo la obediencia vamos acertados. El superior es el que podrá errar en mandar esto o aquello; mas vos cierto estáis que en hacer eso que os mandan no erráis, porque solamente os pedirá Dios cuenta si hicisteis lo que os mandaron, con eso daréis vuestro descargo muy suficientemente delante de Dios. No tenéis que dar cuenta si fue bien aquello o si fuera otra cosa mejor; porque eso no pertenece a vos, ni se pondrá a vuestra cuenta, sino a cuenta del superior. En haciendo la cosa por obediencia, quita Dios eso de vuestro libro, y lo pone en el libro del superior. Y así dice San Jerónimo ¡Oh libertad y seguridad grande la de la obediencia, con lo cual apenas puede uno pecar! En cierta manera, dice, nos hace impecables la obediencia.

Especialmente para los que nos ocupamos en ministerios con prójimos, es gran consuelo estar uno satisfecho que hace en ello la voluntad de Dios. Si estuviéramos allá en el mundo, por buenos que fuéramos, y por mucho deseo que tuviéramos de agradar a Dios, siempre estuviéramos ardiendo entre estos dos fuegos: si se servirá Dios más de que atienda a los prójimos o a mí solo. Pero acá en la Religión ya estamos libres de esas dificultades, porque nuestro instituto es ocuparnos en ayudar a los prójimos, y para eso nos llamó Dios a la Compañía, y Él nos pone en eso; y así estamos ciertos que agradamos a su Majestad en ello. No se atreviera el otro a confesar allá fuera, y si lo hiciera, anduviera con temor si agradaba a Dios en ello o no, o si se había de perder por allí o no; y ahora confiesa con seguridad y está cierto que sirve a Dios en ello. No os pusisteis vos en ser confesor, ni en ser predicador, ni en ser superior; si sois para ello o no, los superiores que os pusieron darán cuenta a Dios de eso: [*Porque ellos velan como quien ha de dar cuenta a Dios de vuestras ánimas*]. Concuerda muy bien con esto San Juan Climaco, que, tratando de la obediencia, entre otros epítetos que le da, dice que la obediencia es excusa delante de Dios. Si me preguntaren ¿por qué hiciste esto? Señor, porque me lo mandaron: con eso responderé a Dios y quedaré bien excusado delante de Él. Es, dice, navegación segura, camino que durmiendo se pasa. Así como el que va en el navío sentado y durmiendo, va caminando, y no tiene que tener cuidado de su camino, porque el piloto lo tiene, así el religioso que vive debajo de obediencia, echándose a dormir, esto es, sin trabajo ni cuidado de lo que ha

de hacer, va caminando al Cielo y a la perfección; porque velan por él los superiores, que son los pilotos y maestros de este navío. No es poco, sino mucho, pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajeno, Pues ésa es la merced que ha hecho Dios al religioso que vive debajo de la obediencia, que toda la carga echa a cuestas del superior, y él se va descansando y sin cuidado de si sería mejor esto o lo otro.

Esta es una de las cosas que mueve mucho a vivir debajo de obediencia y entrar en Religión a gente virtuosa, librarse de infinitas perplejidades y congojas que tienen allá en el mundo, y acertar a servir y agradar a Dios, Porque aunque las cosas en que allá quieren ocuparse sean buenas, no saben si es dado a ellos entender en ellas, porque no es de todos hacer todo lo que es bueno; especialmente cuando excede nuestras fuerzas como es la obra de enseñar, o tener cargo de otros. Y así, dice un doctor grave que más querría él coger pajas del suelo por obediencia, que entender en otras obras grandes por su voluntad; porque en aquello que hace por obediencia, está cierto y seguro que hace la voluntad de Dios, y en eso otro no.

Y no sólo en los ministerios y ocupaciones con nuestros prójimos nos asegura la obediencia y nos libra de muchas dudas y dificultades, sino también en las cosas particulares de nuestro propio aprovechamiento espiritual. Porque si estuviera yo allá en el mundo y deseara servir a Dios, tuviera pena y estuviera en duda, si como mucho o si como poco, si duermo mucho o si duermo poco, si hago poca o mucha penitencia, si tengo poca o mucha oración; y acá en la Religión todas esas dudas están allanadas, porque como lo que me dan, duermo el tiempo señalado, hago la penitencia que me tienen tasada. Todas esas cosas están acá tan miradas y pesadas por los superiores, que estoy seguro y cierto que siguiendo el orden de la obediencia hago la voluntad de Dios. Y no solamente en lo espiritual, sino también en lo temporal, es ésta una vida muy quieta y descansada. Porque, al fin, como quien va en una nave bien abastecida, así el religioso no tiene necesidad de procurar las cosas necesarias. De manera que no sólo vela el superior sobre nuestras almas, sino también sobre nuestros cuerpos; que no tenéis vos que tener cuidado de lo que habéis de comer, ni de lo que habéis de vestir, para que así estéis más libre y desembarazado para emplearos todo en amar y servir a Dios. Lo cual es de tanta codicia y estima, que refiere Casiano del abad Juan, que habiendo estado primero treinta años en el monasterio en congregación, le pareció dejar el monasterio y escoger vida solitaria, para darse más a la contemplación; y lo hizo así, que lo podían entonces hacer, y estuvo en esta vida eremítica y solitaria otros veinte

años, con tantos regalos de Dios, y con tan alta y continua contemplación, que se olvidaba de su cuerpo, y sus sentidos no hacían su oficio, y a la tarde no se acordaba si había comido hoy o ayer. Y con estar en tan alto grado de contemplación, e irle tan bien en esta vida solitaria, acordó de dejar este estado de soledad y tornarse otra vez al monasterio a vivir en congregación y debajo de obediencia, y así lo hizo. Y la razón que le movió fue porque aunque en el monasterio no haya tanto de estas elevaciones y contemplaciones como en la soledad, sin embargo esto, dice, se suple en el monasterio con aquel descanso y descuido santo de que goza un religioso, libre de toda solicitud y cuidado de lo que ha menester para otro día. Pero mucho más se recompensa todo eso con lo que vamos diciendo, que es estar uno seguro que agrada a Dios en lo que hace, y que no puede hacer por entonces cosa más agradable a su divina Majestad.

Nos ha dado Dios a los que estamos en Religión y vivirnos debajo de obediencia otro Moisés como a los hijos de Israel, que suba al monte y nos declare la voluntad de Dios. Y así podemos decir lo que decían los hijos de Israel, cuando tenían alguna duda o dificultad (1 *Sam* 9, 9): *Vamos a consultar y preguntar al que ve*. Al Profeta llamaban vidente, porque él veía y entendía de Dios su voluntad y se la declaraba al pueblo. Pues ese bien tenemos nosotros, que en todas nuestras dudas y dificultades podemos decir: vamos al que ve, vamos al que nos dio Dios por profeta y nos puso en su lugar para declararnos por Él su voluntad. Y así gozamos de aquella bendición o bienaventuranza, que dice el Profeta Baruc (4, 4) en persona del pueblo de Dios: [*Bienaventurados somos nosotros, oh Israel, porque las cosas que Dios quiere y que le son agradables, nos las ha manifestado*]. Dichosos y bienaventurados los religiosos, porque entienden y saben cuál es la voluntad de Dios, y qué es lo que quiere de ellos, y con qué agradarán y contentarán mas a su divina Majestad.

La segunda razón del Apóstol San Pablo es: *Obedeced a vuestros superiores, para que ellas lleven con alegría y gozo la carga del oficio que tienen, y no vayan gimiendo con ella*. Se compadeció el Apóstol de los superiores y les tuvo lástima, viendo la carga que llevan sobre sí. Y así nos encomienda que seamos fáciles en la obediencia, para que les hagamos más liviana esta carga. Puesto que el superior tiene harto trabajo y lleva gran peso sobre sus hombros en haber de dar cuenta a Dios de lo que él hace y de lo que vos hacéis, no le añadáis esa sobrecarga tan grande, mostrando dificultad en obedecer y en dejaros gobernar. Es grande trabajo para el superior que esté el súbdito tan inmortificado que no pueda hacer de él

lo que querría, ni se atreva a mandarle lo que le parece que conviene, sino que haya de andar con cuidado y con temor, si lo tomará bien, si replicará y pondrá luego inconvenientes para lo que no le da gusto, y cómo se lo dirá de manera que lo tome bien y guste de hacerlo. Da gran pena mandar a semejantes, como la da a mandar y mover un miembro enfermo. Tenéis malo el pie o el brazo, y habéis menester mandarle o manejarle, ¡cuán grande trabajo es! ¡Cuánto dolor y pesadumbre os cuesta! ¿Cuál es la causa de tanto dolor y molestia? Está enfermo, y por eso no se manda bien, sino con mucha dificultad: Es tanto el dolor que sentís en el pie cuando le meneáis, que no os atrevéis a ir de aquí allí, aunque sea de mucha importancia, y dejáis perder los negocios por no pasar tanto dolor. Y es tan grande el dolor que recibís al menear el brazo enfermo, que aún no os atrevéis a llegar la mano a la boca para comer. Cada uno de nosotros es miembro de la Religión, porque toda ella es un cuerpo (1 *Cor* 12, 12), como dice San Pablo de la Iglesia. Pues si sois miembro enfermo e inmortificado, daréis grande trabajo a la Religión y al superior al tiempo de menearos y mandaros. Pasa tanto dolor el superior, cuando ve que el súbdito hace las cosas con dificultad y de mala gana, que aunque haya necesidad de hacer la cosa, y aunque se dejen de hacer los negocios y los ministerios, muchas veces no se atreve a mandarle por el gran dolor que siente en mandar el brazo o pie enfermo.

Esto es muy bueno para los que piensan que es cosa dulce y sabrosa el ser superior, y el tener súbditos e hijos espirituales a quien mandar. De Rebeca dice la sagrada Escritura que había deseado mucho tener hijos, y se los dio Dios; pero cuando sintió los dolores del parto, y que allá dentro en su vientre estaban peleando los dos niños Jacob y Esaú sobre cuál había de salir primero, se arrepintió y dijo: *Si el negocio de tener hijos había de ser de esta manera, con tanto dolor y trabajo, más valiera no tenerlos* (*Gen* 25, 22). Así les acontece a los superiores, cuando ven que el uno hace las cosas de mala gana, y que el otro replica, y el otro se queja, y el otro murmura: entonces siente el superior los dolores, y gime con la carga, y dice: ¡Oh, quién se estuviera en un rincón y no tuviera cuenta sino con hacer lo que le mandasen! ¿Esto es tener hijos? ¿Esto es ser superior y tener súbditos? Si de esta manera había de ser el negocio de tener súbditos, más valiera no tenerlos.

No sabe cuánto dolor sea éste, sino el que lo ha experimentado. Suelen decir comúnmente que para ser uno buen superior y saber bien cómo ha de mandar, es menester que haya sido primero buen súbdito y haya sa-

bido por experiencia qué cosa es obedecer, para que se pueda decir de él con verdad aquello que dice el Apóstol San Pablo del mismo Cristo (*Hebr* 4, 15): *No tenemos Prelado que no sepa compadecerse de nuestros trabajos y flaquezas, pues ha pasado por ellas y las ha experimentado en sí*. Razón hay por cierto para decir eso; pero yo digo otra cosa, en la cual creo juzgarán todos tengo bastante razón; y es que así como para ser buen superior y saber bien cómo se ha de mandar, ayuda mucho el haber sido súbdito y haber sabido por experiencia que cosa es obedecer, así también para ser uno buen súbdito y buen obediente ayuda mucho haber tenido oficio de superior y de haber de mandar; porque habrá experimentado la dificultad y dolor grande que es mandar cuando no se menean ni obedecen bien los súbditos, no querrá dar ese dolor al superior. Y no es menester para esto haber sido prelado, basta haber tenido cuidado de mandar a algún compañero. ¿Cuántas veces le habéis dejado de mandar por no atreveros, y cuántas veces sentís más el mandar al otro la cosa que si vos solo la hicierais? Pues ahí verá cada uno el dolor que siente el superior y el trabajo que pasa cuando el súbdito muestra dificultad a lo que le mandan. Estos tales hacen que el superior vaya gimiendo y reventando con la carga de su oficio, y que desee hacerlo todo, si pudiese, antes que mandarlo.

Y no es el mayor dolor del superior su trabajo, sino el mal del súbdito; porque al fin el superior es padre, y no puede dejar de sentir la enfermedad de sus hijos: le llega al alma al superior, cuando ve su imperfección y su poca virtud, y que habiendo de hacer con más prontitud las cosas bajas y humildes y en que siente más repugnancia, para ésas son todas las réplicas y excusas, y para esas se le ofrecen luego mil inconvenientes. Dice Tomás de Kempis que el religioso tibio y flojo para lo que no quiere, luego está enfermo e indispuesto, nunca le falta un achaque para no hacer lo que no le da gusto. No podemos lo que no querernos, y lo que queremos, luego lo podemos, aunque sea más trabajoso. Y lo dijo muy bien San Crisóstomo: «Grande es la fuerza de nuestra propia voluntad, que nos hace poder lo que queremos, y no poder las cosas que no queremos.» Ese es el mayor dolor del superior; eso es lo que le llega al corazón, la enfermedad espiritual del súbdito, su imperfección y poca mortificación.

Pues obedeced a vuestros superiores, y sedles sujetos, y no les deis ese dolor, para que no vayan gimiendo y reventando con la carga. Esta puede ser la tercera razón: Mirad que tampoco os conviene eso a vosotros, porque iréis también gimiendo y reventando con la carga, y viviréis una vida muy desconsolada, como la experimentan bien los que andan de esta

manera. Mirad que os dejarán por miembro enfermo, y se quedarán por hacer las cosas; y eso no os está bien a vos: mirad que condescenderán con vuestra imperfección, y os dejarán hacer lo que queréis, y un haréis en las cosas vuestra voluntad y no la de Dios, que es una cosa que debemos mucho temer, como dijimos arriba (cap. 4).

CAPÍTULO 11

De un medio muy principal y eficaz para alcanzar la perfección de la virtud de la obediencia, que es obedecer al superior como a Cristo nuestro Señor.

Uno de los medios más principales y eficaces para alcanzar la perfección de esta virtud, o el más principal y eficaz, es considerar a Dios en el superior, y hacer cuenta que Dios es el que nos manda, y que no obedecemos a hombres, sino al mismo Dios. Este medio nos encomienda y repite el Apóstol en muchos lugares, escribiendo a los de Éfeso (6, 5), [*Los que sois siervos, obedeced a vuestros amos y señores temporales con temor y temblor y con sencillo corazón, como a Cristo*]. Manda a los súbditos que obedezcan aun a los superiores temporales y gentiles, como a Cristo nuestro Señor. Nota muy bien San Basilio: Si el Apóstol San Pablo manda que obedezcamos a las potestades del mundo, como a Cristo, y lo que más es, a aquellos cuya vida entonces toda era maldad; y concuerda el Apóstol San Pedro (1 *Pedro* 2, 18): *Siervos, sed sujetos a vuestros señores, no sólo a los benignos y mansos, mas también a los recios de corazón y coléricos*], ¿cuánto mayor razón será que nosotros, religiosos, a superiores espirituales y religiosos, y que desean en todo hacer la voluntad de Dios, obedezcamos como a Cristo? Y torna luego a decir: [*No sirviéndolos en su presencia, como quien quiere aplacer a hombres, sino como siervos de Cristo que hacen en esto la voluntad de Dios con gana y voluntad buena, como quien sirve al Señor, y no a solos hombres*]. No hemos de mirar al hombre con los ojos exteriores, sino a Dios con los interiores; que no vivimos ya con hombres, ni vinimos a la Religión a servir a solos hombres, sino a Dios. Y escribiendo a los Colosenses (3, 23) lo toma a repetir: *Todo lo que hacéis, hacedlo de buena gana, como quien sirve a Dios y no a solos hombres, y como quien espera el galardón de Dios,* y no de los hombres.

Nuestro Padre, fundado en esta doctrina nos encomienda mucho este medio, y hace gran fuerza con él, y nos lo repite muchas veces en las

Constituciones. En una parte dice: «Es muy expediente para aprovecharse y mucho necesario. que se den todos a la entera obediencia reconociendo al superior, cualquiera que sea, en lugar de Cristo nuestro Señor,» En otra pode dice: «Asimismo es mucho necesario que obedezcan todos, no sólo al superior de la Compañía o casa, pero aun a los oficiales subordinados, que de él tienen autoridad, acostumbrándose a no mirar quién es la persona, a quien quién obedecen, sino quién es aquél, por quien y a quien en todos obedecen, que es Cristo nuestro Señor.» Y en la sexta parte, donde trata más de propósito de esta virtud de la obediencia, pone esto por fundamento: «Si queréis alcanzar la perfección de esta virtud, es menester que procuréis tener siempre delante de los ojos a Cristo nuestro Señor, por quien y a quien en el hombre obedecéis.»

La fuerza y eficacia de este medio se verá bien por aquí. Si el mismo Cristo en persona se os apareciese visiblemente, y os mandase que hicieseis esto o aquello, ¡con qué prontitud obedeceríais! ¡Con qué voluntad y alegría! ¡Con qué conformidad y rendimiento de juicio! No se os levantaría el pensamiento a juzgar, ni a discernir, ni dudar; si era bien o mal, sino a ciegas, sin discurso ninguno, lo abrazaríais por aquella razón, que es sobre toda razón: Dios me lo manda; Dios lo quiere, eso es lo mejor: y os tuvierais por muy dichoso en que quisiera servirse de vos; y mientras la cosa que os mandase fuese más ardua y dificultosa, lo tendríais por mayor merced y favor. Pues ése es el medio que ahora damos. Y dándole San Basilio, para que le estimásemos en lo que es razón, dice: no penséis que es esta consideración o devoción mía: no es sino verdad expresamente declarada en el sagrado Evangelio, porque el mismo Dios dice (*Lc* 10, 16): *El que a vos oye, a Mí oye*. A este propósito y en este sentido declaran los Santos estas palabras, y dicen que no las dijo Cristo solamente por los Apóstoles, sino también por todos los demás prelados. De aquí vino Casiano y todos aquellos santos monjes a practicar esta doctrina y tomar todos los mandamientos de los superiores como mandamientos de Dios, porque el mismo Cristo lo dice así, y nos manda expresamente que no miremos la persona del superior, sino a Dios en él, aunque el superior no fuese el que debía (*Mt* 23, 2): [*En la cátedra de Moisés se asentaron los escribas y fariseos; guardad, pues, y haced las cosas todas que os dijeren, pera no hagáis conforme a sus obras*].

De manera que lo que hemos de mirar en le obediencia es a Dios y a su voluntad; y ésa, que nos la declare por sí mismo, o por medio de ángel, o por medio de hombre, o por medio de Pedro o de Juan, todo es uno. De

la misma manera hemos de tomar lo uno que lo otro; porque Dios es el que lo manda, y el superior en su nombre. Y así San Bernardo trae las mismas palabras de San Benito, que lo dice así: [La obediencia que se da a los mayores se da al mismo Dios, porque lo mismo dijo: *El que a vosotros oye, a Mí oye;* por donde se ve que todo lo que en nombre de Dios manda el hombre vicario suyo, no siendo pecado manifiestamente, no de otra suerte se ha de recibir que si lo mandase Dios; porque ¿qué importa que El por sí o por sus ministros, sean hombres, o sean ángeles, manifieste a los hombres su voluntad?] Y allí trae también San Bernardo aquella autoridad y sentencia común: Ahora sea Dios, ahora sea el hombre, Vicario suyo, el que os mandare alguna cosa, con igual cuidado debe ser obedecido, con igual reverencia respetado, cuando empero el hombre no manda cosas contra Dios. No hemos ya de esperar milagros, ni querer que venga el mismo Dios en persona a hablarnos y a mandarnos lo que hemos de hacer, que ya se pasó ese tiempo: cuando fue menester, también bajó a hablarnos o enseñamos el mismo Dios en persona (*Hebr* 1, 2): [*En estos días últimamente nos ha hablado por medio de su Hijo*], dice San Pablo; y el Apóstol y Evangelista San Juan (*Jn* 1, 18): [*El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, Él mismo en persona nos ha instruido*]. Ahora quiere Dios que vivamos en fe y que tengamos al superior en su lugar.

San Agustín dice que esto nos quiso Dios dar a entender en aquello que hizo con Cornelio Centurión, que se cuenta en los Hechos de los Apóstoles. Era este Cornelio gentil, pero temeroso de Dios, y se ejercitaba en buenas obras, en limosnas y oraciones, y quiso el Señor convertirle y enseñarle la verdad de nuestra fe, y le envía un ángel que le diga: Cornelio, tus oraciones y limosnas han sido aceptadas delante de Dios; por tanto, envía a llamar a Pedro, que posa en tal parte y *él te dirá lo que has de hacer para salvarte* (*Hechos* 10, 6) Dice San Agustín: ¿Por ventura no le podía enseñar el ángel? Ya que le había enviado ángel, ¿por qué no le enseñó Dios por él? Responde el Santo: Envíale a Pedro y no le quiere enseñar por sí mismo, ni tampoco por ángeles, sino por hombres, porque quiere Dios honrar al hombre, y que le obedezcamos y nos sujetemos a él; especialmente después que Él se hizo hombre, se sujetó y obedeció por nosotros a los hombres (*Lc* 2, 51).

Lo mismo notan los Santos en la conversión del Apóstol San Pablo, que apareciéndole Cristo en persona, y preguntándole: *Señor, ¿qué queréis que haga?, no quiso declararle por sí mismo su voluntad, sino le envía a un hombre que se la declare* (*Hechos* 9, 7): *Entra en la ciudad, pregunta, y*

pregunta allí por un hombre que se llama Ananías, y él te dirá lo que te conviene hacer. Dice San Bernardo ¡Oh suavidad grande de la sabiduría de Dios! ¿A quien Vos, Señor, habláis por Vos mismo, le enviáis a los hombres para que le enseñen vuestra voluntad? Sí, dice San Bernardo, porque quiere Dios autorizar al hombre y darle esta honra, que le tengamos en su lugar y que tomemos la voz del superior, como si fuera del mismo Dios.

Y no somos por esto de peor condición nosotros que aquellos a quien habló Dios por sí mismo; antes, así como por creer las cosas de la fe que no vimos, merecemos más que si las viéramos, conforme a aquello que dijo el mismo Cristo a Santo Tomás (*Jn* 20, 29): [*Porque me viste, Tomás, creíste. Bienaventurados los que no vieron y creyeron*]; así en esta obediencia, con la cual obedecemos al superior como a Dios, procediendo en ella al modo de la fe, entendiendo que todo lo que el superior ordena es ordenación de Dios y voluntad suya, en cierto modo me merecemos más, y nos es más de agradecer, que si obedeciéramos al mismo Cristo en persona. Como dicen también los Santos de la limosna, y lo dice el mismo Cristo (*Mt* 25, 40): *De verdad os digo, que el bien que hicisteis a uno de mis pequeñuelos, a Mí lo hicisteis*. Así pagará Dios la limosna hecha a un pobrecito como si a Él mismo se hiciera. Y aún notan algunos Santos que en cierta manera hace más el que da limosna a un pobrecito por amor de Cristo, que si la diera al mimo Cristo; como más hace y más muestra uno el amor que tiene a su amigo, recibiendo y regalando a un criado suyo por amor de él, que si recibiera y regalara a su mismo amigo: que eso no parece tanto, porque el respeto y el valor de la persona lo merece: pero que se extienda tanto el amor, que a cualquiera cosa suya por amor de Él reciba, y le haga tan buen tratamiento como a Él, eso es más. Pues de esa manera es en la obediencia. Y así dice San Buenaventura: Alto grado de obediencia es obedecer a lo que inmediatamente manda y ordena Dios; mas en alguna manera es más alto grado el obedecer al hombre por Dios, y algunas veces el merecimiento y el premio será mayor, porque obedeciendo al hombre por Dios, se humilla más el corazón, y se niega más la voluntad y se resigna más el hombre en Dios; como más hace uno en obedecer a un criado del rey por amor del rey, que si obedeciese al mismo rey. Si el mismo Dios en persona os viniera a mandar, ¿qué mucho que obedecierais con prontitud y resignación? Pero que por amor de Él obedezcáis a un hombre como vos, y os sujetéis a él con resignación entera, eso es mucho de agradecer y estimar.

CAPÍTULO 12

Que este medio de obedecer al superior como a Cristo es necesario para alcanzar la virtud de la obediencia,

Este medio de no considerar la persona del superior como hombre, sino mirar a quien en el hombre obedecemos, que es Cristo nuestro Señor, no solamente es para obedecer mejor y con más perfección, sino es absoluta y precisamente necesario para alcanzar la virtud de la obediencia, de manera que el que no hiciera cuenta que Dios es el que le manda y quiere aquello, y por eso obedeciere, no sólo no será perfecto en la obediencia, pero ni será buen obediente, sino siempre andará manco en esta virtud: lo cual mostraremos prácticamente, y a vista de ojos, como dicen, por ser punto de mucha sustancia.

Si consideráis la persona del superior como a hombre, hombre por hombre, también vos sois hombre. Y aunque el superior sea muy santo y1 prudente y muy docto, diréis que al fin es hombre, y que no puede saber todas las cosas, ni todas las razones que hay en cada cosa, y que se puede engañar y errar en algo. Y más: si le miráis como hombre, también podéis decir que al fin como hombre puede tener sus particulares aficiones y respetos que le muevan más a una parte que a otra: y que aquello le hace no mirar vuestras cosas con tan buenos ojos como las del otro. Y especialmente cuando las cosas que se ordenan son difíciles y repugnantes a vuestra sensualidad, el amor propio, que es grande solicitador, inventará razones muy agudas y delicadas en vuestro favor, y mil réplicas y soluciones de lo contrario. Y así nunca acabaréis de acallar y quietar del todo vuestra voluntad y entendimiento, porque a razones humanas no os faltarán otras razones humanas que contraponer.

Pero si no consideráis la persona del superior como hombre sujeto a errores y miserias, sino que miráis a quien en el hombre obedecéis, que es Cristo nuestro Señor, sapiencia suma, bondad inmensa, caridad infinita, que sabéis que ni puede engañarse ni quiere engañaros, entonces cesan todas las dificultades y todas las razones y juicios, y queda uno del todo rendido. Porque aquella razón: Dios lo quiere, Dios lo manda, ésta es la voluntad de Dios, no tiene réplica ni solución. Y así decía el Profeta David (*Sal* 38, 10): no me quejé. Señor, en los trabajos, sino *como si fuera mudo callé y no abrí la boca, porque sé que Vos sois el que los enviáis*. ¡Oh, si anduviésemos de esta manera! ¡Con qué espíritu andaríamos! ¡Con qué prontitud y perfección obedeceríamos! Luego dejaríamos la letra comen-

zada a la voz del superior, acordándonos que es voz de Cristo. Y nos parecen a descomedimiento y villanía detenemos y decir: ya voy, luego iré. ¡Cómo conformaríamos nuestra voluntad! ¡Como rendiríamos nuestro juicio! Todas las dificultades se allanarían con esto.

De aquí se entenderá la solución de una duda que hace mucho a nuestro propósito: ¿de dónde nace que hace tanto tiempo que está uno en Religión, obedeciendo todos los días, y con todo eso no tiene hábito de obediencia, ni ha alcanzado esta virtud, siendo doctrina común de todos los filósofos y teólogos que los hábitos de las virtudes se alcanzan con los actos y ejercicio de ellas? La causa y solución de esto es porque los hábitos se alcanzan con actos semejantes, que se hacen por la razón formal de aquella virtud; y esta obediencia de que tratamos es virtud religiosa, y especie de la virtud de Religión (como dicen los teólogos), la cual mira a Dios y el culto y honra de su divina Majestad. Y porque aquél, cuando obedece, ni mira a Dios en el superior, ni obedece porque es aquélla la voluntad de Dios, sino o por dar contento al superior, o porque le tengan en algo, o por miedo de la penitencia y de la reprensión, porque le cuadra lo que le dijeron, o por otros respetos semejantes; no son ésos actos de esa virtud de obediencia religiosa, porque les falta la razón formal y religiosa de obedecer; por eso no ha alcanzado la virtud de obediencia, ni la alcanzará en toda su vida, si de esa manera procede. Bien podrá tener una obediencia política, como la hay entre los soldados y en un navío, y en cualquiera congregación y comunidad; pero no será verdadera virtud de Religión.

Por esto decía nuestro santo Padre, que no hemos de obedecer al superior, ni porque sea muy prudente, ni porque sea muy bueno, ni porque sea muy calificado en cualesquiera otros dones, sino porque tiene las veces y autoridad de Dios nuestro Señor. Porque si os apartáis de esto, y ponéis los ojos en esas otras razones humanas, decía que se pierde la fuerza de la obediencia. Ya ésa no será virtud de obediencia, ni acto de Religión: porque de esa manera, allá fuera siguierais vos el parecer de un hombre prudente y muy docto o muy experimentado: eso es vivir con hombres y no con Dios. Cuanto más mirareis en esas razones humanas, y más os guiareis por ellas, tanto más os apartáis de lo divino y de la verdadera virtud de obediencia y os abajáis a obedecer a solos hombres. Y prosiguiendo esto mismo, añade que en ninguna manera hemos de mirar si el que nos manda es el cocinero o el superior de la casa, si es éste o aquél, pues no obedecemos por ellos, sino por sólo Dios. Con la misma humildad, prontitud y re-

signación quiere que obedezcamos a los oficiales subordinados que al supremo superior.

A esta perfección de obediencia había llegado el bienaventurado San Francisco, el cual decía: Entre otras mercedes que la divina piedad benignamente me concedió, esta gracia me quiso otorgar: que así prestamente obedezca a un novicio de una hora de hábito, si me fuere dado por guardián, como a un muy antiguo y prudente fraile. Había caído bien en la cuenta de cómo había de obedecer, y así no miraba la persona del superior, sino a Dios, a quien en ella obedecía. Decía más el glorioso Santo: que cuanto el superior, a quien obedecemos, tiene menos partes y menos autoridad, tanto aquella obediencia es en su modo más perfecta y más agradable a Dios. Y eso es lo que solemos decir comúnmente, que el que obedece bien al cocinero, al refilotero, al sacristán y a los demás oficiales subordinados, más muestra su obediencia que cuando obedece al ministro; y el que obedece a éste, más que el que obedece al Rector y el que al Rector, más que el que obedece al Provincial o General; y la razón de esto es, porque aquella obediencia es más puramente por Dios: en la obediencia del supremo superior podrá ser que os mueva el respeto autoridad de la persona, o el deseo de agradarle y tenerle contento; pero cuando obedecéis a un oficial subordinado, no parece que hay otra cosa que os mueve a obedecer, sino Dios.

Añade nuestro Padre, en confirmación de lo dicho, que el que no es enteramente obediente a los oficiales subordinados, tampoco lo será a los demás superiores, porque la verdadera obediencia, como queda dicho, no considera la persona a quien obedece, sino a Dios, por quien y a quien en todos obedece. Y a este tal le falta la razón formal de la verdadera obediencia; porque si obedeciera por Dios, también obedeciera a los oficiales subordinados, que tienen, cuanto a aquello, las veces de Dios; y pues a éstos no obedece, señal es que, cuando obedece a los demás superiores no obedece por Dios, sino por respetos humanos, y así no será su obediencia perfecta ni religiosa.

CAPÍTULO 13

De otros bienes grandes que hay en obedecer al superior como a Cristo.

Fuera de lo dicho, hay otros bienes grandes en esta obediencia de mirar y obedecer al superior como a Cristo y no como a hombre. Y sea el

primero, que cobraremos esfuerzo y confianza grande de que podremos lo que nos mandan, y que saldremos con ello. Porque esta diferencia hay de lo que manda Dios a lo que mandan los hombres, que los hombres muchas veces nos mandan lo que no podemos hacer, y no nos dan fuerzas ni poder para hacer lo que mandan; pero Dios nunca nos manda sino lo que podemos, y da poder y fuerzas para hacer y cumplir lo que manda. Y acá en la Religión tenemos muy particular necesidad de este esfuerzo y confianza en Dios, porque somos llamados para cosas grandes y dificultosas; y para no desmayar en ellas, ayuda mucho y da grande ánimo y confianza considerar que me lo manda Dios, y que pues Él me ha puesto en tal oficio y ministerio, me dará lo que me manda. Y así uno de los grandes consuelos que tienen los que van a misiones de Indias y a otras empresas grandes, en medio de los trabajos y peligros que se les ofrecen, así en la mar como en la tierra, así espirituales como temporales, es éste: Vos, Señor, me pusisteis en esto; Vos sacadme con bien de ello (*Sal* 118, 94): [*Vuestro soy yo: salvadme*].

Esto dice San Crisóstomo que nos quiso dar a entender Cristo nuestro Redentor, cuando, enviando sus discípulos a predicar y convertir el mundo, les dijo (*Lc* 10, 3): *Mirad que Yo os envío*. Que fue decirles: Aunque vosotros sois flacos, y los enemigos fuertes, y los peligros grandes, no tenéis que temer ni por qué desmayar, porque vais por orden y obediencia mía. Yo soy el que os envío, que os libraré de todos los males y daños que os pueden suceder, y os daré victoria de todos vuestros enemigos. Este fue el consuelo de los discípulos en todos sus trabajos y peligros, y ha de ser también el nuestro en todos nuestros ministerios y en todas las cosas que nos mandare la obediencia: Dios me envía, Dios me lo manda, Él me dará fuerzas para ello. Manda Dios al profeta Habacuc que la comida que tenía aderezada para sus segadores, la lleve a Babilonia a Daniel (14, 33), que estaba en el lago de los leones. Él no sabía de Babilonia ni dónde estaba aquel lago. Le toma el ángel de un cabello de la cabeza, y le pone sobre el lago, para darnos a entender la facilidad y presteza con que acude y ayuda Dios a lo que manda.

Más; hay en este obedecer al superior como a Cristo un continuo ejercicio de andar haciendo siempre la voluntad de Dios. Con lo cual puede andar uno perpetuamente encendido y abrasado en amor de Dios y en continua oración; porque actuarse uno en que está haciendo la voluntad de Dios, y holgarse y regocijarse en eso, es muy buena y provechosa oración, y muy buen modo de andar en la presencia de Dios.

Más: al que anda de esta manera, no se le da más que le manden esto que aquello; porque él no tiene cuenta, sino con que en hacer lo que le mandan está haciendo la voluntad de Dios, y ése es su manjar y su gusto y entretenimiento en todo lo que hace.

Más: el que considera en el superior a Dios, y hace cuenta que se ha puesto en las manos de Dios, y que Él es el que le rige y gobierna, vive en grande paz, sin trazas ni cuidados de lo que han de hacer de él (*Sal* 4, 9): [*En paz, no bien me acuesto, estoy dormido*]; porque se ha puesto en buenas manos (*Sal* 22, I): [*El Señor me rige y gobierna, no me faltará nada*]. Cierto estoy que no se hará de mí sino lo que Él quisiere, y que no querrá Él sino lo mejor. ¡Oh, qué de bienes y riquezas espirituales hallaríamos si nos acostumbrásemos a reconocer en el superior a Dios, y hacer cuenta que vivirnos con Dios y no con los hombres! Decía un Padre muy antiguo que se le pasaron más de veinte y tantos años en la Religión, que no había entendido qué cosa era obediencia como a Cristo, y como quien sirve a Dios y no a hombres; y pensarais vos, por ventura, que lo entendéis, porque lo habéis leído u oído. No basta eso; es menester que lo sepamos poner en práctica de la manera que hemos dicho, para que así alcancemos la perfección de esta virtud y gocemos de todos estos bienes.

CAPÍTULO 14

Que toma Dios por suya la injuria y murmuración contra el superior.

Así como cuando obedecemos al superior obedecemos y honrarnos a Dios, a quien representa y en cuyo lugar está, así también cuando hacemos algún desacato al superior, le hacemos a Dios: la misma razón es de lo uno y de lo otro, y así de la misma manera dijo Cristo nuestro Redentor lo uno que lo otro (*Lc* 10, 16): *El que a vosotros oye, a Mi oye; y el que a vosotros menosprecia, a Mí menosprecia*. Y San Pablo, escribiendo a los Romanos (13, 1-2), da esta razón: *Porque no hay poder sino de Dios, y el que resiste el poder y ordenación de los superiores, resiste a la ordenación de Dios*. Llena tenemos de esto la sagrada Escritura. Cuando murmuraron los hijos de Israel contra Moisés y Aarón, que eran los que Dios les había dado por superiores, porque se hallaban en el desierto y no tenían qué comer, y se arrepentían de haber salido de Egipto, dice luego el texto (*Ex* 16, 7-8): *Dijeron Moisés y Aarón al pueblo: el Señor ha oído lo que habéis murmurado contra Él, que nosotros, ¿qué somos? No son contra nosotros esas*

murmuraciones, sino contra Dios. Y cuando los hijos de Israel desecharon a Samuel y pidieron que les diese rey, como tenían las demás naciones, dijo Dios a Samuel (1 *Sam* 8, 7): *No te han desechado a ti, sino a Mí*. De esta manera declaran también aquello de Isaías (7, 13): ¿Os parece cosa de poca importancia ser molestos y pesados a los hombres que Dios os ha enviado para que os rijan y gobiernen? Pues entended que no es poco, sino mucho; porque a Dios se hace la ofensa, y Él la toma por suya.

Se verá también cuanto aborrece Dios estas murmuraciones contra los superiores, y cómo toma por propia esta injuria, por los castigos grandes y extraordinarios con que las ha castigado. A Coré, Datán y Abirón, cuenta la sagrada Escritura que los castigó Dios con un horrendo castigo porque murmuraban contra Moisés y Aarón, y decían que se alzaban con el gobierno (*Num* 16, 21). Se abrió la tierra y los tragó vivos el infierno con sus mujeres, casas y familias, y bajó fuego del Cielo, y abrasó a otros doscientos y cincuenta. Pondera aquí Santo Tomás que castigó Dios más rigurosa y atrozmente a aquellos que murmuraron contra sus superiores, que a los que inmediatamente habían injuriado al mismo Dios, idolatrando y adorando el becerro de oro, porque a éstos se contentó con pasarlos a cuchillo (*Ex* 32, 27), pero a aquéllos baja fuego del Cielo, y se abre la tierra, y los traga vivos el infierno, para darnos a entender, dice Santo Tomás, cuánto siente Dios el desacato e injuria que se hace a los que Él pone en su lugar.

De aquí se entenderá de camino la razón por qué en la sagrada Escritura el pecado de desobediencia se compara al pecado de idolatría: [*Como pecado de magia, así es contradecir a la obediencia; y como delito de idolatría, así es el no querer rendirse*], dijo el Profeta Samuel a Saúl (1 *Sam* 15, 23), cuando le reprendió de su desobediencia. Ponderan muy bien San Gregorio y San Bernardo: Mirad cuán grande mal y pecado es la desobediencia; pues el Espíritu Santo le compara al de la idolatría, y de consultar los demonios. Y dan la razón de esta comparación; porque así como el pecado de idolatría y de consultar al demonio quita el culto y reverencia que se debe a Dios, así también la desobediencia y desacato a los superiores quita a Dios la reverencia y honra que se le debe, porque están en lugar de Dios. Y más: así como el idólatra, dejando al verdadero Dios, adora y honra a un ídolo de palo, así el desobediente, dejando de seguir la verdadera regla, que es Dios, sigue la falsa, que es su propio juicio y sus razones humanas.

Pero volviendo a nuestro punto, otra vez por poco asolara Dios a to-

dos los hijos, de Israel en el desierto, porque murmuraron contra Moisés y Aarón; les envió unas serpientes que los hirieron (*Num* 21, 6). Y lo trae el Apóstol San Pablo a los de Corinto (1 Cor, 10,10), [*No murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y fueron muertos por el exterminador*]. Y a María, hermana de Moisés, la castigó también Dios por lo mismo con una lepra muy grande, y con ella quiso que estuviese apartada de los reales siete días, por más que rogó por ella Moisés, tan querido suyo. Y el que pudo detener la ira de Dios para que no descargase el golpe sobre aquel pueblo idólatra, no alcanzó que perdonase a su hermana sin debida satisfacción. De aquí tomó San Basilio el castigo que manda dar al religioso que murmura contra la obediencia o contra su hermano: dice que le aparten de la comunidad, y no solamente la persona, sino también sus cosas, no mezclando el trabajo suyo con el de los otros. Como hacen acá con el apestado, que no sólo su persona, más la ropa y todo lo que ha tocado y tratado se echa fuera porque no se pegue la peste a otros; así este tal ha de ser apartado de la comunidad como descomulgado; esté solo, nadie se le junte en la oración, ni en la comida, ni en la hora del responso, ni del trabajo, porque de esta manera, avergonzado, se enmiende.

Nicolao primero, escribiendo al emperador Miguel, reprendiéndole como a descomedido porque había puesto lengua en los prelados, trae a este propósito aquella historia de David, cuando, andándole persiguiendo Saúl y trayéndole muy acosado, le halló un día solo en una cueva, donde le podía matar a su salvo, y no quiso poner las manos en él, pareciéndole que era crimen [de lesa majestad] poner las manos en el ungido del Señor, aunque era por otra parte malo y tan enemigo suyo; pero se atrevió a cortar un poquito del ruedo de su vestidura. Y después, dice la sagrada Escritura (1 *Sam* 24, 6), que *le pesó a David y se compungió* de haber hecho aquello. Así, dice este Pontífice, ha de hacer el buen súbdito que reconoce en el superior a Cristo nuestro Señor: no se ha de atrever a cortar la vestidura del superior con el cuchillo, de su lengua; y si alguna vez, por descuido o flaqueza, o por estar con alguna pasión, viene a brotar y decir alguna falsilla, luego ha de volver sobre sí, y compungirse como David, por haber tocado en la orilla de la vestidura del superior, por pequeña y menuda que sea la falta. Y añade aquel dicho común de los Pontífices: Las cosas de los superiores, aunque alguna vez pareciesen dignas de reprensión, no se han de cortar con el cuchillo de la lengua; porque tienen el lugar y veces de Dios. Y por eso dijo el mismo Señor (*Ex* 22, 28): [*No murmurarás de los dioses*]. Dioses los llama, y quiere que como a tales se les tenga respeto.

Añádase a lo dicho que no solamente hace uno en esto injuria a Dios y al superior, sino hace también mucho daño al súbdito a quien dice la tal murmuración, porque desacredita con eso al superior, y disminuye la buena opinión y estima que el otro tenía de él, y es causa que cobre alguna manera de aversión o desamor con él. Con lo cual se menoscaba mucho la autoridad y fuerza de la obediencia, o suele ser causa que el otro no se aproveche de cuanto el superior le dijere o hiciere con él, que es cerrarle la puerta para su aprovechamiento, que ha de ser por medio del superior. Y así por todas partes conviene guardarnos mucho de esto para que no se impida tanto bien, conforme a aquello del Apóstol (*Hebr* 12, 15): [*Cuidad no brote alguna raíz de amargura que impida la buena armonía y sean por ella muchos contaminados*]. Y es menester tener gran cuenta con esto, aunque sea en cosas livianas y pequeñas; porque no será cosa liviana ni pequeña quitar al superior el amor, estima, crédito y confianza que el otro tenía de él. Lo cual suele seguir de semejantes murmuraciones y hablillas: y esto es lo que se ha de mirar en ellas, y no solamente si la cosa que se dice es de suyo grave o leve.

CAPÍTULO 15

Que la obediencia no quita el proponer y el modo que se ha de tener en esto.

No sólo no es falta ni imperfección el proponer al superior, antes es mayor perfección, y sería falta el no proponer a su tiempo. Y así tenemos regla de ello, que nos lo manda expresamente: «Como la solicitud demasiada en lo que toca al cuerpo es reprensible, así el cuidado competente de mirar cómo se conserve para el divino servicio la salud y fuerzas corporales, es loable, y deberían todos tenerle: y a la causa, cuando sintiesen alguna cosa serles dañosa, o alguna otra necesaria, cuanto al comer, vestir, estancia, oficio o ejercicio y así de otras cosas, deben todos avisar de ello al superior o a quien él señalare». Con mucha razón nos puso nuestro Padre esta regla; porque aunque es verdad que el principal cuidado de las cosas necesarias a la salud, y, en su modo total, ha de ser de los superiores, mas al fin ellos son hombres y no ángeles, y como tales no pueden saber si habéis menester otra cosa fuera de lo común, ni acordarse de todas las particularidades, y así es menester que vos les ayudéis en eso, acordándoselo y proponiéndoselo para que ellos puedan proveer en ello. El punto está en proponer como se debe, porque hay mucho peligro que se mezcle el amor

y juicio propio; y así para proceder en esto sin sospecha, dice nuestro Padre que se han de guardar dos cosas. La primera, que antes de proponer se recojan a hacer oración; y después, sintiendo que deben representarlo a quien tiene el cargo, lo hagan. Y esto no quiere decir que recéis alguna Avemaría y propongáis luego lo que se os antoje, sino la oración que quiere se haga antes de proponer, es que os recojáis primero a mirar si conviene para mayor gloria de Dios el proponer aquello o si os buscáis en ello a vos mismo; porque si es esto segundo, no lo habéis de proponer; pero si os parece que contiene para mayor gloria de nuestro Señor proponerlo, lo habéis de proponer.

La segunda cosa que se ha de guardar, es: «que habiéndolo representado de palabra, o en un breve escrito porque no se olvide, dejen al superior todo el cuidado, teniendo por mejor lo que ordenare, sin replicar ni hacer instancia por sí, ni por otra persona alguna, ahora conceda lo que se pide, ahora no; pues se ha de persuadir cada uno que lo que el superior, siendo informado, ordenare, será lo que más conviene para el divino servicio y su mayor bien en el Señor nuestro». De manera que así antes como después de haberlo propuesto y representado, habéis de estar en una indiferencia grande, no solamente para la ejecución de tornar o dejar la cosa de que se trata; pero aun para contentaros más y tener por mejor lo que el superior ordenare.

Esto es lo más principal que hay en el proponer, que esté uno tan indiferente en aquello que pide, que quede tan contento y consolado, ahora se le conceda, ahora se le niegue. Y en esto se verá bien si buscaba en ello la gloria de Dios o si se buscaba a sí mismo. Porque si buscaba puramente la voluntad y gloria de Dios, se holgará con cualquier cosa que el superior ordenare, pues ya sabe que aquélla es la voluntad de Dios, declarada por el superior. Pero si queda con queja o con desabrimiento o murmuración interior cuando se lo niegan, es señal que no iba indiferente, ni buscaba puramente a Dios, sino que se buscaba en ello a sí mismo y sus comodidades; porque por eso quedó desconsolado y tentado, porque no alcanzó lo que quería. Y así, una de las cosas que uno ha de procurar sacar de la oración que hace antes de proponer, es ponerse muy indiferente para cualquier cosa que le respondieren, que no se le dé más que le digan de sí, que de no. Y ésa es la mejor disposición que puede llevar cuando propone; porque de esa manera, tan contento y tan alegre quedara con el no como con el sí. Y aun sería buen consejo, que cuando le dicen el sí que él quiere, haga reflexión y mire, si le dieran el no si quedara tan contento; porque ésa será muy

buena señal, y entonces puede estar satisfecho que en el sí no hace su voluntad, sino la de Dios.

Pues digo que el proponer de esta manera no sólo no es contra la perfección de la obediencia, pues no quita la indiferencia y resignación, antes es más perfección y más mortificación y el no proponer, fuera de que es desobediencia expresa contra la regla dicha, es imperfección e inmortificación manifiesta. Siente uno que le hace daño alguna cosa, o que tiene necesidad de otra, y se está sin decir nada: si me lo dijeren, bien; si no, también. Y pensará, por ventura, que es eso mortificación o deseo de padecer: no es sino inmortificación y deseo de no padecer porque siente mayor dificultad y repugnancia en proponer y en ir con aquello al superior, que en padecer lo que padece; pareciéndole que le tendrá el superior por hombre que mira mucho por sí y por sus comodidades. Otras veces es esto inmortificación de poca indiferencia; porque el otro día propuse no sé qué cosa y me echó por allá el superior; me respondió con modo y con una resolución, que salí determinado de nunca más ir a proponerle cosa alguna, sino es a más no poder. Todo es porque no vais a proponer con indiferencia, ni tenéis virtud para recibir un no, y por eso queréis antes padecer que proponer.

Se debe aquí considerar el engaño del demonio y la fuerza de nuestra propia voluntad, que nos hace que queramos padecer la necesidad que tenemos, por nuestra propia voluntad, y padecer antes que proponer, por temor de que nos nieguen lo que pedimos. Lo cual, aun en vía de amor propio y de nuestro propio interés, es error y ceguedad; porque hagamos cuenta que el superior os ha de decir no, echémoslo s la peor parte a vuestro parecer; ¿no sería mejor, eso mismo que ahora padecéis, padecerlo entonces por obediencia y por voluntad de Dios, que por vuestra propia voluntad, como ahora lo padecéis? Claro está eso. Y más, que ganaríais el mérito de haberlo propuesto y guardado vuestra regla, que para vos no será pequeño; y no tendríais que temer los inconvenientes que después de haber propuesto se siguieren; porque ésos no corren entonces por vuestra cuenta, sino quedan a cuenta del superior y a cuenta de Dios, que os rige y gobierna por él. Pues para prevenir todos estos inconvenientes y quitarnos toda la dificultad y vergüenza que en esto se nos podía poner delante, nos pone nuestro Padre regla de ello; porque quien hace lo que su regla le manda, ¿qué tiene que temer y de qué tiene que tener vergüenza? No le puede parecer mal al superior, sino bien, que uno guarde su regla. Y el uso que hay en esto en la compañía, tan común y ordinario, de acudir al superior en cosas

muy menudas, hace esto muy fácil; no os lo haga a vos vuestra inmortificación dificultoso.

Todo el punto de este negocio está en proponer con la indiferencia y resignación que se debe, lo cual es menester declarar un poco más. No ha uno de ir a proponer, ya determinado y resuelto en que aquello que pide es lo que conviene, que eso será causa de que quede inquieto y tentado si no le sale como él pensaba; sino siempre ha de ir a proponer con duda, esperando la resolución y determinación del superior con indiferencia; y de esa manera quedará con quietud con cualquier cosa que se le responda. Así como cuando uno va a preguntar una duda especulativa a su maestro, queda contento y quieto con la respuesta que le da, porque iba como discípulo y con duda al que es su maestro, y así tiene aquello por la verdad y por resolución de lo que dudaba; de esa misma manera ha de ir el buen obediente a proponer al superior las dudas prácticas que se le ofrecieren, dudoso de lo que conviene, y no determinado más a una parte que a otra, hasta que el superior declare lo que se ha de hacer; y aquello ha de tener por lo mejor y más acertado, y como tal lo ha de seguir y contentarse más con ello. De manera que en la oración que uno hace antes de proponer, no se ha de determinar que aquello conviene más para la gloria de Dios, sino solamente ha de determinar que conviene proponer aquello al superior, y que en proponerlo le parece que no se busca a sí, sino a Dios; pero siempre se ha de quedar en duda, en si ello en realidad de verdad conviene o no, hasta que el superior lo resuelva y determine.

Esto se debe notar mucho, porque de aquí depende el proponer bien y el quedar con quietud con cualquier cosa que responda el superior. Y como ésta es cosa que se usa y practica tanto acá en la Religión, importa grandemente que la acertemos a hacer como conviene; y sería gran detrimento de la Religión y mucho de sentir, si fuésemos desdiciendo tanto en esto, que ya apenas pueden negar los superiores cosa alguna a los súbditos, sin que de ello se sigan amarguras, desconfianzas y quejas de que son poco amados y queden con opinión, y por ventura con murmuración, de que el superior es rígido y duro y no se deja doblegar. Deberíamos considerar que si sufríamos que nuestros padres naturales nos negasen muchas cosas de las que les pedíamos, sin que por eso los tuviésemos por severos, ni les perdiésemos el debido amor; y esto, cuando no profesábamos hacer guerra a nuestra propia voluntad, ni alcanzar victoria sobre nosotros mismos; ahora que profesamos eso, mucho mayor razón será que guardemos lo mismo con nuestros padres espirituales.

Antiguamente se solía usar que los superiores, algunas veces de propósito, negaban a los súbditos lo que les pedían, aunque sin inconveniente alguno se les pudiese conceder, por sólo ejercitarlos en la mortificación, y que se hiciesen a llevar bien el negarles lo que pedían; y ellos tomaban con gusto y alegría aquella ocasión que se les ofrecía de quebrantar su voluntad, por el deseo grande que tenían de su aprovechamiento. Pues ¿qué sería si ya no sólo eso, pero ni aun lo que no nos conviene, se nos pudiese negar, sin que de ello se sigan amarguras y quejas? ¿Y qué sería si llegase eso a ser causa que los superiores condescendiesen algunas veces con los súbditos, concediéndoles lo que no quisieran, por evitar mayor mal, que es una cosa que, como dijimos arriba (cap. 4), ha de temer mucho el religioso?

Para que este proponer se haga con más perfección, no solamente ha de tener uno la indiferencia y resignación, como hemos dicho, interiormente, sino la ha de mostrar también exteriormente en las palabras y modo de proponer, para que las palabras concuerden los deseos, y lo exterior ayude a lo interior. Y aquel es buen modo de proponer, que declara la indiferencia y resignación interior que hay allá dentro; y cuanto más la declara, tanto será mejor. Y si uno propusiere de tal manera, que aun el superior no entendiese a qué se inclina, sino que propuesta la razón, él vea lo que conviene, ése sería muy buen modo de proponer. Se entenderá esto bien por aquí: dice un regla del Provincial que en las consultas, cuando propone alguna cosa a los consultores para que digan en ella su parecer, la proponga de tal manera que no muestre más inclinación a una parte que a otra, para que así digan más libremente los consultores su parecer, y no les sea ocasión de ver inclinado al superior a una parte, para que ellos también se inclinen a ella. Pues éste es también buen modo de proponer al superior, proponer con unas palabras tan llanas y sencillas, que apenas entienda el superior qué es a lo que os inclináis, para que no sea eso causa que condescienda con lo que queréis, mirando a vuestra flaquean, sino que vea lo que de suyo más conviene en aquello, sin tener respeto a vuestra inclinación o deseo.

Dos ejemplos muy buenos tenemos de esto en el sagrado Evangelio. El primero es el modo con que propuso nuestra Señora a su precioso Hijo la necesidad que había de vino en aquellas bodas a que habían sido convidados (*Jn* 2, 3): *No tienen vino*. No dice: Suplid, Vos, Señor, esta falta, pues podéis, porque no caigan en afrenta; sino solamente representa simplemente la necesidad. El segundo ejemplo es el modo con que propusieron María y Marta a Cristo nuestro Redentor la enfermedad de su hermano

Lázaro. Dice el sagrado Evangelio que le enviaron un recaudo en esta forma (*Jn* 11, 3): *Señor, el que amáis está enfermo*. Nota allí muy bien San Agustín: no dijeron: Señor, venid; no se atrevieron tampoco a decir: *mandadlo Vos, y se hará,* como el Centurión; sino solamente: *Señor, mirad que está enfermo el que amáis*. Al que ama no es menester más de significarle la cosa. Pues de esta manera hemos de proponer nosotros a nuestros superiores, con palabras tan llanas y tan simples que declaren la necesidad, pero no lo que yo deseo, ni a lo que me inclino; y de esta manera quedaremos bien seguros de que no se condesciende con nosotros, ni nos buscamos a nosotros mismos.

Este modo de proponer nos pone expresamente nuestro Padre en las Constituciones, tratando de los enfermos que sienten les hace daño el cielo de alguna región. Dice que el tal enfermo no ha de pedir mudanza, ni mostrar inclinación a ella, sino solamente ha de proponer al superior su enfermedad e indisposición, y la inhabilidad que siente para ejercitar los ministerios; y todo lo demás lo ha de dejar al superior. Él verá entonces si convendrá enviarle a otra parte, donde pueda hacer más estando mejor, o si será mayor gloria de nuestro Señor que se esté allí, aunque haga menos, o aunque no haga nada, que por ventura será eso más provechoso para él. Pues si en esto, en que tanto parece que nos va, pide nuestro Padre tanta indiferencia y resignación, que no solamente quiere que no pidamos mudanza, pero que ni aun mostremos inclinación a ella, ¿qué será en otras cosas en que no va tanto? Y porque algunas veces no podemos o no sabemos proponer, sin que el superior entienda lo que nosotros deseamos o a lo que nos inclinamos, es muy bueno y mucho de loar lo que hacen algunos, que después de haber propuesto con claridad y llaneza, piden al superior muy de veras que no tenga respeto ninguno a darles contento, sino solamente al mayor servicio de Dios, afirmándole que en eso recibirán grandísima caridad y consuelo, por entender que hacen en ello la voluntad de Dios; y que si entendiesen que se condescendía con ello, les sería gran desconsuelo, por parecerles que hacían su voluntad y no la de Dios ni de la obediencia.

CAPÍTULO 16

De la solicitud demasiada de lo que toca al cuerpo, y cuánto conviene huir en esto las singularidades.

Así como dice nuestro Padre que es loable el cuidado competente de mirar cómo se conserven para el divino servicio la salud y fuerzas corporales, así también dice que la solicitud demasiada en lo que toca al cuerpo es reprensible. Y pues hemos tratado de lo primero, trataremos ahora de lo segundo. En todas las cosas es dificultoso acertar con el medio; pero en esto, que toca al cuidado de nuestro cuerpo y de nuestra salud, hay particular dificultad, porque el amor propio es gran procurador de eso, y así luego se hace gran médico y dice que esto es malo para el pecho, eso otro para el estómago, esto para la cabeza, aquello para los ojos; y así, so color de necesidad, se suele entrar muy ordinariamente la sensualidad y el regalo.

San Bernardo discanta muy bien sobre esto contra los que tienen demasiado cuidado de su salud, y con título de conservarla hacen estas diferencias de los manjares; y dice que son discípulos de Hipócrates y Galeno, y no de Cristo; porque esas diferencias y propiedades de los manjares, no las hallarán en el Evangelio, ni en la Escritura sagrada, sino en los libros de Medicina: Las legumbres, dice, son ventosas; el queso es pesado para el estómago; la leche hace daño a la cabeza; el beber agua no lo lleva mi pecho; las coles engendran melancolías; los puerros encienden la cólera; los peces de estanque y de agua lodosa no dicen con mi complexión. ¿Qué hemos de hacer con vos, si ni en ríos, huertas ni despensas apenas podemos hallar qué daros? Mirad que no sois médico, sino religioso, y que habéis de tener más cuenta con vuestra profesión que con la complexión.

Y da San Bernardo cuatro razones muy buenas y muy prácticas, por las cuales conviene mucho seguir la comunidad y evitar la singularidad. Lo primero, por vuestra quietud y descanso; porque es grande la inquietud que traen consigo estas singularidades; si me lo dan o no, y si reciben pesadumbre y enfado en dármelo; y ya que me lo dan, me hacen esperar; y si una vez viene, muchas falta. No sabe la inquietud que en esto se pasa, sino el que lo experimenta; y el poder pasar con lo común, es gran descanso. Lo segundo, mirad el trabajo que dais en esto al cocinero y al refilotero y al que sirve a la mesa, que los hacéis andar todos al retortero, yendo y viniendo, para contentaros a vos; procurad excusarlos de este embarazo. Lo tercero, mirad que sois muy pesado a la casa con vuestras singularidades, porque lo común y ordinario ya está preparado para todos, y eso se hace sin pesadumbre; pero el haber de acudir fuera de eso a vuestros antojos y particularidades no necesarias, eso es de mucha pesadumbre y enfado. Lo cuarto, tened cuenta con la conciencia, no digo con la vuestra, sino con la de vuestro hermano, que está sentado junto a vos y come lo que le dan, al

cual escandalizáis con vuestro no comer; porque le dais ocasión para que esté murmurando interiormente de vos, juzgándoos por regalado; o si no os juzga a vos, por entender que tenéis necesidad de aquello, está juzgando y murmurando interiormente del superior y de los que habían de tener cuidado, porque no os acuden con lo necesario.

Algunos, dice San Bernardo, quieren defenderse y apoyar lo que hacen en esta parte, con el ejemplo de San Pablo, que amonesta a su discípulo Timoteo (1 *Tim* 5, 23) que beba un poco de vino por la flaqueza del estómago: [*No bebas de aquí adelante agua pura, sino usa de un poco de vino, por causa del estómago y de las frecuentes enfermedades*]. A esto responde, lo primero, que adviertan que San Pablo no toma este consejo para sí, sino se lo da a otro, y el que el otro tampoco pidió este regalo, sino que sin procurarlo ni pedirlo él se lo dan; pero vos procuráis y pedís para vos el regalo y la singularidad. Y así, mucha sospecha tengo, dice el Santo, que se entre la prudencia de la carne, so color de discreción, y que sea sensualidad lo que pensáis que es necesidad. Lo segundo, dice, adviertan que San Pablo no habla allí con algún religioso como vos, sino con un obispo como Timoteo, cuya vida y salud era entonces tan necesaria al principio de la Iglesia. Dadme otro Timoteo, y yo le daré a comer oro molido y a beber bálsamo.

Y de camino dice: Querría, a lo menos, que si os agrada este consejo que da el Apóstol a su discípulo, de beber vino, que os agrade también aquel *modico* que añade: que sea muy poco. San Jerónimo, en la epístola [a Eustoquio, sobre la guarda de la virginidad], el primer consejo que le da para guardar castidad es que no beba vino. La Esposa de Cristo ha de huir del vino como de veneno. Nótese mucho esta palabra, que concuerda bien con la de San Pablo (*Ef* 5, 18): *En el cual está la lujuria*. Y añade San Jerónimo: Esta es una de las principales armas con que el demonio hace la guerra a los mancebos. Ni la avaricia, ni la soberbia ni la ambición les hacen tanta guerra. El vino y la mocedad son dos incentivos y dos incendios de lujuria pues ¿para qué cebáis la llama con aceite, y estando el cuerpo ardiendo con la mocedad, añadís otro fuego?

Pero volviendo a nuestro propósito, lo que pretendemos ahora encomendar a los religiosos es lo que encargan mucho los santos Basilio, Bernardo, Buenaventura y otros, que procuremos acostumbramos a contentarnos con lo común que se usa en la Religión, y a no querer ser singulares en nada de cuanto fuere posible. Y para persuadirnos esto, bastaba ver que de esta manera ahorraremos muchos desasosiegos y disgustos, y muchos jui-

cios propios y ajenos, como hemos dicho. Y así, aunque no fuese sino por nuestro propio interés, por tener quietud y contento en la Religión, lo habíamos de procurar, aunque pasásemos alguna incomodidad; porque mucho más pesa eso que el provecho que nos puede venir de las singularidades. Pero lo que nos ha de hacer más fuerza es que de esta manera edificaremos mucho a nuestros hermanos, daremos grande contento a los superiores y agradaremos más a Dios. Nótese mucho esto, porque es una doctrina muy práctica y muy provechosa.

Uno de los mayores servicios y sacrificios que uno puede hacer a Dios en la Religión, y una de las mayores y mejores penitencias y mortificaciones más agradables a su Majestad, y más provechosas para vos, y de mayor edificación para vuestros hermanos, es pasar toda la vida en la Religión sin particularidad, y vivir siempre con este tesón y entereza, guardando en todo el rigor común de la Religión, contentándoos siempre con lo común que todos comen, que todos visten y que todos hacen, no queriendo usar de privilegio ni exención, ni singularidad ninguna; y pues habéis de hacer alguna penitencia y tener algún ejercicio de mortificación, sea ésa vuestra principal penitencia y mortificación.

Y así, dicen los Santos y maestros de la Vida Espiritual que esas otras penitencias se han de moderar de tal manera, que queden fuerzas para esto, como más principal; porque muy poco estimará el superior vuestras disciplinas y vuestros cilicios, si después no os contentáis con lo ordinario que usan los demás, sino que buscáis el regalo y comodidad propia en el vestido y en el aposento, etc. Pues veis aquí una penitencia que tenéis ya licencia para hacerla, y que gustarán mucho los superiores que la hagáis, y la podéis hacer sin peligro de vanagloria, porque no parece que hacéis penitencia, ni los otros echan de ver si os mortificáis o no, y, por otra parte, es de las mejores y más agradables a Dios que podéis hacer. Parece una vida llana y común, y delante de Dios es singular, y una perfección y santidad muy sólida y segura. Por el contrario, una de las cosas más perjudiciales y que más daño hacen en la Religión es comenzar algunos a usar de singularidades y de privilegios y exenciones, aunque sea con el color que quisieren tanto y con título, a su parecer, muy justificado. Y en grado es esto verdad, que San Buenaventura pone ésta por una de las causas principales de la tibieza y relajación de las Religiones. Aunque seáis muy antiguo y aunque hayáis trabajado mucho en la Religión, hacéis, dice, mucho daño con esto: porque los que vienen después de vos a la Religión no ven vuestra virtud interior, ni miran lo que trabajasteis antes que ellos viniesen,

sino solamente están mirando el ejemplo que de presente les dais en la observancia regular, en la cual querrían los más nuevos que los antiguos siempre les fuesen delante, y que como fueron los primeros en venir a la Religión, así lo fuesen en guardar sus reglas, siendo guía y ejemplo a los que entran con nuevos fervores de servir a Dios; y de otra manera, o se escandalizan de ellos, o los comienzan a imitar, aflojando ellos con el ejemplo de los otros.

Bien entendió esto nuestro Padre; y así, para prevenir el daño grande que de ello podía resultar, una de las cosas que manda se pregunte a los que entran en la Compañía y quieren ser incorporados en ella, es: «Si serán contentos de vivir en los colegios y pasar, como pasan los demás, sin usar privilegios y singularidades ni querer que se haga con ellos más de lo que se hace con el menor de casa». Y particularmente manda se pregunte esto a los letrados y a los que han de ser la gente grave en la Religión, porque en éstos parece que podía haber algún peligro de que quisiesen usar de algunas singularidades y exenciones. No entienden los tales el daño que hacen en esto, aunque sea en cosas menudas, porque luego el otro, que le parece ha trabajado tanto y que tiene tanta necesidad, quiere lo mismo; y luego el otro, que tiene un poco menos, y luego el otro y así se viene a relajar y arruinar la disciplina religiosa. Por lo cual San Bernardo llama a éstos «divisores de la unión y enemigos de la paz». Más valiera que no predicarais o que no entendierais en esos negocios, que usar de esas singularidades y exenciones; porque más es lo que deshacéis con eso, que lo que hacéis con eso otro. Pues por esto nos previene y nos avisa nuestro Padre que en la Compañía no ha de haber exenciones, ni singularidades, ni han de valer para eso antigüedades, ni ser lector, ni predicador, ni haber sido superior. Antes hemos de ir siempre en este fundamento, que no puede uno perder con cosa más en la Compañía que con dar ocasión para que se entienda de él que por ser antiguo o letrado, o predicador, etc., quiere exenciones y privilegios, y que se le haga otro tratamiento diferente del común que se usa con los demás. Los más antiguos en la Compañía y los más letrados, ésos son los que han de dar más edificación en todas las cosas, y los que con su ejemplo han de sustentar y llevar adelante la disciplina religiosa, *conformándose con los más humildes* (*Rom* 16, 16): de eso han de servir las letras y la antigüedad en la Religión.

CAPÍTULO 17

Se responde al escrúpulo de la obligación de mirar por la salud.

Porque lo que principalmente y con más justo título nos suele hacer guerra para usar de algunas singularidades es la obligación que nos parece tenemos de mirar por nuestra salud y conservar la vida; para satisfacer a esto, diremos aquí algunas cosas que acerca de ello dicen los doctores. Cuanto a lo primero, notan, y es doctrina común, que una cosa es matarse uno sí mismo, o procurar de propósito abreviar la vida, tomando alguna cosa para eso, y esto es ilícito y pecado gravísimo; otra cosa es no tratar uno de conservar su salud o su vida, no quererla prolongar; y esto dicen que no es ilícito, sino lícito, porque ninguno está obligado a procurar alargar su vida, ni a conservarla, usando de manjares delicados o cosas extraordinarias. Así como no está uno obligado a vivir en los lugares más saludables, aunque supiese que allí viviría más tiempo y más sano, así tampoco está obligado a procurar los manjares más saludables y que dicen más con su complexión, aunque supiese de cierto que con eso alargaría más la vida y viviría más sano. Esto está claro, porque lo contrario sería condenar todos los ayunos, abstinencias y penitencias de la Iglesia y de las Religiones. Antes andar a buscar esas cosas, dicen los teólogos y los Santos, que de ordinario es reprensible, especialmente en los religiosos. Tampoco está uno obligado, cuando está enfermo, a buscar medicinas exquisitas y muy preciosas o costosas, para conservar la vida, ni médicos raros y eminentes, antes todo eso es reprensible en el religioso que profesa humildad y pobreza. Basta usar de los medios comunes y fáciles que ordinariamente son convenientes, porque como la vida y la salud del cuerpo sea un bien temporal y perecedero, y respecto de la vida y salud del alma sea de muy poco valor, no quiso Dios obligar a más que eso.

Y no sólo de lo extraordinario y exquisito es lícito quitar, sino de lo común y ordinario. Y así vemos que los religiosos y los siervos de Dios quitan del mantenimiento, sueño, tratamiento de su cuerpo, de que otros comúnmente usan, y ellos pudieran lícitamente usar, y se lo damos, no sólo por lícito, sino por santo, aunque sepan que les ha de hacer algún daño a la salud y que de esa manera han de vivir menos. Así como es lícito, y de grande virtud y merecimiento, ponerse a peligro de muerte y dar la vida temporal, no solamente por el ánima del prójimo, sino también por su vida temporal, como lo hacen los que sirven y curan los heridos de peste y de otras enfermedades contagiosas, así también es lícito y de mucha virtud, para ayudar a la propia alma con el fruto de la mortificación, ofrecerse a un pequeño detrimento de la vida o a algún poco de daño de la salud corporal. Si por ganar un pedazo de pan, para sustentar su casa y para mantener un poco de honra, atraviesa uno la mar y va a Flandes y a las Indias, y

pasa malas noches y peores días, con mucho detrimento de su salud y peligro de su vida, y se lo damos por licito, ¿cuánto más será esto licito y santo por la salud espiritual de su propia alma, para tener la carne sujeta y rendida al espíritu, que no se rebele contra él y le haga alguna traición? Y así, eso decimos que es hacer penitencia, y si eso quitásemos, sería quitar casi todas las penitencias que se usan en la Iglesia de Dios.

Más: tratan allá los teólogos una cuestión, si es lícito a un siervo de Dios, que tiene un dolor grande de ijada o estómago, o una llaga que le da mucho dolor, no querer curarse ni aplicar medicina alguna, sino padeced, por Cristo, como no haya peligro de muerte, y dicen que sí. Traen para esto el ejemplo de Santa Águeda, que viniendo San Pedro en figura de un hombre anciano a curarla de los pechos que le había cortado el tirano, no quería consentir que la curase, diciendo que nunca había usado tomar medicina alguna corporal. Traen también para esto el ejemplo de muchos varones espirituales y perfectos, que quieren padecer un dolor de ijada o estómago, sin aplicar remedio alguno, para mortificar la carne y sujetarla al espíritu, y sentir y participar algo de los dolores y Pasión de Cristo, y están muy contentos, muy alegres y aprovechados en aquellos dolores.

Y más: para que se vea que no es de tanta estima la salud, ni aun la vida, que estemos obligados a mirar tanto por ella, ni a hacer tantas diligencias para procurarla y conservarla, como algunos imaginan, ponen este caso los teólogos: Se está uno muriendo, si no le cortan el pie o el brazo, y preguntan si estará obligado a dejar que se lo corten, y dicen que no. Y traen lo que dijo el otro en semejante caso: «No es de tanta codicia ni de tanta estima la salud y la vida», que esté yo obligado a padecer tanto dolor por ella. Y más: dicen los teólogos que no está uno obligado a usar medicinas para alargar la vida, aunque sepa que será más corta si no usa de ellas. Como si le dijesen los médicos que cada mes o cada año se purgase, y tomase tales medicinas, o que se haga una fuente acá, y otra acullá; no está obligado a ello, aunque se hubiese de morir diez años antes.

Y aun añaden los mismos doctores que aunque sepa uno que bebiendo vino o bebiendo con nieve vivirá menos, no está obligado debajo de pecado mortal a dejar el vino ni la nieve. Pues, apliquemos esto a nuestro propósito. Si por gozar de una golosina, por beber frio y por comer cosas sabrosas y golosas, y por gozar de otros deleites semejantes, no tienen los hombres cuenta con conservar la salud, ni con alargar la vida, ni miran en eso, ni los condenamos por ello, ¿por qué ha de tener el religioso tanto cuidado de la salud, que atropelle la observancia regular por la imagina-

ción que se le ofrece de que le hará aquello daño o lo otro más provecho? Y demos que no sea imaginación, sino verdad. Pongamos en una balanza esa necesidad y el provecho que eso le ha de hacer (que es bien incierto, y puede ser otra buena razón para esto) y pongamos en otra balanza la inquietud y desasosiego suyo y ajeno y la desedificación e inconvenientes que de ahí se siguen, y veremos cómo sin comparación pesa esto más que aquello. Lo que los del mundo hacen, y vos por ventura habéis hecho muchas veces por gozar de un deleite y de una golosina, ¿no será razón que lo hagáis por gozar de la vida religiosa, y andar con la comunidad, y no dar escándalo y desedificación a vuestros hermanos con vuestras singularidades y regalos? A lo menos, sacamos de aquí que no está uno obligado a procurar esas particularidades y comodidades. En lo que toca al escrúpulo, bien seguro podéis estar que no hay que tenerle, aunque se hiciese con vos menos de lo que se hace, cuando se hace más mal, así en tiempo de salud como en tiempo de enfermedad, y aunque por ello padezcáis algún detrimento en la salud, sino que haréis mejor, y será más perfección padecer alguna cosa y tomar eso por penitencia, que andar procurando el regalo y la comodidad, y andaros quejando porque no miran por vos y porque no hacen tanto caso de vos; que no quiere Dios que miremos tanto por la salud.

Sobre aquellas palabras de Cristo (*Mt* 16, 63): *El que amare desordenadamente su vida, la perderá, y el que la aborreciere y despreciare por amor de Mí, la hallará en la vida eterna,* dice San Bernardo: Hipócrates y sus secuaces enseñan a salvar las vidas en este mundo; Epicuro enseña a amar mucho el deleite y a buscar el regalo con grao cuidado; Cristo nuestro Redentor nos enseña a perder las vidas, y a despreciar los deleites y regalos del cuerpo, y a tenerlo todo en poco respecto del bien del alma. Mirad a cuál de estos maestros queréis seguir: mirad si queréis ser discípulo de Cristo o de Hipócrates y Galeno. Y podemos añadir aquí que vemos por experiencia que los que andan con estos melindres y singularidades siempre andan enfermizos y achacosos, y muchas veces por los mismos medios que buscan la salud, la pierden. Y, por el contrario, los que fiados de Dios y de la obediencia siguen la comunidad y se hacen a todo, viven sanos y recios en la Religión: los que comían legumbres y no bebían vino, dice la sagrada Escritura (Dan 1, 15), que *sus rostros parecían mejores y más corpulentos* que los de sus compañeros que comían y bebían en la mesa del rey.

Casiano advierte aquí otro punto muy bueno. Dice que hay algunos

que quieren que se hagan con ellos algunas de estas singularidades, no tanto por necesidad que tengan de ello, cuanto por autoridad, presunción y soberbia. Porque quieren que se haga más caso de ellos que de los otros, y que haya alguna diferencia, porque son antiguos, predicadores, lectores y maestros. Y éstos, dice Casiano, nunca son hombres muy espirituales ni señalados en virtud. Aquellos Padres antiguos, que como lumbreras resplandecían en la Iglesia de Dios en la disciplina religiosa, vemos, dice, que eran muy amigos de la comunidad y muy enemigos de singularidades, a los cuales debernos nosotros imitar.

Pero no pretendemos por esto que nadie se encoja en proponer lo que hubiere menester, porque claro está que donde hay muchos, siempre hay algunos que tienen necesidad de algunas cosas particulares, porque no pueden tener todos igual salud ni iguales fuerzas corporales. Y así es también razón que lo entiendan todos, y que nadie tome ocasión, de lo que hemos dicho, para juzgar a otros, sino que cuando viere que alguno usa de algunas singularidades, entienda que aquélla es necesidad, y se compadezca de él y de su enfermedad. Dice San Bernardo: no seáis como algunos, que tienen envidia de lo que habían de tener lástima y compasión. Acontece, dice, que algunos, viendo que ponen al otro mejor plato y que le tratan mejor, tienen envidia de lo que habían de tener compasión; y juzgan al otro por dichoso por aquello de que él se tiene por desdichado y miserable, por estar sujeto a aquella necesidad y no poder seguir la comunidad: lo cual aún siente él más que la misma enfermedad. Así como no tendríamos envidia, ni murmuraciones, sino antes lástima del que estando más enfermo, le diesen más medicinas y más costosas; así, si vos entendieseis bien lo que aquél padece con aquella singularidad, no le tendríais envidia, sino compasión; y daríais muchas gracias a Dios de que Vos no tenéis necesidad de más comida, ni de más sueño, ni de más vestido, ni regalo, sino que os podéis pasar con lo común de todos. Y dice San Bernardo que el que anda mirando las singularidades que otros usan, y se le van los ojos tras aquello, muestra bien tener bajos pensamientos y corazón inclinado a sensualidad y regalo.

Concluye el Santo con lo que yo también puedo concluir. No digo esto, hermanos míos, porque tenga ahora de quien quejarme a cerca de ello, sino me pareció necesario amonestaros y preveniros, por haber algunos entre vosotros tiernos y delicados, con los cuales es menester usar de alguna dispensación o por su edad, o por su enfermedad y flaqueza. Pero doy muchas gracias a Dios nuestro Señor, dice, que veo a muchos tan cuidadosos

de sí, y tan deseosos de ir adelante; y tan lejos de esos bajos pensamientos, que no teniendo cuenta con los flacos y necesitados, que andan entre ellos, ni echando de ver en sus singularidades siempre traen puestos los ojos en sí, y andan quejosos de sí, pareciéndoles que ellos son los que hacen menos que todos; y así, a todos *los tienen por superiores* y mejores, conforme al consejo del Apóstol San Pablo (*Filip* 2. 3).

Añade otro consejo: dice que es muy bueno, no teniendo cuenta ninguna con los que tienen necesidad de particularidades, ni echando de ver en eso, poner los ojos en uno o dos de los que vemos que andan más fervorosos y son más ejemplares en casa, y procurar imitarlos. Y refiere lo que le aconteció a él con uno de sus monjes, que dice le dio mucho contento. Vino a él un monje lego una mañana en amaneciendo, y postrado a sus pies le dijo: ¡Ay de mí, Padre, que esta noche en los maitines estuve contando y considerando en uno de mis hermanos treinta virtudes, y ninguna de ellas hallo en mí!

Ese es muy buen ejercicio, andar mirando y considerando en nuestros hermanos sus virtudes. Y éste sea el fruto de este nuestro sermón, dice el Santo, que siempre miremos en los otros a lo alto de sus virtudes y no a lo imperfecto y defectuoso, y en nosotros, al contrario, no lo que nos puede ser materia de vana presunción, sino de verdadera humildad. Porque ¿qué hace al caso que vos podáis trabajar o ayunar más que el otro, si el otro os sobrepuja a vos en virtud, si el otro tiene más humildad y más paciencia y mayor caridad que vos? ¿Qué hace al caso que no pueda ayunar ni trabajar tanto como vos? Pues de aquí adelante, dice, en vuestros hermanos siempre mirad a lo bueno que en ellos hay y vos no tenéis; y en vos no miréis a lo bueno que os parece tenéis, sino mirad a lo mocho que os falta para llegar a la perfección. De esta manera nos conservaremos en humildad y en caridad y aprovecharemos mucho en la Religión.

CAPÍTULO 18

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Se cuenta de Habaudo, príncipe en Francia, cuya vocación y venida a la Religión fue singular milagro, que habiendo entrado en Religión y haciéndosele esta vida muy áspera y dificultosa, por haberse criado con un grandísimo regalo, el abad Porcario, que era entonces superior del conven-

to, le permitía comer algunas cosas particulares y extraordinarias, y que decían más con su complexión, y mandaba que se las diesen, con lo cual no sólo no medraba, antes se iba haciendo cada día más delicado y achacoso.

Acaeció que estando una vez comiendo en la mesa con los demás, a los cuales sólo ponían para comer un poco de pan duro y habas, le pareció que veía dos venerables viejos, el uno calvo y con dos llaves colgadas al cuello, y el otro monje, con un vaso de cristal en la mano, y que dando una vuelta a todo el refectorio, echaban a cada monje en su plato cierta cosa que sacaban del vaso, y que a él sólo dejaron sin darle de ella y le miraron con rostro severo y airado. Pero él cogió como pudo del plato de los que estaban sentados cerca de sí algo de aquello que les habían dado, y así como lo gustó, sintió con ello tanta suavidad, que le pareció no tenían que ver con aquel manjar, ni eran tan sabrosos cuantos en toda su vida había comido. Y habiendo visto esto mismo tres veces, se fue a su abad, y contándoselo, le preguntó con mucha instancia quiénes eran aquellos dos viejos que había visto. Cayó luego en ello el abad y entendió que eran el Apóstol San Pedro, patrón de aquella casa, y Honorato, fundador de ella, y que la causa por que no le daban a él de aquel manjar que a los demás repartían, era porque no seguía en todo la comunidad y usaba de algunas singularidades. Lo cual oído por Habaudo, esforzándose y determinándose a seguir en todo el común rigor y disciplina religiosa, se le hizo mucho más fácil y llevadera que antes le había parecido. Y poco después vio llegar los mismos Santos, que repartiendo, como solían, aquel manjar a los monjes, le daban a él también de ello, con lo cual quedó su alma muy confortada y él muy resuelto de llevar cualesquier trabajos y asperezas que en la Religión hubiese.

Cesáreo cuenta otro ejemplo semejante. Dice que había en la Orden del Cister un religioso, más en el hábito que en las obras, y por ser médico, lo más del año andaba fuera del convento, sin venir a él sino en fiestas señaladas. Un día de nuestra Señora estaba con los demás en el coro cantando, y vio entrar a nuestra Señora con grande resplandor y andar entre los que cantaban; y de una cajita que traía en la mano sacaba con una cuchara cierta bebida y daba a cada religioso de ella; y llegando a él se pasó de largo, diciendo: Tú no has menester mi bebida, porque eres médico y te regalas harto. Él quedó muy triste, pensando en su falta, y de ahí adelante mudó estilo: no salía sino mandado, y se mortificaba mucho. Y así, en la siguiente fiesta de nuestra Señora, viniendo Ella como la vez pasada a rega-

lar a los religiosos, llegó a éste, y parándose, le dijo: Porque te has enmendado, posponiendo tus medicinas a las mías, ves aquí de mi bebida, bebe como los demás. Desde entonces con aquella suavidad quedó muy firme en el monasterio, teniendo por estiércol todos los deleites del mundo, porque aquella bebida fue la devoción, la cual todo lo hace sabroso.

Cuenta el mismo Cesáreo que vino al convento de Claraval un clérigo muy regalado, y no arrostraba al pan del convento, que era basto; antes de sólo pensar que aquello había de comer, parece que se enflaquecía. Una noche se le apareció Cristo nuestro Señor con un pedazo de aquel pan, y dándoselo le decía que comiese. Respondió que en ninguna manera podía comer aquel pan de cebada. Cristo mojó el pan con la sangre del costado, y le mandó que lo comiese; lo gustó, y le supo más que miel. Y desde entonces, así el pan como los demás manjares groseros de la comunidad, que antes no podía comer, le eran muy sabrosos.

En las Crónicas de la Orden del glorioso San Francisco se cuenta de aquel capitulo célebre llamado de las Esteras, porque los aposentos eran en el campo con repartimientos hechos de esteras, donde se juntaron casi cinco mil frailes, y se halló allí también el bienaventurado santo Domingo. Se dice allí que era tanto el fervor y espíritu de penitencia que tenían entonces aquellos santos religiosos, que era menester irles a la mano. Y así, siendo informado San Francisco que muchos de ellos traían sayas y cotas de malla junto a la carne, y otros cercos de hierro, y que por eso muchos enfermaban y eran impedidos de poder orar y servir a la Orden, y algunos morían, mandó por obediencia que todos los que tuviesen cotas o cercos de hierro se los quitasen y se los trajesen, y fueron halladas quinientas piezas de sayas y cercos de hierro. Pues andando la Orden en este fervor, y juntándose ellos en este capítulo para tratar del bien y progreso de la Orden, fue revelado al Padre San Francisco que los demonios hacían otro capítulo contra éste en un hospital que estaba entre la Porciúncula y Asís, al cual se juntaron más de dieciocho mil demonios. Y como muchos de ellos diesen sus sagaces y diversos consejos, cómo pudiesen pelear y destruir a San Francisco y a su Orden y seguidores, al fin un demonio más artero y sutil dio un consejo de esta manera: Ese Padre San Francisco con sus frailes con tanto fervor huyen y andan apartados del mundo, y con tantas fuerzas aman a Dios, y se ocupan en la oración, y atormentan sus cuerpos, que al presente poco o nada podréis hacer contra ellos: os aconsejo que no os matéis ahora tanto, mas dejemos a ése cerrar los ojos, y que sean más frailes, y haremos entrar en su Orden mozos sin celo de perfección, y viejos hon-

rados, y nobles regalados, y letrados arrogantes y de flaca salud, y ellos recibirán a todos por sustentar honra y gran número. Y de esta manera los traeremos al amor propio y de cosas del mundo, y a deseos de ciencias y honras: entonces nos vengaremos de ellos, trayendo muchos a nuestra voluntad. Y pareció muy bien a todos este consejo, y quedaron muy satisfechos con esta esperanza.

TRATADO SEXTO

DE LA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS

CAPÍTULO PRIMERO

De la merced y beneficio grande que nos hizo el Señor en cercarnos con reglas.

Entre otras mercedes que nos ha hecho el Señor en la Religión fue una muy grande cercarnos con tantas reglas y avisos santos, para que así estuviésemos más guardados y defendidos de nuestros enemigos. Comparan muy bien los Santos los consejos del Evangelio al antemuro o barbacana de una ciudad: porque así como la ciudad está más guardada cuando tiene no sólo un muro, sino otro antemuro, el cual, si rompieren y derribaren los enemigos, les queda el muro con que están defendidos y guardados, así Dios ha hecho esta merced a las Religiones en lo espiritual. (*Is* 26, 1): [*Tenemos una ciudad fortificada: su salvación es el muro y antemuro*]. Nos ha cercado y guardado primeramente con el muro fortísimo de su ley y mandamientos santos, y también con otro muro o barbacana, que es con las reglas y constituciones de la Religión, para que cuando nuestros enemigos nos acometieren, que siempre traen guerra continua con nosotros, cuando mucho, rompan y derriben algo de ese antemuro; pero el muro principal de la ley y mandamientos de Dios, quede siempre entero, y nosotros en salvo. Gran merced de Dios es que la tentación que os combate, cuando mucho, os haga faltar en una reglita, que aún no llega a pecado venial, y que hagáis más caso de quebrantar, que hicierais por ventura allá fuera de pecados graves.

De donde se verá cuán grande engaño es el que suelen tener algunos flacos en la Religión, que cuando ven que hacen faltas en las reglas, y que caen en algunas imperfecciones, les parece que para andar de aquella manera desaprovechados y desasosegados, les valiera más estarse allá fuera, que ser acá tan imperfectos. Esa es tentación muy grave del demonio, pues os tocan una tecla tan principal, como es la vocación; no quisiera él sino cogeros en descampado allá en el mundo, fuera de esa cerca y antemuro de las reglas y consejos del Evangelio; porque entonces él jugara al descubierto de su artillería contra el muro de la ley de Dios, y por ventura os hi-

ciera caer presto en algún pecado mortal. Lo cual ahora no puede tan fácilmente hacer, por estar vos tan guardado y defendido con ese antemuro, donde recibís todos los golpes, y se quiebran todas sus lanzas, quedando vos muy lejos de caer en pecado mortal Por muchos disgustos e imperfecciones de ésas que tengáis, una sola culpa de las que hicierais allá en el mundo pesa más que cuantas hacéis acá; y así, por tibio y desaprovechado que os parezca que andáis, tened entendido que seréis mucho mejor que fuerais allá. Esta es una de las cosas por la que hemos de estimar en mucho la Religión, y dar cada día infinitas gracias al Señor por la merced y beneficio tan grande que nos ha hecho en traernos a ella. Aunque no hubiera otro bien en la Religión, sino éste, era muy grande y por sólo él era ella de mucha codicia y estima. ¿Nos parece poco andar los otros en el coso entre los toros y bestias fieras, y estaros vos en talanquera, mirándolos a vuestro salvo? ¿Andar los otros en medio de las tempestades y olas de la mar, y estaros vos en el puerto muy seguro? ¿Andar los otros en medio del río de Babilonia anegándose, y estaros vos en la ribera muy sentado y quieto?

Tienen más las reglas y consejos evangélicos: que ayudan mucho para guardar los mandamientos de la ley de Dios. Porque al que profesa guardar la perfección de los consejos, muy fácil se le hace guardar los mandamientos; y al contrario, el que no quiere guardar los consejos ni tratar de perfección, con mucha dificultad guardará los mandamientos de Dios.

De esta manera declara Santo Tornas aquello que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (*Mt* 19, 23): *De verdad os digo que el rico con dificultad entrará en el reino de los Cielos*. ¿Sabéis por qué?, dice Santo Tomás; porque es muy dificultoso guardar los mandamientos, por los cuales hemos de entrar en el reino de los Cielos, si no queremos guardar los consejos y tratar de perfección. Pero al que trata de guardar los consejos, le es muy fácil la guarda de los mandamientos, porque claro está que el dejar las riquezas y el no poseer cosa propia, ni usar de cosa alguna como propia, sirve para estar más seguro de codiciar lo ajeno; y el rogar a Dios por los que nos persiguen, y hacer bien a los que nos hacen mal, sirve para estar muy lejos de tener odio a nuestros enemigos; y el nunca jurar, aunque sea con verdad, sirve para estar muy lejos de jurar con mentira. Y así notan los Santos que las reglas y consejos que profesamos en la Religión, no sólo no son carga, sino son ayuda y alivio para llevar mejor la carga de los mandamientos de Dios.

Declara esto muy bien San Agustín con dos comparaciones. Tratando

de la suavidad de la Ley de Gracia, compara su peso al peso de las alas del ave; las alas no cargan, ni embarazan al ave, antes ésas son las que la hacen ligera y que pueda volar. Y las ruedas del carro algo pesan; sin embargo ese peso no sólo no carga, antes ayuda a los bueyes y les alivia tanto la carga, que si no fuese por ellas, no podrían llevar la mitad de lo que llevan. Pues de esa manera son los consejos del Evangelio que tenemos en nuestras reglas, que no sólo no nos cargan ni embarazan, antes nos sirven de ruedas con que llevamos el peso y yugo de la ley de Dios con grande facilidad y suavidad, el cual llevan los del mundo gimiendo y reventando con la carga, y dando mil caídas, porque no tienen estas ruedas ni esas alas. Por lo cual debemos ser muy agradecidos al Señor, y estimar en mucho las reglas, y aficionamos de corazón a la observancia de ellas.

CAPÍTULO 2

Que nuestra perfección consiste en la observancia de las reglas.

Guarda los mandamientos y los consejos, dice el Sabio (*Prov* 3, 21), y será vida para tu ánima, y gracia, dulzura y suavidad para tu garganta y paladar espiritual, conforme a aquello del Profeta (*Sal* 118, 103): [*¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca*]. El bienaventurado San Jerónimo, en la epístola [a *Hedibia*], que es respuesta a doce cuestiones o preguntas que le habían propuesto (la primera de ellas es cómo podrá uno ser perfecto), responde el Santo con lo que respondió Cristo nuestro Redentor a aquel mancebo, que dice el sagrado Evangelio que vino a Él, e hincado de rodillas delante de Él, le preguntó: Señor, ¿qué haré para salvarme?, porque deseo grandemente asegurar mi salvación. Le dice: Ya sabes los mandamientos de Dios; guárdalos, y de esa manera te salvarás. Responde: Maestro, ésos siempre los he guardado desde mi niñez. Dice el Evangelista San Marcos (10, 21) que *le miró Cristo y le amó*. En el modo y gracia con que le miró, le mostró exteriormente el amor. Es cosa muy amable la virtud y la bondad, y lleva tras sí los ojos y el corazón de Dios. Le dice el Señor: *Una cosa te falta si quieres ser perfecto: ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo, y ven y sígueme*. En eso está la perfección, dice San Jerónimo, en añadir a los mandamientos de Dios los consejos del Evangelio.

El Venerable San Beda dice que a estos que no se contentan con los mandamientos, sino que guardan también los consejos, les corresponde

aquella otra corona segunda que mandaba Dios a Moisés poner sobre la primera (*Ex* 25, 25). Por esa segunda corona de oro se da a entender la ventaja del premio y gloria que han de tener sobre los demás los que acá se aventajaren a ellos, guardando fuera de los mandamientos de Dios los consejos del Evangelio. Y por eso añadió Cristo nuestro Redentor (*Mt* 19, 21): no sólo alcanzaréis la vida eterna, si guardáis estos consejos, sino seréis muy rico allá en el Cielo, tendréis un tesoro muy grande.

Esta merced nos ha hecho el Señor a los religiosos, que no solamente nos llamó, no sólo nos sacó de las tinieblas a la ha admirable de su fe y Evangelio, (1 *Pedro* 2, 9), como a todos los demás cristianos, y no sólo nos quiere llevar al reino del Cielo con sus queridos y escogidos, sino quiere aventajarnos y que seamos grandes en el reino de los Cielos, y para eso nos llamó a la guarda de los consejos evangélicos, que es el estado de perfección que profesamos en la Religión.

Pues razón será que correspondamos a tan grande beneficio, guardando nuestras reglas con la perfección que nuestro Padre nos pide: Todos los que en la Compañía entraren y viven, deseen guardar enteramente todas las constituciones y reglas y modo de vivir de ella, y se esfuercen con la divina gracia, de todo su corazón y fuerzas a guardarlas perfectamente. En esto está nuestro aprovechamiento y perfección. Si esto hacemos, seremos buenos religiosos; y si las guardáremos perfectamente, seremos perfectos religiosos.

Y el mismo nombre nos dice la obligación que a esto tenemos; por eso nos llamamos religiosos, porque nos hemos obligado y atado a guardar las reglas y consejos del Evangelio. Eso quiere decir religioso, religado o reatado; porque está no sólo ligado y atado con los mandamientos de Dios, como lo están todos los cristianos, sino también con los consejos del Evangelio que se contienen en las reglas. Y por la misma razón llama la Iglesia a los religiosos *reglares o regulares*, por la obligación que tienen a guardar sus reglas, que es un nombre muy honroso de que usa el Derecho Canónico. Y a nosotros nos llama el Concilio Tridentino y los Sumos Pontífices en sus Bulas apostólicas *clérigos regulares*. Pues procuremos llenar el nombre; seamos muy regulares, muy observantes de nuestras reglas, para que así concuerde la vida con el nombre que tenemos.

San Bernardo, escribiendo a unos religiosos que andaban muy fervorosos, animándoles a ir adelante en su fervor, les dice: Os ruego, hermanos míos, y encarecidamente os pido, que andéis siempre con solicitud y diligencia en guardar la disciplina y reglas de la Orden, para que la Orden os

guarde a vosotros. De manera que guardando las reglas y disciplina religiosa, eso nos guardará a nosotros y nos conservará en virtud y perfección.

En el libro de los Jueces (13, 5; 16, 19) dice la sagrada Escritura que la fortaleza de Sansón estaba en los cabellos de su cabeza; y quitados, quedó sin fuerza, y fue vencido y maniatado de los filisteos: figura muy expresa de lo que vamos diciendo: porque así como Sansón tenía la fortaleza en los cabellos de su cabeza (porque era nazareo, que era entonces ser religioso, y conforme a la religión y secta de los nazareos, estaba obligado a criar cabellera, y no había de llegar navaja a su cabeza), y porque le cortaron los cabellos con engaño, por haber él descubierto el secreto, vencido del demasiado amor que tuvo a Dalila, su mujer, perdió con los cabellos la religión y juntamente la fortaleza; así nuestra virtud y fortaleza está en guardar esas reglas (que parecen cosas ligeras y de poca importancia como los cabellos), porque somos nazareos, que es religiosos, y estamos obligados a criar y sustentar estos cabellos; y si os los cortan, quedareis como otro Sansón sin fortaleza, y seréis fácilmente vencido y maniatado de vuestros enemigos los filisteos, que son los demonios. Y así como a Sansón, cuando le tornaron a crecer los cabellos, le dio Dios su fortaleza, así os la volverá a vos, si tornáis a daros a la observancia de las reglas y ceremonias y cosas menudas de vuestra religión.

CAPÍTULO 3

Que nuestras reglas no obligan a pecado; pero no hemos de tomar de ahí ocasión para dejarlas de guardar.

Nuestras reglas y Constituciones no obligan a pecado ninguno, ni mortal ni venial, y lo mismo es de las demás ordenaciones y obediencias, si no es cuando el superior lo manda en nombre de nuestro Señor Jesucristo o en virtud de obediencia, como se declara en las mismas Constituciones. No quiso nuestro Padre que nos fuesen lazo de pecado; sin embargo nadie ha de tomar ocasión de aquí para quebrantarlas, que suele ser una tentación muy común con que el demonio hace faltar a muchos en la observancia de las reglas. Y así, deseando nuestro Padre, por una parte, quitarnos la ocasión y lazo de pecado, que podía nacer de la obligación de las Constituciones y reglas; y por otra, que las guardásemos entera y perfectamente, sin perder un punto de perfección, dice: En lugar del temor de la ofensa, suceda el amor y el deseo de toda, perfección, y de hacer lo que

fuere mayor gloria y honra de Cristo nuestro Criador y Señor. Y al principio de las Constituciones y de las reglas dice: La interior ley de la caridad y amor, que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones, ha de ayudar para esto: que es lo que dijo el Señor por San Juan (14, 15): *Si me amáis, guardad mis mandamientos*.

Al que ama, le basta saber la voluntad del amado. Al buen hijo le basta entender la voluntad de su padre, sin otros miedos ni temores. Y el que por no obligar las reglas a pecado ni a infierno, los quebranta y tiene en poco, no es buen hijo, ni aun buen siervo tampoco. Si no, pregunto yo: ¿qué tal sería el siervo que estuviese determinado de nunca hacer cosa que su señor le mandase, si no se lo mandase desenvainada la espada y so pena de muerte? ¿Y qué tal sería la mujer que dijese a su marido: Yo no tengo de ser mala mujer ni haceros traición; mas fuera de eso sabed que tengo de hacer todo cuanto se me antojare, aunque sepa que os pese de ello? Pues tales son los que, por no obligar las reglas a pecado ni a infierno, las quebrantan. Eso es propio de esclavos, que no sirven sino por el temor del azote y del castigo. Dijo el otro: Los malos dejan de pecar y hacer mal, por temor de la pena y del castigo; sin embargo los buenos huyen del pecado y de hacer mal, por amor de la virtud y por agradar y contentar más a Dios.

San Gregorio cuenta de un santo monje llamado Marcio, que recogiéndose a la soledad del desierto, en el monte Mársico, se ató al pie una cadena de hierro, la cual estaba asida de una peña, para no andar más de lo que la cadena le diese lugar. Lo supo el bienaventurado San Benito, y le envió a decir con un discípulo suyo: Si eres siervo de Dios, no te tenga la cadena de hierro, sino la cadena de Cristo. El cual obedeció luego, y se quitó la cadena; pero no anduvo más de lo que la cadena le daba lugar, cuando estaba atado a ella. Así a nosotros (a quien nuestro Padre quitó la cadena de hierro, no queriendo tenernos atados a las reglas con obligación de pecado ni de infierno, sino con cadena de amor de Cristo), eso nos ha de hacer más fuerza y movernos más a guardar las reglas, que la cadena de hierro del temor del pecado y de la pena.

Pero se han de advertir aquí dos cosas: La primera, que cuando las Constituciones o reglas contienen alguna cosa que toca a alguno de los votos que hacemos, o que es prohibida por ley natural, entonces aquello obligaría a pecado, no por virtud de la regla o Constitución, sino por razón del voto o ley natural, como lo notamos arriba tratando de la pobreza. Lo segundo, se ha de advertir que aunque la regla de suyo no obligue a pecado, puede uno pecar cuando la quebranta, por mezclarse allí alguna negligen-

cia, pereza, desprecio o desestima de la regla, u otra cosa semejante, como lo notó muy bien Santo Tomas, tratando de las reglas de la Orden de Santo Domingo, que de suyo tampoco obligan a culpa alguna, ni mortal ni venial

CAPÍTULO 4

Que el ser cosa pequeña lo que manda la regla no excusa, antes acusa más al que no la guarda.

Otra tentación suele traer el demonio muy común, para que faltemos a la observancia de algunas reglas, diciendo que son cosas livianas y de poca importancia, y que no está en eso la santidad y perfección; con lo cual, ayudado de nuestra flojedad y tibieza, nos hace muchas veces faltar en ellas; y así es menester prevenimos contra esta tentación.

Y cuanto a lo primero, digo que eso que toma uno por excusa, diciendo que son cosas livianas y ligeras, no excusa ni aligera la culpa, antes en cierta manera la hace más grave. Doctrina es ésta de San Agustín; tratando de la desobediencia de Adán, dice: Así como la obediencia de Abrahán en sacrificar a su hijo Isaac se tiene con razón por grande por habérsele mandado una cosa dificultosa, así la desobediencia de Adán en el Paraíso fue tanto mayor cuanto fue más fácil y ligero el precepto que Dios le puso, porque no tiene excusa ninguna ¿Qué excusa pudieron tener nuestros primeros padres para no obedecer en una cosa tan fácil como era el no comer de un solo árbol teniendo tantos otros, y por ventura de mejores frutas, de que podían comer? ¿Qué hiciera Adán, si le mandaran una cosa grande? Si como mandó Dios a Abrahán que le sacrificase a su hijo, mandara a Adán que le sacrificara su mujer, ¿cómo obedeciera en sacrificarla, el que por no descontentarla no quiso dejar de comer una manzana, mandándoselo Dios? Pues de la misma manera, el ser las reglas que uno quebranta tan fáciles de cumplir, agrava más su culpa y desobediencia. Así lo nota también San Buenaventura. Las faltas en cosas pequeñas tanto más condenan a uno y le hacen más digno de reprensión, cuanto más fácil fue el evitarlas y no caer en ellas. Si lo que se manda fuera muy grave y muy difícil de hacer, parece que tuvierais alguna excusa: pero en una cosa tan fácil y ligera, ¿qué excusa podéis tener?

Y más: ¿cómo creeré yo que obedeceréis en cosas grandes y dificultosas, si no obedecéis en cosas fáciles y ligeras? No hay por qué pensar que será para lo más el que no es para lo menos. Dice San Bernardo: El

que no puede acabar consigo de refrenar la lengua y vencer la gula, no es religioso. Y era éste como un principio común entre aquellos monjes antiguos, y por eso comenzaban su ejercicio por la abstinencia; porque decían ellos: El que en esto exterior, que es más fácil, no se venciere, ¿cómo se vencerá en lo interior, que es más dificultoso? ¿Cómo se habrá con los enemigos *espirituales e invisibles* (*Ef* 6, 12) el que con estos exteriores, que ve, no se sabe valer?

Por aquí podremos entender si son verdaderos o falsos los deseos que algunas veces tenemos de cosas grandes, como de padecer grandes trabajos y mortificaciones, y aun martirios en tierras de infieles. Porque si acá no sois para padecer y sufrir una mortificación muy ligera; si acá quebrantáis una regla y otra, por sólo no mortificaros en ir a pedir licencia, ¿cómo se puede creer que acometeréis las cosas arduas y dificultosas? Dice muy bien San Buenaventura: Muchos dicen que desean morir por Cristo, los cuales no quieren padecer por Cristo cosas muy livianas y palabras muy ligeras. Sin embargo, el que se espanta del sonido de una hoja que lleva el viento, ¿cómo esperará el golpe de la espada que le está amenazando? Si una palabrilla que os dijo el otro, que es cosa de aire, os turba y desasosiega. ¿Qué será cuando se levantaren las persecuciones de veras? ¿Qué será cuando os impusieren falsos testimonios en cosas graves, y se tuvieren por verdades? Y así aconseja San Buenaventura que nos acostumbremos a vencernos y mortificarnos en cosas pequeñas, porque el que no se sabe mortificar y quebrantar su voluntad en estas cosas, menos lo hará en las grandes.

Cuenta Dionisio Cartusiano que un novicio comenzó con mucho fervor los primeros días, y después vino a aflojar y andar tibio, como suele acontecer. Al principio todo se le hacía fácil, después ya se le comenzaban a hacer dificultosos los oficios humildes y los ejercicios de mortificación; y entre otras cosas, dice que se le hacía muy pesado traer cierta vestidura o hábito pobre y humilde que acostumbraban traer los novicios. Durmiendo él una vez después de mediodía, vio en sueños a Cristo nuestro Redentor, que iba cargado con una cruz muy larga y muy pesada, y que cansado y anhelando procuraba subir con ella por una escalera que allí estaba; sin embargo, como la cruz era tan grande, no cabía por la escalera. Viendo esto el novicio, se compadeció grandemente de verle en aquel trabajo, y queriéndole ayudar le dijo: Os suplico, Señor, tengáis por bien que os ayude yo a llevar esa cruz. Vuelve el Señor los ojos a él con un rostro grave y severo, y le dijo con indignación: ¿Cómo presumes tú llevar ésta mi cruz tan

pesada, pues no puedes sufrir el traer por amor de Mí ese hábito que pesa tan poco? Y en diciendo esto desapareció, y despertó el novicio, y quedó con aquella reprensión tan confundido y tan animado, que de allí adelante, cuanto antes había sido el disgusto, tanto era mayor el gusto y contento que sentía en traer aquel hábito pobre y humilde.

CAPÍTULO 5

Del daño grande que se sigue de hacer poco caso de las reglas, aunque sea en cosas pequeñas.

El que es fiel en lo paco, también lo será en lo mucho; y el que es infiel y malo en lo poco, también lo será en lo mucho (*Lc* 16, 10). Por ser tan común esta tentación con que el demonio procura que nos descuidemos en la observancia de las reglas, diciendo que son cosas livianas y de poca importancia, y que no está en eso la perfección ni el aprovechamiento, declararemos acerca de esto dos cosas: la primera, cuánto daño se sigue de menospreciar estas cosas pequeñas y no hacer caso de ellas; la segunda, el bien grande que se sigue de lo contrario; que lo uno y lo otro nos dice Cristo nuestro Redentor en las palabras propuestas.

De lo primero dice que el que es malo e infiel en lo poco, también lo será en lo mucho. Y antes lo había dicho el Espíritu Santo por el Sabio (*Eccli* 19, 1): *El que menosprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer en las grandes*. Esto había de bastar para hacernos muy diligentes y cuidadosos en la observancia de las reglas, y para que no nos atreviésemos a faltar en ellas por parecernos cosas pequeñas y de poca importancia; pues sabemos que es palabra de Dios que el que menospreciare las cosas pequeñas, poco a poco caerá, y no parará hasta venir a las grandes.

De esta manera se viene a perder una ciudad y a ser tomada de los enemigos. Dice el Profeta Jeremías (*Lam* 2, 8): *Quiso el Señor destruir la ciudad de Jerusalén*, aquella ciudad tan fuerte y tan torreada, y que estaba cerrada con muro y antemuro. *Echó sus trazas, sus cordeles y medidas, y no alzó la mano hasta ponerlo por obra*. Pero ¿cómo se puso por obra? ¿Sabéis cómo? dice Jeremías: *Cayó el antemuro, y luego fue rompido y desbaratado también el muro,* y así entrada y tomada la ciudad. Pues de esa manera entran y ganan los enemigos la ciudad de nuestra alma. Las reglas, como dijimos al principio (cap. 1), son el antemuro y barbacana, que guarda y defiende el muro de la ley y Mandamientos de Dios; y así, si vos

dejáis caer ese antemuro, presto caerá también el muro, y será saqueada y robada vuestra alma. [*El que aportillare el vallado, le morderá la serpiente*] (*Eccl* 10, 8), dice el Sabio. Si comenzáis a romper ese seto de las reglas y a desportillar ese vallado, por ahí entrará la serpiente antigua y os morderá. Si quitáis el cerco a la viña, no hagáis caso de lo que tenéis dentro, presto os la vendimiarán toda: [*¿Por qué destruiste su cerca y dejas que la vendimien todos los pasajeros?*] (*Sal* 79, 13).

Pero para que se entienda esto mejor, porque es un punto de mucha importancia, dejemos metáforas y figuras y hablemos llanamente. ¿Queréis saber cómo es esto que nos dice el Espíritu Santo, que el que menosprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer en las grandes? Es a la manera que dicen los teólogos y los Santos del pecado venial, y lo decimos a los niños en la cartilla: el pecado venial, dicen, es una disposición del pecado mortal. Los pecados veniales, por muchos que sean, no hacen un mortal, ni bastan para matar el alma ni quitar la gracia y amistad de Dios; pero van disponiendo el alma, enterneciéndola, enflaqueciéndola y entibiándola, para que así fácilmente pueda ser vencida con alguna tentación u ocasión que se ofrezca, y venga a caer en algún pecado mortal.

Como los primeros tiros de artillería, que baten un muro, aunque no den con él en tierra, todavía le atormentan y disponen para que los postreros le derriben; y las gotas de agua que caen sobre una piedra, aunque cada una por sí no basta para cavarla y hacer agujero en ella, pero basta para disponerla de tal manera, que en virtud de esa disposición las gotas siguientes la caven y hagan agujero: [*Las aguas cavan las piedras, y la tierra se desvanece poco a poco con las avenidas*], dijo Job (14, 19); de esa manera va el pecado venial disponiendo para el pecado mortal. Va uno poco a poco perdiendo el miedo al pecado; comienza a hacer lo que es fuera del amor de Dios, presto hará algo que sea contra Él. A quien no se le da nada de mentir, ni jurar sin necesidad, presto tropezará y atropellará lo uno con lo otro, jurando alguna mentira o alguna cosa dudosa y le veis ahí caído en pecado mortal. A quien no se le nada de murmurar en cosas liviana, presto se le ofrecerá alguna cosa que no sea tan liviana, y se verá en peligro de pecado mortal. El que se descuida en mirar livianamente y es negligente en desechar los pensamientos malos y deshonestos que le vienen, cerca está de caer: alguna vez, cuando él esté más descuidado, se le irá el corazón tras los ojos o tras el pensamiento, y se hallará caído en un momento; que eso es lo que pretende el demonio con esos descuidos y pecados veniales, disponer para los mortales.

Pues a ese modo es el quebrantar las reglas y el hacer poco caso de ellas. Nos va disponiendo y llevando poco a poco a mayor mal, hasta hacernos caer en cosas grave, Al principio tiene uno remordimiento de conciencia en quebrantar la reglita, después no tanto, después ya lo hace sin remordimiento. De esa misma manera y a ese paso se va también uno entibiando y descuidando en la oración, y en los exámenes y en todos los ejercicios espirituales, porque eso tampoco es más que regla: una vez lo deja, otra lo hace mal hecho y por cumplimiento y sin sacar fruto ninguno de ello.

De estos principios, que parecen pequeños, suelen venir las caídas grandes del religioso. Así lo notan los Santos, sobre aquellas palabras del Evangelio, cuando Judas murmuró de la Magdalena por haber empleado aquel ungüento en ungir los pies del Salvador, diciendo que fuera mejor venderle, y dar el precio a pobres. *No dijo esto Judas,* dice el Evangelista (*Jn* 12, 6), *porque le daban cuidado los pobres, sino porque era ladrón y* [*como tenía la bolsa, hurtaba de lo que echaban en ella*]: como él era el que había de vender el ungüento, por tener oficio de despensero, le pesó de perder aquella ocasión de sisar de diez uno; y en recompensa de eso determinó de vender a Cristo nuestro Redentor en aquellos treinta dineros que allí había perdido. Dice San Agustín: Advertid que no se perdió Judas cuando vendió a Cristo; no comenzó entonces su mal, que de atrás lo traía; ya era ladrón, y estaba perdido, y seguía a Cristo solamente con el cuerpo, y no con el corazón. Pues así también, cuando viereis alguna gran caída de algún religioso, no penséis que entonces comenzó su mal, que antes de eso estaba ya perdido. Mucho había que solamente con el cuerpo estaba en la Religión, y no tenía espíritu ni oración ni examen, ni se le daba nada de quebrantar las reglas, y de aquellos polvos nacieron esos lodos. Lo mismo nota San Jerónimo: [*El desdichado de Judas quiso resarcirse con el precio de su Maestro del perjuicio que creía habérsele seguido del desperdicio del ungüento*]. Mirad a qué extremo de males llevó a Judas la codicia, y el comenzar a sisar poco a poco, y el ser amigo de tener algo, para que temamos nosotros de comenzar a faltar, aunque sea en cosas muy pequeñas.

Esto es lo que dice Job (41, 13): *Antes de la presencia del enemigo, viene la pobreza*. Porque primero se empobrece y enflaquece el ánima con la muchedumbre de las imperfecciones y culpas veniales, y con la falta de la oración y de los ejercicios espirituales; y de ahí viene a caer en las graves y mortales. El que anduviere con mucho descuido tragando imperfecciones, presto tragará pecados claros y manifiestos. Por eso guardémonos

de dar esa entrada al demonio y de ir perdiendo el miedo a las reglas y hacer poco caso de ellas. [*Corrígete, Jerusalén, porque no se aparte mi alma de ti: porque no te torne en un desierto inhabitable*], dice Dios por el Profeta Jeremías (6, 8). Procurad de amoldaros a esta disciplina religiosa y a esta observancia que nos enseñan las reglas, porque por ventura no se aparte Dios de vos y os desampare, y así vengáis a dar una grande caída.

CAPÍTULO 6

De los bienes grandes que se siguen de guardar las reglas y hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas.

Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque has sido fiel en lo poco, Yo te pondré y levantaré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor (*Mt* 25, 21). En estas palabras de Cristo nuestro Redentor se nos declaran bien los bienes grandes que se siguen de ser uno muy diligente en guardar las reglas y en hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas y menudas. Será tan grande y tan aventajado el gozo y galardón que os darán por haber sido fiel y diligente en lo poco, que no dice que entrará en vos el gozo, porque no cabrá; sino que vos habéis de entrar en él y sobrará, como cuando entráis en una sala, que sobra mucho. Yen otra parte dice (*Lc* 6, 38): *La medida* del premio y de la gloria, que nos han de dar por eso, no es escasa, ni arrasada, sino *colmada y superabundante*.

Pero veamos cuál será la causa por la que el Señor premia y levanta tanto a los que son fieles en lo poco. La causa es porque en esas cosas pequeñas se echa de ver la fidelidad de uno, y lo que hará cuando se le ofrezcan cosas mayores. Así lo dice el mismo Señor por San Lucas (16, 10): *El que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho*. Es de notar que no dijo: El que es fiel en lo mucho, también lo será en lo poco; sino al revés; porque más parece que se echa de ver la fidelidad de uno en lo poco, que en lo mucho. Como la fidelidad de un despensero o contador no se echa tanto de ver en que no le alcancen en cien o mil ducados, cuanto en que no le alcancen ni en un maravedí; y el buen criado y el buen servicial no se echa tanto de ver en las cosas grandes como en las pequeñas y menudas y que no había obligación de hacerlas; y el amor y obediencia del buen hijo para con su padre no se echa tanto de ver en que le obedece en las cosas graves y de mucha importancia, cuanto en que aun en las cosas muy menudas no quiere salir un punto de la voluntad de su padre, ni hacer cosa al-

guna en que le dé el menor disgusto del mundo. De la misma manera el buen religioso no se echa tanto de ver en que se guarda de caer en faltas graves y en pecados mortales, cuanto en que es muy cuidadoso y diligente en el cumplimiento de todas las reglas y obediencias, por pequeñas y menudas que sean.

Pues por esto el Señor premia y levanta tanto a estos tales, y les hace tantas mercedes y es tan liberal con ellos; porque ellos son liberales con Dios, que es lo que dice el Apóstol Santiago (4, 8): *Acercaos vos a Dios, y Él se acercará a vos*. Y cuanto vos más os allegareis a Dios, y más liberal os mostrareis con Él, tanto Él será más liberal con vos haciéndoos mayores mercedes y favores. El que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar a Dios no sólo en las cosas de obligación, sino en las de consejo y de supererogación, y no sólo en las mayores, sino también en las menores, y en todo procura hacer lo mejor y más perfecto y lo que entiende que es más conforme a la voluntad de Dios, ése es liberal con Dios, y con ése es Dios también muy liberal.

Estos son los que privan con Dios y los que se llevan las mercedes y las ventajas, y los que crecen y medran, y se señalan sobre los otros en virtud y perfección: así lo vemos por experiencia. Algunos hemos conocido de éstos muy aventajados en espíritu y dones de Dios; y de otros hemos oído decir que con ser muy antiguos, tenían gran cuenta con la observancia y puntualidad de cualquier reglita y de cualquier obediencia, por mínima y pequeña que fuese, que eran ejemplo y confusión a todos; y por este camino los levantó y aventajó tanto el Señor. Aun acá en el mundo vemos que los que sirven de esa manera a los señores, desvelándose en darles contento en todo lo que pueden, grande y pequeño, ordinario y extraordinario, ésos son los que les ganan la voluntad y los que se llevan las mercedes y favores. Pues así es también en la casa de Dios: a los que se hacen niños, humillándose y preciándose de la observancia de las cosas pequeñas y menudas de la Religión, a ésos abraza Dios y los regala y hace muchas mercedes (*Mt* 19, 14): [*Dejad a los niños venir a Mí, no los queráis impedir, porque de los tales es el reino de los Cielos*]. Pero a los que se levantan a mayores, y van cobrando libertad, y hacen de los antiguos, y ya no se precian de esas cosas, sino antes se desdeñan de ellas, pareciéndoles cosas de novicios, los humillará Dios y los echará de sí, conforme a aquello del Profeta (*Sal* 130, 2): [*Si no me allané y compuse al igual con los demás, sino que mi corazón se engrió sobre ellos; como el niño recién destetado se aflige en los brazos de su madre, tal sea la pena dentro de mi corazón*]:

Si me levantare a mayores, acaézcame, Señor, lo que al hijo que desteta la madre, la cual quita los pechos y la leche al niño que es ya grande; pero al chiquito le trae en los bracos y le da el pecho. Pues si no me humillare como un niño, echadme, Señor, de Vos, y despedidme, como la madre echa y despide de sí al niño que desteta. Y más: al niño que destetan le ponen acíbar en los pechos, para que donde antes hallaba gusto y dulzura, halle después amargura. Esa maldición se echa también David, y alcanza a los que se alzan a mayores y se desprecian de ser niños y pequeños, que donde antes hallaban gusto y dulzura en la oración y en los ejercicios espirituales, hallan después amargura, todo se les convierte en acíbar.

Por lo cual dice San Jerónimo: El que desea darse de veras a Dios y agradarle mucho, con tanto cuidado y solicitud anda en las cosas menores, como en las mayores, porque sabe que aun hasta de una palabra ociosa y de un pensamiento ocioso ha de dar cuenta a Dios; y entiende muy bien que de las cosas menores viene uno poco a poco a caer en las mayores: y está cierto que si él es fiel en lo poco, le premiara y galardonará Dios con lo mucho. Y así ninguna cosa tiene por pequeña, sino de todo hace mucho caso. Y San Basilio, encargando esto mismo, dice: De tal manera habéis de procurar poner los ojos en las cosas mayores, que no os descuidéis de las menores. Ninguna falta, por pequeña que sea, la tengáis en poco; porque no hay enemigo que, despreciado, no sea muy perjudicial y nos pueda hacer mucho daño.

CAPÍTULO 7

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En el segundo libro de los *Reyes* (5, 10) cuenta la sagrada Escritura de Naamán, que era un hombre muy rico y poderoso y muy privado del rey de Siria, general de todo su ejército, pero estaba lleno de lepra. Oyó decir que en Samaria estaba un profeta, Eliseo, que curaba y sanaba de todas las enfermedades y resucitaba muertos. Alcanza favor y cartas del rey de Siria para él rey de Israel, que le hiciese curar luego en llegando. Va allá con grande aparato de caballos y coches. Llega a la puerta del profeta Eliseo; entran los criados con el recaudo; el Profeta no salió, sino le envía a decir: Decidle que vaya al Jordán y se lave allí siete veces, y sanará. Naamán se enojó grandemente por aquella respuesta. Pensé, dice, que había de salir el Profeta, y que con grandes ceremonias había de invocar sobre mí el nom-

bre de su Dios y que había de tocar con sus manos el lugar de la lepra, y que así me sanara; y ahora sale con eso, que me vaya a lavar al Jordán. Como si no tuviésemos allá en nuestra tierra mejores aguas para lavarnos. Vámonos, que para esto no teníamos que venir acá. Y como diese la vuelta para tornarse a su casa, pareciéndole que aquélla era cosa de poca importancia, y que no había de hacer caso de ella, sus criados, que debían de ser mas avisados, le dicen: Señor, aunque el Profeta os mandara una cosa muy grande y muy dificultosa, la habíais de hacer por vuestra salud, ¿cuánto más mandándoos una cosa tan fácil, como es el ir a aquel río, que está tan cerca, y lavaros en él? Le convenció la razón, y va allá, y se lava siete veces en el Jordán, y quedó sano de su lepra: quedó su carne tan limpia y tan fresca como la de un niño pequeño. Es de notar cómo en aquello que a él le parecía cosa pequeña y de poca importancia, estuvo su salud. Lo mismo sucede en las cosas espirituales. En esas cosas pequeñas y menudas, que nos dicen las reglas, está nuestra salud y nuestro aprovechamiento y perfección: como vemos también que la perfección de una imagen está en unos punticos y rayitas muy pequeños. Pues si para alcanzar esta salud espiritual y este aprovechamiento y perfección os dijéramos que era menester hacer unas cosas muy arduas y dificultosas, por cierto que era mucha razón hacerlas, y que lo habíais de dar por muy bien empleado, ¿cuánto más diciéndoos que la alcanzaréis haciendo unas cosas tan fáciles? Y así, el ser las reglas de cosas ligeras y pequeñas, no solamente no nos ha de ser ocasión de descuido antes de ahí hemos de tomar ocasión para animarnos más a guardarlas, viendo que en unas cosas tan pequeñas y tan fáciles está librado nuestro aprovechamiento y perfección.

Se cuenta en el libro de los varones ilustres de la Orden del Cister que tenían una regla estos monjes que al fin de la mesa recociesen las migajas de pan y las tornasen o las echasen en algún plato. Aconteció una vez que un monje de aquéllos muy temeroso de Dios y muy observante de las reglas, había recogido las migajas en la mano, y absorto y elevado con la lección de la mesa, se las tenía en ella; y estando en esto, hizo señal el prior para que se acabase la lección y se levantasen. Entonces volvió sobre sí el monje, y se halló perplejo, porque ya no había lugar de comerlas ni de echarlas en el plato, y muy confundido de la negligencia que había tenido en la guarda de aquella regla, le pareció que no tenía ya otro remedio sino ir a decir su culpa al superior y pedirle penitencia por ella; y guarda las migajas en su puño cerrado, y al acabar de dar gracias, se va a él, y postrándose a sus pies, le manifiesta la falta que había hecho, y le pide penitencia de ella con mucha humildad. El prior le dio una reprensión confor-

me a la culpa, y le preguntó qué había hecho de las migajas. Respondió: Padre, aquí las tengo en la mano. —Mostrad. Extiende el brazo, abre el puño, y en lugar de las migajas hallan unas perlas preciosísimas. Y nota allí el autor que quiso nuestro Señor dar entender con este milagro cuánto le agradan los religiosos fervorosos que hacen mucho caso, no sólo de las reglas graves, sino también de las pequeñas y menudas. Este ejemplo cuenta también Surio en la *Vida* de San Odón Abad, y dice que le aconteció esto a él, siendo súbdito, aunque él, por su humildad, lo contaba como cosa acontecida a otro religioso.

Cuenta Cesáreo que en el tiempo del emperador Federico vacó una de las abadías imperiales que solían proveer los emperadores. Y habiendo sido elegidos dos de los monjes para ella, y no pudiendo concertarse, el uno de ellos ofreció al emperador Federico una suma de dinero, que había allegado en el monasterio, porque le eligiese. Recibió el dinero el emperador y le dio palabra de hacerlo. Mas después, siendo informado que su competidor era muy buen religioso, sencillo y virtuoso y muy observante de sus reglas, tomó consejo con los suyos qué modo tendría para elegir a éste, que lo merecía, y dejar al otro. Le dijo uno de los suyos: Señor, yo he oído decir que estos monjes tienen regla de traer cada uno consigo la aguja con que se cose; pues cuando vuestra alteza esté en su capítulo, le pida prestada la aguja a ése, que es menos observante, como para limpiarse los dedos; y si no la tuviere, habrá buena ocasión para no darle la abadía, como a hombre que no guarda su regla. Lo hizo así el emperador; y como no la tuviese, dice al otro su competidor: Padre, prestadme vos vuestra aguja; el cual al punto la sacó y se la dio. Entonces el emperador le dijo: Padre, vos sois buen monje, y, por tanto, digno de tanta honra; yo tenía determinado de elegir a vuestro competidor; pero él se ha hecho indigno de eso, pues no guarda su regla; y bien se deja entender que quien se descuida y no hace caso de las cosas pequeñas, que más se descuidará en las grandes. Y con esta ocasión le quitó la abadía, y la dio al observante de su regla.

Cuenta el mismo Cesáreo que una matrona principal, queriendo dejar el mundo y tomar el hábito de Religión en un monasterio donde era vicario un monje llamado Florino, el día de su despedida hizo un convite a sus deudos y conocidos, y con ellos convidó al dicho vicario. A los seglares se les servía carne, y al religioso, pescado, porque, conforme a su regla y a la obediencia que de ello tenía de su abad, no podía comer carne; pero viendo él la carne, se le fueron los ojos tras ella, y con aquel apetito tomó con donaire un bocado de carne asada del plato del que estaba junto a él, y lo en-

tró en la boca; pero por justo juicio de Dios, de tal manera se le atravesó el bocado en la garganta, que ni le podía pasar ni echar fuera. Y como se estuviese ahogando y ya vueltos los ojos para expirar, otro religioso compañero suyo que allí estaba le dio una puñada tan grande en la cerviz, que le hizo echar el bocado; y todos entendieron que aquello había sido en pena y castigo de su desobediencia.

En la historia general de Santo Domingo cuenta el Padre fray Hernando del Castillo que viviendo Santo Domingo en Bolonia, súbitamente una noche comenzó el demonio a atormentar a un fraile lego con tanta crueldad, que despertaron a los golpes y ruido los otros religiosos, los cuales, por mandato de Santo Domingo, le llevaron a la iglesia, y apenas podían con él diez frailes. Entrando por las puertas, de un soplo mató las lámparas, de suerte que quedaron todos a oscuras, y el demonio por mil maneras descoyuntaba al pobrecillo. El Santo le mandó, en virtud de Jesucristo, le dijese por qué le atormentaba, y por qué había entrado en él. A lo cual el demonio respondió: Que porque la tarde antes había bebido sin licencia y sin echar la bendición, yendo contra los establecimientos de la Orden. Estando en estas pláticas tañeron a maitines, y el demonio dijo: no puedo estar más aquí, que ya los capillados se levantan a alabar a Dios, Y dejó al fraile medio muerto, y tan molido y quebrantado, que hasta otro día no pudo tenerse en pie ni menearse. San Gregorio cuenta otro ejemplo semejante de una monja que comió de una lechuga sin echar la bendición, y entró luego el demonio en ella.

CAPÍTULO 8

De algunas otras cosas que suelen ser causa de faltar en las reglas, y del remedio para ellas.

Algunas veces, el faltar en las reglas suele provenir de una cortedad o encogimiento, o, por mejor decir, inmortificación, por la dificultad que uno siente en ir a pedir licencia al superior para aquello que sin ella no puede hacer, y así será menester allanar esta dificultad. Yo no digo que no bebáis, ni comáis, ni habléis, o que no toméis o recibáis lo que el otro os quiere dar; sino lo que digo es que se haga todo eso con licencia. Lo que vos podéis hacer con bendición de Dios y de los superiores, ¿para que lo queréis hacer sin ella? Pero diréis: ¿Tengo de ir tantas veces al superior con cada niñería? Está ocupado, y se enfadará. Ese es el engaño que querría yo aho-

ra quitar. No sólo no se enfadan los superiores de eso, sino antes esa es una de las cosas con que más se consuelan y edifican, porque ése es su oficio. Y estima tanto la Religión que vos seáis muy obediente y no hagáis cosa alguna sin licencia, para que así aprovechéis y merezcáis más, que tiene por muy bien empleado el tener un superior y otro, cuyo oficio sea daros licencia para todo lo que fuere menester. Pues sabiendo ellos que ése es su oficio, que para eso les ponen en él, claro está que no se han de enfadar, sino holgar, de que vos acudáis a ellos. Como no se suelen enfadar los mercaderes y oficiales de que se les ofrezca ocasión de ejercitar sus oficios; antes, mientras más se corre el oficio, y más marchantes acuden a ellos, más se huelgan. Así lo hacen también los buenos superiores; y pensar vos lo contrario de alguno de ellos es no tenerle por buen superior.

Más: ¿cómo se ha de enfadar el superior de que acudáis a él a pedirle licencia para aquello que él sabe no podéis hacer sin licencia? Si fuerais a él con algunas impertinencias, o con algunas cosas excusadas, pudierais temer que se enfadara; pero en lo que hay regla expresa, antes se huelga mucho, porque es gran contento ver que sus súbditos andan tan observantes en las reglas y tan puntuales en la obediencia, que hacen caso de cosas muy pequeñas y menudas. Y, por el contrario, el no acudir a ellos con esas cosas es lo que sienten los superiores, y lo que les da mucha pena, por ver que va uno cobrando libertad y exención, y se atreve ya a hacer esas cosas sin licencia, y como si no hubiera en casa superior a quien poder acudir, y como si no hubiera regla que tratara de eso. Esto es razón que sienta el superior, como buen padre, que desea nuestro bien y se duele de nuestro mal; y así, esto es en lo que habíamos de tener la dificultad, por no dar este disgusto a los superiores.

De aquí se infiere también que así como decimos que no tiene uno de qué tener empacho de ir al superior a pedirle licencia para aquello que él sabe que es regla y que no lo puede hacer sin licencia, así mucho menos hemos de tener empacho en decir a nuestro hermanó que no tenemos licencia para lo que él sabe que es regla y que no lo podemos hacer sin licencia. Este es un aviso de mucha importancia, porque algunos suelen quebrantar algunas reglas por no mortificarse en decir: «No tengo licencia para hablar o para recibir eso que me dais.» Algunas veces se quieren estos excusar diciendo que por no mortificar al otro pasaron con eso, y no se atrevieron a decir que no lo podían hacer. Eso es juzgar al otro de poco religioso y de poco observante de las reglas; entended que no quedará el otro mortificado, sino edificado de veros tan observante. Y por ventura os quiso

probar con aquella ocasión para ver cómo practicabais las reglas. Preciaos vos de religioso, pues lo sois, y de muy observante de vuestras reglas, que eso no puede parecer a nadie mal, sino muy bien.

Otros se suelen excusar en esto diciendo. «Lo hice por no parecer escrupuloso.» Esta es también muy mala excusa, porque ser uno observante de sus reglas no es parecer escrupuloso, sino religioso; y avergonzarse uno de parecer religioso y siervo de Dios, y muy observante de sus reglas, sería muy mal caso. Porque ése es uno de los abusos que hay en el mundo, que en tratando uno de virtud y de frecuencia de Sacramentos, y de tener un poco de recogimiento, luego murmuran y hacen burla de él, por lo cual muchos no se atreven a darse a la virtud descubiertamente como dice el sagrado Evangelio (*Jn* 3, 2) del otro hombre principal, que fue a Cristo nuestro Redentor de noche, que no se atrevió a ir de día. Pero en la Religión es al contrario; y así hemos de procurar que sea siempre. Entre otros bienes grandes de que gozamos los religiosos, es uno éste, que estamos en compañía de tal gente, que todos procuran ser más virtuosos y más religiosos, y el que en eso se aventaja, mas, es más estimado; y el buen religioso ha de estar tan fundado y tan firme en el amor de Dios y de la virtud, que aunque tuviese en eso alguna contradicción, no por eso ha de desistir de lo bueno y de lo mejor, ni avergonzarse de parecer religioso y siervo de Dios; y quien se avergonzare de esto, ha de temer no se avergüence también el Hijo de Dios de tenerle y confesarle por siervo suyo delante de su Padre, Como lo dice en el Evangelio (Lc, 9, 26): [*Quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, de este tal se avergonzará el Hijo del Hombre, cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos Ángeles*].

Si un caballero tuviese un criado para que le acompañase y honrase, y el criado fuese tan soberbio y mal mirado, que cuando va su amo, se quedase de propósito muy atrás por no parecer criado suyo, claro está que merecería ser despedido y echado de su casa. Pues ese mismo castigo ha de temer el que se avergüenza de parecer siervo de Dios y observante de sus reglas.

Para que quedemos más desengañados en esto, es bien que nos persuadamos que no solamente los de casa, sino los de fuera se edifican mucho cuando nos ven muy puntuales y muy observantes en nuestras reglas: como cuando estando con ellos tañen a alguna obediencia, y les decimos, «Señor, ahora nos llaman a esto»; y dejando la conversación con buen término, nos vamos a cumplir la obediencia. Bien sabemos que algunos seglares se han edificado y aprovechado más de esto que de lo que se los

pudiera decir quedándose con ellos; y mientras la persona que hace esto es más antigua y de más prendas, más se edifican. De manera que el ser uno muy puntual y muy exacto en guardar sus reglas y en decir que ha menester licencia para lo que el otro sabe que no lo puede haber sin ella, no es cortedad ni mala crianza, aunque el otro sea un Padre muy antiguo, ni es ser escrupuloso, sino ser buen religioso y cuidadoso de su aprovechamiento; y así, no puede ofender, sino edificar mucho a todos. Si fuera hacer alguna cosa singular y extraordinaria, parece que pudiera tener algún color decir «no quiero parecer singular, no piensen que es hipocresía»; pero esto no es sino guardar vuestra regla. Y más, con esto de una vez dejáis cerrada la puerta para cosas semejantes, que es gran descanso; y si la abrís, dais ocasión para que os acometan con lo mismo otras veces; y fuera del bien y provecho que en esto granjea uno para sí, hace mucho bien a su hermano, porque por ventura el otro no reparaba en aquella regla, y con aquel ejemplo repara y la estima. Y no se le pudo dar mejor recuerdo.

En la Crónica de la Orden de San Jerónimo (cap. 28) se cuenta de un religioso que resplandecía mucho en el silencio, por lo cual era tenido de todos en gran reverencia. Un caballero principal, oída su fama, fue al monasterio con deseo de hablar con él, y viéndole que iba solo a su huertezuelo, comenzó a ir tras del, llamándole para hablarle; mas el siervo de Dios ni se paró a esperar al que le llamaba, ni le respondió palabra. Y yendo así en pos de él, entraron los dos en el huerto; y entrando el santo varón se derribó en tierra, y cerrando los ojos con la mano, dijo al que le hablaba: ¿Por ventura, señor, ignoráis que yo no os puedo hablar sin licencia de mi prior? Y dichas estas palabras, se tornó a derribar en tierra, y no le habló otra cosa alguna; y como vio esto el caballero no le quiso ser más importuno, sino, dice la historia, que se tornó a su casa más edificado de la guarda de su silencio que si le hubiera hablado mil palabras.

De otro santo varón de la misma Orden se cuenta en la misma Crónica (cap. 21) que entre otras muchas virtudes tenía ésta, que hablaba poco, mayormente en los tiempos de silencio y lugares entredichos, como en el claustro e iglesia; y no sólo se guardaba de hablar en los lugares susodichos, mas ni quería responder a otro que le hablase en ellos. Y acaeció una vez que el rey don Enrique vino al monasterio, y paseándose acaso por el claustro, vio a este religioso que pasaba por allí. Le llamó para hablarle, porque le amaba mucho por la santidad de su vida. Mas él no se curó de parar ni de responder, y como el rey vio que no le respondía, comenzó a alzar más la voz e irse en pos de él llamándole. Mas el siervo de Dios nun-

ca se paró, ni respondió palabra hasta que salió fuera del claustro. Y como ya ambos estuviesen fuera, le dijo al rey por qué no le había respondido antes. Él entonces, dando la causa, dijo: En el claustro donde vuestra alteza me llamaba, no conviene hablar a los religiosos, y ésta es la causa por la que no respondí hasta que salí de él. Y dice la historia que quedó el rey muy edificado con aquella respuesta.

CAPÍTULO 9

De otros medios que nos ayudarán para guardar las reglas.

Fuera de lo dicho, nos ayudará mucho para ser diligentes y cuidadosos en la observancia de nuestras reglas: lo primero, el buen ejemplo y edificación que estamos obligados a dar, conforme a aquello del Apóstol San Pablo (*Rom* 12, 17): [*Procurando obrar bien no solamente delante de Dios, sino también delante de todos los hombres*]. No basta que seamos buenos para nosotros, sino es menester que demos luz al mundo con nuestra vida y ejemplo. De tal manera hemos de resplandecer delante de los hombres, que viendo ellos nuestra vida tan ejemplar, *alaben y glorifiquen a nuestro Padre que está en los Cielos* (*Mt* 5, 16); como suelen alabar y bendecir los hombres a Dios cuando ven un árbol muy florido o muy cargado de fruta, o una cosa muy hermosa y olorosa. A todo el mundo tenemos obligación de dar este buen ejemplo y resplandor con nuestra buena vida; pero especialmente a nuestros hermanos, con quien más tratamos y conversamos. Pues este buen ejemplo y edificación no está en que no hagáis faltas graves, sino en evitar las pequeñas, y que vean todos que sois muy puntual en la obediencia y en la observancia de las reglas, y que estimáis las cosas muy pequeñas y menudas de la Religión, y hacéis mucho caso de ellas. El que en esto se esmera y señala más, ése da más ejemplo y edificación; y mientras más antiguo es uno y más letrado, más edifica el verle cuidadoso y diligente en estas cosas menudas. Esa ha de ser la antigüedad y en eso se ha de echar de ver el más antiguo, en que sea más humilde, más mortificado y más puntual en la observancia de las reglas y en todas las obediencias, por pequeñas que sean: conforme a lo que nos enseñó Cristo nuestro Redentor y Maestro en el Evangelio (*Lc* 22, 26): [*El que es mayor entre nosotros, hágase como el menor, y el que tuviere preeminencia, como el siervo*]. Estos son los que con su buen ejemplo sustentan la Religión, y hacen que yaya adelante la virtud y disciplina religiosa; és-

tos son las columnas que la tienen en pie: [*Le haré columna en el templo de mi Dios*], que dice Dios en el Apocalipsis (3, 12): [*Hoy te he puesto como columna de hierro y como muro de bronce*], que dijo a Jeremías (1, 18). Y, por el contrario, no puede uno hacer mayor daño en la Religión que dando mal ejemplo en ella; mientras más antiguo fuere y de mayores partes, mayor daño hará, porque el ejemplo es eficacísimo para mover y llevar tras sí a otros, como los Santos y la experiencia nos enseñan, y para el mal es mucho más eficaz. Pues si el otro os ve a vos, que sois más antiguo, practicar de esa manera las reglas y que no hacéis caso de cosas pequeñas, ¿qué ha de hacer él con la inclinación natural que todos tenemos a libertad y anchura, y repugnancia y aversión a andar en regla y en pretina? ¿Qué ha de hacer viendo el camino hollado y el portillo abierto, sino irse por él? Eso es lo que él quería, y no estaba esperando sino quien le hiciese la guía y le quitase le vergüenza. De esa manera se viene a relajar la disciplina religiosa y venís vos a ser la causa y principio de ello; y tendréis que dar cuenta a Dios, no solamente de vuestras culpas, sino de las ajenas, porque fuisteis causa de ellas con vuestro mal ejemplo, conforme a aquello del Profeta (*Sal* 18, 13): [*De mis yerros ocultos purifícame, Señor, y los ajenos perdónalos a tu siervo*]. Pues esto nos ha de ayudar a que seamos muy observantes de nuestras reglas, y a que no hagamos cosa que pueda desedificar.

El segundo medio para que esté siempre en pie la observancia de las reglas es muy casero y muy fácil, y nos lo pone nuestro Padre en las mismas Constituciones y reglas, donde dice: «Algunas veces entre año, todos rueguen al superior les mande dar penitencia por la falta de observar las reglas; porque este cuidado muestre el que se tiene de aprovechar en el divino servicio. Hemos de estimar tanto las reglas, que cuando faltáremos en ellas, no sólo lo sintamos interiormente, pesándonos de ello, sino que lo mostremos también exteriormente, pidiendo y haciendo alguna penitencia por ello; y de esa manera, aunque falte uno algunas veces en las reglas, con la penitencia se suelda y satisface esa quiebra, y quedan las reglas en su entereza y en su vigor y observancia, como si no las hubiera quebrantado.

Dicen allá los doctores juristas, y los teólogos también, que la ley entonces está en su fuerza y vigor, verde, fresca, entera, como si entonces se acabara de hacer, cuando castigan al que la quebranta. No es menester para que la ley se diga estar en su vigor y observancia, que no la quebranten los súbditos; basta que se tenga en cuenta con castigar y penar a los que la quebrantan. Pero cuando la ley se quebranta a rienda suelta, y aquello ya

no se castiga ni se repara en ello, entonces dicen que es señal que aquella ley no está en observancia, ni tiene fuerza de ley, sino que está ya derogada o abrogada *per non usum*, porque no se usa, o por el uso contrario. De la misma manera podemos decir en las reglas. Cuando en la Religión hay tanto cuidado, que al hacerse la falta y al quebrantarse la regla, luego se sigue la penitencia, entonces anda muy buena la observancia de las reglas. Sin embargo, cuando por una parte se quebrantan las reglas y se hacen muchas faltas en ellas, y por otra no vemos que se piden ni hacen penitencias por ello, entonces bien podemos decir con verdad que no se guardan las reglas, pues que ya se quebrantan tan libremente y tan a rienda suelta, que no se repara en ello, ni se castiga, ni se hace caso de ello. Mañana diréis que esa regla ya no tiene fuerza de regla, porque el uso contrario la ha abrogado, pues a vista de los superiores, o sabiéndolo ellos, se quebranta y no se da penitencia por eso.

De aquí es que los superiores, que tienen obligación de hacer que las reglas estén en pie y en observancia, y son centinelas y gualdas de la Religión, están obligados a dar penitencias por las faltas de observarlas; de manera que cuando el superior os da la penitencia y la reprensión, no es porque tiene tema con vos, ni porque tenga menos estima de vos; bien sabe que somos hombres, y que no es mucho faltar en una u otra regla, sino lo hace por cumplir con su oficio, que le obliga a volver por las reglas. Y si él, cuando se quebrantan, pasase por ello y se disimula, y no da penitencia ninguna, sería mostrar poca estima de ellas, y consentir en que se quebranten, y que así se vaya poco a poco perdiendo el uso y ejercicio de ellas, y aflojando y relajando la Religión. Esta dice San Buenaventura que es la diferencia que hay de las religiones observantes y reformadas a las relajadas; no es que en éstas se peque, y en aquellas no, que eso es imposible: [*Porque todos tropezamos en muchas cosas*] (Jacob, 3, 2), sino que en las observantes y reformadas, el que quebranta la regla es reprendido y castigado, y en las otras, no.

Pues esto que el superior hace por la obligación que tiene por razón de su oficio, quiere nuestro Padre que todos le ayuden a hacerlo; y así, dice que «algunas veces entre año todos rueguen al superior les mande dar penitencias por la falta de observar las reglas.» Porque fuera mucho trabajo obligar al superior a que anduviera hecho alguacil ejecutor tras cada uno, dándole penitencias por cada regla que quebranta; ni eso era posible, ni aunque lo fuera, convenía a la suavidad que se usa en la Compañía. Vos habéis de tener ese cuidado y ser el primero que habéis de decir vuestra

culpa al superior y pedirle la penitencia, y nunca habíais de permitir que el superior supiese vuestra falta primero de otro que de vos, porque vuestro es ese negocio, y vos ganáis más en ello que ninguno.

Y pondérese mucho la razón que da de esto nuestro Padre en la misma regla: «Porque este cuidado muestre el que se tiene de aprovechar en el divino servicio.» De manera que en tener uno cuidado, cuando falta en la regla, de ir a pedir penitencia por ello muestra que le tiene de su aprovechamiento; y el que quebrantando las reglas y haciendo muchas faltas en ellas no tiene cuidado de pedir penitencia por ello, muestra tener poco cuidado de su aprovechamiento. De aquí es que cuando se usa mucho este ejercicio, y hay muchas penitencias y mortificaciones, nos parece que anda muy buena la casa y que hay mucho fervor, y andan todos muy edificados y animados.

Pues éste es el segundo medio que damos ahora, que es bien fácil. Yo no digo que no hemos de hacer faltas ningunas en las reglas, que para eso era menester que no fuéramos hombres, sino ángeles: muchas veces faltaremos a ellas; y ¿quién hay, por justo que sea, que se escape de faltas y pecados veniales? [*Pues no hay hombre que no peque*] (3 *Reyes* 8, 46). Pero cuando faltareis, mostrad algún sentimiento, échese de ver que sois religioso, y que tenéis estima y aprecio de las reglas, y que andáis con deseo de guardarlas. Véanos siquiera decir luego vuestra culpa, porque con esa penitencia de nonada que hacéis soldáis la quiebra de la regla; y aún ganáis más de lo que perdisteis, y no quedará el demonio ufanado de la falta que os hizo hacer, sino corrido y avergonzado de cuán bien la supisteis satisfacer. Así lo confesó el mismo demonio a Santo Domingo, mal de su grado, cuando le llevó por todas las oficinas del monasterio, para que le dijese cómo tentaba en cada una de ellas a sus religiosos; llegando al lugar del Capítulo, que es donde dicen sus culpas y les dan las reprensiones y penitencias, dijo el demonio: Aquí pierdo todo cuanto gano en el locutorio y en el refectorio, y en todos los demás lugares.

Y no sólo para con Dios, sino también para con los hombres se satisface y se suelda mucho la quiebra de las reglas, haciendo estas penitencias. ¿Os descuidasteis en tañer o en acudir puntualmente a alguna obediencia; hicisteis una falta pública que todos la vieron? Con una penitencia pública quedará soldada esa quiebra, con que digáis siquiera vuestra culpa. Mas si ven la falta y no ven penitencia ninguna por ella, con razón se podrá decir que en esta casa no se tiene cuenta con la puntualidad, sino que van las cosas a poco más o menos.

Sin embargo se debe advertir aquí que aunque es verdad que se usa más en la Compañía el pedir las penitencias que el darlas, y así es razón que sea siempre: mas no conviene que se olvide la segunda manera de hacer penitencias que dice la regla, que es «cuando el superior obliga a ellas por el mismo fin», porque sería eso causa de que se viniesen a hacer dificultosas las penitencias dadas por el superior, y de que algunos viniesen a sentir demasiado que les diesen a ellos esas penitencias, lo cual sería notable detrimento de la Religión y de mucha desedificación; y así, conviene no dar entrada en ninguna manera a esto, sino que vaya adelante ese uso, y se ejercite generalmente con todos, que siempre habrá ocasión para ello. Y aunque no la hubiese, dice nuestro Padre que todos estén dispuestos para aceptar y cumplir de buena voluntad todas las penitencias que les fueren impuestas, aunque no se diesen por falta alguna culpable. En lo cual se muestra más la virtud y humildad y el deseo que tiene uno de aprovechar, conforme a aquello del Apóstol San Pedro (1 *Pedro* 2, 20): [*¿Qué gracia hay en sufrir el castigo cuando pecáis? Lo agradable a los ojos de Dios está en sufrir con paciencia cuando obráis bien*]. Muchas gracias, o pocas, mejor decir, si cuando hacéis la falta y hay buen por qué, entonces lleváis en paciencia la reprensión y penitencia. Pero cuando uno no hizo por qué, y después le reprenden y le dan penitencia, como si hubiera tenido culpa, y la lleva con paciencia y edificación, aquello es de mucha estima.

Ayudará también para guardar las reglas lo que dice la última regla del Sumario y la última de las comunes, que es saberlas y entenderlas; y así manda que todos las tengan y lean u oigan leer cada mes. Algunos no se contentan con oír leer las reglas en el refectorio, sino que con la lección espiritual que tienen leen juntamente cada día tres o cuatro reglas, con que las vienen a pasar todas cada mes despacio y con consideración; y es muy buen uso éste y muy buena lección espiritual Ayudará también mucho para esto traer el examen particular sobre la observancia de las reglas, no sobre todas juntas, sino sobre aquella de que cada uno sintiere mayor necesidad, y después sobre otra, y otras veces sobre las de su oficio; y será un examen de mucho provecho.

TRATADO SÉPTIMO

DE LA CLARIDAD QUE SE HA DE TENER CON LOS SUPERIORES Y PADRES ESPIRITUALES, DÁNDOLES ENTERA CUENTA DE LA CONCIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Cuán importante y necesario es andar con claridad con nuestros superiores.

Casiano dice[1] de aquellos Padres antiguos que a los que de nuevo entraban a servir a Dios les proponían, como primera letra del A, b, C, que todas sus tentaciones y pensamientos malos, y todo lo que pasase por su alma, lo habían de descubrir luego a sus mayores y maestros; y era éste como primer principio entre ellos. Decía el bienaventurado San Antonio: Si es posible, no ha de dar paso el religioso, ni se ha de menear, que no dé cuenta de ello al superior; hasta cuántos vasos de agua bebe al día le ha de manifestar, para que todo vaya nivelado por la obediencia. San Juan Climaco dice que halló en un monasterio de gran santidad a muchos monjes que traían un librito pequeño colgado de la cinta, en el cual escribían cada día todos sus pensamientos, para dar cuenta de ellos a su pastor, y dice que era aquél mandamiento de su superior. Este mismo documento ponen expresamente San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio y San Bernardo.

Pues esto, que es común doctrina de los Santos, y era primer principio entre aquellos Padres antiguos, nos encarga a nosotros nuestro Padre, como cosa muy importante y necesaria, con las palabras más graves que se hallan en las Constituciones: «Habiéndolo pensado y considerado y encomendado mucho a Dio ha parecido delante del acatamiento de la divina Majestad, que conviene en gran manera que los súbditos se den totalmente a conocer a sus superiores.» No suele hablar de esta manera nuestro Padre en otras cosas, aunque sean de mucha importancia; y no se contenta con

---

[1] Téngase presente la actual legislación de la Iglesia sobre la cuenta de conciencia a los superiores. (N. del E.)

decirlo de esta manera, sino se pone a probarlo con razones muy eficaces.

La primera razón de la importancia y necesidad de esta claridad con los superiores es para que así puedan ellos mejor gobernar y enderezar los súbditos. El superior está obligado a regiros y enderezaros, porque ése es su oficio, eso es ser rector y superior. Pues si no os conoce, ni vos os declaráis con él, claro está que no puede hacer eso. Dice el Sabio (*Prov* 28, 13): *El que esconde y encubre sus faltas no puede ser enderezado*. Si el enfermo no descubre al médico su enfermedad, no le podrá curar: porque, como dice San Jerónimo, la medicina no cura lo que no conoce. Es menester que declaréis al médico vuestra enfermedad si queréis que os cure; y si tenéis muchos achaques y enfermedades, todas se las habéis de manifestar, porque, si le encubrís alguna, podrá ser que os dé tal medicina que os haga más daño a lo que no le dijisteis, que provecho a lo que le declarasteis; porque lo que es bueno para el hígado, es malo para el bazo; y así es menester que lo declaréis todo, para que de tal manera temple la medicina en lo uno, que no haga daño a lo otro.

Pues de la misma manera y por la misma razón es menester que declaréis al médico espiritual, que es el superior, todas vuestras indisposiciones y achaques. Cuando el médico conoce bien al enfermo y sabe todas sus indisposiciones y entiende su complexión, entonces tiene andado mucho camino para curarle, porque luego cae en la raíz de la enfermedad, y sabe de que humor peca, y lo que le puede hacer provecho o daño, y así fácilmente le aplica el remedio que le conviene. Por esto, los príncipes y grandes señores traen consigo médicos que anden con ellos y asistan a sus comidas; no es para que el médico les ande diciendo a cada paso: no comáis de eso, no bebáis tanto, que eso sería enfadarles y serles pesados, sino para que viéndoles comer, y viendo sus ejercicios, y a lo que se inclinan más, y lo que les suele hacer daño o provecho, entiendan bien su complexión, y después, en el tiempo de la enfermedad, les sepan curar y aplicar mejor los remedios. Pues éste es el regalo que quiere nuestro Padre que tengamos nosotros: médicos que anden siempre con nosotros, que entiendan muy bien nuestra complexión e inclinación, nuestra flaqueza o fortaleza, para que así nos sepan mejor curar y gobernar.

El gobierno de la Compañía es espiritual e interior; no va enderezado a castigo; y así, de ordinario no procede por vía jurídica de informaciones y denunciaciones, sino sólo pretende el remedio y provecho de vuestra alma; y para eso es menester que vos mismos os manifestéis y descubráis al superior como a médico y como a padre que está en lugar de Dios; y si no

lo hacéis, será poneros en peligro y tentar a Dios, el cual os quiere regir y gobernar por medio de hombres, y ellos no pueden gobernaros bien si no os declaráis con ellos, porque no os conocen.

La segunda razón, que declara más la pasada, es porque claro está que cuanto los superiores estuvieren más al cabo de todas las cosas interiores y exteriores de sus súbditos, tanto con mayor cuidado y amor les podrán ayudar y guardar sus ánimas de diversos inconvenientes y peligros en que podrían caer, poniéndoles en éste o en el otro puesto u ocasión, por no saber sus tentaciones y malas inclinaciones, ni cuánto sea el caudal y suficiencia de virtud.

Especialmente que en la Compañía siempre hemos de estar dispuestos, conforme a nuestra profesión e instituto, para discurrir por unas y por otras partes del mundo todas las veces que por el Sumo Pontífice o por nuestros superiores inmediatos nos fuere mandado. Y para que se acierte en las tales misiones, en enviar a unos y no a otros, o a los unos a tal cosa y a los otros a otra, dice nuestro Padre, no sólo importa mucho, sino sumamente, que el superior tenga entera noticia de las inclinaciones y tentaciones de sus súbditos, y a qué defectos o pecados son o han sido más inclinados; porque con eso les podrá regir y enderezar mejor, no mandando a nadie cosa sobre sus fuerzas, ni poniéndoles en mayores peligros o trabajos de los que buenamente puede llevar cada uno.

Una de las cosas que hace el gobierno de la Compañía fácil, suave y muy acertado, es esta claridad de los súbditos y esta noticia que tienen los superiores de cada uno, de su talento, de sus partes y habilidades buenas y malas, y para lo que es, y para lo que no es; porque de esa manera saben lo que han de hacer de cada uno y en qué le pueden poner. Y así, no os mandarán cosa sobre vuestras fuerzas espirituales, ni corporales, ni os pondrán en peligro, sino repartirán *a cada uno según sus fuerzas y talento,* como dice el sagrado Evangelio (*Mt* 25, 15).

Lo tercero, importa mucho esto, dice nuestro Padre, para que así el superior pueda mejor ordenar y proveer lo que conviene al cuerpo universal de la Compañía, por cuyo bien y honor juntamente con el vuestro, está obligado a mirar. Y cuando vos os declaráis con él, y le dais entera cuenta de vuestra alma entonces el superior, mirando en todo vuestra honra, y sin nota ninguna vuestra, puede mirar por el bien universal de todo el cuerpo de la Compañía, y si no os declaráis bien con él, por ventura pondréis a peligro vuestra honra y vuestra alma, y también la honra de la Religión, que depende de la vuestra.

De camino será bien que consideremos y ponderemos aquí cómo los medios que la Compañía nos da para nuestro propio aprovechamiento, son conformes y proporcionados al fin de ella. Si nuestro instituto fuera estarnos encerrados en nuestras celdas, e irnos al coro y al refectorio, no hubiera necesidad de tanta claridad ni de tantas cuentas de conciencia; pero en la Compañía, donde se hacen y han de hacer tantos guisados de los sujetos, y han de fiar tanto de ellos y enviarlos por ese mundo entre fieles e infieles, y algunas veces solos, y por mucho tiempo, menester es que sepa bien el superior lo que hay en cada uno, para que no le ponga en peligro a él y a la Compañía. Y al mismo particular le importa mucho el declararse bien con el superior, para descargo y seguridad de su conciencia; porque, si no, irán sobre él todos esos peligros; porque si él declarara al superior su flaqueza y pocas fuerzas espirituales, no le pusieran en esas ocasiones y peligros.

Trae Plutarco una comparación que declara bien esto: Los pobres que quieren parecer ricos se empobrecen más y vienen a acabarse de perder; porque quieren gastar como ricos más de lo que sufre su costilla. Pues de la misma manera, si un religioso es pobre de virtud, y por falta de humildad quiere encubrir su pobreza y parecer rico, y que tiene lo que no tiene, empobrecerá más, y por ventura se acabará de perder, porque le tratarán como a rico y aprovechado, poniéndole en ocasiones y peligros para los cuales no tiene costilla ni virtud, y todo irá sobre él, por no haberse declarado. Y así, aunque no fuese sino por sola nuestra satisfacción y seguridad y para descargo de nuestra conciencia, y quedar sin escrúpulo, y que no vayan sobre nosotros esos peligros, habíamos de dar esta cuenta clara al superior, para tener con eso más obligado a Dios, que nos acuda y nos saque con bien de los peligros y de las ocasiones.

¡Oh, qué contento y satisfacción tiene un religioso que se ha declarado del todo con el superior y le ha manifestado todas sus miserias e imperfecciones, cuando después le envían a la misión o le ponen en tal oficio! ¡Y qué confianza tiene en Dios que le ha de ayudar y sacar de vergüenza en las ocasiones y peligros que se le ofrecen! Señor, yo no me puse en este oficio, ni en este puesto, antes propuse mi insuficiencia y mis pocas fuerzas espirituales para ello. Vos, Señor, me pusisteis y me lo mandasteis: Vos supliréis lo que a mí me falta. ¡Con qué confianza dice aquello de San Agustín: Señor, dadme lo que mandáis, y mandadme lo que quisiereis! Le parece que con aquello tiene obligado a Dios para que le dé lo que le manda.

Pero el otro que no se declaró, antes por ventura, porque le pusieren

en aquello, o porque no le quitasen lo otro de que él gustaba, dejó de manifestar alguna tentación, o pasión, o imperfección y flaqueza suya, ¿qué consuelo puede tener? Porque a ese tal no le envía Dios, ni la obediencia le pone en aquello: porque la ignorancia, como dicen los filósofos, causa involuntario; y así no es ésa la voluntad del superior, sino él por su propia voluntad se ingiere y se entromete: intruso es, no llamado ni enviado. De los cuales se puede muy bien decir lo que dice Dios por Jeremías (23, 21): *No los enviaba Yo, y ellos se ingerían; no les hablaba, y ellos se hacían Profetas*. Estos tales, ¿qué mucho que falten y que no les suceda bien? Razón tienen de temer y de vivir desconsolados.

Y adviertan mucho estos tales que no cumplirán con su conciencia con pedir al superior que no les ponga en tal ocupación u ocasión, diciendo en general que no sienten en sí virtud ni fuerza para ello, sino es menester declarar la causa más en particular, como diremos después; porque todo lo demás lo atribuye el superior a humildad, y los más santos suelen decir más de eso.

Pues por estas razones nos encomienda esto tanto nuestro Padre, y nos lo repite muchas veces en las Constituciones, como cosa de mucha importancia por el buen ser de toda la Compañía. Y está tan lleno nuestro Padre de este sentimiento, que en la cuarta parte tratando de que nadie tenga cosa, ni puerta, ni arca cerrada, dice: «ni la conciencia propia», aunque parecía no venir a propósito. Tanto es el sentimiento y estima que tiene de esto. Y lo mismo hace en la sexta parte, donde dice: no tengan encubierta cosa alguna al superior, ni de lo exterior, ni de lo interior. Tiene esto por tan necesario en la Compañía, que [*oportuna e inoportunamente*], como dice San Pablo (2 *Tim* 4, 2), a todo tiempo nos lo quiere acordar.

En la quinta Congregación general, tratándose cuáles eran las cosas sustanciales de nuestro instituto, se dice que son aquellas que se propusieron en la fórmula o regla de nuestro instituto a Julio tercero y fueron por él y por sus sucesores aprobadas y confirmadas; y también todas aquellas sin las cuales ésas no pueden estar en pie, o con mucha dificultad se pueden conservar: y una de ellas, dice que es dar cuenta de la conciencia a los superiores. De manera que es ésta una cosa tan sustancial, que sin ella no se puede conservar la Compañía; y en esto decimos todo lo que se puede decir. Aun en otras Religiones han observado y notado esto algunos historiadores que todo el tiempo que duró en ellas esta santa costumbre de acudir con todas sus cosas a sus superiores y Padres espirituales, y tenerles toda su alma descubierta, anduvieron con mucho fervor. Y, por el contrario, la

experiencia nos muestra que éste suele ser el camino común, por donde se viene uno a perder y a faltar en la religión: comienza poco a poco a dejarse llevar de la tibieza y de la pasión y mala inclinación, y a faltar en los ejercicios espirituales, y a caer en una falta y en otra; procura encubrir su imperfección y no da cuenta de su enfermedad; se va de esa manera enconando la llaga y afistulando; y lo que era poco se viene a hacer mucho, y así viene después a ser casi incurable y arruinarse del todo el edificio, porque había mucho que se iba desmoronando, sin ponerle remedio. Lo cual notó bien San Doroteo, por estas palabras: Algunos dicen: por esto cayó aquél, por esto salió el otro; la enfermedad le echó, o sus padres le sacaron de la Religión; pero yo digo que ni eso ni eso otro fue la causa, sino el haberse cerrado al principio y no haber querido dar cuenta de las cosas que pasaban por su alma.

CAPÍTULO 2

Cuán gran descanso y consuelo es andar uno con claridad con su superior y padre espiritual, y los bienes y provechos grandes que hay en ello.

Los Santos y Doctores de la Iglesia Ambrosio, Agustino, Jerónimo y Bernardo dicen que uno de los mayores consuelos que puede tener un hombre en esta vida es tener un amigo fiel, con quien poder descansar, descubriéndole todo su pecho y todos los secretos de su corazón, conforme a aquello del Sabio (*Eccli* 6, 16): [*El amigo fiel es medicina de vida*]. No hay medicina tan eficaz para curar las llagas, dice San Agustín, como un tal amigo que os pueda consolar en vuestros trabajos, daros consejo en vuestras dudas, alegrarse en vuestras prosperidades y compadecerse en las adversidades. *El que ha hallado un tal amigo, ha hallado un tesoro*. ¿Qué digo tesoro? No hay cosa que se le compare. Cuanta plata y oro llevan las Indias y goza todo el mundo, no vale tanto como un amigo semejante. Pues esta merced nos ha hecho el Señor en la Compañía, que tengáis un amigo tal, conviene a saber, el superior, que es vuestro padre espiritual, vuestro maestro, vuestro médico, vuestra madre y hermano; y tiene pecho y entrañas para con vos más que de madre, y tomará vuestras cosas como propias. Pues sabeos aprovechar de un tal amigo, y descubríos a él con grande confianza. Si hallareis un amigo tal, dice el Sabio, acudid a él, frecuentad su aposento, consultando comunicando con él todas vuestras cosas, que en él hallaréis consuelo, consejo y remedio para todo lo que hubiereis menester. Así como al enfermo le es alivio y consuelo declararse al

médico que le ha de curar, así al que está afligido y desconsolado le es grande alivio y consuelo declarar y manifestar sus penas y aflicciones a quien le puede consolar y ayudar.

Uno de los asedios que ponen los filósofos morales para desechar la tristeza y aliviar el corazón afligido es contar y declarar sus trabajos a otro. Y le trae Santo Tomás tratando de la tristeza, y da la razón de esto, porque cuando uno quiere pasar sus trabajos a solas consigo mismo, llevan tras sí más la atención y el corazón, y así afligen más; pero cuando se comunican, se divierte uno algún tanto de aquello, porque se reparte la atención, y se dilata y descansa el corazón. Y así lo vemos por experiencia, y lo dicen comúnmente los hombres: Señor, perdonadme, que descanso en contaros mis trabajos. El santo abad Nilo, discípulo de San Juan Crisóstomo, dice que era éste un medio común que daban aquéllos Padres antiguos para esto: el cual declaraban ellos con una buena comparación: ¿No habéis visto unas nubes que están muy negras y oscuras cuando están muy cargadas de agua, y así como la van echando y despidiendo de sí y se van descargando, se van parando claras y resplandecientes? Pues así, mientras uno anda cargado y cerrado con sus tentaciones, vive en gran tristeza y confusión, y con grandes pesadumbres y melancolías; pero en echando de sí esta cargazón, así como va destilando y echándola de sí, descubriéndose y manifestándose al superior, así se va aliviando el corazón y mitigando la tristeza, y queda alegre y consolado, y con una paz y contento grande.

San Doroteo cuenta de sí que sentía él tan grande paz y comento descubriendo y manifestando todas sus cosas a su maestro y padre espiritual, que, por sentir tanto contento como sentía, le venía temor y sospecha si iba bien, y se indignaba contra sí mismo; porque decía él que a los que van camino del Cielo les están profetizados trabajos (*Hechos* 14. 21): [*Por fuerza hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*]; y como veía que no sentía trabajo, sino mucho contento y consuelo, le venían aquellos temores, si iba camino del Cielo o no; hasta que consultó a su maestro, que era el abad Juan, y le dijo que no tuviese pena, porque aquella paz y contento que sentía estaba prometida a los claros de conciencia como él. Y adviértase que esta claridad no solamente ha de ser en las tentaciones e imperfecciones, sino también en las cosas que de suyo son buenas y muy espirituales, como iremos declarando y lo dijimos también arriba (trat. 50, cap. 7).

Por ser esto de tanta importancia, nos lo encarga nuestro Padre tanto, y quiere que los superiores hablen y traten a menudo a sus súbditos; por-

que fuera de otros provechos que en ello hay, con este trato particular y familiar se animan mucho los súbditos a acudir a los superiores y tratar con claridad con ellos. Y para más abundancia y mayor consuelo de todos, mandan las Constituciones que haya en cada casa y colegio un prefecto de las cosas espirituales, a quien todos pueden acudir para descansar y consolarse con él, y para ser enderezados y ayudados en las cosas de sus almas.

Dice muy bien Casiano: Vemos que todas las disciplinas humanas y todas las artes mecánicas, que no sirven sino para provechos temporales, con ser tan materiales, que las podemos ver con los ojos y palpar con las manos; con todo eso no se pueden aprender y saber bien si no se hace uno aprendiz y se sujeta a algún maestro que las enseñe. Pues ¿en qué seso cabe pensar que para sola esta ciencia de vuestro aprovechamiento espiritual no habéis de haber menester maestro que os enseñe y diga cómo os habéis de haber, siendo ella tan oculta y tan espiritual e invisible, que no sólo no se puede ver con los ojos del cuerpo, pero ni aun con los del ánima, si no hay mucha puridad en el corazón; y en errar en ella no va, como en las demás, pérdida temporal que se puede reparar fácilmente, sino perder o salvar el alma para siempre? No pelean aquí contra enemigos invisibles; y no contra uno o contra dos, sino contra innumerables catervas de demonios, que de día y de noche siempre nos están haciendo guerra. Por lo cual, dice Casiano, es menester que con mucha diligencia acudamos a nuestros mayores y padres espirituales, declarándoles todo lo que pasa por nuestra alma, para que así seamos enderezados y ayudados de ellos.

Y dejadas otras razones, el fruto y provecho grande que resulta de haber en cada casa un prefecto de las cosas espirituales y del recurso a él, se verá claramente por las cosas que con él se tratan y comunican, que son: dar uno cuenta de cómo le va en la oración; qué modo de proceder tiene en ella; qué fruto saca si guarda las adiciones y aviso que para eso tenemos; de qué trae examen particular, y si le apunta y confiere; si tiene lección espiritual, y cómo se aprovecha de ella; si tiene algunas tentaciones, y cómo se haya en ellas; qué penitencias y mortificaciones hace, así particulares como públicas; cómo le va en la obediencia, en la indiferencia, en la humildad, en la guarda de las reglas y en otras cosas semejantes. Pues quien sabe que ha de dar cuenta de todo esto, claro está que le ayudará a tener un poco de más cuenta para poderla dar mejor. Y más: no hay duda sino que es grande medio ver que se hace mucho caso de una cosa, y que se tiene grande cuenta con ella, para que nosotros también la tengamos y hagamos más caso de ella. Pues el ver que me preguntan una y otra vez estas cosas,

claro está que me ha de obligar a que tenga más cuidado con ellas y si falté una vez, procuraré no faltar otra.

Más: así como dicen los teólogos y los Santos que la confesión sacramental es un freno grande para retraer a los hombres de pecar, y se lo ha mostrado bien la experiencia a los herejes que la han negado y dejado, tanto, que hallándose por esto en Alemania los pueblos llenos de vicios y de insultos, no estando nadie seguro de su vecino, pidieron los mismos herejes al emperador Carlos quinto que mandase él por ley que todos se confesasen, porque después que no se confesaban no podían vivir ni valerse unos con otros; de lo cual no se rió poco el emperador, como si pudiera él ponerles ley de eso. Pues así como retrae a uno mucho de pecar el saber que se ha de confesar, así retrae mucho a uno de hacer faltas e imperfecciones el ver que ha de dar cuenta de ellas. Y para que llevemos adelante la comparación: así como la frecuencia de la confesión es uno de los medios más principales que podemos dar a uno para su salvación, porque fuera de la gracia y perdón de pecados que se da en este Sacramento, están allí encerrados todos los remedios y consejos que se le pueden dar; y así, cuando queremos que uno allá en el mundo se aproveche mucho, le damos un consejo: una vez, que rece el Rosario; otra, que oiga Misa cada día, si puede; otra, que oiga sermones; otra, que haga examen de conciencia; otra, que haga algunas penitencias y que procure no se le pase día ninguno en que no haga alguna penitencia; pero, finalmente, para echar el sello, le damos por remedio que se confiese a menudo con un buen confesor; y en eso nos parece que le damos todos los remedios juntos, y que le decimos todo lo que se le puede decir y todo lo que ha menester; porque si él hace eso, el confesor le irá dando cada ocho, o cada quince días, o cada mes, los medios y remedios que vos no le podríais dar ni el otro tomar de una vez, y le irá pidiendo cuenta de cómo pone por obra los que le ha dado; que así lo han de hacer los buenos confesores, procurando que sus penitentes vayan siempre creciendo en virtud. Y por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual a los penitentes que tenga cada uno su confesor firme, porque el confesarse hoy con uno y mañana con otro, suele ser causa de aprovecharse poco, porque nadie le toma de propósito a su cargo ni le mira como a hijo propio. De la misma manera en este medio de dar cuenta de la conciencia están encerrados todos los medios y remedios particulares que a uno se le pueden dar para su aprovechamiento; porque aquí ve el superior o el prefecto de las cosas espirituales cómo os aprovecháis del medio de la oración, de los exámenes y de la lección espiritual; aquí se ve cómo vencéis las tentaciones y las inclinaciones y condición mala; aquí se ve cómo

os va en el silencio, en la humildad, en la indiferencia y resignación, y si vais aprovechando, o si volvéis atrás; aquí se os da el remedio y el aviso particular que habéis menester conforme a vuestra necesidad y disposición, corrigiéndoos en lo uno y animándoos en lo otro. Y haciéndose esto con la suavidad y caridad que se ha de hacer, y se hace, por la bondad del Señor en la Compañía, de manera que entendáis vos que solamente se desea y pretende en esto vuestro mayor bien y provecho espiritual, no puede dejar de ser de grande efecto y eficacia este medio.

CAPÍTULO 3

Que el descubrir las tentaciones al superior o padre espiritual es medio muy eficaz contra ellas.

Doctrina es común de los Santos y primer principio entre aquellos Padres antiguos, como hemos dicho, que todas las tentaciones se han de descubrir y manifestar luego a los mayores y maestros; y nuestro Padre nos avisa a nosotros de ello en las Constituciones. Pero veamos cuál es la causa de encomendársenos esto tanto, porque nos hará mucho al caso para que esta verdad quede más asentada en nuestro corazón. La razón de esto, dice Casiano, es porque de esa manera no os podrá el demonio engañar con sus mañas y tentaciones, como a nuevo, pues lleváis armas de vuestro maestro antiguo. No os engañará como a ignorante y no experimentado, si vos acudís luego a vuestro Padre espiritual, docto y experimentado, y os guiáis por lo que os dice. No pelea entonces el demonio con algún soldado nuevo y bisoño, sino con soldado viejo y versado en esta espiritual milicia. Toda la ciencia y toda la prudencia y experiencia de vuestro confesor y maestro hacéis vuestra cuando os descubrís luego a él y os guiáis por lo que os dice.

Y así dice Casiano que de esta manera se alcanza la verdadera prudencia y discreción: virtud tan grande y tan alabada del bienaventurado San Antonio. Comenzaron a conferir y a tratar entre sí aquellos santos monjes en una colación o conferencia espiritual, qué virtud era la que más puede ayudar a la perfección. Dijo uno que la castidad, porque por ella tiene el hombre sujeta la sensualidad a la razón; otro dijo que la abstinencia, con que el hombre es señor de sí; otro, que la justicia; y así cada uno dijo lo que le parecía. San Antonio, habiéndolos oído a todos, y resolviendo lo que se había de tener, dijo: La virtud más necesaria y la que más ayuda pa-

ra ser uno perfecto, es la prudencia y discreción, porque todos los ejercicios de las virtudes, si no van hechos con ella, no agradan Dios ni son actos de virtud. Pues ¿queréis, dice Casiano, un modo muy fácil y muy breve para alcanzar esta virtud? Registrad y comunicad todas vuestras cosas con el superior, y guiaos con su parecer y consejo, y de esa manera la alcanzaréis y haréis vuestra la prudencia y discreción del superior. Lo mismo dice San Bernardo, tratando de esta virtud: Porque esta virtud de la discreción es cosa muy rara, procurad suplir su falta con la virtud de la obediencia, que no hagáis más ni menos, ni de otra manera, de cómo lo ordenare la obediencia. De esta manera, dice, se suple y remedia la falta de discreción y experiencia, y se alcanza la verdadera prudencia.

Por esto encomiendan tanto los Santos el descubrir luego las tentaciones; y por la misma razón, una de las cosas que con más diligencia procura el demonio es que no se descubran, porque pretende otro fin contrario, que es nuestro daño y perdición. Dice San Doroteo que no hay cosa con que tanto se huelgue el demonio, como con aquel que no quiere descubrir sus tentaciones y pensamientos al superior, pareciéndole que con eso tiene cierta la victoria, porque entonces pelea a solas con él (*Eccl* 4, 10): *¡Ay del solo*, que no tiene quien le ayude para que no caiga, ni quien le dé la mano para que se levante! Y, por el contrario, dice, no hay cosa que tanto tema el demonio, ni de que más le pese, que ser descubierto, porque con eso pierde toda la esperanza de vencer y desmaya y huye.

Declara esto muy bien nuestro santo Padre en el libro de los Ejercicios [326] con una comparación, que pues él la trae, bien la podemos nosotros traer. Dice que nuestro enemigo el demonio se ha con nosotros en tentarnos, de la manera que acá un hombre mal amistado se ha en solicitar y recuestar a una doncella que tiene unos padres muy honrados, o una mujer casada con un hombre de bien y muy celoso; el cual, queriéndola engañar, lo primero que procura con gran diligencia es que le guarde secreto; y alguna cosa tanto teme ni siente, como que la doncella vaya a decir a su padre lo que pasa, o la mujer a su marido; porque en habiendo eso, luego se da por desahuciado y despedido de alcanzar lo que pretendía; pero mientras le guardan secreto, esperanza tiene de alcanzar algo. De la misma manera, dice nuestro Padre, cuando el demonio quiere engañar a uno, lo que primero procura con toda diligencia es que le guarde secreto, y que no descubra a nadie aquellas tentaciones y razones que le trae, porque con eso tiene por cierto que le vencerá y alcanzará de él lo que pretende. Y, por el contrario, no hay cosa que tanto sienta, como que vaya a descubrir y mani-

festar estas cosas a su confesor o superior; porque como el demonio puede y acaba más por engaños, que por fuerza, en viéndose descubierto, se da por vencido y por desbaratados todos sus embustes y marañas; y es propio esto de todos los que andan con engaño, conforme a aquello del Evangelio (*Jn* 3, 20): [*El que obra mal, aborrece la luz*].

San Doroteo trae a este propósito lo que le aconteció a San Macario. Dice que el gran Macario, discípulo del gran Antonio, se encontró una vez con el demonio, y le preguntó cómo le iba con sus monjes. Respondió que muy mal, porque no entraba en ellos pensamiento malo que no le descubriesen luego a su superior; pero uno de ellos, dice, es muy grande amigo mío; a uno de ellos tengo en mi mano, del cual hago lo que quiero, y como a un trompillo le hago andar al retortero: y le declaró el nombre. Oído esto por San Macario, va a visitar a aquel monje, y halla que estaba engañado en esto, que no daba cuenta a su padre espiritual de sus tentaciones, ni se regía por él. Le exhortó el Santo a que se descubriese, y que de ahí adelante no se fiase más de su propio juicio; tomó bien el aviso, y con eso se remedió. Tornó otra vez San Macario a ver al demonio, y le preguntó cómo le iba con aquel monje su amigo; el cual respondió con grande rabia: Ya no es mi amigo, sino mi enemigo. Pondera muy bien aquí San Doroteo que a todos los monjes de San Macario tentaba el demonio; pero a los demás no los podía vencer, porque luego daban cuenta clara a su padre espiritual de todo lo que pasaba por su alma, y se gobernaban por él. Aquél sólo tenía el demonio vencido y engañado que se fiaba de su propio juicio, y se regía por su parecer, y no quería declararse y manifestarse a su superior o padre espiritual. El cual luego que se manifestó, fue también remediado.

Casiano dice que no puede ser engañado el que en todo se manifiesta y declara a su padre espiritual, y trae en confirmación de esto aquello que dice el Espíritu Santo por el Sabio (*Eccli* 27, 19): *Si descubriereis y manifestareis sus celadas y ardides*, que son sus tentaciones ocultas y escondidas, no os engañará, *ni os llevará tras sí*. Y aquello del Eclesiastés (10, 11): *Dios os libre*, dice, *de que la serpiente os muerda callando*. Ya cuando la serpiente o víbora trae cascabel, y viene silbando y haciendo ruido, y la oye el encantador, remedio hay. De la misma manera Dios os libre de que el demonio, serpiente antigua, os muerda a solas en silencio; ya cuando lo oye vuestro maestro espiritual, que puede con versos de la Sagrada Escritura encantarla, remedio tiene.

Hay más en esto: estima Dios tanto este acudir al superior o padre espiritual y declararse con él, le agrada tanto esta humildad, que con sólo

descubrirse uno, sin aguardar el remedio, y aunque no se le diga ni responda nada, queda muchas veces deshecha la tentación. Así lo dice Casiano: no dura más la tentación de cuanto se encubre en el corazón, y en descubriéndola, luego se deshace; aun antes que os responda el superior está ya deshecha. Así como la serpiente, que está escondida en una cueva oscura, o debajo de una piedra, en descubriéndola, luego huye: levantad la piedra y veréis cómo luego huyen los sapos, culebras y sabandijas que estaban allí debajo, y no pueden sufrir la luz el demonio, serpiente antigua, dice Casiano en descubriéndole, luego huye, porque es padre de tinieblas, y no puede sufrir la luz. Y más: como el demonio es tan soberbio, siente mucho que se descubran sus poquedades y bajezas, y de soberbio no lo puede sufrir, y así huye luego, al verse descubierto.

Pongámonos aquí a considerar y ponderar si para las enfermedades del cuerpo hubiera tales médicos que nos sanaran con sólo manifestárselas, cuánto lo estimáramos. Pues lo que en los cuerpo no puede ser, se ve y experimenta cada día en el alma, que con sólo manifestar las tentaciones al superior se quitan muchas veces antes que os responda. Y aún más digo: con sólo determinaros de decírselo al superior o padre espiritual, se deshace y quita muchas veces la tentación: ibais ya a decírselo, y antes que lleguéis a su puerta, ha deshecho ya Dios todo el nublado y quitado la tentación y turbación que teníais.

Tenemos ejemplo de esto en las *Vidas* de aquellos Padres de Egipto. Se cuenta allí de uno que ayunó sesenta semanas, y hacia oración muy continua, porque Dios le declarase cierta duda que tenía: y como no lo pudiese alcanzar en tanto tiempo, determinó de ir a otro monje, que moraba en aquel desierto, a comunicarla: y en saliendo de su celda para eso, halló luego un ángel que se la declaró, diciéndole que por aquella humildad había merecido más la declaración de aquella duda, que por cuantas oraciones y ayunos había hecho.

Y en el sagrado Evangelio tenemos también un buen ejemplo de esto en aquellos diez leprosos que yendo Cristo nuestro Redentor a Jerusalén, le salieron al encuentro dando voces (*Lc* 17, 13): *Jesús Maestro, tened misericordia de nosotros*. Mándales que vayan y se manifiesten a los sacerdotes. Y dice el sagrado Evangelio: *En el camino, antes de llegar allá, quedaron sanos*. Se contenta Dios tanto de que nos humillemos y sujetemos a los hombres que Él nos tiene puestos en su lugar, que para mostrar cuánto se agrada en esto, lo quiere El confirmar con milagros. Y muchas veces con sólo amenazar al demonio que le habéis de descubrir, toma él tanto

miedo, que os deja y huye; y así es bueno hacer en esto lo que hacen los niños cuando alguno les enoja, que le amenazan que se lo han de decir a su padre.

CAPÍTULO 4

Que ninguno ha de dejar de descubrir sus tentaciones a su padre espiritual, por parecerle que ya sabe los remedios que le ha de dar.

Podrá decir alguno: ya yo he oído tratar muchas veces de los remedios de las tentaciones, y de lo que he visto y leído en libros espirituales, sé lo que me puede responder el superior o padre espiritual: ¿para qué tengo de acudir a él? Bien tenemos que temer no se nos entre acá esta tentación, y tanto más cuanto a uno le pareciere que está más adelante en esta ciencia. San Doroteo era muy fatigado de esta tentación, pero sabía sacudirse bien de ella. Cuenta él que cuando quería ir a manifestar su tentación al superior, luego se le ofrecía: ¿Para qué has de gastar tiempo? Él te ha de responder esto y esto; ya tú lo sabes, no hay para qué ir a molestar al superior. Y yo, dice, me indignaba mucho contra la tentación y contra mi juicio y parecer, y decía: Apártate de mí, Satanás descomunión, anatema y maldición sea para ti. Y no me curaba de la tentación, sino me iba a mi superior y le decía todo lo que pasaba: y cuando acontecía que me respondía el superior lo mismo que a mí se me había ofrecido, luego me decía el corazón con no sé qué sobresalto y alboroto: ¿No te lo decía yo que te había de responder esto y que no era menester ir allá? A lo cual yo, por el contrario, respondía: Ahora es bueno el remedio, ahora es del Espíritu Santo; cuando salía de ti, era sospechoso, y no lo tenía por seguro. De esta manera desechaba esta tentación San Doroteo, y nunca le daba entrada, sino con todo acudía luego a su superior. Pues así lo hemos de hacer nosotros, no dando crédito a nuestro juicio ni fiándonos de él; porque sentencia es común de los sabios y de los Santos, que no es el hombre buen juez en sus propios negocios. Y si esto es verdad, aun cuando no hay tentaciones, ¿qué será cuando las hay, que ciegan los ojos del alma para que no vean lo que conviene, conforme aquello del Profeta (*Sal* 39, 13): [*Me sorprendieron mis pecados, y faltó luz a mis ojos*]? No sabe uno entonces el remedio que le conviene; y si le sabe especulativamente, no acierta a aprovecharse de él, ni a ponerle en práctica, porque está deslumbrado y turbado con la tentación y con la pasión, y más le ayudará Dios por una palabra del superior que cuanto él sabe.

San Agustín cuenta un caso gracioso, que hace a este propósito. Dice que tenía uno una enfermedad; llamó al médico, el cual, viéndole, le aplicó cierta medicina con que estuvo luego bueno. Aconteció que de ahí a algunos días le tornó el mismo achaque; y como le había ido tan bien con el remedio que le habían aplicado la vez pasada, no se curó de médico, sino tomó el mismo remedio, que se le había quedado muy bien en la memoria; pero aunque le tomó, no sintió con él provecho alguno. Entonces, maravillado del caso, envió a llamar al médico, y le cuenta lo que pasaba, y le pregunta cuál era la causa por la que habiendo tomado la misma medicina, no le había aprovechado nada. Le respondió el médico graciosa y agudamente: Señor, la causa por la que no os aprovechó ahora esa medicina fue porque no os la di yo. Pues lo mismo podemos decir en nuestro propósito. Ese remedio que vos sabéis y habéis oído muchas veces, no os aprovechará nada, porque no os le dio vuestro superior o confesor, que es vuestro médico espiritual. Otra fuerza y eficacia tiene la medicina dada de mano del médico, que sabe el punto y las circunstancias; así es también en las medicinas y remedios espirituales. Buenas eran las aguas de los ríos de Damasco, y mejores que las del Jordán, pero no bastaron para quitar la lepra de Naamán, sino aquellas en que le mandó el Profeta Eliseo que se lavase (6 *Reyes* 5, 10). Concurre Dios con las palabras que os dice el superior y con el medio que os da, porque está en su lugar; y así el remedio fácil y común, dado de mano del superior, os aprovechará más que cuanto vos sabéis, aunque supieseis mucho más.

CAPÍTULO 5

Que ninguno ha de dejar de manifestar las cosas por parecerle pequeñas.

Otra cosa suele también traer el demonio a algunos para impedirles que no acudan al superior, y es decirles que aquello es nada, y que no es menester acudir al superior con niñerías, que es vergüenza ir a él con cada cosilla. A esto digo lo primero, que el que trata de perfección no ha de aguardar a que la cosa sea grave, ni de necesidad y obligación, sino siempre ha de procurar lo que es mejor y más perfecto; y así de cualquier cosa, por pequeña que sea, ha de hacer caso y dar cuenta de ella al superior, porque eso es tratar de perfección. Y una de las cosas que edifica mucho, es el acudir al superior aun en cosas muy menudas; y mientras más antiguo y más letrado es uno, más edifica, porque eso es hacerse niño y pequeñuelo

por Cristo.

Lo segundo, digo, que algunas veces no es tan pequeña la cosa como a uno le parece, sino que la vergüenza y repugnancia que siente en decirla le hace buscar razones para disminuirla y persuadirse que no importa nada, para no decirla. Como suele acontecer en la confesión, cuando uno tiene vergüenza de decir una poquedad y una bajeza, luego acude el demonio ayudándose de aquella vergüenza y repugnancia natural que siente, persuadiéndole que aquello no es pecado, o, a lo menos, que no es mortal, y que así no está obligado a confesarlo. ¡Oh, cuántos ha engañado el demonio por aquí, y les ha hecho dejar de confesar lo que era de necesidad, y así venir a hacer malas confesiones y comuniones! Eso sólo de sentir repugnancia y dificultad en descubrir y manifestar alguna cosa al superior, había de bastar para tenerse uno por sospechoso y entender que conviene decirla. Y así dice Casiano que ésa es una de las más ciertas señales que hay para entender que aquélla es cosa mala y tentación del demonio, y dice que ésta era común sentencia de aquellos Padres. Lo malo luego lo procuramos encubrir. Y así, cuando anda uno solapando alguna cosa, da sospecha que no anda bueno el negocio (*Jn* 3, 20): *El que hace mal, aborrece la luz*.

Lo tercero, digo que aunque ahora sea cosa pequeña, pero lo poco, encubriéndolo, se suele venir a hacer mucho; y así conviene, cuando es poco, manifestarlo para que se remedie con tiempo, pues es fácil entonces el remedio, y después suele ser dificultoso. Dice San Juan Climaco que así como los huevos de las aves, sí están encubiertos y calientes debajo de las alas de la madre o debajo del estiércol, poco a poco se van empollando y vienen a recibir vida y producir otras aves, así los malos pensamientos, cuando están escondidos en el corazón, sin descubrirse a quien lo pueda curar, vienen a salir a luz y a ponerse por obra.

Otra cosa también suele el demonio poner delante a algunos para que no acudan al superior, y es parecerles que le serán pesados y le enfadarán con esas cosas; y por no darle fastidio y pesadumbre dejan de acudir a él. Este es un engaño grande, porque ése es el oficio del superior, y una de las cosas más principales que él tiene que hacer es ésa. Y así hacéis mucho agravio al superior en juzgar de el que se enfada y recibe pesadumbre en hacer una cosa tan principal y tan necesaria de su oficio; antes se huelga mucho de estar ocupado en una cosa tan sustancial como ésta, de la cual depende tanto el aprovechamiento espiritual de los súbditos, como dijimos arriba en otro caso semejante.

Casiano trae un ejemplo que le aconteció al abad Serapión cuando

era mozo, y le solía él después contar muchas veces a sus religiosos para animarlos a dar cuenta de todas sus cosas al superior. Siendo yo novicio, era, dice, muy tentado de la gula; nunca parecía que me hartaba; y así, después que había comido con el abad Teonás, que era mi superior, alzando la mesa, cada día escondía secretamente en el seno un panecillo, y me lo comía después a la tarde, sin que él lo supiese. Y aunque yo, vencido de la gula, cometía cada día este hurto y golosina; sin embargo al acabarlo de comer, me venía siempre un remordimiento tan grande, que era harto mayor el tormento y pena que sentía, que el deleite que en ello había recibido. Y con todo eso, dice, me tenía tan sujeto esta tentación, que otro día tornaba a hacer lo mismo, y hurtaba otro panecillo, y le comía secretamente; y no me atrevía a declarar esta tentación a mi superior, hasta que el Señor por su misericordia fue servido librarme de esta servidumbre y cautiverio en que estaba, de la manera que diré. Vinieron acaso a visitar al santo abad Teonás unos monjes, y como después de comer comenzasen a tratar de cosas espirituales, como tenían de costumbre, aconteció que, respondiendo el santo viejo a sus preguntas, trató del vicio de la gula, y también de la fuerza que tienen las tentaciones, cuando están encubiertas. Y como yo andaba ya con grande remordimiento de conciencia, me parecía que todo aquello se decía por mí, y que Dios debía de haber revelado mi tentación y falta al santo abad. Y así, movido y espantado por la fuerza de sus palabra, comencé primero a llorar secretamente conmigo; pero creciendo la compunción y sentimiento, no me pude contener, sino que prorrumpiendo en grandes lágrimas y sollozos, allí delante de todos saqué del seno el panecillo, que aún aquel día había hurtado y escondido, y postrado en tierra pidiendo perdón y penitencia, declaré públicamente mi tentación, y cómo vencido de ella hacia aquello cada día. Entonces el santo viejo me comenzó a consolar y animar, diciendo: Ten, hijo mío, gran confianza, que tu confesión, y este acto tan heroico que has hecho de manifestar y declarar aquí públicamente delante de todos tu tentación y tu falta, te ha librado de este cautiverio y servidumbre: hoy has vencido al demonio y triunfado de él más poderosamente que él había triunfado de ti. Entiende que por eso permitió el Señor que el demonio te tuviese tan cautivo y sujeto con esa tentación, porque la tenías escondida; y así ten por cierto que ahora que la manifestaste, no tendrá el demonio más señorío sobre ti, sino que luego huirá aquella serpiente antigua, como quien no puede sufrir la luz. Apenas había acabado de decir esto el santo abad, cuando salió, dice, de mi seno un fuego como relámpago o hacha encendida, que hinchó toda la celda de un hedor abominable e infernal, que casi no había quien pudiese parar allí. En-

tonces el santo viejo, tornando a su tema, dijo: Ves aquí, hijo mío, cómo el Señor ha querido mostrar por obra lo que yo te he dicho de palabra; pues has visto con tus ojos salir y huir al demonio de ti por virtud de tu confesión, que no pudo sufrir la luz y manifestación de sus enredos, y así no hayas miedo que se atreva a tornar más a ti. Y así fue, porque de ahí adelante nunca más tuvo aquella tentación, ni aun a la memoria le venía nada de aquello.

CAPÍTULO 6

Se comienza a satisfacer a las dificultades que suelen impedir esta claridad.

Ya hemos dicho la importancia y necesidad que hay de andar con claridad con los superiores; pero cuanto una cosa es más importante y necesaria y de más perfección, tanto nuestra naturaleza, estragada por el pecado, suele sentir mayor repugnancia en ella, y el demonio, envidioso de nuestro bien, suele ayudar, representándonos mayores dificultades para impedirla, por lo cual convendrá que vayamos satisfaciendo a ellas. Y no haremos poco, sino mucho, si en una cosa tan principal y necesaria como ésta, allanamos el camino. Y aunque vamos hablando con los religiosos, cada uno puede aplicar a sí la doctrina: porque cosa es ésta que puede tocar a todos. Y así Gerson la trata generalmente para todos, tratando de la confesión como luego veremos.

Cuanto a lo primero, porque naturalmente somos amigos de huir el trabajo y la dificultad, y esto de que ahora tratamos se nos suele representar como cosa difícil y trabajosa, comenzaremos por aquí, declarando y probando que padecerá uno mayor trabajo, sin comparación en andar cerrado y encubierto, que en descubrirse y manifestarse al superior. Y nótese este punto, porque es una cosa que hace mucha fuerza contra los amadores de sí mismos, que dejan las cosas de virtud y de perfección por la dificultad y trabajo que sienten en ellas. Yo confieso que hay alguna dificultad y mortificación en descubrir uno al superior todas sus tentaciones, inclinaciones y defectos; pero digo que es mucho mayor el trabajo y pena que traerá consigo, si anda cubriendo y solapando esas cosas, que la que puede recibir en descubrirse y manifestarse,

Bien nos lo muestra esto la experiencia, y cada uno será buen testigo de ello, si alguna vez le ha acontecido quererse cerrar y encubrir con el su-

perior. ¡Oh, qué congojas! ¡Qué remordimientos y sobresaltos tiene el que anda encubierto y solapado! Siempre anda como con dolores de parto (Oreas 13, 13); si lo diré, si lo callaré. Ya lo quiere decir, y ya se torna a arrepentir; ya llegaba a la puerta del superior para decírselo, y se vuelve del camino porque no se atrevió. Estaba ya a punto de echar a luz aquella tentación y mal pensamiento que el demonio, padre de las tinieblas, había puesto en su pecho, y no tuvo virtud ni fuerza para ello (*Is* 37, 3): siempre se queda con dolores de parto; y mientras más dilata el descubrirlo, mayores dolores siente, porque se le hace más dificultoso y vergonzoso después el decirlo. Ya le torna a pesar porque no le descubrió al principio, y la mayor dificultad que siente es: ¿pues cómo iré yo ahora al superior al cabo de tanto tiempo? Si fuera al principio, se lo dijera; pero ahora, ¿con que cara apareceré delante de él? Habiéndome cerrado tanto tiempo con él, ¿qué dirá? Que no me he fiado de él, pues no se lo quise decir al principio. No tendrá uno descanso ni reposo mientras anduviere cerrado y encubierto. La conciencia le estará siempre remordiendo y atormentando y dando garrote, porque no quiere hacer una cosa tan importante y principal; y al descubrirse y declararse, luego se sosegará toda esta tempestad, y quedará muy quieto y consolado.

Es como cuando uno no se atreve a confesar algún pecado por vergüenza, que anda siempre con unos temores y sobresaltos y con unas congojas muy grandes; y al confesarlo, queda tan contento y descansado, que le parece que ha echado de sobre sí una gran torre que traía a cuestas. Dice San Gregorio: Las llagas y postemas cerradas, claro está que dan mayor dolor, porque está la materia y ponzoña allá dentro hirviendo, y cuando se abren, sale fuera toda aquella podre y hediondez, y así, naturalmente, se aplaca el dolor. De la misma manera es cuando uno confiesa su pecado y declara sus tentaciones y flaquezas. El confesar y manifestar sus culpas y tentaciones es como el abrir de la postema y de la llaga, o como cuando el estómago está lleno de mal humor, mucha comida, y anda uno con bascas y dando arcadas por echarlo, que hasta que lo acaba de echar, no tiene quietud ni reposo, y en echándolo, luego queda sosegado y quieto. Pues por aquí se verá bien cómo es mucho mayor el tormento y pena que trae consigo el que anda cerrado y encubierto, que la que podía recibir en descubrirse y manifestarse, porque ésta es una poca de vergüenza y mortificación que se pasa en un credo, y después queda con mucha paz y contento de haberse declarado. Y así, al que por huir la dificultad y el trabajo no se declara, bien le podemos responder que antes por esa misma razón se había de declarar; porque andará con mayor trabajo, pudriéndose, carco-

miéndose y consumiéndose de pena (*Sal* 31, 3), y al declararlo, quedará con mucha paz y sosiego.

CAPÍTULO 7

Se satisface a la dificultad principal que suele impedir esta claridad.

Una de las mayores dificultades, o la mayor, que suele poner delante a algunos para no declararse y descubrir su pecho al superior, es parecerles que quedarán afrentados y perderán el buen nombre y crédito que por ventura tenían de ellos, y que de ahí adelante les traerá entre ojos, y no se fiará de ellos ni les tendrá tanto amor. Con esto engaña el demonio a muchos, y les hace que no se declaren o que no declaren del todo. Pero si mostrásemos que todo esto es al contrario, y tan al contrario, que antes descubriéndose y manifestándose ganan honra y estimación y más amor, y no se declarando, pierden todo eso, parece que quedaría bien allanada esta dificultad. Pues con la gracia del Señor lo mostraremos aquí, para que se vea cuan al revés es de lo que el demonio nos representa para engañarnos; y así es ordinariamente en todas sus tentaciones porque es padre de mentiras.

Digo, pues, que no hay cosa con que uno pierda más reputación y más estima cerca del superior, como con andar encubriéndose y recatándose de él; y dándole ocasión para que le comience a tener en posesión de cerrado y doblado. Con ninguna falta que descubriera pudiera perder tanto como con esto; porque una falta es una, pero el tener a uno por cerrado, comprende mucho, porque le hace sospechoso de muchas faltas. Este es hombre cerrado de pecho, qué sé yo si, como encubrió esto, encubriría lo otro y lo otro: sólo eso pesa más que cuanto él podía decir. Y, por el contrario, cuando uno descubre toda su ánima al superior y le declara todas sus tentaciones, inclinaciones y defectos, no solamente no pierde, sino gana mucho crédito con él, porque le tiene por humilde y mortificado, por claro y llano, y que no tiene otra cosa allá dentro de los que muestra de fuera.

Iremos declarando esto más de raíz, porque es un punto de los más principales que hay en esta materia. Digo lo primero que no puede uno tomar medio más eficaz para ser querido y amado del superior y ganarle la voluntad, como manifestarle y descubrirle todo su corazón sin tenerle cosa encubierta. La causa de esto es porque una de las razones más fuertes para amar es ser amado, como lo dicen comúnmente los filósofos y los Santos.

Y el Evangelista San Juan (*Jn* 4, 10) con esta razón nos convida a amar a Dios, *porque Él nos amó primero a nosotros*. Pues una de las cosas más principales en que uno puede mostrar que ama mucho al superior es el descubrirle todo su pecho y todos sus secretos grandes y pequeños; porque cuando el amor de dos llega a tanto que no hay entre ellos cosa encubierta, es muy grande y muy estrecha amistad. Y así dijo Cristo nuestro Redentor a sus discípulos (*Jn* 15, 15): *A vosotros os he llamado amigos, porque os he descubierto y manifestado todo lo que oí de mi Padre* (*Lc* 8, 10): *A los otros les hablo Yo en parábolas; pero a vosotros, como amigos, os digo claramente los misterios del reino de los Cielos*. Pues cuando el superior ve que uno le descubre todo su pecho y que no se le queda allá nada, entonces entiende que le ama verdaderamente, y que le tiene por padre y en lugar de Dios, pues fía de él toda su alma y honra, y lo pone todo en sus manos: y eso le roba el corazón y le obliga a amarle más y a mirar más por él.

Pero si el superior ve que no se acaba de declarar, sino que anda con él con recato y por rodeos, y que le habla en parábolas para que no entienda la cosa como es; eso es causa bastante para que no haga buen concepto de él, y le tenga menos amor, porque ve que el otro no le ama a él, ni le estima, ni le tiene por padre, pues no se fía de él, ni se atreve a descubrírsele; eso, naturalmente, causa desamor. ¿Cómo queréis que os ame el superior como a hijo, si vos no le amáis a él como a padre? Amadle vos como a padre, fiándoos de él y tratando con claridad y llaneza con él, y os amará él como a hijo.

Lo mismo diremos después de los superiores con los súbditos, que cuando el superior habla con claridad al súbdito, cualquiera que sea, y le dice: Mirad que tenéis esta y esta falta, en esto se repara, esto se murmura de vos, procurad enmendaros de ello; entonces le ama, porque éste es trato de verdadero amor. Pero cuando el superior anda con el súbdito con rodeos, y no le acaba de decir las faltas que tiene, y en lo que querría que se enmendase, sino que le muestra una cosa de fuera y tiene otra dentro, ése no es trato de verdadero amo, sino trato doblado y fingido. Y así digo que cuando se procediere con esta claridad y llaneza entre ambas partes, entonces habrá verdadero amor de los superiores a los inferiores, y de los inferiores a los superiores, y verdadera unión de corazones, y os andaremos bien; y cuando no, todo será cumplimiento y ficción. De manera que por descubrirse y declararse uno al superior, no pierde amor, antes le gana mayor.

De aquí se sigue lo segundo, que tampoco perderá uno por eso el buen nombre y estima que tenía de él el superior; porque donde hay amor, siempre hay estima, y la voluntad no ama sino lo que el entendimiento le representa por bueno y por digno de ser amado. Y así, estas dos cosas, amor y estima, ordinariamente andan juntas. Pero fuera de esto, descendiendo más en particular, cuanto a lo primero, claro está que por tener uno tentaciones, por malas y feas que sean, no pierde nada, porque eso antes es propio de los que sirven a Dios y tratan de espíritu; que esos otros muchas veces no saben qué cosa es tentación ni las echan de ver, ni el demonio ha menester gastar tiempo con ellos, porque de su voluntad, sin nada de eso, le siguen. Contra los que se recogen a servir a Dios y tratan de virtud y perfección suele ser la guerra de las tentaciones, conforme a aquello del Sabio (*Eccli* 2, 1), [*Hijo, si quieres servir a Dios, prepárate para la tentación*].

A algunos se les puede poner delante que su tentación es muy vergonzosa, y les parece que es aquélla una cosa muy particular y muy extraordinaria, y que nadie debe de haber tenido cosa semejante; y así no se atreven a declarar, temiendo que se le hará aquello muy nuevo al superior. Pero ésta es tentación propia de novicios, que como no tienen experiencia, ni saben de tentaciones, piensan que es cosa nueva la que es muy vieja y común. Tened por cierto que no diréis cosa al superior o confesor que se le haga nueva, por extraordinaria que os parezca; otros muchos habrá encontrado con esa tentación. Y por él mismo por ventura habrá pasado. Dice el Sabio (*Eccl* 1, 10): [*Nada hay nuevo debajo del sol*], todas son cosas viejas; no se os hagan a vos nuevas.

Más: tampoco perderá uno con el superior por descubrirle sus faltas e imperfecciones, que es lo que se suele hacer más dificultoso. La razón es porque de hombres es caer, que al fin somos de barro, que se quiebra fácilmente; y por sí mismo conoce el superior la flaqueza del súbdito, porque todos somos de una misma masa; y así no se espanta cuando le descubre sus faltas e imperfecciones. Gerson, persuadiendo a las personas de poca edad que no dejen de confesar nada por vergüenza, que suele ser falta muy ordinaria en semejantes, dice: ¿Pensarás que te querré o tendré en menos por saber tus pecados y flaquezas? Te engañas, que antes entonces te amaré como a hijo muy querido, y como a quien fió de mí y me descubrió lo que a su propio padre no se atreviera a descubrir. Sabe Dios, dice, la afición y ternura que siento con el que me descubre sus miserias; y cuanto más bajas y vergonzosas son, tanto más se me enternecen las entrañas y el

corazón para con él. Aquella humildad y llaneza con que uno declara su culpa: aquel deseo que muestra de su aprovechamiento y de ser curado y remediado, naturalmente mueve y hace que el superior le quiera meter en las entrañas y darle su corazón. Aun cuando viene a nosotros un extraño, y nos descubre sus trabajos y miserias, le cobramos un amor y un deseo grande de ayudarle, y le procuramos consolar y animar, ¿qué será a un hijo? E importa mucho que todos entiendan y se persuadan esta verdad, que en descubrir sus imperfecciones y flaquezas a su padre espiritual no perderán, antes ganarán mayor amor y estima, para que nadie deje una cosa de tanta importancia como ésta, por las representaciones contrarias del demonio, falsas y mentirosas.

Para mayor confirmación de esto, se ha de advertir aquí que el hacer mal, y la voluntad y propósito de hacerle, es cosa vergonzosa e indigna de parecer delante de Dios y delante de los hombres; pero el aborrecer lo mal hecho, el arrepentirse y confundirse de ello, el llorar y confesar uno sus yerros y pecados, no es cosa vergonzosa, sino muy honrosa delante de Dios, y así lo ha de ser también delante de los hombres que están en lugar de Dios. Tratan allá los teólogos una cuestión: si el día del juicio han de salir a plaza también los pecados que hicieron los Santos y bienaventurados. Opiniones hay de ello; pero una cosa podemos decir en esto de cierto, que hace a nuestro propósito, y es, que si salieren en público, no será en confusión y vergüenza de los que los hicieron, sino en honra y alabanza suya; porque saldrá juntamente con ellos tal penitencia y satisfacción, que no queden confundidos ni avergonzados, sino más honrados y estimados. Lo cual sabe Dios muy bien hacer, y vemos que lo hace ahora con muchos Santos; porque cada día salen a plaza y se publican los pecados de la Magdalena, y el día de su fiesta se cantan en el Evangelio con grande honra y estima suya, y para grande honra y gloria de Dios, que aun de los pecados sabe sacar tanto bien. Y lo mismo vemos en los pecados de los Apóstoles San Pedro, San Pablo, San Mateo y del Profeta David. De manera que por aquellos pecados, a los cuales se siguió tal penitencia y satisfacción, no pierden honra ni estimación, antes la ganan.

Suelen traer una comparación buena para declarar esto: hace uno una ropa nueva de damasco, salió muy bien hecha y parecía muy bien; se asió no sé dónde y se rasgó; ya parece que queda perdida; echa en aquel rasgado un ribete, o unos pasamanos de oro, o un bordado muy rico, y con aquello queda la ropa más graciosa y vistosa, que parece se hizo de propósito aquel rasgado para hermosearla más. De esa manera saldrán en público, si

hubieren de manifestarse los pecados de los Santos y bienaventurados el día del juicio final, que no les causarán confusión ni vergüenza, sino antes gloria y honra por haber salido de ellos como salieron. Pusieron ribete de oro y bordadura rica en el rasgado, con que quedaron más honrados y hermoseados.

Pues de esa manera es acá cuando uno descubre al confesor o superior sus flaquezas y miserias son confusión y arrepentimiento y con verdadero deseo de ser curado y remediado; no solamente no pierde con él, antes gana más honra y más estimación y amor.

Dice el Sabio (*Eccli* 4, 25): *Hay una confusión que trae consigo pecado, y otra que trae consigo gracia y gloria*. Aquella confusión y vergüenza con que manifiesta uno sus culpas, ésta trae consigo gran honra y gloria; pero la confusión y vergüenza que hace a uno encubrir sus culpas trae consigo pecado.

Se cuenta de nuestro bienaventurado Padre Ignacio que para ganar a un sacerdote religioso, de vida muy disoluta y profana y muy contrario suyo, habiendo tentado otros medios para ganarle y no aprovechando, tomó por medio irse a confesar con él; y después de haber dicho las culpas cotidianas, dijo que también se quería acusar de algunos pecados de la vida pasada que más le remordían, y comenzó a confesar las flaquezas de su mocedad y las ignorancias de su vida pasada con tan gran dolor y sentimiento, y con tantas lágrimas, que el confesor vino a trocarse de tal manera con aquello, que comenzó a amar y reverenciar al que primero aborrecía, y a tomarle por maestro y guía suyo; y así hizo los ejercicios espirituales, dándoselos nuestro Padre, e hizo una gran mudanza de su vida con notable edificación de los que antes le conocían. Por donde se verá cuán lejos está uno de perder con esto honra y reputación; porque por lo que uno cobra mejor figura en los ojos de Dios y gana más cerca de Él, no ha de perder, sino ganar también en los ojos de los hombres, que son ministros de Dios y han de imitar su condición.

De aquí se infiere una verdad muy experimentada muy digna de ser considerada, y es que cuando uno anda cerrado y encubierto, y no se acaba de declarar, es señal que no se quiere enmendar, ni trata de eso, sino que se está todavía en sus faltas y que no quiere salir de ellas; porque si tuviese verdadero dolor y arrepentimiento de sus culpas y firme propósito de ser de ahí adelante el que debe, bien ve que no perdería con el superior en declararle su culpa, juntamente con ese arrepentimiento y propósito, sino que antes ganaría: y así es ésta una cosa por la cual pierden mucho los que no

se acaban de declarar.

CAPÍTULO 8

Se responde por otra vía a la dificultad pasada.

Por otra vía pudiéramos también responder a esta dificultad; y es que si nosotros fuésemos muy humildes o deseásemos y tratásemos de veras de serlo, nos habíamos de holgar que el superior nos conociese y tuviese en lo que somos; y por eso sólo habíamos de manifestarle todas nuestras malas inclinaciones y defectos: porque no es razón que quiera yo ser tenido por otro de lo que soy. La verdadera humildad no sólo hace que ti que uno se conozca a sí y se tenga en poco, sino que se huelgue que los otros también le conozcan y tengan en poco. Para otros fines está ordenada en la Religión esta claridad y cuenta de la conciencia, como hemos dicho (cap. 1). Mas aunque no hubiera en ello otro bien sino éste, ése nos había de bastar, si nosotros tuviésemos verdadero deseo de la humildad, porque éste es muy grande ejercicio de ella. Pero si falta esta humildad, si desea uno ser tenido y estimado, si desea oficios y puestos altos y honrosos, no me espanto que se le ponga delante un vano temor que suele espantar, o por mejor decir, engañar a semejantes personas: Si mil faltas llegan a noticia del superior, nunca medraré ni alzaré cabeza, sino siempre andaré arrinconado y olvidado. Los Santos y siervos de Dios vemos que fingían faltas y aun pecados para que no echasen mano de ellos y los levantasen a dignidades y puestos honrosos, sino que los dejasen en un rincón. Pero el que, por el contrario, procura encubrir las faltas que tiene, para que le estimen y levanten, y tengan en más de lo que es, muestras da de estar muy lejos de la virtud.

Y se debe advertir aquí un punto muy principal que tocamos también en otra parte, y es, que una de las cosas principales en que ha de ejercitar y mostrar el religioso la humildad y mortificación y las demás virtudes, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien sus reglas, porque en eso consiste nuestro aprovechamiento y perfección. Y si no tiene virtud para ejercitar y poner por obra las cosas de humildad y mortificación a que le obliga su regla e instituto, haga cuenta que no tiene nada. Porque ¿de qué sirve la virtud y la mortificación, si cuando se le pone delante una vergüenza natural, o que perderá un poco de estima, atropella con una regla tan principal como ésta? Si hubiese verdadera humildad y conocimiento y dolor de la culpa, esa vergüenza y confusión que recibe uno al declararla

había de tomar de buena gana en recompensa y satisfacción de ella, y por sólo eso había de acudir al superior, como hizo el emperador Teodosio, que es ejemplo muy digno de ser imitado. Cuando Rufino le dijo que no fuese a la iglesia porque estaba San Ambrosio muy puesto en no dejarle entrar en ella, dice el emperador con mucha cristiandad y humildad: Yo quiero ir a la Iglesia y oír allí del obispo lo que merezco. Pues así habéis de decir vos: Quiero ir a mi superior, quiero ir a mi confesor y oír de él lo que merezco; me conozca y me tenga por quien soy, y reciba el Señor esta vergüenza y afrenta en satisfacción y recompensa de mis pecados. Esa es buena humildad y confusión y buena señal de arrepentimiento, y no que sienta uno por ventura más el descubrirse a un hombre que el haber ofendido a Dios. Muy lejos está eso de la verdadera humildad. Si no dando nosotros ocasión para ello, habíamos de desear pasar injurias y falsos testimonios y ser tenidos por locos, como dice nuestra regla, ¿cuánto más lo habíamos de desear, haciendo un acto de virtud y de obediencia y religión, y guardando una regla tan importante como ésta?

Pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la vía del espíritu solamente, para allanar y facilitar más este negocio, tomamos ese otro camino que dijimos en el capítulo pasado, que también es bueno y verdadero mostrando que no sólo no pierde uno con el superior, descubriéndose y manifestándose, antes gana con él honra y estimación y más amor; y no declarándose, pierde todo eso con él. A lo cual añado otra cosa que se sigue de ahí, que cuando hay esta claridad, entonces el superior se fía mucho del tal, y con razón, porque conoce y entiende lo que hay en él, y está satisfecho que con lo que hubiere acudirá él; pero cuando uno no se declara del todo, lo cual fácilmente se deja entender, entonces no se puede el superior fiar de él, porque no le conoce, ni sabe lo que hay en él; y así, por fuerza ha de andar con recato, mirándole a las manos y trayéndole siempre entre ojos.

Y se debe notar mucho esto, porque es una de las principales raíces de donde suelen nacer muchos disgustos y amarguras en los súbditos, las cuales se atajarían y cesarían si anduviese uno con claridad con el superior. Experiencia tenemos muy común que con este trato y comunicación se desenconan cosas y se deshacen aprensiones e imaginaciones que los superiores tenían de los inferiores, y los inferiores también algunas veces de los superiores. Suelen ser estas sospechas y temores como los fantasmas de noche, que asombran y espantan de lejos, y si os llegáis a tocarlos, hallaréis que era una rama de un árbol lo que os parecía cosa del otro mundo.

Así acontece en estas cosas, que lo que os asombraba y espantaba, y parecía que era algo, tocándolo, tratándolo y comunicándolo se deshace, y halláis que no es nada. Dijo muy bien Séneca, tratando del ánimo y fortaleza con que hemos de acometer las cosas: Algunas cosas hay que el dejarlas de acometer no es por ser ellas en sí difíciles, sino porque nosotros no nos atrevemos a acometerlas, por eso se nos hacen difíciles; que si nos pusiéramos a ello y nos animásemos a acometerlas, veríamos que no tienen tanta dificultad como se nos representa. Y trae a este propósito la comparación que hemos dicho de los fantasmas, y lo que dijo el otro: [Sombras al parecer terribles]. Nota que no dijo que las cosas eran terribles, sino que parecían terribles; pero llegad y tomad, y veréis que todo es nada; así es en lo que vamos diciendo.

CAPÍTULO 9

Que debemos mucho a Dios por habernos hecho tan fácil y tan suave en la Compañía el dar cuenta de la conciencia, y de las causas de esta facilidad y suavidad.

Mucho debemos al Señor por la merced y beneficio tan singular que hace a la Compañía en que haya en ella esta claridad con los superiores, y que se use con tanta suavidad y alegría; porque de suyo es más difícil que las penitencias y mortificaciones exteriores. Se entenderá bien la dificultad que esto tiene de suyo, por la que hay en el precepto de la confesión sacramental, en la cual suelen sentir comúnmente los fieles más dificultad que en los demás mandamientos, y para allanarla fue menester que hubiese también precepto divino del sigilo y secreto tan estrecho de la confesión; y con todo eso se les hace a algunos tan dificultoso, que por no declararse, escogen antes infierno comenzado en esta vida con los remordimientos, congojas y sobresaltos que traen, y en la otra consumado para siempre. Pues aún más que eso hacéis vos cuando descubrís vuestro pecho al superior, porque le descubrís y declaráis, no sólo los pecado y lo que es materia de confesión, sino lo que no es pecado ni materia de ella. Y muchas veces suele uno sentir más repugnancia en decir una bajeza y poquedad suya, que tuviera en decir otros pecados mayores; y todo eso lo decís aun fuera de confesión, que es más. Pues que una cosa de suyo tan dificultosa, y por otra parte tan provechosa, nos la haya hecho el Señor tan fácil y tan suave, mucho se debe estimar y darle infinitas gracias por ello.

Pero veamos cuál es la causa de que haya tanta facilidad y suavidad en esto en la Compañía. Lo primero y principal es la gracia de la Religión, porque Dios ayuda particularmente a cada Religión con los medios proporcionados a su aprovechamiento, conforme al fin e instituto que profesa; y eso es lo que llamarnos gracia de la Religión. Y como para el fin que profesa la Compañía, que es estar expuestos para discurrir por todas las partes del mundo, para ayudar a las almas y tratar con todo género de gentes, es medio tan importante y necesario que el superior nos conozca de pies a cabeza, y de dentro y de fuera, por las razones que quedan dichas; de ahí es que Dios nos da particular favor y ayuda para esto.

Lo segundo, que hace esto fácil y suave, es el buen acogimiento de los superiores, las entrañas de padre que los súbditos hallan en ellos, la blandura y amor con que los reciben, que no parece que están allí para otra cosa sino para oíros y consolaros a vos. Esta es una cosa de mucha importancia, y es menester que los súbditos se persuadan que hallarán esta buena acogida en los superiores, para que todos acudan a ellos con confianza, y no dejen de hacer una cosa tan importante como ésta, por temerse de los superiores y tenerles por austeros. Y ayudará a persuadirse esto, que a los mismos superiores les importa mucho hacer esta buena acogida a los súbditos, porque ése es su oficio, y si no hiciesen esto, faltarían a lo que deben.

El bienaventurado San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares (1, 3): *Nos alegraremos y nos regocijaremos en ti, acordándonos de tus pechos y de tus entrañas, más dulces y más sabrosas que el vino,* da muy bien este recuerdo a los superiores. Dice San Bernardo: Oigan esto los prelados y superiores que tratan más de ser temidos de los súbditos que del provecho de ellos. Aprendan los superiores a ser madres y no a ser señores; procuren más ser amados que temidos, y muestren siempre a los súbditos entrañas de madre y pechos cargados de leche, y no pechos hinchados con mando y autoridad. Y trae a este propósito aquello de San Pablo (*Gal* 6, 1): [*Hermanos, si alguno por fragilidad hubiere caído en algún pecado, vosotros, que sois espirituales, instruid a este tal con espíritu de mansedumbre, considerando cada uno su flaqueza, porque no caiga también en la tentación*] Y aquello del Profeta Ezequiel (3, 18): [*El impío morirá en su iniquidad, mas a ti te demandaré su perdición*], ¡Ay, dice, de los superiores que no hacen buena acogida a sus súbditos cuando acuden a ellos en sus tentaciones y flaquezas! ¡Ay de ellos, si los envían exasperados y no les muestran entrañas paternales! Porque si por eso muriese o

empeorase el súbdito, como suele acontecer, Dios se lo demandará al superior. De manera que aunque fuese por vos, sino por lo que a él toca, el superior ha de procurar hacer bien su oficio para que vos hagáis bien el vuestro.

Lo tercero, que hace fácil y suave esto en la Compañía, es el ejemplo y uso tan frecuente y común que de ello hay y vemos cada día en nuestros hermanos. Y así podemos decir en esto lo que dice San Agustín, que le aconteció a él cuando se quería convertir a nuestra Religión cristiana, y se le hacía dificultosa la guarda de la castidad, y no se osaba determinar; dice que se le puso delante la continencia a manera de una dueña muy honrada, y enseñándole muchos niños y niñas que traía debajo de un gran manto, y otra mucha gente de diversos estados y edades, todos muy castos y honestos, y sonriéndole, como quien hacia burla de él, le decía: ¿Tú no podrás lo que éstos y éstas pueden? ¿O piensas que lo que éstos y éstas pueden lo pueden por sus fuerzas y no por las de Dios? Y con esto quedó el Santo animado. Así podéis Vos decir cuando el demonio os representare en esto dificultad: Pues ¿cómo? ¿No podrás tú lo que pueden todos? ¿No harás tú lo que hace el otro, que es más antiguo y más letrado, y más prudente y avisado que tú? Esto allana tanto este negocio, que no solamente lo facilita, pero aun hace que sintamos dificultad en no hacerlo, pareciéndonos que será nota y desedificación dejar de hacer lo que todos hacen.

Y así, todos hemos de procurar que vaya adelante este uso y buena costumbre, para que el ejemplo de los unos anime a los otros. Y los más antiguos y letrados tienen más obligación a sustentar ésta y otras cosas semejantes con su ejemplo y con sus pláticas y conversaciones; con las cuales, así como pueden hacer mucho bien, pueden también hacer mucho mal; porque los demás les están mirando a las obras y a las palabras, y estiman y siguen lo que a ellos les ven estimar y seguir. Se añade a esto que le importa a cada uno usar y ejercitar esto, porque con eso se le hará fácil; y si lo deja de usar, dentro de pocos días se le hará muy difícil, como acontece en los demás ejercicios de humildad y mortificación, y lo vemos también en la confesión, que a los que se confiesan de año en año se les hace muy dificultosa, y a los que se confiesan a menudo, fácil y suave.

Lo cuarto, ayuda también a esto saber que lo que se dice al superior o al prefecto de las cosas espirituales, cuando uno da cuenta de su conciencia, no se le dice como a juez, sino como a padre, para que le consuele y le dé consejo y remedio; y así, por lo que en este fuero se dice, no puede uno ser castigado, aunque el caso de suyo lo mereciese, como ni por lo que se

dice en la confesión; porque son ésos distintos fueros, y no se ha de traer a consecuencia el uno para el otro.

Lo quinto, que facilita mucho esta claridad de conciencia y con que se confirma más lo pasado, es una cosa que advierten las mismas Constituciones, y es, que el superior os guardará todo secreto. De manera, que podéis estar seguro que lo que dijereis dando cuenta de la conciencia, se quedará en el pecho del superior, y no se sabrá, ni descubrirá a nadie, ni os vendrá por ellos daño ni deshonor ninguno. Esto, fuera de que el secreto natural obliga de suyo a pecado, y a pecado mortal, nuestro Padre general Claudio Aquaviva lo ha apoyado con graves y severas ordenaciones, y añadiendo penas y castigos a los que en esto se descuidasen, hasta ser depuestos del oficio; y quiere que los súbditos, no sólo tengan noticia de este orden suyo, sino que también sepan que faltando los superiores en la ejecución y observancia de él, serán castigados. Así como para que los hombres no se retirasen de la confesión sacramental, fue necesario poner también a los sacerdotes precepto estrecho del sigilo y secreto de ella, así también, para que nadie tenga ocasión de retirarse de dar cuenta de la conciencia, juzgó nuestro Padre ser necesario apretar tanto en el secreto de ella, para que no se resfríe y menoscabe una cosa de tanta importancia, que no sé, dice, si podría haber cosa más perniciosa al buen gobierno de la Compañía, la cual desea encaminar los suyos a la perfección más por vía de cultura interna y dirección espiritual, que por todas las otras leyes y penitencias exteriores. De donde entenderán bien los superiores el daño grande que harían a la Religión si se descuidasen en el secreto de estas cosas.

CAPÍTULO 10

Del modo que hemos de tener de dar cuenta de la conciencia.

Derramad vuestro corazón como agua delante del Señor (*Lam* 2, 19). Con esta comparación del Profeta Jeremías se nos declara bien cómo hemos de manifestar y declarar nuestro corazón al que está en lugar de Dios cuando damos cuenta de la conciencia; ha de ser como quien derrama un vaso de agua. Cuando se derrama un vaso de aceite o de miel, se queda algo pegado en el vaso; y si es de vino o vinagre, queda, a lo menos, el olor; pero cuando se derrama un vaso de agua, no queda nada pegado, ni queda olor, ni sabor, ni rastro alguno de lo que tuvo, sino como si nunca hubiera tenido nada. Pues de esta manera habéis de derramar y declarar

vuestro corazón delante del superior cuando dais cuenta de vuestra conciencia, que no se quede allá nada pegado, ni quede olor, ni sabor, ni rastro alguno.

Por ser ésta una cosa de tanta importancia y un medio tan principal y eficaz para el aprovechamiento espiritual de nuestras almas, quiso nuestro Padre que, fuera de las veces que esto se hace entre año, se hiciese más particularmente de seis en seis meses, de todo aquel tiempo, y que preceda siempre esto a la renovación de los votos. Así se ha usado siempre en la Compañía; y después de la cuarta Congregación general, se puso en las reglas comunes Así como fuera de las confesiones ordinarias, que hacemos a menudo, quiere que entonces se haga una confesión general de todo aquel tiempo; así quiere que fuera de la cuenta ordinaria, que se da a menudo, se dé entonces una cuenta general de todo aquel tiempo. No le pareció que podía poner medio más a propósito para la renovación espiritual e interior de cada uno. Y así, nuestro Padre general Claudio Aquaviva, en la instrucción de los visitadores, encomendándoles mucho el uso de este medio, dice: Si este medio de dar cuenta de la conciencia se hace de parte de los súbditos como conviene, y de parte de los superiores se toma como se debe, sin duda será de gran momento para la renovación del espíritu, y para que vaya en aumento la virtud y perfección de la Compañía.

Y concuerdan con esto unas palabras muy graves que dice San Basilio: El que quisiere, dice, alcanzar alguna perfección señalada y notable, ha de procurar que no pase movimiento por su alma de que no dé cuenta al superior. Así como en el agua clara se ven las piedrecitas y arenillas muy menudas, que están allá en lo hondo, así el súbdito ha de andar tan claro y transparente con el superior, que vea todas las moticas e imperfecciones de su alma; porque de esa manera, lo que fuere bueno se confirmará, y lo que no fuere tal se remediará, y así poco a poco, yendo quitando lo malo, y plantando y arraigando lo bueno, vendrá a alcanzar la perfección.

Para que podamos hacer esto mejor y con más facilidad, tenemos en la Compañía una instrucción muy buena, acerca de la cual sólo quiero advertir que, de dos partes principales que tiene, la primera, que es el proemio o cabeza, es la más principal, porque en ella se pone toda la sustancia de la regla cuarenta del sumario de las Constituciones, que trata del dar cuenta de la conciencia, y declara cómo se ha de hacer eso. Después de haber dicho que cada uno piense cuánta estima hace nuestro Padre, de esto en las Constituciones, dice: «Por tanto, cada uno, con gran puridad, en confesión o en secreto, como más le pluguiere y se consolare, manifieste

enteramente toda su ánima, sin celar cosa alguna, en que haya ofendido al Señor de todos, después de la última cuenta que dio de su conciencia; o a lo menos, descubra los defectos que más agravan su alma desde aquel tiempo.» Pues digo que aquí está lo más principal de este negocio; el que dejase lo que se dice en este proemio, no daría bien ni entera cuenta de su conciencia, aunque fuese discurriendo por toda la segunda parte, que tiene catorce puntos particulares.

Y para que se vea esto claramente no será menester discurrir por los demás puntos, sino sólo poner ejemplo en uno de los más principales de ellos; y sea el tercero, que es dar cuenta de sus tentaciones, pasiones y malas inclinaciones. Esta es una de las cosas principales de que uno ha de dar cuenta: qué tentaciones tiene; si son molestas e importunas; de la facilidad o dificultad, y modo que tiene en resistirlas. Y lo mismo de las pasiones y malas inclinaciones. No dice más esta pregunta, ni en toda la segunda parte de esta instrucción se dice más acerca de esto. Pues pregunto yo: ¿bastará para dar uno buena y clara cuenta de su conciencia a su padre espiritual, para que conozca el estado de su alma cuanto a este punto, decirle todas sus tentaciones y todas sus malas inclinaciones? Digo que no, sino es menester decir también las caídas, si por ventura las hay; porque una cosa es decir «soy inclinado a soberbia», y otra decir «soy tan inclinado a soberbia, que he deseado o hecho tal cosa por ser tenido o estimado, y me sentí mucho de que me mandasen esto y esto, y puse tal excusa por no hacerlo; y no era sino porque no tuve virtud, ni humildad para eso, que en lo demás bien pudiera». Una cosa es decir «soy colérico e impaciente, y otra decir «soy tan impaciente y tan colérico, que he llegado a descomponerme y a hacer o decir tal cosa de desedificación». Una cosa es decir «tengo tentaciones deshonestas», y otra decir «he tenido tanta flaqueza en esto, que me he detenido o deleitado, etc.». Claro está que otro juicio diferente se forma del que ha caído en la tentación, que del que la ha tenido y la ha resistido con fortaleza y valor; y otro remedio y otra cura es menester para el uno que para el otro. Es como la calentura en un sujeto recio y fuerte, o en un sujeto flaco, que le importa mucho al médico conocer esto, y al enfermo también le va mucho en que el médico lo conozca: porque de otra manera se ha de curar la calentura en el flaco que en el fuerte. Así le importa mucho al médico espiritual, y a vos también, que él entienda vuestra fortaleza o vuestra flaqueza, para saber cómo os ha de curar y el remedio que os ha de aplicar; y así, no basta que le digáis vuestras tentaciones y malas inclinaciones, si no le decís también vuestras caídas, si las hay; porque por ahí se conoce cuánta sea vuestra flaqueza o vuestra virtud y fortaleza. Y por

esto la regla cuarenta y una del Sumario, que trata también de esto, dice que ha de manifestar uno al superior, no solamente las tentaciones, sino también los defectos.

Pues esto se declara en el proemio de esta instrucción, donde se dice expresamente que ha de declarar uno toda su ánima al superior, sin celar cosa alguna en que haya ofendido a su divina Majestad, o, a lo menos, descubriendo los defectos que más agravan su alma, y no se dice ni se declara esto más en los catorce puntos siguientes. Y así, si uno no guardase esto, sería hacer ceremonia y cumplimiento de una cosa tan principal y que tanto estima la Religión; y a todos generalmente puede aprovechar esta doctrina, para que sepan cómo han de dar cuenta de su alma a sus padres espirituales.

Para proceder en esto con más facilidad, no se ha de contentar uno con decir sus faltas en general, sino las ha de decir en particular, porque de esa manera da clara noticia de sí, y de esa otra no; el cual es también muy buen aviso para la confesión. No os habéis de contentar en la confesión con decir en general: «Me he dejado de llevar de pensamientos malos», sino habéis de decir hasta dónde os ha llevado. Y aunque las cosas no sean más que veniales, y los pecados veniales no sean materia necesaria de confesión, con todo eso, ya que los confesamos, como es razón confesarlos, no hemos de decir las cosas por generalidades, que encubren mucho la culpa, sino se ha de decir lo particular que declara más la gravedad de la culpa. Porque claro está que no declara uno bien su culpa diciendo que dijo palabras mortificativas, impacientes o de murmuración, cuando la palabra fue tal, que pareciera mayor la culpa diciéndola que diciendo esa generalidad. Y si uno ha faltado en la obediencia con particular desedificación, no se ha de contentar con decir «Me acuso que he faltado en la obediencia», sino ha de especificar aquella cosa o aquel modo particular que declara más su culpa y hace formar otro concepto de ella. De la misma manera digo en el dar cuenta de la conciencia: no ha de ser con generalidades y rodeos, sino con mucha sinceridad, paridad y claridad, sin que quede rinconcillo encubierto, ni bolsillo por desplegar, conforme aquello que dice el Apóstol San Pablo de la Iglesia (*Ef* 5, 27): [*Que la higo Cristo comparecer delante de sus ojos llena de gloria, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa e inmaculada.*] En las arrugas se suele esconder la suciedad y la mugre, y así, no ha de haber en nuestra alma arruga ni doblez alguna, sino todo llano y liso.

Quiere nuestro santo Padre que dé uno tan clara y enteramente cuenta

de su conciencia cuando entra en la Religión, que no sólo declare las malas inclinaciones que tiene de presente y a qué vicios y pecados es ahora más inclinado, sino también las malas inclinaciones que ha tenido, y qué vicios y pecados le han molestado y hecho más guerra en su vida pasada. Porque así como al médico le ayuda mucho que el enfermo le diga no sólo la enfermedad que siente de presente, sino las antiguas que ha tenido, porque pueda conjeturar si le viene de allí tal accidente, y darle de tal manera el remedio para esto, que no reverdezca lo otro, así es en el espíritu: si queréis dar clara y entera noticia de vuestra alma al médico espiritual, no sólo le habéis de decir vuestros malos hábitos e inclinaciones presentes sino también las pasadas; porque de allí se colige muchas veces la causa y raíz de la presente enfermedad. Por esto suelen dar por consejo al que quiere hacer confesión general, que la haga con el confesor con quien de ahí adelante se piensa confesar de ordinario, para que tenga más noticia de su alma, y así le pueda mejor ayudar. Muchas veces las tentaciones y movimientos malos que siente uno al presente, suelen ser rastros y reliquias de las enfermedades antiguas, y pena y castigo de la mala vida pasada; y así, por muy recogido que ahora ande y por muy encerrado que esté, padecerá contra su voluntad lo que no querría, en pena y castigo de la libertad y mala costumbre pasada. Y así no hay que espantarse, sino tener paciencia humildad, y procurar sacar de eso dolor y confusión, no sólo de lo presente, sino también de lo pasado y de esa manera no dañará.

Últimamente se ha de notar aquí que el dar cuenta de la conciencia y el confesarse generalmente son cosas distintas en la Compañía, como consta por las diferentes reglas que de ello tenemos, y porque el fin y la materia de ellas es diversa. Mas también es cosa cierta que puede cada uno dar cuenta de su conciencia, o en confesión, o fuera de confesión, como más le pluguiere o se consolare en su ánima, porque así lo dicen expresamente las Constituciones. Pero se ha de advertir una cosa que advierte nuestro Padre general Claudio Aquaviva en la instrucción que dio a los visitadores, donde dice: «Así como no hemos de obligar a nadie en la Compañía a dar cuenta de la conciencia fuera de la confesión, pues la Constitución da licencia a cada uno para que lo pueda hacer en confesión, así son de loar los que, dejadas algunas cosas que son propiamente para la confesión, en lo demás dan esta cuenta de la conciencia fuera de confesión, manifestando toda su alma, para que los superiores más libremente y sin respeto alguno de la confesión, puedan usar de aquella noticia para enderezarlos y gobernarlos mejor en el camino de la perfección.» Y por ser ésta una cosa tan grave, me pareció poner aquí las mismas palabras formales

suyas, que son las siguientes. Después de haber puesto la diferencia que hay del dar cuenta de la conciencia a la confesión, y de haber dicho que puede uno, si quiere, dar cuenta de la conciencia en confesión, añade: [Por lo cual, así como a nadie se ha de obligar en la Compañía a dar cuenta de su conciencia fuera de confesión, puesto que la Constitución lo deja al arbitrio de cada uno atendiendo a su mayor consolación, así merecen alabanza los que, dejadas para confesarlas al mismo superior las cosas que propiamente pertenecen a la confesión, dan cuenta de su conciencia fuera de ella, descubriéndose enteramente al superior, porque más libremente y sin reparo puedan los superiores usar de esta noticia para dirigirnos y gobernarnos con mayor utilidad suya y mayor servicio divino.] De manera, que es mejor dar cuenta de la conciencia fuera de confesión, y es hacer más confianza del superior; como el que da una joya a su amigo en sus manos para que él se la guarde, más confianza hace en él, que si se le diese en un cofre cerrado y sellado, y se llevase él la llave.

CAPÍTULO 11

En que se responde a algunas dudas que resultan de lo dicho.

De lo dicho resultan algunas dudas que se le podrían haber ofrecido a alguno. La primera es, hemos dicho por una parte que es mejor dar cuenta de la conciencia fuera de confesión; y por otra, que este dar cuenta de la conciencia ha de ser no sólo de las tentaciones y malas inclinaciones, sino también de los defectos y caídas, si las hay; y que si esto no se declara, no da uno bien cuenta de su conciencia. Pues pregunto yo: si, lo que Dios no permita, vencido uno de la fuerza de la tentación, cayese en una cosa grave y vergonzosa, ¿es posible que quiera la regla que dé cuenta de aquello al superior fuera de confesión? Parece una cosa muy dificultosa y muy cuesta arriba, y que comúnmente no se podría llevar. A esto digo, que en tal caso no es intención de la regla ni de nuestro Padre que eso se diga fuera de confesión; antes una de las razones principales por las que puso la regla aquella disyuntiva, que se pudiese hacer esto en secreto, o en confesión, como cada uno más se consolare; fue por esto. Y así está declarado expresamente en las reglas del Provincial, donde tratando del modo de dar y tomar cuenta de la conciencia, y diciendo que, después que uno ha dicho, le puede preguntar el Provincial lo que le pareciere convenir, le advierte: «Cuando la cosa fuese tal que parece que no se atreve uno a decirla fuera de confesión, entonces muy bien hace en guardarla para la confesión.» Y

tales cosas como ésas, no sólo no las ha de preguntar el superior, ni el padre espiritual, fuera de confesión, pero ni ha de querer que el otro se las diga. No sufren las piadosas orejas oír cosas semejantes fuera de confesión, y así mejor es guardarlas para ellas. Y eso es lo que quiere decir nuestro Padre general en las palabras que referimos en el capítulo pasado, cuando diciendo que hacen mejor los que dan cuenta fuera de confesión, añade: «Dejadas algunas cosa, que son propiamente para la confesión.»

La segunda duda es más grave. Dijimos por una parte (cap. l), y lo dice expresamente nuestro Padre en las Constituciones, que el dar cuenta de la conciencia a los superiores es para que así puedan mejor regir y gobernar los súbditos, no ignorando nada ellos, y puedan mejor ordenar y proveer lo que conviene, así a los particulares como al cuerpo universal de la Compañía; por otra parte, según las mismas Constituciones, puede cada uno dar esta cuenta en confesión: luego el gobierno de la Compañía y de los superiores de ella es por las confesiones. No ha dado poco en qué entender esta dificultad a algunos, por no entender bien lo que en esto se practica en la Compañía. Y así, para que se entienda, digo lo primero, que está tan lejos la Compañía de gobernar por las confesiones, que aun lo que algunos teólogos dicen que puede hacer el confesor sin detrimento del sigilo, aprovechándose algunas veces de lo que sabe en confesión, manda nuestro Padre general, y muy severamente, que en la Compañía ninguno enseñe esa doctrina, ni use de ella en ninguna manera, sino que se hayan los confesores en las cosas como si nada hubiesen sabido en la confesión. Lo cual es conforme a un decreto y mandato que dio cuatro años después la santidad de Clemente octavo, del cual hace mención el Padre Francisco Suárez y otros. Y más que eso hace la Compañía; porque aun de la cuenta de la conciencia que se da fuera de la confesión, manda que se guarde el secreto con gran cuidado, como dijimos en el capítulo nono. Pues quien en las cosas que se saben fuera de confesión anda con tanto recato, ¿qué hará en las que tocan a la confesión, para que no se haga odiosa ni se cometa algún sacrilegio contra el sigilo?

Pero respondiendo al punto de la dificultad, digo lo segundo, que el gobierno espiritual e interior de las almas no es inconveniente que sea por medio de la confesión, antes ése es uno de los frutos y provechos grandes de ella. Porque como descubre y claramente todas sus llagas, enfermedades y flaquezas, puede mejor el confesor, como médico de su alma, aplicarle allí la medicina y darle el remedio que más le conviene, y enderezarle cómo se ha de haber adelante. Y en tanto grado es esto verdad, que en el

Derecho Canónico el Papa Alejandro tercero manda que para sólo fin de guiar y enderezar las almas y darles el consejo que les conviene, se oigan las confesiones de algunas personas tan malas y pecadoras, que no son capaces de absolución, porque dicen que no se pueden contener ni dejar de pecar, y así no tienen verdadero propósito de enmendarse; y con todo eso, aunque no hayan de ser absueltas, les aconseja allí el Sumo Pontífice que vayan al confesor, y confiesen todos sus pecados, y le den cuenta de toda su mala vida y de la mala disposición que traen para aquella confesión. Y manda que el confesor las reciba y oiga benignamente para darles consejo y remedio saludable; porque por ventura con eso se les ablandará el corazón y se apartarán de las ocasiones; y mediante aquel ejercicio de humildad y algunas buenas obras en que les mandará ejercitar, les abrirá el Señor los ojos para acabar de dejar del todo el pecado y hacer buena confesión. De manera que no es cosa nueva, sino muy antigua y muy usada y aprobada en la Iglesia, el tomar la confesión por medio para guiar y enderezar de esta manera las almas.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos en su *Vida* que, siendo elegido por Prepósito general de la Compañía de todos aquellos primeros Padres, una y otra vez, y resistiendo él a su elección diciendo que no era suficiente para ello; y siendo muy importunado de todos para que aceptase, diciéndole que no aceptar era resistir a la voluntad de Dios, que estaba bien declarada por la elección tan conforme de todos; al fin, por mucho que hicieron no lo pudieron acabar con él por entonces, sino que hubieron de venir y condescender con él en un medio que tomó, y fue éste: «Yo, dice, pondré todo este negocio en manos de mi confesor; yo le daré cuenta de los pecados de toda mi vida, y le declararé los malos hábitos e inclinaciones de mi alma, y mis flaquezas y miserias pasadas y presentes, espirituales y corporales; y si él, con todo eso, en el nombre de Jesucristo nuestro Señor, me mandare o aconsejare que tome sobre mí tan grande cargo, yo le obedeceré.» Lo hizo así, se recogió algunos días, hizo su confesión general con un santo varón llamado fray Teófilo, de la Orden de San Francisco, y después de hecha le preguntó qué le parecía. Él respondió que su parecer era que se encargase del gobierno de la Compañía, y que en resistir a su elección resistía al Espíritu Santo. Y con esto aceptó la carga que le ponían.

Pues pregunto yo ahora: ¿habrá, por ventura, alguno, por malévolo que sea, que pueda poner la boca en este hecho de nuestro bienaventurado Padre Ignacio para murmurar o poner algún dolo en él? No creo que habrá

nadie que pueda poner la boca en esto, sino para alabarlo; y así se cuenta en su *Vida* por grande loa y alabanza suya. Pues de la manera que nuestro Señor llevó a nuestro Padre, como cabeza y fundador de esta Religión, de esa manera le enseñó que nos encaminase a nosotros, y así él nos da este medio de declarar al superior en confesión, o en secreto, todas nuestras malas inclinaciones, vicios y pasiones, y todas nuestras faltas e imperfecciones, para que así el superior nos pueda mejor enderezar en el camino de la virtud y perfección que profesamos.

Y así digo que el gobierno político y exterior de la Compañía no es ni puede ser por las confesiones; pero el gobierno espiritual e interior de las almas muy conveniente es, y muchas veces necesario, que sea por vía de confesión de la manera que queda dicho. Y así vemos que se usa en toda la Iglesia de Dios, que cuando uno tiene dudas y dificultades en cómo se ha de haber en tal o tal cosa, escoge un confesor prudente y docto y en confesión o en secreto como más se consuela, le da cuenta de todo el negocio para que le aconseje y enderece en él. Pues eso es lo que pretende nuestro Padre, cuando dice que esta cuenta de conciencia la pueda dar en confesión el que se consolare más de hacerlo así. De manera, que no se hacen ni se quitan los rectores en la Compañía por lo que se sabe en la confesión, ni los profesos, ni los lectores, ni los demás oficios, que eso sería error, y muy grande, y de quien tal pensase también.

Pero es menester advertir aquí una cosa de mucha importancia, que tal disposición puede haber en alguno y tales circunstancias pueden concurrir, que le obligue el confesor, cualquiera que sea, en conciencia, so pena de pecado, a que proponga al superior que no le ponga en tal oficio, o que no le envíe a tal misión, y que le aparte de tal ocasión, declarándole la causa y el peligro manifiesto que en ello siente conforme a su flaqueza. Y en tal caso, pregunto yo: ¿qué mejor medio, ni más honroso se le pudo dar a ese tal, que decirle que se vaya a declarar al superior en confesión? Porque entonces, con mucha honra suya y de la Religión le puede el superior apartar de la ocasión, y no ponerle en mayores peligros de los que sufren sus fuerzas, y así quedará remediado y honrado. Y todo esto hace el superior entonces, no sólo con su licencia y consentimiento, sino pidiéndoselo él, por lo mucho que le importa. Y otras veces, aunque no está uno tan cierto si se pone en peligro o no, está con temor y con duda; y es gran descanso y consuelo en semejantes cosas declarar su duda y dificultad al superior y ponerse en sus manos; porque entonces, si le pusieren en tal cosa, no irá el peligro sobre él, como fuera si no se declarara, sino todo quedará a cargo

del superior, y Dios concurrirá con la obediencia y le dará fuerzas para que salga bien de lo que le mandaren, por haber él hecho lo que es de su parte.

Lo tercero, digo que, aunque es verdad que puede uno dar cuenta de su conciencia en confesión, conforme a la regla; pero lo mejor y más loable es hacer esto fuera de confesión, como queda dicho (cap. 10). Y como ya todos saben esto, comúnmente quieren escoger lo mejor, que es darla fuera de confesión; y con esto cesan todos los escrúpulos y todas las murmuraciones y sospechas que podía haber de que los superiores gobiernan por lo que saben en confesión, porque todos comúnmente dan cuenta fuera de ella. Y aun en el caso que decíamos en la primera duda, de que uno quiere dar cuenta en confesión, no hay ninguno, por imperfecto, que sea, que no huelgue y pida que para lo que hiciere para el bien de su alma para quitarle de ocasiones y no ponerle en peligros, el superior se pueda ayudar de lo que le dice en confesión, con tal que sea de manera que de ello no le pueda venir mal, sino bien, y que otros no puedan entender su falta o imperfección, porque con esto no pierde nada y gana mucho, y obliga al superior a que mire aún más por su honor. Y así viene a ser que aun el gobierno espiritual e interior de las almas, que podía ser lícito y santo por lo que se sabe solamente por confesión, como queda dicho, no le usa la Compañía hacer, sino por lo que sabe fuera de confesión; porque todos se huelgan y consuelan más de dar cuenta fuera de la confesión de todo lo que es necesario para eso, para que así el superior más libremente, y sin respeto ninguno de la confesión, pueda enderezarlos y ayudarlos en el camino de la perfección.

San Buenaventura pone expresamente esta doctrina, y dice que conviene mucho que el superior conozca muy bien las conciencias de sus súbditos y sus inclinaciones y costumbres, y que entienda muy bien las fuerzas corporales y espirituales de cada uno, para que así los pueda mejor regir y gobernar, repartiendo y encomendando a cada uno el peso y carga que le conviene conforme a sus fuerzas, porque no todos pueden igualmente todas las cosas; y trae a este propósito aquello de la Escritura (*Num* A 19): [*Aarón y sus hijos entrarán en el Santuario, y dispondrán los trabajos de todos, y señalarán la carga que cada uno deba llevar*]. Dice San Buenaventura que Aarón y sus hijos son los prelados y superiores mayores y menores, los cuales han de entrar allá en lo interior de los súbditos, conociendo su virtud, fuerzas y caudal, para que así puedan repartir y dividir los oficios, cargos y ministerios de la Religión, *conforme a la virtud y caudal de cada uno* (*Mt* 25, 15).

TRATADO OCTAVO

DE LA CORRECCIÓN FRATERNA

CAPÍTULO PRIMERO

Que la corrección es señal de amor y del bien grande que hay en ella.

El bienaventurado San Bernardo dice que es gran señal de que Dios nos ama como a hijos el reprendernos y castigarnos. Y está llena la sagrada Escritura de esto. Dice el Sabio (*Prov* 3, 12): *A quien Dios ama y tiene por hijo, le reprende y le castiga*; y San Juan, en el Apocalipsis (3, 19): [*Yo a los que amo, los reprendo y castigo*]; y el Apóstol San Pablo (*Hebr* 12, 6-7): [*Al que Dios ama, castiga y azota a todo el que recibe por hijo; porque ¿cuál es el hijo a quien su padre no corrige?*] Y así dicen los Santos que uno de los particulares beneficios y mercedes que Dios suele hacer a un alma es cuando la reprende y le da un remordimiento interior allá en su conciencia, al hacer el pecado y la falta. Esta es gran señal de amor de Dios, y de que sois del número de los escogidos, pues que no os deja del todo, sino que os está llamando y convidando con ese remordimiento; y cuando no hay esa reprensión y remordimiento interior, ni envía Dios castigo ninguno, dicen que es señal de grande ira suya, y que es ése uno de los mayores castigos que Dios da en esta vida. Y trae San Bernardo paros aquello del Profeta Ezequiel (16, 42): *Y descansará mi indignación en ti, porque se apartará mi celo de ti; no me mostraré más enojado contigo, reprendiéndote* que ese lo que dijo el Señor por Isaías (54, 9); por grande amenaza dice Dios y lo jura, no me enojaré más contigo, ni te reprenderé. Dice San Bernardo: Ese no enojarse Dios y no reprender a uno, es mayor ira de Dios. Si el celo y la reprensión de Dios os ha desamparado, también su amor; porque aquél es regalo que hace Dios a los que ama.

Pues así como en Dios es esto muestra y señal de que nos ama como a hijos, así también una de las cosas en que más se muestra el amor que el superior tiene al súbdito, es en corregirle y avisarle con caridad de las faltas que le notan para que se enmiende de ellas (*Prov* 27, 5): *Mejor es la corrección manifiesta que el amor encubierto*. Muy buena es la caridad y amor interior que vos me tenéis; sin embargo, eso es para vos, que a mí poco me aprovecha, si no llega a que me lo mostréis por la obra. Pero

cuando el amor del superior llega a que me avisa de la falta, que yo no veía o no tenía por falta, para que la enmiende, ése es mayor amor y de mucho provecho para mí. Ese es amor de obras y verdadero amor de padre que desea el bien de su hijo: porque si el superior no os amara como a hijo y deseara vuestro bien y provecho espiritual, no os corrigiera y avisara de vuestra falta. Como vemos acá que cuando un padre halla a su hijo haciendo alguna travesura, luego le reprende y le castiga, porque es su hijo y le ama como a hijo, y desea que sea bueno y virtuoso; pero al que no es su hijo, aunque le vea hacer alguna cosa mal hecha, le deja y no le dice nada, ni hace caso de él, allá su padre mire por él, y le adoctrine bien, que a mí no me toca.

Más: no sólo muestra en esto el superior el amor que os tiene como a hijo, sino muestra que está satisfecho de que vos también le améis a él como a padre, y que estáis satisfecho de que él os ama a vos, y que os dice aquello con entrañas de padre y por el deseo que tiene de vuestro bien; y muestra también en esto que está satisfecho de vos, que tenéis virtud y humildad para recibir el aviso y corrección, porque de otra manera no os avisara.

Por el contrario, cuando el superior no procede con vos con esta claridad y llaneza avisándoos de las faltas que tenéis y de lo que se repara y murmura de vos, es porque no os ama como a hijo, o porque entiende que vos no le amáis a él como a padre, o porque piensa que no tenéis virtud para tomar bien el aviso y corrección; todo es falta de amor y de estima, no hay verdadero amor. Podrá por ventura exteriormente parecer que lo hay, pero no será verdadero, sino aparente y fingido; porque ¿qué aprovecha mostraros exteriormente amor y estima, si allá interiormente os tiene por defectuoso e imperfecto en esto y en lo otro, y no se atreve a avisaros de ello? Eso es andar con doblez y con fingimiento, mostrando otro pecho y otro rostro exteriormente del que interiormente tiene. Ese es trato y lenguaje del mundo: allá tratan de esa manera, porque no se atreven los hombres a decir lo que sienten, y así muestran uno de fuera y tienen otro en el corazón; muchas veces os alabarán y lisonjearán, mostrando sentir bien de vuestras cosas, e interiormente sienten otra cosa, conforme a aquello del Profeta (*Sal* 54, 22): [*Sus palabras son más suaves que el aceite, pero en realidad son dardos*. (*Sal* 61, 5): *Me decían palabras halagüeñas, mas en su corazón me maldecían*. (*Sal* 5, 11): *Sus lenguas tratan lisonja*. (*Sal* 139, 4): *Veneno de áspides debajo de sus labios*]. Pero acá no ha de haber nada de esos dobleces, sino todo ha de ser claridad y lisura, que no sufre otra

cosa la caridad y unión que profesamos. ¿Cómo? ¿Qué tenga yo una falta, o muchas, que por ventura no las echo de ver, o no las tengo por faltas ni pienso que los demás reparan en eso, y que lo eche el superior de ver, y sepa que se ofenden y murmuran los otros de ello, y no haya quien me lo diga a mí? No es caridad ésa. Dice muy bien nuestro Padre San Francisco de Borja: Si llevaseis el manteo del revés o el rostro tiznado, claro está que os haría caridad el que os advirtiese de ello y que se lo agradeceríais; y, por el contrario, lo sentiríais y lo recibiríais por agravio, si viéndolo el otro no os avisase. Pues mayor razón tenemos de estimar y sentir esto en las faltas de virtud que desedifican a nuestros hermanos.

Y así hemos de tener por gran beneficio que haya quien por amor y caridad nos avise de ellas; porque nosotros, con el amor grande que nos tenemos, muchas veces no las echamos de ver, ni las tenemos por falta: nos ciegan la afición y amor propio. Como a la madre el amor grande que tiene a su hijo, que hace que lo feo le parezca hermoso y lo negro colorado; así a nosotros nunca nos faltan colores y razones para colorear y encubrir nuestras faltas. Y por esto dicen muy bien los filósofos que el hombre no es buen juez en sus cosas; porque si es sospechoso por las leyes el juez amigo de la parte, ¿cuánto más lo será el hombre en su propia causa, siendo tan amigo de sí mismo? Pero el otro tercero, como mira nuestras cosas con ojos desapasionados, echa mejor de ver nuestras faltas y es mejor juez de eso; fuera de que cuatro ojos, como dicen, ven más que dos.

Plutarco dice que habíamos de dar dineros por un enemigo, porque éstos son los que dicen las verdades; que ya los amigos todo es adular y lisonjear y deciros que no hay más que pedir, no habiendo cosa en vos que les parezca bien. Mucho vemos que se usa de esto el día de hoy en el mundo, y plega a Dios no se nos vaya entrando también en la Religión. Y somos los hombres tan vanos, que oímos esas cosas de buena gana, y aun las creemos, habiéndolo de hacer al contrario, como lo hacía el real Profeta cuando decía: [*Corríjame el justo con piedad. y con ella me reprenda, mas no unja mi cabeza el óleo del pecador*]. Dice el bienaventurado San Agustín que por esta unción blanda del pecador se entiende la adulación y lisonjas: y ésas aborrece el Profeta, y más quiere ser corregido del justo con severidad y misericordia, que ser alabado y lisonjeado con blandas adulaciones, porque ésas no sirven sino de hacer a uno más loco y de que ande más engañado; y trae aquello de Isaías (3, 12): *Pueblo mío, los que te alaban y dicen maravillas de ti, ésos son los que te engañan y te echan a perder*. Y, por el contrario, los que nos corrigen y avisan os hacen gran beneficio

(*Prov* 27. 6): [*Mejores son las heridas del que ama, que los ungidos besos del que aborrece*. (*Eccl* 7, 6): *Mejor es ser corregido del sabio, que seducido con las lisonjas de los necios*].

Porque eso que escuece es lo que sana; que eso otro antes hace más dificultosa la cura, porque nos persuadimos que no hay falta, y así tratamos de la enmienda.

Diógenes decía que para enmendarse uno de sus faltas es menester que busque o un muy verdadero amigo que le amoneste, o un muy áspero enemigo que le reprenda; para que amonestado del uno o reprendido del otro, quite el vicio o falta que tiene. Esto segundo se usa en el mundo, donde no se dicen las faltas sino cuando hay enemistades; entonces se descubren las verdades. Pero acá en la Religión no se dicen las faltas, ni se da la reprensión y el aviso con odio, ni rencor, ni por tema y ojeriza que tengan con vos, sino con verdadero amor y deseo de vuestro bien. Gozamos de lo primero, porque tenemos en el superior un fiel y verdadero amigo que con grande amor nos avisa de nuestras faltas; lo cual hemos de estimar en mucho, y hacer cuenta que nos descubre un tesoro cuando nos avisa de algún defecto, el cual, como nosotros no conocíamos, no lo enmendábamos.

CAPÍTULO 2

Que la causa de no recibir bien la corrección es la soberbia.

Una de las cosas en que más se echa de ver la soberbia grande del hombre es en la dificultad tan grande con que toma la corrección y aviso de sus faltas; tanto, que apenas hay quien quiera ser corregido y avisado de ellas. Dice esto muy bien San Agustín: ¿Quién hallará alguno que quiera ser reprendido? ¿Adónde hallaremos aquel sabio, de quien dice Salomón en los Proverbios (9, 8): *Corrige al sabio, y te amará*? Sabio es ése, por cierto, pues sabe agradecer con amor un beneficio tan grande como es el de la corrección; empero, ¿dónde hallaremos esos sabios? (*Eccli* 31, 9): *¿Quién es éste para que le alabemos?*

San Gregorio dice: Estamos tan llenos de soberbia, y la tenemos tan arraigada en las entrañas, que no podemos oír nuestras faltas, ni sufrir la reprensión, porque nos parece que aquello es desestima nuestra y caso de menos valer; y como nos toca en lo vivo, que es en cosa de nuestra honra, luego saltamos, y en lugar de agradecerlo, lo tornamos por agravio y por

injuria y persecución. Y así lo suelen algunos decir claramente: cuando les andan corrigiendo y avisando a menudo de sus defectos dicen que los andan persiguiendo y que tienen ojeriza con ellos. Y más, dice el Santo, hay algunos que confiesan y dicen ellos sus faltas de buena gana; sin embargo, cuando otros se las dicen o se las reprenden, luego se azoran y las defienden y excusan, porque no pueden sufrir ser tenidos por tales. Y éstos no son humildes, ni dicen sus culpas con verdadero conocimiento; porque si lo fuesen y se tuviesen por defectuosos, y con verdad dijesen y sintiesen aquellas cosas de sí, no se sentirían tanto cuando otro se las dice, ni se excusarían ni defenderían tanto.

La verdadera humildad consiste en que uno se conozca y se tenga en poco, y desee que los otros también conozcan sus faltas y le tengan en poco. Y éstos claramente dan a entender, dice San Gregorio, que no decían sus faltas por desear ser tenidos en poco, sino por parecer buenos y humildes. Porque está escrito (*Prov* 18, 17): *El justo es el primero que se acusa y confiesa sus faltas*. Queréis ganar honra y ser tenido por humilde, y porque para eso os parece buen medio decir vuestras faltas, por eso las decís; pero como no parece buen medio para ganar honra que otro os las diga y os reprenda, sino antes os parece que redunda en deshonor y desestima vuestra, por eso no lo podéis sufrir. Lo uno y lo otro es soberbia. De aquí es que aunque vea uno algunas veces que lo que le avisan es verdad, y que el otro tiene razón en decírnoslo, con todo eso se turba y se siente mucho de ello.

De manera que ya no diremos: *Reprende al sabio y te amará;* porque no hallamos ya de esos sabios que huelguen de ser reprendidos y agradezcan la corrección y el aviso; sino lo que podemos decir el día de hoy es lo que un poco antes de eso dice el mismo Sabio (*Prov* 9, 8): *Guardaos de corregir* y reprender *al burlador* y soberbio, porque no os aborrezca y os hagáis malquisto con él. Eso es lo que ahora se usa y lo que vemos comúnmente en el mundo. (*Prov* 15, 12): *Los malos no aman,* sino antes aborrecen, *a los que les avisan de sus defectos* y les dicen las verdades. Comparan los Santos a éstos a los enfermos que están frenéticos y locos, que no permiten que venga a ellos el médico, antes huyen de él y resisten a las medicinas que les aplican y las echan de sí por la grandeza del mal y porque no sienten estar enfermos. Y es comparación del Espíritu Santo (*Prov* 12, 1): *El que aborrece la corrección y el aviso,* no sólo digo que tiene falta de virtud y humildad, sino que *tiene falta de seso y de juicio: loco y frenético está,* pues aborrece la medicina y se vuelve e indigna contra el mé-

dico que le quiere curar y remediar.

CAPÍTULO 3

De los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la corrección.

Llega a tanto esta soberbia y locura, que ya apenas hay quien se atreva a corregir y avisar a otro de sus faltas; porque nadie se quiere hacer malquisto, ni buscar ruido, como dicen, por sus dineros. Y su merecido se tiene el hombre en esto; porque ¿qué merece el enfermo que no se quiere dejar curar? Que no le curen, que le dejen morir. Pues esto merece el que no quiere que le corrijan y toma mal el aviso que le dan. Dice el Sabio (*Prov* 15, 10 y 32). [*Quien aborrece la corrección, perecerá; quien desecha el aviso, menosprecia su misma alma*]. Merece que no le corrijan ni le avisen de nada, sino que venga a tener faltas graves, y que a todos los demás sean públicas, y se murmure de ellas, y que a él no haya quien se las diga. Y así suele acontecer a los tales, y es de los mayores castigos que les pueden venir. *Hemos intentado curar a Babilonia, mas no sana: abandonémosla*] (*Jer* 51, 9). No se quiere aprovechar de la cura y de la medicina, dejémosla. Cuando la viña se deja sin podar y sin cavar, por perdida se deja. Pues así dejan a uno por perdido y por desahuciado cuando le dejan de corregir por no tomar bien el aviso y corrección. Nuestro Padre San Francisco de Borja, tratando de los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la corrección y aviso, dice que de ahí vendremos a parar en uno de dos inconvenientes graves, y serán, que o por falta de corrección y avisos se estarán los defectos aposentados y de asiento en aquellos que los tuvieren, por no haber quien ose tratar de poner medicina a enfermo tan impaciente; o si los avisos se dan a quien tiene necesidad, si en lugar de agradecimiento sacan de ello amaritud y pasión o división con el que le avisa, en breves días vendrá la casa a ser una laguna de hiel y amargura, causada por falta de conocimiento de los imperfectos, que no admiten el aviso y corrección, sino que toman por injuria lo que habían de tomar por gran beneficio, y quedan agraviados y enconados de lo que habían de quedar agradecidos, haciendo de la triaca ponzoña. Y así había de temer uno mucho, ¿si me dejan a mí de curar por ser yo mal enfermo? ¿Si me dejan de avisar de mis faltas porque alguna vez no tomé bien la corrección y el aviso? Y desea allí nuestro Padre Francisco que conservemos y llevemos adelante aquella simplicidad, caridad y llaneza de los principios, cuando

no solamente no daba ocasión de amaritud la corrección y aviso del defecto, sino engendraba un amor entrañable y un agradecimiento grande.

Un doctor grave compara a los que no quieren ser corregidos al demonio, porque se hacen incorregibles, y el ser corregible o incorregible es lo que distingue al hombre pecador del demonio: porque el hombre, por pecador que sea, mientras está en esta vida mortal, es capaz de corrección, y el demonio, no. Y trae para esto aquello del Sabio (*Eccli* 21, 7): [*El que aborrece la corrección, es como pisada y huella del pecador*], esto es, del diablo, que por antonomasia se llama pecador. De manera que así como la pisada y huella del pie es semejante al pie, así el que aborrece la corrección es muy semejante al demonio, porque se hace incorregible, pues cierra la puerta a uno de los medios más propios y de más fuerza y eficacia para su enmienda.

San Basilio dice de éstos una cosa digna de consideración: La conversación y compañía de estos tales, que no quieren ser corregidos y reciben mal el aviso, es, dice, muy perniciosa para los demás religiosos con quien viven: porque con su mal ejemplo les van pegando la roña y poco gusto, o, por mejor decir, disgusto de ser corregidos y avisados; y así los retraen de aquello a que vinieron a la Religión, que es a enmendarse y reformarse. Y manda San Basilio que a estos tales, los aparten de la comunicación y trato de los hombres, porque no les peguen esta peste.

CAPÍTULO 4

Cuánto importa recibir bien la corrección y el aviso.

Un filósofo da en esto un consejo muy bueno, que no parece que se puede pedir más en la materia, y es Galeno, que no se contentó con escribir aforismos para curar los cuerpos, sino escribió también un libro *para conocer y curar las enfermedades del ánima*. Dice allí este filósofo: El que quisiere enmendarse de sus faltas y aprovechar en la virtud, busque un hombre bueno y prudente que le avise de ellas; y si le hallare tal como conviene para esto, llámele aparte y pídale muy encarecidamente le haga tanto bien que le avise de todas las faltas que notare en él; y ofrézcale y prométale que se lo agradecerá mucho y le tendrá por verdadero amigo, y que le hará mayor merced y beneficio en esto que si le curase alguna enfermedad del cuerpo, cuanto es más el alma que el cuerpo. Y si el otro se encargare de esto y dijere que lo hará, y después se pasaren algunos días y

no os avisare de ninguna cosa, quejaos, dice de él, y tornadle a rogar más encarecidamente que de primero que no lo haga así, sino que os avise luego en viendo en vos alguna falta. Y si él respondiere que no se ha descuidado por cierto de lo que os prometió, sino que en todo aquel tiempo no ha habido cosa de que haya sido menester advertiros, no lo creáis en ninguna manera, sino entended que la causa de no haberos avisado ha sido, no por no haber habido faltas de que poder avisaros, sino una de tres: o por negligencia y descuido suyo, que no ha tenido cuenta con vuestros defectos, ni se ha acordado más de eso, porque hay muy pocos que quieran tener ese cuidado y encargarte de esa manera de vuestro aprovechamiento; o lo segundo, si ha advertido y notado algunas faltas en vos, que por ventura las ha notado, entended que os las ha dejado de decir de vergüenza y empacho, o porque no quiere desgraciarse con vos, ni perder vuestra amistad, porque sabe que el día de hoy eso es lo que se saca de decir las verdades; o lo terceros, porque por ventura vos que alguna vez no tomasteis bien la corrección y aviso que os dieron, y con eso no acaba de creer que deseáis de veras que os corrijan y avisen por más que lo digáis, porque cree más a las obras que a las palabras.

Y añade más y dice: Mirad que aunque alguna vez os parezca que no es así aquello de que el otro os avisa, o que no fue tanto como él dice, no lo deshagáis ni excuséis lo primero, porque puede ser que el otro lo haya notado mejor que vos; porque mucho mejor ve uno las faltas en otro que en sí; lo segundo, porque aun cuando no hubiese sido así, todavía os aprovechará para que andéis más recatado y sobre aviso en lo que hacéis, y para que tengáis más cuidado de allí adelante de no dar ocasión para que se pueda decir ni sospechar cosas semejantes.

Todo esto dice aquel filósofo, y todo es menester para que hallemos quien de buena gana haga este oficio con nosotros; porque es grande la dificultad que hay en él, la cual cada uno echará de ver por sí, no sólo por lo que siente cuando le corrigen y reprenden, sino también por lo que él siente en corregir y avisar a otros, cuando acontece mandarle les avise enmienden tal o cuál falta que tienen. Hasta el mismo superior, uno de los grandes trabajos que tiene, cuando en los súbditos no hay mucha virtud y humildad, es éste; porque como por una parte se siente obligado a corregirlos por razón de su oficio, y por otra teme que han de sentir la corrección y el aviso, anda como si les hubiese de dar un botón de fuego, con trasudores, y algunas veces perplejo, ¿si se lo diré, o si lo dejaré? Unas veces le parece que será bien decírselo, aguardando alguna buena oportunidad o

coyuntura, y haciéndoles alguna salva y azucarándoselo con algunas palabras para que no les amargue tanto. Otras veces siente tanta dificultad en el súbdito, que tiene por mejor dejárselo de decir, aunque se quede con la falta; porque teme que el decírselo no será de provecho, sino antes de daño, y que no servirá sino de que quede más enconado y desabrido con él, y de que por ventura no haga tan bien ni con tanto gusto y aliento su oficio o ministerio de ahí adelante. El sol ablanda y derrite la cera, pero seca y endurece el barro; y a las plantas que están arraigadas en la tierra, el agua, aire y sol las ayudan a crecer y fructificar; pero las que no están arraigadas, esas mismas causas e influencias las secan y pudren más presto. Así, al humilde, que está arraigado en su propio conocimiento, la corrección le ablanda y enternece y ayuda a crecer; pero el que no es humilde ni está arraigado en la tierra de su propio conocimiento, tomará de ahí ocasión para pudrirse y secarse y endurecerse más. Pues por eso dejan los superiores de avisar a algunos súbditos de sus defectos, porque empeoran con la medicina y hacen de la triaca ponzoña, pensando que es tema y aversión u ojeriza lo que es amor y deseo de su bien, y así merecen que los dejen.

Pues si queréis que no os dejen por incorregible e incurable, es menester que toméis muy bien el aviso y la corrección (*Eccli* 20, 4): ¡*Oh cuán bueno es* y cuán bien parece, *cuando corrigen* y avisan a uno de su culpa, *que* la conozca y *muestre pesar de ella* y propósito de enmendarla! Y aunque alguna vez no hayáis hecho aquella falta que se os avisa, o no haya sido de aquella manera ni tanto como eso, no lo habéis de mostrar, sino agradecer al otro la voluntad y buena obra que os hace y ofrecerle la enmienda, diciendo que vos tendréis cuenta con eso de ahí adelante, y que os ha hecho mucha caridad, porque con eso le animaréis para que os avise otra vez; y si luego os queréis excusar y defender, no os avisará otra vez de lo que habéis por ventura bien menester. Hay algunos que lo primero que hacen cuando les avisan de alguna falta es excusarla: y cuando no la pueden excusar del todo, buscan algunas razones para disminuirla y mostrar que no fue tanto. Lo cual es cerrar la puerta para que otra vez no os avisen; porque como el otro ve que habiéndoos avisado algunas veces, nunca habéis conocido vuestra culpa, sino que siempre halláis excusas y salida para todo, queda determinado de jamás avisaros de cosa. Eso es lo que ganáis con vuestras excusas, que llamáis satisfacciones, que nadie os quiera ya avisar; fuera de que todo eso desedifica y parece muy mal.

Aun en los superiores se tiene por gran falta no tomar bien los avisos y consejos que les dan, ni mostrar oírlos de buena gana, tanto, que dicen se

ha de escoger antes para gobernar un hombre que sepa menos, si conoce sus faltas y toma bien los avisos y consejos de los sabios, que otro que sepa más y está muy confiado de sí, pensando que él se lo sabe todo, y no gusta de que le avisen, ni toma de buena gana los consejos que le dan. Y está llena de esto la Escritura, especialmente los Sapienciales (*Prov* 26, 12): [*¿Has visto a un hombre que se precia de sabio? Más esperanza hay del ignorante que de él* (*Prov* 12, 15). *Al necio, su proceder le parece acertado; mas el sabio tonta el consejo de otro*. (*Prov* 8, 12). *Yo, la Sabiduría, habito en los consejos* (*Prov* 11, 14). *Donde abunda el consejo, allí hay prosperidad*.] Y así, una de las condiciones que pone el Apóstol Santiago (3, 17) de la sabiduría que del cielo desciende, es no ser porfiada ni tiesa, sino *pacífica y que se deja persuadir*.

Pues si en los superiores es tan alabado el oír de buena gana el aviso y el consejo de los particulares, y vituperado y reprendido lo contrario, ¿con cuánta mayor razón deben ser reprendidos los inferiores que ni aun de sus superiores toman bien el aviso y corrección?

Para que estimemos más esto y nos animemos más a ello, es bien que entendamos y consideremos un grande bien que hay en ello; y es, que cuando se recibe bien el aviso y corrección, y el superior está satisfecho de eso, le dan poco cuidado las faltas, porque si éstas se ven, se ve juntamente el remedio de ellas, pero cuando esto no hay, dan mucho cuidado y pena, porque viéndose las faltas se ve juntamente cerrada la puerta para su remedio. Esas son las angustias y congojas de los superiores. Y así, es muy buen consejo declarar uno en particular al superior la buena disposición y deseo que tiene de ser avisado, y pedirle muy de veras que como padre le corrija y avise con claridad y llaneza de todos sus defectos, y que no mire en que alguna vez por ventura habrá sentido la corrección como hombre y no tomándola tan bien como debiera. Y no se ha de contentar con pedírselo esto una vez, ni con decírselo como por cumplimiento, sino muchas veces y muy de veras; y tened por cierto que todo es menester para que os crea, y haga bien y con cuidado este oficio con vos, según tiene de dificultad. Y así, aunque en otras cosas nos hemos de holgar que nos tengan por imperfectos e inmortificados, pues hay hartas en qué; pero en esto no consintáis, ni deis ocasión para que el superior piense de vos que sois tan soberbio y tan inmortificado, que no tomaréis bien la corrección y aviso que os diere. Antes procurad que esté muy satisfecho en este punto, porque no os prive de un beneficio tan grande y de un medio tan principal para vuestro aprovechamiento.

Dice San Basilio: Así como el enfermo, deseoso y animoso de cobrar salud, toma de buena gana la cura que el médico le hace, aunque sea áspera y dificultosa, sin indignarse con el médico, ni pasarle por pensamiento que lo hace con mala intención, así el humilde y el que desea de veras aprovechar toma de buena gana la corrección y el aviso, sin pasarle por pensamiento que sea con tema o pasión. Si por la salud corporal recibimos de buena gana medicinas muy amargas, y consentimos que el médico y cirujano corte y queme por donde le parece, y se lo agradecemos y lo tomamos por gran beneficio, razón será (dice San Basilio) que por la salud espiritual de nuestra alma y por el bien universal de toda la Religión hagamos lo mismo, aunque la cura y corrección fuese áspera y dificultosa.

CAPÍTULO 5

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

San Crisóstomo, para exhortarnos a recibir bien la corrección y aviso, trae el ejemplo que cuenta la sagrada Escritura de Moisés: el cual, siendo un varón tan sabio y eminente, que al fin le había escogido Dios por caudillo de su pueblo, y hecho por él tantas maravillas, así en Egipto como en el desierto, con todo eso tomó muy bien el aviso y consejo que le dio un hombre particular, que fue Jetró, su suegro, sobre el gobernar y juzgar el pueblo, que no lo quisiese hacer él solo, sino que escogiese algunos que le ayudasen en ello (*Ex* 18, 17): [*No es buena traza la que tienes, dice, porque neciamente te fatigas y consumes con tanto trabajo*]. Y pondera allí San Crisóstomo que no respondió: Mirad quién nos viene ahora a dar consejo, como suelen hacer algunos, que aunque el consejo sea bueno, se desdeñan de que tal persona se lo dé, sino con humildad tomó el consejo y le puso luego por obra.

San Cipriano y San Agustín ponderan a este mismo propósito el ejemplo del Apóstol San Pedro, cuando San Pablo le reprendió acerca de la circuncisión que quería recibiesen entonces los que se convertían de la gentilidad (*Gal* 2, 11). Mirad, dice, cómo el Apóstol San Pedro no presumió de sí, ni se levantó a mayores, diciendo: Yo soy el Primado de la Iglesia, y a mí se me ha de dar más crédito y han de seguir y obedecer todos. Mirad cómo no menospreció a San Pablo por haber sido ayer perseguidor de la Iglesia, ni se desdeñó de ser corregido y avisado de él, sino que recibió muy bien el consejo, y se rindió luego a la razón y a la verdad.

Digno es también de memoria el ejemplo que en esto nos dio el emperador Teodosio, tomando con tan grande humildad la corrección y aviso que San Ambrosio le dio, así cuando le descomulgó y vedó la entrada en la iglesia por el castigo cruel e injusto que había ejecutado en la ciudad de Tesalónica, como cuando habiendo ofrecido su don al altar, y quedándose dentro de la reja, le envió a decir que se saliese al cuerpo de la Iglesia, porque aquel lugar era solamente de los sacerdotes, y la púrpura hacía emperadores, mas no sacerdotes, como se cuenta largamente en la Historia Eclesiástica, donde con razón se pondera cuál será más de loar, la constancia y fortaleza del santo Pontífice, o la obediencia y humildad maravillosa del religiosísimo príncipe.

Del mismo San Ambrosio se dice en su Vida que cuando le avisaban de alguna falta, hacia gracias por ello y lo tenía por singular beneficio. En las crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monje del monasterio de Claraval, que cada vez que le reprendían o avisaban de alguna falta, rezaba por lo menos un Pater noster por quien le avisaba. Y se dice allí que quedó aquella costumbre en aquel monasterio, y se guardaba como ley inviolable.

Cuenta Simeón Metafraste del santo abad Arsenio, que era un varón famoso en santidad entre todos los monjes, y en el mundo había sido muy principal maestro de los hijos del emperador Teodosio, Arcadio y Honoro, que después sucedieron a su padre y fueron también emperadores, que con toda su santidad tenía algunas faltillas; que no quitan ésas la santidad. Como había sido tan principal y tan regalo en el mundo, se le quedaron algunas reliquias de aquel regalo y libertad de palacio, donde se había criado; y cuando se sentaba con los demás, solía muchas veces poner un pie sobre otro. Les parecía aquello mal a todos aquellos Padres, por ser contra la modestia, y deseaban avisárselo y no había quien se atreviese, porque sentían mucha dificultad en ir con aquella niñería a un Padre tan grave y venerable. Entran en consulta sobre ello, y el abad Pastor, que era muy prudente y santo, da un medio muy bueno; concierta con todos los demás Padres: Hagamos esto: la primera vez que nos juntemos todos, yo me pondré de aquella manera, y vosotros reprendedme de ello, y yo me corregiré, y así quedará él avisado. Les pareció a todos muy buen medio, y lo hacen así la primera vez que se juntaron a su conferencia espiritual: se pone el abad Pastor de aquella manera que estaba San Arsenio, y le dan aquellos viejos una muy buena reprensión por la inmodestia y mal ejemplo que les daba, y él se compone luego muy bien. El abad Arsenio, como vio lo que pasaba

por su vecino, baja disimuladamente poco a poco su pie, y dice la Historia que tomó tan bien el aviso, que nunca más cayó en aquella falta. Así ha de tomar cada uno el aviso y reprensión pública que dan a otro. Por donde se verá también la dificultad que dijimos que hay en corregir y avisar a otro.

CAPÍTULO 6

De la regla y constitución que tenemos en la Compañía de descubrir las faltas de nuestros hermanos inmediatamente al superior.

La regla nona del Sumario de nuestras Constituciones dice así: «Para más aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas a sus mayores por cualquiera persona que fuera de confesión las supiere.» Por fundamento de lo que hemos de decir, es bien que sepan todos que aunque todas nuestras Constituciones están aprobadas y confirmadas por los Sumos Pontífices, y se puso al principio de ellas la cláusula del *motu proprio* de Gregorio decimotercio, en que se aprueban; pero esta regla y constitución de la corrección fraterna fue aprobada en particular por el Sumo Pontífice y en juicio contradictorio, que es calidad particular. Porque en Roma un sacerdote que había sido de la Compañía, y fue despedido de ella por inquieto y revoltoso, imprimió un pedazo de la Suma del cardenal Toledo, y en ella hizo un capítulo diciendo que cierta Religión a quien él deseaba servir, por haber en ella hombres doctos, tenía esta regla contra el Evangelio (*Mt* 18, 15), de que inmediatamente se descubriesen las faltas al superior, sin avisar primero a la persona, y que esto tenía muchos inconvenientes. El Padre Everardo Mercuriano, que era entonces General, se quejó al Papa, y Su Santidad quiso ver el libro y la regla nuestra, y se informó del modo como se practicaba en la Compañía: y declaró que no sólo no era esta regla contra el Evangelio, pero que estaba muy lejos de estar sujeta a calumnia, y que contenía evangélica y apostólica perfección; y mandó que aquella parte del libro se prohibiese, como lo hizo el cardenal Sirete, a quien esto pertenecía.

Con todo esto quedaba suficientemente justificada esta regla; pero para mayor satisfacción y consuelo nuestro, dejando las disputas y razones escolásticas para las escuelas, trataremos aquí dos cosas: lo primero, la importancia y necesidad de esta regla; lo segundo, algunas razones que

muestran y declaran cuán puesta en razón está. Cuanto a lo primero, la importancia y necesidad de esta regla se entenderá bien por otra que tenemos de mucha importancia, que es la que dijimos en el Tratado pasado de dar cuenta al superior de la conciencia; porque todas las razones y conveniencias que trae nuestro Padre en las Constituciones, para manifestar y declarar cada uno al superior su propia conciencia, todas concurren en esta regla y prueban la importancia y necesidad de ella. Las cuales dijimos allí largamente, y se pueden reducir a dos cabezas: la primera, para que los superiores le puedan mejor regir, enderezar y curar; la segunda, para que así el superior pueda ordenar y proveer mejor lo que conviene al cuerpo universal de la Compañía. Pues por estas mismas razones juzgó nuestro Padre que era muy importante que el superior fuese avisado de vuestras faltas, y defectos por cualquiera que fuera de confesión las supiese. Quiso tener un fiador en esta parte, por si vos os descuidaseis en lo que sois obligado y tanto importa para vuestro bien y para el bien universal de la Compañía; y así, en esto hace vuestro hermano lo que vos habíais y estáis obligado a hacer conforme a vuestro instituto. Todo es para mayor bien vuestro y de la Religión, y para que andemos más seguros en nuestros ministerios, y que los superiores no pongan a nadie en peligro de quebrar.

Cuanto a lo segundo, muchas razones se pueden traer en confirmación y justificación de esta regla. Y sea la primera el uso que de esto hay en otras Religiones antiguas. En la Religión del bienaventurado San Francisco tienen este mismo orden que tiene la Compañía, de que se digan las faltas al superior sin que preceda admonición del hermano, como se ve en el libro que se llama *Serena conciencia*, en la cuestión ciento y cuatro; y en unos estatutos generales que llaman de Barcelona (porque se hicieron en un Capítulo general suyo, hecho en Barcelona, año de mil y cuatrocientos y cincuenta y uno), se dice que cuando salen algunos fuera del monasterio, después cuando vuelven, han de decir al prelado las cosas graves que hubiesen acaecido a sus compañeros, y que el que no lo hiciere así, sea castigado con ayunos de pan y agua, o con otras penitencias, a arbitrio del superior. Y lo mismo se dice en los estatutos más antiguos de la Religión, en el capítulo quinto, y siendo General San Buenaventura, en un Capitulo general, de consentimiento de todo el Capítulo, se confirmó y aprobó esto mismo; y se determinó que la doctrina contraria se desterrase de la Religión como pestífera y destruidora de toda la disciplina regular y que el que fuese osado a enseñarla, fuese privado de los libros y de voz activa pasiva y hasta ser encarcelado.

Y para que se vea cuán antigua es esta doctrina y cuán recibida fue siempre de los que trataban de perfección, Esmaragdo abad trae un decreto de Estéfano y Paulo, abades antiguos, que dice de esta manera: Si alguno viere a otro hacer o decir alguna cosa mala, y no lo dijere luego al superior sin dilación, entienda que es fautor y ayudador de aquel pecado, y que es como si él pecara e hiciera aquello; porque no carece de sospecha de cómplice del pecado quien pudiéndolo remediar no lo remedia. Y entienda, dice, que es enemigo cruel, no sólo de su ánima, sino de la de aquel a quien encubre, porque le hace obras de enemigo. Y luego pone otro decreto, que dice así: Si alguno supiese que otro trata de huir del monasterio, y no le descubriere luego, no dude sino que es participante de su perdición; y sea este tal apartado de la comunicación y trato de los demás religiosos hasta que el otro se reduzca. De manera que no es cosa nueva, ni propia y particular nuestra, sino muy antigua y común a otras Religiones. Y este uso de las Religiones se funda en el fin del mismo precepto de la corrección fraterna, que es la enmienda y remedio de mi hermano; el cual comúnmente se espera que se consiga por medio del superior y no por medio del particular. Lo segundo, con que se justifica esta regla y se declara que no hay en ella tanto rigor ni tanta dificultad como algunos han imaginado, es que lo que nos manda y se usa en la Compañía, es decir la falta de nuestro hermano al superior como a padre espiritual, para que él, con su paternal caridad y amor, le corrija; y el que había caído o estaba para caer, se levante y enmiende, como lo declaró también la regla veinte de las Comunes, que dice así: «El que supiere alguna grave tentación de alguno, avise de ello al superior, para que él, con su paternal cuidado y providencia, le pueda poner conveniente remedio.» De manera que no se dice la culpa del otro al superior como a juez, ni de manera que pueda proceder por eso a castigo, sino como a padre que puede aprovechar y no dañar, para que se ponga en ello el remedio que conviene, y se prevengan los inconvenientes que se podrían seguir si no se supiese y remediase.

Lo tercero, confirmaba esto el Padre Maestro Nadal, varón insigne en letras y virtud, con una buena razón. Vemos, dice, en la Iglesia de Dios, así en el gobierno eclesiástico como en el seglar, que para las elecciones de oficios se hace inquisición de cosas muy secretas, según la calidad que requieren los oficios; porque aquello no se hace para proceder a castigo, aunque hallasen algo que lo mereciese, sino porque quiero saber de quién fío mi Iglesia, o mi casa, o mi hacienda, o mi alma. Pues en la Compañía todos pueden ser elegidos para misiones, porque es eso propio de nuestro instituto; para las cuales se requiere una virtud muy sólida, no flaca y que-

bradiza, que venga a perder y destruir el buen nombre de la Religión; luego puede el superior informarse y ser informado de esas cosas secretas y poner esta regla para ello, para que así pueda acertar y no errar en una cosa de tanta importancia como ésta y en que tanto os va a vos y a toda la Religión.

Lo cuarto, para que se vea más cuán puesta está en razón esta regla, pongamos en una balanza el daño que se os sigue a vos de que se diga vuestra falta al superior como a padre, y en otra los daños e inconvenientes que se siguen de que no se diga, y veamos cuál pesa más. El daño vuestro es un poco de vergüenza o una poca de honrilla que os parece que perdéis; pero el daño que se puede y suele seguir, cuando no se descubren estas cosas al superior, es primeramente quedarse el mal por remediar; y como no se remedia ni se ataja, suele ir creciendo y aun cundiendo y pegándose a otros. Y más: se suele seguir de esto deshonra vuestra y nota e infamia de la Religión, porque al fin tarde o temprano, por aquí o por allí, todo se viene a saber. Y lo que antes se pudiera remediar muy fácilmente con agua bendita, si lo dijerais al superior al principio, como se lo habíais de decir, será menester después venir a remediarlo con cauterios de fuego y cortando y despidiendo. Harto más pesa esto, que un poco de vergüenza o una poca de honrilla que os parece que perdéis en que el superior sepa vuestra falta. Y así, digo que no solamente no hace uno contra la caridad en descubrir al superior la falta de su hermano, sino que hay obligación de hacerlo, y escrúpulo en no hacerlo y tan grande, que puede llegar algunas veces a ser pecado mortal: no por virtud de la regla, porque nuestras reglas no obligan a pecado, como dijimos arriba, sino por la gravedad de la cosa, y por los inconvenientes y daños grandes que de ello se pueden y suelen seguir, de los cuales es causa el que los pudo prevenir avisando con tiempo y no lo hizo debiéndolo hacer.

Dice el bienaventurado San Basilio, exhortando a esto: Ocultar el pecado de vuestro hermano, y no querer manifestarlo al superior, no es otra cosa sino ayudar a morir más presto al enfermo que se va a la muerte. Porque el pecado encubierto y disimulado es como una postema interior que va cundiendo hacia dentro hasta llegar al corazón y matar; y así como nos haría muy buena obra el que nos abriese la postema y echase fuera aquella ponzoña que estaba allí encerrada, aunque fuese con algún dolor nuestro; y por el contrario, el que so color de compasión no quisiese abrir la postema y echar fuera aquella materia y podre, nos haría obra de enemigo; así, dice San Basilio, no hace obra de amigo, sino de enemigo el que encubre la fal-

ta de su hermano y no la quiere manifestar al superior como a médico y padre para que la cure y remedie, porque eso es ayudarle a morir.

San Agustín, tratando de esto, dice: no penséis que hacéis mal cuando descubrís esto al superior: antes hacéis mal cuando descubriendo a vuestro hermano, le podíais corregir, y por callar y disimular le dejáis perecer, porque si él tuviese una llaga en el cuerpo, y la quisiese ocultar por temor del cauterio, ¿no sería crueldad si vos la callaseis, y obra de caridad y de misericordia si la manifestaseis? ¿Pues cuánto más será esto en las llagas interiores del alma?

Y así no es ley de caridad la disimulación que algunos suelen tener por guardar la ley que ellos llaman de hombres de bien. Hay algunos que toman por punto de honra y buen término el no ir con faltas ajenas al superior, y sienten mucha dificultad en avisar de ellas, porque les parece caso de menos valer, y dicen que no quieren andar con chismerías, ni hacer mal a nadie, ni ponerle mal con el superior. No es ése espíritu de Religión y mucho menos de la Compañía, sino leyes de mundo, malos fueros, confidencias y amistades seglares y muy perjudiciales a la Religión. No es eso andar con chismerías, ni hacer mal a vuestro hermano, sino bien, y lo contrario es hacerle mal a él y a la Religión. ¿En que razón cabe dejar de ser fiel a la Religión por hacer placer a otro? ¿A quién tenéis más obligación, a aquel particular o a la Religión? El ser encubridor y ser tenido por tal, eso ha uno de tener por afrenta y por caso de menos valer, no el ser leal a la Religión y guardar su regla. Y así concluye San Basilio: Por tanto, no haya nadie que encubra el pecado de su hermano, porque en lugar de amarle y hacerle bien, no sea causa que se acabe de perder. No busquéis escondrijos para encubrir el mal y la enfermedad de vuestro hermano, sino manifestadla luego al médico que la ha de curar y remediar, antes que se haga incurable o sea menester quemar y cortar; y ése será verdadero amor y verdadera caridad; porque de esa manera ganaréis a vuestro hermano, y de esa otra por ventura se perderá.

Estas razones y otras que traen los teólogos y los Santos prueban suficientemente ser esta regla muy justa y santa, aunque el religioso no haga renunciación alguna de su derecho, como no se hace en otras Religiones. Pero en la Compañía hay, fuera de lo dicho, otra razón particular, que cuando uno quiere entrar en ella, le dan las reglas y un sumario de las Constituciones que ha de guardar, donde está esta regla, y le preguntan si será contento de pasar por ellas, y en particular en esta misma regla expresamente se le pide su consentimiento para lo que en ella se dice; y lo mis-

mo se torna a proponer y preguntar cada seis meses en los dos primeros años del noviciado, antes que sea admitido a los votos. Y el maestro de novicios tiene regla de declarar a los novicios más en particular las cosas que después les podrían hacer alguna dificultad, entre las cuales se especifica ésta, y lo hace así, y ellos dicen que son contentos de pasar por esto, para más aprovecharse en espíritu y para mayor bajeza y humildad propia, como dice la regla, que es otra particularidad que ayuda a allanar más esto.

Y cosa cierta es que puede cada uno, cuando entra en Religión, por mayor perfección, ceder en esto de su derecho, y consentir que todas sus faltas sean manifestada inmediatamente al superior sin que primero le avisen a él en particular; porque cada uno es señor y administrador de su honra y fama, y por su bien y aprovechamiento espiritual la puede perder cerca del superior y de quien quisiere, mientras no hay alguna particular circunstancia que obligue a no perderla, como es cierto que aquí no la hay. Así como él puede lícitamente manifestar al superior su pecado, por grave y secreto que sea, así también puede dar licencia a otro que le manifieste. Pues esto hacen los que entran en la Compañía, por el consentimiento que hemos dicho que se les pide para hacer lo que se manda en la dicha regla, y ellos responden que le dan: lo cual no es otra cosa sino ceder a su derecho. Como si uno en confesión o en secreto me dijese un pecado grave, y yo le dijese si para acertar mejor en el remedio quería o era contento que lo tratase con mi superior, que era hombre muy docto y muy prudente, y él dijese: «Yo soy contento»; claro está que por el tenor de estas palabras cedía al derecho que tenía de que su falta no se dijese a nadie, y que yo adquiría derecho para poderlo consultar con mi superior.

Y se añade a lo dicho la práctica ordinaria que los novicios ven en la Compañía, de esta regla, por dos años, antes que hagan los votos, la cual noticia basta para que se entienda haber renunciado en esto su derecho, aunque en particular y expresamente no digan que le renuncian. Como el monje cartujo renuncia el derecho natural que tiene para conservar la vida comiendo carne, por la práctica que de eso hay en su Religión, y aunque no diga en particular y expresamente que le renuncia, siendo mayor este derecho que el de conservar la fama. Y el que se ordena de orden sacro, renuncia al derecho de poder casarse, y queda obligado con voto solemne de castidad, aunque en particular y expresamente no hace voto de ella. Y así, nuestro Padre San Francisco de Borja, siendo General, respondió a algunas Congregaciones provinciales de España, que se lo preguntaron, que los que entraban en la Compañía renunciaron su derecho en esto. Y el Ge-

neral de la Compañía tiene autoridad para declarar nuestras Constituciones, como consta de nuestras bulas y privilegios.

Finalmente, después de esto escrito, se determinó lo que hemos dicho en la Congregación sexta general, y se mandó se declarase así a los novicios. Y como allí se nota, la Congregación general tiene privilegio de la Sede apostólica para declarar las cosas dudosas de nuestro instituto. Y añade allí la Congregación que aquellas palabras de la regla (por cualquiera persona que fuera de confesión las supiere) se entienden de aquellas cosas que otro notare y advirtiere, y no de las que ellos mismos comunicaren con otro en secreto y pidiendo consejo para ser enderezados o ayudados.

Con esto quedan allanadas todas las dificultades y las ocasiones de quejas que podía haber; porque al que sabe y es contento de ello, no se le hace injuria. Ya os dijeron al principio, cuando os recibieron, que había esto acá, y dijisteis que holgabais de pasar por ello Si después os sentís y agraviáis de que vuestras faltas se digan al superior, no echéis la culpa a la regla, ni a vuestro hermano que la guarda, ni os quejéis de eso sino de vos, que habiendo de tener ahora más virtud y humildad que al principio, tenéis menos, pues no sentís la disposición que entonces sentíais. En esto está todo el punto de la dificultad que algunos sienten en esta regla; y así, nuestro Padre puso en la misma regla el fundamento que es menester para ella, que es la humildad y deseo de aprovecharse en espíritu. Si esto tuviéremos, nos holgáremos que se sepan nuestras faltas para ser tenidos en poco, cuanto más para ser corregidos y avisados de ellas; y muy poca humildad y virtud tendrá el que aun para esto no la tuviere.

CAPÍTULO 7

De algunos avisos importantes en esta materia.

De lo dicho podemos colegir algunos avisos, así para el que es corregido como para el que ha de corregir o avisar. Lo primero, cuanto al que es corregido o avisado es menester advertir que es muy grande falta y arguye mucha imperfección, cuando el superior reprende o avisa a uno de algún defecto, sentirse de ello y andar luego discurriendo e inquiriendo quién se lo diría al superior, y si dijo más o si lo exageraron mucho, y andarse quejando después y dando satisfacción al uno y al otro de que no fue así, o que no fue tanto como aquello. Mayor falta es, y más pierde y desedifica uno

muchas veces con esto, que con la misma falta; porque bien sabemos todos que sois hombres y que tenéis faltas; pero cuando uno se resiente de esa manera, le juzgamos por mucho más imperfecto, porque da muestras de mucha soberbia y da ocasión para que sospechen de él que no trata de enmendarse ni de aprovechar, sino solamente de entretenerse y parecer bien en lo exterior y de ser tenido y estimado.

Dice muy bien San Bernardo: El que aun las faltas en que le cogen quiere encubrir, y quizá algunas veces dice la mentirilla para excusarlas, ¿cómo creeré yo que manifestará las culpas ocultas que sólo él las puede saber? El verdadero humilde que se conoce a sí y se tiene en lo que es, no se espanta de lo que dicen de él, ni se le hace nuevo nada, porque siempre él conoce en sí mayores faltas, y le parece que le dicen poco en comparación de lo que había que decir. A vos os parece vuestra falta menor de lo que es, y algunas veces ninguna, porque la miráis con ojos ciegos de propio amor; pero al otro, como la mira con ojos desapasionados, le parece mayor y lo que ella es en sí. Pero demos caso que el otro se hubiese alargado, porque a él le pareció así; ¿no os acordáis que cuando entrasteis en la Religión os preguntaron si seríais contento de sufrir injurias y falsos testimonios y afrentas de personas de dentro y de fuera, y dijisteis que sí? ¿Cómo estáis ya olvidado y arrepentido? Os habíais de holgar de que el otro con buena intención y sin culpa suya hubiese dicho más de lo que pasó: y aunque el otro no lo hubiera dicho con buena intención ni buenas entrañas, os habíais de holgar por lo que a vos toca, por vuestra mayor humillación y por parecer e imitar a Cristo nuestro Señor; cuánto más diciéndolo con buena intención y entendiendo que dice verdad en lo que dice, porque así lo entendió él. De esta manera se gana más con Dios y con los hombres también; y de esa otra, por donde penséis ganar, perdéis.

Mucho mayor falta sería si habiendo uno caído en quién pudo ir a decir aquello, se lo fuese a decir a él y a quejarse porque lo dijo, o porque dijo más, o de otra manera de lo que fue, o le mostrase ceño o mal rostro, dándole a entender que está sentido de él por aquello. El que desea de veras enmendarse y aprovechar, antes querría que anduviesen muchos ojos sobre él, para que le ayudasen y obligasen más a lo que desea, como lo deseaba San Bernardo: ¡Quién me diese, dice, que anduviesen cien pastores velando sobre mí! Cuantos más siento andar sobre mí, tanto ando más seguro. ¡Oh locura digna de espanto! ¡Que se atreva uno a encargar de mucha multitud de almas ajenas, y que no pueda sufrir que vele uno sobre la suya propia! Más temo los dientes del lobo que el cayado del pastor. Aque-

llo es de temer, que el recuerdo y silbo y cuidado del pastor no es sino de desear. Este es buen espíritu, y, por el contrario, el sentirse uno de que velen y anden sobre él, aparte de ser malo, suele ser señal de que hay buen por qué andar con él con aquel recato. Y nótese esto también para otras cosas semejantes; porque por experiencia vemos que los que se quejan o sienten de que andan con recato con ellos, ésos son los que tienen más necesidad de ello; y así con eso se hacen más sospechosos. El buen religioso y humilde más ha de temer él de sí, que otro puede temer de él; y así se ha de holgar que le ayuden en eso, porque su negocio se hace, y él es al que le va en ello.

Cuanto al que ha de avisar es menester advertir, lo primero, que el descubrir las faltas de vuestro hermano ha de ser al superior inmediatamente, sin otros rodeos, como a padre, y con el secreto que la culpa pidiere, para que él, como tal, remedie y prevenga el daño que de allí se podía seguir. Y esto se debe advertir mucho, porque algunas veces podría acontecer no querer decirle uno al superior las faltas y decirlas a otro particular que no las ha de remediar, lo cual sería muy mal hecho, porque sería murmurar.

Lo segundo, cuanto al modo de proceder en esta manifestación, dice la regla que ha de ser con debido amor y caridad, que son palabras que a la santidad de Gregorio decimotercio dieron mucha satisfacción cuando examinó estas reglas. El que quisiese acertar en esto ha de mirar mucho no le mueva alguna pasión o enviduela, o que el celo indiscreto no le haga apresurar y pasar del pie a la mano y hacer alguna relación torcida, o exagerar las cosas, haciendo de una mosca un elefante, y de un particular un universal, o vender por cierto lo que es sospecha y quizá antojo suyo, que es cosa de mucho escrúpulo y causa de muchas turbaciones.

Lo tercero, se ha de advertir que el que avisa no ha de dejar de hacer lo que debe, aunque el otro no lo haga ni lleve aquello como es razón. San Agustín, tratando que el que no recibe bien la corrección es como el loco frenético que resiste al médico y a la medicina, dice: Pero ¿qué hemos de hacer con él? ¿Hemos por ventura de dejar por eso de curarle? No, de ninguna manera; porque aunque el frenético no quiera que le aten y le curen, y el que tiene modorra y sueño mortal no quiera que le despierten, todavía persevera la diligencia de la caridad, atando y curando al uno y despertando al otro. Ambos parece que se ofenden y reciben molestia y pesadumbre mientras están con aquella enfermedad; pero después de sanos agradecen el beneficio y bien que les han hecho.

Así hemos de esperar que lo hará también nuestro hermano, que aunque entonces, cuando le reprenden, se sienta; pero después, cuando vuelva sobre sí y considere aquello a sus solas y con Dios, echará de ver la razón, y vendrá a reconocer y agradecer el beneficio que se le hizo. Si a los animales brutos, aunque más resistan, con todo eso los curan los hombres con mucho trabajo, y aun algunas veces con peligro suyo, de los cuales no esperan ningún agradecimiento, porque no tienen entendimiento para eso, ¿cuánto mayor razón será, dice el Santo, que curemos y corrijamos a nuestro hermano para que no perezca para siempre? Y al fin tiene entendimiento y podrá después venir a reconocer y agradecer ese beneficio que le hicieren, conforme a aquello del Sabio (*Prov* 68, 23): [*Más agradecimiento hallará el que corrige a otro, que el que con lisonjas le engaña*]. San Basilio trae a este propósito aquello del Apóstol San Pablo a los de Corinto (2 *Cor* 2, 2): [*¿Quién será el que me alegre, si no es aquel a quien yo contristare?*] Esa pena y esa tristeza que tomáis de la corrección me da a mí alegría, porque veo que ha de parar en bien. (2 *Cor* 7, 11): [*Y si no, mirad cuánta solicitud ha obrado en vosotros el haber sido contristados según Dios*]. Eso que ahora da dolor es causa de salud, porque hace tener cuidado y diligencia para adelante. Es tristeza según Dios, porque es causa de enmienda.

Pero diréis que algunos se empeoran con la corrección y aviso. A esto responde muy bien San Agustín: ¿Por ventura se ha de dejar de aplicar la medicina, y dejar de curar los enfermos, porque algunos no sanen con ella? No, por cierto. Pues tampoco se ha de dejar la corrección porque algunos no se aprovechen de ella. Siempre el médico, así espiritual como corporal, ha de hacer lo que es de su parte y lo que su arte le enseña, y no desahuciar luego al enfermo, sino usar y probar sus medios.

Cerca del modo que se ha de tener en la corrección, dice San Basilio que el que corrige a otro ha de imitar a los médicos, los cuales no se enojan con el enfermo, sino toda su guerra y tema es contra la enfermedad, y para ésa ponen todos sus medios y remedios. Así, el que corrige no se ha de enojar ni indignar contra el que pecó, sino todo su cuidado y diligencia ha de poner en procurar quitar el defecto y vicio del ánima de su hermano. Y el modo que ha de tener en esto, dice el Santo, ha de ser el que tendría un padre médico que curase a su hijo de una herida o llaga peligrosa: mirad con qué tiento y con qué blandura y suavidad le curaría; al fin, como quien siente el dolor del hijo como propio. Pues de esa misma manera, con ese tiento, blandura y suavidad ha de corregir el superior a sus súbditos,

que son sus hijos espirituales, [*con espíritu de blandura*], como dice San Pablo (*Gal* 6, 1). Dice muy bien San Agustín: El tirano que despedaza, y el verdugo que descuartiza, no tienen cuenta con las coyunturas, ni por dónde irá mejor; pero el que cura, considera primero muy bien por dónde ha de cortar, y va con mucho tiento y recato, porque pretende sanar y no despedazar. Pues de esa manera ha de ir el superior que pretende sanar al súbdito con la corrección y aviso, y no lastimarle ni hacerle mal.

Esta es una cosa de mucha importancia y que encomiendan mucho los Santos. Guárdese mucho, dicen el que corrige a otro, de mostrar alguna pasión, ira o indignación, porque echará a perder todo el negocio: no será eso curar y remediar al otro, sino empeorarle. Y traen aquello del Apóstol (2 *Tim* 2, 25): [*Que el siervo de Dios corrija con mansedumbre a los que contradicen a la verdad*]. Con mansedumbre; aunque nuestra letra dice con modestia: pero todo viene a ser uno, porque para corregir con modestia es menester no mostrar pasión ni turbación alguna. Finalmente, la corrección ha de ser con tan buen término y modo, y con tan buena gracia, que entienda el corregido que nace de entrañas de caridad, y del deseo grande que se tiene de su bien; porque de esta manera suele ella ser de gran provecho.

Fin de la tercera parle del Ejercicio de Perfección y Virtudes religiosas, la cual sujetamos a la censura y corrección de nuestra santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana.